ALBERT LUMBROSO

RECUERDOS SOBRE MAUPASSANT

SU ÚLTIMA ENFERMEDAD
SU MUERTE

CON CARTAS INÉDITAS
PROPORCIONADAS POR

LA SEÑORA LAURE DE MAUPASSANT

Y ANOTACIONES RECOGIDAS ENTRE LOS AMIGOS
Y MÉDICOS DEL ESCRITOR

Retratos, originales e instantáneas

BOCCA HERMANOS, EDITORES
LIBRERÍA DE SU MAJESTAD
—
MDCCCCV

Traducido y digitalizado por José Manuel Ramos González, para
http://www.iesxunqueira1.com/maupassant
En Pontevedra, a

A LA SEÑORA DE LÉO CLARETIE

COMO HOMENAJE A UNA PROFUNDA Y RESPETUOSA ADMIRACIÓN

Señora,

Durante su estancia con mi amigo Léo Claretie en Ruán, en la inauguración del monumento a Guy de Maupassant[1]*, yo visitaba, en mayo de 1900, en Passy, la habitación nº 15 del hospital del Doctor Blanche, donde murió el 6 de julio de 1893, el famoso escritor. Fue la habitación dónde el pobre loco acabó de sufrir, dónde leí, con lágrimas en los ojos, esta admirable carta de su madre al Señor José María de Heredia, miembro de la Academia Francesa, Presidente del Comité:*

---

[1] El monumento de Guy de Maupassant en Ruán (Ruán, 27 de mayo de 1900).

«Numerosas personalidades literarias llegaron a Ruán esa mañana: Los señores Paul Neveux, representando al Ministro de Instrucción Pública, José María de Heredia, Albert Sorel, Catulle Mendès, Henry Fouquier, que fueron amigos de Maupassant. Jacques Normand que fue su colaborador, Auguste Dorchain, algunos artistas. Desde su recepción en la estación, el Sr. Le Breton, director de los museos de Ruán, invitó a los recién llegados a visitar la ciudad. Y, tras ese paseo muy agradable, un almuerzo, ofrecido por el Comité, reunió a parisinos y ruaneses.

«Sito en la entrada del jardín Solferino, casi enfrente al bello mármol donde Chapu evocó el recuerdo a Gustave Flaubert, el monumento de Guy de Maupassant, que destaca sobre un fondo de verdor, consiste en una alta estela cuadrangular de granito rosa soportando el busto en bronce del escritor normando. Colocada sobre un basamento de granito gris, esta estela, de perfiles robustos y sencillos y sobrias molduras, produce un excelente efecto.

«El busto, de bronce florentino, de una tonalidad clara, recuerda con precisión la viril y vigorosa fisonomía de Maupassant, ya marcado sin embargo con los signos de la madurez. Tiene un buen aspecto, y el traje moderno, con sus telas, fortalece ampliamente el pedestal. Ese busto es obra del escultor, el autor del monumento a Guy de Maupassant erigido en el parque Monceau. Debajo del simple nombre «Guy de Maupassant», grabado en letras doradas, se destaca, como un homenaje de Normandía, una rama de manzano en floración.

«La orquesta ejecuta un primer fragmento, luego los coros del orfeón y la música municipal interpretan el himno triunfal del Sr. Ch. Lenepveu, un ruanés.

«Finalmente cae la cortina, y el Sr. Gaston Le Breton, miembro del Instituto, entrega el monumento a la ciudad en nombre del Comité.

Villa Monge, Niza, 20 de mayo.

Señor Presidente,

Si no me viese obligada a relegar entre las quimeras todo proyecto de viaje, me habría puesto en camino hacia la vieja ciudad normanda donde nací, y no confiaría a una pequeña hoja de papel la misión de expresaros toda mi profunda gratitud. Encontraría mucho placer en estrechar manos amigas, verme en medio de ese Comité que usted ha secundado tan bien en las conmovedoras atenciones que no ha cesado de prodigar en memoria de mi querido difunto.

Pero la enfermedad y la pena, más aun que los años, me han abatido y no debo abandonar el retiro en el que he venido a resguardarme.

Con el corazón y el alma, estaré con todos ustedes el próximo domingo, y no puedo creer que algunas palabras de los discursos pronunciados, algunos acordes de los fragmentos ejecutados, no lleguen hasta mí, gracias a un milagro debido a un pobre corazón de madre.

Cuento con usted, Señor Presidente, para transmitir todo mi agradecimiento a los Señores Miembros del Comité, reservando para usted la mejor parte, añadiendo la expresión muy viva de mi elevada estima.

LAURE DE MAUPASSANT.

Mi vista casi está apagada, mis manos están temblorosas y escribo con una pena infinita. Podrá usted darse cuenta, señor Presidente, pero he querido responderos personalmente.

Hacía mucho tiempo que Guy de Maupassant me interesaba. Había leído las hermosas páginas sobre él escritas por Émile Zola, por Gaston Deschamps y por Jules Lemaitre, y había oído hablar mucho de él a nuestro común amigo el conde Joseph Primoli, «el embajador de las Letras Francesas en Roma», como justamente se le ha llamado. Primoli conoció muy íntimamente a Maupassant, y debería animaros, Señora, a publicar sus recuerdos en la Revue de Paris*, en un artículo que sería completamente encantador y nuevo, estoy seguro, como sus páginas sobre la señora Eleonora Duse.*

He pensado entregaros, Señora, la bibliografía de Guy de Maupassant, haciéndola preceder, a guisa de prólogo, de un bello artículo del Sr. Henry Fouquier, que fue el amigo más fiel del novelista y que ha hablado en Ruán en nombre de la Sociedad Escritores. Usted encontrará al final de este folleto el relato de lo que ha pasado en la inauguración a la que usted y el Sr. Colertie han asistido, y los discursos que allí han sido

pronunciados. Algunos pasajes extraídos de las obras de Maupassant recordarán al lector los diferentes géneros que él abordó con idéntico éxito.

Para acabar permitidme recordaros, Señora, la bella frase que el Sr. Gaston Le Breton, miembro del Instituto, ha pronunciado en la entrega del monumento a la ciudad en nombre del Comité:

Aquí, para abrigar este busto de Guy de Maupassant, estará el árbol vigoroso de nuestros vergeles que plantaremos en la estación propicia. Será el manzano normando, cuyas ramas, en el rebrote, arrojarán sobre el suelo a su alrededor la nieve blanca y rosada de su floración.

La escuela a la que perteneció Guy de Maupassant tuvo que luchar y tendrá que luchar en el futuro.

*Bourget enfrenta desde el principio una nueva escuela a la escuela naturalista: como novelista repudia al hombre fisiológico del naturalismo, sustituyéndolo por un hombre psicológico, reducido al mecanismo del cerebro. El Sr. Marcel Prèvost, desde su segunda novela (*Chonchette*, de 1888) declara en un rotundo prefacio, que el público está cansado de una fórmula, a partir de ahora, estéril, y que el futuro pertenece a la* novela novelesca. *Los señores Paul Hervieu, Alfred Capus, Maurice Barrès, Edouard Estanuie no son verdaderos naturalistas*[1].

Vapuleado desde hace tiempo, el naturalismo no se sostenía más que merced al poderoso genio del Sr. Zola, cuando, en 1894, el Sr. Jules Huet hizo una Encuesta sobre la evolución literaria, *preguntando a todos los grandes escritores lo que pensaban* del presente estado de la escuela naturalista.

– Me parece con toda evidencia que el naturalismo ha muerto, – respondió el autor de Thais, *el Sr. Anatole France.*

– El naturalismo está acabado, – respondió Jules Lemaitre.

– La literatura naturalista ha tenido su momento y ya no responde a las actuales necesidades, – respondió Edouard Rod, el tan criticado biógrafo de Stendhal.

Paul Alexis no comparte esa opinión, pero naturalistas como Edmond de Goncourt dicen que está muriendo.

---

[1] Ver PELLISSIER, Mouvement litt. Contemp., pag. 85, 87, 91. Me sirvo de esta obra y de un prefacio del Sr. GASTON DESCHARMES (el de la segunda serie de la Vie et les Livres, 1895).

El Sr. Pellissier dice que el naturalismo debía estudiar y reproducir la existencia completamente. Llegó el día en el que su nombre fue sinónimo de crudeza repugnante, donde se decía que tal libro o tal episodio era naturalista para indicar que ese libro o ese episodio era obsceno.

Maupassant aparece en el horizonte literario en el momento en el que una apagada lasitud colma a unos; algunos rayos de esperanza reconfortan a otros. Por todas partes se está descontento…Pero, como dice el Sr. Deschamps, este estado de pavor no durará mucho tiempo. Tenemos recursos de energía que no sospechamos. Varias veces ya, la alegría, el entusiasmo, la locura, el gusto por la aventura, han curado males que parecían incurables como los que padecemos. Es a esos remedios a los que hay que recurrir: la poesía no morirá mientras haya en la tierra un hombre y una mujer. Lo novelesco y lo maravilloso, que fueron los amos del mundo, no están destronados de su sagrado ministerio. El arte, que sabe vencer tan bien la muerte perpetuando los benditos minutos que nosotros quisiéramos eternizar, todavía puede hacer mucho para alegría y goce de los hombres[1].

De recuerdos, Señora, a mi querido colega Léo Claretie y permítame darle las gracias una vez más: usted nos ha hecho pasar horas encantadoras de disfrute intelectual, al Sr. Jean Rameau y a mí, hace cuatro años, en un hermoso día soleado, en vuestro coqueto y elegante apartamento del Bulevar Malesherbes.

Beso sus manos con la expresión del mayor y profundo respeto, Señora.

Niza, 13 de abril de 1904.

Vuestro muy devoto y agradecido
ALBERT LUMBROSO.

---

1 Ver el prefacio citado, p. x. – GEORGE SAND ha dicho «El primer deber de una novela, es ser novelesca». Esa frase es la divisa de una nueva revista mensual, fudndada en Paris en 1903 bajo el nombre precisamente de Roman romanesque. El Sr. PRÈVOST no ha hecho más que repetir la frase de la Señora Sand.

«… Imaginamos de buen grado que el insomnio, la dispepsia y algunos trastornos nerviosos formaban parte de la dignidad del escritor. Maupassant, el Maupassant de entonces (1876), no tenía en absoluto el rostro de un neurótico. Su tez y su piel parecían las de un aldeano curtido por la brisa, su voz conservaba ese tono arrastrado del hablar rural. No soñaba con otra cosa que con recorridos al aire libre, deporte y domingos remando. No quería vivir más que a orillas del Sena. Cada día se levantaba muy temprano, lavaba su yola, fumaba unas pipas, y saltaba, lo más tarde posible, a un tren para ir a penar y a echar pestes a su cárcel administrativa. Bebía mucho, comía por cuatro y dormía de un tirón; lo demás a lo que viniese».

(Henry ROUJON, *Recuerdos de arte y de literatura, G. de M.*, 1904)

LA ESTATUA DE MAUPASSANT

POR

NESTOR

(Henry Fouquier)

París, 17 de mayo de 1900

Dentro de algunos días, la ciudad de Ruán inaugurará el monumento erigido por suscripción a la memoria de Guy de Maupassant. El Presidente de la Sociedad de Escritores, estando, a su pesar y lamentándolo todos, imposibilitado para asistir a esta ceremonia y representar con su presencia a la Sociedad de la que Maupassant formó parte y que ya le ha rendido homenaje, me ha confiado el honor de sustituirlo. Pero no había necesidad de esta circunstancia para evocar en mí recuerdos a la vez encantadores y tristes. Maupassant fue mi amigo. En ocasiones hemos cazado juntos sobre los acantilados desde donde el ruido del mar, acariciador y amenazante, subía hasta nosotros. A menudo era huésped del legendario palacete donde vivió los tiempos más felices de su vida en Paris, no lejos de ese parque Monceau donde también tiene su monumento. Lugar bien elegido, bajo el poético abrigo de una especie de bosque sagrado en pleno París, en un barrio elegante. En ese parque que, a algunas horas del día o de la noche, toma un aspecto delicioso, las jóvenes parisinas van a ver retozar a sus hijos o, ¿quién sabe? a encontrarse, por casualidad, con un enamorado que las espera. No podía haber un lugar más idóneo para que Maupassant, el novelista tan querido por las mujeres, y que ha hablado a veces de ellas con tan especial emotividad, tuviese su imagen erigida sobre la columna donde se apoya una parisina simbólica con gesto triste…

Pero era conveniente que la gloria de Maupassant fuese consagrada en su ciudad natal, en la antigua y soberbia capital de esta Normandía de la que él era hijo. Él le debía mucho. Su espíritu, a la vez claro y sutil, una cierta rudeza atenuada con una finura exquisita, eran rasgos de su provincia. Había adquirido también de su pequeña patria esa férrea salud, esa tez de intenso color, esa anchura de hombros que por desgracia no fueron más que la engañosa fachada de la fuerza. Había contado demasiado con ese vigor de su raza. Desgraciadamente la grieta se abrió en su soberbia constitución. Sus amigos soportaron el dolor de verlo morir joven, lentamente y como en dos veces.

Ese hijo de Normandía no había sido de entrada un hijo muy respetuoso. Su aventura fue la de su maestro y gran amigo Flaubert y creo también que la de casi todos los hombres que, al principio de la vida, abandonan el campanario natal para venir a buscar la gloria a París. Ese campanario fue el de una gloriosa catedral como la de Ruán, su sombra parece mortal a las jóvenes ambiciones. Paris, con sus seducciones, es mala consejera, consejera de ingratitud hacia la provincia natal. Él es casi sin ejemplo como un letrado que se haya negado a realizar la sátira y, a veces, a hacer caricaturas del medio donde creció, a menudo contrariado en su vocación incomprendida. Ese fue el caso de Maupassant, imitando a Flaubert en eso. Pero si es raro que un hombre pueda sustraerse a este pequeño rechazo contra la provincia donde ha nacido, contra la ciudad de su infancia, que, tan grande como sea, él siempre considera pequeña cuando la sorpresa embrujadora de Paris se le ofrece, es también una regla común que más tarde (y algunas veces enseguida) se retracte. No conozco a escritor que, cansado de la lucha o de los placeres de la vida en Paris, no haya retomado su gusto, a veces con extrema pasión, por las alegrías más tranquilas de la patria chica[1]. Las numerosas sociedades que se han formado desde hace algunos años, de provincianos residentes en París (Normandía tiene la suya que se llama «La Manzana»), no son otra cosa que la expresión de ese gusto, que todos tenemos, del regreso al terruño natal. Maupassant lo conoció. A veces se había burlado de sus normandos: le gustaba recordarlos. Cada hombre tiene en su existencia el recuerdo de algún oasis donde ha conocido dulces horas. Este oasis bien podría haber sido para Maupassant el muy modesto chalet de Étretat donde tan a menudo lo vi. Despreciando, en esa época, los sometimientos de la moda, poco preocupado en mantener su lugar entre los «mundanos», él vivía entre el campo y el mar. En sus largos paseos de caza, en sus aventuras de pesca en el mar, usaba sin peligro la fuerza de su temperamento y el ardor de su sangre. Mezcla de rudeza y de gracia, su Normandía era un marco relajante y apropiado para su espíritu. Cuando, más adelante, próximo a los avatares de la enfermedad que debía abatirlo, lo volví a ver en el Midi, y aunque el mar conservaba la misma atracción par él, ya no era el mismo hombre llevando la misma vida.

[1] El Señor Fouquier olvida a Henry Boyle (Stendhal), que nunca dejó de detestar cordialmente Grenoble.

Nuestro barco de pesca, en el que se estaba tan mal bajo la húmeda caricia de las salpicaduras del mar del Norte, se había convertido en un elegante velero deportivo. Maupassant ya no era el mismo; roble transplantado en una tierra demasiado liviana. Material y moralmente, un cambio de aires fue mortal para él. Su independencia natural, que rayaba casi en un estado salvaje, se humilló y se sometió a las exigencias de la vida de la sociedad refinada, de la vida mundana. Se ha dicho que esa fue su verdadera enfermedad. Considero que el proceso se duplicó y que lo que nos parece como un resultado fue, en buena parte, una causa. El vigoroso aldeano que hubieses sabido luchar contra la adversidad no se resistía a la fugaz caricia del éxito.

Cuánta melancolía provoca el recuerdo de esta vida de Maupassant, cuya más hermosa novela quizás sea *Una Vida*, donde aparece tanto de sí mismo, ¡pero no todo! ¡Y qué llena está de información! Desde luego las cosas no llegan siempre, como para Maupassant, al extremo trágico: pero el artista que se abre al mundo, que quiere recibir en menuda moneda de elogios acariciadores la recompensa de su merito, se disminuye siempre, y a veces, se pierde. La alta sociedad, en particular, se venga instintivamente de aquellos que saben mirarla, penetrarla y describirla, conquistando su espíritu y modelando su carácter a imagen y semejanza de sus estrecheces. Maupassant no es el único de nuestro tiempo de quién el mundo ha tomado más de lo que él ha dado. ¡Y cuan irreparable fue la perdida para nuestras letras francesas!

Pues Maupassant era, por naturaleza, un gran escritor. En el doble homenaje que le han rendido París y Ruán, no ha habido ni complacencia, ni camaradería de escuela ni de camarilla, ni amor propio de provincia, feliz de aumentar la lista de sus hijos ilustres. Que se le tome en su primer volumen, en su libro a los veinte años, desafortunadamente titulado: *Unos versos*, y que se le siga hasta esa novela terrible, *el Horla*, donde, para el observador inquieto, el genio de la imaginación se inclinaba ya hacia la locura, y es casi todo el tiempo igual a si mismo. Nadie fue un mejor escritor francés. Creo además que el arte del estilo no se enseña más que se aprende. Todos los hombres de letras de nuestro tiempo, para hacerse un estilo han recibido la misma información: quiero decir que han tenido las mismas lecturas. Únicamente, de esas lecturas semejantes para todos, se forma en los cerebros lo que se podría denominar una digestión desigual según la salud

de los estómagos. Unos saben y pueden absorber la información de los escritores del pasado, aprovechándola y haciéndose una lengua donde su marca personal se mezcla sin esfuerzo y como sin querer. Los otros caen en la imitación y no la eluden más que por la manera. En los dos casos, la impotencia y el esfuerzo no escapan al crítico. Maupassant no conoció ni lo uno ni lo otro. Nada es más franco que su hablar y su proceso de composición. Vio y describió la vida con una rara sencillez. Fue para las almas una especie de maravilloso paisajista, si se me permite decirlo de ese modo, no teniendo necesidad de buscar lugares excepcionales, contentándose, para su cuadro, con el primer rincón de naturaleza y haciendo la obra grande y soberbia mediante el golpe de sol y de luz que su pincel sabía arrojar allí. Tal es el paisaje del país normando, desprovisto de accidentes pintorescos, pero que se llena de gracia o de fuerza con la iluminación del rayo que penetra entre las nubes. Y ese rayo de sol del genio de Maupassant, tal vez en sus más cortos relatos, sea la emoción. Ella supera todo, la impasibilidad a veces rebuscada y la ironía. Bajo su risa, hay ternura, una ternura que conserva no sé que pudor al no dejarse más que entrever. ¿Y quién sabe si en esto él no justifica, más que cualquier otro en nuestro tiempo, ese dicho de que «el estilo, es el hombre»?

NESTOR
del *Echo de Paris* y del *Journal*.

PS. *Le Temps* publicaba el 28 esta carta fechada en Ruán, el 27 de mayo de 1900:

… José María de Heredia toma la palabra, a continuación es el Sr. Henry Fouquier quién habla en nombre de la Sociedad de escritores.

Tras haber disculpado al Sr. Paul Hervieu, Presidente de la Sociedad de escritores, el Sr. Henry Fouquier comienza así:

La Sociedad de escritores me ha impuesto el honorable privilegio, no diré de sustituir a su Presidente, sino de ocupar su lugar. Y, aquí, mi amistad ha debido contener mi modestia. Yo era en efecto el amigo de vuestro ilustre compatriota Guy de Maupassant. Y si la ceremonia de hoy revive y despierta en mí el recuerdo doloroso de su final tan prematuro y tan triste, experimento también esta alegría, un poco melancólica todavía, pero

noble y serena, que se debe encontrar al ver a los muertos que se han amado, resucitar en la gloria.

El busto erigido ya en París, en el parque Monceau, no bastaba: El Sr. Henry Fouquier lo explica a continuación en estos términos:

Señores, todos tenemos dos patrias: la chica y la grande. Una está en provincias, en la ciudad o en el pueblo donde hemos nacido, la otra es la patria francesa común a todos nosotros y de la que Paris, a pesar de sus fiebres o sus errores, representa la reluciente corona. A doble patria, doble amor. Y en este sentimiento de todos y cada uno por la tierra de origen, - sentimiento que me parece encontrarse más desarrollado en nuestros días, fortalecido por Sociedades como «La Manzana, que todos conocéis, como el de «La Cigala», que reúne en el propio París a mis compañeros de Provence,- en ese sentimiento no hay nada peligroso, aunque se diga sin razón. Más dulce, más cercano a los recuerdos de infancia que nos vienen al corazón con la edad que nos aleja de ella, rosas florecientes en el otoño de la vida, ¡el amor a la patria chica preludia el amor más viril, más razonado de la grande! Es por eso por lo que habéis querido honrar a Guy de Maupassant, a la vez como un gran hombre de letras que pertenece a Francia y, más particularmente hoy, como el hijo amado de vuestra tierra normanda: tierra pletórica de robustez y de gracia, que ha tenido el privilegio de todas las fecundidades, y que ha dado a la gran patria tantos hombres de genio, de talento y de valor, que, - en todo tiempo y en nuestros días, - la han servido o han tenido esa suprema alegría de añadir una nueva gloria a su gloria pasada.

Maupassant fue un buen normando, a pesar de algunas disensiones aparentes con su tierra natal. El Sr. Henry Fouquier hace un bello elogio del escritor:

Resulta injusto que se haya querido hacer de él un artista impasible, incapaz de sensibilidad y emoción. Es un error que ha querido que él fuese un escritor únicamente «objetivo», es decir, por utilizar un lenguaje menos abstracto, incapaz de describir los sentimientos de sus protagonistas y de dejar algo de si mismo en su obra, o sea, como decía Dumas, un doloroso pedazo de su corazón. Una obra en la que el artista no pusiese nada de él, de su alma o de su vida, no viviría. Lo que es cierto es que Guy de Maupassant resulta naturalmente desde el primer momento inimitable, con más instinto que voluntad, tal vez sin mucho estudio de la gran escuela de los escritores clásicos. De ese modo su estilo es claro y sobrio; aceptando la imagen cuando ésta se le ofrece, no buscándola a pesar de todo, conservándola como esclava y nunca como dueña y fuente del pensamiento. Le horroriza la declamación, que es la mentira del vigor, y la sensiblería que es la caricatura de la sensibilidad. En eso, está muy próximo a ese otro autor normando tan célebre, Mérimée. Pero en el momento en el que la inmortalidad del mármol y el bronce está asegurada a un escritor, él entra al mismo tiempo en la leyenda y la leyenda debe desaparecer para él. Al rostro de Maupassant hay que quitarle la máscara de insensibilidad que se la ha atribuido

demasiado fácilmente, cuando incluso el hubiese querido atarla sobre los rasgos que oculta. Es necesario saber lo que los hombres han sido, cuando se tiene el documento de su obra, sin detenerse demasiado en lo que, a veces, ellos han querido ser. ¡Pues bien! en esta obra yo encuentro emoción e ideal. Una emoción contenida, desde luego; un ideal que se detiene tal vez en una tristeza inquieta ante los dolores del hombre y en una aspiración indecisa a la obtención de más felicidad para éste. Pero eso me basta para negar el fundamento de la leyenda de la insensibilidad, demasiado desdeñosa y altiva, que ha rodeado a Maupassant. Él decía en sus primeros versos – en esos primeros versos, que constituyen para los jóvenes poetas, menos una promesa de talento que una ingenua confesión de su alma:

¿Por qué Colón estuvo tan atormentado,
Cuando, entre la bruma, entrevió un mundo?

Ese tormento ante lo desconocido no puede existir sin emoción.

El muy hermoso discurso de nuestro colaborador finaliza así:

Tal es la obra de Maupassant: fuerte sin esfuerzo, agradable sin afección, hecha de finura, a veces de ironía; pero donde tanto corrió ese rayo de sol, ese estallido de luz que ilumina y que calienta, y que es la emoción del artista ante las alegrías y dolores humanos. Esto es lo que he querido decir de Maupassant en este día de apoteosis, y que, tal vez habiendo sufrido de la vida más de lo que uno piensa – incluso antes de haber sido afectado por el golpe que lo consumió lentamente y lo mató – no la describió con un corazón insensible a todo dolor humano. Y me alegra asegurar que el gran escritor admirado, y que el amigo añorado a quién, en este día de fiesta triunfal yo aporto el homenaje de los escritores, no difiere de los demás hombres más que por el arte que hubo en él, arte superior y exquisito de describir la vida tan bien, a veces mejor que sus más grandes pintores, la vida en la que la alegría se mezcla con las tristezas, al igual que en nuestros corazones hoy, ante este monumento que expresa nuestros lamentos y que canta su gloria.

LA ENFERMEDAD Y LA MUERTE DE MAUPASSANT

Detalles inéditos recopilados por Albert Lumbroso

Tal vez alguien pueda sorprenderse al comprobar que es un italiano quién publica este libro sobre Guy de Maupassant. Al respecto repetiré a mis lectores un razonamiento muy preciso de un célebre escritor alemán que sostiene que el famoso dicho *la posteridad comienza en la frontera*, encierra un fondo de verdad. Esta posteridad, que no será probablemente superior a la de los contemporáneos, ni en comprensión, ni en gusto, ni en justicia absoluta, será sin embargo y a pesar de todo un tribunal supremo y romperá muchos de los juicios actuales, porque las cuestiones relativas a la persona no son resueltas sobre ella; cuando uno no cena con sus reos, eso hace más fácil la imparcialidad. Es por esta causa, dijo Max Nordau, que el extranjero se parece más a las generaciones futuras. Él no conoce a los hombres cuya vida u obra analiza, él no está sometido a la impresión de su personalidad humana, el no forma parte de ninguna camarilla, no tiene ningún rencor que satisfacer, ninguna reciprocidad que solicitar. Él puede por tanto, sin esfuerzo, juzgar con serenidad.

El autor de estas notas ha escrito en esas condiciones: viendo a Maupassant «desde fuera» no sostiene que ese punto de orientación sea necesariamente más justo que aquél en el que se sitúan de costumbre los

compatriotas. Pero desde luego es otro. Se descubren aspectos nuevos. Y la multiplicidad de los puntos de observación es una condición del conocimiento completo.[1].

Además pronto se hará un trabajo de conjunto sobre *Maupassant*, tal como los de Larroumet sobre *Marivaux*, del Sr. Boissier sobre Madame de Sévigné y del Sr. Chuquet sobre *Stendhal-Boyle*. Es a un miembro de la Escuela Francesa de Roma, el Sr. Édouard Maynial, al que se lo deberemos. En efecto, mientras se ocupa de los trabajos arqueológicos que su Director, Mgr Dúchense, le encarga realizar, él no olvida su querido proyecto de escribir un libro sobre el autor de *Una Vida*. El Sr. Maynial ha confesado a este escritor una admiración casi de discípulo, y le gustaría hacer por él eso que otros han hecho por escritores más «clásicos», pero que no han tenido una influencia tan decisiva sobre el movimiento de la literatura francesa. Una importante parte de su obra está escrita, y la *Revue Bleue* la publica bajo el titulo: *La Composición en las primeras novelas de Maupassant: «Una Vida» y «Bel-Ami»*.

Para todo lo concerniente a la obra de Maupassant, la documentación del Sr. Maynial es suficiente; conseguirá, con las informaciones que posee, explicar la génesis de los principales libros del escritor, mostrar sus procedimientos de composición y de estilo, situar sus obras en el movimiento de las ideas de su tiempo y finalmente indicar la influencia, considerable en su opinión, que ha ejercido sobre toda la literatura contemporánea, sin contar a los plagiadores como Gabriele D'Annunzio. Pero lo que no debe faltar al *Maupassant* del Sr. Maynial, lo que proporcionaría a su obra ese pequeño carácter de intimidad y confidencia

---

[1] Prólogo para la edición francesa de MAX NORDAU,

Visto desde fuera, Ensayo de crítica científica y filosófica sobre algunos autores franceses contemporáneos, traducido del alemán por AUGUSTE DIETRICH [muy conocido por sus traducciones de Barzellotti, de Mario Pilo, del barón R. Garofalo, de Sanz y Escarpín, de Brooks Adams y de todas las obras anteriores de Max Nordau], París, Félix Alcan, 1903, en -8º. El Sr. MORELLO (Rastignac) juzgó muy severamente ese libro en el artículo: Nell'Arte e nella Vita, «Ne fuori nè dentro», de la Tribune el 5 de noviembre de 1902, miércoles. Como él ya se había ocupado en una revista de Balzac, el Sr. Morello no examina en todo el volumen de Nordau, más que las «dieci paginette sul Balzac», es decir el primer capitulo de *Visto desde fuera.* Acusa sobre todo a Max Nordau de *¡no haber leído a Balzac!* ¿En qué se fundamenta?

que el público busca hoy en los libros de crítica literaria, son los detalles sobre la vida de Maupassant. Sé que es un tema muy delicado que no se debe tocar más que con manos sacerdotales. Demasiados recuerdos todavía dolorosos han quedado vivos de esta existencia rápida y accidentada; demasiados testigos todavía presentes deben ser respetados. Pero sin embargo hay cosas que pueden decirse, sobre todo después de las *íntimas* revelaciones del Sr. Adolphe Brisson, del Sr. Henri Amic y de la Sra. Hermine Lecomte du Noüy, de soltera Oudinot de Reggio[1].

Se debe ignorar lo menos posible de un gran escritor. Es necesario dirigirse a todos aquellos que, de cerca o de lejos, han podido conocer a Maupassant o que hayan estado próximos. Se pueden obtener algunos recuerdos, algunas anécdotas, algunos documentos inéditos, cartas, por ejemplo, que pueden consolar un poco al Sr. Maynial de no tener aquellas que todavía no pueden ser publicadas. Finalmente, en alguna parte, debe existir la pista de algunas particularidades curiosas, aunque sin embargo muy humildes, como las que ha revelado la Sra. Lecomte du Noüy, en su libro: *Mirando pasar la vida…*

En lo que a mí respecta, he podido recopilar algunos recuerdos personales de la Sra. Laure de Maupassant – ¡la desolada madre que acaba de morir diez años después de Guy!– y de algunos amigos del escritor: Sres. Auguste Dorchain, los doctores Balestre, Glatz, Meuriot, Grout y Dejerine, Cahen, el conde Joseph Primoli, Pol Neveux… Es sobre todo de la enfermedad y la muerte de Maupassant de lo que todas esas personas han querido hablarme. El espíritu se detiene en el periodo lamentable y triste de esta existencia; casi se olvidan de «las delicias de glorificar a uno de los nuestros, un latino de bella estampa, límpido y sólido, ¡un constructor de

---

[1] No creo ser indiscreto desvelando el nombre del autor anónimo de *Amistad amorosa*, del colaborador misterioso del Sr. Henri Amic en *Mirando pasar la vida…*, pues el Sr. J. BERTAUT, lo ha revelado en la *Revue hebdomadaire* del 21 de febrero de 1903 (*Crónica de unos libros*, pag. 342): «La Sra. Lecomte du Noüy que, no sé por qué, insiste en firmar con el único nombre de «el autor de *Amistad amorosa*», es aquella que, el año pasado, publicó ese libro desgarrador y tan trágicamente sentimental titulado *Mater Dolorosa* y que es uno de los más admirables análisis de una crisis aterradora del alma…».

El secreto no ha sido mejor guardado por UGO OJETTI, que lo refiere al principio de su artículo *Ricordi di Maupassant* (*La Giostra*, Catania, a. II, nº 2, septiembre de 1903)

frases hermosas, brillantes como el oro, puras como el diamante!». Fue Zola quién escribió este elogio de Maupassant…

Fue a la misma Sra. de Maupassant[1] a quién le solicité, hace dos años, algunas informaciones sobre sus últimas relaciones con su querido y añorado hijo. Aunque afectada de una grave enfermedad cardiaca, quiso conocer, por la intermediación del doctor Balestre, de Niza, todo lo que yo deseaba saber. Relacionado con ella mediante una antigua e íntima amistad y habiendo incluso conocido mucho a Guy de Maupassant, el doctor Balestre tuvo la paciencia de escribirme, en el transcurso de esos dos años, un cierto número de cartas en las que expone fielmente las últimas relaciones del hijo y de la madre y las primeras angustias que ella experimentó cuando vio esa espléndida inteligencia cubrirse de nubarrones. La mayoría de mis informaciones están extraídas de mi correspondencia con el buen y sabio doctor; la restante procede de los amigos del escritor, e insertaré a pie de página, la fuente de cada una de mis notas.

Guy de Maupassant había ido a establecerse en Cannes en los últimos días de septiembre de 1891. Al vivir su madre en Niza, las visitas de su hijo eran frecuentes, casi cotidianas; la correspondencia se limitaba pues a algunos despachos rápidos o a algunas notas sin importancia que no han sido conservadas.

La Sra. de Maupassant me quiso dar uno de esos telegramas, encontrados por casualidad; está sellado el 30 de septiembre de 1891:

SEÑORA DE MAUPASSANT

140, Calle de France, Niza.

Para Niza, desde Cannes. N. 418. 57 palabras.
Despachado el 30 de sept. 91 a las 10 h. 40 de la mañana.

Querida madre:

Me comporto admirablemente. Ya no me da miedo Cannes. Doy deliciosos paseos por mar. Quedo hasta el 10 [de octubre] luego iré a beber a París un trago de vida mundana de tres semanas a fin de prepararme para el trabajo. Contusión siempre dolorosa. Iré a cenar a tu casa el domingo.

GUY DE MAUPASSANT.

[1] Muerta en Niza, el 8 de diciembre de 1903.

Las cartas siempre están firmadas «Guy», pero el despacho está firmado *in extenso*.

Las palabras *Ya no me da miedo Cannes* hacen alusión a los temores que él había experimentado sobre la acción que el clima podía ejercer sobre su salud.

La contusión siempre dolorosa era el resultado de una reciente caída de un triciclo.

En lo físico, Guy de Maupassant tenía la fuerza y la inteligencia de un atleta griego; pero abusaba de su vigor y de su resistencia; hacía fácilmente una carrera de 80 kilómetros; descendió el Sena desde Paris a Ruán remando y llevando a dos amigos, en su yola. También se ensañaba en su trabajo intelectual, persiguiendo sus obras sin descanso ni tregua, no deteniéndose más que cuando las consideraba acabadas.

En el verano de 1891, mientras se encontraba en Divonne y en Champel, Guy de Maupassant había experimentado algunos síntomas que pudieran hacer temer una afección mental; esos síntomas, sobre los que no tengo información, pero que parecen haber afectado al enfermo y haber escapado a los que lo rodeaban, se habían disipado enseguida y completamente; hacia el otoño, nuestro infeliz escritor se sentía en plenitud de su potencia intelectual; amasaba en ese momento los materiales de un estudio sobre Tourguenieff; es a ese trabajo a lo que hacen alusión las palabras *a fin de prepararme* etc. del despacho del 30 de septiembre.

La *Correspondencia de Tourguenieff*, recientemente publicada en la Biblioteca Charpentier por el Sr. E. Halpérine-Kaminsky, prueba toda la afectuosa amistad que el célebre escritor ruso tenía para con su colega francés.

La Sra. de Maupassant me envío en 1901 dos cartas que están entre las últimas que recibió de él; sería muy difícil encontrar la carta que cierra la correspondencia. De esas dos cartas de Maupassant, ninguna lleva fecha; están timbradas por la oficina de correos, una el 14 de marzo de 1891, la otra el 27 de junio o julio.

La primera trata ya de su salud, pero la escritura es noral; es la escritura ordinaria del novelista; se siente que si el físico está afectado, el equilibrio intelectual se conserva. En la segunda, la escritura es pesada y traduce el cansancio. Las primeras líneas trazadas indican el esfuerzo mental que el autor tuvo que hacer para escribirlas; una vez dado el primer impulso,

continúa. La Sra. de Maupassant - ¡la madre! – ya siente en esta carta algo fuera de lo normal.

He aquí las cartas. Las iniciales *G. M.* y la dirección, *calle Boccador, 24*, pertenecen al papel impreso:

Calle Boccador, 24

G. M.

Mi querida madre,

El apartamento que me propones parece convenirme. Así que puedes alquilarlo para abril. ¿Quieres que te envíe el dinero?

No te preocupes demasiado por mi salud. Creo sencillamente que mis ojos y mi cabeza están muy cansados, y que este invierno abominable ha hecho de mí una planta helada. Tengo buena cara. No tengo del todo mal el vientre. Ante todo necesito aire y tranquilidad.

He consultado acerca de mi estado nervioso a un hombre del que dicen que es muy superior a Charcot. Joven y ya profesor y médico de los hospitales, todos sus colegas lo elogian.

Me ha examinado durante mucho tiempo, ha escuchado toda mi historia, luego me ha dicho: «Tiene usted todos los síntomas de lo que se llama neurastenia (estilo Charcot, antes se decía histeria)». Es del sobreesfuerzo intelectual: la mitad de los hombres de letras y de Bolsa están como usted. En resumen nervios, fatigados por el remo, luego por sus trabajos intelectuales, nada más que unos nervios que alteran todo en usted; pero la constitución física es excelente, y usted llegará muy lejos, aunque con problemas.

«Higiene, duchas, un clima tranquilo y caluroso en verano, largos descansos muy profundos y solitarios. No me preocupa su caso.»

Le repitió lo mismo a Landolt y a Cazalis. Se llama Doctor Déjerine[1]*. Pero estoy baldado de las neuralgias debidas a Normandía, al Sena, y a mis malas viviendas.*

---

[1] *Landolt* se trata del doctor Edmond Landolt, oficial de la Legión de honor, residente en París; a él le debo varias informaciones. Me escribió el 8 de septiembre de 1901 desde Spiez (Suiza): «Con el mayor placer contribuiré a propagar la gloria, a perpetuar la memoria de mi valiente amigo de Maupassant… Yo era tan amigo como médico del pobre

Musotte *va muy bien. El teatro llena su aforo. Cuatro grupos parisinos van a partir para provincias. Hemos contratado especialmente con Ruán, Lyon, Burdeos y Lille. En el extranjero vamos a ser representados en Bruselas, Berlín, Viena. En Italia, en Portugal, en Suecia, en Dinamarca, en San Petersburgo.*

El extranjero no da mucho dinero, pero ¡¡qué publicidad!!

Hasta pronto, mi querida madre. Te abrazo con todo mi corazón. Abrazo a Simone. Mil saludos a Marie-Thérèse.

Tu hijo,
GUY

Tengo gripe, pero se curará dentro de dos días. Ha sido benigna.[1]

He aquí la segunda carta, quizás la última escrita por él a su madre. Está sin fecha, pero el sobre lleva tres sellos que el fiel amigo de la Sra. Laure de Maupassant, Sr. Balestre, no ha sabido descifrar con seguridad. Con un poco de paciencia, y sirviéndome de una lupa, lo he conseguido. El sello de salida es: *Divonne (Ain) 4ª distribución, 27 junio 91*; el de llegada es: *Niza (Alpes Marítimos) 3ª distribución, 29 junio 91*.

---

querido Guy. Nos veíamos con tanta facilidad y tan a menudo que no teníamos necesidad de escribirnos…No he conservado más que dos notas suyas… En cuanto al doctor Dejerine (de la Saboya francesa y en absoluto ruso, como su apellido pudiera hacer creer), es igualmente uno de mis amigos y uno de los neurólogos más eméritos. Yo le envié a Maupassant, pero él no lo vio a menudo y como médico únicamente. El secreto profesional no le permitirá más que a mí, por otra parte, darle información detallada sobre la enfermedad del gran escritor, y él no tiene otra. Además no es lo que usted busca; lo sé perfectamente; y es precisamente por eso por lo que me pongo gustoso a su disposición…»

Cazalis es Henry Cazalis, el doctor en medicina tan conocido, caballero de la Legión de honor, residente igualmente en París. Su pseudónimo como poeta es *Jean Lahor*. Era al mismo tiempo amigo de Taine y Maupassant, cosa rara.

El doctor *J. Dejerine* es profesor en la Facultad de Medicina de la Universidad de París y médico en La Salpêtrière: todo el barrio Saint-Germain conoce a este especialista que es una verdadera celebridad parisina.

[1] *Dirección*: Señora Laure de Maupassant, Villa des Ravenelles, 140, rue de France, Niza, Alpes marítimos.

– Sin fecha. Sello postal: Paris, 86, R. Climent-Marot, 2º, 14 marzo 91.

La escritura cambia; la palabra *regresaré*, al principio, no quería salir de la pluma. Maupassant escribió *revierai*[1], luego lo borró y escribió la palabra exacta. Al comienzo, tras haber datado en lo alto de la página, *Divonne*, él había escrito esta frase: *Quelques mots seulement, mais je ne vais pas loin*[2].; al volverla a leer, vio que le faltaba claridad y arregló su carta añadiendo una línea al principio. Finalmente había escrito *touches* por *douches*, *lide* por *lire* y *excellente idéee*[3]. Constato esos detalles ya que revelan los progresos de la enfermad. De hecho, esta es la carta:

Divonne,

Quiero decirte que abandono Divonne, en algunas palabras solamente mi querida Madre, pero no me voy lejos y sin duda regresaré. Mi casa está expuesta además, como el balneario, a todos los vientos del lago y de todos los glaciares. Henos aquí entre los chaparrones y el soplo helado de las nieves que me han vuelto a producir un montón de problemas, sobre todo en la cabeza. Pero las duchas me han revitalizado y fortalecido extraordinariamente.

Iba a tratar de salvarme a no sé donde, hacia el sol, muy indeciso, cuando recibí una carta de Taine aconsejándome vehementemente el establecimiento rival de Divonne: Champel, a diez minutos de Ginebra. Allí se curó él, el año pasado, en 40 días[4]*, de una enfermedad idéntica a la mía - imposibilidad de leer, de escribir, de cualquier trabajo memorístico. Se creyó perdido. Se curó en 40 días. Pero regresó este año justo a tiempo.*[5]

---

[1] *Volveré a ver*, pero la palabra correcta es *reverrai.* (N. del T.)

[2] *Algunas palabras solamente, pero no me voy lejos*. (N. del T.)

[3] Las traducciones al español de las palabras *touche*, *douche*, y *lire* son, respectivamente, estocada, ducha y leer. Lide no significa nada y en la expresión *excellente idéee* (excelente idea) a la palabra *idéee* le sobra una e. (N. del T.)

[4] Maupassant había escrito al principio 25; luego lo corrigió: 40 o 20. Yo leo más bien 40.

[5] La esposa de HIPPOLYTE TAINE, de soltera DENUELLE, me escribió en efecto, desde Mentón-Saint-Bernard, el 27 de octubre de 1903:

«El Señor Taine fue a Champel durante varios años consecutivos, desde 1888 a 1892; allí hacía sobre todo terapias de reposo y tomaba duchas como reconstituyente, habiendo sido afectada su salud por el exceso de trabajo».

El poeta Darchoin [¡Dorchain!] *está allí en este momento con los mismos síntomas que yo. Ha recuperado el sueño, solo eso. ¡Pardiez, eso lo es todo!*

Cazalis me citó en Ginebra. Me ha encontrado muy buena cara, de aspecto tan vigoroso, que exclamó: «¡Está usted curado!».

Le hablé de todas mis nuevas miserias. Respondió de un modo muy sensato: « Para usted, todo es prioritariamente una cuestión de clima, sequedad y sol, luego la indispensable ducha, pues ésta ya lo ha metamorfoseado, estoy seguro viéndolo.»

Entonces hablamos de Champel y la encontró una excelente idea, tanto o más porque el médico que dirige ese establecimiento es uno de los mejores especialistas de Suiza.

Champel es más caluroso que Divonne. Está situado en un amplio y bello valle, bien abrigado por colinas boscosas[1]*. Voy allí; pero el médico de Divonne me ha dicho riendo:*

---

[1] El Señor HERMANN BURKARD, director actual del *Grand Hotel Beau-Séjour* en Champel les-Bains, cerca de Ginebra, me envió uno de los libros de registro de su establecimiento: allí encuentro precisamente, la anotación de Taine y de Guy de Maupassant. El Señor Burkard, propietario del Hotel *Europe* de Lugano, hace cuatro años que administra el *Beau-Séjours*; no ha conocido pues a los dos escritores; me informa que en tiempos de Maupassant era el Doctor Glatz (del establecimiento hidroterápico del Bulevar Tzarévitch en Niza) quién dirigía *Beau-Séjour*. El Señor Jules Cougnard, uno de los administradores del Establecimiento de Champel, conoció igualmente a Maupassant en 1891. Éste me escribió una carta y me envió un artículo que a los lectores les gustará ver aquí reproducidos:

«Ginebra, 3 de octubre de 1903»

«Caballero,

«Nuestro Director me ha hecho partícipe del deseo que usted tiene de ser informado sobre las fases de la estancia en Champel del Sr. Taine y de Guy de Maupassant (El Sr. Saint-Saëns ha sido también uno de nuestros fieles clientes).

«Los testigos directos de este periodo son escasos y no veo más que uno a cuyos recuerdos podamos recurrir, se trata de nuestro Doctor Glatz, en este momento ausente de Ginebra. Éste me ha contado a menudo las excentricidades de Maupassant [*leer: Delpit*] dedicándose por las noches a golpear las puertas de las damas, negándose a seguir las prescripciones de los médicos y queriendo recibir a cualquier precio duchas heladas que el doctor le negaba despiadadamente. Me ha hablado también de Taine, taciturno y tranquilo,

aislándose lo más posible y evitando ser reconocido. Uno de nuestros directores que más conoció a Taine falleció desgraciadamente el año pasado.

«Mientras tanto, le envío adjunto un artículo de mi autoría, en el que trato de la estancia de Taine en Champel.

«Añada, Caballero, mis más cordiales saludos.

«JULES COUGNARD

«administrador de la Sociedad Anónima de Champel-Beau-Séjour». (Consejo de Administración)

CHARLA DE VERANO EN CHAMPEL-LES-BAINS

«La noche es espléndida. En la triple avenida de los viejos castaños cuyas hojas oscilan suavemente, mujeres se pasean, lentas y graciosas. Se diría una velada florentina digna de ser descrita por Gariele d'Annunzio. Contra la porcelana de las grandes farolas eléctricas, las polillas y otros insectos vienen torpemente a golpearse; sobre el césped, en los sillones de mimbre, hombres jóvenes y bellas extranjeras con diversos acentos, francesas, rusas, italianas, ríen en grupo. ¿Nos aproximaremos entre esas mariposas atraídas hacia la luz, y esas otras mariposas en esmoquin y remeros con sombreros de paja que, tal vez, ellos también, están a punto de quemar el borde de sus alas sin darse cuenta? No. Quedémonos con los filósofos, aquellos que refugiados en la penumbra amiga dirigen sus pensamientos hacia el estruendoso ruido del río, el gélido Arve que refleja el claro de luna, dejando llegar hacia ellos, por intervalos, los livianos sones de una pequeña orquesta italiana instalada más allá, bajo los balcones floridos, en el palco de la música.

«La noche es espléndida. Podría creerse estar en el parque señorial de una antigua residencia.; las balaustradas blancas, en voladizo, limitan las terrazas; aquí, un Neptuno de mármol blande su tridente sobre un surtidor hoy mudo, pero en el que el agua debe cantar y fluir en las noches de gala; más lejos, un bosque muestra su lindero, sus paseos que se hunden en las sombras, como si éstos debiesen conducir a los campos lejanos.

«¿Quién se creería a las puertas de una ciudad? ¿Quién sospecharía que ese parque aristocrático, esos bosques, esas estatuas son actualmente propiedad de un balneario elegante, muy conocido en el extranjero, en Alemania, en América tanto como en Francia y en Gran Bretaña? Solamente los suizos ignoran más o menos su existencia. Eso no tiene nada de asombroso. Está en su casa.

«Sin embargo, mi intención no es hablaros de hidroterapia en estas páginas; dejaremos las duchas de todas las formas, los paños húmedos, los aparatos eléctricos, las piscinas y las bañeras sin ocuparnos más que de los enfermos, cuyo antídoto es todo eso, de las neurastenias y de los neuróticos de moda.

«También, sobre esta maravillosa terraza, nadie supone que se produzcan sufrimientos y angustias entre esta muchedumbre de paseantes elegantes y apacibles. Sin embargo los hay; tal como la endeble joven, tumbada en un diván, pálida entre tules y muselinas de una bata malva, ha venido a buscar en el río, hijo de los glaciares, el consuelo y el vigor; más de

uno, entre esos hombres, jóvenes o viejos, que hacen crujir bajo sus botines acharolados la arena de los paseos, más de uno está durante la jornada, dulcemente sometido a las órdenes de equipos médicos, ha pasado largos momentos en la reparadora camisa, curvando su espinazo ante la lanza de latón o bajo el grifo de las duchas.

«Pero la hora del tratamiento ha acabado; uno se repone gracias a una bella noche de verano, en ninguna parte puede ser el reposo mejor que sobre las admirables terrazas de Beau-Séjour.

«Sumerjámonos pues en las delicias del *far-niente*. Confesemos que son necesarias tras la maravillosa cena de la que dimos cuenta antes, en esa bonita sala del restaurante del que muchos ciudadanos de Ginebra conocen el camino y donde les gusta acudir a apreciar la sabia cocina de Maillard. ¿Conocen ustedes a Maillard? Precisamente un huésped de Champel, quiso cantarlo en unos versos que pido permiso para servirles a ustedes:

Maillard, maître-queux de céans,
Est un artiste meritoire,
Autour de la table seants,
A sa santé nous allons boire.

Loin de nous ces mets malsants,
Opprobre de la rôitissoire;
Maillard, maître-queux de céans,
Est un artiste meritoire,

O turbot, fils des océans,
Dindonneau farci, trufe noire.
Perdreaux dodus, chapons géants,
Tous vous proclamez cette gloire:
Maillard, maître-queux de céans.

Maillard, maestro cocinero del lugar,
Es un artista de merito,
Alrededor de la mesa sentados,
Beberemos a su salud.

Aléjanos de esas comidas insanas,
Oprobio de los asados;
Maillard, maestro cocinero del lugar,
Es un artista de mérito.

Oh, rodaballo, hijo de los océanos,
Pavo relleno, trufa negra.
Perdices cebadas, capones gigantes,
Proclamad todos esta gloria:
Maillard, maestro cocinero del lugar.

Como pueden ver, las rimas eclosionan por si mismas, en esas regiones encantadoras. El amable filósofo, en compañía del que me encontraba y que también es un huésped asiduo de Champel desde hace muchos años, me contaba haber encontrado aquí más de un novelista, de un poeta:

«El Sr. Edouard Rod venía aquí a menudo, me decía él , cuando él enseñaba en vuestra Universidad. Guy de Maupassant hizo un día una aparición un tanto escandalosa. El pobre muchacho quería a toda costa que el doctor le administrase duchas extraordinariamente heladas, y como éste se negaba enérgicamente sabiendo que ese tratamiento mataría a su enfermo, el pobre autor del *Horla* y de los *Cuentos de la becada* fue a llevar a otro sitio su inquietud y sus tormentos. En otra ocasión, fue el Sr. Saint-Saëns quién, en un incógnito que todo el mundo se esforzaba en respetar, huía del salón cada vez que el enojoso piano amenazaba con sonar. Un día, sin embargo, el ilustre compositor se ablandó. Una exquisita cantante, la Sra. K…, había dicho: Le dedico – era una hermosa velada semejante a esta –

las ardientes estrofas de «Dalila». El autor no pestañeó; y acudió con efusión a agradecerlo a la cantante.

«Marc-Monnier localizó aquí el marco de una de sus más exquisitas novelas, el Asunto de Raimbaud; lo leía antes. Allí encontrarán ustedes repetidas veces bonitas páginas describiendo los lugares, los paisajes de los alrededores, los amaneceres tras el Salève, las puestas de sol hacia el Jura, donde el sol que desciende derramanda cada día y a cada hora, nuevas prodigalidades; él lo describe dorado de arriba abajo, su brillo en largas bandas negras y amarillas, alumbra las cimas y abraza el valle de Monneteir que parece un cráter en erupción, luego apaga el incendio, suavizando los escarpados, acariciándolos con amor de fina ceniza, y he aquí que en las grietas, en las gargantas, en las rocas que caen al pie, se producen grandes efusiones de sombra que tienen la solemnidad de una inmensa paz.

«Bajo esos grandes robles de ramas inclinadas, cuántas veces he visto pasar a la Srta. Aline Dudlay, paseando por las alamedas los dulces poemas de Berenice, los tiernos reproches de Pauline, ¡las iras de Agripina!

«Y mi gentil interlocutor extrajo algo de los bolsillos de su interminable levita:

«Dado que usted ama la poesía, voy a decirle que fue el propio Taine quién me los dio esa noche en ese lugar, donde yo tenía el honor de entretenerlo, y le ruego que crea que el ilustre filósofo no prodigaba a todo el mundo sus papeles.

«Asegurando sus quevedos, manteniendo con respeto el papel que acababa de extraer de su cartera, comenzó:

Poesía por Hippolyte Taine, dedicada a su gatos: Puss, Ebène y Mittone.

LA BONHEUR / LA FELICIDAD

Dans votre coeur tranquille et dans vos largues yeux,
O vénérable chat, la ságese est innée;
Votre rouet sans fin près de la chimenée
Est l'echo bourdonant d'un rêve harmonieux.
Quand vous voulez dormer comme dormant les Dieux,
Vous vous roulez en boule, âme predestine;
Vous laissez les soucis à la race damnée
Qui laboure la terre et qui sonde les cieux.
Tell qu'un brahme affranchi des misères du monde
Vous buvez le bonheur dans le coupe profunde
Où l'homme ne boit plus que la fièvre et la mort;
Et de l'Eden perdu le mirage tragique
Apparait evoqué par un miroir magique,
Dans la sérenité de vos prunelles d'or.

En vuestro tranquilo corazón y en vuestros grandes ojos,
O venerable gato, la sabiduría es innata,
Vuestro ronroneo sin fin cerca de la chimenea
Es el eco monótono de un armonioso sueño.
Cuando queréis dormir como duermen los Dioses,
Os recogéis en bola, alma predestinada;
Dejáis las preocupaciones a la raza condenada
Que trabaja la tierra y sondea los cielos.
Como un brama liberado de las miserias del mundo
Bebéis la felicidad en la copa profunda
Donde el hombre no bebe más que la fiebre y la muerte,
Y del Edén perdido el espejismo trágico,
Aparece evocado por un espejo mágico
En la serenidad de vuestras doradas pupilas.

«Quedará allí quince días, luego, como el buen tiempo, acabará por volver, siendo este año excepcional, usted también regresará aquí, con el sol.»

Lo dejé riendo. Parto mañana. Dirección provisional: Hotel Beau-Séjour en Champel - Ginebra.

Te abrazo con todo mi corazón, mi querida madre. Besos a Simone. Mil saludos a mi cuñada.

Tu hijo, GUY

Observa como mi carta está escrita con mano más segura. Pero los ojos no están bien desde Luchon. No pueden soportar la humedad.

En esta carta, Maupassant habla de Taine y de Auguste Dorchain.

Agruparé más adelante las informaciones que he recabado sobre las relaciones de Maupassant con Taine, así como la única carta de Guy que la Señora Taine ha encontrado entre los papeles del célebre historiador, papeles que conserva y clasifica piadosamente en su tranquilo retiro de Mentón-Saint-Bernard en la Alta Saboya. En cuanto al poeta Auguste Dorchain, me ha enviado informaciones que completan las de la carta de Maupassant. He aquí lo que el amable y gentil hombre de letras – el poeta

---

«Taine apreciaba mucho la tranquilidad que reinaba en Champel; raramente incluso subía hasta la colina, en su celo de mantenerse a solas, cara a cara con su pensamiento, bajo algún cenador de la Rosareie…

***

«La orquesta italiana ha dejado de tocar. Los violines y violonchelos han tomado el camino de la ciudad. Las enormes lámparas incandescentes se han apagado y no se oye más que el monótono ruido del río, allá abajo, rompiendo contra el dique y fluyendo espumoso a juntarse con el Ródano en las azules olas.

«Bañistas, hermosas damas y altivos caballeros, todo el mundo ha entrado en sus habitaciones pues la cura tiene sus exigencias y hay que estar dispuestos mañana temprano.

«A su vez, el visitante ocasional regresa a la ciudad próxima preguntándose cuantos de sus conciudadanos conocen esta estación termal que se llama Champel-les-Bains, quizás una de las más bellas, una de las más confortables de Suiza, apreciada por los médicos de los dos mundos, tanto los de Nueva York como los de París o Londres, y cuyo nombre, sin embargo, aparecerá por primera vez bajo los ojos de los lectores de la *Patrie Suisse*.

«JULES COUGNARD»

favorito de nuestro común amigo Primoli – me escribió sobre la última enfermedad de Guy de Maupassant:

Caballero,

He recibido su carta encontrándome en el campo, de ahí mi pequeño retraso a la hora de responderle.

Nuestro amigo Joseph Primoli no se equivoca al pensar que me gustaría mucho hablarle de Guy de Maupassant, pero lamento no tener tantas cosas que decirle como hubiera sido mi deseo. En efecto, yo conocí muy poco y muy tarde al gran e infortunado escritor. No poseo más que una carta suya que me escribió en 1881 cuando le envié mi primera obra; esa carta está en París, desde dónde, a mi regreso, le podré enviar una copia del texto; pero no tiene gran interés para el tema que a usted le ocupa, aunque para mí sea preciosa por el aprecio que expresa sobre «La Juventud Pensativa»[1]

Cuando y como nos conocimos, lo sabrá usted con exactitud por mediación del artículo que aquí adjunto y que acabo de ordenar que me lo traigan para volver a leerlo, revisarlo y enviárselo.

Remonto ese encuentro a 1892, pero si la carta de la que usted me habla, y en la que Maupassant me nombra, es de 1891, soy yo quién debe estar equivocado; sin embargo me parece que esa estancia en Champel-Ginebra es de 1892.

Allí fui llevado como lo cuento en los Anales[2]*. Él llegaba de Divonne, de otra estación termal (francesa), cerca del lago Léman, donde había sido sorprendido, según él, por una inundación que había anegado su habitación*

---

[1] *La Juventud Pensativa* (*La Jeunesse Pensive*), poesías, con un prólogo de SULLY-PRUDHOME (1 vol. In 18, 3ª ed., Paris, Lemerre, 1895) y un nuevo volumen de poesías: *Hacia la luz* (1894). Recojo del Sr. GASTON DESCHAMPS (*La vida y los libros*, 2ª serie, 1895, p. 321) este juicio completamente imparcial:

«El Sr. Dorchain da al público su primera antología de versos, en un tiempo en el que el yunque y la forja del naturalismo hacían un alboroto infernal…El Sr. Dorchain es un poeta. Ha hecho su elección en la vida y en el arte. Es idealista y no teme exponerse, mediante su inocente sensibilidad, a las risas de aquellos que confunden la vulgaridad con el buen sentido. Tendrá la aprobación, el aplauso, y lo que más vale, la simpatía de todos los que creen que una sociedad, incluso democrática, no puede vivir sin ideal.»

[2] *Los Anales políticos y literarios*, año XVIII, 1º semestre, N. 884.

y por la obstinación del médico que se había negado a administrarle la ducha más potente, la más fría, la que no se administra más que a los fuertes, «la ducha de Charcot», y él ya amenazaba al médico de Champel con irse si éste no consentía en aplicarle esa terrible ducha. Su excitación era extrema y rechazaba cualquier tratamiento de tipo sedativo, no buscando más que nuevas situaciones excitantes. Desde las primeras palabras pude adivinar cual era ese mal – ¡mental! – del que me había hablado el doctor Cazalis. Si no entro en detalles respecto de su estado psíquico, a la hora de contar estos recuerdos, es que considero que más vale dejarlo en el olvido. Él ya estaba loco: locura de exageración en todas las cosas y delirios de grandeza. Por ejemplo: «Mire», nos decía a mi esposa y a mí, «¡observe este paraguas!, no se encuentra más que en un único lugar, descubierto por mí, he hecho comprar más de trescientos iguales a éste en el entorno de las Princesa Mathilde!» O también: «Con este bastón me he defendido un día contra tres chulos por delante y tres perros rabiosos por detrás». Y todo lo que decía era similar a eso. El día de su llegada me hizo, susurrándome al oído, la confidencia de una hazaña…amorosa con una joven de Ginebra, dando detalles sobre sus renovadas fuerzas… - Todo eso es muy triste…De este modo comprenderá usted que era demasiado tarde para esperar aprender de él o sobre si mismo cualquier cosa de interés. No tuvo mucho más que un momento de lucidez trágica, contándonos el comienzo de su novela. Ese día se había encontrado pletórico, muy diferente sin embargo del Maupassant de los años sanos que, según parece, no hablaba jamás de sus obras y no sufría como se dice. Esa velada constituye uno de los recuerdos más intensos de mi vida. – En otro momento me manifestó que no creía en nada, que negaba la vida más allá de la muerte, que era materialista, y que sus cuentos fantásticos como el Horla*, no correspondían a nada que él hubiese experimentado, que se trataba de pura imaginación en frío.– Tal vez quisiera de ese modo, descartar la sospecha de alucinaciones. Por el contrario, describía con elocuencia las delicias de la eteromanía, pretendiendo sin embargo no haberse nunca entregado a ellas nunca: pero nos mostraba, sobre su mesa, una hilera de frascos de perfumes, con los que, según nos decía, se concedía unas sinfonías de olores… Al cabo de tres días, no habiendo obtenido que se le administrase la «ducha de Charcot», partió y no lo volvimos a ver más. Creo que el Sr. Pol Neveux tendría cosas*

interesantes que comunicarle a usted. En lo que a mí respecta, estaré encantado de hacer una copia del pasaje de la carta en la que Maupassant habla de mí… Gracias anticipadas, caballero y eminente colega. Disculpe esta hoja cortada, el papel falta en este pueblo y no me queda más que ofrecerle la expresión de mis más distinguidos y abnegados sentimientos.

Suyo

AUGUSTE DORCHAIN

He aquí la carta de Maupassant, de la que acaba de hablar el Sr. Dorchain y de la que quiere comunicarme fiel copia, en noviembre de 1903:

2 de abril (1881)

Mi querido colega,

Perdóneme por haber esperado tanto tiempo en agradecerle la exquisita antología de versos que usted ha tenido a bien enviarme. La leí el mismo día que llegó y he tenido una encantadora sensación parecida a la que se experimenta cuando se sale temprano por las templadas mañanas, plenas de fragancias de hierba y flores.

Esta es la poesía clara y perfecta de forma, tierna y vibrante, como no se lee a menudo.

Reciba, mi querido colega, con mis más sinceros agradecimientos, la expresión de mi cordial simpatía.

GUY DE MAUPASSANT

He aquí, finalmente, el artículo *Algunos normandos*, dedicado al Sr. Henri Allais, cuyo recorte estaba adjunto a la carta del Señor Dorchain que se acaba de leer:

Amigos, esta es Ruán, la ciudad de viejas calles,
De antiguas torres, vestigios de desaparecidas razas,
La ciudad de los cien campanarios repicando en el aire,
La Ruán de los castillos, de los palacetes, de las bastillas,
Cuyo frente erizado de flechas y agujas,
Rasga incesantemente las brumas del mar;

¡Esta es Ruán que os tiene! ¡Ruán que os acoge!...

«De este modo, en mayo de 1830, hace justamente setenta y tres años, hablaba Victor Hugo a un pintor y a un poeta, a Louis Boulanger y a Sainte-Beuve, lamentando no haberlos podido acompañar a la capital de esa Normandía que él aún no conocía, pero que tantos recuerdos felices y luego tantos dolores, deberían un día hacérsela tan querida. Y esos versos de *Las Hojas de Otoño* acuden a nuestra alma el domingo 27 de mayo de 1900, cuando en compañía de otros artistas, de otros escritores, no menos fervientes que los de antaño, llegamos para honrar a Guy de Maupassant en la ilustre ciudad de Corneille.

«En la estación nos esperaba el presidente del Comité, Gaston Lebreton, miembro del Instituto, y el vicepresidente Henry Allais, mi amigo de la infancia, un eminente abogado a la vez que un exquisito escritor.

«Allí estaban los autores del monumento: el escultor Verlet, el arquitecto Bernier, el forjador Meror, un émulo ruenés del viejo Jean Lamour de Nancy; luego otros dos ruaneses: el maestro Charles Lenepreu y el autor teatral Albert Lambert; Henry Fouquier, delegado de la Sociedad de escritores, Pol Neveux, jefe de Gabinete del Ministro de Instrucción Pública y delegado del Ministro de Bellas Artes, Catulle Mendès, Émile Pouvillon, Léo Claretie, Jules Huret, Jacques Normand, el colaborador de Maupassant en *Mussotte* que tantas lágrimas hizo derramar en el Teatro *Gymnase*; la Srta. Moreno, que recitará dos poemas deliciosamente; otros diez más entre los que se encontraban esos dos maestros de la historia y la poesía: Albert Sorel y José María de Heredia.

«Si esos dos académicos no podían representar oficialmente ese día a la Academia Francesa, de la que Maupassant no era miembro, puede decirse que ambos la representaban oficiosamente, pues no habría dejado de pertenecer a ella, si hubiese vivido un poco más[1]; pero ellos representaban otra cosa aún:. Normandía.

---

[1] Cuando Ludovic Halèvy le sugirió plantear su candidatura a la Academia, donde los Inmortales no podían más que acogerlo triunfalmente, Maupassant lo rechazó:

– No, eso no es para mí… Más tarde, ¡quién sabe! Pero de momento quiero ser libre.

Sin duda fue del mismo Halèvy que DIEGO ANGELI mantiene ese objetivo, publicándolo en 1895 en su hermoso artículo *Il cimitero di Maupassant*.

«El gran historiador de *Europa y la Revolución francesa* – uno de los libros capitales de este tiempo, - es un normando de Honfleur. En su talla, en su complexión, en el color de sus ojos, que le proporcionan un aire familiar con Gustave Flaubert y el propio Maupassant, se puede reconocer el aspecto de esos vikingos cuyas primeras embarcaciones aparecieron en el estuario del Sena hacia el siglo noveno. Y, en al amor a la gran patria, añade el amor apasionada a la chica, según el consejo que Henry Fouquier, acordándose de su Provenza natal, dará tan elocuentemente dentro de un momento en su discurso. Se trata de Albert Sorel que, el año pasado, en el Teatro de las Artes, mediante una admirable conferencia sobre Maupassant y el alma normanda, ha hecho afluir las suscripciones y posibilitar el presente evento. Y nadie más que él es devoto de Corneille. En su libro sobre Montesquieu, lo cita en varias ocasiones, y no haría falta ir muy lejos para hacerle confesar que la filosofía de *Grandeza y Decadencia de los romanos*, está por entero en *Cinna*, en *Sertorius*, en *Othon*, en *Nicomede*. Uno de sus más bellos ensayos: *La acción de los hombres sobre su destino*, es como el desarrollo de tantos y tantos versos escritos por Corneille para la exaltación de la voluntad. Los normandos tienen el sentido de la historia, sin duda por haber hecho mucho por el mundo. Mézeray y Saint Évremont, normandos ambos, la poseían en grado sumo para su siglo, y Corneille más que ellos aún. Albert Sorel es de esta raza.

«Albert Sorel, no debiendo hablar hoy, como el otro académico normando, o casi, ¿tomará a su vez la palabra? – José María de Heredia es de abolengo español por su ascendencia paterna, pero lo que no se sabe bastante es que es normando y antiguo normando por su familia materna, bisnieto de Gérard d'Onville que fue Presidente del Parlamento de Normandía. Los conquistadores de Inglaterra y de Sicilia valían tanto como los conquistadores de México o Perú; y es tal vez gracias a aquellos, no menos que a éstos, como Heredia parece haber vivido magníficamente a través de los siglos para componer esos *Trofeos*, donde con el alma de las edades antiguas, ha logrado fijar toda la pompa y alegría de su inspiración heroica. Se diría que en él se ha confirmado, por mediación de la sangre, esta singular afinidad del genio normando y del genio español, del que, en el siglo diecisiete, nuestra historia literaria ha dado ya tantas pruebas. Saint-Amand, un ruenés, tiene en sus mejores versos, la inventiva bufa y la abundante elocuencia de los picarescos; Benserade, su compatriota,

gongorista, no sin humor; Scudéry, del Havre, habla como un capitán de comedia castellana; Brebeuf, otro normando, iguala algunas veces en su traducción de *la Farsalia*, demasiado olvidada, la poesía hispano-romana de ese Lucían que Corneille no tenía razón en preferir a Virgilio, pero del que la viril elocuencia y los versos-formula tanto debían gustar a su temperamento de poeta dramático. Él lo imitará en *Pompea*, al igual que ha imitado a Seneca, otro latino de Córdoba, en *Medea* – Guillén de Castro en *el Cid*, Alarcón en *El Mentiroso*, Lope de Vega en *Don Sancho* .– ¿Y sabe usted cuáles son, en el pasado, los sonetos que, por la firmeza de la lengua, o la magnificencia de la inspiración, hacen recordar más a los sonetos de Heredia? Son menos los de Ronsard a Hélene que los de Corneille a la reina regente sobre la muerte de Luis XIII, o aquel del sublime epitafio de Elisabeth Ranquet. Se puede aplicar a Heredia lo que él mismo va a decirnos de Maupassant: «Es de la gran línea normanda, de la raza de Malherbe, de Corneille y de Flaubert. Como ellos, tenía el gusto sobrio y clásico, el bello orden arquitectónico, y, bajo esta apariencia regular y práctica, un alma audaz y atormentada, aventurera e inquieta.»

«Sin embargo, todos estos epitafios no convendrían al poeta de los *Trofeos*, cuya alma es más serena, sino más optimismo. Los demás oradores también nos han mostrado el pesimismo de Maupassant, cada uno bajo un enfoque un poco diferente, aquél tal vez que proyectaba su propia naturaleza: Henry Fouquier, alma elegante y luminosa, lo atenuaba demasiado. Pol Neveux, que él mismo parece un pesimista, en dos páginas magistrales cuya lectura nos ha dejado a todos una profunda impresión, lo habría más bien llevado a negros abismos. Aquí, el orador todavía parecía estar bajo el influjo de los golpes de las terribles cartas íntimas de las que nos citaba algunos pasajes y que fueron escritas en los últimos años de la vida de Maupassant, quizás en los últimos meses.

«Fue entonces cuando yo mismo lo encontré: ¡Oh! ¡El inolvidable y lúgubre encuentro!

«En agosto de 1892[1] yo estaba en Champel-les-Bains, cerca de Ginebra, para obtener de las aguas heladas del Arve y al aire vivificante de

[1] Debe leerse en 1891. En agosto de 1892, Maupassant ya estaba internado en la *Residencia Blanche*. El doctor de Champel era el doctor Glatz, actualmente director en Niza, durante el invierno, del *Establecimiento Hidroterápico Belvèdére*. «En efecto, durante ocho años he atendido en Champel al Sr. Taine, que venía a pasar unas semanas,

las alturas, la curación de una fatiga nerviosa, cuando un día se me anunció la visita de Guy de Maupassant, al qué el doctor Cazalis, – el poeta Jean Lahor –, le había sugerido que acudiera al establecimiento termal.

«Le prescribí este lugar, me dijo aparte el común amigo, para hacerle creer que no tiene más que un poco de neurastenia, como usted, y para que usted le diga que ese tratamiento ya lo ha curado y lo ha fortalecido mucho. Lamentablemente, su mal no es el de usted, ya se dará usted cuenta enseguida.

«Maupassant tenía bajo el brazo una cartera de abogado, llena de papeles. La abrió y me mostró las hojas:

«– Aquí están las primeras cincuenta páginas de mi novela: *El Ángelus.* No he podido escribir nada desde hace un año. Si en tres meses no logro acabar el libro, me mato.

«Tales fueron sus primeras palabras. ¿Diré todo lo que él añadió, todo lo que, en una volubilidad de lenguaje y con una mirada fija igualmente espantosas, me contó durante los tres días que se le pudo retener en Champel? ¡Desde luego que no! el recuerdo me resulta demasiado cruel y no considero que se deba contar a nadie. Prefiero recordar únicamente una velada admirable, en la que, durante dos horas, llegué a creerle curado, salvado, habiendo regresado a sí mismo. Mi esposa y yo lo habíamos invitado a cenar en nuestra pequeña cabaña, anexa al hotel de los baños; él trajo su manuscrito del que no se separaba apenas, habiendo decidido que ya estaba sentenciado. Nos dijo:

«– Voy a contarles *el Ángelus*.

«Lo narró con una lucidez, una lógica, una elocuencia y una emoción extraordinaria. Si mi memoria me es fiel, se trata de la historia de una mujer en vísperas de ser madre, y que su marido, soldado, ha dejado sola en el castillo familiar durante el Año Terrible. Una noche de invierno, la noche de Navidad, los prusianos invaden la casa; debido a la resistencia o a la denuncia, ellos relegan a la infeliz a un establo, después de haberla maltratado e incluso herido; y sobre la paja, mientras a lo lejos repican las

---

cada verano, a nuestro Establecimiento termal. Vi a Maupassant durante *dos temporadas* [¿*una*?], esforzándome en vano en calmar sus excitados nervios, y en prevenir la terrible enfermedad que se lo ha llevado. También Dorchain, Delpit y otras personalidades de todo tipo han pasado por Champel, al que yo inauguré hace ya veintisiete años» (Carta desde Niza, 8 de noviembre de 1903). [A.L.]

campanas de la iglesia, ella trae al mundo un hijo, como antaño la Virgen María. Pero ¡qué hijo! un niño herido, lisiado para siempre por el golpe que su madre había recibido, un niño con las piernas rotas y que nunca podrá caminar, y que jamás será un hombre semejante a los demás hombres. Pasan los años por él sin curación, pero afinando su alma en el amor infinitamente tierno de su madre, como para que pueda sufrir todavía más. ¿Es qué en verdad, Jesús vino al mundo para traer alegría?... Un día, ya convertido en un joven muchacho, una jovencita pasa, y el inválido la adora con su gran y tierno corazón, pero sin que pueda manifestárselo, y sin que ella pueda corresponderle. Es a su hermano mayor, a su hermano normal y bello, a quién ella ama, y ambos torturarán al miserable con el espectáculo de su felicidad.

«– Vamos, querido, le decía la madre mimándolo como a un niño, yo te llevaré a bellos países, te leeré hermosos libros, tú olvidarás, serás feliz también, yo lo quiero, lo quiero…

«Y el pobre muchacho sacudía la cabeza. Y se iba; y sin embargo, y siempre, debía ver pasar ante sus ojos, hasta el día en el que los cerraría a la luz, ese fantasma encantador del que no se desembarazaba nunca, nunca: una muchacha.

«Y Maupassant lloraba acabando su relato, que duró dos horas, y nosotros también lloramos, viendo todo lo que quedaba aun de genio, de ternura y de piedad en esa alma, que nunca más acabaría de expresarse para esparcirse por las demás almas…

«El relato tocaba lo más hondo de la miseria humana; pero podía sentirse que si, un día, pudiese escribirlo, el pensador golpearía enseguida de una patada poderosa y desesperada, como un nadador que se ahoga, ese fondo siniestro de su pensamiento, y que entonces remontaría de un solo golpe hacia la luz y la esperanza… Era cierto si se curase; pues esta vez, en su acento, en sus palabras, en sus lágrimas, Maupassant tenía no sé que de religioso que sobrepasaba el horror de la vida y el sombrío terror de la nada…

«Pero no se curó; *el Ángelus* no avanzó una página más; y algunos meses después, supimos que en Niza, sobre su velero *Bel-Ami*, el gran escritor había intentado degollarse…[1].

[1] No fue a bordo de su velero donde se desarrolló el drama. [A. L.]

«En Ruán, en 1900, rememoraba todas estas cosas en la «ciudad de los cien campanarios» a la hora en la que repicaban las campanas de vísperas, ante ese busto de bronce, mientras que los asistentes se dispersaban al son de una marcha triunfal que parecía arrojarnos a los oídos esa frase, la frase cruel y sin embargo necesaria de Goethe:

«–¡Adelante, más allá de las tumbas!»[1]

***

Ya llego al último día de vida en familia. En primer lugar voy a reproducir un pasaje de la Señora Lecomte du Noüy[2]; los detalles que lo seguirán, obtenidos de las mejores fuentes, y que debo al gentil doctor de los Maupassant, Sr. Balestre, rectificarán y completarán la página íntima de la amiga de Maupassant.

La Señora Lecomte du Noüy y el Sr. Henri Amic, el autor dramático, charlan de Ibsen, de *los Espectros* y del «genial desenlace» de ese drama sobre la herencia. «No se sabe lo que hará la madre» dice la Señora du Nóüy. (Esa no es mi opinión. Al caer el telón, comprendemos perfectamente que, habiendo perdido el juicio Antoine, su madre vivirá a su lado y no se decidirá nunca a respetar el juramento de envenenar a su hijo, de poner término a la miserable existencia que tanto le atormenta).

En cualquier caso, sobre este desenlace, la Señora Lecomte du Noüy no tiene opinión. Ella ha quedado demasiado emocionada, con *los*

---

[1] Volveremos más adelante sobre *el Ángelus*, cuyo fragmento ha aparecido en la *Revue de Paris* y del que Maupassant hizo leer a la Señora Lecomte du Noüy unos capítulos que no se encontraron.

Cuando se piensa que bastaron diez años a Maupassant para escribir más de veinte volúmenes, sin contar los fragmentos de novelas como esta; cuando se piensa que el cerebro que engendró una obra como *el Ángelus*, el espíritu que concibió esas admirables páginas sobre el Cristo, estaba en vísperas de caer para no volver a levantarse, uno se siente estremecer de espanto. ¡Qué desgracia! Esa gran injusticia está hecha para acrecentar lo que Maupassant (fue el Sr. Amic quién nos ha referido la frase) llamaba: ¡*El negocio de Dios*!

Léase sobre *el Ángelus*, desde la página 50 a la 62 del libro del Sr. Amic y de la Señora L. du Noüy. [A. L.]

[2] En el volumen *Mirando pasar la vida*… todo lo que se refiere a Maupassant es del autor de *Amistad amorosa*; por el contrario, las páginas dedicadas a *Georges Sand*, son del Sr. Henri Amic.

Espectros, para emitir sobre esta obra una opinión ecuánime. Se desahoga dolorosamente doblando las campanas de los recuerdos.

– ¿Ha pensado usted en nuestro amigo Guy de Maupassant?, pregunta el autor de *Renée* y de *Madame de Karnel.*

– Sí; aunque, por mucho que uno se remonte a la línea de sus antepasados, no se encuentra en ellos ninguna tara hereditaria. Todos esos Marqueses de Maupassant fueron espíritus sanos en cuerpos robustos. Incluso hubo mucha fuerza en la ascendencia materna, en los Le Poittevin.

– ¿Cómo pudo sobrevenir la crisis que debía llevarse a nuestro amigo?

– Desde los primeros días del mes de diciembre de 1891 que precede a la catástrofe, Maupassant, enfermo desde hace mucho tiempo, comienza a salir de su calma. Tenía fiebre; caminaba y hablaba nerviosamente; eso no era habitual en él. A partir de ese momento su sirviente, el fiel François, comenzó a preocuparse. Una noche el bravo muchacho fue despertado por unas detonaciones; corrió raudo a la habitación de su amo y lo encontró tranquilamente instalado mirando por la ventana, disparado un revólver en la negrura nocturna. Disparaba sin ver, al azar, creyendo haber oído escalar el muro del jardín. Al día siguiente, François, temiendo que semejante incidente se volviese a repetir y que se podría producir alguna desgracia, creyó prudente sacar las balas de la pistola, luego depositó el arma en el cajón donde su amo tenía por costumbre guardarla.

Llegó el 1 de enero de 1892. Maupassant se sintió bastante enfermo esa mañana hasta el punto de no querer salir. Su sirviente pensó en tratar de animarlo para que fuese a desear el año nuevo a la Sra. de Maupassant, la madre que vivía en Niza. Durante el almuerzo[1] Guy experimentó algunas ausencias; en varias ocasiones habló sin continuidad. Parecía ya roto el hilo de sus ideas. Sin embargo no se mostró mucha inquietud en su entorno, aunque fue en un estado evidente de excitación nerviosa como se le dejó regresar a Cannes.

Desde ese momento, François, que lo había acompañado, tuvo la sensación muy clara de que el mal empeoraba. Apenas llegado a su domicilio, Maupassant, sintiéndose débil, quiso acostarse inmediatamente; su sirviente no pudo permanecer junto a él a pesar del deseo que tenía de vigilarlo, ya que Guy le ordenó que se fuese. ¿Qué ocurriría durante la

[1] En realidad fue en la cena [A.L.]

noche? Lamentablemente no es difícil de adivinar. Algunos meses antes Maupassant había dicho al doctor Frémy: «¿No le parece a usted que me encamino a la locura?» El doctor me confesó más tarde que desde esa temporada había constatado el progreso de la parálisis general: sin embargo protestó: «Si eso es así, querido», continuó Maupassant, «tendría que decírmelo. Entre la locura y la muerte no hay que dudar, mi decisión está tomada». Estoy convencido que en la noche del 1 al 2 de enero, Guy tuvo una hora de absoluta lucidez; comprendió que su razón se le escapaba; en ese momento quiso suicidarse. Su primera idea fue utilizar su revólver. El cajón abierto que lo contenía así lo atestigua. Hizo fuego, pero las balas habían sido extraídas y los restos de pólvora le quemaron la sien sin graves consecuencias. La pistola fue encontrada sobre su escritorio. El infeliz al ver como se le escapaba este intento de matarse, buscó otro medio de acabar con su vida. Vio sobre la mesa un abre cartas. Lo tomó e intentó en vano cortarse la arteria carótida. El estilete resbaló del cuello al rostro, haciendo una profunda herida de donde manó la sangre; entonces Maupassant comenzó a proferir terribles alaridos de dolor. Oyendo sus gritos, François acudió. De inmediato comprendió que estando solo se vería incapacitado para defender a su amo de si mismo, por lo que llamó en su ayuda a los dos marinos del *Bel-Ami*, el velero de Guy. Usted conoció a Bernard y a Raymond: ambos adoraban a Maupassant. Fueron presa de una gran pena teniendo que detener a Maupassant por la fuerza y manteniéndolo en la cama hasta la llegada del doctor. No lo hubiesen conseguido de no haber sido gracias a la hercúlea fuerza de Raymond.

¡Qué desgracia!, amigo mío, ¡qué pena! ¿No hubiese sido mejor dejar morir a ese gran infeliz? ¿Se tenía el derecho de imponerle esa larga agonía? Pues durante mucho tiempo, de un modo intermitente, él fue consciente de su estado.

- Realmente desear ver sobrevivir físicamente a quién amas, es amarlo mal.

– ¡Qué horrible final! Y lo que más me exaspera son las tonterías que he oído decir de Maupassant.

– Él se habría burlado.

– Pero sus amigos no pueden burlarse. Es triste ver a personas carentes de delicadeza tergiversando el carácter del hombre que les ha abierto su puerta con una generosa benevolencia. Descubrir los secretos no es nada

bonito, pero mentir de forma jesuítica, ocultándose detrás de un pretendido respeto por la verdad, resulta completamente odioso. Últimamente uno de esos «queridos y amables colegas» ha escrito un artículo sobre Maupassant en un periódico matutino. Ha presentado a nuestro amigo como un ser afectado de un modo enfermizo de esnobismo y embriagado por sus relaciones con regios personajes. Esto es penoso y una mentira; Guy ha podido complacerse un instante en una especie de búsqueda delicada de la vida; ¿quién de nosotros no ha tenido esa hora de debilidad? ¿Acaso todo el secreto no está en el deseo de agradar? Esa sed de lujo era la pasión de la femineidad que había germinado en Maupassant; he aquí la mejor prueba que yo puedo daros: leed este pasaje de lo que Pierre[1] llama pomposamente «las memorias de mamá».

La Malaribba, marzo de 1886.

Visita de Guy.

Trabaja. Escribe una historia de pasión muy exaltada, muy ardiente y muy poética[2]. Eso lo cambia y lo abruma. Me confiesa: «Los capítulos sentimentales están mucho más tachados que los demás. Todo se debe a lo mismo. Uno se doblega ante todo, querida, con la paciencia; pero río a menudo de las ideas sentimentales, muy sentimentales y tiernas que encuentro cuando las busco. Tengo miedo de que eso me convierta al género amoroso, no solamente en los libros, sino también en la vida. Cuando el espíritu adquiere una costumbre, la conserva; y verdaderamente algunas veces me encuentro, paseándome sobre el cabo de Antibes, – un cabo solitario como una landa de Bretaña– , preparando un capítulo poético a la luz de la luna, imaginando que esas historias no son tan estúpidas como podría parecer ».

Yo le pregunté si se convirtió hasta el punto de renunciar a frecuentar la alta sociedad. El sonrió: «No; voy bastante a menudo a Cannes que es hoy una corte o más bien un cortijo de Reyes: Nada más que Altezas y todo ese mundo de los Salones con sus nobles individuos. Pero no quiero encontrarme con un príncipe, ni uno solo, porque no me gusta permanecer

[1] Pierre Lecomte du Noüy, el hijo de la autora. [A.L.]
[2] «Mont-Oriol»

de pie veladas enteras, y esos patanes no se sientan nunca, dejando no solamente a los hombres, sino también a todas las mujeres, posadas sobre sus patas de pavas durante horas, por respeto a Su Alteza Real. El príncipe de X, estaría muy guapo con la blusa azul de mercader de cerdos normando, se parece mucho al bruto que al vender, reina sobre un pueblo..., frente al conde..., un verdadero cerrajero, que reina sobre un pueblo de nobles, falsos o auténticos.

«Aquí los ingleses prevalecen mucho más en numero y en fortuna. En diez años Cannes será inglés o dejará de ser como es.

Al lado de esos dos monarcas se ven al menos cien altezas, el rey de Wurtemberg, el gran duque de Mecklembourg, el duque de Bragance, etc., etc. La sociedad de Cannes se ha vuelto loca. Es fácil de comprobar que no es por las ideas por lo que desaparecerá la nobleza de hoy en día como su hermana mayor del 89.»

Me cuenta todavía que de vez en cuando todos esos príncipes van a rendir visita a sus primos de Mónaco. Entonces la escena cambia desde la estación. Las Altezas que se dignan apenas tender un dedo, la víspera, a sus fieles y muy nobles servidores, inclinados hasta sus rodillas, son hombres de los más común, de lo más grosero y de lo peor instruido... Y las palabras de Guy se vuelven mordaces: «Si no se estuviese prevenido, sería imposible distinguir la pompa real de la vulgaridad burguesa; es una comedia admirable, admirable... admirable...de la que tendría un placer infinito - usted ha oído infinito - de contar si no tuviese amigos, muy buenos y encantadores amigos, entre los fieles de estos cretinos». Y añade: «El duque de Chartres es tan gentil conmigo que no puedo; pero eso me tienta, eso me excita, eso me corroe... En todo caso, esto me ha servido para formular este principio que es más verdadero, convénzase, que la existencia de Dios: Todo hombre que quiera mantener la integridad de su pensamiento, la independencia de su juicio, ver la vida, la humanidad y el mundo como un observador libre, por encima de todo prejuicio, de toda creencia preconcebida y de toda religión, debe desprenderse absolutamente de eso que se llaman las relaciones mundanas, pues la mezquindad universal es tan contagiosa, que no podría frecuentar a sus semejantes, verlos u oírlos, sin estar avocado, a su pesar, a ser arrastrado por sus ideas y su moral de imbéciles. Enseñe esto a su hijo en lugar del catecismo.»

……

Y todas sus conversaciones piadosamente recogidas, están, por así decirlo, impregnadas de una similar indeferencia por lo mundano. Nadie mejor que él para juzgar a los esnobistas por lo que valen, y si al final de su vida él gravita en esa órbita, ¡con qué ironía los describe! Esas mujeres, de las que parecía esclavo, no ocupaban su pensamiento como ellas hubiesen podido creer. Él no fue víctima de nadie; su pasado rondaba sobre su presente, y ese pasado se aclaró hasta deslumbrarlo. Me las describió en cuerpo y alma, me las dio a conocer, me las hizo juzgar. Y cuando le preguntaba: «¿Puede usted amarlas después de haber analizado sus sentimiento mezquinos, su pose de erudición filosófica, las bajezas de su alma, las vilezas de sus costumbres?»

Él respondía:

«– No me gustan, pero me divierten. Encuentro muy gracioso que crean que estoy sometido a sus encantos… y ¡cómo se afanan en retenerme! Una de ellas incluso llegó a comer ante mí pétalos de rosas.»

Y reía por lo bajo, casi silenciosamente, con ese reír irónico que revelaba todo un estado de ánimo. Pero al verdadero Guy, al gran Guy, sencillo y bueno, puede usted encontrarlo aquí todavía, en las páginas de este libro donde guardo todos los detalles que me lo recuerdan.

……

«Guy vive como yo en absoluta soledad. Trabaja y navega, esa es toda su existencia. No ve a nadie, ni por el día, ni por la noche. Vive en una burbuja de reposo, de silencio. No sabe a ciencia cierta cuando volverá a París. Quisiera trabajar todo el invierto para quedar un poco liberado durante el verano. Además París no le dice nada.

«Me propone que vaya a Villefranche, a donde podrá ir a verme con su velero.

«Desea saber hasta cuando permaneceré en París, para hacer coincidir su aparición en esa ciudad con la estancia que yo haré en ella, y me agradece mis cartas con todas las noticias que le doy. Luego me pide perdón por responderme tan brevemente. Dice que casi no ve, que tiene la vista muy cansada.

Enero.

……

«El alfiler de corbata que he enviado a Maupassant le ha gustado mucho. Me escribe para decirme que voy a recibir un brazalete. Se disculpa porque el brazalete no es nuevo; esta es la historia de esa joya:

«Una mujer que antaño fue hermosa, rica y feliz, hoy anciana, arruinada y cruelmente vapuleada de diversos modos, manteniendo todavía su dignidad, le ha escrito para solicitarle una entrevista. Ella vive en Niza, y ha rogado a Guy que la auxilie consiguiéndole un pequeño empleo.

«Como Maupassant le preguntase con mucho interés, ella se soltó a hablar con confianza, contándole su vida y su profunda miseria, su abominable miseria.

«Él le ofreció dinero que ella rechazó; entonces dijo: «¿Tiene usted una amiga lo suficientemente íntima para regalarle un brazalete que yo he llevado, diciéndole de donde procede, sin nombrarme, claro está, e insistiéndole sobre todo que ha pertenecido a una mujer honrada, a una mujer muy desgraciada y muy digna? En ese caso, quiero venderle mi esclava de oro».

«Guy compró esa esclava a la que la pobre mujer quiso añadir un horroroso medallón, y él me ha enviado todo, pensando que no me disgustaría».

……..

Está muy claro. Es inútil leer más. Tengo centenares de cartas de Guy que atestiguan a la vez la bondad de su naturaleza, la extrema lealtad de su espíritu y la encantadora simplicidad de su corazón. Pero volvamos a la cuestión que nos ocupa, la herencia.

–Es esta una extraña ley, mire usted, amiga mía: aquí es visible, allí misteriosa. Con frecuencia los hermanos no se parecen ni físicamente, ni moralmente. Nacidos de los mismos padres, educados en condiciones idénticas, tienen diferentes inclinaciones.

– ¿De dónde procede esta diferencia de naturalezas?

– De ancestrales influencias, y quizás también de influencias astrológicas»…

***

Veamos otros detalles más precisos sobre el fin del sombrío drama. Leyendo esas páginas, no podemos dejar de pensar en su madre que, recluida en Niza en su museo de recuerdos, en 1901, dos años antes de

morir, levantó el velo que protegía sus reliquias para contarnos, gracias a la pluma de «su secretario» – el Sr. Balestre, a quién dictaba sus notas – su último encuentro con «su Guy, el orgullo y alegría de su vida…».

El 1 de enero de 1892, Guy de Maupassant cenaba en casa de su madre con algunos parientes.

En el transcurso de la cena, sin que nadie lo esperase, pronunció palabras ciertamente delirantes; contó que había sido advertido, por una píldora que había tomado, de un evento que le interesaba. Ante el asombro del auditorio, se calló y a partir ese momento mantuvo una compostura triste, finalizando la cena en medio de un incómodo silencio.

Tan pronto acabó la cena, Guy de Maupassant pidió su coche y partió para Cannes.

Su madre ya no lo volvería a ver. En la madrugada del 1 al 2 de enero, intentaba no sobrevivir al naufragio que sentía próximo.

Durante su enfermedad, bien porque conservasen algunas esperanzas, bien por que el estado depresivo de la Sra. de Maupassant sugería el pensamiento que alimentaba sin conocer la triste verdad, los amigos y parientes que rodeaban a Guy de Maupassant acrecentaron y mantuvieron vivas las ilusiones de su madre, que tuvo el inmenso dolor de no estar presente en el lecho de muerte de ese hijo que había sido, como ya hemos dicho, el orgullo y la alegría de su vida. Ella jamás se consoló de ese hecho.

Sobre este triste tema, la Sra. de Maupassant siempre dudó en divulgar esos íntimos detalles; pensaba en su nieta, la hija de Hervé de Maupassant, y temía el efecto que en el futuro esa espantosa revelación podría producir en la niña. Lamentablemente la Sra. Lecomte du Noüy no pensó que esas aprensiones estuviesen justificadas, desgarrando el velo sobre esas confidencias depositadas con confianza por la Sra. de Maupassant en sus manos, olvidando los escrúpulos de la madre y de la abuela. Escribiendo esto, la autora de *Amistad amorosa* no pensó en esa pobre niña[1] Después de la publicación del libro *Mirando pasar la vida…* ya no había ninguna razón

[1] Esta reserva de la Sra. de Maupassant estaba inspirada por el temor que siempre experimentaba en presencia de esas publicaciones; tenía miedo de que su nieta pudiese pensar un día que el mal que afectara a su tío fuese hereditario. Era esa idea de la herencia la que ella no quería ver divulgada. Por otra parte sería una idea absurda. Veremos más adelante que la herencia no tendrá nada que ver en la muerte de Maupassant. En cuanto a los *hechos*, son tan conocidos que es inútil disimular cualquier detalle.

para guardar el misterio. Bastante antes de la Sra. du Noüy y el Sr. Amic, Goncourt, en su *Diario,* había contado ampliamente lo que Joseph Primoli, Albert Cahen d'Anvers, Auguste Dorchain y tantos otros, habían mantenido en secreto con un piadoso respeto por la memoria de su infortunado amigo.

Entre la tentativa de suicidio y la reclusión en el Hospital Blanche, se produjo una anécdota que no debemos dejar pasar. Es de una poesía conmovedora.

Sus amigos sabían que Maupassant adoraba su velero. Le había dado el nombre de una de sus más célebres novelas: *Bel-Ami*. Pensaron que a la vista de su querido velero, tal vez alguna chispa podría surgir en su apagada memoria que activase de algún modo su pobre inteligencia, tan límpida antes y ahora desaparecida.

Atado, con los brazos inmóviles por la camisa de fuerza, el infeliz fue conducido hasta la dársena. El *Bel-Ami* se balanceaba suavemente en el mar…El cielo azul, el aire limpio, la línea elegante de su querido velero, todo eso parecía calmarlo. Su rostro se volvió dulce. Contempló ampliamente su navío con mirada melancólica y tierna… Movió los labios pero ningún sonido salió de su boca. Se lo llevaron de allí. Volvió la cabeza varias veces para volver a ver su *Bel-Ami*. Todos los que rodeaban a Guy tenían lágrimas en los ojos. Y fue con lágrimas en los ojos, como un buen amigo, Joseph Primoli, me contó este emotivo episodio de la última enfermedad de su pobre amigo Maupassant.

… Transcurrieron muy pocos días entre la tentativa de suicidio y la partida para París: cinco o seis días según los recuerdos de un amigo de la familia, el doctor Balestre.

Pero el más triste, el más horrible periodo de su última enfermedad había pasado. La situación más trágica se produjo durante el tiempo en el que la razón todavía estaba allí, bajo su cráneo, mientras sentía que se le escapaba. Fue entonces cuando los médicos no supieron ser filósofos, ni calmar sus trances mortales, sus angustias febriles, sus pesadillas continuas que no se interrumpían, al despertar, más que para dar lugar a sospechas, a dudas más horribles todavía que el propio sueño.

Hubiese necesitado Guy de Maupassant un médico como el *doctor Mordat* de Maurice Paléologue, ese doctor que se decía: «¡Qué tontería la terapeutica! ¿Cuántas teorías y sistemas tendremos que agotar antes de comprender que no podemos curarnos?... ¿Por qué no nos bastaría apaciguar

los sufrimientos del hombre, de acortar su agonía, de anestesiar sus últimas horas, de facilitarle el paso a la nada, a esa nada que le espanta y que sin embargo tanto debería desear?» O bien, acordándose de Hegérias, ese filósofo de Cirene, que fue llamado *Peisithanatos*, «el que persuade a la muerte» y del que Platarco afirma que era tan persuasivo que numerosos de sus oyentes pusieron fin a sus días, el doctor Mordat pensaba: «He aquí nuestra verdadera misión!... Decir al anciano, al inválido, al degenerado: tu mal es incurable; la edad, la diátesis, la herencia te acosan; a partir de ahora no te queda más que arrastrar una precaria existencia: dolorosa para ti, repugnante para los demás; – ¡desaparece! Aquí tendrás los medios; yo te garantizo una insensibilidad perfecta… ¡*Poisithanatos*! ¡Qué buen título!»[1]

En lugar de eso, esta miserable existencia que Maupassant que Maupassant había intentado abandonar en vano, ¡cuánto cuidado se pone en conservarla religiosamente, en prolongarla artificialmente mediante unos cuidados que parecerían ridículos si no se los encontrase conmovedores!

***

Con un sentimiento de dolorosa curiosidad, es como nosotros nos dejamos guiar hacia la residencia del doctor Blanche donde Guy de Maupassant ha vivido su años y medio de locura[2]. Vamos a visitar el parque donde se ha paseado todos los días, de una a tres horas, inconsciente, en medio del césped y las flores que ha pisado sin verlas, en la maravillosa plenitud de la naturaleza que no lo conmovía; vamos a habar con aquellos cuya obligación era combatir su mal y que, sin duda, más de una vez, sienten la amarga desesperación de su impotencia.

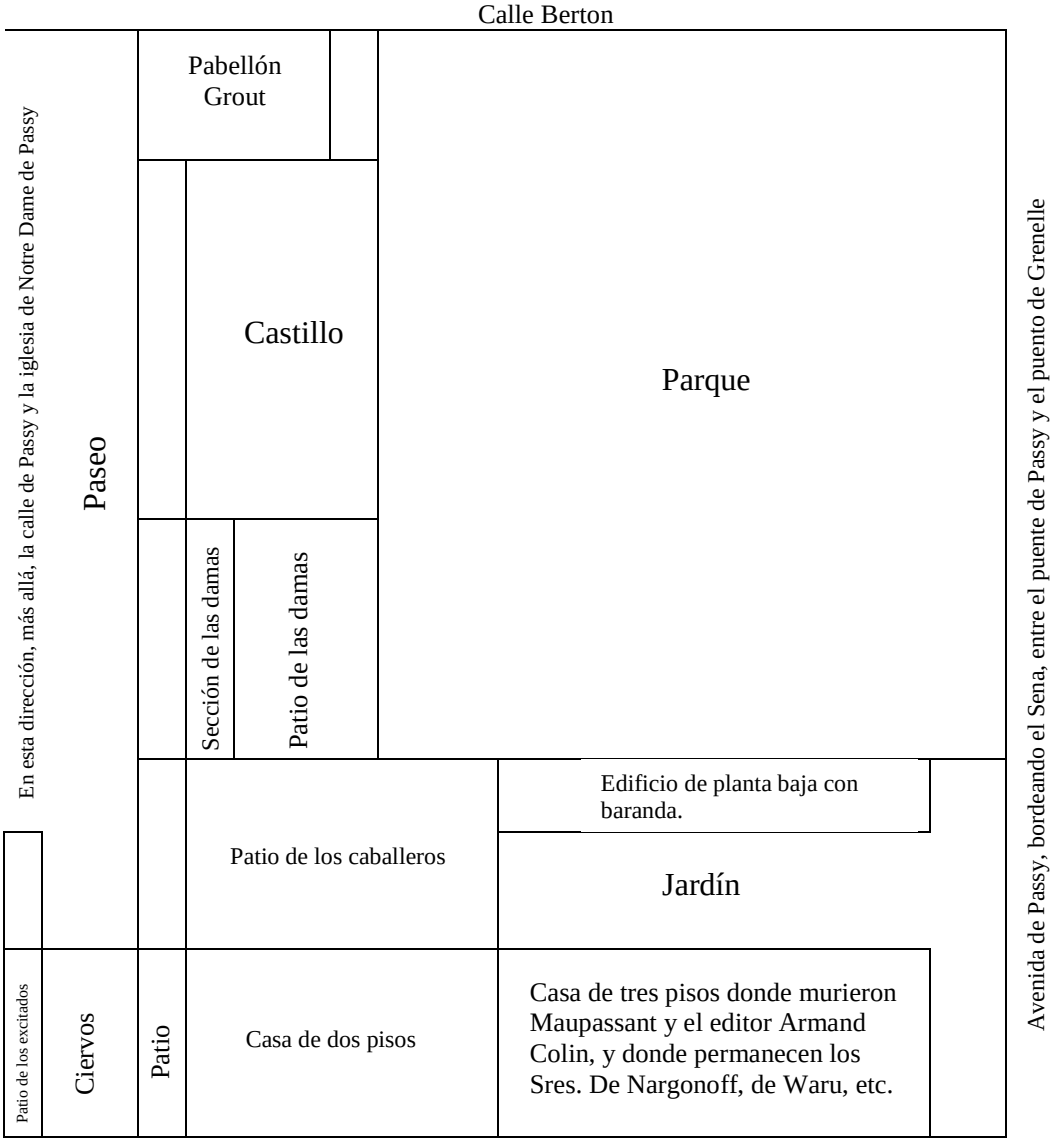
El parque se desliza en pendiente suave hacia el Sena. Llegamos por la ciudad, no por los barrios. Se nos indícala una minúscula escalera por donde no podría pasar una pareja estrechamente abrazada sin rozar las paredes. Abajo, la calle no es mucho más amplia, encajada como la escalera entre altas paredes, pero pintoresca, imprevista, con su grueso empedrado, sus

---

[1] MAURICE PALÉOLOGUE, *La Cravache* (*Revue des Deux Mondes*, 15 de septiembre de 1901, p. 272.)

[2] El Señor ALBERT DE LAPEYROUSE hizo el pidadoso peregrinaje al día siguiente de la muerte del escritor. Tomo prestados de su relato varios detalles, añadiendo todo lo que he sabido volviendo a hacer la visita del Sr. de la Peyrouse, siete años después.

bruscas desviaciones su color gris y violeta de vieja ruina a la sombra. Es una especie de camino vacío entre cierres centenarios.



Sin embargo, unos árboles inclinan sus copas repletas de hojas por encima de esos decrépitos muros, haciéndonos imaginar el césped alfombrado bajo sus pies, los macizos, los rincones sombríos, todo el rebrote germinado y esparcido entre las piedras del pasado.

De pronto la calle gira en un ángulo hacia la derecha, luego desciende suavemente hacia el Sena. Pero es inútil seguirla. La residencia Blanché está allí, en la calle Berton, cerca de nosotros, detrás de esta vieja verja de hierro forjada en el más puro estilo Luís XV.

La puerta se abre de par en par dando paso a un amplio paseo sombreado por grandes árboles. Entramos después de haber saludado a un adusto portero a quién hoy, Jean Bouthière, el viejo dueño del palacete del doctor Meuriot, ha sucedido. Echamos una mirada a los bonitos ornamentos de las ventanas.

El salón en el que se nos introduce es amplio y severo, aunque de gran distinción. Es ahí donde la Señorita Barbot, secretaria de la casa, acoge a los visitantes y les hace los honores del triste palacete. En ese salón, que da al parque, podemos observar un gracioso retrato de mujer firmado por Jacques Blanche.

El Sr. Jacques-Émile Blanche, hijo del doctor, es el pintor que se ha casado con la hija de John-Lemoinne[1]. El retrato es el de su esposa.

En cuanto al famoso alienista, murió un mes después de Maupassant. No lo hemos conocido. El Sr. de Lapeyrouse que lo ha visto en sus últimos días, en julio de 1893, nos lo describe «altivo y digno, embutido en su levita negra, el mentón afeitado centrado en su cuello estilo primer Imperio.»

A cierto escritor, habiendo solicitado al Dr. Blanche visitar la residencia en la que estuvo internado Guy de Maupassant, para ver si podía ver la habitación donde éste había muerto y tomar planos de la casa y el parque, el doctor le respondió:

«– En lo que respecta a la habitación del óbito, no tengo ningún poder para introduciros en ella. Es a la familia del difunto a quién hay que dirigirse y ésta se niega a dejar aproximarse a cualquier cosa que se aproxime muy de cerca al muerto. Varios periódicos ilustres ya han hecho la misma solicitud habiendo obtenida idéntica negativa. Pero en lo concerniente a esta casa,

[1] Señalemos una curiosidad. Él vive en Paris, en el distrito XVI, en una calle que se llama *calle del Doctor Blanche*, nº 19

voy a presentaros enseguida al director de la residencia, mi colega, que se encargará de guiaros. Por lo demás, la habitación del Sr, Guy de Maupassant no está en el estado que usted espera encontrarla. En cuanto uno de nuestros enfermos se va, la habitación se renueva completamente. Es este momento los obreros se ocupan en cambiar el papel y las colgaduras». [Esto no es exacto. No hay colgaduras ni cortinas en el Hospital, no hay más que una rejilla que no permite a los enfermos asomarse a la ventana. Las habitaciones no se comunican entre ellas, no tienen más que una ventana que da al parque; todas dan a un largo corredor; cada habitación está precedida de una pequeña antesala que divide el corredor de la habitación del enfermo y que sirve de puesto de vigilancia al guardián; el enfermo debe atravesarla para salir; los enfermos cenan en su habitación o en el refectorio, que está en la planta baja, muy cerca de la sala de billar; no salen de su habitación *bajo ningún pretexto,* lo que, sea dicho entre paréntesis, no resulta demasiado higiénico; su ayudante de cámara, que se llama así pero en realidad es un guardián, siempre los acompaña y no los pierde de vista.]

El doctor Meuriot, que trataba a Maupassant al mismo tiempo que los doctores Blanche y Franklin Grout[1], contrastaba un poco con su célebre colega, por su aspecto y su compostura. De rasgos regulares, con sus patillas rubias todavía en 1893 y encanecidas cuando lo he vuelto a ver en 1900, con su sombrero de paja y su chaleco blanco, da perfectamente el estereotipo del doctor despertándolo de inmediato en el más común de los espíritus. En 1893, el asma no le atormentaba aún. En cuanto al doctor Grout, es delgado y huesudo, muy zalamero, yo diría casi áulico. Su mirada es muy dulce.

Guiados por el Sr. Meuriot, dejamos el despacho del Director, que da sobre el gran salón (el despacho del doctor Grout esta muy cerca de la entrada, pero el vive fuera del Hospital, en la calle Alboni). El Sr. Meuriot abra ante nosotros una puerta acristalada y henos aquí en el descanso de una magnífica escalera desde donde se domina todo el parque, que se desplaza en pendiente suave hacia el río. La calle Berton está a la izquierda. Bajando, admiramos el trabajo de la rampa, del mismo estilo que la verja e igualmente de hierro forjado.

---

[1] Éste se ha casado recientemente con la sobrina de Cuvillier-Fleury, de la Academia Francesa.

Ahora paseamos sobre una terraza cubierta de fina arena. A nuestra derecha, una pared nos separa de la dependencia donde Maupassant murió. La puerta está cerrada con llave. Incluso el propio doctor no puede entrar; llama, y un nuevo portero viene cada vez, con su manojo de llaves para abrir a los visitantes. Para ir del edificio principal a la dependencia, hay que pasar por el patio de las locas; puede entrevérselas a través de las fisuras de una empalizada. Hasta nosotros llegan algunos gritos. Todo eso resulta lamentable. Es peor que una prisión. La sonrisa interesada del doctor no consigue decidirnos. Él nos muestra el lado más triste de la humanidad. Uno se pregunta si todo lo que admiramos en esos guardianes fieles y abnegados de la locura es filantropía o especulación, y si todos esos locos no están encerrados allí por una familia poco preocupada de encargarse del cuidado de un enfermo y de afrontar las emociones que da la cercanía de un exaltado o un nervioso[1].

Desde el parque miramos la casa, o mejor dicho el castillo principesco en su elegancia de líneas, reliquia preciosa del más precioso de los siglos. Desde la terraza el césped lo alfombra todo hacia el Sena, bordeado por todas partes de grandes árboles y espesos macizos en los que van a perderse los senderos. No se sabe donde finaliza el parque. La mirada busca en vano, detrás de las cortinas de hojas, un cierre, un muro. Pero ese muro existe: los internados no lo saben demasiado.

No, desde luego, parece que no estemos en París. Ese andamiaje de hierro que se levanta a la izquierda, por encima de las más altas ramas, gigante y delgado a la vez, no se trata de la torre Eiffel, a la qué una amiga mía denominó «el esqueleto de una torre», y por la cual Maupassant muestra al principio de un volumen de viajes tanta antipatía. No estaba equivocado prefiriendo la torre inclinada de Pisa, tan querida a Paul y a Victor Margueritte…

Cuando el Sr. de Lapeyrouse tomo la vista fotográfica que reproducimos en este libro, el doctor Meuriot, que le mostraba el parque, le recomendó:

– ¡Evite subir a la torre!...

---

[1] Es conocida la hermosa batalla de un alienista, el doctor TOULOUSE, contra algunos casos de internamiento en los manicomios, librada en el Journal des Débats de 1900-1901. ¿Pero en tanto que haya Lombrosos y Mingazzinis a donde puede conducir esta campaña?

Él indicaba que, mediante esta frase, sentía al igual que Maupassant un dudoso gusto por ese esqueleto aéreo al lado del puro edificio y de ese otro monumento de gran estilo también: la naturaleza, que aquí despliega todos los recursos de su coquetería, toda la fuerza de su belleza, en las flores, en la hierba, en los árboles.

Al fondo, dos vacas lecheras pacen tranquilamente. El doctor Meuriot nos detiene ante un espino gigante y ante otro árbol de tallo soberbio, con un tronco erizado de espinas. Se trata de la acacia negra, o triacanto, con las espinas del cual se trenzó la corona de Cristo. Es uno de los primeros llevados a París. Maupassant, subiendo al Calvario, lo vio. Y también vio, ese cañón plantado en medio del césped… Está ahí desde el asedio de Paris; nadie lo ha tocado. Maupassant, que ha localizado tantos episodios en el Año terrible en su obra, lo ha rozado a menudo, en sus paseos cotidianos, sin verlo…

Charlando con el doctor Meuriot, nos encontramos bajo la impresión del doloroso recuerdo de la Princesa de Lamballe, que nunca pudo sospechar que su morada se convertiría un día en un manicomio. A nuestro pesar, establecemos una similitud entre Guy de Maupassant y la bella Princesa. Los verdugos que la asesinaron brutalmente no solamente le quitaron la vida, sino que, aún muerta, profanaron su belleza, mutilando su sexo[1]. Ella era culpable de devoción a una Reina.

Él, que después de ella había errado por esta misma casa, paseado sus miradas desde lo alto de la misma escalinata desde donde ella había visto pasar a Luis XVI trasladado a París, con sombríos presentimientos, – él también había sufrido una profanación en su belleza: ¡la inteligencia! Y su crimen no era otro también que un amor real: ¡la devoción al Arte!

Diga lo que se diga, fue sobre todo *el agotamiento* lo que mató a Maupassant. Me he informado sobre esta cuestión en tres páginas del doctor «Sylvius», aparecidas con motivo de la noticia de la muerte de Maupassant:

«La *fatiga* es una palabra que no tiene necesidad de ser definida, y que expresa al mismo tiempo una causa de trastornos funcionales y materiales, y la sensación producida por dicha causa.

«Esta palabra, describe el profesor Revilliod (de Ginebra), representa el agotamiento de la fuerza o de las fuerzas que se tienen en reserva para el

[1] Ver los horribles detalles en los libros de Michelet, de Edmond Biré y de G. Lenôtre.

funcionamiento normal, agotamiento que se traduce de un modo especial para cada aparato, y se manifiesta de forma diversa según la tolerancia o el grado de resistencia de cada individuo.

«Hay una fatiga general de todo el organismo y unas fatigas locales, una fatiga física y una fatiga psíquica. Hay una fatiga muy aguda, una fatiga prolongada y una fatiga crónica, según la duración y la intensidad de acción, de ahí la lasitud a la cual corresponden los desordenes puramente funcionales, agotamiento que produce lesiones permanentes.

«Ejercicio muscular y trabajo intelectual no ofrecen diferencias más que en apariencia. Tomemos la siguiente analogía: una fatiga corporal aniquila la potencia intelectual del mismo modo que un exceso de trabajo psíquico, una sacudida moral, una fatiga nerviosa, asola las fuerzas físicas. En definitiva, asunto de cantidad más que de calidad, o consecuencias idénticas cuando se llega al exceso, sea cual sea el procedimiento mediante el cual sobrevenga la fatiga.

«Puede considerarse la fatiga desde dos puntos de vista: *un punto de vista subjetivo*, es el resultado de un funcionamiento exagerado más allá de los límites fisiológicos, y se revela mediante sensaciones particulares individuales; *un punto de vista objetivo,* deja dos huellas apreciables en relación con la actividad del movimiento de desasimilación que la constituye, según la técnica de Revilliod.

«Seguid la cadena sintomatológica: un ejercicio moderado provoca una sensación saludable; – la primera sensación de fatiga da lugar a un trastorno de entrada puramente dinámico; – ese trastorno se acompañará de una alteración de la sangre, si la acción fatigante se prolonga de un modo intenso y duradero; – los propios tejidos del organismo van a alterarse si el elemento fatigado está siempre en acción.

«Dicho de otro modo, un músculo ejercido en la medida fisiológica adquiere fuerza, – un músculo fatigado pierde sus elementos nerviosos adquiriendo un desarrollo contra natura; – un músculo agotado, debilitado, degenera y desaparece.

«Y no vayan a creer que el sueño siempre será reparador en el hombre fatigado. No, no siempre: lo testimonian las angustias, los sentimientos de lasitud, a menudo más pronunciados que durante la vigilia. El cuerpo no solo está dolorido: el pensamiento, la memoria, la palabra se debilitan; la voz se apaga. No estamos muy alejados del sueño…. ¡¡¡eterno!!!

«El síntoma «fatiga» no consiste en señalar solamente a los caminantes, a los cargadores de fardos, sino en todos aquellos que hacen uso en exceso de sus fuerzas vitales – materiales – El ejercicio muscular no siempre está en juego en la presencia del fenómeno en cuestión, lo repito de otra forma a fin de ser comprendido mejor. Así, los hombres de despacho, las personas que tienen penas, las que soportan preocupaciones agudas o prolongadas, los propios enfermos etc., acusan fatiga; - a esta segunda clase añado los ociosos, los perezosos, los sedentarios, en definitiva aquellos que cometen exceso de descanso.

«De entrada la contradicción puede parecer extraña: "Todo en exceso es un defecto"; y en las tres clases constatamos las mismas lesiones, advertimos los mismos resultados.

«Está reconocido hoy en día que la patología de la fatiga está en gran parte vinculada a la acumulación en la sangre de materiales de deshecho. Mediante el exceso de trabajo, hay cúmulo de elementos dañinos a la economía, – y mediante la falta de ejercicio, hay defecto de eliminación de esos mismos elementos, de donde se concluye un final idéntico en ambos casos.

«Toda fatiga desemboca en el corazón. Ahora bien, el corazón es un músculo que recibe fibras nerviosas de dos fuentes, del cerebro y de la médula: las primeras son hilos nerviosos de *frenada*, los segundos son hilos nerviosos *aceleradores.*

«Continuad la fatiga y llegareis al último periodo que se denomina *agotamiento,*– y del corazón al cerebro. El querido Guy de Maupassant es un triste ejemplo que servirá… si la experiencia (o la lección) de los demás no sirve nunca…».

Guy de Maupassant ingresó en la residencia del doctor Emile-Antoine Blanche[1], en los primeros días de 1892.

El inmueble donde se encuentra el Hospital del doctor Blanche en Passy, calle Berton, nº 17, a orillas del Sena, había pertenecido a la Princesa de Lamballe. Construido bajo el reinado de Luís XV, a comienzos del siglo

[1] Fallecido en Auteuil, el 15 de agosto de 1893, a los 73 años, según lo que me ha dicho su hijo, el Sr. Jacques-Émile Blanche, el conocido pintor, yerno de John Lemoinne de la Academia Francesa.

XVIII[1], por su amante, Antoine Caumont Duque de Lauzun[2], después perteneció a la Señora de Lamballe[3], y, tras su horrible muerte[4], fue vendida como bien nacional a alguien cuyo nombre he olvidado, y cuyos herederos la alquilaron al célebre alienista, doctor Blanche desde 1848 hasta 1872. En 1872 su sucesor, el doctor Meuriot, compró por dos millones lo más importante, por lo que recientemente, los especuladores de la Exposición Universal de 1900, ¡le han ofrecido inútilmente tres millones!....

La antigua verja del parque de la Princesa de Lamballe[5] que conducía directamente desde el exterior a la entrada del castillo, se encuentra ahora anulada. Es por la que ha debido pasar varias veces María Antonieta cuando venía a ver a la que fue, desgraciadamente para la esposa de Luís XVI, la *amiga del corazón*, y cuya ligereza fue tan bien descrita por un amigo

---

[1] Y no en 1610, como lo imprime el Sr. Lapeyrouse. Es sin duda 1710 lo que debe leerse.

[2] Ver el libro del Sr. GASTON MAUGRAS sobre el Duque de Biron y el Duque de Lanzaun para la genealogía de la familia del general de Biron muerto en el cadalso. Encima de la puerta del Hospital (del lado del parque) se observa un escudo donde están enlazadas dos letras, una A y una C, que durante mucho tiempo se han interpretado como las iniciales de Adelaïde de Carignan. En realidad son las iniciales de Lauzun, cuyo verdadero nombre era Antoine Caumont.

[3] El doctor CABANÉS prepara un libro sobre la Princesa de Lamballe. Debería reproducir en esta obra la fotografía del palacio que la Princesa habitaba en París y la del castillo que poseía en Passy. Debería, sobre todo, recordar precisamente los consejos que acaba de darle *la Revue historique*, 1903.

Cuando el doctor Blanche mostraba su propiedad a alguien, le gustaba hablar de la Princesa de Lamballe. Contaba que había vivido en esta casa. Desde una escalera que domina el camino de Versalles, ella había visto como llevaban a Luis XVI a París para no regresar jamás. «Fue aquí a donde vinieron a buscarla para cortarle la cabeza», decía el famoso alienista al Sr. Lapeyrouse, en julio de 1892.

[4] Atravesaron París llevándola a rastras desde la Force (esta prisión se llamaba así porque era el antiguo palacio del Duque de la Force), luego la trasladaron al Temple, donde le mostraron por la ventana a su infortunada amiga real, su cabeza cortada y expuesta sobre una pica. Ver LENÔTRE, *Cautividad y muerte de María Antonieta*, in-8º (Memorias de testigos oculares).

[5] En el salón que da al parque, y donde se celebra la misa para los locos los domingos (es el sacerdote Paoli, un corso, descendiente de Pasquale Paoli quién la oficia con un acento latino muy puro), la señorita Barbot muestra a los visitantes «la histórica falleba» de la que se servía la Princesa de Lamballe para abrir la ventana.

italiano, M. P. de Nolhac, el conservador del castillo de Versalles, en sus libros sobre la Delfina y sobre la Reina de Francia.

El castillo estaba habitado en 1900 por el doctor Meuriot[1], por sus hijas y por su hijo, doctor en medicina. Algunas locas y un loco, el Sr. de Marsay, vivían allí igualmente. En cuanto a Guy de Maupassant, se encontraba en una dependencia; murió en efecto en un edificio construido hace una veintena de años, que tiene el aspecto de un triste y sombrío convento.

Fue allí como Guy de Maupassant acabó de sufrir, y que después de haber entrado vivo en la muerte, entró finalmente muerto en el país eterno, el 6 de julio de 1893, en una habitación del segundo y último piso[2], en el número 15.

El venerable doctor Meuriot ha querido darme algunos detalles sobre su pobre enfermo que me permiten escribir estas páginas sobre el infeliz y gran escritor al que debemos *Bel-Ami*, *La Casa Tellier* y *Bola de Sebo*.

Incluso antes de ser internado en Passy, Guy de Maupassant era original. «Era un hurón», me dijo el doctor, «y en sociedad le ocurría a menudo estar horas sin decir nada e incluso sin hablar a la anfitriona que lo había invitado a cenar y naturalmente lo había sentado a su derecha con la esperanza de escribir una página más en la historia de las *cenas intelectuales*[3] Consumía éter, cocaína, haschisch, morfina[4]: resumiendo, persiguió toda su vida placeres que jamás pudo alcanzar.

---

[1] Muerto el 1 de mayo de 1901.

[2] Segundo por encima de la planta baja. En julio de 1893, el Señor Albert de Lapeyrouse, redactor jefe de la *Chronique de Paris* (la revista semanal fundada por Honoré de Balzac), intentó inútilmente visitar la habitación mortuoria. El doctor Blanche se opuso en nombre de la familia.

[3] La Señora Rosalie Parisi, que vio a Maupassant durante su excursión en Sicilia, que él describiría más tarde en uno de sus volúmenes de viajes, me decía en Frascati el 22 de agosto de 1903, que ella pasó una velada con el novelista, en el *Hotel des Palmes* en Palermo, donde Maupassant estaba alojado, y donde el propietario, Sr. Ragusa, había invitado a algunos amigos para que conociesen a su huésped; fue «divertido» y se limitó a mostrar a una asistencia estupefacta que pasando un peine por sus cabellos, en la oscuridad, éstos despedían resplandores fosforescentes. El Conde Primoli me repitió que Maupassant realizaba a menudo esta experiencia.

[4] El Conde Joseph Primoli, bisnieto del Príncipe Lucien Bonaparte de Canino y del Rey Joseph, nieto-sobrino de Napoleón I, sostiene que Maupassant no se emborrachó nunca: «Jamás lo he visto ebrio. Sin embargo he viajado con él. Hemos ido juntos a

«El Conde Joseph Primoli solicitaba noticias de su amigo por mediación de su Alteza Imperial, la Princesa Mathilde, pero él nunca fue a ver al novelista[1]. A Maupassant le producía horror ver a sus amigos y nunca solicitó recibirlos. No estuvo acompañado más que por su sirviente, su único y fiel amigo que *iba a diario*.

«Estaba internado en la habitación nº 15, donde se aloja ahora el Sr. Adrien Monthiers, hijo de un antiguo rentista, propietario de la avenida de la Opera; el Sr. Adrien Monthiers es cuñado del arquitecto Laloux, premio de Roma y autor de la estación de Orleáns. La Sra. Laloux, hermana del Sr. Adrien, es una hermosa dama rubia, de buen tipo y muy elegante».

Léon Bispalié fue el celador y el guardián de Guy de Maupassant en Passy hasta el 6 de julio de 1893. Bispalié era ayudado por otro celador llamado Baron. Léon acompañaba con frecuencia al poeta en sus paseos por el parque, al igual que otro celador, el viejo Joseph Giraud[2].

Guy de Maupassant decía a Bispalié después de haber plantado una rama en la tierra, en el parque: «Plantemos esto aquí; el año que viene encontraremos pequeños Maupassant».

Inglaterra». ¿A quién creer? El doctor de Fleury mantiene lo contrario. Sin embargo, Primoli me parece estar mejor informado.

[1] Mi querido amigo PRIMOLI, que acaba de leer las pruebas de este párrafo (se las he enviado a Paris donde él había ido a cuidar a su tía, S.A.I. la Princesa Matilde), me ha escrito al respecto:

«París, 5 de noviembre de 1903

«Mi querido amigo, os reenvío el extracto de vuestro trabajo sobre Maupassant que he leído con interés y que os agradezco.

«Desde luego no fue por indiferencia por lo que no he ido a ver a mi pobre amigo al Hospital. Yo era continuamente informado por el Dr. Blanche que era uno de los asiduos de la Princesa Matilde, y fue incluso este excelente doctor quién me había disuadido de ir a hacer una visita al querido enfermo; en algunas crueles circunstancias donde lamentablemente no se pueden mitigar los sufrimientos físicos o morales, la única prueba de afecto sincero que uno puede dar a un amigo inválido o desgraciado es la discreción.

«Estoy muy atormentado por la salud de la Princesa Matilde, cuyas fuerzas declinan día tras día, pero conserva toda su presencia de ánimo y toda la ternura de su corazón.

«Muy cordialmente

«PRIMOLI».

[2] Nacido en la frontera suiza, en Franche-Comté, Joseph tenía sesenta años en 1900. Era desde hacía doce años el celador del joven Marqués de Cazeaux, que lo quería mucho y que no obedecía más que a él.

El Sr. Manuel Hirsch, que está desde hace quince años en esta casa, y que se cree un día el hijo de Victor Hugo, y al día siguiente del Duque de Choiseul-Praslin y pariente de Victor-Emmanuel, – pero del que algunos recuerdos son claros y bien conservados en su memoria, me ha contado que Maupassant se paseaba siempre por el patio y gritaba continuamente a un enemigo invisible con el que quería luchar. Gritaba, *uno, dos, tres* como en un duelo, y durante la noche hablaba de millones y de pederastia.

Joseph Giraud me dijo que murió tranquilo, hacia las 8 h, 30 minutos de la tarde del 6 de julio[1]. «Se apagó como una lámpara a la que le falta aceite», me dijo el buen viejo, y me contó que fueron los Sres. Albert Cahen, «un judío muy rico», el editor Ollendorff y Henry Fouquier[2] (Cahen sobre todo), los que iban a ver con más frecuencia al poeta.

Guy de Maupassant quería mucho al doctor Blanche y a sus directores Sres. Meuriot y Grout. El doctor Franklin Grout es normando como Maupassant, y se querían mucho entre ellos. A veces, el Sr. Grout se despedía de su enfermo con lágrimas en los ojos.

Fue el propio doctor Franklin Grout quén me contó en Passy, en junio de 1900, como después de la muerte del poeta una americano escribió al doctor Blanche para pedirle la pluma con la que Guy de Maupassant se había servido, pero los doctores jamás pudieron encontrarla.

El celador Barón dio al Sr. Monthiers unas vistas de Florencia que Guy de Maupassant tenía en su habitación: soy yo quién las posee hoy.

«El novelista estuvo enfermo en Passy alrededor de un año: todo el tiempo se le aplicaban duchas y baños, y se hizo de todo para suavizar sus males. Por lo demás, no sufría del todo.

«Su madre nunca fue a visitarlo, y su padre no acudió más que al entierro[3]. El padre y la madre del poeta no estaban divorciados, pero sí separados amistosamente; eran muy ricos [?] y tenían un chalet en Niza. El padre murió después, pero la madre aún vivió en su bella villa de la Riviera».

---

[1] El acta de defunción nos da otra hora: 9 horas de la mañana. Creo más bien en la exactitud de los detalles proporcionados por Joseph Giraud.

[2] El autor espiritual de las crónicas teatrales del *Figaro*, que firma a veces Nestor, y que ha pronunciado un discurso en Ruán con motivo de la inauguración del monumento erigido en honor de su amigo.

[3] Según el doctor Balestre, ese detalle no es exacto. El padre no acudió más que la madre.

En los últimos días, Guy de Maupassant arrojó una bola de billar a la cabeza de otro enfermo. Joseph Giraud, que jugó a menudo al billar con él, me dijo que Maupassant era muy buen jugador. Me contó que cerraba de vez en cuando los ojos para buscar rimas y componer versos. Jean Bouthière, entonces cocinero del palacete del doctor Meuriot en el castillo de la Princesa de Lamballe, me dijo que nunca había hablado con Guy de Maupassant, pero que lo veía a menudo, y que el retrato grabado por Le Rat, publicado en *Unos Versos* no se parece demasiado al enfermo que él conoció. Guy de Maupassant, cuando llegó a Passy, llevaba toda su barba (el retrato nos lo muestra afeitado) y nunca la dejó hasta su muerte.

Fue a otro pensionista del Hospital Blanche, a un portugués políglota, amable e instruido, Don Luís Pinto Leite, al que debo la copia del acta de defunción del escritor. Él quiso copiarla para mí en la Alcaldía de Passy. He aquí esta pieza textualmente reproducida:

N. 2267 *Defunción de Maupassant*

PRÉFECTURA DEL DÉPARTAMENTO DEL SENA
EXTRACTO DE LAS MINUTAS DE LAS ACTAS DE DEFUNCIÓN.
AYUNTAMIENTO DEL XVI DISTRITO

En el año mil ocho cientos noventa y tres, a siete de julio, a las nueve horas de la mañana. Acta de defunción de Henri René Albert Guy de Maupassant, de cuarenta y tres años, literato, nacido en Sotteville, cerca de Yvetot (Sena-Inferior), domiciliado en París, calle Boccador 24, acaecida el seis de julio sobre las nueve horas de la mañana; hijo de François Albert Gustave de Maupassant, sin profesión, residente en Sainte-Maxime (Var) y de Laure Marie Geneviève Le Poittevin, su esposa, sin profesión, residente en Niza (Alpes-Marítimos). Soltero. Certificado por mí, Victor Bidault, adjunto al alcalde, oficial del estado civil del décimo sexto distrito de Paris, con el testimonio de Gustave George, de cuarenta años de edad, empleado, domiciliado en París, calle de Passy, 63, y de Édouard Henry, de cuarenta años, empleado, domiciliado en París, calle de la Pompe, 69, que han firmado conmigo tras la lectura.

(Siguen las firmas).

Para copia conforme.

París, a cuatro de septiembre de mil novencientos uno.
El Alcalde
D. MARMOTTAN

Al cabo de dos días, por la mañana, el 9 de julio, se celebró el entierro. Émile Zola pronunció un célebre discurso sobre la tumba de su llorado amigo[1] Nosotros tomamos prestados algunos pasajes que nos parecen ser la expresión del mejor juicio emitido sobre el escritor:

«Lo que nos sorprendía, a los que seguimos a Maupassant con toda nuestra simpatía, es esa conquista tan rápida de los corazones. No había acabado de contar sus historias cuando el cariño del gran público era de inmediato dirigido hacia él. Célebre del día a la noche, ni siquiera fue discutido; la felicidad sonriendo parecía haberle tomado de la mano para conducirle tan alto como quisiera subir. No conozco seguramente otro ejemplo de debut tan afortunado, de éxito más rápido y más unánime. Se aceptaba todo de él, lo que habría sorprendido bajo la pluma de otro, en él se convertía en una sonrisa. Satisfacía a todas las inteligencias, tocaba todas las sensibilidades, y teníamos ese espectáculo extraordinario de un talento robusto y franco, sin ninguna concesión, que se imponía de golpe a la admiración, al afecto incluso de ese público letrado, de ese público medio que, de ordinario, hace pagar tan caro a los artistas originales el derecho de medrar.

«Todo el genio de Maupassant reside en la explicación de este fenómeno. Si ha sido desde el primer momento, comprendido y amado, era por lo que aportaba al alma francesa, los dones y cualidades que han hecho lo mejor de la raza. Se le comprendía porque era la claridad, la sencillez, la medida y la fuerza. Se le quería porque tenía la bondad risueña, la sátira profunda que, por un milagro, no es mala, la alegría audaz que persiste incluso bajo las lagrimas. Era de la gran genealogía que se puede seguir

[1] La Señora Alexandrine Zola, con la que he hablado mucho de Zola y de Maupassant en el transcurso de una pequeña estancia que ella acaba de hacer en Roma en 1903, ha tenido varias veces la ocasión de manifestarme todo el afecto que el célebre y gran novelista tenía por su discípulo. «Mucho ha lamentado la pérdida de ese pobre muchacho», me decía la Señora Zola.

desde los balbuceos de nuestra lengua hasta nuestros días; tenía por antepasados a Rabelais, Motaigne, La Fontaine, los fuertes y claros, aquellos que son la razón y la luz de nuestra literatura. Los lectores, los admiradores, no se equivocaban; iban instintivamente a esta fuente límpida y brillante, en esta bella conjunción de pensamiento y estilo que contenía su trabajo. Y eran agradecimientos a un escritor incluso pesimista por darles esta alegre sensación de equilibrio y vigor en la perfecta claridad de las obras.

«¡Ah!, la claridad, ¡qué fuente de gracia en la que quisiera ver a todas las generaciones bebiendo! He querido mucho a Maupassant porque era verdaderamente de nuestra sangre latina y pertenecía a la familia de las grandes honestidades literarias. Desde luego, no hace falta limitar el arte: es necesario aceptar a los complicados, a los refinados y a los oscuros; pero me parece que éstos so son más que el desenfreno o, si se quiere, como el regalo de un momento, y que es necesario regresar siempre a los sencillos y claros, como se regresa al pan cotidiano que alimenta sin cansar nunca. La salud está ahí, en ese baño de sol, en esa ola que nos envuelve por todas partes. Tal vez la página de Maupassant que admiramos, le haya costado un gran esfuerzo. ¡Qué importa, si esta fatiga no aparece, si somos reconfortados por el perfecto natural, el tranquilo vigor que desborda! Se sale de esta página como lleno de vida, con la alegría moral y física que da un paseo a plena luz del día.».

……..

«Èl, ¡Dios mio! ¡Golpeado por la demencia! ¡Toda ese felicidad, toda esa salud yéndose a pique de un golpe en esta abominación! Había ahí un giro de vida tan brusco, un abismo tan inesperado, que los corazones que le han amado, sus miles de lectores, han conservado una especie de fraternidad dolorosa, una ternura decuplicada y sangrienta. No quiero decir que su gloria tenga necesidad de este fin trágico, de una resonancia tan profunda en las inteligencia; pero su recuerdo, después de haber sufrido esta horrorosa pasión del dolor y la muerte, ha tomado en nosotros no sé que majestad soberanamente triste que lo alza en la leyenda de los mártires del pensamiento. Aparte de su gloria de escritor, permanecerá como uno de los hombres que han sido más felices y más desgraciados de la tierra, aquél en

el qué sentimos lo mejor de nuestra humanidad esperar y venirse abajo, el hermano adorado, destrozado, luego desaparecido, en medio de la lágrimas.

«Y, además, ¿qué puede decirse si el dolor y la muerte no saben lo que hacen? Desde luego, Maupassant, quién en quince años había publicado cerca de veinte volúmenes, podía vivir y triplicar ese número y llenar él solo todo una estantería de biblioteca. ¿Pero lo diría yo? A veces soy llevado por una inquietud melancólica antes las gruesas producciones de nuestra época. Sí, son largas y concienzudas tareas, muchos libros acumulados, un bello ejemplo de obstinación al trabajo. Únicamente, eso es también un bagaje bien pesado para la gloria, y a la memoria de los hombres no le gusta cargarse con semejante peso. De esas grandes obras cíclicas no ha quedado nunca más que algunas páginas. ¿Quién sabe si la inmortalidad no está más bien en un relato de trescientas líneas, la fábula o el cuento que los escolares de los siglos futuros se transmitirán, con el ejemplo inexpugnable de la perfección clásica?

«Y, caballeros, esa será la gloria de Maupassant, que será todavía la más segura y la más sólida de las glorias. Que duerma su buen sueño, tan caramente comprado, confiando en la salud triunfante de la obra que deja. Ésta vivirá, lo hará vivir. Nosotros que lo hemos conocido, quedaremos con el corazón henchido de su robusta y dolorosa imagen. Y, en la continuación de los tiempos, aquellos que no lo conocerán más que por sus obras lo amarán por el eterno canto de amor que él cantó a la vida».

Así fue como «este hombre de cabeza clara y sólida» (las palabras son de Émile Zola) se ha apagado en un manicomio. ¿Pero Maupassant había nacido enfermo de espíritu, como lo sostiene el doctor Max Nordau? No sabríamos conceder crédito a esta conclusión del célebre escritor alemán, como que «la alienación mental notoria en la que Maupassant acabó, no es más que el capitulo final de una sombría novela patológica cuyo pirncipio se remonta a su herencia».

Todos los documentos recogidos, todos los testimonios agrupados, todos los hechos recopilados, no prueban que el profesor Morelli tenga razón cuando me escribe que Maupassant nació perfectamente sano. Él era digno del elogio que hizo Zola: *Maupassant es la salud, la fuerza de la raza*. Su locura no es más que la consecuencia de una enfermedad que

cualquier otro pudo haber tenido en su lugar. La herencia está fuera de toda sospecha[1].

[1] El error de Maupassant fue haber empeorado su suerte, de haber acelerado su locura, mediante su estilo de vida. ¿Debo recordar la bella pieza del Sr. Brieux, *los Austrias*, tan estúpidamente prohibida por la censura teatral en París, y toda la serie de buenas doctrinas que proclama? Hay algunas enfermedades «específicas» que no se deben olvidar, sino al contrario vigilar atentamente. Si se ha tenido la desgracia de contraerlas uno no debe desesperarse ni considerarse perdido. El daño es curable…

«En 1845, se había constituido en París el *Club de los Haschidianos*, frecuentado por literatos en búsqueda de alucinaciones y otros estados alterados de conciencia. El doctor Fleury, que ha conocido personalmente a Guy de Maupassant, nos refiere que el novelista había abusado de los excitantes artificiales del pensamiento durante mucho tiempo, cuando más que nadie debiera haberse abstenido de ello teniendo varios alienados entre sus ascendentes (*Introducción a la medicina del espíritu*, p. 138, Paris, F. Alcan). Siendo felicitado por el doctor por el talento que había desplegado en la descripción de los celos en *Pierre y Jean*, el escritor le respondió que no había escrito una sola línea sin estar bajo los embriagadores efectos del éter. Maupassant utilizó sus alucinaciones también en *Sobre el agua*, y sus alucinaciones visuales en el *Horla*» LOUIS PROAL, *El crimen y el suicidio pasionales*, Paris, Alcan, 1900, p. 396). Mi amigo, el alienista Jacoli me dijo que el Sr. A.G. Bianchi ha dedicado un estudio medico al genio y a la muerte de Maupassant, preguntando la opinión a todos los alienistas italianos, desde Morselli hasta el último de sus adversarios. Volveremos sobre el ensayo del Sr. Bianchi, que es inhallable, pero del que mi querido y viejo profesor Della Giovanna ha podido prestarme un ejemplar.

NOTAS SOBRE LA MADRE

DE

GUY DE MAUPASSANT

(Recuerdos de la Señorita Ray, de los Doctores Balestre y Douvre y de los Señores Brisson y Lemaître.)

En primer lugar veamos el artículo publicado en el *Éclaireur* de Niza del 12 de diciembre de 1903, sábado. Contiene los recuerdos de la Señora Renée d'Ulmes (es el pseudónimo de la Señorita Ray) sobre la madre de Guy:

«Acaba de apagarse en Niza, el martes 8 de diciembre de 1903 a los ochenta y tres años.

«Desde las sombras de las que voluntariamente se ha rodeado, ella requiere nuestra atención, inconsciente intermediario que el destino eligió para crear un artista maravilloso.

«Madre dolorosa, había sobrevivido al hijo tan amado y su duelo se agravaba con el lamento por la obra todavía no acabada.

«La Sra. de Maupassant pertenecía a la alta burguesía normanda. Había nacido en 1821[1] en Ruán, del matrimonio de Paul Le Poittevin y la Señorita Turín. Laure y Alfred Le Poittevin fueron los compañeros de juego y estudios de Gustave Flaubert y de su hermana Caroline. El doctor Flaubert, entonces cirujano jefe del Hospital Dios de Ruán, y su esposa, amiga de infancia de la Sra. Le Poittevin, disfrutaron de la intimidad de los niños, con la que obtenían un doble beneficio; las hijas evitaban la coquetería, los muchachos no se convertirían en gamberros o maleducados.

«Laure desde su infancia se familiarizó en casa de los Flaubert con la enfermedad y la muerte, y su sensibilidad aumentó. No hubo nadie más piadosa que ella con los que sufrían. Su hermano Alfred, cinco años mayor, se convirtió en su profesor, proporcionándole una cultura intelectual refinada, familiarizándola muy joven con los clásicos, enseñándole inglés hasta el punto de que ella pudiese leer a Shakespeare en ese idioma.

«Muy bella, muy rica, había sido muy solicitada a menudo en matrimonio. A los veinticuatro años se decidió a aceptar la petición de Gustave de Maupassant que descendía de una antigua familia de Lorena instalada en Francia en el momento de la boda de Marie Leczinska; un antepasado ostentaba el título de marqués, título que los descendientes no conservarían, a pesar de que sus armas estuviesen encimadas por una corona.

[1] La Señora d'Ulmes se había equivocado de fecha: aquí restablezco la verdadera, según las indicaciones del doctor ALBERT BALESTRE [A. L.]

«Gustave de Maupassant era muy seductor, Laure Le Poittevin de una gran belleza, y fue un matrimonio por amor. Pero esos dos seres no estaban hechos para comprenderse, la joven mujer de alma grave y leal, el marido desplegando su mediocridad intelectual y su debilidad de carácter que lo arrastraban de aventura en aventura.

«La maternidad consoló a la Sra. de Maupassant de su tristeza de esposa; el 5 de agosto de 1850, su hijo Guy venía al mundo, luego nacería Hervé.

«Sin embargo la joven esposa decidió por su dignidad abandonar a ese marido cuya ligereza de conducta se agravaba cada vez más. La separación tuvo lugar, elegantemente, sin procesos judiciales. Laure de Maupassant se retiró a su propiedad de Étretat, y allí se dedicó a la primera educación de sus hijos.

«Pensaba que el mayor sería un escritor, no por una misteriosa premonición, sino por deducción. El niño tenía similitudes espirituales con su tío Alfred, un delicado poeta muerto en el alba de su talento. Guy, jugador y turbulento, le gustaba la lectura con pasión. La madre fue como un buen jardinero que, viendo nacer la frágil planta rara, le retira las malas hierbas y la cuida con precaución. Ella dirige hacia el arte, al sol del talento, los gérmenes de las ideas puestas en el alma del pequeño, le dosifica las luchas que despilfarran tantas energías, le permite que emplee cada minuto de su breve existencia en edificar la obra.

«Así pues, entre la madre y el hijo, no se dio uno de esos afectos donde uno da, el otro recibe, sino una ternura reciproca. El escritor, a quién se le ha atribuido una reputación de egoísta, renunciaba a un viaje con Huysmans para hacer compañía a su madre. Más tarde, cuando enferma, ella dudó en instalarse en el Midi, Guy abandonaba París y a las amistades literarias, para seguir a Antibes y a Cannes a la Sra. de Maupassant, que se convirtió en la confidente siempre dispuesta, no limitándose a admirar, sino a penetrar en la obra que criticaba sabiamente. Solo a ella le era confiada la delicada tarea de corregir las pruebas; su fuerte educación literaria le permitía hacerlo.

«Dos grandes dolores debían destrozar la vida de la Sra. de Maupassant: primero la muerte de su segundo hijo Hervé, luego la enfermedad del mayor, sorprendente para todos aquellos que conocieron la férrea salud física y moral del escritor. Ella asistió a la agonía de esa alma

genial, y debió aceptar la muerte definitiva de Guy casi como una liberación. Entonces se retiró a Niza[1], a ese valle Saint-Maurice que enlutan las montañas repletas de cipreses.

«La villa Monge, que ocupaba la Sra. de Maupassant, se levanta[2] en el fondo de un estrecho jardín donde una palmeras agitan sus hojas como abanicos movidos por manos invisibles.

«En 1899, la Sra. Juliette Adam me entregó una carta de recomendación para la Sra. de Maupassant; fui recibido con amabilidad.

«De esa primera visita conservo una impresión inolvidable. Se me introdujo en una habitación con los postigos cerrados. La luz de una bujía destacaba en la oscuridad, unos muebles antiguos se atenuaban, se hubiese dicho algún tipo de habitación onírica con las paredes en tinieblas que se distendiesen siguiendo las oscilaciones de la llama. La Sra. de Maupassant estaba tumbada en su cama, afectada de una enfermedad cardiaca; raramente se levantaba. Todavía podían adivinarse sus hermosos rasgos. Unas mechas de cabellos sueltos y blancos enmarcaban la inteligente frente.

«Regreso a menudo; una simpatía a primera vista se trasformó, por ambas partes, en profundo afecto. La Sra. de Maupassant hablaba con voz baja al principio y poco a poco se iba animando cuando evocaba el recuerdo de su hijo. En ocasiones, queriendo enseñarme alguna reliquia, llamaba a su doncella:

«”Traeme tal retrato, tal libro del Sr. Guy”. Sr. Guy: esas dos cortas palabras demostraban que el hijo conservaba su lugar en el hogar materno.

«En un secreter se amontonaban cartas de Guy de las que a veces la madre leía algunos extractos. Estas elocuentes cartas revelaban un ardiente cariño filial.

«La vida de la Señora de Maupassant discurría completamente vinculada a su querido pasado. Su inteligencia permanecía intacta. Se ocupaba de la obra de su hijo; ni un solo estudio sobre él aparecía sin que ella no lo leyese. Fue quién decidió la publicación de las antologías póstumas *El Padre Milon, El buhonero*, supervivencia de un maravilloso

---

[1] No. La Señora de Maupassant ya vivía en Niza antes de la última enfermedad de Guy. [A. L.]

[2] La villa Monge, donde la Señora de Maupassant murió, está en la Avenida Villermont. [A. L.]

artista: si era imposible aumentar la gloria de Maupassant, al menos ella supo conservar su integridad.

«Unos pocos elegidos entraban en su casa. Su nuera, la Señora de Hervé de Maupassant, y su nieta Simone; La Sra. Juliette Adam que, pasando dos días en Niza, iba a casa de su vieja amiga, siempre encantada de volver a ver a aquella que había acogido las primeras obras de Guy, su hijo, en la *Nouvelle Revue*; la Sra. Mariéton y Paul Mariéton[1]; la esposa de Franklin Grout[2]; la Señora Boisière, la hija del poeta Roumanille, el amigo fiel; el doctor Balestre, Louis Bertrand, la Sra. Azinière.

«Un poco rígida de entrada, la Sra. de Maupassant tenía, para aquellos con los que simpatizaba, preciosas atenciones. Y en las frecuentes conversaciones que con ella mantuve, pude apreciar su noble carácter.

«Ahora la pequeña casa blanca está definitivamente cerrada. En la habitación familiar la sombra se ha intensificado, como para velar el vacío que deja la querida silueta desaparecida. Pero en el estrecho jardín, los grandes iris blancos y violetas volverán a brotar en sus colores de duelo, y su ligero perfume parecerá el resurgir de una emotiva alma».

***

Gracias a la amabilidad de un ruenés, el Sr. Lemaître, cuya familia tuvo relaciones con la de Guy de Maupassant, nosotros nos felicitamos de poder presentar a nuestros lectores la reproducción de una carta escrita por él a su madre, la Sra. Laure de Maupassant, que acaba de apagarse hace algún tiempo[3].

Este documento nos había sido comunicado hace dos años aproximadamente; pero no creímos pertinente publicarlo en vida de la Sra. de Maupassant, cuya desaparición acaba de liberarnos de esos escrúpulos.

---

[1] El autor de un libro muy mediocre sobre *Georges Sand y Alfred de Musset*. El Señor CHARLES MAURRAS ha explicado a los lectores del *Gaulois* los defectos de la obra del Sr. MARIÉTON [A. L.]

[2] La esposa del alienista, subdirector del Hospital de Passy donde Guy de Maupassant pasó sus últimos meses. [A. L.]

[3] Tenemos que dar las gracias a nuestro excelente colega el Sr. Douvre, primo alemán de Gustave de Maupassant, padre de Guy, al Sr. Doctor P.D… y al Sr. Robert Pinchon, íntimo amigo del autor de *Bola de Sebo*, que han tenido la amabilidad de proporcionarnos algunas informaciones sobre la vida de éste último.

Esta carta, no fechada, debió haberse escrito en el año 1876 o 1877 (probablemente en el verano de 1877). Lleva en la cabecera el membrete del Ministerio de la Marina y de las Colonias, que Maupassant dejó para convertirse, en 1878, en secretario de Bardoux, ministro de la Instrucción Pública en la legislatura Dufaure.

Hervé, el hermano de Maupassant, al que éste hace alusión, era suboficial de caballería, en Bretaña, en 1877.

Finalmente, fue igualmente en esa época cuando el joven empleado del Ministerio conoció a Suzanne Lagier, cantante de moda, con quién encontró al profesor Duplay, entonces joven adjunto, y con la que duraron poco sus relaciones.

En cuanto a la novela en la que Guy trabajaba con tanto empecinamiento, es probable que se tratase de una de esas producciones que Maupassant no publicó nunca. *Bola de Sebo* no es más que un relato escrito algunos meses antes de la aparición de las *Veladas de Médan*, en 1880. Por otra parte, la primera novela, *Una Vida*, fue editada en 1883, cinco años después de la presunta fecha de esta carta. Con toda probabilidad, Maupassant abandonó este trabajo como abandonaría igualmente un poco más tarde, un drama en verso que permanece inédito.

MINISTERIO DE LA MARINA
Y DE LAS COLONIAS *París, sábado*

Dos palabras solamente, mi querida madre, para contarte una conversación que he tenido ayer noche. Venía de ver a mi padre que me había hablado de la visita del Doctor Lacronique y de lo que éste le había dicho. Como tenía que habar con Suzanne Lagier, he ido a su casa y allí encontré al Doctor Duplay. Le hablé de ti y le detallé todos los síntomas de tu enfermedad. Él me dijo: «Yo no veo nada que indique una enfermedad orgánica grave, sin embargo hace falta intentar frenarla inmediatamente, porque podrían producirse secuelas que no se podrían combatir enseguida. El sulfato de quinina no podrá aportar alivio, pero la idea que ha tenido el doctor Lacronique me parece muy lógica y mientras no se pruebe lo contrario, creo en la presencia de la tenia. Mientras se oculta de ciertas maneras, no se rinde nunca, porque los anillos que se sueltan son digeridos por el estómago. Pero quizás sea demasiado larga para ser expulsada.» Yo

he acabado por compartir esta creencia, máxime cuando Hervé la ha tenido y que él podría tenerla de ti, aun después de mucho tiempo.

Cinco de cada diez veces, la tenia no presenta ningún rastro, se presenta en forma de todas las enfermedades y especialmente de las enfermedades nerviosas, del estómago y del corazón. Los síntomas son tan diversos y tan cambiantes que confunden a todos los médicos. Estos cambios de síntomas son debidos a los desplazamientos del animal. El apetito en lugar de ser excesivo, como se pretende, es con frecuencia nulo. Las apariencias tan incomprensibles de tu enfermedad indican casi con seguridad para los dos médicos citados la existencia de esa bestia, que hasta el momento habría disimulado su presencia. Habla de esto a Paul Fidelin, te lo ruego. En ocasiones se tienen tratado enfermedades durante diez o quince años de las que los médicos no reconocen la causa o no quieren verla, que se curan en tres meses con potentes vermicidas.

Estoy muy contento de que Hervé sea por fin suboficial. Su vida va a cambiar por completo y será más soportable ahora. Es para él una diferencia total.

Trabajo en este momento, mucho en mi novela. Pero es tremendamente difícil, sobre todo por la localización de cada cosa y las transiciones. En fin, en cuatro o cinco meses estará bastante adelantada. No estoy mal en este momento; creo que es el efecto de los baños de vapor que continúo tomando los dos días, sin que me cansen lo más mínimo. En mi última carta a Flaubert, le he pedido si podía venir a Étretat, pero todavía no he tenido respuesta.

Adiós, mi querida madre, te abrazo con todas mis fuerzas y de todo corazón. Saludos a Cramoysan y a las criadas.

Tu hijo
GUY DE MAUPASSANT

Felizmente para la literatura, Maupassant brilló más en la novela y la poseía que en el estudio de los gusanos… solitarias, en particular, y en la parasitología, en general.

La tenia o gusano solitaria, residiendo en el estomago que lo digiere sin producir huevos, pude parecer a los médicos una pura fantasía, y nosotros dudamos mucho que el excelente doctor Paul Fidelin haya suscrito sin reservas el diagnóstico de su amigo.

Unas palabras todavía: Cramoysan, del que habla Maupassant, era entonces el hombre de confianza de la Sra. de Maupassant en los Verguies; muy conocido en Étretat, el tío Cramoysan realiza hoy las mismas funciones en la propiedad de un médico parisino.

***

En Niza, en la gran casa silenciosa donde su mal la mantenía encerrada, la Sra. de Maupassant, durante el verano de 1902, flexibilizando su estricta regla de soledad, recibió a la admirable actriz trágica E. Duse[1]. La Señora Eleonora Duse es una gran admiradora del autor de *Nuestro Corazón*. Tal vez dicha simpatía sea debida a Gabriele D'Annunzio. En el momento de separarse, la Sra. de Maupassant dijo a la actriz: «Usted tiene el genio y el renombre; ¿qué puedo desear para usted?» – «El descanso», le respondió simplemente la ilustre actriz. La Sra. de Maupassant replicó: «A cambio, deseadlo para aquella que no tendrá descanso más que en la muerte».

Era el grito de un cuerpo herido y de un alma quejumbrosa. Una hipertrofia del corazón, durante veinte años, hizo de la existencia de esta mujer que acaba de morir, un intolerable suplicio. Condenada a la reclusión, se había hecho una sociedad elegida de fieles que no la obsesionaban y por los cuales su afecto no era una tiranía. Eran sus libros preferidos, leídos y releídos, donde el lugar de honor correspondía a Flaubert, del que la Señora de Maupassant fue hermana intelectual.

---

[1] «Fui yo quién condujo a la Duse a casa de la Señora de Maupassant», me escribió el Sr. Balestre el 3 de agosto de 1904, «y asistí a toda su entrevista. Nunca he visto nada tan emocionante como el encuentro entre estas dos mujeres superiores, la majestuosidad serena y triste de la vieja madre ante la gracia afectuosa de la artista que hacía salir de su alma los tesoros de respetuosa ternura que ella tenía como acumulados. La Señora de Maupassant comprendía el italiano, lo hablaba en caso de necesidad; en la conversación, habló francés como lo hablaba con la pureza clásica más perfecta y la simplicidad más elegante. La Duse habló italiano, añadiendo al encanto de la lengua el encanto de su persona, y al calor de la expresión el calor del sentimiento, y cuando la Señora de Maupassant preguntó a la gran artista lo que ella podía desear, ella, que tenía la gloria y el genio, fue en italiano cuando ésta respondió: "¡La pace!"

«¡Y con qué tono, querido amigo! En esa única palabra se desvelaron todos los dolores de esta alma sublime» [A. L.]

Ella tuvo una importante responsabilidad en la educación de ese hijo ilustre que le dio tantas preocupaciones y tantas alegrías. Era la confidente de su obra, su consejera, su colaboradora.

Aunque vagabundo, ávido de amplios horizontes, sobre el agua, lejos de las muchedumbres, él regresaba a esa villa soleada donde el amor materno le producía tantas satisfacciones. «Madre – le decía de su inacabada novela *El Ángelus*, – estoy dentro de mi libro como en mi habitación; es mi obra maestra». Lo interrumpió por *Mussotte*; tras el estreno, vino a Cannes y para practicar se volcó en un estudio sobre Tourgueneff: «Mamá, vas a volver a leer a toda prisa las principales novelas de Tourgueneff; y de cada una, envíame, en veinte cinco o treinta líneas el resumen. Para recompensarte, te prometo venir a cenar en Nochebuena y pasar la Navidad en la villa de los Ravenelles». De súbito, la víspera de Navidad, un telegrama. Cambio de planes: «Me veo obligado a pasar la Nochebuena en las islas Santa-Margarita con las Sras…, pero iré a pasar el fin de año y el año nuevo contigo».

Qué pena producía el dolor de la madre, contando la historia:

«¿Qué fue lo que ocurrió?... No se lo pregunté. Lo que es cierto es que tras esa Nochebuena maldita, al día siguiente ya, esas mujeres de la mejor sociedad… dos hermanas, una casada y otra viuda, tomaron el primer tren y partieron para Paris sin decir por qué. Aunque me visitaban, jamás volvieron a dar señales de vida… ni incluso una nota tras la catástrofe… Ni la muerte parece haberlas desarmado. El día de años nuevo, cuando llegó Guy, me abrazó con los ojos inundados en lágrimas y con una extraordinaria efusión. Toda la tarde conversamos de mil cosas; no observé en él nada anormal, salvo tal vez una cierta exaltación. No fue hasta más tarde, en la mesa, en mitad de la cena, cuando me di cuenta de que divagaba. A pesar de mis súplicas, miss lágrimas, en lugar de quedarse a dormir, quiso marcharse de inmediato para Cannes… Encerrada, enclaustrada aquí por la enfermedad: «¡No te vayas, hijo mío!, le gritaba yo, ¡no te vayas…!» Me agarré a él, le suplicaba, me aferré a sus rodillas arrastrando mi impotente vejez. Él continuó con su obstinada visión. Y lo vi sumergirse en la noche… exaltado, loco, divagando, yendo no sé a dónde, ¡mi pobre hijo…!».

La Señora de Maupassant no lo volvería a ver nunca más. Un día, una amiga prepararía suavemente a la infortunada reclusa para la terrible noticia.

Ese mismo día, en Saint-Maxime-sur-Mer, pequeña región de la costa mediterránea, un anciano, con modales aristocráticos, todavía guapo, se paseaba por el pueblo. De su bolsillo salía su periódico, del que no había deshecho el precinto. Los lugareños lo observaban con una conmiseración estupefacta. Él se asombraba de generar esta curiosidad, que le producía una irritación exasperante que le hizo apresurar su regreso. Ya en su casa, extrajo el periódico de su bolsillo y lo abrió… palideció… llamó a los suyos, a su nieta: «Simone… mi pobre Simone, ¡él ya no está!».

Era el padre: se habían olvidado de comunicarle la muerte de su hijo: los periódicos se lo hicieron saber. Se había olvidado que, en esta familia, donde los nervios están tan fácilmente al desnudo, las divisiones eran profundas.

Dos hijos habían nacido de esta unión que conoció muchas tormentas: el uno, Hervé de Maupassant, no sería más que el andrajo humano que la tierra consumió en el cementerio de Bron[1]; el otro, llamado a acabar sus días del mismo modo, debería ser el hijo ilustre y glorioso. ¡Cómo se luchaba por su cariño, por su recuerdo! Todavía podemos recordar la indignación de la madre cuando circuló el rumor de la existencia de un presunto hermano de leche de Maupassant, guardián en los jardines Solferino. Eso ocurrió hace apenas tres años. La Sra. de Maupassant protestó:

«Yo he sido la nodriza de mi hijo Guy y no permitiré a nadie arrebatarme ese título. No supongo, en efecto, que una persona ajena pueda arrogarse semejante derecho, por haber, durante cuatro o cinco días, apenas, amamantado a mi hijo. Yo me encontraba en Fécamp, en casa de mi madre, cuando fui afectada por una indisposición bastante leve. Fue entonces cuando una mujer vino a ayudarme, eso es todo: no había transcurrido una semana cuando volví a hacerme cargo por completo de mi querido hijo lactante, que no fue destetado hasta los veinte meses…».

Qué mejor que esa manifestación intransigente, podría describir el sentimiento de esta madre hacia su hijo, que tiene que soportar, después de tantos años, la pretensión de otra mujer de haberlo amamantado… Fue su

[1] Se habla muy poco de Hervé. Su madre lo quería mucho también. Su espíritu estaba inclinado hacia las ciencias y habría llegado a tener una cierta reputación como botánico. El Sr. BALESTRE me informa (el 3 de agosto de 1904) que dejó un herbolario de gran valor que fue destruido en un incendio que, hace unos años, devoró las colecciones de la Sociedad de Letras, Ciencias y Artes de los Alpes-Marítimos. [A.L.]

seno quién lo ha alimentó, como su cerebro, como su corazón… Ese gran hombre fue, en sus brazos, el pequeño niño que a nadie permitió alimentar y educar.

Pero el genio del escritor se alimentó en otras fuentes menos puras. Hay que amar para cantar al amor. Sus protagonistas eran las pinturas de modelos que habían vivido. Ella les guardaba un profundo rencor. Cuando el dolor físico abatió al hombre y detuvo su voluntad, ella alejó con gesto imperioso a esas extrañas. Ordenó que la puerta del hospital permaneciese cerrada para ellas… Una mujer escritora al que su hijo había amado, que había compartido su tarea intelectual, reunió las espigas de su obra dispersa, con las que había hecho unas gavillas, la Señora Lecomte du Noüy, fue a menudo a suplicarle la entrada al doctor Blanche; no pudo franquear la consigna materna. Para qué visitarlo, pues él ya no la recordaba, y cuando se le entregaban unos racimos de doradas uvas que ella le traía para calmar su sed, él no que sabía más que decir con risa bestial: «Son de cobre», negándose a tocarlas.

Eran las palabras de un loco: habrían podido ser la de un sabio. Antes de que su cerebro no delirase, unido dos veces en ilegítimas nupcias, había rechazado el oro de los racimos, y olido, en su preocupación de independencia, que éstas no eran más que de cobre. Él había escapado a la mujer mediante la huida.

Pero se dice que demasiado tarde. Corre el rumor de la presencia, en una encantadora pequeña ciudad de l'Yonne, de tres adolescentes de los que se dicen sus hijos. El mayor es empleado de banca; la siguiente es modista; Margueritte, la menor, espera la edad de aprender un oficio.

Esta revelación, bastante reciente, se topa con la incredulidad de la madre. Un íntimo se lo comentó. La orgullosa dama que no salía de su sofá, volvió sus ojos hacia su biblioteca y, con su delgada mano de aguadas uñas, indicándole unos libros primorosamente encuadernados, dijo: «¿Hijos?...mi viejo amigo, ¡yo no le conozco más que esos!»[1].

---

[1] El autor de esas notas parece estar muy bien informado. Ver el artículo anónimo de *l'Éclair* de Paris, ejemplar del viernes, 11 de diciembre de 1902. Pero el Doctor BALESTRE me escribió al respecto: «Nunca he oído hablar de esos tres niños que están en l'Yonne; la Sra. de Maupassant jamás ha hecho alusión de eso ante mi.

«Maupassant ha tenido un hijo, pero usted sabe que consideraciones de delicadeza impiden nombrarlo. Sin embargo ese es el secreto de Polichinela». [A.L.]

***

La Señora de Maupassant y *Bola de Sebo*.

En relación con la obra representada en 1902 y versionada por el Sr. Métènier según el relato de Maupassant[1], el Sr. Adolphe Brisson ha referido la siguiente anécdota:

---

[1] He aquí un juicio muy apropiado del Sr. GUILLEROY (*Messager de Paris*, folletín del 11 de mayo de 1902):

«Guy de Maupassant, el autor de esta pequeña obra maestra, el relato *Bola de Sebo*, pasará a la historia como una de las figuras destacadas del siglo diecinueve. En primer lugar tiene una fuerza de los que sus contemporáneos no siempre aprecian el valor; pero que representa el pasaporte indispensable para pasar a la posteridad: la forma literaria. Esta cualidad del escritor, tal vez nunca la haya mostrado mejor que en esta narración, que se diría, en su relato, alerta y fino, salido de una pluma del siglo dieciocho y que tendrá un lugar en la biblioteca de los letrados no lejos de *Manon Lescaut* del abad Prévost.

«Es sobre todo por sus relatos por los que vivirá Maupassant, es por sus relatos como gusta. Yo no digo que más adelante sus novelas no encuentren lectores curiosos por analizar el alma de los hombres de finales del siglo diecinueve, que él encarna mejor que nadie; pero los libros de larga duración del escritor son demasiado amargos para conquistar el alma del gran público. Sin fe, sin brújula, sin ideas morales fijas, Maupassant es demasiado escéptico, está demasiado cruelmente desengañado para agradar a todos en las obras donde su pensamiento se muestra más a fondo. El necesita de esos relatos alertas, esas obras ligeras, donde una burla amable, un escepticismo que se puede creer a flor de piel, proporcionan al narrador elegante y espiritual el encanto completamente particular de gracia y desenvoltura. Es por esas cualidades, es por ese bonito tono de chiste parisino, por lo que *Bola de Sebo* es una obra maestra.

«Recordemos el tema, un *poquito* arriesgado; pero Maupassant es un hombre de mundo, que sabe tratar esas cosas sin brutalidad. Una diligencia se dirige al Havre desde Ruán, durante la guerra, con un salvoconducto de los prusianos, dueños del país. Los viajeros constituyen todo un microcosmos, un resumen de la sociedad y de sus diversas clases, tan claramente descritos están por el relato del escritor. En el coche, una muchacha de mala reputación se ha deslizado sin ruido – pues se siente despreciada por todos aquellos que ejercen una profesión confesable o tienen un estatus honorable en la sociedad, es decir todos. Ésta es Bola de Sebo. Nobles, mercaderes, funcionarios, todos conversan entre ellos; y la necesidad, ayudada por la obligada proximidad, hace que estas personas que discutirían en otro lugar, engañen el aburrimiento del camino departiendo como camaradas. Pero la entente entre ellos es también completa para no dirigir la palabra a Bola de Sebo: se la mantiene al margen.

«Lo cómico, para nuestro escéptico escritor, es obligar a todas esas personas a rodear a Bola de Sebo en el momento que tengan necesidad de ella. Enseguida se advierte que hay un poso de antisocial, de revolucionario, en nuestro escritor, que la idea moral preocupa

débilmente; pero no estando en juego ningún principio esencial, se nos permite reír un poco con él y confesar que la situación es divertida. Me detengo en un primer incidente en el que se rompe el hielo: han quedado bloqueados por la nieve en una pequeña ciudad sin recursos; y la ingeniosa Bola de Sebo es la única que ha tenido la precaución de llevar alimentos que guarda en una cesta bien provista. El hambre, que hace salir a los lobos del bosque, también hace salir a nuestros burgueses y ricos campesinos, de su carácter y su dignidad tratando de relacionarse con la apestada de momentos antes; merodean a su alrededor; y, como es una buena chicha, comparte su cesta con todo el mundo.

«Pero he aquí el nudo de la situación. El oficial alemán, que manda en la guarnición de la pequeña ciudad, se niega a visar los salvoconductos y dejar partir la diligencia, si la bella muchacha, cuyos encantos le han entusiasmado, no se aviene a pedírselo personalmente en su habitación. Indignación de Bola de Sebo, que sin embargo tiene los amores fáciles, pero no internacionales, y que tiene horror a los prusianos. Esta indignación es compartida al principio por la honrada asistencia. Pero luego, ante la necesidad de partir, se sorprenden que cueste tanto a Bola de Sebo acceder a las demandas de este alemán que por otra parte ella concede tan alegremente a tantos franceses todos los días. El conde de Brevilla es elegido para convencerla, y le hace comprender que, por el interés común, ella no debe originar una crisis que parece sin salida. Se lo agradecerían. Las damas se unen e intervienen tan convincentemente que ella se decide a subir la escalera que lleva a la habitación del prusiano. Cuando desciende, el coche está enganchado. Se parte. Bola de Sebo, que ha visto el hielo romperse después del asunto de la cesta, y que lo cree roto completamente, se adelanta hacia esas damas y esos caballeros con la mano extendida… Pero cada uno le da la espalda; o ya no la conoce; y, después del servicio que ella acaba de rendirles, menos todavía: ¡fí! ¡fi!

«Contado con tacto y discreción, y sin hacer mucho hincapié, como el espíritu de Maupassant le permite hacerlo, esta historia escabrosa es divertida. La moralidad de esta inmoralidad se remite más o menos a un proverbio italiano: *Passato il pericolo, gabbato il santo*, pasado el peligro, pasemos del santo; si es que puede establecerse una comparación entre un santo y Bola de Sebo.

«Lo malo es que allí donde el libro tiene derecho a pasar subrepticiamente, la escena debe hacer hincapié; además también se necesitan unos desarrollos que entorpecen esta secuencia ligera. Para llevar al teatro *Bola de Sebo* era necesario un autor dramático tan hábil como Guy de Maupassant lo era como escritor. El Sr. Oscar Menétier tiene su estilo y su público; pero el autor de ¡*El*! Y del *Poteau* es el último al que yo habría pensado en que se le pudiese confiar la responsabilidad de llevar este relato a la escena.

«Por otra parte, esta ligera novelita no podía producir tres actos, aunque fuesen cortos. La necesidad en la que el autor se encuentra de *complicar* su pieza, quita pues al relato su encanto y su color. ¿Diría que aburre? No: más bien sorprende. Además, la excelente ejecución de la compañía Antoine salva el mediocre conjunto por los detalles divertidos. Los Sres. Dumény, Matrat, Namès, Kemim, Degeorge son muy buenos; la Sra. Luce Collas interpreta convenientemente el difícil personaje de Bola de Sebo. Bien, las Señoras Ellen Andrée, Délia, Miéris, Miller».

«Se ha representado una pieza extraída de *Bola de Sebo*. Supongo que usted no habrá dejado de leer esa obra maestra. Hizo famoso a Maupassant de un día a otro. Usted sabe en qué circunstancias fue compuesta. El escritor acababa de abandonar Ruán para ir a París, donde había obtenido una plaza de funcionario en el ministerio de la Marina. Ejercía sus funciones administrativas con regularidad y utilizaba las numerosas ocasiones que éstas le permitían, para escribir poemas. El domingo sometía a su gran amigo Gustave Flaubert sus elucubraciones semanales.

«¡Ah! ¡Las buenas matinés, las maravillosas lecciones! Flaubert se transforma en pedagogo. Respeta la poesía, pero piensa que la prosa es más difícil y que es saludable afanarse en ella. Alentaba a Maupassant como Napoleón movía a sus granaderos para lo que él quería:

«…Vamos, chaval, esta es mi orden y ejecuta mis prescripciones. Mañana temprano, caminarás por la calle hasta que veas a un portero dedicado a barrer la acera delante de su casa. Entonces te detendrás, contemplarás el espectáculo, te introducirás en él y consignarás fielmente las sensaciones de cualquier orden que éste haya sugerido a tu imaginación. ¡Manos a la obra! ¡y esmérate con tu portero! Que lo reconozca si alguna vez lo encuentro.

«Guy se sometía dócilmente a esta disciplina. Observaba al pie de la letra las instrucciones de su maestro y le enviaba la página sobre la que él había sufrido. Flaubert la examinaba con lupa, por así decirlo. Un físico en su laboratorio no hubiese sido más riguroso.

«– Hijo mío, vas a eliminar esos epítetos… ¿Y ese verbo? ¿Qué hace ahí ese verbo?

«Se enfadaba cuando dos frases seguidas tenían la misma intención y el mismo ritmo. Ni una bagatela escapaba a su meticulosa crítica. El futuro novelista obtenía de ello un auténtico provecho. Aprendía en esa excelente escuela el arte de escribir sin énfasis y sin afección. Las opiniones de Flaubert contribuyeron a dar a su estilo esa plenitud y ese olor de santidad que son tan notables en Maupassant y que le aseguran un lugar entre los clásicos.

«Durante seis años trabaja a la sombra de los tapetes verdes, multiplicando sus intentos y conservándolos inéditos, pues no se atrevía a ganarse las iras de Flaubert, que le había prohibido publicar. En alguna ocasión solamente, dejaba imprimir algunos versos, ocultándose bajo el

pseudónimo de Guy de Valmont, en un pequeño periódico de teatro. Y sin embargo no sufría con esa larga espera a la que Flaubert le obligaba a languidecer. Daba muestras de una paciencia que no tendrían los principiantes de hoy en día, ávidos de dinero, impacientes por obtener renombre.

«Finalmente apareció *Bola de Sebo*. Era un relato de cincuenta páginas que formaba parte de una obra colectiva donde intervenían Zola, Céard, Hennique y Alexis, titulada *Las Veladas de Médan*. No se vio más que ese relato. Eclipsó a sus vecinos. Los críticos, tan duros en ese momento hacia Zola, lo elevaron a las nubes. Fue como la iluminación de un rayo de gloria. Un nuevo sol se levantaba. Flaubert entusiasmado escribía a la Señora de Maupassant:

« – El pequeño está lanzado. ¡Irá más lejos que nosotros!

«¿En qué fuente había obtenido el joven novelista el tema de su relato? Había conocido a la protagonista. Ustedes saben que Maupassant frecuentaba bastantes lugares de dudosa reputación; no desdeñaba la compañía de las mujeres fáciles; su juventud era muy disipada, como debía serlo su madurez. En el transcurso de sus merodeos por las viejas calles de Ruán[1], había encontrado a la pobre muchacha a la que pronto haría inmortal. Ella desapareció algunos años más tarde. Y la Sra. de Maupassant me contó su lamentable final.

«– La desdichada murió hace poco, en la indigencia. Fui informada demasiado tarde de su situación, sin que pudiese haberle prestado ayuda…

[1] Por otra parte, el Sr. Brisson ha escrito: «Guy marcha contra los prusianos… En el camino encuentra a la protagonista de *Bola de Sebo* y de *Señorita Fifi* » El Sr. Brisson considera una única persona a Bola de Sebo y a Rachel que es la heroína del relato *Señorita Fifi*. Ver más adelante mis notas al artículo del Sr. Brisson [A. L.]

GUY DE MAUPASSANT Y SU TEATRO

RECUERDOS PERSONALES

(Carta de un compañero de juventud y amigo, Sr. Robert Pinchon al Barón Albert Lumbroso, 12 de junio de 1903)

BIBLIOTECA MUNICIPAL DE RUÁN 12 de junio de 1903

Señor,

Ha debido usted recibir una fotografía del castillo de Miromesnil, donde nació Guy de Maupassant, y que está situado en el municipio de Tourville-sur-Arques, a 8 kilómetros de Dieppe, departamento del Sena Inferior.

Se han cometido muchos errores en los diccionarios biográficos acerca del lugar de nacimiento de Maupassant. Puede usted, con esta exacta información, contribuir a restablecer la verdad. Le prevengo también contra el error de las mismas obras en tanto lo consideran sobrino o ahijado de Flaubert. Es falto. Flaubert únicamente era amigo de sus padres, convirtiéndose posteriormente en su maestro.

Le envío en la presente una foto del monumento del parque Monceau que tomé el año pasado; adjunto también una foto de la casa de campo La Gillette que Guy hizo construir en Étretat y donde pasaba los veranos.

Nuestra amistad se remontaba a nuestra juventud, en la época de estudiantes en el Instituto de Rúan. Más tarde nos volvimos a encontrar en París, y en su hermoso relato *Mosca*, publicado en el volumen titulado *La belleza inutil*, en 1890, Maupassant narró un episodio de nuestras relaciones de entonces en una intimidad que él mismo definió así: «¡qué alegre aquella vida con los camaradas! Éramos cinco, una pandilla, hoy hombres serios.» Convertido en hombre serio, he conservado sin embargo el mejor recuerdo de ese tiempo feliz donde, en el grupo, yo tenía el apodo de La Tôque, mientras que Guy de Maupassant respondía al de Joseph Prunier[1].

Era la época en la que él se esmeraba en los estudios severamente dirigidos por Flaubert, en esa larga preparación en su carrera de literato que le permitió, desde su primera publicación, *Bola de sebo*, mostrar su talento ya maduro y su maestría.

Por aquel entonces componía sus poesías, reunidas más tarde en su volumen *Unos versos*, pero trabajaba sobre todo con sus miras puestas en el teatro. Este género lo cautivaba y ambos nos afanábamos en nuestros

[1] Este pasaje de la carta del Sr. Pinchon ofrece un gran interés a nuestros lectores revelando el pseudónimo de Guy de Maupassant, *Joseph Prunier*, bajo el cual publicó en 1875 su primer relato. [A. L.]

trabajos dramáticos, intentando representar las comedias en Étretat, en la villa de los Verguies, donde la Sra. de Maupassant, su madre, sabía ser tan agradablemente hospitalaria.

«Hará falta – me escribía un día desde Étretat – que las piezas tengan tres, cuatro o cinco personajes, no más, y tantos chascarrillos como sea posible».

Guy tenía su papelito entre los artistas de la compañía; pero si brillaba como actor, experimentaba como autor todos los avatares del principiante y me escribía en 1876: «En lo que a mí respecta, no me ocupo del teatro en este momento. Decididamente no vale la pena trabajar para los directores. Es verdad que encuentran nuestras piezas encantadoras, pero no las representan, y a mí, me gustaría más que las encontrasen malas y que las hiciesen representar. Es demasiado decir que Raymond Deslandés juzga mi *Ensayo* demasiado fino para el Vaudevil».

Al mismo tiempo estaba escribiendo un gran drama en verso, que ha permanecido inédito, cuya elaboración le producía muchos quebraderos de cabeza sin satisfacerle, pues me escribía en 1878 al respecto: «He perdido casi todo mi invierno corrigiendo mi drama que no me gusta». Y en esa carta jura que no volverá a escribir más teatro.

Ese juramento de autor decepcionado no lo hizo renunciar a la esperanza de ver representado su drama, que me encargó de presentar a Ballande, con el cual yo estaba relacionado. Éste encontró en el drama de Maupassant grandes cualidades; pero , pues siempre hay un pero en este tipo de asuntos, exigía una puesta en escena que los exiguos recursos de su teatro no le permitía arriesgar. *Que su amigo*, me dijo, *me entregue una obra que pueda representar sin gastos y la montaré de inmediato*.

Transmití la respuesta a Maupassant que se pudo a escribir *Historia de antaño*, comedia sencilla de dos personajes, en un decorado que no exige por mobiliario más que dos sofás y una chimenea, con un tronco como accesorio; creo incluso que se suprimió el tronco en la representación. Pues *Historia de antaño*, según la promesa de Ballande, fue representada sin demora, el 19 de febrero de 1870. De todos modos, no fue ese el debut de Guy como autor teatral. Algunos años antes, nosotros habíamos escrito

juntos, una obra sobre un tema en el que no insistiré»[1] puesto que me he convertido en un hombre serio, pero que, por su naturaleza, habría disuadido al mismísimo Antoine, si su teatro hubiese existido en esa época.

La habíamos representado con algunos amigos ante un ramillete de príncipes, se entiende ante príncipes de las letras por supuesto, Flaubert, Tourgueneff y otros; a pesar de ese íntimo éxito y el obtenido ante el verdadero público por su *Historia de antaño*, él renunció a escribir para el teatro. Su talento se había inclinado hacia otro género, y los relatos, tanto como las novelas en las que él se hizo una tan fulgurante y gran reputación, lo alejaron de sus primeras tentativas en el arte dramático.

Creo que después de esta evolución, habría regresado al teatro. Me hablaba algunas veces de ello como si se tratase de un proyecto lejano del que todavía no se sentía lo suficientemente preparado.

No se puede juzgarlo como actor dramático en función de las adaptaciones teatrales de algunos sus relatos, de las cuales la última, representada con la intención de honrar al escritor tan prematuramente fallecido, había sido relegada por él al olvido unos años atrás.

Tenía la intención de escribir más adelante piezas originales para los escenarios. Proyecto irrealizado y que siempre será el pesar de aquellos que contaban verlo aportar a la comedia las cualidades de observación y estilo que con tanta grandiosidad había afirmado en las novelas.

Pero lo que hacía mucho tiempo que le faltaba, y él se daba perfecta cuenta de ello, era frecuentar el teatro, sin lo cual no podía dominar la

---

[1] Tal vez se refiera a la obra de la que habla el *Illustré parisien* del 29 de febrero de 1903 en la siguiente reseña:

«El Sr. L. Le Poittevin, primo de Maupassant, acaba de hallar, en medio de viejos manuscritos inéditos, una obra en un acto de Guy de Maupassant. Esta pieza tiene por título: *La Casa turca en la hoja de Rosa*. El manuscrito está ilustrado con numerosos dibujos del pintor L…, su amigo. No está firmada, y por otra parte lo comprendemos, pues es de un picante que incluso haría enrojecer a un zapador. Fue representada en 1885, en casa de B…, y la mayoría de los aficionados que tenían los papeles de la *Casa Turca* todavía viven, las tres odaliscas eran representadas por tres medio-Castores que han provocado un gran alboroto en Étretat. Era Maupassant quién representaba el papel del propietario de la *Casa Turca*».

El pintor L… es probablemente el propio Louis Le Poittevin, designado gran pintor por el *Tout-Paris* de 1903. Su estudio está situado en París, calle Aumont-Thièville, nº 2.

experiencia escénica. Ahora bien, las salas de espectáculos le parecían incómodas, y le resultaba un suplicio pasar una velada en una de ellas.

…Un último vestigio de nuestros placeres de antaño me ha llegado en un cruel momento. El mismo día de la muerte de su hijo, la Señora de Maupassant, respondiendo al envío de mi drama *Juana de Arco*, me escribía desde Niza esta nota que no me llegó hasta mi regreso de la inhumación.

Quisiera expresarle, querido Señor, mi agradecimiento y mis más calurosas felicitaciones. He leído su drama con un vivo interés, y le agradezco en sumo grado que no me haya olvidado, y que me haya venido a buscar en el fondo de mi soledad, donde el recuerdo de días pasados no me abandona. Era una hermosa época aquella en la que se representaba la comedia en la casa de Étretat. Por desgracia, ¡qué lejos ha quedado! El estado de su pobre amigo no ha mejorado mucho, pero el calor intenso lo fatiga. No se ha perdido toda esperanza, y los doctores no pueden todavía pronunciarse en ningún sentido. Hay que esperar.

Reciba, querido Señor, mis mejores pensamientos.

LAURE DE MAUPASSANT

De ese modo la pobre madre ha podido conservar hasta el último día la esperanza en una curación con la que los demás no contábamos. Yo, al igual que ella, todavía conservo un culto piadoso por ese tiempo pasado en una dulce y profunda amistad….

Con mucho placer me uno a aquellos que rinden homenaje a la memoria de mi querido compañero de juventud; me haría muy feliz, Señor, conocer su opinión sobre su obra.

Reciba, Señor, mis respetuosos saludos.

R. PINCHON
Bibliotecario adjunto de la ciudad de Ruán.

LA INFANCIA Y LA JUVENTUD DE MAUPASSANT

POR

ADOLPHE BRISSON

(Versos inéditos de Guy de Maupassant. – Extractos del periódico “Le Temps” del 7 de diciembre de 1897))

Niza, noviembre [1897]

La Sra. de Maupassant me ha concedido el honor de recibirme. Yo he estado lo más sensible posible siendo conocedor de su gran sufrimiento desde unos meses atrás. Estaba dividido entre el deseo de conversar con ella de s u hijo y el temor de abusar de su complacencia. Resolví acortar mi visita para no cansarla con una larga entrevista. Fue con esas disposiciones como me dirigí hacia la villa Monge donde residía. La casa está situada en los barrios altos de Niza, a bastante distancia del mar[1]. La rodea un jardincillo donde crecen unas palmeras, unos naranjos y tupidos arbustos que protegen la intimidad de la residencia contra las miradas indiscretas. Desde el camino no se percibe más que el techo en terraza y sus paredes encaladas. Por otra parte, la mayoría de sus ventanas permanecen cerradas. De esa casa tan silenciosa sale una impresión de tristeza y aislamiento. Aquellos que la habitan están medio retirados del mundo.

Un ruído de pasos respondió a mi tirón de la campanilla. La mujer del servicio empujó ante mi la puerta de un pequeño salón decorado con tapicerías y telas orientales. Me incliné ante la Sra. de Maupassant. En la penumbra tuve dificultades para discernir los rasgos de su rostro que me parecían tener semejanza con los de George Sand; tenía la tez colorada; sus cabellos grises estaban recogidos con cintas según la moda de antaño. De pronto mostró una benevolencia que me afectó profundamente.

– Está usted viendo a una enferma que ya no tiene fuerzas. Pero es usted amigo de Guy – Sea bienvenido…

Se expresó en un tono de extrema franqueza, con voz cordial, donde resonaba como una lejana reminiscencia del acento normando. Aunque había fijado su residencia en el Midi, sin intenciones de regresar, aun conservaba la impronta de su provincia natal.

---

[1] La Sra. de Maupassant vivía largas temporadas en la "villa des Ravenelles", en el nº 140 de la calle de France, paralela al Paseo de los Ingleses que discurre a orillas del mar. Fue en esta modesta y graciosa casa donde conoció la terrible noticia de la muerte de su hijo. Un año después, aproximadamente, se trasladó a la villa Monge donde murió. [A. L.]

– Vivo aquí, me dijo, entre los recuerdos…

Y en efecto, las paredes estaban cubiertas de retratos: un dibujo a plumilla de Jeanniot, muy parecido al modelo, fotografías del escritor a todas las edades. Maupassant joven, con gran porte, cuello de toro y músculos hercúleos; luego la complexión se afina, la figura enflaquece, la mirada se vuelve febril. La enfermedad hizo sus estragos; la fatal crisis va a estallar…. Esta última imagen del escritor es de una extraña nobleza[1]. En una biblioteca, la madre colocó las reliquias de su hijo, los libros que su mano tocó, los mismos objetos que él tenía sobre su escritorio y finalmente sus propias obras encuadernadas en cuero. Me mostró todas esas cosas señalándolas con el dedo: «No puedo estar de pie durante mucho tiempo, mi pobre corazón me produce sofocos». Yo me deshacía todavía en excusas. Ella sonrió con inocente sonrisa, en donde toda alegría estaba ausente, y me indicó un asiento:

– Siéntese ahí, y hablemos de él…

***

Yo deseaba obtener de la Señora de Maupassant detalles sobre la infancia del escritor, sobre su desarrollo intelectual. Es de mucho interés conocer en que condiciones se ha formado el espíritu de los hombres célebres, y las primeras influencias a las que han estado sometidos.

– Al respecto puedo informarle que Guy fue educado a mi lado y que no me dejó hasta los trece años para entrar en el colegio.[2]

---

[1] El retrato de Maupassant que su madre quiso ofrecerme, fue hecho en 1891; está reproducido en volumen; es el último que se hizo de él. Es muy hermoso, muy fiel al modelo: El lector, sin duda juzgará, como nosotros, que el retrato no justifica lo que dice el Sr. Brisson: « la figura enflaquece, la mirada se vuelve febril… ». Es cierto que, algunos años atrás, Guy de Maupassant estaba dotado de una musculatura excepcional y que en los retratos de entonces la fuerza mitiga un poco la elegancia. [A. L.]

[2] El Sr. BALESTRE me escribió respecto a este tema, el 27 de agosto de 1901: «Hasta los trece años de edad, Guy fue educado solamente por su madre. No tuvo nunca otra maestra. Era buen latinista, pero no dominaba ninguna lengua moderna; hablaba corrientemente el patois normando y este conocimiento del lenguaje, realmente lo ayudó a penetrar en el alma de ese pueblo de pescadores y de aldeanos que le ha inspirado tantas bellas obras; una buena parte de su estudio del alma humana, la hizo sobre esos sencillos sujetos, donde los sentimientos no saben disfrazarse. Su madre le enseñaba a mirar. La naturaleza, como los hombres, se prestaba admirablemente a desarrollar la capacidad

Nació en el castillo de Miromesnil que no pertenecía a su familia, pero que la Sra. de Maupassant había alquilado. Después de sus partos, iba a instalarse en Étretat y fue en ese pueblo, tan mundano durante el verno, pero en cualquier otra estaci´n tan solitario, donde Guy pasó sus años de infancia. Hacía buenas migas con los pescadores, embarcándose en sus barcos, desafiando los temporales, escalando los acantilados, hinchando los pulmones inhalando las brisas salinas. Mediante estos ejercicios adquirió un vigor físico incomparable. Y sin duda los prefería a las lecciones de gramática y de aritmética que le eran impartidas por el cura de Étretat, ayudado por su excelente madre. «¡No imagina usted que buen chico era en esta época! Tenía aspecto de un pollo escapado». La Señora de Maupassant habría podido llevarle muy lejos en sus estudios. Ella había recibido una sólida cultura al lado de Gustave Flaubert que era su compañero de juegos y al que ella consideraba como su hermano. Amaba la literatura y procuraba que Guy experimentase también esa atracción. Lo arrancó de sus roquedales, de sus peces y lo envío a Yvetot, a una institución religiosa. Al principio se encontró allí muy desgraciado y se las ingenió para caer enfermo a fin de obtener permisos suplementarios. Apenas estaba de regreso en Étretat, recobraba de inmediato la salud. La estrategia fue descubierta. Entonces se consoló componiendo versos. Entre éstos había algunos a los que no le faltaban gracia y que traducían una sorprendente precocidad.

– Juzgo en su valor esas producciones de escolar, me dijo la Sra. de Maupassant. Y sin embargo le aseguro que en ellas hay cualidades de poeta. Mire, recuerdo una corta pieza titulada *La Vida*. ¿No le parece extraño que haya sido escrita por un chico de trece años?

La Sra. de Maupassant buscó en el fondo de su memoria y moduló los siguientes versos entonándolos con un énfasis religioso:

---

superior que él tenía para ver y sentir; los prados normandos, el mar, los acantilados creaban en su espíritu un fondo de percepciones que debería volver a recuperar más adelante; poco a poco, por así decirlo, la paleta se cargaba de los más ricos colores, y Flaubert, más tarde, debería enseñarle a utilizarlos. Normandía y su madre fueron sus primeros educadores; es a ellos a quién él podría decir:

Tu sei lo mio maestro e lo mio autore,
Tu sei solo coluí da cui io tolsi
Lo bello stile che m’a fatto onore»

[A.L.]

La vie est le sillon du vaisseau qui s'éloigne,
C'est l'éphémère fleur que croit sur la montagne,
C'est l'ombre de l'oiseau qui traverse l'éther,
C'est le cri du marin engluti par la mer…
La vie est un brouillard qui se change en lumière,
C'est l'unique moment donné pour la prière.

La vida es el surco de la nave que se aleja,
Es la efímera flor que crece en la montaña,
Es la sombra del pájaro que atraviesa el éter,
Es el grito del marino engullido por el mar…
La vida es una niebla que se transforma en luz,
Es el único momento propicio para la oración.

Es cierto que este fragmento revela, sino un genio original, una curiosa facilidad de asimilación. Guy acumuló montones de rimas que su madre descubrió en el fondo de un carjón y que ella conserva con celo exquisito. Despliega en esos trabajos los tesoreos de energía que no tenían la posibilidad de salir al exterior. Y eso fue para él una forma de evadirse, mediante la imaginación, de la vida monástica. Pero su reprimida turbulencia tendría terribles despertares. Un día, se divertía parodiando ante sus compañeros el curso del profesor de teología que les había descrito los tormentos del infierno; sus burlas excitaron su hilaridad. Y el superior, sabedor del escándalo, le anunció que sería expulsado de forma inmediata en caso de reincidir. El estudiante se regocijó secretamente con esa amenaza. Para acelerar los efectos dejó divulgar una epístola dedicada a su prima con una leve impronta de libertinaje…

– ¡Espere! ¡Si pudiese recordar también esa! Él enviaba a esta recién casada la expresión de sus lamentos enamorados.

Comment relégué loin du monde,
Privé de l'air, des champs, des bois,
Dans la tristesse que m'inonde
Faire entendre une douce voix?

Vous avez dit: « Chantez des fêtes
« Où les fleurs et les diamants
« S'enlacent sur de blondes têtes,
« Chantez le bonheur des amants. »

Mais dans le cloître solitaire
Où nous sommes ensevelis
Nous ne connaissons sur la terre
Que soutanes et que surplis...

Pauvres exilés que nous sommes
Il faut chanter des biens si doux

¿Cómo, relegado lejos del mundo,
Privado del aire, de los campos, de los bosques,
En la tristeza que me invade,
Poder escuchar una dulce voz?

Tú has dicho: « Disfrutad de las fiestas
« Donde las flores y los diamantes
« Se enlazan sobre rubias cabezas,
« Disfrutad de la alegría de los amantes. »

Pero en el solitario claustro
Donde estamos enterrados
No conocemos sobre la tierra
Más que sotanas y suplicios...

Pobres exiliados como estamos

Et du bonheur des autres homes
Ne jamais nous montrer jaloux!

Un poète est donc insensible?
Pour lui l'amour n'a point d'appas?
Non, voyez-vous, c'est impossible!
Oh! Ne vous imaginez pas

Que, dans le cloitre solitaire
Où nous sommes ensevelis,
Nous n'aspirons plus sur la terre
Qu'aux sutanes et qu'aux surplis!

Finissons, de peur de déplaire,
En vous parlant de mon malheur…
L'avenir que pour vous j'espère
Est plaisir, amour et bonheur.

Gardez bien, cette heureuse ivresse
Et cueillez les fleurs du chemin;
Mais parfois plaignez ma jeunesse
En vous disant que le chagrin

Reste en ce cloitre solitaire
Où nous sommes ensevelis,
Et que l'on n'y voit sur la terre
Que soutanes et que surplis.

Hay que cantar a los bienes dulces
Y de la alegría de los demás hombres
No mostrarnos nunca celosos!

¿Acaso un poeta es insensible?
¿Para él el amor no tiene pechos?
No, mira, ¡es imposible!
¡Oh! No te lo puedes imaginar

Que, en el claustro solitario
Donde estamos sepultados,
¡No aspiramos sobre la tierra
Más que sotanas y suplicios!

Acabemos, por temor a disgustar,
Hablando de mi desgracia…
El futuro que deseo para tí
Es placer, amor y alegría.

Conserva bien, esta feliz embriaguez
Y recoge las flores del camino;
Pero en ocasiones lamenta mi juventud
Diciéndote que el temor

Permanece en este claustro solitario
Donde estamos sepultados,
Y donde no se ve sobre la tierra
Más que sotanas y suplicios.

¡Esto era demasiado! El conserje del seminario se encargó de llevar a su hogar a la oveja descarriada. «Sin embargo el Señor Guy es una buena persona», declaró el buen hombre. La Sra. de Maupassant le hizo beber un vaso de sidra para agradecerle estas palabras. Luego ella regañó a su diablillo de hijo, después le abrió sus brazos. Guy se arrojó en ellos llorando por un ojo y riendo con el otro, feliz de haber reconquistado su libertad. Cuando sus efusiones finalizaron, su madre le dijo: «Ahora, muchachito, vas a irte internado al Instituto de Ruán». No se había liberado sino que cambiaba de prisión.

***

En Ruán, Guy fue un estudiante concienzudo. Louis Bouilhet, a quién la Sraña de Maupassant lo había recomendado, lo vigilaba cariñosamente.

Trata de no desviarlo de su vocación lírica, más bien al contrario se la alimenta; Boilhet le prodiga consejos basados en su larga experiencia y le enseña los secretos más sutiles de la versificación. Estas exhortaciones darán lugar a un copioso discurso en doscientos alejandrinos que Maupassant improvisará para la celebración de Saint-Charlemagne y que tuvo el honor de ser declamado a los postrees antes los profesores reunidos. El mismo año Maupassant afronta con éxito los exámenes de bachillerato. Louis Bouilhet tenía razones para estar orgulloso de ese discípulo que le parecía destinado a componer en el futuro una nueva *Conjuración de Amboise*. La guerra de 1870 los arranca de esas pacíficas ocupaciones. La ciudad fue invadida, Guy se enroló y marchó contra los prusianos. Durante la campaña recogió las impresiones a las que más tarde iba a sacar un maravilloso partido. En el camino encuentra a la heroína de Bola de sebo y Señorita Fifi que no eran más que la misma persona. La Sra. de Maupassant me contó su lamentable fin:

– La desdichada murió últimamente, sin recursos. Hay quién dice que se suicidó al no tener el valor para soportar la miseria. Yo he sido informada demasiado tarde de su situación, sin que pudiese haberla ayudado. Algunas personas me habrían censurado por entrometerme en la vida de una criatura de su especie. Pero habría cumplido con mi deber. En definitiva, esa muchacha tuvo en su vida una hora sublime. ¡Y mi hijo le debía algo!

¡Pobre Fifi! ¡Haber tenido tanta reputación, y apagarse oscuramente! ¡Qué mal recompensadas están esas cualidades tan francesas como el calor del alma y la alegría en la valentía! Los estúpidos burgueses a los que la infortunada muchacha había salvado, han medrado en las riquezas y ella ha rodado en el arroyo, sin que una mano caritativa la haya ayudado. ¡Qué desenlace, qué epílogo para la obra maestra de Maupassant! Esto prueba de que modo el arte de Maupassant está cercano a la vida, puesto que la vida se confunde con él y lo completa…[1]

***

[1] El Sr. Brisson considera a la *Señorita Fifi* y a *Bola de Sebo* como la misma persona; no puede ser más que un lapsus; Fifí es un oficial prusiano; si *Bola de sebo* reaparece bajo otro nombre en *Señorita Fifi*, ese no es otro que el de Rachel, la muchacha que mata a *Fifi*. El error es grave y ha contrariado profundamente a la Sra. de Maupassant. Ella me ha pedido que lo rectificara en mi obra. [A. L.]

Se ha restablecido la paz. El bachiller llega a París y, para aumentar sus recursos, acepta una plaza con 1500 francos de sueldo en el ministerio de la Marina. Llama a la puerta de Flaubert, que prometió a su querida Laure ser su mentor, y que acepta de buen grado esta labor, pues el adolescente lo ha conquistado por su sencillez y modestia. Guy se instala en su empleo; y utiliza los momentos de ocio que la administración le concede, en escribir sonetos. Los domingos somete al juicio de su gran amigo, las elucubraciones de la semana. Y el gran amigo se transforma en pedagogo…

Su humor era de los más serenos. Se divertía gastando bromas a sus colegas del ministerio y, para relajarse, se iba a hacer remo entro Chatou y Maison-Laffitte.

– No sé por qué se dice que mi hijo era pesimista. Se han obstinado a contemplarlo a través de sus obras, en algunas de las cuales, en efecto, se respira la tristeza y el disgusto por la humanidad. Pero hasta los últimos años de su vida, era el muchacho más alegre del mundo, expansivo, jovial, ardiente en la diversión. Su mejor amigo, su hermano en el remo, el Sr. Léon Fontaine, que tan devoto le fue, le dirá, como a mí, que no se podía entrever ningún síntoma de la catástrofe que obnubiló su razón. Él gozaba, en lo físico y en lo moral, de un admirable equilibrio. Y eso, mire usted, nunca se repetirá demasiado, en primer lugar en interés de la verdad, y luego para destruir una leyenda que podrá afectar a mi querida Simone, la sobrina de Guy, una radiante niña, el único consuelo que me queda en este mundo…

***

¿Cuándo comienza a alterarse la inteligencia de nuestro escritor? Dudo en comprometer a la Sra. de Maupassant en estas confidencias demasiado dolorosas. Pero ella se adelanta a nuestras preguntas; y aunque esos recuerdos la desgarran, los comenta sin restricciones procurando disipar cualquier equívoco.

– Le juro que Guy no ha padecido ningún trastorno antes de la enfermedad de su hermano Hervé. Hervé enfermó de una insolación que le produjo desórdenes cerebrales. Guy siguió los progresos de esta afección puramente accidental quedando muy impresionado cuando Hervé murió. Cayó en una sombría depresión. Se ha querido ver en *el Horla* como una primera manifestación de la locura. Eso es un error, *el Horla* no es más que una fantasía producto de una gran imaginación. Y Guy estaba

completamente sano cuando la escribió. Por el contrario, su volumen *Sobre el agua*, que siguió a la enfermedad de su hermano, deja traslucir una gran inquietud…

Una noche, la madre y el hijo cenaban juntos en su pequeña casa de Cannes[1], charlando apaciblemente. De repente, él se puso a pronunciar palabras incoherentes, y que su voluntad no parecía gobernar. La Sra. de Maupassant disimuló lo mejor que pudo, la mortal angustia que ella experimentaba. Pero Guy se había detenido bruscamente. Acaba de tomar consciencia de su estado. Se volvió muy pálido y subió a su habitación[2]. Algunas horas más tarde intentaba abrirse la garganta con una navaja. ¡Qué noche para ese hijo que no quería sobrevivir al naufragio de su razón que él adivinaba próximo, y para esta madre, agitada de presentimientos, y que esperaba, estremecida, el inevitable desenlace![3].

La Señora de Maupassant no pudo impedir sus lágrimas evocando estas trágicas escenas. Y ahora se desahogaba, y yo pude sentir que estaba experimentando como un dulce sopor hablando[4]. Las palabras se apresuran en sus labios, palabras infinitamente cariñosas y con las que yo me emociono. Ella me dijo lo que era su hijo, me habló de su generosidad, de su orgullo, de su bondad, de sus virtudes que los indiferentes ignoraban, pues tenía del pudor de no dejarlas mostrar. «Nos adorábamos. Tenía conmigo

---

[1] No es en Cannes donde tuvo lugar la última cena familiar, el 1 de enero de 1892, sino en Niza, en casa de la Sra. de Maupassant, en la Villa del Ravennelles, calle de France, 140. Cuando comprendió la espantosa verdad, Guy de Maupassant *no subió a su habitación*; llamó a su sirviente François, enviándole a buscar un coche y partió para ir a tomar el tren para Cannes. Fue en Cannes, en el chalet de l'Isère, donde comenzaría el drama nocturno. La Señora de Maupassant había quedado en su casa, en Niza, y si, en esa triste velada, ella experimentó las primeras angustias, el cuchillazo que ella ignoraba, que no supo hasta el día siguiente, ella no estaba allí.

Con estas excepciones, el Sr. Balestre, el fiel amigo de los Maupassant, manifestó que el artículo del Sr. Brisson era exacto, y que fue escrito a continuación de una conversión del autor con la Sra. de Maupassant, y que los errores no se explican para que por una distracción, un momento de despiste.

[2] Esto es inexacto. [A. L.]

[3] Igualmente inexacto. [A. L.]

[4] «La memoria de Guy de Maupassant es el único pensamiento de su madre y, cuando revive los lejanos días de felicidad, su corazón se distrae un momento del duelo sin igual que la atormenta», me escribió el doctor Balestre (27 de agosto de 1901) [A. L.]

exquisitas delicadezas». Se proponía visitar con Huysmans los museos de Holanda. Sabía que su madre estaba sola en Étretat atribulada por una pena y renunció a su viaje, pero le dejó creer que no hizo ese viaje por culpa de Huysmans, no queriendo dar la impresión de haberse privado de un placer y afligirla más con la idea de su sacrificio. «Podría citarle mil detalles parecidos». Guy vivía con su madre en una completa intimidad de corazón y espíritu. Ella se interesaba apasionadamente en sus trabajos. Le encontraba temas. La mayoría de sus historias normandas, que tienen tan fuerte sabor al terruño, le fueron sugeridas por ella. Eran anécdotas, historias que ella recogía y de las que retenía la sustancia. Él meditaba mucho tiempo sobre sus novelas y sus cuentos. Cuando tomaba la pluma, la obra estaba previamente acabada en su cerebro. Su producción parecía fácil, pero estaba precedida de una laboriosa preparación.

«Aun lo veo completamente feliz, frotándose las manos. – ¡Acabo de ganar 500 francos!»-

Había dedicado tres horas a escribir *Mosca*, uno de sus hermosos relatos. La había rumiado durante dos meses. Sus obras eran frutos que no se recogían del árbol hasta el momento de su completa maduración.

***

Pasaban las horas. En varias ocasiones quise hacer un respiro y la afectuosa insistencia de la Sra. de Maupassant me retuvo. Se iba animando a medida que hablaba; un rayo de juventud brillaba sobre su rostro. Esta conversación le hacía revivir los días lejanos en los que su querido hijo le proporcionaba tantas alegrías y tanta gloria.

– ¿Desea usted echar un vistazo a sus manuscritos?

Me llevó hasta un secreter de caoba y me colocó bajo los ojos unas páginas amarillentas. Eran cartas que nunca serían publicadas, cuadernos de poemas caligrafiados por una pluma infantil. No me atreví a leer las cartas, pero arrojé sobre los versos una mirada apresurada. Los recorrimos juntos. La Sra. de Maupassant los explicaba, los comentaba; cada pieza despertaba en su memoria una multitud de viejas impresiones que traducía con un intenso encanto. Había en sus palabras jovialidad, elocuencia, un bello humor que me mostraba lo que debió ser, antes de sus desgracias, la amistad de Bouilhet y de Flaubert. Al no poder hacer copias de esos fragmentos,

primeros trabajos de un talento que acababa de nacer, la Sra. de Maupassant, adivinando mi pensamiento, me los entregó diciendo:

– Llévese todo esto. Me los devolverá cuando haya acabado de hacer uso de ellos.

Y como se lo agradeciese efusivamente, ella, acompañándome al umbral del salón, añadió con buen humor:

– Sobre todo no tarde. ¡Soy muy vieja y estoy muy enferma! Y el médico me aseguró que pronto estaría liberada…

Al mismo tiempo que me confiaba los versos manuscritos de los que acabo de hablar, la Sra. de Maupassant me aconsejó que al llegar a París fuese a ver al Sr. Léon Fontaine, que fue el gran amigo de su hijo. Me apresuré a seguir esta amable sugerencia. El Sr. Léon Fontaine quiso hablarme de los papeles que Guy de Maupassant le remitió en diversas ocasiones y que constituyen para él el más precioso de los recuerdos. Son unas obras de juventud. El Sr. Léon Fontaine tenía entonces una relación muy íntima con el escritor que se ocupaba mucho menos de literatura que de remar. Ambos poseían en común *la Feuille a l'envers*, una embarcación en la que navegaban los domingos entre Mauison-Laffitte y Chatou. Guy de Maupassant se hacía llamar Joseph Prunier y Léon Fontaine tenía el coqueto nombre, y sin pretensión, de Petit-Bleu. Una amable persona, la Señorita Mosca, manejaba el timón; ella animaba con sus balbuceos a los marineros de la tripulación y se esforzaba en hacerlos felices a todos. Llegada la noche, se instalaban en un albergue ribereño. La comida era mediocre, las camas detestables, pero a los veinte años, la alegría y el placer sustituyen todos lo demás y no hay cena que parezca mala con tales aliños. El Sr. Léon Fonatine, que es hoy un formal oficial ministerial, no puede impedir sonreír evocando esas francachelas. Me hace un retrato que coincide de un modo absoluto con las indicaciones que la Sra. de Maupassant me había dado:

«Aquellos que no han conocido a Guy más que al final de su vida, no tienen ni idea del fondo de su carácter y de su temperamento. Su humor se había ensombrecido. Se había dejado tomar por los mundanos donde no desfrutaba de auténticas diversiones, pero cuyos homenajes le agradaban. Desde 1871 hasta 1880, era el más alegre y el mejor muchacho. Tenía la despreocupación y la turbulencia de un niño: le gustaban las bromas pesadas, los ejercicios violentos donde desplegaba su fuerza física. Con él no se tenía la sensación de estar ante un hombre de letras que no se rige más

que por los nervios y el cerebro. Al menos yo no tuve esa impresión hasta mucho más tarde, cuando comenzó a ser famoso ».

El Sr. Fontaine me ha citado una infinidad de rasgos que completan la fisionomía del autor de *Bel-Ami*, como está permitido concebirlo en esa época. Odiaba las discusiones de estética y salvo sobre poesía, donde se extendía de mejor grado, nunca se sorprendían en Maupassant esos accesos de impaciencia mediante los cuales se manifiesta ese tormento del escritor en busca de desarrollos o ideas. Sin embargo un trabajo interior se producía en él, pero se hubiese dicho que se llevaba a cabo a sus espaldas, como por el sordo empuje de un oscuro instinto. Había conservado una especie de salvajismo que provenía quizás de su primera educación y de la libre existencia que había llevado entre los pescadores de Étretat. Adoraba la naturaleza, pero deseaba que fuese un poco virgen. Huía de los lugares demasiado civilizados. Mientras que algunos de sus compañeros frecuentaban el restaurante Fournaise, cerca de Croissy, él iba a acampar con Petit-Bleu en un cabaret aislado en Sartrouville, considerando que ese lugar, menos «elegante» que la isla de la Grenouillère le producía una mayor ilusión de existencia campestre. Fue allí, sobre una tosca mesa de cocina, donde escribió sus últimos versos y sus primeras páginas en prosa. El Sr. Léon Fontaine ha conservado religiosamente los trabajos, los borradores que Petit-Bleu recogió antaño en el cuartucho de Sartrouville y otros manuscritos que Maupassant había sometido a su opinión, dos piezas de teatro inéditas, *la Petición*, comedia en un acto, *la Condesa de Béthume*, drama en tres actos, que no son más que informes elucubraciones de estudiante, y una antología que el joven poeta pensaba publicar, un cuaderno completo, copiado de su mano y conteniendo una selección de las poesías que compuso durante su infancia y su adolescencia, desde 1863 hasta 1873. Esos fragmentos fueron elegidos entre aquellos que él pensaba que eran los mejores. Uniéndolos a los trabajos que la Sra. de Maupassant tuvo la gentileza de entregarme, tengo bajo los ojos un cuadro bastante exacto de la labor realizada por el escritor durante sus inicios. Tratemos de extraer de estos documentos algunas aclaraciones sobre sus sucesivos estados anímicos y la formación de su genio.

Sobre la portada del cuaderno se lee «Versos» sin más indicaciones: está constituido por hojas grandes cosidas juntas; en cada página hay

anotaciones a lápiz, epítetos tachados, signos de interrogación rabiosamente escritos en los márgenes. Esas correcciones son debidas, con toda seguridad, a Gustave Flaubert, que revisaba con severo ojo los trabajos de su alumno y no seguía sus consejos. Bajo la cubierta, y a manera de preámbulo, están dispuestos seis alejandrinos:

Je laisse *s'ecouler* ma pensée ingénue: Telle qu'elle me vient je *l'écris* tute nue, Elle est naive et simple ainsi qu'un front sans fard Et les cheveux aux vents elle *vole* au hasard Après un moucheron, un sourire, un nuage, Un baiser suffirait pour la rendre sauvage.	Dejo *correr* mi ingenuo pensamiento: Tal como me viene lo *escribo* desnudo, Es inocente y simple al igual que un rostro sin maquillaje Y como cabellos al viento *vuela* al azar Tras un moscón, una sonrisa, una nube, Un beso bastaría para volverlo salvaje.

Las palabras en itálica están subrayadas. Gustave Flaubert no habría dejado de hacer observar a Maupassant que un mismo pensamiento no puede, al mismo tiempo, correr y volar como cabellos al viento, y sin duda le habría reprochado, con su habitual vehemencia, la incoherencia de esta imagen. Las piezas que siguen son aquellas que se remontan a fechas más lejanas, pues en el cuaderno, el orden cronológico está bastante fielmente respetado. Todos los versos compuestos por Maupassant, entre los 13 y 17 años, tiene el mismo tono. Respiran un ingenuo amor por el país natal y las bellezas por las cuales su corazón ha sido tocado. Pero el niño no exalta esas bellezas en el momento en el que puede gozar de ellas; se vuelca con ellas cuando las ha perdido, cuando ha pasado del vagabundeo de Étretat a la cautividad del colegio de Yvetot. Encerrado en la fúnebre sala de estudios, aspira las delicias que le son conocidas. Se emociona y por primera vez canta:

Oui certes le pays est un bien doux remède, On n'entend plus parler des calculs d'Archiméde, On y met de côte Virgilie et Cicéron On passe tout le jour couché sur le gazon. On boit, on mange, on dort, sans souci, sans tristesse, On a le coeur rempli de joie et d'allegresse. Faut-il beau? – Tout de suit on va se	Sí, desde luego el país es un dulce remedio, No se oye hablar de los cálculos de Arquímedes, Allí se deja a un lado a Virgilio y Cicerón. Se pasa todo el día acostado sobre el césped. Se bebe, se come, se duerme, sin preocupación, sin tristeza, Se tiene el corazón henchido de goce y

promener.
Avez-vous fair? – Eh! Bien vous allez déjeuner
Et quoi plaisir de voir dans les belles campagnes
Les épis déjà mûres et du haut. des montagnes
De suivre un frêle esquif qui glisse sur les eaux.

alegría.
¿Hace buen tiempo? – Enseguida se va de paseo.
¿Tienes hambre? – Bien, vas a almorzar
Y que placer ver en los hermosos campos
Las espigas ya maduras y desde lo alto de las montañas
Seguir un frágil esquife que se desliza sobre las aguas.

Se encuentra en esta pueril efusión la perfecta explicación del pequeño «pollo escapado» que el cariño maternal de la Sra. de Maupassant me describía el otro día. El pollo se aburre; tiene nostalgia de los manzanos floridos. Y cuando va el jueves a pasear con sus compañeros por los alrededores de Yvetot, su tristeza aumenta. Trae de esas excursiones un sentimiento más agudo de su miseria. Y se dirige, como la Sra. Deshoulières, a los corderos, a los inocentes corderos que se ha encontrado:

Paissez, moutons, paissez sur les vertes prairies,
Suivez en bondissant les bords d'un clair ruisseau,
Broutez le vert gazon des campagnes fleuries
Et le bourgueon naissant du fragile arbrisseau.
Vour regardez ocurrir vos timides agneaux
Au milieu des bouquets tout remplis de verdure,
Vous êtes les enfants chéris de la nature,
Ses plaisirs sont pour vous toujours doux et nouveaux.

Pastad, corderos, pastad en las verdes praderas,
Seguid brincando en las orillas de un claro arroyo,
Comed el verde césped de los floridos campos
Y los brotes recién nacidos del frágil arbolillo.
Mirad correr a vuestros tímidos corderillos
En medio de los setos repletos de verdor,
Vosotros sois los queridos hijos de la naturaleza,
Sus placeres son para vosotros siempre dulces y nuevos.

Sin embargo Guy cumple 18 años. Los corderos no le inspiran más que indiferencia. Se interesa por otros aspectos de la naturaleza. El eterno femenino se ha apoderado de su imaginación. Rima todo el día utilizando madrigales, galanterías, declaraciones, una larga epístola a la Sra. X… que «lo encontraba salvaje». Se compara al salvaje Hippolyte quién despreciaba «el amor y sus cadenas»:

Tantôt debout sur un roc solitaire Il se penchait sur les flots écumeux Et sa pensée, abandonnant la terre Semblait percer les mystéres des cieux Tantôt courant sur la varre marine Et poursauivant les grands oiseaux de mer S'imaginant sentir dans sa poitrine La liberté pénétrer avec l'air	Tanto de pie sobre una roca solitaria Él se inclinaba sobre las olas espumosas Y su pensamiento, abandonando la tierra Parecía introducirse en los misterios celestes Tanto corriendo sobre el vasto mar Y persiguiendo los grandes pájaros marinos Imaginándose sentir en su pecho La libertad penetrar con el aire.

No tarda en enamorarse seriamente. En un fragmento fechacho en octubre de 1868, expresaa, en trazos ardientes, su éxtasis. Todos los colegiales que han experimentado las alteraciones del amor naciente se reconocerán en estos apasionados discursos:

Nadie puede contener esta inmensa felicidad,
¡Ella me ama y yo veo y sé que me ama!
¡Qué feliz ser amando por primera vez!
Sin embargo ella ha partido y no ha regresado.

Este último verso encierra una siniestra advertencia. En efecto, la infidelidad se aleja, ella consiente en conceder una suprema entrevista. Y Guy de Maupassant fija enseguida en una *Noche*, compuesta al estilo de Musset, la emoción de ese doloroso instante. Los amantes se pierden en el campo; miran las estrellas, escuchan los murmullos de la brisa, sus manos se entrelazan, sus ojos se llenan de lágrimas:

Tout vivait, dtout tremblait, tout parlait dans les bois Et le grillon sous l'herbe et la brise plaintive Et l'arbuste et le flot que caresse la rive Et tous ces bruits divers ne formaient qu'une voix. Tous deux nous écoutions y nous versions des larmes, Quand on va se quitter l'amour à tant de charmes. Mais de cette belle soirée Et de ma maitresse adorée Que restait-il le lendemain?	Todo vivía, todo se estremeciá, todo hablaba en los bosques Y el grillo bajo la hierba y la brisa lastimera Y el arbusto y la ola que acaricia la orilla Y todos esos diversos ruídos no formaban más que una voz- Ambos nos escuchamos y derramamos lágrimas, Cuando se va a abandonar el amor en tantos hechizos. Pero de esta bella velada Y de mi amante adorada ¿Qué quedaba al día siguiente? Solo el pastor tempranero

Seul le pâtre du grand matin En conduisant au páturage Son grand troupeau, vit sur l'herbage Les quelques gouttes de nos pleurs Seules marques de nos douleurs Mais il les prit pour la rosée «L'herbe n'est pas encor séchée». Se dit-il en pressant le pas, Hélas il ne soupçonna pas Que de chagrins et de misères Cachait cette eau sur les bruyeres Et ses brebis que le suivaient Broutaient les herbes et buvaient Nos pleurs sans arrêter leur course, Mais rien n'en a tari la source.	Conduciendo al pasto Su gran rebaño, ve sobre la hierba Algunas gotas de nuestros llantos Únicas marcas de nuestros dolores Pero él los confunde con el rocío «La hierba no ha secado todavía» Se dice a si mismo apresurando el paso, Por desgracia no sospecha Cuantas penas y miserias Escondía esa agua sobre los brezales Y sus ovejas que lo seguían Comían las hierbas y bebían Nuestras lágrimas sin detener su curso, Pero nada agotaba la fuente.

Estos cándidos versos no están desprovistos de encanto. Resultan graciosos por su ingenuidad. Escribiéndolos, Maupassant se creía el más desgraciado de los retóricos. Se consuela – ningún dolor es eterno – abalanzándose con la pluma en la mano sobre innumerables temas. Cualquier materia es poesía. Envía a sus amigos de París unas narraciones descriptivas; esboza una disertación sobre la existencia de Dios que es inscrita en el cuaderno de honor del Instituto de Ruán y que contiene unos párrafos animados de un poderoso empuje. En modo menos severo, improvisa en algunas horas para el banquete de Saint-Charlemagne una especie de relato rayano en lo grotesco que su longitud no me permite reproducir y que no está ausente de encanto, aunque la prosa sea demasiado afectada. Guy de Maupassant se reparte entra la bufonería y la elegía. Todavía no tiene la delicadez de pensamiento y expresión. Una única pieza escrita a los diecinueve años se destaca sobre este conjunto; flotan allí como vagas reminiscencias; está provista de una acariciadora dulzura que hace pensar en la discreta sensibilidad de Sully Prudhomme. Vale la pena reproducir aquí:

JUVENTUD

Libre et levant le front, l'orgueilleuse jeunesse Sent l'avenir entier qui germe dans son	Libre y con la frente bien alta, la orgullosa juventud Siente todo el futuro que germina en su

coeur
Elle connait sa force et dans ses jours d'ivresse
Regarde le ciel meme avec un ris moqueur.
Il es pourtant des jours où l'avenir est sombre,
Oú l'on pleura, où l'on doute, où l'homme le plus fort
Voyant tout son espoir s'enfuir ainsi qu'une ombre
Sent passer sur son coeur comme un soufflé de mort,
Quand soudain agonise en nous la confiance
Nous cherchons éperdus quelques régards emus
Un coeur qui nous soutienne en notre défaillance
Devant qui notre orgueil tombe et reste soumis.
La pitié d'un ami nous irrite et nous blesse,
Il frappe pour guérir; l¡homme est toujours brutal
Il faut la main légére et douce, sans faiblesse
Qui jusq'a la racine, aille chercher le mal;
L'amitié d'une mère est trop haute et trop Sainte
On garde son amour pour les plus grands malheurs
Il faut le médecin auquel on dit sans crainte
La sec´rete blessure où germent «nos doleurs».
Heureux, heureux celui qui peut verser son âme
Ses inspirations, esprits, rêves joyeux,
Chagrins et pleurs enfin dans le sein d'une femme
Fleuve où l'on boit des maux l'oubli mystérieux.

corazón
Ella conoce su fuerza y en sus días de embriaguez
Mira el cielo incluso con un rictus burlón.
Sin embargo es en los días en los que el porvenir es sombrío,
Donde se llora, donde se duda, donde el hombre más fuerte,
Viendo todo su espíritu escaparse como una sombra,
Siente pasar sobre su corazón como un soplido de muerte,
Cuando de pronto agoniza en nosotros la confianza
Buscamos perdidos algunas miradas emocionadas
Un corazón que nos apoye en nuestro desfallecimiento
Antes de que nuestro orgullo caiga y quede sometido.
La piedad de un amigo nos irrita y nos hiere,
Golpea para curar, el hombre es siempre brutal
Se necesita la mano ligera y suave, sin debilidad
Que hasta la raíz, vaya a buscar el mal;
La amistad de una madre es demasiada elevada y demasiado santa
Se conserva su amor para las mayores desgracias
Se necesita el médico al que se cuenta sin temor
La secreta herida donde germinan nuestros dolores.
Feliz, feliz aquel que puede derramar su alma
Sus inspiraciones, espíritus, sueños alegres,
Temores y finalmente llantos en el pecho de una mujer
Río donde se beben los males del misterioso olvido.

Desconozco si aquella a quién fueron dirigidos estos versos se emocionó y si consintió en vendar la herida del poeta. Maupassant no ignoraba que la melancolía tenía mucho éxito entre las mujeres, aunque él utilizase otros medios para seducirlas.

Después de la guerra, habiendo conseguido un empleo en el ministerio de la Marina, fijó su residencia en París. Llegamos aquí a la evolución definitiva de sus ideas y de su talento. Traía de su provincia, al igual que la mayoría de los jóvenes que buscan su fortuna en las letras, una bolsa repleta de poemas; acariciaba el sueño de conseguir la admiración del Sr. Lemerre, editor del Parnaso. Felizmente encuentra en el camino la solicitud de Flaubert; el rudo profesor lo arranca de la contemplación de las estrellas, le pone los pies en la tierra; penetra en la vocación de ese muchacho normando que no estaba hecho para suspirar romances; lo alimenta con sus teorías, lo que era un medio más eficaz; actúa sobre él mediante el ejemplo, le comunica sus escrúpulos y le enseña el arte de observar la vida y de fijar los matices. Maupassant debía unir a esas cualidades adquiridas este don, que le pertenecerá en propiedad, de provocar la emoción mediante la única pintura de las cosas reales impregnándolas de un estremecimiento de humanidad. Si se echa un vistazo sobre los versos que produjo en este periodo se puede seguir, por así decirlo, paso a paso su transformación intelectual. Renuncia a las baratijas, a las bagatelas con las que se divertía en su adolescencia; se dirige hacia el realismo, pero pasa por una fase intermedia que es la ironía altiva y el desprecio. Este soneto de 1872 es un modelo bastante logrado de ese género declamatorio:

Quand on a contemplé l'insensible splendeur
Des asters ceintillent dans la nuit infinie,
Quand on a su combine peut tenir de malheur
Du jour de la naissance au jour de l'agonie,
Quand on n'a pas trouvé le Dieu consolateur
Que la tendresse appelle et que la raison nie,
Quand on a reconnu le néant du génie,
Le néant de l'amour, ce mensonge enchanteur,
Quand on n'attend plus rien que la terre profonde,
Quand on a pénétré les coulisses du monde

Cuando se ha contemplado el insensible esplendor
De los astros centelleando en la noche infinita,
Cuando se ha sabido cuanto puede haber de infelicidad
Desde el día del nacimiento hasta el día de la agonía,
Cuando no se ha encontrado al Dios consolador
Que la ternura llama y que la razón niega,
Cuando se ha reconocido la nada del genio,
La nada del amor, esa mentira encantadora,

Et vu le carton peint de ses illusions
Quand ce dégoût vous prend, qu'on appelle le doute
On se couche épaise sur le bord de la route,
«Passez votre chemin, les joyeux compagnons»

Cuando no se espera nada más que la tierra profunda,
Cuando se ha penetrado en los entresijos del mundo
Y visto la postal pintada de sus ilusiones
Cuando os acosa ese pesar que se llama duda
Uno se tumba a sus anchas al borde de la ruta,
«Andad vuestro camino, alegres compañeros»

Pronto se desplaza del pesar a la invectiva, busca el vigor y alcanza la violencia. Se ensaña con París, con las infamias que allí descubre. Ataca el vicio que reina impunemente. Es muy virtuoso, al menos en la intención, pues sus pinturas son inmodestas. Incluso en algunos momentos resultan aterradoras:

ALGO VISTO AYER NOCHE EN LA CALLE

Sa joue etait glouante et suait sous le fard,
Son oeil glauque s'ouvrait estupide et sans regard,
Sa mamelle bailait et tombais sur son ventre,
Sa ,machôire édentée et noire comme un antre
Hideuse s'entr'ouvrait, foyer d'infections
Qui vous sautaient au nez avec chaque parole,
On sentait clapoter sous la chair flasque et molle
Le liquide visqueux des putréfactions.

Su mejilla era pegajosa y sudaba bajo el maquillaje,
Su ojo glauco se abría estúpido y sin mirada,
Sus pechos oscilaban y caían sobre su vientre,
Su mandíbula desdentada y negra como un antro
Odioso se entreabría, hogar de infecciones
Que os saltaban a la nariz con cada palabra,
Se sentía chapotear bajo la carne flácida y blanda
El viscoso líquido de las putrefacciones.

Algunas veces encuentra en esta nota unos versod de un soberbio arrebato. Aquellos iguales, si no los superan, por la plenitud de la energía, los poemas satíricos de Auguste Barbier:

A l'heure où l'ombre vient et couvre la cité
On voit grouiller l'essaim des femmes demi-nues,
Légion de vermines, on ne sait d'où venues,
Flot abject et rampant par la nuit apporté.
Null oeil vivant n'en peut compter la multitude,

Cuando las sombras vienen y cubren la ciudad
Se ve hormiguear al enjambre de mujeres semi desnudas,
Chusma, no sé sabe de donde venida,
Ola abyecta y rastrera por la noche traída.
Ningún ojo vivo puede contar la multitud,

Leur nombre va croissant sur le trottoir obscure, C'est le vieux Paris, ainsi qu'un fruit trop mûr, C'est le ver qui s'attache à toute pourriture, Car la jeunesse est morte et leur sert de pâture	Su número va creciendo sobre la oscura acera, Es el viejo París, al igual que un fruto demasiado maduro, Es el gusano que se aferra a toda podredumbre, Pues la juventud está muerta y les sirve de alimento.

Finalmente, después de estas indecisiones, Guy de Maupassant llega a encontrar su equilibrio. Ya no es tan aburrido, ya no es tan bufón, ya no es tan brutal, es menos amargo. Se limita a exponer lo que percibe a su alrededor y lo que siente él mismo. Una ironía tranquila y un poco triste emana de lo que escribe. Eso es cómico y eso no incita a reir pues esconde el abismo de las mediocridades y de las miserias humanas. El cuaderno del Sr. Léon Fontaine se termina mediante un fragmento que sería exquisito si se pudiese reducir unos tres cuartos. Maupassant cuenta en él, lisa y llanamente, su última sesión de remo:

Des larmes de la nuit la plaine était humide Une brume légére au loin flottait encor Les gais oiseaux chantaient. Et le beau soleil d'or Jetait son étincelle a l'eau fraîche et limpide. Oh! Quand la séve monte et que le bois verdit Quand de tous les côtés la grande vie éclate Quand au soleil levant tout chante et resplendit, L'esprit ouvre son aile et le coeur se dilate, Aussi notre héros fut-il très étonné. De se sentir bientôt moins triste qu'a la ville, Le regard plus serein et l'âme plus tranquille, Quand au courant du fleuve il se vit entrainé Le canot lentement allait à la derive, Un vent léger faisait murmurer les roseaux, Peuple frêle et charmant qui grandit sur la	La llanura estaba húmeda de las lágrimas de la noche Una ligera bruma flotaba todavía a lo lejos Los alegres pájaros cantaban. Y el buen sol dorado Arrojaba su reflejo en el agua fresca y límpida. ¡Oh! Cuando la sabía sube y el bosque enverdece Cuando la vida estalla por todos lados Cuando al amanecer todo canta y resplandece, El espíritu abre sus alas y el corazón se ensancha, También nuestro héroe quedó sorprendido Sintiéndose de pronto menos triste que en la ciudad, La mirada más serena y el alma más tranquila, Cuando se vio arrastrado por la corriente del río La embarcación iba lentamente a la deriva,

rive Et que puise son âme au sein calme des eaux.	Un ligero viento hacía murmurar a los rosales, Población frágil y encantadora que crece en la orilla Y que empuja su alma al seno calmo de las aguas.

La yola del poeta se cruza con otra embarcación. En la popa advierte a una mujer en quién reconoce, para gran sorpresa suya, a una casta muchacha que tenía la costumbre de encontrar por las mañanas, cuando se dirigía a su oficina. Esta virgen no era más que una remera. Él se lanza a su persecución. La alcanza. Desembarcan en el mismo baile al aire libre. ¿Qué os podría decir? Se adivina el desenlace:

Poète au coeur naïf, il cherchait une perle, Trouvant un bijou faux, il le prit et fit bien. J'approuve, quant à moi, ce dicton très ancien «Quand on n'a pas de grive, il faut manger un merle».	Poeta de corazón ingenuo, buscaba una perla, Encontrando una joya falsa, la tomó e hizo bien. En cuanto a mí, aprueba ese refrán tan antiguo «Cuando no hay tordos, hay que comer mirlos»

Estamos en 1875. Guy de Maupassant es introducido por su maestro en un círculo de escritores ya eminentes o llamados a serlo. Émile Zola, Alphonse Daudet lo acogen. Él es compañero de Huysmans, de Léon Hennique, de Henry Céard. Se ve transportado por la emulación y la ambición. Se vuelca en la prosa que se convierte entre sus dedos en una herramienta incomparable. Abandonando las musas, dice adiós a su juventud. La gloria le trae su típico tributo de preocupaciones. Guy de Maupassant dejó de ser feliz, el día en el que se convirtió en un auténtico hombre de letras. Y por eso es por lo que yo he experimentado una profunda satisfacción al registrar esos cuadernos amarillentos donde se plasmaba en olorosos legajos, la despreocupación de sus primeros años.

GUY DE MAUPASSANT

POR

G. PELLISSIER

De todos nuestros novelistas, tal vez uno solo merezca el calificativo de naturalista: Maupassant[1]. Aunque al principio Maupassant se haya visto sometido a la influencia de Émile Zola, su verdadero maestro fue Gustave Flaubert. Ahora bien, Flaubert es incuestionablemente un imitador de la naturaleza mucho más fiel que el Sr. Zola.

… Pero Flaubert sin embargo no era un auténtico naturalista… No pudo superar la barrera del romanticismo… En Guy de Maupassant no existe en absoluto ningún rasgo de romanticismo. Completamente naturalista, no ha hecho otra cosa, por así decirlo, que observar la naturaleza. El mismo se describe en uno de sus personajes, el novelista La Marthe, «provisto de un ojo que registraba las imágenes, las actitudes y los gestos con la precisión de una cámara fotográfica»[2].

Tal vez Maupassant sea, por su arte de componer, menos naturalista que algunos otros novelistas contemporáneos, especialmente como los Goncourt, si bien lo que sus libros tienen de discontinuo o incluso de incoherente nos da más la impresión de la realidad, fértil en accidentes y en caprichos. Pero distingamos al menos entre sus novelas y sus cuentos.

La unidad de sus novelas no es limitada; no se impone la lógica y la simetría que caracterizan las de Flaubert y las de Émile Zola; en ocasiones se aprecia en el desarrollo una facilidad lasa. Y si sus cuentos, por otra parte, están en general mejor ordenados, su corta extensión, la sencillez de su «fábula», el pequeño número de personajes, comportan, a decir verdad, o incluso ordenan esa cohesión y ese contenido. Por lo demás hay, como dicen las naturalistas, *rebanadas* de vida humana; hay tales «trozos» que, separándose de las cosas contiguas, forman cuerpo aparte, tiene su propia y distinta unidad. Lo que se alaba en Guy de Maupassant como arte de composición, bien podría no ser más que un don innato de reconocer esos trozos, en los que la naturaleza ha fijado un cuadro preciso. Y, de este modo, él compondría una obra de naturalista.

---

[1] Señor, estoy muy honrado con la petición que usted me hace para reproducir las páginas de mi último libro (*El movimiento literario contemporáneo*, Paris, Librt. Hachette, 1901) sobre Guy de Maupassant, y le concedo con mucho gusto la autorización para ello. Quisiera, etc.

Paris, calle de la Asunción, nº 75. 9 de julio de 1901.
GEORGES PELLISSIER.

[2] *Nuestro corazón*, por GUY DE MAUPASSANT.

Maupassant cumple mejor que ningún otro de sus contemporáneos todas las condiciones del naturalismo… El punto de filosofía. O, por decirlo de otro modo, su filosofía puramente natural, no se preocupa más de lo que trasciende al mundo sensible. ¿Para qué pensar? El pensamiento del hombre «revolotea como una mosca en una botella»; no constatando más que fenómenos, tal vez ilusorios, y de los cuales se nos escapa su razón de ser, nos es imposible saber nada, explicar nada. Ese nihilismo intelectual no inquieta a Maupassant, que pretende disfruta de lo mejor del mundo. Si su obra, haciendo surgir ante nuestros ojos la bestialidad primitiva del hombre, puede provocarnos una impresión de tristeza, en absoluto hay tristeza en él…

Ninguna preocupación por la moralidad. Ni moralidad social, ni individual… él considera evidentemente la moral como inventada por unos espíritus timoratos que tenía pervertida a una civilización corrupta. A la moral opone la naturaleza…

El amor, tal como lo representa, es el instinto del sexo. Él mismo, tras haber tanteado a las mundanas, regresa de inmediato hacia las criadas, que no hacen tantos melindres. Nada de perverso en sus pinturas amorosas. Pinta el amor como lo siente, desprovisto de toda exaltación ficticia, reducido a una necesidad natural.

… El arte parece dejar insensible a Maupassant. Al menos sabemos que jamás consentía en hablar de literatura, que rehuía toda entrevista sobre sus libros o sobre los de los demás, que quedaba obstinadamente fuera de las discusiones estéticas. Una única vez, en *Pierre y Jean*, se decidió a escribir una especie de manifiesto[1]. En primer lugar podemos observar en ese estudio cuanto despreciaba a la crítica; y también vemos como su doctrina literaria consiste en proscribir cualquier tipo de teoría. Maupassant pretendía no escribir más que para vivir.

… Como los demás naturalistas, Maupassant pinta siempre lo que ha visto. Primero su Normandía natal; a continuación París y el mundo de los empleados del ministerio, el de la literatura y de los periódicos, el de la galantería; luego, por fin, la alta sociedad; a intervalos, lo que pudo observar en algunas veraneos, en sus viajes por Argelia e Italia… No inventa casi

[1] También tenemos el estudio sobre la novela en el siglo XIX, en la Revista de la Exposición Universal de 1889, número de noviembre. [A. L.]

nada, no hace más que traducir. Sabemos el verdadero nombre de los personajes que él nos presenta, en que lugar ha ocurrido tal historia que nos cuenta… Pasivo y neutral, Maupassant *representa* las cosas vistas con perfecta exactitud.

… Es absolutamente impersonal… Ningún otro sentimiento hay en él que el placer de hacer revivir los seres que pasan en el campo de su visión. Los retrata, exento de amor y de odio, con una fidelidad completamente objetiva, sin que sus penas o sus alegrías lo emocionen, sin que ninguna trivialidad lo desmoralice, sin que ninguna felonía lo indigne.

… El estilo de Maupassant es la perfección misma. Pero esta perfección no tiene nada de natural y fácil… Ninguna huella hay en él de lo que se llama la escritura artística… Nada raro, nada exquisito, nada de «particular»–… No solo decimos que es claro; es transparente.

Algunos años antes de su muerte, una enfermedad le perturbó primero la razón y, pronto, se la hizo perder. Acabamos de pintar un hombre sano y robusto. Para ser naturalista, hay que tener todos los órganos en buen estado. Desde que Maupassant sintió los alcances del mal que debía llevárselo, su naturalismo se alteró. Y se conoció entonces a un Maupassant que ya no era el mismo, el de las últimas novelas, un Maupassant tierno, triste, accesible a las inquietudes del pensamiento, incluso a las preocupaciones morales. Pero aunque sus novelas tengan por si mismas mucho valor, es mediante sus cuento como él pasará a la historia. Ahora bien, su originalidad consiste sobre todo en la exactitud con la que ellos imitan la naturaleza. Tal es el rasgo esencial de Maupassant. E incluso, su visión de las formas es tan exacta que suple la facultad de análisis psicológico. La vida íntima se manifiesta por signos externos; esos signos – los gestos, los juegos de fisionomías, las palabras – los destaca con maestría. Desde luego, Maupassant no es lo que se denomina un psicólogo. Pero, si admitimos con él que «el aparato físico contiene toda la naturalezas moral» no nos queda más que admirar su extraordinaria aptitud para expresar el interior mediante el exterior.[1]

[1] Op. cit. p. 18.

GUY DE MAUPASSANT

(Notas extraídas del Diario de los Goncourt, t. VI-IX, 1880-1895).

Diario de los Goncourt, t. VI. 1878-1884[1].

Domingo de Pascua, 28 de marzo de 1880: «Daudet, Zola, Charpentier y yo partimos para ir a cenar y pasar la noche en casa de Flaubert, en Croisset.

«Maupassant viene a recogernos a la estación de Ruán en coche, y henos aquí, siendo recibidos por Flaubert… La velada discurre contando historias groseras que hacen estallar a Flaubert en esas carcajadas que tienen el gorgoteo sonoro de las risas de la infancia ».

Sábado 9 de abril de 1881: «Hoy, a la salida de la sesión para la inauguración del monumento a Flaubert, voy a cenar con Tourguéneff y Maupassant en casa de una vieja amiga de Flaubert, la hermosa Sra. Brainne. Tras la cena, se charla del amor, y del particular gusto de las mujeres en el amor».

Viernes, 17 de febrero de 1882: «¡Ah! la sucia hipocresía de algunos críticos. ¿Uno de esos críticos no decía a propósito de *La Faustina* que *los deberes de su oficio* lo habían obligado a leer las obras del Marqués de Sade? Y estos últimos días, Guy de Maupassant me contaba que ese mismo crítico le había rogado que solicitase para él, de Kistemaeckers y otros editores belgas, un envío de la serie de los libros obscenos, publicados al otro lado de la frontera».

Miércoles, 24 de diciembre de 1884: «Hoy, Maupassant, que ha venido a verme, a propósito del busto de Flaubert, me cuenta cosas típicas de la alta sociedad.

«En la actualidad, los jóvenes del mundo *chic* aprenden de un maestro de escritura *ad hoc*, la escritura del momento, una escritura despojada de toda personalidad y que parece una ristra de *m*. Otra elegancia: Como los Rotschild han puesto de moda todos los géneros de caza, y ya no hay más

[1] Los Goncourt han legado a la Biblioteca Nacional el conjunto de su correspondencia literaria desde 1851 a 1896 y el manuscrito de su diario, que está formado por sesenta legajos. Esos documentos no podrán ser divulgados al público, según el Sr. HENRI OUMONT miembro del Instituto, hasta el 16 de julio de 1916.

animales sobre la tierra que les interese cazar, ahora está de moda pasear por la mañana, con una piel de ciervo por el bosque y con unos perros con olfato particular, se caza toda la tarde este olor de animal ausente en una especie de persecución de una sombra. Y la Sra. Alph. de R., tirando muy bien, prepara por adelantado los obstáculos y riega la hierba, para que, en el caso en que la cazadora se caiga, ésta no se haga daño.

«Maupassant me confiesa que Cannes es un lugar maravilloso para documentarse sobre la vida elegante».

Diario de los Goncourt, t. VII, 1885-1888

Domingo, 15 de noviembre de 1885: «Gente, mucha gente en mi ático, Daudet, Maupassant, de Bonnières, Céard, Bonnetain, Robert Caze, Jules Vidal, Paul Alexis, Toudouze, Charpentier, etc., etc.».

Lunes, 3 de enero de 1887: «El 1 de enero apareció en el *Gil Blas* un artículo de Santillane en relación con la representación dada por mí en Porel, para completar la suscripción del monumento a Flaubert: artículo reprochándome la mendicidad del asunto, e incriminándome por no haber completado yo solo, los tres mil francos que faltan. Hoy, cual ha sido mi sorpresa, habiendo transcurrido un mes apenas, desde la amable carta que Maupassant me había dirigido tras el estreno de *Renée Mauperin*, al leer en el *Gil Blas* una carta de Maupassant donde apoya, con la autoridad de su nombre, el artículo de Santillane. Le envío de inmediato mi dimisión en la siguiente carta:

«3 de enero de 1887

«Mi querido Maupassant,

«Su carta, publicada en el *Gil Blas* de esta mañana, aportando la autoridad de su nombre al último artículo de Santillane, no me permite más que hacer una cosa, enviarle mi dimisión como Presidente y miembro de la Sociedad del monumento a Flaubert.

«Usted no ignora mi repulsión por las Sociedades y sus honores, y debe recordar que no he aceptado más que bajo su insistencia esta presidencia que tantos disgustos me ha dado…

«… Pongo a disposición de la Sociedad la suma de 500 francos con la cual yo había anunciado querer contribuir al monumento de Flaubert,

lamentando, mi querido Maupassant, que usted no me haya escrito directamente, encantado de haber sido relevado en estos delicados asuntos – donde no he sido más que el instrumento de voluntades y deseos que no siempre eran los míos – de toda iniciativa personal.

«Añada a todo esto, querido Maupassant, la certeza de mis afectuosos sentimientos.»

Miércoles, 2 de febrero de 1887: «Visita de Maupassant que me decide a reconsiderar mi dimisión como miembro de la Sociedad del monumento a Flaubert, por apatía, por cobardía de mi persona, y la irritación de dar a conocer al público este asunto. De cualquier modo es feo que él haya apoyado este artículo "¡sin haberlo leído!, me dice"».

Domingo, 27 de marzo de 1887: «A propósito de mi *Diario*, algunos se sorprenden que esta obra haya podido salir de un hombre considerado como un simple *gentleman*. ¿Y por qué a los ojos de algunas personas, Edmond de Goncourt es un gentleman, un aficionado, un aristócrata que hace juguetes con la literatura, y por qué Maupassant es un verdadero hombre de letras? ¿Por qué? Me gustaría mucho saberlo.»

Martes, 10 de enero de 1888: «En el prefacio de su nueva novela, Maupassant atacando la escritura artística, me ha aludido, sin nombrarme[1]. Ya, con respecto a la suscripción de Flaubert, lo había encontrado de una franqueza que dejaba mucho que desear. Hoy, me llega este ataque, al mismo tiempo que una carta, donde me envía por correo su admiración y su apego. No me deja más remedio que creerle un normando, muy normando».

Diario de los Goncourt, t. VIII, 1889-1891.

Miércoles, 6 de marzo de 1889: «Maupassant, de regreso de su excursión en África, y que cena con la Princesa [*Mathilde Napoleón*], declara que se encuentra en perfecto estado de salud. En efecto, está animado, vivaz, locuaz, y bajo el adelgazamiento de su figura y el color tostado del viaje, menos vulgar de aspecto que de ordinario».

Sábado, 15 de junio de 1889: «Octave Mirbeau, de regreso de Menton, cena a mi lado [*En la Cena de la Banlieue*]. Un conversador locuaz, espiritual, añadiendo a todo ello una faceta muy divertida. Habla

[1] Es el prefacio a la novela *Pierre y Jean* [A. L.]

curiosamente del miedo a la muerte que obsesiona a Maupassant, y que es la causa de esta vida de perpetua locomoción por tierra y por mar, para escapar a esa idea fija. Y Mirbeau cuenta que, en uno de los desembarcos de Maupassant, en la Spezia, si no recuerdo mal, sabe que hay un caso de escarlatina, abandona el almuerzo encargo en el hotel, y vuelve a subir a su barco. Cuenta todavía que un hombre de letras, ofendido por unas palabras escritas por Maupassant, y que tenía que cenar con él, hundió las narices en libros de medicina, y durante la cena le había servido todos los casos de muerte provocadas por las enfermedades de la vista: lo que había hecho caer literalmente la nariz de Maupassant sobre su plato».

Viernes, 10 de enero de 1890: «¡Oh! ¡El ruido, el ruido, es el martirio de los nervios en los centros modernos! El miércoles último, Maupassant, que acaba de alquilar un apartamento en la avenida Victor Hugo, me decía que buscaba una habitación para dormir, a causa del paso ante su casa de los ómnibus y camiones».

Domingo, 23 de noviembre de 1890: «Para no tener perro que sacar, heme aquí a las cinco de la mañana a los pies de mi cama, y pronto en el tren que me llevará a Ruán, con Zola, Maupassant, etc., etc. Quedé impresionado esta mañana del mal aspecto de Maupassant, del adelgazamiento de su figura, de su tez encendida, del *marcado* carácter, como se dice en teatro, que ha tomado su persona, e incluso de la fijación enfermiza de su mirada. No me parece destinado a hacer viejos huesos. Pasando sobre el Sena, en el momento de llegar a Ruán, extendiendo la mano hacia el río cubierto de niebla, exclamó: *Fue mi afición por el remo, allí, a lo que debo lo que hoy tengo* [*Iban a Ruán donde Goncourt debía pronunciar un discurso ante el monumento de Flaubert*]

«…Cena muy divertida por la variedad de la conversación, que va… del viajero Bonvalot al pocero de la pieza pornográfica de Maupassant: *Hoja de rosa*, representada en el taller de Becker».

Sábado, 25 de abril de 1891: «La Condesa de Greffulhe me dijo ayer… que debería escribir una novela sobre una mujer de la sociedad, una mujer de la alta sociedad, la mujer que nadie todavía ha descrito, ni Feuillet, ni Maupassant, ni nadie, y que yo solo – es la Condesa quién habla– podría hacerlo, y que no he hecho en *Chérie*»…

Martes, 9 de diciembre de 1891: «Maupassant parece estar afectado de delirios de grandeza, cree que ha sido nombrado Conde, y exige que se le llame *Señor Conde*.

«Popelin, advertido de que había un comienzo de tartamudeo en Maupassant, no observó durante este verano, ese tartamudeo en el novelista en Saint-Gratien [*el castillo donde residía S.A.I. la Princesa Mathilde*], pero estaba impresionado de la inverosímil exageración de sus relatos. En efecto, Maupassant hablaba de una visita que había hecho al almirante Duperre, que tenía la escuadra fondeada en el Mediterráneo, y de un número de cañonazos disparados en su honor y para su placer, salvas que costaban cientos de miles de francos, aunque Popelin no pudo impedir hacerle observar la enormidad de la suma. Lo extraordinario de este relato, fue que Duperré, algún tiempo después, decía a Popelin que él no había visto a Maupassant».

Diario de los Goncourt, t. IX, 1892-1895.

Jueves, 7 de enero de 1892: «¿No se dice que en casa de Maupassant no había más que un solo libro sobre la mesa del salón: le Gotha? ¡Era un síntoma del comienzo de los delirios de grandeza!»

Sábado, 9 de enero de 1892: «Maupassant es un notable *cuentista*, un encantador contador de relatos, pero un estilista, un gran escritor, ¡no, no!»

Jueves, 24 de enero: «Una reseña en un periódico, donde se me reprocha muy seriamente, como carente de toda sensibilidad, de estar todavía vivo en la presente hora, y al menos, si vivo, de no haberme vuelto loco, a semejanza de Maupassant».

Miércoles, 8 de febrero: «Esta noche, en casa de la Princesa [*Mathilde*], malas noticias de Maupassant. Siempre con la creencia de estar salado. – Abatimiento o irritabilidad. – Se cree objeto de persecuciones por parte de los médicos que lo esperan en el corredor para inyectarle morfina, cuyas gotitas le producen agujeros en el cerebro. – Obstinación con la idea de que se le roba, que su sirviente le ha sustraído seis mil francos; seis mil francos que, al cabo de algunos días, se convierten en sesenta mil francos».

Miércoles, 17 de agosto: «En el tren que va a Saint-Gratien, en el momento en que los periódicos anuncian una mejoría en el estado de

Maupassant, Yriarte me hace partícipe de una conversación que acaba de tener estos días con el doctor Blanche.

«Maupassant estaría hablando toda la jornada con personajes imaginarios, y únicamente banqueros, corredores de bolsa, hombres de dinero. El Dr. Blanche añadía: "Ya no me reconoce, me llama doctor, pero para él soy el doctor no importa quién, ya no soy el doctor Blanche". Y hacía un triste retrato de su cara, diciendo que en este momento tiene la fisonomía de un autentico loco, con la mirada perdida y la boca caída.»

Lunes, 30 de enero de 1893: «El doctor Blanche, que esta noche hace una visita a la calle de Berri [*domicilio de la princesa Mathilde, en Paris*], acaba de conversar conmigo sobre Maupassant, y nos deja entender que se está *animalizando*».

Sábado, 8 de julio: «Entierro de Maupassant[1]», en esta iglesia de Chaillot, donde asistí a la boda de Louise L… con quién tuve la idea, en cierto momento, de haberme casado. La Sra. Commanville, a quién frecuento, me anuncia que parte al día siguiente para Niza, con el piadoso deseo de ver, de consolar a la madre de Maupassant, que está en un estado de pesadumbre inquietante».

Jueves, 20 de julio: «Durante la cena… Céard conversa de Maupassant, declarando que, en él, la literatura era puro instinto, y no reflexiona, sino que afirma que fue el hombre que ha conocido más indiferente a todo, y que en el momento en el que parecía el más apasionado para algo, ya lo había descartado».

Domingo, 10 de junio de 1894: «Con respecto a *la Casa Tellier*, Toudouze contaba que en el entierro de Maupassant, encontrándose en el mismo coche que Hector Malot, éste le había informado que había sido él quien había proporcionado el episodio del asunto a Maupassant, pero que había estropeado lo que le había contado, terminando el relato mediante una fiesta, mientras que la matrona había dicho a sus chicas: ¡*Y esta noche, solas a la camita*!»

Miércoles, 17 de julio de 1895: «Regreso de Saint-Gratien, con el oculista Landolt… Conversamos de los ojos de Maupassant, que él dice

[1] Muerto el jueves, 6 de julio. [A. L.]

haber sido unos buenos ojos, pero semejantes a dos caballos que no se podrían llevar y conducir juntos – y que el mal estaba tras los ojos»[1].

[1] En el momento en que pongo de actualidad estos pasajes del *Diario de los Goncourt*, es necesario sin embargo que recuerde al lector que son enemigos de Guy de Maupassant, y que no solamente se comprende a los Goncourt por el incidente de Flaubert; en su correspondencia y en sus conversaciones, según el Sr. Balestre, doctor de la familia Maupassant, Guy había expuesto de otro mudo el asunto. [A. L]

INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO EN RUÁN

El domingo, 27 de mayo de 1900, el tren lleva a Ruán, a las 9 h 52 de la mañana, a los invitados del Comité de Inauguración del monumento de Maupassant. En la estación, los Sres. Gaston Le Breton, miembro del Instituto, director del Museo de antigüedades, presidente, Pinchon, secretario, y Henri Allais, los reciben para a continuación dar un paseo a través de la ciudad al objeto de visitar los monumentos ruaneses.

Conducidos por el Sr. Le Breton que, con su gran conocimiento de esos monumentos y su consumada erudición, es un guía perfecto, los invitados se dirigen en primer lugar a la calle Saint-Romain para ver allí la vieja casa del siglo XV, amenazada de derribo. Forman un auténtico cortejo todos esos literatos y esos artistas encantados de recorrer de ese modo la ciudad, bendecidos por el tiempo más maravilloso que se pueda soñar; destacan entre ellos los Sres. de Heredia y Albert Sorsi, de la Academia Francesa; Henry Fouquier, delegado de la Sociedad de Escritores; el poeta Auguste Dorchain, el crítico de arte Pouvillon, Bernier, del Instituto, arquitecto del monumento, Raoul Verlet, el eminente escultor, autor del busto de Maupassant; el Sr. Léo Claretie y Sra., el Sr. Le Goffic, y numerosos periodistas.

Desde la calle Saint-Romain, se gana el atrio Saint-Maclou, a continuación la iglesia, donde se admiran las puertas de Jean Goujon y después un vistazo de admiración a la iglesia Saint-Ouen, se dirigen a la casa del Sr. Le Breton que hace los honores a sus huéspedes con sus espléndidas colecciones.

Algunos instantes más tarde, se encuentran reunidos en el Hotel de France, donde el Comité ofrece un almuerzo.

El Sr. Pol Nerveux, delegado del Ministerio de la Instrucción Pública, está presente allí, y nos encontramos también al Sr. Catulle Mendès, los Sres. Mastier, prefecto del Sena Inferior, el Alcalde de Ruán y su concejal de Bellas Artes, Zévort, rector de la Academia de Caen, Jacques Normand, el colaborador de Maupassant en *Musotte*, los editores Fasquelle y Ollendorf, los Sres Marqueste, Inspector de bellas artes, Chanoine-

Davranches, Henri Allais, los doctores Aubé et Pennetier, miembros del Comité, etc.

El almuerzo es rápidamente servido y a las dos, se dirigen ya al Jardín Solferino.

LA FIESTA DE INAUGURACIÓN.

El jardín ya está abundantemente frecuentado: en la parte reservada al público, hay mucho movimiento, se empujan y se pisa la hierba, para gran desesperación del Sr. Lelelu, el director de los jardines, que cuida con esmero su jardín Solferino y ve su césped pisoteado por los espectadores.

Las sillas alineadas ante el monumento para las personas portadoras de acreditaciones, son rápidamente tomadas.

En la tribuna de honor, situada perpendicularmente al Museo, y que esta ocupada por las personalidades oficiales y numerosas damas de claros y elegantes vestidos, se soporta estoicamente un sol ardiente; apenas se puede respirar del calor que hace; pero sin embargo nadie rechista para no perderse ni una palabra de los discursos que van a ser pronunciados.

Aquí están los miembros del Comité que se adelantan y que van a tomar asiento en la pequeña tribuna elevada en su honor bajo la gran escalera de Museo. Se produce un clamor general en la muchedumbre que se levanta para ver a los académicos.

Algunos, que esperaban ver a los miembros del Instituto vestidos con las togas, están un poco decepcionados. Pero la explicación es que al no ser Maupassant miembro de la Academia, esos caballeros, que no son por otra parte delegados oficiales de la ilustre institución, se han debido conformar con el traje negro, llevando algunos de ellos la medalla de gran oficial de la Legión de Honor, un ramillete de condecoraciones e incluso unos grandes cordones de órdenes extranjeras.

Comienza la ceremonia. La música del 24 regimiento de infantería, bajo la dirección de su director, el Sr. Bonnelle, interpreta la overtura de *Dos Noches* de Boïeldieu, a continuación el *Himno Triunfal* de Charles Lenepveu, que la música militar, la música municipal y el Círculo Coral ejecutan bajo la dirección del autor. Este himno fue compuesto para la inauguración del monumento erigido en el Cementerio monumental en

memoria de los soldados muertos por la patria; después ha sido varias veces interpretado en la ciudad; en esta ocasión produce un gran efecto sobre la multitud que aplaude calurosamente las últimas estrofas que recuerdan a algunos compases de *la Marsellesa*.

Paulatinamente se va haciendo el silencio y el Sr. Gaston Le Breton se adelanta al borde de la tribuna.

DISCURSO DEL SR. GASTON LE BRETON.

En nombre del Comité, su Presidente va a proceder a la entrega del nuevo monumento a la ciudad de Ruán.

Pero ante todo, en algunas frases dichas con potencia, con una voz que llega a lo lejos, el Sr. Gaston Le Breton saluda cortésmente al delegado del Ministerio de Instrucción Pública y de las bellas artes, así como a los representantes ilustres de la literatura y de la prensa francesa venidos para honrar la memoria de Maupassant. Recuerda la bella fiesta celebrada el año pasado, en el Teatro de las Artes, para preparar ésta, a los hombres eminentes que allí prestaron su precioso concurso, Sr. Albert Sorel y Sr. Gustave Larroumet, con los primeros artistas de la Comedia Francesa, al lado de los cuales está la simpática Srta. Moreno, que va a recitar más adelante unos versos de Maupassant.

Con infinito tacto, dice cuanto debe hoy el Comité, por su presencia, al Sr. de Heredia, de la Academia Francesa, el exquisito poeta «cuyos célebres sonetos parecen cincelados en el oro más puro, como una funda de espada del Renacimiento», el amigo de Flaubert, el testigo de los intentos literarios de Maupassant, el consejero de las primeras horas de su fulgurante carrera; al Sr. Henry Fouquier, el crítico autorizado, el brillante escritor, cronista y conferenciante, delegado de la Sociedad de Escritores.

No se olvida a nadie en esos agradecimientos publicos que el Comité debía a las ilustres personalidades que habían respondido a su llamada, como a todos lospaticipantes de la solemnidad: artistas, intérpretes, ejecutantes, todo el mundo ha tenido su parte.

Esta misión que ha sido cumplida con maestría, finaliza cuando el Sr. Le Breton hace entrega del monumento al Alcalde de Ruán.

He aquí reproducido el texto completo de su discurso, según copia que el Sr. Le Breton ha tenido la gentileza de enviarme en 1903:

«Damas y Caballeros,

«Tomar hoy la palabra ante una Asamblea de élite como la vuestra, es un gran honor, cuyo valor siento.

«Desde luego no lo habría ambicionado, si las circunstancias no me obligasen, en nombre de mis colegas del Comité, a pagar aquí una deuda de reconocimiento hacia ustedes.

«Expreso pues nuestros sentimientos de profunda gratitud y dirigo nuestros más respetuosos saludos al Sr. Pol Neveux, delegado oficialmente por el Sr. Ministro de la Instrucción Pública y de las Bellas Artes, a los ilustres representantes de la literatura y de la prensa francesa, venidos para honrar la memoria de nuestro querido Maupassant.

«Varios de vuestros más eminentes colegas ya nos habían aportado el precioso concurso de su talento, con motivo de la representación de gala del 12 de marzo de 1899; recordar aquí que la iniciativa procede de ahí, de la que nosotros no hemos hecho más que continuar la obra, es para mi un deber de delicadeza y de justicia.

«Ustedes han disfrutado de todo el encanto del magnífico discurso en el que el Sr. Albert Sorel, en un lenguaje tan elevado y puro, les describía el genio normando en las diferentes épocas de su historia.

«El Sr. Gustave Larroumet, el gran conferenciante, resaltó, con su arte habitual, la parte importante de Normandía en la literatura francesa y los meritos de la obra de Guy de Maupassant[1], mientras que mediante la interesante conversación del Sr. Jacques Normand, su colaborador y amigo, habéis penetrado más en su intimidad.

«La Sra. Pierson y el Sr. Leloir fueron incomparables en *La Historia de los viejos tiempos*; bajo su maestría, los papeles del conde y de la marquesa tomaron un carácter de auténtica aristocracia.

«Los Sres. Leitner y Georges Beer, con su dicción impecable y cualidades diferentes, nos hicieron apreciar aún más las obras del escritor.

«En esta misma gala literaria, aplaudimos al Sr. Jacques Fenoux, así como a la Srta. Moreno, que una vez más quiere aportarnos, con su gracia

[1] El Sr. Edouard Maynial, que es sobre este tema una autoridad especial, me escribió en su carta del 2 de noviembre de 1903: «Una de las apreciaciones más logradas sobre la obra y el carácter de Maupassant es, a mi parecer, debida a la pluma de vuestro amigo Gustave Larroumet: Conferencia publicada en la *Revue Bleue* del 18 de marzo de 1899». [A. L.]

habitual, el concurso de su talento tan variado. A esos escritores, a esos artistas, expresamos nuestras más cordiales felicitaciones y nuestros más profundos agradecimientos.

«Los mismos homenajes debemos a nuestro eminente conciudadano, Sr. Charles Lenepveu, del Instituto, por la importante parte que él tiene en esta fiesta dirigiendo el mismo su obra. No sabría olvidar a sus fieles intérpretes, la Banda Municipal y el Círculo Coral de Ruán, así como la Música del 24 Regimiento que nos ha hecho escuchar también el minueto del Sr. Frédéric Le Rey, un compatriota de talento.

«Una alegría nos estaba reservada: la presencia del Sr. de Heredia, de la Academia Francesa, cuyos sonetos tan célebres parecen cincelados en el oro más puro, como una funda de espada del Renacimiento.

«Para celebrar aquí a Maupassant, ¿acaso el Sr. de Heredia no era el más apropiado, él, que fue testigo de sus inicios durante uno de sus veraneos en Croisset y asistió, en casa de Flaubert, a la lectura de trabajos literarios que el alumno sometía entonces al severo examen del Maestro?

«¿No ha sido también el consejero de las primeras horas, en esta carrera de Maupassant, tan rápida y fecunda, hata el día en el que presintió con profunda tristeza, los síntomas de un mal que debía arrebatárnoslo en la primavera de la vida y en toda la expansión de su talento, como una planta en plena floración?

«Bisnieto, por parte de madre, de Girard d'Ouville, presidente del Parlamento de Normandía, el Sr. de Heredia se vincula así a nuestra vieja provincia; también podemos casi decir de él que es de los nuestros.

«Somos agraciados con otro favor, el de escuchar hoy al Sr. Henry Fouquier. La Sociedad de Escritores que lo ha delegado oficialmente no podía haber hecho una mejor elección; la autoridad del crítico y del escritor, la finura del cronista y del conferenciante debían contribuir a dar un encanto variado a esta fiesta.

«También, Señores, delante de tales oradores, les haría un flaco favor retrasando por más tiempo el placer de escucharlos. Procedo pues, Sr. Alcalde, en nombre del Comité, a entregarle oficialmente este monumento, erigido en memoria de Guy de Maupassant y que tenemos el honor de ofrecer a la ciudad de Ruán.

«Deseamos que este ejemplo se perpetúe en el futuro y que este paseo Solferino se enriquezca poco a poco de estatuas y de bustos, como el jardín

cerámico de Atenas, convirtiéndose en el santuario de nuestras celebridades ruanesas.

«¿Qué mejor armonía que la de las obras de arte en medio de las flores? ¿Acaso no realiza la idea *inter artes et naturam* que un pintor ilustre, Puvis de Chavannes, ha querido expresar aquí mismo, sobre el bello fresco interior del Museo de pintura?

«¿Cómo podría no expresar públicamente nuestro reconocimiento al Sr. Louis Bernier del Instituto y al Sr. Raoul Verlet? Ellos nos han ofrecido tan graciosamente su precioso concurso: uno para la arquitectura del monumento, cuya silueta y perfiles son tan puros y se destacan tan elegantemente en esete decorado de verdor, el otro por el carácter elevado y el porte distinguido que ha sabido dar tanto a la figura como al busto. Aplaudimos el éxito del Sr. Raoul Verlet, que acaba de obtener en el Salon de este año la medalla de honor en escultura.

«Tal vez este monumento parecerá en una primera impresión, de dimensiones modestas; pero nosotros hemos pensado que, situado frente al de Flaubert, no debía superarlo en proporciones. Fue también lo que nos ha guiado para la elección de su emplazamiento; ¿no era natural que, por un sentimiento filial, el alumno estuviese cerca del maestro?

«La figura de la Lectora, que acompaña la estela del monumento erigido a Maupassant, en el parque Monceau, por la Sociedad de Escritores, no aparece a vuestros ojos, es cierto; pero al menos tenemos hoy aquí una Musa, graciosa y vivaz, cuyos delicados acentos harán cantar los versos del poeta.

«La estela que soporta el busto es de granito rosa salido de tierra normanda. Es la primera vez que este hermoso material es empleado en nuestra región.

«”¡Granito rosa!” ¿Esas palabras no evocan el recuerdo de las Esfinges y de los templos del antiguo Egipto?

«¿No nos hacen pensar en las flores de loto y en eses escarabajos sagrados símbolos de la vida eterna, o de la primavera que debe renacer?

«Es cierto que nuestros padres no tuvieron este imperecedero material tan rojizo de aspecto; pero han construido admirables monumentos que hacen de nuestra vieja ciudad ruanesa la Ciudad-Museo por excelencia, donde la flora normanda se extiende por todas partes en exquisitas esculturas.

«Sin embargo existe aquí un árbol cuya flor nos es más querida y más preciosa que todas las demás; es la del manzano, Señores, verdadero símbolo de la vida y de las periódicas primaveras.

«Era también el árbol preferido de nuestro querido Maupassant, pues su imagen aparece en cada uno de sus libros, como una exaltación de la tierra normanda.

«Es por ello por lo que hemos colocado sobre la estela esta rama de manzano en flor. Ella es debida al talento de nuestro hábil herrero, Sr. Ferdinand Marrou, un maestro en el arte del metal igual a aquellos de la Edad Media y del Renacimiento.

«Desde todos los tiempos, los poetas han tenido sus árboles o sus flores preferidas; para Alfred de Musset, genio desengañado de la vida, fue el sauce, el árbol de las melancolías y las tristezas; los versos en los que él lo ha cantado están todavía en vuestras memorias:

Mes cheres amis, quand je mourrai, Plantez un saule au cimetière; J'aime son feuillage éploré; Le pâleur m'en est douce et chère, Et son ombre sera légère A la terre où je dormirai.	Queridos amigos, cuando muera, Plantad un sauce en el cementerio; Me gusta su follaje afligido; La palidez me resulta dulce y querida, Y su sombra será ligera En la tierra donde dormiré.

«Aquí, para abrigar este busto de Guy de Maupassant, es el árbol vigoroso de nuestros vergeles el que plantaremos en la estación adecuada. Es el manzano normando, cuyas ramas, al renovarse, arrojarán sobre el suelo, a su alrededor, la nieve blanca y rosácea de sus floraciones».

La perorata del orador, pronunciada con voz vibrante, levanta los aplausos de los asistentes que no han perdido ni una sola palabra de este discurso. En ese momento, se levanta el cortinaje que cubre el monumento de Guy de Maupassant, que aquí nosotros reproducimos. La multitud se levanta y aplaude durante largo tiempo la obra de los Sres. Verlet, Bernier y Ferdinand Marrou.

DISCURSO DEL SR. DE HEREDIA

A su vez, José María de Heredia toma la palabra. Por desgracia el eminente académico tiene la voz muy débil, y solamente las personas situadas al pie de la tribuna pueden escuchar su notable discurso. Es una lástima. He aquí el discurso en cuestión. El Sr. de Heredia quiso corregir las pruebas, para ser aquí publicadas, en 1903. Mi hace observar que no ha sido «designado por la Academia Francesa para representarla en la ceremonia», así como el *Diario* lo ha dejado creer a sus lectores: «*No he sido elegido por la Academia Francesa para presidir la inauguración del monumento de Guy de Maupassant. Fue la ciudad de Ruán quién me ha concedido el honor de invitarme. Yo soy normando por parte de madre* ».

«Señores,

«Aquél que sale de Ruán por la barrera del Havre, y continúa por las praderas de Bapaume, bordeadas de pequeños sauces, la antigua ruta de Croisset, al pie de la costa donde se levanta la iglesia de Canteleu, deja tras él vuestra noble ciudad, metrópoli del arte gótico, y el montón de tejados de pizarra que iluminan o velan el sol y las nubes; masa enorme y viva, de la que destaca, entre la multitud de campanarios y torres, Saint-Ouen, reina del arte radiante, con su corona de flores de lis, Saint-Maclou con sus bellas puertas, y vuestra gigante catedral, cuya flecha es una de las más altas del mundo. Al fondo, dominando todo, el cementerio municipal.

«Sobre la orilla izquierda, Saint-Sever, las mil chimeneas de las fábricas, la Foudre y Malétra se empenachan de humaredas negras. Por encima se levanta, casi enfrente, la piadosa colina de Bonsecour, donde los amados difuntos están más cerca del cielo.

«Y al fondo del amplio valle que se extiende a lo largo, el Sena, a través de la magnificencia de los vergeles y las praderas, descendiendo majestuosamente en inmensos meandros, arrastra hacia su vasto estuario, vertiéndola en el mar, y de allí al mundo, la riqueza de Francia.

«He aquí Croisset. Allí vivió, trabajó y murió el más grande escritor que haya nacido en vuestra ciudad desde el gran Corneille. Separada del Sena por la carretera, la casa de Gustave Flaubert, antigua residencia de campo de los monjes de Saint-Ouen, se encuentra adosada, blanca y baja, a

un bonito jardín que repta por las laderas de la abrupta costa de Canteleu. A orillas del agua, una larga terraza plantada de tilos. Era el paseo docto, como Flaubert lo llamaba, donde se puede pasear sin mirar a sus pies, combinando, al ritmo de la marcha, frases cadenciosas. Y solo, en medio del parterre, más alto que los grandes techos, crecía un gigantesco tulipán. Sus raíces se hundían en la tierra más húmeda. El río y el cielo se mezclaban a través de su movedizo verdor; y el poeta de *Salammbó* gozaba viendo, a finales de otoño, las alargadas hojas doradas volar, revoletear y amontonarse sobre la hierba, brillantes y numerosas como los estaderos, los siclos y las minas del tesoro de Amilcar Barca.

«Fue allí, en el amplio gabinete de trabajo con las cinco ventanas abiertas sobre el jardín y sobre el Sena, cuando vi, a plena luz, por primera vez, al audaz joven cuya memoria hoy honramos. Sus ojos de un castaño claro brillaban en su cara colorada. Su boca, bajo el bigote espeso, sonreía. De talla media, complexión atlética, era de aspecto vigoroso y sano. Y creí ver en él a uno de esos hermosos sementales que pisan con sólida pezuña la hierba normanda.

«Guy de Maupassant había nacido en el castillo de Miromesnil, cerca de Dieppe, el 5 de agosto de 1850, al amanecer. Pasa su infancia en Grainville y en Étretat, comienza sus estudios en el colegio de Yvetot y los finaliza en el Instituto de Ruán. Su tío, Alfred Le Poittevin, habia sido el amigo del alma de flaubert, que le dedicó *la Tentación de San Antonio*. El joven Guy heredó esta amistad que unió hasta el final al discípulo y al maestro. Durante siete años, el alumno fue sometido a la más estricta disciplina. En el hermoso prefacio a las *Cartas a George Sand*, Maupassant ha fijado algunos de los principios artísticos que le había inculcado el maestro de Croisset. Esa enseñanza no fue en vano. La voluntad evocadora, la exteriorización, como se dice hoy bárbaramente, y la impasibilidad, esas dos cualidades dominadas por el artista creador, Maupassant, junto a Flaubert, las poseyó al más alto nivel. Y aunque su última obras nos parezca más sensible, es por eso tal vez menos sorprendente.

«El 8 de mayo de 1880, muere el gran Flaubert.

«La tierra normanda es fecunda. Apenas la muerte ha abatido el viejo árbol, hace crecer de nuevo un brote vigoroso. En ese mismo año, Guy de Maupassant publica *Bola de Sebo* y *Unos Versos*. Este título fue juiciosamente elegido. Son en efecto unos versos, excelentes versos como

aquellos de *Al borde del agua* y de *Venus rústica*, de una hechura fácil, construidos sólidamente y exactamente rimados; pero no son versos de poeta. Este juicio, que puede parecer severo, es el que el propio Maupassant ha vertido sobre este único trabajo. Tenía en literatura el sentido crítico más preciso y el más delicado sentimiento. *Bola de sebo* es una obra maestra. El artista, mediante su trabajo, sin que se pueda llegar a sospechar el esfuerzo, alcanza el dominio de su arte. Y a base de tesón produce la *Casa Tellier*, la admirable *Historia de una Moza de granja*, *Señorita Fifi*, *los Cuentos de la Becada*, *Una vida*, una de sus grandes novelas donde puso lo mejor de si mismo, siempre conservando su bella impersonalidad. No proseguiré enumerando estas famosas obras. Ustedes las han leído todas. El buen Flaubert hubiese estado orgulloso de su discípulo que había heredado sus magistrales virtudes. Maupassant procede evidentemente de *Madame Bovary* y de *la Educación sentimental*. Lo cómico profundo, lo épico recogido en *Bouvard y Pécuchet*, son empleados en sus estudios. Durante mucho tiempo los llevó a la práctica en el Ministerio de la marina y en el de la Instrucción publica. Los ha dibujado con una precisión, por así decirlo, cronométrica en *la Herencia*.

«Pero hay un aspecto original de su genio que no debo olvidar indicaros.

«Los escritores de la segunda mitad del siglo dieciocho, por un refinamiento de filantropía, se habían hecho un singular ideal de la humanidad inferior; se esforzaron, en sus historias y en sus novelas, en elevar, por encima incluso de los hombres más civilizados, al salvaje y al negro. Les han concedido las cualidades más raras. Nuestros padres han conocido el Natchez filósofo y el beneficioso Caribe. Más tarde los románticos han adornado a los asesinos y los presidiarios con el púrpura de sus metáforas e intentado exaltar a la cortesana. A contracorriente, los novelistas de nuestro tiempo, curiosos de estudiar los seres instintivos, exóticos o populares, han tratado de ponerse a su nivel y de descender hasta ellos, a fin de penetrarlos mejor. De todos estos exploradores de regiones morales ignoradas o mal conocidas, nadie como Maupassant habrá escrutado profundamente esas almas oscuras: la muchacha y el aldeano.

«Cada libro nuevo lo hacía más grande. Era la gloria. Y todos nosotros admiramos en él ese maravilloso exceso de vida que, por un milagro de la naturaleza, mezclaba con todas las flores de primavera los frutos más

sabrosos de la madurez, sin que nada pudiese agotar la exuberancia de la savia que subía a ese poderoso cerebro.

«En cuanto a él, parecía infatigable. Le apasionaban los ejercicios violentos. Se divertía remontando, a fuerza de remo, el curso de los ríos. Nacido cerca de la mar, la amaba. Ella exaltaba, ella mecía su alma alegre y melancólica. Empujado por un viril instinto racial, descendió al sur, hacia el sol. Bajo la proa de su velero ha hecho, en todos los sentidos, saquear el Mediterráneo, que los vikingos, sus ancestros, ya habían saqueado. Pero Guy de Maupassant había nacido demasiado tarde, en este fin de siglo donde hay que atravesar África entera, si se quiere piratear a antojo. Debió conformarse con ejercer sus músculos y escribir bellos cuentos.

«Los escribió admirables e innumerables. Su producción fue prodigiosa. En menos de doce años, escribió más de veinticinco volúmenes, sin contar los relatos olvidados, los artículos dispersos. Esos no son, se dice, más que la moneda de Flaubert. Desde luego. Pero tal moneda no es seguramente ni el billón, ni incluso dinero; pues, si está permitido gozar audazmente sobre las palabras, ¿qué montón de metal más precioso no haría falta para canjear un talento de oro?

«La vida de Maupassant no es más que un viaje marcado por dos etapas triunfales. Tiene curiosidad por los lugares nuevos. Su fantasía errante lo lleva desde las brumas del Norte a las columnas de Hércules. Es capaz de llevar a cabo todas las faenas. Domina la fatiga, esclaviza el dolor. Pero, al igual que el semidios, ha vestido la túnica de Dejanira. Después de haber usado heroicamente su vigor corporal y su fuerza cerebral, abusa de ellos. Y es entonces cuando comienza la lenta degradación de ese soberbio animal humano.

«El sol ni la muerte pueden mirar fijamente. El que tanto había amado la luz, se ve obnubilado por ella. Sus ojos de un marrón claro, tan vivos, tan penetrantes, se habían como opacado. Había escrito *el Horla*. El horror de la muerte le obsesionaba. «La muerte golpea sin cesar cada día, por todas partes, feroz, ciega, fatal». Escuchad ese grito de terror que le escapa desde 1884: «Él morirá pronto a su vez. Él desaparecerá y eso habrá acabado… ¡Qué horror! Otras personas vivirán, reirán, se amarán… ¡Es extraño que se puedan reír, divertirse, estar alegres, bajo esta eterna certeza de la muerte! Si ella fuese solamente probable, todavía habría esperanza; pero no, ella es inevitable, tan inevitable como la noche tras el día». Y él se siente tomado

de un amor enternecido y desesperado, casi bestial, por esta tierra donde anhelaba regresar. «Es de los rincones del mundo más deliciosos, que tienen para los ojos un encanto especial; se les ama con un amor físico». Nadie ha comprendido más amargamente que ese sensitivo exasperado lo finito de la sensación en el infinito de la naturaleza, cuyo eterno recomienzo es la peor de las ironías para el hombre efímero.

«Era célebre, rico y fuerte. Parecía feliz. Se le envidiaba. Nadie fue realmente más miserable.

«La última vez que lo vi, me explicó ampliamente su melancolía, el aburrimiento por la vida, la enfermedad creciente, los desfallecimientos de su visión y de su memoria, sus ojos cesando de ver de golpe, la noche total, la ceguera persistente un cuarto de hora, media hora, una hora… Luego, recuperada la visión, en la prisa, la fiebre del trabajo retomado, una detención súbita de la memoria y – ¡qué suplicio para un escritor!– la impotencia para encontrar la palabra precisa, su búsqueda encarnizada, la rabia, la desesperación. No gozaba con nada, incluso haciendo el bien. Me hablaba aún de la angustia que le producía el desdoblamiento malsano de su personalidad. En todo lo que fue, en todo lo que hizo, siempre la obsesión constante, odiosa, de ese otro yo que asiste a todos vuestros actos, a todos vuestros pensamientos, y que os sopla al oído: «goza de la vida, bebe, come, duerme, ama, trabaja, viaja, mira, admira. ¿Para qué? ¡Has de morir! »

«Horrorizado por esas cegueras, yo trataba en vano de reconfortarlo.

«Adiós – me dijo.

«Hasta luego.

«No, adiós.

«Y añadió con una especie de énfasis estoico tanto o más extraño porque su lenguaje era habitualmente muy simple:

«– Mi resolución está tomada. No me arrastre. No quiero sobrevivirme. ¡He entrado en la vida literaria como un meteoro; saldré como un rayo!

«Partió. El tiempo pasó; algunas semanas pasaron. Y, bruscamente, sobrevino la trágica noticia. Un día, había sentido el halo terrible. Tomo el arma elegida para la muerte fulminante que deseaba. Una mano piadosa la había hecho inofensiva. El hierro también le falló. No podía, no sabía. ¡Por desgracia, vivió! O más bien se sobrevivió durante largos meses. Invirtiendo un verso célebre, puede decirse que había entrado vivo en la muerte.

«Por fin, el 6 de julio de 1893, Guy de Maupassant fue liberado de la vida.

«Pero el hombre no es nada, la obra lo es todo. Y su obra está viva.

«Él es del gran linaje normando, de la raza de Malherbe, de Corneille y de Flaubert. Como ellos, tiene el gusto sobrio y clásico, el bello orden arquitectónico y, bajo esta apariencia regular y práctica, una alma audaz y atormentada, aventurera e inquieta. También tiene el estilo denso, la amplia elocuencia bufa y suntuosamente populista de otro ruanés menos ilustre, Saint-Amant. Desde Bernardin de Saint-Pierre el quizás ha vuelto a recuperar el sentido del exotismo. En fin, hay otro que tenemos menos cerca y que sin embargo no podría olvidar en esta enumeración gloriosa, él único que le puede disputar el reinado del relato: Prosper Mérimée.

«Guy de Maupassant fue un auténtico normando. Siguiendo el viejo proverbio del país, ha querido también ganar. Vosotros sabéis a que precio ha ganado su inmortalidad.

«Añadiría a la rama de manzano simbólico que florece en ese monumento una palma, una de

Esas bellas hojas siempre verdes
Que conserven los nombres de antaño.

Una de esas palmas que se extienden en los países del sol, paganas o cristianas, y que son el emblema inmortal del martirio y de la gloria.»

***

Este discurso del Sr. de Heredia ha sido intensamente comentado.

Se podía leer en efecto en la *Illustration* del 2 de junio de 1900:

«Domingo 27 de mayo, una parte del París ilustre estaba en Ruán, invitada a asistir a la inauguración del monumento de Guy de Maupassant. Estaban allí desde académicos, poetas, periodistas, artistas; se pununcian discursos, se declaman versos, se tocó música, se celebró un banquete, en definitiva, la fiesta fue completa y muy exitosa. El sol estaba allí, un sol generoso, cuya participación importaba tanto o más como que la ceremonia propiamente dicha se celebraba al aire libre. Según el testimonio de los propios ruaneses, la clemencia de su cielo es una rara buena fortuna;

tampoco faltó la galante acogida a sus huéspedes parisinos mediante el viejo cumplido de circunstancia: «Vosotros nos traéis el buen tiempo».

«Ya de regreso, hemos traído con nosotros unas impresiones muy reconfortantes.

«En el centro de la pintoresca ciudad, tan rica en maravillas arquitectónicas, en ese delicioso jardín del Museo y de la Biblioteca, donde el busto de Maupassant compartirá presencia a partir de ahora con el medallón de flaubert, su maestro, los oradores del día exaltaron como convenía el genio del "País de sapiencia" reafirmado de largo por tantas glorias a la vez locales y nacionales. Y una pregunta se planteaba: ¿era siempre tan vivaz, ese genio? ¿La savia del manzano secular conservaba todo su vigor, la flor todo su esplendor, el fruto todo su sabor? Ahora bien, ¿cómo poder dudarlo después de una jornada pasada en contacto con una élite de hombres que habían conservado las sólidas y preciosas cualidades de la tierra?

«Por otra parte, ¿no constituye una malicia de una finura muy normanda, la idea de invitar a un académico a pronunciar el panegírico solemne de un gran escritor que no fue de los Cuarenta? Aunque sin carácter oficial, ese discurso debía ser un obligado retracto de la Academia, una paráfrasis del tipo:

Nada falta a su gloria, faltaba a la nuestra.

«¡No, no! Nuestra Normandía no está próxima a degenerar»

***

Se aplaudió ese discurso del Sr. de Heredia, mientras vuelve a ganar su asiento el autor de *Trofeos* es vivamente felicitado por los miembros del Comité y por los hombres de letras que lo rodean. Es ahora el Sr. Henry Fouquier a quién toca el turno de tomar la palabra.

DISCURSO DEL SR. HENRY FOUQUIER

Delegado de la Sociedad de Escritores, el Sr. Herny Fouquier recuerda que esta Asociación ha tenido a Maupassant por miembro durante diez años, desde 1884 hasta la hora de su muerte.

Y ahora escuchamos al orador trazar ese bonito retrato literario del autor de *Nuestro corazón*:

«¡Maupassant era normando, y buen normando! Tenía la efigie y la marca francamente acusadas de la fuerte raza que ustedes son. Mostraba ese vigor del cuerpo, ese aspecto de alegre y sana salud, que para ustedes es tan común y que no fueron, por desgracia, en él más que apariencia y fachada errónea. Y amaba esta tierra donde había nacido. ¡Oh! Entiendo que haya habido tal vez pequeños malentendidos, y que ese hijo apasionado no siempre fuese un hijo completamente respetuoso. Como Flaubert, del que fue compatriota, el amigo y el discípulo libre, alguna vez se burló de su tierra natal, trazando, con satírico lápiz, el retrato de los primeros modelos humanos que había tenido bajo los ojos. Juego de niños que muerde el seno de su madre-nodriza que por eso no deja de sonreírle. La aventura es típica. El hombre de letras, el artista, hoy aún, conociendo a menudo alguna resistencia a su vocación en el medio donde ha nacido. Se es, desde luego, demasiado tajante diciendo que nadie es profeta en su tierra: el piadoso esmero que ustedes han mostrado hoy en consagrar la gloria de un hijo de Normandía desmiente con creces el antiguo refrán. Pero ocurre a menudo que no se es profeta en su ciudad mas que regresando de la Meca – de ese París que constituye la Ciudad santa para la ardiente imaginación de los jóvenes de provincias, y los hace, a veces, por un instante injustos o severos con su cuna. ¡Pero cómo se regresa allí, a esa cuna amada! ¡Cómo se vuelve con alegría, con utilidad también para la salud del alma y del cuerpo! ¡Cómo se recupera uno allí y se fortalece!

«Permítanme, caballeros, decirles todo lo que pienso. Desde luego, la vida de Maupassant en París fue brillante y pudo ser envidiada. Joven aún, había conquistado la estima de los letrados por su labor que fue grande, y su admiración por su talento que se afirmó superior en el primer trabajo de su pluma. Pero esta mujer, esta parisina que el escultor del parque Monceau sentó al lado de su imagen, puede representar simbólicamente la vida de Paris, tal como ella fue para Maupassant. Es una sirena de prometedores ojos, pero pérfida y devoradora como la sirena antigua. Me parece, y puedo atestiguarlo, que las mejores horas de la vida de Maupassant fueron sus horas en Normandía, las horas en plena reconfortante naturaleza, sobre el acantilado al aire salado, en el barco venturoso del mar de Etretat, y en esta soledad de Croisset, donde, en el silencio de la noche, estallaba a veces la

voz de Flaubert leyendo a su discípulos, a quién él consultaba habiendo reconocido su maestría, alguna página de su obra concienzuda y soberbia. Y, como nos decía antes el Sr. de Heredia de un modo tan exquisito, si Maupassant pudiese asistir vivo a su apoteosis, desde luego, experimentaría un legítimo orgullo recibiendo los laureles de París; pero sería antes la rama de manzano que le ofrecen sus compatriotas lo que haría que sus ojos se llenasen de dulces lágrimas de alegría y tierno reconocimiento.

«Pues – y llego aquí al fondo mismo del alma de Maupassant, y a la esencia de su talento de escritor – fue injustamente como se quiso hacer de él no sé que de artista impasible, incapaz de sensibilidad y de emoción. Es un error que ha querido que fuese un escritor únicamente «objetivo». Es decir, y por hablar una lengua menos abstracta, incapaz de sentir los sentimientos de sus héroes y de plasmar algo de su mismo en su obra, eso fue, como Decía dumas, una dolorosa punzada en su corazón. ¡Una obra en la que el artista no hubiese puesto nada de él, de su alma y de su vida, no viviría! Lo que es cierto es que Guy de Maupassant se encontró de forma natural, desde el primer instante, sin imitación, tal vez sin muchos estudios, y con instinto más que con voluntad, formando parte de la gran escuela de los escritores clásicos. Como tal, es de estilo claro, sobrio; aceptando la imagen cuando ésta se le ofrece, no buscándola, conservándola como esclava y no como dueña y fuente del pensamiento. Tiene horror por la declamación, que es la mentira del vigor, y de la sensiblería, caricatura de la sensibilidad. En eso, esta muy cerca de ese otro ilustre Normando, Mérimée.

«Pero a la hora en el qué la inmortalidad del mármol y del bronce está asegurada a un escritor, entra a la vez en la leyenda, y la leyenda debe desparecer para él. En el rostro de Maupassant, hay que quitar la máscara de insensibilidad que se le atribuye demasiado a la ligera, aun cuando él hubiese querido mantenerla sobre sus rasgos que oculta. Hay que saber lo que los hombres han sido, cuando se tiene el documento de su obra, sin detenerse demasiado en lo que a veces ellos han querido ser. ¡Pues bien! en esta obra, encuentro la emoción y el ideal. Una emoción contenida, desde luego; un ideal que se detiene tal vez en una tristeza inquieta ante los dolores del hombre, y en una aspiración vacilante en la búsqueda de más alegría para él. Pero esto me basta para negar el fundamento de la leyenda de insensibilidad, demasiado desdeñosa y demasiado altanera que ha rodeado a Maupassant. Decía en sus primeros versos – en esos primeros

versos que son, para los jóvenes poetas, menos una promesa de talento que una inocente confesión de su alma:

¿Por qué Colón estuvo tan atormentado,
Cuando, entre la niebla, entrevió un mundo?

«Este tormento ante lo desconocido no puede producirse sin emoción. Y la emoción de Maupassant la encuentro aún en la mayoría de sus *Relatos*, que fueron sus obras maestras, y donde, incluso a las criaturas más degradadas, él no les niega la redención de las lágrimas. Los más viles – que ustedes me permitirán llamar también los más desgraciados – las heroínas de *Bola de Sebo*, de *la Casa Tellier*, de *Señorita Fifi*, tienen la resignación, la fe ingenua, la santa cólera de la patria ultrajada, que las ilumina y las purifica con una iluminación de ideal.

«Maupassant fue sobre todo un gran paisajista de almas. Y, como si fuese cierto que el talento del artista puede ser una especie de emanación del país donde ha nacido, me parece encontrar en su obra admirable el paisaje normando. Aquí no hay grandes bosques misteriosos y oscuros, ni montañas inaccesibles, ni roquedales pintorescamente románticos, y el cielo no tiene los deslumbramientos del Midi. Sin embargo, cuando un destello de luz brillante sale entre las nubes y recorre esta tierra, ¡cuánta fuerza, cuánta gracia se muestran en ella, bajo la caricia del sol!... Tal es la obra de Maupassant; fuerte sin esfuerzo, placentera sin afectación, hecha de finura, a veces de ironía; pero donde discurre también ese rayo de sol, ese golpe de luz que ilumina y que calienta, y que es la emoción del artista ante las alegrías y los dolores humanos. Esto es sobre todo, lo que he querido decir de Maupassant, en este día de apoteosis, y que, habiendo tal vez sufrido de la vida, más de lo que uno piensa – incluso antes de haber sido abatido por el golpe que lo irá minando lentamente y le producirá la muerte antes de la muerte – él no era de un corazón insensible a todo dolor humano. Y me place asegurar que el gran escritor admirado, y que el amigo añorado a quien , en este día de fiesta triunfal aporto el homenaje de las letras, no difiere de los demás hombres más que por el arte que en él fue arte superior y exquisito al pintar la vida tan bien, mejor a veces, que sus más grandes pintores, la vida en la que la alegría se mezcla con las tristezas, como en

nuestros corazones hoy, ante este monumento ¡que lleva el eco de nuestros lamentos y de su gloria!»

– El Sr. Henry Fouquier no es únicamente un hombre de letras, es igualmente un orador; su discurso, tan bien pronunciado y tan soberbiamente escrito, produce una gran impresión. En repetidas ocasiones, los bravos interrumpen al eminente crítico, y son cálidas aclamaciones las que acogen sus últimas palabras.

SEÑORITA MORENO

Durante un instante la elocuencia da paso a la música: se escucha con placer el minueto de la Arpía Domada de FR. Le Rey, que ejecuta muy delicadamente la banda del 24 regimiento, luego todas las miradas se vuelven hacia la tribuna, al borde de la cual, acaba de adelantarse la Señorita Moreno, de la Comedia Francesa.

La deliciosa artista recita sucesivamente tres piezas de Maupassant, *El pajarero*, *Descubierta*, *las Ocas salvajes*.

Con esas bellas aptitudes, esta voz maravillosa que admiran todos aquellos que la han escuchado, bien en la Comedia Francesa, bien en el Teatro de las Artes, donde ella fue en 1899 a declamar en honor a Maupassant, con su compañero Fenoux, la *Noche de Octubre* de Musset – la Srta. Moreno sedujo rápidamente a los asistentes. Los bonitos versos de Guy de Maupassant se desgranan bajo sus labios, tiernos y ligeros en *el Pajarero*, melancólicos en *Descubierta*, amplia y profundamente emitidos en *las ocas salvajes*. Los últimos versos de este último poema declamados con tal arte, que el publico, absolutamente embelesado, estalla en repetidos bravos, en aplausos frenéticos; poco faltó para que se solicitará un *bis*; se aclama a la bella artista, y los aplausos se multiplican cuando el Sr. Le Breton le entrega, en nombre del Comité, un soberbio ramo de flores.

DISCURSO DEL SR. CARTIER, ALCALDE DE RUÁN

Falta al Alcalde de Ruán dar fe de la toma del monumento. Lo hace agradeciendo y felicitando al presidente y los miembros del Comité, dirigiéndo también el saludo de la ciudad a sus ilustres huéspedes, a los

amigos y admiradores de Maupassant, y finalmente a los autores del monumento.

Volviendo su mirada hacia el futuro, el Sr. Cartier se pregunta «¿si la familia literaria de Normandía se ha apagado, si no será este el canto de cisne que su último retoño nos ha hecho escuchar?» Al contrario, él tiene la invencible esperanza que «de ese mismo suelo que el esfuerzo exalta sin agotarlo, un linaje surgirá, que será digno de su ascendencia».

«Y tal vez sea aquí, Señores, (dice él terminando), no lejos de la estatua y del Instituto dedicado a Corneille, próximo a la torre donde Juana de Arco tuvo la primera visión de su último suplicio, frente a este Museo donde el arte, bajo todas sus formas, puede reclamarse de maestros eminentes, al lado de estos monumentos erigidos por la piedad literaria a Maupassant, a Flaubert, a Bouilhet, en este jardín Solferino, en fin, cuyo nombre triunfal, apuesta de nuestras patrióticas esperanzas, haga vibrar en todos los corazones el amor de nuestro valiente ejército, sí, Caballeros, es aquí sin duda como nuestros bisnietos vendrán a su vez a trenzar coronas y cantar himnos a las glorias de sus generaciones.

«Para los hijos de Normandía que tengan la tentación de codearse con sombras tan famosas, todavía quedan verdes asilos bajo los grandes árboles de nuestro jardín».

El Sr. Pol Neveux, en representación del Ministro de Instrucción Pública[1], termina la serie de discursos.

DISCURSO DEL SR. POL NEVEUX

El delegado del Ministro de la Instrucción pública y de las bellas artes, en un exhorto muy literario, encuentra el medio de recordar de un modo ingenioso, que Guy de Maupassant fue durante algún tiempo funcionario del Ministerio:

«Pronto hará diez años que algunos maestros ilustres y unos pocos admiradores vinieron aquí para inaugurar el monumento al más maravilloso

[1] El Sr. Pol-Louis Neveux, hombre de letras, inspector general de bibliotecas, caballero de la Legión de honor, hijo de M. Neveux, notario honorario, caballero de la Legión de honor, se ha casado en julio de 1904 con la Srta. Céline-Mathilde-Antoinette Mollet, hija del Sr. Mollet, ministro plenipotenciario, oficial de la Legión de honor y autor de varios volúmenes sobre la Revolución y de un estudio sobre *Napoleón en la isla de Elba* [A. L.].

escritor de este siglo, el monumento a Gustave Flaubert. Y por primera vez en mi vida comprendí, al ver el pequeño número de fieles, lo que pesan los reconocimientos y los respetos literarios. Era un domingo de noviembre, un cielo plomizo, inquieto, atravesado por vientos marinos que sacudían las colgaduras de la tribuna oficial como las velas de un navío. Y escuché la palabra grave, religiosa del Sr. de Goncourt; todavía puedo ver su altiva figura enmarcada entre sus blancos cabellos y su fular. Maupassant estaba allí, un Maupassant delgado, estremecido, con un rostro menguado que yo vacilaba en reconocer. Pasamos algunas horas juntos, y a partir de aquél día ya no lo volví a ver. Murió poco después, y la noticia de su muerte acrecentó todavía más en mi memoria la melancolía de aquel supremo reencuentro.

«Esos recuerdos se han despertado, dolorosos y precisos, cuando, anteayer, el Sr. Ministro de la Instrucción Pública que, desde hace varias semanas, había prometido inaugurar hoy la estatua de Victor Duruy, me ha concedido el honor de tomar la palabra en su nombre. La tarea era peligrosa, y la he considerado, como la juzgo todavía, superior a mis fuerzas. Ustedes comprenderán, caballeros, los azares de la vida oficial que me imponen el deber de alabar a un escritor que no es justiciable más que por sus iguales. Y todavía tengo necesidad de recordarme, para encontrar una excusa, que antaño Maupassant practicó mis tareas habituales, que él fue durante algún tiempo, huésped de esa vieja casa de la calle de Grenelle, y que, él también, acodado en la ventana que da al jardín, siguió las evoluciones de los familiares cuervos en las copas de los grandes plátanos. »

«Sin duda, para resignarse a la idea de un homenaje póstumo, Maupassant hubiese exigido, en su extrema probidad, la promesa de un juicio verídico y sin afectos. Pero ese juicio, ¿cómo extraerlo hoy con alguna seguridad de la diversidad de opiniones que han tratado de explicar las razones de una gloria universalmente aclamada? Habiéndolo amado cada uno, cada uno se ha aplicado a penetrar en la filosofía de su obra, en descubrir el secreto de su maestría. ¿No se han encontrado críticos, y no menores precisamente[1], para afirmar que él había sido grande precisamente

[1] Me parece que el Sr. Pol Neveux ha debido pensar aquí en el Sr. Jules Lemaître, de la Academia Francesa.

La Sra. Lecomte du Noüy cita, en su volumen *Mirando pasar la vida*…, un «querido y amable colega» autor de un mal artículo sobre Maupassant; a decir verdad, temo que no

porque no había tenido ni ideas ni estilo? Ampliando este ingenioso espíritu, la pasión de la realidad, en la cual su temperamento lo esclavizaba, le habría proporcionado la facultad de juzgar la vida y expresarla en una forma personal. Esas son las brillantes paradojas.

«Del hecho de que, al menos en sus obras maestras, parezca desterrar toda retórica de su estilo, ¿no nos daría más derecho a concluir que él ha poseído la mejor de todas? Y sin embargo, como todos los artistas de su generación, su espíritu ha debido someterse a la tiranía de la gran escuela literaria del siglo. A su vez, él se había metido en el bosque romántico, pero, en lugar de ceder, como la mayoría de sus compañeros de viaje, al hechizo de su misterio y de hundirse allí, antes había desbrozado camino, remontado la avenida abriéndola mediante la ayuda de sus ilustres antepasados. A lo largo de la ruta, había escuchado a su vez las fastuosas orquestaciones de Flaubert, las sonoras lamentaciones de Chateubriand; ellas lo encantaron sin encadenarle. Se alejó todavía y no se detuvo más que a pleno sol, ante el amplio horizonte y claro de los siglos clásicos. Reanudó la vieja tradición francesa, daba a la visión naturalista la claridad de los contornos, la precisión de las líneas, el desprendimiento de las deformaciones líricas legadas por el Romanticismo.

« ¿Cedió simplemente y sin reflexión a las facultades objetivas de su naturaleza practicando esta audaz amputación, o fue el fruto de una preferencia meditada que le dictaba su frecuente contacto con los viejos maestros? No importa. Lo que es cierto, es que, gracias a esta reforma, a esas cualidades reencontradas, a esas claridades renacidas, pudo conquistar de golpe el favor de todos. El lector francés, apasionado por la luz, satisfecho por las bellas ordenaciones – jardines de curas o parques del gran rey, – se encuentra de pronto a sus anchas y de lleno en temas que no

---

haya mucho de eso. Pocas fisonomías han sido travestidas de un modo tan vergonzoso como la del autor de *Bel-Ami*. Fue un espíritu que casi siempre ha escapado a la inteligencia de sus contemporáneos. Se sabe que Jules Lemaître no supo sustraerse al error de apreciación común en casi todos los críticos que se han ocupado de Maupassant; dos veces, se ha retractado y ha hecho corrección de sus primeros juicios. En el género *malo*, lo que hay más representativo, es un artículo del Sr. Fern. Gregh sobre *las Obras póstumas de Maupassant*, en la *Revue Bleue* del 13 de abril de 1901. Aún tratándose de una revista y no de un «periódico matinal», en el texto de la Sra Lecomte, se podría creer con mucha probabilidad que es a este artículo al que se alude. [A. L]

diferían sensiblemente de aquellos que se les había ofrecido hasta entonces, pero que sentía tratados con una arte invisible y tan sólidamente construidos que tenían el hálito de organismos vivos.

«Todo su éxito estriba en eso. Sin embargo ese éxito, tan grande como éste sea, no bastará para justificar su gloria, sobre todo en nuestra época, donde la literatura no sabría reducirse a un ejercicio de destreza para el contador, a una recreación para el público.

«Pero él tuvo otra cosa más que un impulso espontáneo, una abundancia de verbo. En la obra de Maupassant hay una filosofía, una concepción de la humanidad y del mundo, concepción discutible en la verdad, pero que estalla en cada página de sus libros: Maupassant es pesimita, el pesimista más evidente tal vez de la literatura francesa. Y como nunca es el héroe de ese pesimismo, él lo ha llevado más allá que el mismo Chateaubriand, cuyo lirismo se inclinaba hacia la música de su dolor. Para él la naturaleza, la gran madre ciega, es despiadada, feroz y pérfida. El hombre siempre se encuentra en estado salvaje. La civilización, máscara ilusoria de su barbarie, cruje a cada instante bajo el empuje bestial del instinto. Maupassant se destaca por mostrar la bestia mal encadenada que crece y que emerge del fondo de la jaula en la que la aprisionan las convenciones y las leyes.

«En el hombre de hoy, rural o urbano, noble o burgués, encuentra al hombre eterno que, en la granja, la oficina o el salón, se acuerda siempre de la caverna y de los bosques. No se plantea el problema de la libertad moral y, en nuestros días, como en los tiempos antiguos, la inexorable fatalidad oprime al rebaño de los humanos. Es la eterna miseria de todo lo que había hablado Flaubert. En su defensa de la nada, Maupassant ha llegado incluso a negar su propio esfuerzo. Encuentro las siguientes palabras en una carta inédita: «Yo soy incapaz de amar verdaderamente mi arte. Lo juzgo excesivamente, lo analizo demasiado. Siento cuan relativo es el valor de las ideas, de las palabras y de la inteligencia, incluso la más brillante. No puedo impedir desdeñar el pensamiento, en tanto es débil, y la forma, en tanto es incompleta. Ciertamente siento, de un modo agudo, incurable, la noción de la impotencia humana y el desprecio por el esfuerzo que no conduce más que a pobres, más o menos.»

Tal se ha mostrado Guy de Maupassant en sus libros, en sus cartas, en sus palabras. ¿Cómo una visión tan negra, una tesis tan penosa, – digamos la

palabra – no ha podido tocar la sensibilidad media del público? Es que a través de aparato lógico, a través del concepto impuesto por la razón, la emotividad personal del escritor, ajeno, a menudo incuso contradictorio a sus ideas, se hace día, se revela a su pesar. Y en unas palabras, en unos matices, el lector clarividente habría sentido, habría adivinado que Maupassant era el primero en sufrir esa desgracia de la vida, que él parecía complacerse en describir.

«He aquí una confesión inédita que encuentro en unas notas íntimas:

«Si pudiese hablar ante alguien y no ante una barrera, dejaría salir tal vez todo lo que siento en mi interior de pensamientos inexplorados, reprimidos, desolados. Los siento hinchándose y envenenándome como la bilis a los biliosos. Pero si pudiese un día expectorarlos, entonces tal vez se evaporarían, y ya no encontraría en mí nada más que un corazón aliviado, alegre, ¿quién sabe? Pensar se convierte en un tormento abominable cuanto todo el cerebro no es más que una llaga. Tengo tan martirizada la cabeza que mis ideas no pueden brotar sin que me entren ganas de gritar: ¿Por qué? ¿Por qué? Dumas diría que tengo un mal estómago. Creo más bien que tengo un pobre corazón avergonzado y orgulloso, un corazón humano, ese viejo corazón humano del que uno se ríe, pero que se emociona y sufre, y la cabeza también, tengo el alma de los latinos, que está muy usada. Y además, hay días en los que no pienso así, pero sufro de igual modo, pues soy de la familia de los quisquillosos. Pero eso, no lo digo, no lo muestro, lo disimulo incluso muy bien, creo. Se me considera sin ninguna duda uno de los hombres más indiferentes del mundo. Yo soy escéptico, lo que no es lo mismo, escéptico porque tengo los ojos claros. Y mis ojos dicen a mi corazón: ¡Escóndete, viejo, eres grotesco! Y él se esconde».

«Es posible que al principio de su carrera, en el fragor de su robusta juventud, ese pesimismo haya encontrado la alegría en la sola conquista de la verdad; pero a medida que avanzaba en la vida – y no es avanzar también en el sufrimiento – su impasibilidad perdía rigidez, el mármol se resquebrajaba poco a poco. El narrador alerta, intrépido de los *Cuentos de la becada*, acabó en el novelista perturbado, patético, de *Fuerte Como la Muerte*. Sea cual sea la síntesis en la que el ser humano trata de resumirse, él no puede sustraerse a las condiciones necesarias del «querer vivir»: en el fondo del pesimismo, Maupassant había encontrado la piedad…»

«A medida que se penetra en su obra, se discierne mejor esta compasión para todos aquellos que están sometidos a las fatalidades físicas, a las crueldades humanas o a los criminales azares de la existencia. Es una ternura contenida, una ternura igualitaria, nivelada, que no pide su papeles a nadie, que no inquiere ni el origen de las miserias, ni su calidad, una ternura tan caritativa por el vagabundo *Jacques Ravenel* como por *Oliver Bertin*, caritativa por *Bola de Sebo* como por la *Sra. de Guilleroy.*

«Y compadecerá todos los dolores, dolores morales y dolores físicos, la pobreza y los abandonos, los adioses y la enfermedad: se inclinará sobre el corazón de las medres desgarradas por la ingratitud de los hijos, sobre el suplicio de los réprobos y los infames; se apiadará de la herida de la traición, de la melancolía de los ancianos y la amargura por las existencias no vividas.

«Y esta caridad a veces altiva no está inspirada en ninguna religión, no proviene de ningún misticismo: será pura y llanamente humana. Es el ser universal lo que emociona a Maupassant; más la víctima es humilde, es inconsciente, y generosamente él adopta su sufrimiento; su fraternidad abarca a los animales y a las personas. Escribe algunos años antes de su muerte: “Estoy muy cerca de la naturaleza, amo al ser, al ser que vive miserablemente, que llora, que sufre, que se debate sin comprender. Amo a la bestia, al hombre y al animal, profundamente. El pelo del perro y la pluma de los pájaros atraen mi mano: su existencia me apasiona”. Recuerden, Caballeros, el episodio del asno en *Mont-Oriol*, y, en uno de sus relatos de caza, la muerte voluntaria, tan desgarradora, del pato plateado. En ciertas horas, incluso los árboles unen sus quejidos a la lamentación universal: recuerden las grandes lágrimas que en otoño lloran las grandes hayas tristes sobre el alma, ¡la pequeña alma de *la pequeña Roque*!

«Pero tanta piedad no alivia su rencor. En vano, huyendo de su miseria, trata de desorientarla, de arrojar entre él y su visión de los hombres el espectáculo cambiante de la tierra, de esta tierra de la que dice ser demasiado pequeña. Después de su provincia natal, depuse de la pradera y la mar normanda, se libra al encanto del río, al deslizamiento de la barca que interrumpe la vida feliz feliz de los reflejos; luego fue el Auvergne, la casa pastoril envuelta en pliegues de acida hierva bajo los negros basaltos; el Midi, el Mediterráneo, el Esterel, Italia, África, jornadas arrasadas por el

sol, donde el aire es como una caricia que produce a la vez la ilusión y el lamento de la alegría… Y cada etapa era una nueva decepción.

«Entre las mentiras encantadoras de la naturaleza, trata de interesarse por los artificios de la vida parisina, experimenta la nada de las futilidades literarias y de los parloteos estéticos. Frecuenta a la alta sociedad y, menos indulgente que algunos de sus colegas, la sopesa en su justo valor. A un amigo le declaraba: "Hace [la alta sociedad] unos fracasados de todos los sabios, de todos los artistas, de todos los inteligentes que ella acapara. Hace abortar todo sentimiento sincero por su modo de dispersar el gusto, la curiosidad, el deseo, la pequeña llama que arde en nosotros".

«Cansado, decepcionado por tantas experiencias, Guy de Maupassant no debía encontrar su curación más que en la muerte. Ella llegó imprevisible, bárbara, y tras un drama que nos produjo durante largos meses angustias y ansiedades, ella lo tomó a nuestra ferviente admiración.

«Helo aquí ahora tranquilo y glorioso, estático en su última parada, junto a su viejo maestro, "Pienso siempre, escribía, en mi pobre Flaubert, y me digo que quisiera estar muerto si estuviese seguro que alguien pensaría en mí de este modo". Su deseo será atendido, Caballeros, lo atestiguan los amigos que me escuchan – y los demás, todos aquellos que escriben, todos aquellos que leen.»

«Han tenido ustedes una feliz idea, Caballeros, – y permítanme agradecérselo en nombre de las letras francesas – ubicando codo con codo, en la gloria, como lo fueron en vida, al maestro y al discípulo, reuniéndolos a la sombra de vuestras obras maestras, no lejos de esa terraza de Croisset desde donde ambos miraban subir en la suavidad de los crepúsculos, como en el fondo de un cuadro de Van Eyck, las nobles arquitecturas de vuestra ciudad natal, ¡de la Florencia gótica!».

Este discurso, tan diferente de las habituales arengas oficiales, es un regalo para los letrados; bonitos pasajes, muy delicadamente pronunciados, provocando bravos, y cuando acaba, mientras los asistentes prorrumpen en aplausos, el Sr. Pol Neveux recibe las felicitaciones de todos los que están junto a él[1].

---

[1] Que me sea permitido aquí agradecer al fiel amigo de Maupassant el amable envío que ha tenido a bien hacerme en 1903, del texto completo de su discurso: *Discurso pronunciado*

La ceremonia ha finalizado. A los sones de una *Marcha solemne*, de feliz inspiración, compuesta para la ocasión por el Sr. Charles Lenepveu, los asistentes circulan a través de las paseos, y tras un último saludo al monumentos que se acaba de inaugurar, abandonan el jardín Solfenrino, llevando el recuerdo, que conservarán con mimo, de esta ceremonia tan bien organizada, y en todos los aspectos tan exitosa.

---

en Ruán, el 27 de mayo de 1900, por el Sr. Pol Neveux, delegado del Ministro de la Instrucción Pública y de las Bellas Artes, en la inauguración del monumento de Guy de Maupassant (París, Imprenta Nacional, MDCCCC, encuadernado de 9 páginas, de las cuales 9 están numeradas) [A. L.]

BIBLIOGRAFÍA

DE

GUY DE MAUPASSANT[1]

> «Vais a perdonarme; deseo intentar ahorraros, ordenando un poco artificiosamente mi discurso, la aridez de un catálogo que puede ser muy útil consultar, pero no es de las cosas más agradables de leer o de intentar leer.... Y lo haré con brevedad, recordando esas obras con un escrito que ha de ir delante del volumen. De otro modo sería una estupidez o vanidad de académico; ni yo mismo he aspirado a la gloria de aquél que, como dice el refrán, *con muchas luces provocaba oscuridad*.».[2]
>
> CARDUCCI I, 346-359, Relazioni di Storia Patria.

[1] Es a los Sres. Pougueois, Pinchon, de Heredia y Pol Neveux, así como a los Sres. doctores Meuriot (fallecido el 1 de mayo de 1901) y Franklin-Grout, que han tratado a Guy de Maupassant en el hospital del Dr. Blanche durante su última enfermedad, a quiénes debo haber podido reunir los datos de esta bibliografía. Ruego al Dr. Franklin-Grout que reciba aquí la expresión de mi respetuosa y amistosa gratitud. Nunca olvidaré su bondad para conmigo.

[2] Traducción del italiano de Nieves Soto.

OBRAS DE GUY DE MAUPASSANT[1]

1. *Las Veladas de Médan*, en colaboración con Zola, Huysmans, etc. : *Bola de Sebo*.
2. *Miss Harriet*, Paris, 1884, 11ª ed., París, Victor Havard, 1885, 3fr 50.
3. *La Casa Tellier*, 12ª ed., 1 vol. In-18, 3 fr 50, Havard; nueva ed., Ollendorff, ed. in-18, 1891; ed. in-16, 1899.
4. *Señorita Fifi*, Nuevos Cuentos[2]. Ed. orig., 1883, 10ª ed., 1 vol. in-18, 3 fr. 50. París, Victor Havard, 1883, 319 páginas; nueva ed., Ollendorff, 1892.
5. *Una vida*, París, Havard, 1883, 337 páginas, in-18, 25ª ed. 1 vol. in-18, 3 fr. 50, nueva edición revista, Paul Ollendorff, 1893.
6. *Al sol*, 10ª ed., 1 vol. in-18, 3 fr. 50, Victor Havard, 11ª ed. 1888.
7. *La paz de la pareja*, dos actos en prosa, representados en la Comedia Francesa el 6 de marzo de 1893, 1 vol. in-18, 3 fr. 50, 5ª ed. Paris, 1893, Ollendorff, 219 p.
8. *Unos Versos*, con un retrato de Guy de Maupassant, grabado al aguafuerte, por Le Rat. París, Havard, in-12, tip. Ch. Unsiger, 209 páginas. Pequeña edición de lujo, 6 fr. Ed. in-12, Charpentier, 1884.

---

[1] No me atrevo a afirmar que estos dos volúmenes, comprados por mí en 1902 en la librería Dorbon de París, sean efectivamente de Maupassant. He aquí, en cualquier caso, las indicaciones del catálogo Dorbon, nº 21, de octubre-noviembre de 1903: 5254 MAUPASSANT (G. de). *Los primos de la coronela*,

Por la Vizcondesa de Corazón-Ardiente. *Lisbonne, en casa de Antonio da Boa-Vista, s.d. (Bruselas, Gay et Doucé*, 1880), in-12, br., couv…….30 francos.

Edición original con la portada de Fel. Rops, con una tirada de 500 ejemplares de esta obrita libre varias veces reimpresa en las imprentas clandestinas de Holanda, y que se atribuye a Guy de Maupassant.

[2] Contenido: *Señorita Fifi, La Señora Baptiste, El leño, La reliquia, La cama, Loco, Un sueño, Un ardid, A caballo, la herrumbre, Marroca, Cena de Nochebuena, Palabras de amor, Una aventura parisina, Dos amigos, El ladrón, Noche de Navidad, El sustituto.*

9. *Musotte,* pieza en tres actos, en prosa, representada en el Gymnase el 4 de marzo de 1891. En colaboración con Jacques Normand. 3 fr. 50. 4ª edición, París, 1891, 207 p. in-18.
10. *Yvette,* 1 vol. in-18, 3 fr. 50[1]
11. *Las hermanas Rondoli,* 25ª ed., 3 fr. 50.
12. *La belleza inútil,* 16ª ed., París, Havard, 1890. In-18.
13. *El Señor Parent,* París, Paul Ollendorff, 1886, 24ª ed. I vol. de 320 p. in-18, 2 fr. 50[2].
14. *Bel-Ami,* 60ª ed., 1 vol. Victor Havard editor, y edición ilustrada Ollendorff, (París, 1885, in-18).
15. *La mano izquierda,* París, 1889, in-12, 1 vol, in-18, 3 fr. 50.
16. *Mont-Oriol,* 40ª ed., 1 vol., Victor Havard. Escrito en Antibes, Villa Muterse, 1886. Ed. original, 1887, 1 vol. de 367 p. in-18.
17. *El Horla,* 30ª ed., 1 vol., 3 fr. 50, Paris, P. Olendorff, 1887, 354 páginas, imprenta Chamerot, in-18.[3]
18. *La Pequeña Roque,* 18ª ed., 1 vol. de 324 p. in-18, París. V. Havard, 1886.
19. *La Vida errante. Recuerdos de viaje,* cubierta ilustrada por Rion, 18ª ed., 1 vol. de 324 p. in-18, París, V. Havard, 1886.
20. *Cuentos de la becada,* 13ª ed., 1 vol. – 7ª ed., Paris 1884, in-18. Ed. 1887, in-18.
21. *Claro de luna,* 6ª ed., 1888, 1 vol. de 316 p. in-18, 3 fr. 50. Ed. 1884, in-8º.
22. *Pierre y Jean,* 49ª ed. 1 vol. de 277 p. in-12, tipografía Chamerot, 3 fr. 50; Ollendorff, con prefacio de septiembre de 1887 sobre "La Novela". París, 1888. Ed. de *Pierre y Jean*, ilustrada por Duez y Lynch. En la cabecera de cada uno de los capítulos con acuarelas de Duez, grabados

---

[1] Ed. original, Paris, V. Havard, 1885, 291 p. in-18, tip. Ch. Unsinger, Contenido: *Yvette, El regreso, Abandonada, Las ideas del coronel, Paseo, Mohammed-Fripouille, El guarda, Berthe.*

[2] Contenido: *El Señor Parent, El bicho de Belhomme, En venta, La desconocida, La confidencia, El bautismo, Imprudencia, Un loco, Tribunales rústicos, La horquilla, Las becadas, En el tren, La Querida, Descubierta, Soledad, Al borde de la cama, El soldadito.*

[3] Contenido: *El Horla, Amor, El pozo, Recuerdo, Campanilla, El marqués de Fumerol, La señal, El diablo, Los reyes, En el bosque, Una familia, Joseph, El albergue, El vagabundo.*

entre texto según las acuarelas de A. Lynch; fotograbados de Goupil y Cía, Paris, Boussod y Valadon, 1888, 170 p. in-fº. [*Biblioteca Nacional, REserva g. Y²10*]

23. *Fuerte como la muerte,* 71ª ed., 1 vol., 3 fr. 50, Ollendorff, París, 1889, 353 p. in-18, tipografía Chamerot.
24. *Nuestro corazón,* 60ª ed., 3 fr. 50. París, P. Ollendorff, 300 p. in-18, tipografía Chamerot, 1890, in-18.
25. *Cuentos escogidos.* París, 1891-92, gr. in-8º. [*Biblioteca Nacional, Reserva, m. Y² 27*]. Contenido: *Allouma, El Olivar, El pecio, Hautor padre e hijo, El lobo (historia de caza), Señorita Fifi, La Casa Tellier, Mosca (recuerdos de un remero), Una noche, Un día de campo.*
26. *Cuentos del día y de la noche,* París, Marpon y Flammarion, 1885, 354 p. in-12.[1]
27. *Cuentos y relatos.* París, 1885, in-12, Charpentier.
28. *Émile Zola.* París, Quantin, 1883, 32 p. in-16.
29. *Estudio sobre Flaubert,* in-8º e in-12, Paris, 1889.
30. *Notas sobre A.C. Swinburne.* París, 1891, in-18.
31. *Prefacio a «la historia de Manon Lescaut» del Abad Prévost.* París, 1889, gr. in-8º.
32. *El doncel de la Señora Husson,* París, 1888, in-4º. Id. Paris, Quantin, 1888, 310 p.in-16[2]

[1] Contenido: *El crimen del tío Bonifacio, Rose, El padre, El ciego, El collar, La dicha, El viejo, Un cobarde, El borracho, Una vendetta, Coco, La mano, El pordiosero, Un parricida, El niño, La roca de los pájaros bobos, Tombouctou, Una historia corsa, Adios, Recuerdo, La confesión.*

[2] Contenido: *El doncel de la Señora Husson, Enviada, La baronesa, Una venta, El asesino, La Martina, Un fracaso, Una velada, La confesión, Divorcio, La revancha, La odisea de una muchacha, La ventana.*

EDICIONES ILUSTRADAS

Claro de luna. Ilustrada por varios. París, ed. Monnier, 1884, in-8º. Corbeil, tipografía Crété, 117 p. Contenido: *Claro de luna, Golpe de Estado, El lobo, El niño, Cuento de Navidad, La reina Hortense, El perdón, La leyenda del Monte Saint-Michel, Una viuda, Señorita Carotte, Las joyas, Aparición.*

Bel-Ami. 103 ilustraciones de Ferdinand Bac. Paris, Ollendorff, 1895, in-8º, 444 p., tipografía Chamerot.

Bola de Sebo, composiciones de Fr. Thévenot, grabados sobre madera de A. Romagnol, París, A. Magnier, 1897, g. 8º. Como falso titulo figura: «Colección de los Diez».

Cuentos elegidos. Ilustraciones de Jeanniot. París, Librería ilustrada, 1886, in-18, 273 p. París, imprenta Ch. Unsinger. Contiene: *La Señorita Perla, Dos amigos, Minuet, El barrilito, El miedo, La madre Sauvage, A caballo, Pierrto, Un cordelillo, Denis, En la mar, El bicho de Belhomme, La loca, Mi tío Jules, En los campos, El pecio, La aventura de Walter Schnaffs, En el agua.*

Toine... Ilustraciones de Mesplès. París, Marpou y Flammarion, 1886, in-12. París, imprenta Marpon y Flammarion. Contiene: *Toine, El amigo Patience, La dote, Rencuentro, La cama, El protector, Bombard, La cabellera, El tío Mongilet, El armario, La habitación, Los prisioneros, Nuestros ingleses, El medio de Roger, La confesión, La madre de los monstruos, La confesión de Theodule Sabot.*

Sobre el agua. Dibujos de Riou, grabados de Guillaume hermanos. París. marpon y Flammarion, 1888, in-12, 246 p. París, imprenta Marpon y Flammarion.

La Casa Tellier. Ilustraciones de Pierre Vidal, grabaod en relieve de Ruekert. París. Sociedad de bibliófilos contemporáneos, 1892, gran in-8º, 44 p. París, imprenta Quantin.

Una noche. Ilustraciones de Georges Scott, grabados sobre madera de Quesnel y Duplessis. París, Sociedad de bibliófilos contemporáneos, gran in-8º, 27 p. Paris, Quantin.

Allouma. París, Sociedad de bibliófilos contemporáneos, 1892, gran in-8º, 30 p. París, imprenta Quantin.

El Olivar. Ilustraciones de Paul Gervais. París, Sociedad de bibliófilos contemporáneos, 1892, gran in-8º, 34 p. París, imprenta Quantin.

El pecio. Litografiado. París. Sociedad de bibliófilos contemporáneos, 1892, gran in-8º, 17 p. París, imprenta Quantin.

Hautot padre e hijo. Ilustraciones de Gustave Jeanniot, aguafuertes de henri Manesse. París. Sociedad de bibliófilos contemporáneos, 1892, gran in-8º, 20 p.

El lobo. Aguafuertes de Evert Van Hayden, texto grabado al buril por Leclère. París, París. Sociedad de bibliófilos contemporáneos, 1892, gran in-8º, 12 p. París, Quantin.

Mosca. Ilustraciones de Ferdinand Gueldry, grabado sobre acero por Fillon. Texto burilado por Leclère. París. Sociedad de bibliófilos contemporáneos, 1892, gran in-8º, 20 p. París, imprenta Lemercier.

Un día de campo. París. París. Sociedad de bibliófilos contemporáneos, 1892, gran in-8º, 18 p. París, imprenta Quantin.

La cama. Prólogo de H. Lavedan. Évreux, Sociedad normanda del libro ilustrado, 1895, in-4º, 60 p. Évreux, misma imprenta.

Bola de sebo. Colección de los Diez. Composición de François Thévenot, grabados en madera de Romagnol. París. A. Magnier, 1897, in-8º, 110 p. París, tipografía Chamerot.

Imprudencia. Texto y esquemas de Henriot. París, a costa de un amigo de los libros, 1899, grand in-8º, 31 p. París, imp. Lemercier.

Los domingos de un burgués de París. Dibujos de Dupuis. París, P. Ollendorff, 1901, in-18º, 188 p. Évreux, imprenta Ch. Herissey.

Bola de sebo. Ilustraciones de Jeanniot, grabados en madera de G. Lemoine. Paris, Ollendorff, 1902, in-16, 336 p.

Cuentos de la Becada. Ilustraciones de Lucien Barbut, grabados en madera por G. Lemoine. Paris, Ollendorff, 1901, in-16, 302 p.

Los domingos de un burgés de París. Dibujos de Géo-Dupuis, grabados en madera de G. Lemoine. París, Ollendorff, 1900, in-16, 188 p.

Imprudencia. esquema de Henriot. París, a costa de un amigo de los libros, 1899, in-8º, 31 p.

La cama. Prólogo de Henri Lavedan [15 de marzo de 1895]. Évreux. Sociedad normanda de libros ilustrados, 1895, in-4º.

Señorita Fifi. Ilustraciones de I. Vallet, grabados en madera por G. Lemoine. París, Ollendorff, 1902, in-16, 286 p.

Señorita Fifi. Ilustraciones de A. Girardin y Charles Morel, grabados en madera de J. Tinayre, París, París. Sociedad de bibliófilos contemporáneos, 1892, gran in-8º, 22 p. París, impreso por la misma Sociedad.

Miss Harriet. Ilustraciones de Ch. Morel, grabados en madera de G. Lemoine. Paris, Ollendorff, 1901, in-16, 339 p.

Mont-Oriol. Dibujos de F. Bac, grabados en madera por G. Lemoine. París, Ollendorff, 1901, in-16, 390 p.

Nuestro corazón. Ilustraciones de René Lelong, grabados en madera por G. Lemoine- París, Ollendorff, 1902, in-16, 303 p.

El doncel de la Señora Husson. Ilustraciones de V. Rottembourg, grabados en madera por G. Lemoine, París, P. Ollendorff, 1902, in-16, 308 p. El relato *El doncel de la Señora Husson*, ilustraciones por Habert Dys, aguafuertes de E. Abot según Desprès, ipreso en talla doce, existe en la B. Nacional. París. Quantin, 1888, 38 p. in-12, impreso por Quantin.

Una vida. Ilustraciones de A. Leroux, grabados en madera de G. Lemoine. Paris. Ollendorff, 1901, in-16, 335 p. tipografía Chamerot.

Yvette. Ilustraciones de Cortazza, grabados en madera por G. Lemoine. París, Ollendorff, 1902, in-16, 314 p.

OBRAS PÓSTUMAS

1. *El padre Milon*, Paris, Ollendorff, 1899
2. *El buhonero*, París, Ollendorff, 1900, 28ª ed.
3. *Sobre el Agua*, nueva edición, Ollendorff. Esta ed. póstuma es muy diferente de la de 1888 in-12 y de la de 1899 in-18.
4. *Historia de los viejos tiempos*, Escena en verso, nueva edición, Ollendorff[1], etc. etc.

NOTAS A LA BIBLIOGRAFÍA

Al sol (2ª ed. 1884, 297 p. in-18, París, Victor Havard). Dedicada a «Pol Arnault». Es un hombre de letras muy conocido que vive en París

[1] Comedia en un acto representada por primera vez en el Teatro francés, el 19 de febrero de 1879. (París, 1889, pieza de 22 p. in-12. *Bibl. Nat., yth. 28996*.)

durante el invierno y en Cannes en el verano. Contiene: *Al sol, El mar, Argel, Orán, Bou-Amama, Provincia de Argel, la Kabilia, Bougie, Constantine. Fragmentos: A las Aguas, En Bretaña, El Creusot.*

Este volumen ha sido impreso en Corbeil en la imprenta B. Renaudet.

El principio de *Al Sol* es de un pesimismo que recuerda el de Schopenahuer y de Hartmann, y algunos pasajes al de Leopardi: « La vida tan corta, tan larga, se hace insoportable a veces. Transcurre monótona con la muerte por término. No se la puede detener, ni cambiar, ni comprenderla. A menudo os indignáis ante la impotencia de vuestros esfuerzos. ¡Hagamos lo que hagamos, moriremos! Sea lo que fuere lo que creamos, pensemos o intentemos, la muerte nos espera. Y nos parece que vamos a morir mañana sin conocer nada, aun cuando asqueados de lo que conocemos. Entonces nos sentimos anonadados comprendiendo «la eterna inanidad de todo», la impotencia humana y la monotonía de las acciones.»...

El escritor nos da la fecha exacta de su partida (p. 5): «Abandoné París el 6 de julio de 1881». Tras haber descrito la travesía desde Marsella a Argel (p. 7-11), nos cuenta sus impresiones de su viaje por Argelia (p. 12 y siguientes). *La Provincia de Orán* es unos de los mejores capítulos del libro (p. 19-38); después nos habla de *Bou-Amama* (p. 39-53), « Ese invisible guasón, después de enloquecer a nuestro ejército de África, desapareció de un modo tan completo, que se empieza a suponer que nunca existió.». Es necesario comparar estas páginas con las tan intensas *Memorias del General Du Barail* dictadas por el viejo soldado a Jules Cornèly. *La Provincia de Argel* ocupa uno de los más largos capítulos de libro (p. 54-91); a continuación Maupassant nos describe una misión de dos jóvenes lugartenientes en los territorios de los círculos de Boghar, Dielfa y Bou Saada, misión en la que el escritor solicita autorización para unirse (*El Zar'ez*, pp, 92-180). Henos aquí (p. 181-214) en la parte más rica y más poblada de Argelia: el país de los kabilas, montañoso, cubierto de bosques y campos. Esta excursión por África acaba con un capítulo sobre Constantine, «la ciudad fenomenal, Constantine la rara» que, según dicen los árabes, parece un albornoz extendido. El primero de los *fragmentos* es *A las aguas*. Se trata de un pretendido *Diario del Marqués de Rosveyre*. El capítulo sobre la Bretaña es un diario de viaje escrito en julio de 1882. Allí se encuentra, p. 277, un curioso *Cántico bretón*. *La Hondonada* de las «cien chimeneas gigantes» está admirablemente descrita en el último capítulo, p. 287-297.

Bel-Ami [nombre que Maupassant da después a su velero]. Edic. original, V. Havard, 1885, 441 p. in-18, tip. Ch. Unsinger. 4ª edic. 1885, 441 p. Otra edición Ollendorff ilustrada.

Cuentos del día y de la noche. Ilustrados por Paul Cousturier (París, grabados de Guillaume, edición Marpon y Flammarion, 1 vol. in-18; cincuenta ejemplares han sido impresos en papel de Hoanda y numerados). (Ha habido una edición a 5 fr. y otra a 3 fr. 50).

Gustave Flaubert, estudio (de LXXXVI páginas) en el volumen *Cartas de Gustave Flaubert a George Sand, precedidas de un Estudio* por GUY DE MAUPASSANT (París, 2ª mil, G. Charpentier, 289 p. 1884).

Este prefacio acaba así: «¿Para amar la vida no es suficiente una larga y poderosa pasión? Él tuvo esa pasión hasta su muerte. Desde su juventud, él había entrado su corazón a las letras, y jamás lo lamentó. Usó su existencia en esta ternura inmoderada, exaltada, pasando noches febriles como los amantes, estremecido de ardor, desfallecido de fatiga después de esas ahoras de amor intenso y violento, y presa, cada mañana, desde que se levantaba, de la necesiada por la amada.

«Finalmente, un día cayó fulminado, contra el pie de su mesa de tabajo, muerto por ella, la literatura, muerto como todos los grandes apasionados que siempre acaban siendo devorados por sus pasiones...».

El Horla. Relatos. (1 vol. gr. in-18. París, Ollendorff)

H. C. M. escribía en l'Intermédiaire del 10 de agosto de 1901: «Como todos aquellos que lo han leído, he quedado muy impresionado con el relato fantástico de Maupassant, El Horla, pero lo consideraba un ingenioso juego admirablemente conseguido, y no como una alucinación de un cerebro ya enfermo. Pues bien, sea lo que sea, ingenioso juego o alucinación, me resulta imposible admitir las deducciones».

H. C. M. escribía en *l'Intermédiaire* del 10 de agosto de 1901: «Como todos aquellos que lo han leído, he quedado muy impresionado con el relato fantástico de Maupassant, *El Horla*, pero lo consideraba un ingenioso juego admirablemente conseguido, y no como una alucinación de un cerebro ya

enfermo. Pues bien, sea lo que sea, ingenioso juego o alucinación, me resulta imposible admitir las deducciones demasiado ingeniosas, desde mi punto de vista, del colaborador de *l'Intermédiaire*, Sr. Mansuy (Interm., XLIV, 54, 143) y estas son mis razaones:

«Suponiendo que el autor de *Bel-Ami* presentase ya atisbos de locura cuando escribió *El Horla*, hay que reconocer que el escritor era en todo momento dueño de su espíritu y de su pluma. Ahora bien, es evidente para mí que teniendo que describir un ser misterioso, de esencia y formas desconocidas, debió buscar una combinación de sílabas sonoras, extraña, pero que no se correspondiese con ninguna idea, con ninguna denominación conocida.

«Conocemos con que cuidado, con qué esfuerzo a veces, los escritores eligen los nombres de su protagonistas, y hay al respecto, en una novela de Balzac, *Z. Marcas*, una anécdota que se ha hecho clásica. Pues bien, un realista como Maupassant buscará la verdad por mediación de los nombres de los personajes y, en su preocupación por lo auténtico, no cejará hasta obtenerlos completamente, al igual que para un ser fantástico que se exterminará, inventando uno que no se parezca a nada real. Concluyo entonces que el nombre del *Horla* es una creación conseguida, no la adaptación de una forma existente».

Un anónimo (B.F.) escribía en *l'Intermédiaire des Chercheurs et Curieux*, n. 941, 2 de agosto de 1901, p. 256: «Siempre me han maravillado las interpretaciones increibles, fabulosas, que tienen por costumbre dar los etimologistas para explicar las cosas más sencillas.

«La palabra creada por Maupassant para expresar su idea es muy lógica.

«No hay más que leer el relato *El Horla* para ver que el autor ha querido dar, mediante ese término, la impresión que pruduce en el sujeto lo fantástico de lo que se siente rodeado: El *hors là*» [1]

---

[1] Con respecto a *El Horla*, leer *Los fenómenos de autoscopia*, por el doctor Paul Sollier, médico en el Sanatorio de Bologne-sur-Seine, profesor en la Universidad de Bruselas (Felix Alcan, París, 1903). Él ha estudiado en profundidad esas singulares ilusiones. Cuenta que, al igual que Musset, Guy de Maupassant también vio a su sombra. Uno de los amigos del novelista ha contado al Sr. Sollier la escena siguiente, que el Sr. Henri de Parville ha reproducido en los *Débats* del 18 de febrero de 1904:

Fuerte como la muerte[1] (1889). 1 vol. de 353 p. in-18, 105 ejemplares de lujo, 5 en papel japonés (1 a 5), 100 en holandes (6 a 105).

Acaba con estas palabras: «... Estaba sereno, impasible, inanimado, indiferente a toda miseria, repentinamente apaciguado por el Eterno Olvido».

Página 125: «... ¡Ah!, sin dudarlo ya, ¡cómo le hubiera gustado ser el marido de aquella mujer, y no su amante! Antaño deseaba raptarla, arrebatársela a aquél hombre, robársela por completo. Ahora sentía celos de aquél marido engañado que vivía junto a ella para siempre, disfrutando de las costumbres de su casa y acariciado por el contacto. Contemplándola sentía que el corazón se le inundaba de cosas antiguas que resurgían en su mente y que le hubiera gustado decirle. Sí, continuaba amándola, incluso un poco más, mucho más hoy que desde hacía tiempo....».

Publicado en primer lugar por la *Revue Illustrée* editada por la librería Baschet, París, in-4º, con magníficos grabados.

La belleza inútil, 10 ed. París. V. Havard, 338 p., in-12, imprenta Ch. Unsinger, 1890. Contenido: *La belleza inutil, El olivar, Mosca, El ahogado, La prueba, La máscara, Un retrato, El inválido, Los 25 francos de la superiora, Un caso de divorcio, ¿Quién sabe?*

Con respecto a *Mosca*, recordamos el encantador artículo de Henri Céard: *La Toque y Prunier*, aparecido en *l'Evénement* de París, 22 de agosto de 1896, pocos días después de la nominación del nuevo oficial de Academia Sr. Robert Pinchon, Bibliotecario de la ciudad de Ruán, nominación anunciada por *l'Officiel*:

«Estando ante su escritorio en su despacho, donde su servidor tenía orden estricta de no molestarle nunca mientras escribía, Maupassant pareció oir la puerta abriéndose; se volvió y no fue poca su sorpresa al ver entrar a su propia persona que vino a sentarse frente a él con la cabeza en la mano y poniéndose a dictarle todo lo que escribía. Cuanto hubo acabado se levantó y la alucinación desapareció. En el *Horla* de Maupassant se encuentra el esbozo de la ilusión cenestésica que acabamos de contar».

[1] Este título ha sido tomado prestado en 1903 por Enrico Panzachi para su darma, representado en Bolonia e impreso en la *Rivista d'Italia* de 1904. La Sra. Lecomte du Noüy, cuyo apellido de soltera era Oudinot, lo ha imitado para dar título a su novela: *Amor más fuerte que la Muerte*, y el Sr. Riccardo Pierrantoni para su *Il più forte* (1904).

«Pinchon, ¿quién es Pinchon? Un literato conocido por su conciencia única y su discreción sin par: malos medios de gloria en la época que vivimos. Para darse a conocer, *l'Officiel* habría de dar crédito a Pinchon, alias la Toque, de un extremo al otro del mundo literario, sabiéndose de inmediato la respuesta a la pregunta planteada.

«Sí, la Toque.

«¿La Toque, no era el apodo que tenía Robert Pinchon en las jornadas en las que antaño remaba en compañía de su amigo Guy de Maupassant? ¿No había sido Guy de Maupassant quién dio celebridad el apodo de La Toque mediante el relato *Mosca* que, con motivo de su publicación en un París fácilmente proclive al entusiasmo, levantó un amplio clamor de admiración? Los más escépticos y los más hastiados acerca de los éxitos del arte o de la literatura, se detenían ese día en el bulevar y se preguntaban entre ellos:"¿Habéis leído *Mosca*?"

«Ella sería la más famosa tripulante de ese equipo de remeros de realidad y de fantasía. Nadiae ha olvidado a Petit Bleu, a No Tiene más que un Ojo y a la Toque. Sería fácil decir hoy a que oficial ministerial corresponde el apodo de «Petit-Bleu, y que alto cargo ostenta «No tiene más que un Ojo» en el Consejo de Administración de una compañía de ferrocarriles. Pero ¿para qué dar a la burguesía de estos tiempos el regalo de una indiscreción donde bravos compañeros, de los que yo he sido invitado, quizás pudiesen encontrar descrédito?

«Si lo único que está permitido revelar sobre este barco tan cómicamente armado para los mares, es que Robert Pinchon es el llamado la Toque, se debe a que en el prefacio de su teatro, prefacio en absoluto secreto, puesto que está insertado al principio de un volumen publicado en Ruán en 1894, no disimula el nuevo estado civil nuevo que le han proporcionado la amistad y su buen humor.

«Y qué vida alegre, con los compañeros», escribe citando una frase de Maupassant. « Éramos cinco, una pandilla, hoy hombres serios; y como todos éramos pobres, habíamos fundado, en un horrible figón de Argenteuil, una colonia indescriptible que no poseía sino una habitación-dormitorio donde sin duda he pasado las más locas veladas de mi existencia. ».

«Si la aventura de Mosca», añade Robert Pinchon, «ha sido excesivamente exagerada por las necesidades del narrador, no obstante puede dar una idea de "la vida alegre" de la que habla.

«Convertido ya en un hombre serio, he conservado no obstante el mejor recuerdo de esa época tan feliz donde, *en la pandilla, yo tenía el apodo de la Toque*, mientras Maupassant respondía al de Jospeh Prunier.

«Maupassant, incluso enfermo y ya menguada su memoria, no olvidará jamás a su querido la Toque, y es como un breve atisbo de supervivencia cuando él le escribe en medio de sus sufrimientos:

«Mi querido la Toque,

«¿Puedes hacerme los siguientes favores?: encontrarme en un buen hotel de Ruán, una buena habitación soleada con una buena chimenea. Llegaré el viernes por la noche. Voy a asistir al estreno de *Vénitien*, obra de uno de mis buenos amigos. Quiero además seducir a la prensa ruanesa por esta ópera. Ayúdame. Ponme al día. Tú debes conocer ahí a todo el mundo.

«Dime si has encontrado una buena habitación. Estoy enfermo, afectado de una gripe incurable y de neuralgias horribles. Me hace falta calor tropical. Estoy encantado de verte un poco con unas horas de libertad ante mí.

Te estrecho muy afectuosamente las manos.

«MAUPASSANT»

La carta es de 1900, el estreno del *Vénetien*, del Sr. Albert Cahen tuvo lugar ese año, en el mes de abril. ¡Pobre Maupassant! Fue la época en la que esos dolores que el creía gripe comienzan a agravarse definitivamente hacia la muerte. Ya no está permitida la ilusión más que a él solo. Un especialista que lo ha encontrado en Cannes en el ferrocarril, y uno de sus amigos, ha declarado en el mes de enero que el mal que padece el escritor es un mal con un destino fatal, muy determinado, y que en dos años esta inteligencia genial se convertirá en un número sin conciencia en un hospital.

«A partir de ahora se acabaron las hermosas jornadas de natación y de bromas organizadas antaño por el patrón Joseph Prunier en Argenteuil. Ni de Maupassant, ni de Joseph Prunier, un mismo ser de vida libre, bajo las dos especies, no quedará nada más que un recuerdo.

«Recordemos esas comedias representadas antaño en Étretat y para las que Maupassant escribía a su fiel Pinchon: «A petición general, me he decidido a abrir en el salón de Étretat un teatro de sociedad donde

reuniremos la más brillante compañía. Solo me falta la obra a representar; si tú tienes entre tus libros tres o cuatro comedias, tráelas. Montaremos esto a lo grande; y tu las realizarás, ¡oh, realizador nato!

«Pues Pinchon la Toque era el empresario, el director de escena, el apuntador, el animador de esos espectáculos íntimos que tanto gustaban a Mupassant, el hombre más refractario al teatro público, hasta el punto que la Toque afirma: «No se puede representar como autor dramático ninguna pieza versionada de sus relatos y de la cual la última, representada con la intención de honrar al escritor prematuramente desaparecido, había sido abandonada por él desde algunos años atrás.»

«En el Teatro Francés, donde él fue representado después de su muerte, pues la vida vegetativa que él llevaba era prácticamente la muerte, se decidió poner en escena la *Paz de la pareja* – Al Teatro Francés, al Gymnase incluso, donde las representaciones de *Musotte* no estuvieron exentas de su cólera, Maupassant prefería las piezas para espectadores restringidos que, al lado de su amigo la Toque, firmaba bajo el nombre de Joseph Prunier.

«Mi querido La Toque», escribió el 28 de marzo de 1877, conseguimos para nuestro público un muy bonito taller en casa de un pintor del que no sé el nombre. Ocho mujeres con máscara asistirán a esta representación. Tu me enviarás enseguida, después de Pascua, el manuscrito para la puesta en escena y para que pueda copiar los papeles. La época de tu llegada me parece sin embargo muy tardía. Es necesario representar la pieza antes del 3 de mayo, ya que Flaubert debe abandonar París pronto.

«Un saludo,

«JOSEPH PRUNIER».

«¿Cuál era esta obra? No diré el título, imitando en esto la reserva del Sr. Robert Pinchon, que la recuerda en estos términos: «Habíamos hecho una obra en colaboración sobre un tema en el que no insistiré, puesto que me he convertido en un hombre formal, pero que, por su naturaleza, tal vez hubiese hecho enrojecer al mismísimo Antoine, si el Teatro Libre hubiese existido en esa época.».

«La representación tuvo lugar algunos días antes del 16 de mayo de 1877, en el taller de Becker, el pintor del que Maupassant nunca supo el nombre, y allí, ante el gran cuadro de Bossika y de sus hijos desgarrados por

los siglos, se vio en el público, salir a Suzanne Lasser de lo ofuscada que estaba en la delicadeza de sus sentimientos, aplaudir a Tourguéneff, a Zola permanecer serio, y a Flaubert entusiasmarse de lo «refrescante» que le resultaba esa violenta aventura de amor, cuyo principal personaje estaba interpretado en traje azul con botones dorados, por uno de los más notables miembros de la Academia Goncourt.

«Pero el éxito, el verdadero éxito de la velada fue para la Toque, la Toque representando a un jorobado de pasión frenética, imitando con su expresiva mímica el poder de verismo y fineza de un Got y de un Saint-Germain.

«Bibliotecario, sí; literato y periodista, también; ¿remero, dice usted? Da igual, yo sé quiénes, aparte de ellos, piensan que las palmas académicas a través de todas las discreciones de su titular, han ido también al actor delicado y espiritual que se oculta en él. Un actor de primer orden, aunque la Toque, el actor fantástico, habría bastado para hacer triunfar las piezas de Robert Pinchon, «convertido en hombre formal»; y del amigo Prunier convertido en hombre célebre».

La Vida errante. París, Paul Ollendorff, 1890. (Se ha hecho una tirada de 105 ejemplares en pael de lujo numerados, 5 en japonés, 1 a 5; 100 en holandes, del 6 al 105). 1 vol. in-16 cuadrado, impreso en la editorial Quantin, 235 páginas.

1-9: I, Lasitud
10-24: II, La Noche
25-52: III, La costa italiana
53-126: Sicilia
127-140: I, De Argel a Túnez
141-168: II, Túnez
169-233: Hacia Karihouan

Al igual que en el volumen *Al sol*, *la Vida Errante* comienza mediante una página llena de tristeza. Incluso el título, *Lasitud*, indica las razones del viaje. Maupassant ha «abandonado París e incluso Francia, porque la torre Eiffel acababa por irritarle demasiado». Añade:

«Pero no fue ella únicamente lo que me dio un irresistible deseo de vivir solo durante algún tiempo, sino todo lo que se hacía en su derredor, dentro, encima y en las cercanías».

Y en una página encantadora compara la monstruosa torre Eiffel con la graciosa torre de Pisa.

« La idea de construir esa gentil torre de ocho pisos de columnas de mármol, inclinada cual si estuviera siempre para caerse, de probar a la posteridad maravillada que el centro de gravedad no es sino una preocupación de ingeniero, y que los monumentos pueden prescindir de él, ser admirables de todos modos y atraer, después de siete siglos, más visitantes sorprendidos que la torre Eiffel atraerá dentro de siete meses, constituye ciertamente un problema – puesto que problema existe – más original que el de esta gigante torre construida para ojos de indios. No se me oculta que otra versión pretende que la linterna se ha inclinado sola. ¿Quién lo sabe? El lindo monumento guarda siempre su secreto discutido e impenetrable...»

Y concluye: « Comprendí que me sería grato volver a ver otra vez Florencia, y me marché».

Trajo ese *álbum* de fotografías que su sucesor en la habitación nº 15 del hospital Blanche, señor Adrien Monthiers, ha querido darme en recuerdo de mi vista a ese santuario.

La noche, en la mar, a borde, está descrita admirablemente en su segundo capítulo, donde evoca « el célebre soneto de Arthur Rimbaud (del que tanto se ha hablado en 1901 con motivo del monumento que se le ha querido erigir), que refiere los matices de las vocales, verdadera declaración de fe adoptada por la escuela simbolista.».

«¿Se equivocaba? ¿Estaba en lo cierto?» se pregunta Maupassant. «Para muchos de nuestros grandes hombres, ese poeta es un loco o un visionario. Para otros, ha descubierto y expresado una verdad absoluta... Si está reconocido por la ciencia – del día – que las notas de música, obrando sobre ciertos organismos, hacen aparecer coloraciones; si la nota sol puede ser roja, y el fa lila o verde, ¿por qué no habían de provocar también estos mismos sonidos sabores en la boca y olores en el olfato?... Esta es una simple cuestión de patología artística más bien que de verdadera estética».

El capítulo III describe *la Costa italiana*; desde allí, Maupassant nos transporta a Sicilia, donde hizo una larga estancia, y a la que examinó bajo todos los aspectos.

Una curiosa observación es la siguiente. Maupassant fue a Roma, allí permaneció; sin embargo nunca hizo la descripción de esta estancia en sus libros. Eso resulta inexplicable, pues él estaba entusiasmado con la Ciudad Eterna, donde tenía numerosos amigos, especialmente Joseph Primoli, con el cual estaba muy relacionado.

El viaje *de Argel a Túnez* es una maravillosa página sobre esta animada ciudad, viva, con sus mezquitas donde « todo es sencillo, todo está desnudo, todo es blanco, todo es dulce, todo es apacible en esos asilos de la fe, tan diferentes a nuestras adornadas iglesias, agitadas, cuando están llenas, por el ruido de los oficios, el movimiento de los asistentes, la pompa de las ceremonias, los cantos sagrados, y cuando están vacías tan tristes, tan dolorosas, que oprimen el corazón, que parecen la estancia de un moribundo, la fría habitación pétrea donde el Crucificado todavía agoniza». Hay todo un capítulo dedicado a *Túnez*: « Apenas si se distingue, apenas si se imagina uno que aquello sean casas, tan compacta, continua y rampante es aquella placa blanca (vista desde lo alto de una colina próxima).»

Hacia Kairhouan es la última etapa del viaje, realizada en el mes de diciembre. Maupassant nos trae el recuerdo de esas « mujeres, hermosas y ardientes, ignorantes de nuestras ternuras. Su alma sencilla permanece extraña a las emociones sentimentales, y sus besos, según dicen, no engendran la ilusión».

Señorita Fifi, nuevos cuentos, 2ª ed. 1885. Contenido: *Srta. Fifi, La Sra. Baptiste, La herrumbre, Marroca, El leño, La reliquia, La cama, ¿Loco?, El Sueño, Un ardid, A caballo, Una cena de Nochebuena, Palabras de amor, Una aventura parisina, Dos amigos, El ladrón, Noche de Navidad, El sustituto*. Uno de estos cuentos, *La cama*, ha sido publicado separadamente, en Évreux, por *La Sociedad normanda del libro ilustrado*, en 1895, con un prefacio del Sr. Lavedan, de la Academia Francesa. Hela aquí:

« Todo lo que se ha podido decir o escribir sobre la cama desde hace cientos de años no ha de impedir que se repita en los siglos venideros y ello será un tema de disertaciones o de pensamientos siempre nuevo aunque tan viejo como el Diluvio, los montes Himalaya o las estepas polares.

«Los escritores y los poetas, que en mil años adoptaron como tema de su retórica o de sus rimas este bienhechor y buen mueble, siempre serán escuchados y considerados por los demás como unos refinados, no siendo nada más popular en la eterna historia de la vida humana – desde que el hombre sufre, se acuesta y muere – que este pobre objeto de tela y madera, triste barco de nuestros sueños[1].

«Y lo que me gustaría testimoniar sin ninguna pretensión en estas páginas, es una serie de pequeñas sensaciones, de impresiones completamente íntimas: esos especiales minutos de la cama tan fugaces que incluso después de que hayan caído en la eternidad, no están sin embargo muertos y subsisten perpetuamente en el corazón de no importa que ser de aquí, de allá o del otro extremo del globo. Alegrías y temores de la cama, pequeñas sonrisas o pequeñas lágrimas; perfumes de un segundo evaporados incluso antes de haber sido respirados, mil nadas discretas, sutiles y delicadas que ninguna otra cosa sugiere, pero que no dejan nunca, después de un vuelo, más o menos largo, de venir a descansar una noche sobre el querido arbolillo de los recuerdos donde su rama está señalada. ¿Quién de nosotros no tiene en ella enjambres de esos colibrís?

«Es en la cama, al igual que bajo la caricia de las manos maternas, como descubrimos la dulzura de ser niños y de vivir. Sueño puro y profundo de esas primeras edades, enormemente apacibles y ligeras de corazón y muy rápidamente perdidas, llegando el insomnio a nuestras cabeceras antes de la vejez.

«Todo era alegre y confiado en los benditos tiempos de las noches protegidas. ¡Oh! ¡el invierno! después de haber pasado bajo la lámpara las hojas del álbum de imágenes llenas de historias de castillos impenetrables y de princesas encerradas en sus torres, ponerse el pijama, besar su medalla y adormilarse mientras mi madre canturreaba bajo sus bucles rubios la inocente estrofa:

---

[1] Ver la célebre comparación de la cama con la vida en Manzoni y en Leopardi, y el capítulo escrito más adelante por Luigi Morandi. [A. L.]

Querida almohadita suave y cálida bajo mi cabeza
Llena de plumas selectas y blanca y hecha para mi
Cuando se tiene miedo del lobo, del viento, de la tempestad
Querida almohadita, que bien se duerme sobre ti.

«Y allí en efecto se dormía deliciosamente a la lánguida luz del gran tronco a medio consumir.

«Más adelante ya no fue el lobo, ni el viento, ni la tempestad quienes nos mantuvieron despiertos bajo nuestras sábanas, a veces hasta el amanecer. ¿Qué era entonces? ¡Ah! enumerarlo sería una locura y decididamente más vale no atizar esas viejas cenizas. Pero lo que se debe decir en alabanza de la cama, es que bien mirado, y a pesar de lo que puede habérsele reprochado, no es sin embargo un consejero funesto. Sin duda no se han fraguado en ella siempre candidos proyectos, y la virtud no impera a menudo bajo su cielo más que para sucumbir con gracia, no obstante es raro que perversas y sangrientas decisiones hayan sido tramadas a la sombra de sus cortinas y es excepcional que el crimen salte de la alcoba predispuesto.

«Cuando al final del día, nuestros miembros agotados toman la cama reparadora, amiga más bien seria y meditativa, no nos sugiere más que serios pensamientos, y si no somos presas de amor no nos habla invariablemente más que de su hermana la muerte y de la inanidad de nuestras jornadas perdidas. En medio de las silenciosas tinieblas, casi desnudos, en la actitud modesta que tendremos en el ataúd, temblamos y nos estremecemos escuchando los reproches de la conciencia que habla alto y que nos dice los pecados que hemos cometido de nuevo, la recaída en maldades cotidianas, el tiempo que va inexorablemente haciendo su camino y la ultima hora que llegará sin avisarnos, de súbito, tal vez mañana, o esta misma noche.

«Arrepiéntete y hazte mejor: entonces las manos se unen bajo las mantas; el corazón late con pequeña angustia, los labios atrapan un fragmento de oración del tiempo en el que se rezaba y uno se duerme más tranquilo pensando que Dios es bueno... El nuevo amanecer regresa por la mañana haciendo reír a los azulejos, y el insolente hombre, aseado y fresco, sale y regresa silbando a sus ocupaciones. Pero la cama lo volverá a atrapar por la noche y ella tendrá la última palabra.

«Sí, es ahí dónde descendemos a lo mejor de nosotros mismos, donde encontramos la razón y la humildad, donde soportamos los remordimientos

y nos prometemos casi sinceramente todo lo que nunca mantenemos. Los peores caracteres, las más negras infamias, están concebidas al pleno aire en las profundidades de los bosques, bajo el arco pegajoso de los puentes, por los pobres diablos hambrientos que no tienen cama y que sufren hasta el crimen. Nueve veces de diez, el asesino no vería tras el filtro del rojo si tuviese sábanas blancas.

«Y he aquí entonces que pienso en todas las camas de miseria y de sufrimientos todavía más numerosas que las camas de goce y de amor, camas de hierro de los hospitales donde circula la cofia de las hermanas de la caridad, santas golondrinas del dolor, camas de los enfebrecidos y los impotentes, camas de carnicería de las heridas operadas, camas anónimas de la guerra y el naufragio, fosa de Beauce donde el soldadito de polainas rojas ha sido sepultado para que el próximo herido fuese más fuerte, matorral de coral del fondo de los mares donde el cuerpo del viejo piloto ha descendido lentamente a engancharse.

«¿Y qué decir de la cama en la historia? ¡Qué capítulo para un Michelet! Evocar los partos merovingios, las viejas camas góticas, el camastro de Juana de Arco y de Luís XVII, las camas de banderas de victoria estampadas de flor de lis, las tumbonas del Renacimiento y de los Valois, las camas de los papas y de las cortesanas, las camas del viejo Louvre y de las Tullerías, las camas de la Pompadour y de la Dubarry, las camas de Trianon y las camas del Temple, la larga cama bretona de la chouanería, la bañera de Marat, la larga silla de la Sra. Récamier, la cama de Josefina y la cama de Santa Helena. Creed que me olvido de muchas.

«Finalmente las tumbas son camas al igual que nuestras camas son pequeñas tumbas provisorias y mezquinas donde acabamos cada noche dejándonos caer y haciéndonos los muertos. Una vez en el ataúd, es decir en nuestra última cama, esperaremos que nuestras almas hayan ganado la resurrección de nuestros cuerpos. Esperaremos pacientemente que pase el tiempo que sea necesario. Pero nos gusta pensar que durante esa lenta noche que amenaza con nunca acabar, tal vez encontremos la compañía de esos viejos ángeles guardianes de nuestra infancia, que curvaban a nuestra cabecera sus pesadas alas. Quizás puedan velar sobre nuestra carne muerta hasta el *Benedicamus* del Despertar.

«Marzo de 1895.

«HENRI LAVEDAN».

CARTA DE ENVÍO DEL PREFACIO.

«Caballeros,

«Recordando ustedes con la más amable de las benevolencias que yo era el autor de un libro aparecido bajo el mismo título que el relato de vuestro ilustre compatriota, me habéis rogado escribir un prefacio para la pequeña obra maestra de Maupassant que presentan con gusto y lujo, a algunos colegas bibliófilos. He aceptado de entrada con alegría el gran honor que ustedes me conceden. Pero una vez con la pluma en la mano, sentía toda mi impotencia al tratar de hablar como lo habría merecido ese muerto glorioso, quién ha querido pertenecer al restringido número de mis amigos. Me perdonarán ustedes si mi admiración por escrúpulo ha vacilado ante la tarea demasiado pesada que mi amistad había creído poder realizar.

«Les envío algunas páginas de sensaciones que parecerán poca cosa al lado de la bella y encantadora prosa del autor de *Una Vida*, y les ruego, concediéndome su indulgencia, que reciban todos mis agradecimientos.

«París, 15 de marzo de 1890.

«HENRI LAVEDAN»[1]

La Casa Tellier, 11ª edición, 1884, 308 p. La edición de 1891 de Paul Ollendorff es de 256 p. in-18, impresa por Chamerot. [Hay una edición ilustrada]. «A Ivan Tourgueneff [en homenaje de un profundo afecto/ y/ una gran admiración /Guy de Maupassant/». Este volumen contiene: *La Casa Tellier, Las Tumbales, Sobre el agua, Hisoria de una moza de granja, En familia, El papá de Simon, Un día de campo, En la primavera, La mujer de Paul.*

[1] *La cama* por HENRI LAVEDAN, in-18, 1893 [*Biblioteca Nacional, 8º, Y², 48046*].- *La cama* por GUY DE MAUPASSANT [*4º, Y², 33*].

La idea de *la Casa Tellier* fue dada a Maupassant por Hector Malot. Es del *Diario* de los Goncourt de dónde extraemos esta información.

Miss Harriet. Edición original 1884, V. Havard, 348 p. in-18, tipografía Ch. Unsinger, 11ª edic., 1885 (y una edición ilustrada).

1. *Miss Harriet*, dedicada «A la Señora...»
2. *La herencia*. «A Catule Mèndes».
3. *Denis*. «A Léon Chapron».
4. *El Asno*. «A Louis Le Poittevin».
5. *Idilio*. «A Maurice Leloir» (del *Figaro*)
6. *La horquilla*. «A Harry Alis».
7. *¡Camarero, una caña!* «A José María de Heredia».
8. *El bautismo*. «A Guillemet».
9. *Lamento*. «A Léon Dierx».
10. *Mi tío Jules*. «Al Sr. Achille Bénouville».
11. *De viaje*. «A Gustave Toudouze». [Gustave Toudouze murió en julio de 1904][1]

---

[1] He aquí un pequeño artículo sobre Toudouze, del Sr. Marcel Prévost (*Figaro* del 3 de julio de 1904):

«La Sociedad de los hombres de letras y los novelistas, han sufrido ayer una cruel pérdida. Gustave Toudouze ha muerto en la noche del viernes 2 al sábado 3 de julio de 1904, a consecuencia de una opreración quirúrgica que había requerido la evolución repentina y amenazadora de una enfermedad intestinal. No tenía más que cincuenta y siete años... He aquí, una vez más, entre los hombres de letras, un ejemplo de esas defunciones prematuras que parecen más dolorosas porque en el momento en que sobrevienen, el cerebro está intacto, y piensa rebosante de salud. He tenido en las manos la nota que nuestro colega me dirigió el pasado lunes para disculparse por no asistir al Comité del que formaba parte. El tono es jovial; la escritura (una admirable escritura de viejo manuscrito) no tiene ni una flexión.

«La vida literaria de Gustave Toudouze y su obra fueron considerables. Muy joven, había tenido el honor y el gozo de ser admitido en el círculo íntimo de Flaubert. La ardiente y pintoresca conversación del maestro había despertado y alentado su gusto de artista. Cuando publicó su primera novela, *Señora Lambelle*, Flaubert le escribió una carta llena de calurosos asentimientos de los que Toudouze estaba orgulloso con razón, pues a ella había dedicado desde el primer esfuerzo su talento de escritor.

«En casa de Flaubert se encuentra con Edmond de Goncourt, Zola, Alphonse Daudet. Tanto como vivieron esos príncipes de la novela, él fue su familiar y su amigo. Todos lo

12. *La Madre Sauvage*. «A Georges Pouchet».

Página 333: «Son de los rincones del mundo deliciosos que tienen para los ojos un encanto sensual. Se los ama con un amor físico. Conservamos, seducidos por la tierra, recuerdos tiernos por ciertas fuentes, ciertos bosques, ciertos estanques, ciertas colinas, vistas a menudo y que nos han enternecido como si se tratasen de acontecimientos felices...»

El Señor Parent, 2ª ed., 1886. Contenido: *El Señor Parent, El bicho de Belhomme, En venta, La desconocida, La confidencia, El bautismo, Imprudencia, Un loco, Tribunales rústicos, La horquilla, Las becadas, En tren, La querida, Descubierta* (que acaba: «No puedes imaginarte hasta que punto resultan insoportables ciertas mujeres»), *Soledad, Al borde de la cama, El soldadito.*

Página 175. *Un loco*. «¿Un ser? ¿Qué es un ser? Es una cosa animada que contiene el principio del movimiento y una voluntad que dirige este

---

querían; todos estimaban su prueba de talento como observador y artista. Sin publicidad, sin estrépito, edificaba su obra año tras año, no pasando ni una sola jornada sin escribir, dando una raro ejemplo a los hombres de su generación, mediante la regularidad, la serenidad y la igualdad de su trabajo. Agrupó bajo una serie esta abundante y sólida producción: *la Vida pasional, la Vida familiar, la Vida social, las Visiones antiguas*. Muchas conocieron un gran éxito entre los letrados y el público. La Academia Francesa las ensalzó varias veces.

«Muy pronto formó parte de la Sociedad de escritores; fue dos veces su vicepresidente. Algunos servicios rendidos alli por su asiduidad, su conocimientos de las tradiciones, su afabilidad, su devoción a la causa de todos aquellos que tienen por profesión escbirir, – solo los podrán testimoniar los colegas que lo vieron manos a la obra, y que miden hoy el vacio repentino producido por su muerte.

Este fecundo e ingenioso novelista, este colega devoto era al mismo tiempo un fiel amigo, un hombre cuya vida discreta y digna merecía la admiración de todos. Su brillante y sólida conversación no excluía, desde luego, la sonrisa; pero si lo he escuchado juzgar asuntos literarios con discernimiento y finura, – nunca que yo sepa, ha salido una maldad irónica de su boca. Amigos y colegas podían estar tranquilos en este sentido con él.

«Helo aquí desparecido en plena fuerza creativa y de talento. Todos aquellos que lo han conocido, como todos aquellos que han disfrutado de sus obras, se unirán a los miembros de la Sociedad de escritores para compartir el duelo de sus allegados – la viuda y el hijo – a los que tanto amaba, y que lo adoraban ».

principio. Pero esa cosa acaba convirtiéndose en nada. Sus pies carecen de raíces que los sujeten al suelo. Constituye un grano de vida que se mueve separado de la tierra; un grano de vida, procedente de un lugar que desconozco, que puede ser destruido por deseo de cualquiera. Entonces ya no es nada. Nada. Desaparece; se acaba...»

Mont-Oriol, 8ª ed. 1887, 367 p., escrito en 1886 en Antibes, Villa Muterse.

Pierre y Jean, 25ª ed., 1888. (Editado también por *La Lecture*, Revista publicada por la Librería Ilustrada Montgrédien). 105 ejemplares y numerados, 5 en papel japonés (1 a 5), 100 holandés (6 a 105).

Prefacio p. I-XXXV: «La Novela».
Novela p. 1-277.
Prefacio datado: «La Guillette, Étretat, septiembre de 1887.»

«La lengua francesa es un agua pura que los escritores amanerados no han logrado ni lograrán jamás enturbiar. Cada siglo ha echado en esa límpida corriente sus modas, sus arcaísmos pretenciosos y sus preciosismos, sin que prevalezca ninguno de esos inútiles intentos, de esos esfuerzos impotentes...

«... Los que hoy día construyen imágenes sin prestar atención a los términos abstractos, los que hacen caer el granizo o la lluvia sobre la «limpieza» de los cristales, pueden también lanzar piedras a la sencillez de sus colegas. Acaso los alcancen, porque poseen un cuerpo, pero jamás alcanzarán a la sencillez, porque carece de él.»

Hay una traducción inglesa editada por Heinemann, el marido de Magda Sindici, hija del poeta romano y a la qué se deben unas novelas que también han sido traducidas al inglés.

Las hermanas Rondoli. Volumen dedicado a Georges de Porto-Riche, que Réjane me ha presentado la noche que he ido a escuchar *El Vestido Rojo* de BRIEUX.

P.S. «Para Paul, el mundo, la vida, fue la mujer. Hay muchos hombres de esta raza. La existencia les parece poética, iluminada por la presencia de

las mujeres. La tierra no es habitable más que gracias a que ellas estén ahí; el sol es brillante y cálido porque él las ilumina. El aire es dulce de respirar porque se desliza sobre su piel y hace revolotear los cortos cabellos de sus sienes. La luna es encantadora porque induce a soñar y concede al amor un lánguido encanto. Desde luego todos los actos de Paul tienen a las mujeres por móvil; todos sus pensamientos están dirigidos hacia ellas, asi como todos sus esfuerzos y todas sus esperanzas.

Un poeta ha criticado a esta especie de hombres:

Sobre todo detesto al bardo de ojo húmedo
Que mira una estrella murmurando un nombre,
Y para quien la naturaleza inmensa estaría vacía
Si no llevase en la grupa a Lisette o a Ninon.

Esas personas están encantadas de tomarse la molestia,
A fin de que uno se interese en este pobre universo,
De atar las faldas a los árboles de la planicie
Y la cofia blanca a la frente de las verdes laderas.

Desde luego no han comprendido tus músicas divinas
Eterna naturaleza de estremecedoras voces,
¡Los que no van solos por los profundos barrancos
Y sueñan con una mujer al ruido que hacen los bosques! »

Siguen: *La Patrona* (al doctor Baraduc); *El barrilito* (a Adolphe Tavernier, autor de *El Arte del duelo*); ¿*Él*? (a Pierre Decourcelle); *Mi tío Sosthène* (a Paul Ginisty); *El mal de André* (a Edgar Courtois); *El Pan maldito* (a Henry Brainne); *La Señora Luneau* (a Georges Duval); *Un sabio* (al barón de Vaux, autor de un libro sobre esgrima y de otro sobre el caballo); *El paraguas* (a Camille Oudinot); *El cerrojo* (a Raoul Denisane) (Maupassant finge publicar «una carta encontrada en la mesa de uno de esos *sucidas sin razón*, de esos muertos sobre los que se pone la palabra *misterio*... escrita duranta la última noche, junto a la pistola cargada...»); ¡*Condecorado*! (sin dedicatoria); *Châli* (a Jean Béraud).

Sobre el agua (Dibujos de Riou, grabados de Guillaume hermanos, París, C. Marpon y E. Flammarion, s.d.) Se hizo de esta obra una tirada de

cincuenta ejemplares numerados en papel japonés. He aquí el corto prefacio del libro:

Este diario no contiene ninguna historia y ninguna aventura interesantes. Habiendo hecho durante la primavera un pequeño crucero por las costas del Mediterráneo, me he divertido escribiendo cada día lo que he visto y pensado.

En definitiva, he visto agua, sol, nubes y rocas – no puedo contar otra cosa – y he pensado sencillamente, como se piensa cuando el mar os mece, os aletarga y os pasea.

Toine. (Ilustración de Mesplès, grabados de Guillaume hermanos, París, Marpon y Flammarion, s.d., 1 vol. in-18, 50 ejemplares enm papel holandés y numerados). Hay una edición a 5 fr. con aguafuertes.

Unos Versos. Edición de lujo con el retarto del autor (París, Ollendorff). También existe la edición Charpentier.

Addenda: *La Revue des Revues* de mayo de 1900 ha publicado unos versos inéditos de Guy de Maupassant que datan de 1868; el autor tenía entonces dieciocho años. Aparece poco mediante algunas vacilaciones de forma y por la inexperiencia de la hipérbole. Pero se encuentra en esta pieza un frescor de impresión, un don para lo pintoresco y felices hallazgos que anuncian al gran escritor:

ÚLTIMA VELADA CON MI AMANTE

Il fallait la quitter, et pour ne plus me voir
Elle partait, mon Dieu, c'était le dernier soir.
Elle me laissait seul, cette femme cruelle,
Emportait mon amour et ma vie avec elle.
Moi je voulus encore errer comme autrefois
Dans les champs et l'aimer pour la dernière fois.
La nuit nous apportait et l'ombre et le silence,
Et pourtant j'entendais comme une voix immense,
Tout semblait animé par un souffle divin.
La nature tremblait, j'ecoutais et soudain

Tenía que dejarla, y para no verme más
Ella partía, Dios mío, era la última noche.
Me dejaba solo, esta cruel mujer,
Se llevaba mi amor y mi vida con ella.
Yo quise aun errar como antaño
Por los campos y amarla por última vez.
La noche nos traía la sombra y el silencio,
Y sin embargo yo escuchaba como una inmensa voz,
Todo parecía animado por un hálito divino.
La naturaleza temblaba, yo escuchaba y de repente
Un extraño estremecimiento turbó mi alma.

Un étrange frisson trouble toute mon âme.

Haletant, un moment j'oubliai cette femme
Que j'aimais plus que moi. Le vent nous apportait
Mille sons doux et clairs que l'écho répétait.
Ce n'était plus de l'air le calme et frais murmure,
Mais c'était comme une äme étreignant la nature,
Un souffle, un souffle immense, errant, animant tout,
Qui planait et passait, me rendant presque fou,
Un son mysterieux et qui sur son passage
Réveillait et frappait les échos du bocage.
Tout vivant, tout tremblait, tout parlait dans les bois,
Comme si pour fêter le plus puissant des rois,
Et l'insecte et l'oiseau et l'arbre et le feuillage
Parlaient, quand tout dormait, un sublime langage.
Je restai frémissant: ce bruit mystérieux,
C'était Dieu descendu des cieux.

C'était ce Dieu puissant si grand et solitaire
Qui venait oublier sa grandeur sur la terre,
Dieu las et fatigué de sa divinité,
Las d'honneur, de puissance et de inmortalité,
Des éternels ennuis où sa grandeur l'enchaîne,
Qui venait partager notre nature humaine.
Il avait choisi l'heure où tout dort et se tait,
Où l'homme, indifferent à tous ce que Dieu fait,
Attaché seulemente a ses moins mercenaires,
Prend un peu de repos qu'il dérobe aux affaires.

Jadeando, olvidé por un momento a esta mujer
A la que amaba más que a mi mismo. El viento nos traía
Mil sonidos suaves y claros que el eco repetía.
No provenía del aire el calmo y fresco murmullo,
Pero era como un alma abrazando la naturaleza,
Un soplido, un soplido inmenso, errante, que animaba todo,
Que planeaba y pasaba, volviéndome casi loco,
Un sonido misterioso y que a su paso
Despertaba y golpeaba los ecos del paisaje.
Todo vivía, todo temblaba, todo hablaba en los bosques,
Como si para festejar al más poderoso de los reyes,
El insecto y el pájaro y el árbol y el follaje
Hablasen, cuando todo dormía, un sublime lenguaje.
Yo me quedaba estremecido: ese misterioso ruido,
Era Dios descendido de los cielos.

Era ese Dios poderoso tan grande y solitario
Que venía a olvidar su grandeza en la tierra,
Dios cansado y fatigado de su divinidad,
Cansado de honor, de poder y de inmortalidad,
Del eterno aburrimiento al que su grandeza lo encadena,
Que venía a compartir nuestra humana naturaleza.
Había elegido la hora donde todo duerme y se calla,
Donde el hombre, indiferente a todo lo que Dios hace,
Aferrado únicamente a sus preocupaciones mercenarias,
Se da un poco de descanso que sustrae a sus

Car c'était aussi l'heure où ce Dieu généreux
Peut bénir et donner la main aux malheureux,
L'heure oú celui qui souffre et gémit en silence,
Qui craint pour son malheur la froide indifférence,
Sans craindre la pitié peut planer libre enfin.
Dieu vient le consoler, il soutient sa misère,
Il rend ses pleurs plus doux, sa douleur moins amére
Et verse sur sa plaie un baume bienfaisant.

D'outres craignent encore un oeil indifferent,
Et les regards de l'homme et les bruits de la terre,
Ils cherchent aussi l'heure où tout est solitaire,
Dieu les voit, il bénit le bonheur des amants.
Invisible témoin, il entend leurs serments.
Il aime cet amour qu'il ne goûtera pas
Et dans les bois, la nuit, il protége leurs pas.
El était lá, son souffle errait sur la nature,
Paraissait éveiller comme un vaste murmure,
Tout ce qu'il a formé s'animait et tremblant
S'agitait au contact de ce Dieu tout puissant,
Et tout parlait de lui, le vent sous le feuillage,
Et l'arbuste et le flot caressait le rivage;
Et tous ces bruits divers ne formaiente q'une voix.
C'était Dieu qui parlait au milieu des grands bois.
Tous deux nous l'ecoutions et nous versions des larmes,
Quand on va se quitter l'amour a tant de charmes;

negocios.
Pues era también la hora en la que ese Dios generoso
Puede bendecir y dar la mano a los infelices,
La hora donde aquél que sufre y gime en silencio,
Que teme para su desgracia la fría indiferencia,
Dios viene a consolarlo, a apoyarlo en su miseria,
Haciéndole mas dulces sus llantos, su dolor menos amargo
Y aplicando sobre su llaga un bálsamo bienhechor.

Otros aún temiendo un ojo indiferente,
Y las miradas del hombre y los ruidos de la tierra,
Buscan también la hora donde todo está solitario,
Dios los ve, él bendice la felicidad de los amantes.
Invisible testigo, escucha sus juramentos.
Le gusta ese amor que no disfrutará
Y en los bosques, en la noche, él protege sus pasos.
Él estaba allí, su aliento erraba sobre la naturaleza,
Parecía despertar como un amplio murmullo,
Todo lo que ha formado se animaba y temblando
Se agitaba al contacto de ese Dios todopoderoso,
Y todo hablaba de él, el viento bajo el follaje,
Y el arbusto y la ola que acaricia el río;
Y todos esos diversos ruidos no formaban más que una voz.
Era Dios que hablaba en medio de los grandes bosques.
Ambos lo escuchamos y vertimos lágrimas,

Et nos pleurs qui tombaient comme des diamants,
Goutte à goutte brillaient sur les herbes des champs.

Mais de cette belle soirée
Et de ma maitresse adorée
Que restait-il le lendemain?
Seul le pâtre du grand matin
En conduisant au páturage
Son grand troupeau, vit sur l'herbage
Les quelques gouttes de nos pleurs
Seules marques de nos douleurs
Mais il les prit pour la rosée
«L'herbe n'est pas encor séchée».
Se dit-il en pressant le pas,
Hélas il ne soupçonna pas
Que de chagrins et de misères
Cachait cette eau sur les bruyeres
Et ses brebis que le suivaient
Broutaient les herbes et buvaient
Nos pleurs sans arrêter leur course,
Mais rien n'en a tari la source. [1868]

Cuando se va a dejar el amor de tanto encanto;
Y nuestros llantos que caían como diamantes,
Gota a gota brillaban sobre las hierbas del campo.

Pero de esta bella velada
Y de mi amante adorada
¿Qué quedaba al día siguiente?
Solo el pastor tempranero
Conduciendo al pasto
Su gran rebaño, ve sobre la hierba
Algunas gotas de nuestros llantos
Únicas marcas de nuestros dolores
Pero él los confunde con el rocío
«La hierba no ha secado todavía»
Se dice a si mismo apresurando el paso,
Por desgracia no sospecha
Cuantas penas y miserias
Escondía esa agua sobre los brézales
Y sus ovejas que lo seguían
Comían las hierbas y bebían
Nuestras lágrimas sin detener su curso,
Pero nada agotaba la fuente.

Una Vida, nueva ed. revisada, 1893, 343 p. – Epígrafe: «La humilde verdad». 55 ejemplares numerados, 5 en papel japonés (1 a 5), 50 en papel holandés (6 a 55). «A / la Señora Brainne / Homenaje de un amigo devoto y en memoria / de un amigo muerto / Guy de Maupassant/ ». Acaba así: «Ya ve usted, la vida nunca es tan buena ni tan mala como nos creemos». La Sra. Brainne, a quién ha sido dedicado el libro, era una célebre belleza, gran amiga intelectual de Gustave Flaubert[1]. Hay una edición ilustrada de esta obra.

Cartas intercambiadas con la Srta. Marie Bashkirtseff (*Nuevo Diario inédito de Marie Bashkirtseff*).

[1] Ver el *Diario de los Goncourt*. En la edición ilustrada de 1904, la dedicatoria a la Señora Brainne ha sido suprimida. ¿Con qué derecho y por qué?

«Acompañado de numerosos grabados y de las cartas intercambiadas con Maupassant», dice el anuncio bibliográfico de la nota, p. 619, n. 12, 15 de junio, IIIª serie, 1901, año XII, vol. XXXVII de la *Revue* (antigua *Revue des Revues*), donde se ha publicado un pasaje (25 de noviembre- 3 de diciembre de 1876) del *Nuevo Diario* en cuestión (que después ha sido publicado por la *Revue*). Ver también el *Diario* de María Bashkirtseffk, publicado con un prefacio del Sr. Theuriet, de la Academia Francesa, por Charpentier-Fasquelle, París, 2 volúmenes, in-18 de la *Biblioteca Charpentier*.

La evolución de la novela en el siglo XIX por Guy de Maupassant (Artículo de la *Revista de la Exposición Universal* de noviembre de 1889).

En este artículo, *La Evolución de la Novela en el siglo XIX*, aparecido en noviembre de 1889 en la *Revista de la Exposición Universal*, Guy de Maupassant comienza por declarar que no quiere ocuparse de la escuela de aquellos que negocian con la novela de aventuras... No quiere considerar más que a los novelistas filósofos.

Éstos tienen tres antepasados: Lesage, el jefe de los fantásticos espirituales, psicólogos y artistas aristocráticos; Jean-Jacques Rousseau, de quién desciende el linaje de todos esos escritores que toman una tesis y la ponen en acción; y por último el abad Prévost, un sincero, un admirable evocador de seres humanos. De este último desciende la poderosa raza de los observadores, de los «veritalistas». Fue con *Manon Lescaut*, afirma el autor de *Pierre y Jean*, como nació la forma de la novela moderna. Pero dos escritores han aparecido a continuación de quiénes data la evolución real de la aventura imaginada a la aventura observada, o mejor dicho, a la aventura contada como si ésta perteneciese a la vida: Stendhal y Balzac.

Sabemos así lo que pensaba Maupassant del «Consul de Civitavecchia»: « Stendhal conservará sobre todo un valor de precursor, es el primitivo de la pintura de costumbres. Ese penetrante espíritu, dotado de una lucidez y de una precisión admirables, de un sentido de la vida sutil y amplio, ha hecho discurrir en sus libros una oleada de pensamientos nuevos, pero ha ignorado completamente el arte, ese misterio que diferencia absolutamente al pensador del escritor, que da a las obras un poder casi sobrehumano, que pone en ellas el encanto inexplicable de las proporciones

absolutas y un soplido divino que es el alma de las palabras reunidas para un creador de frases, ha ignorado talmente al todopoderoso estilo que es la forma inseparable de la idea, y confundió el énfasis con el lenguaje artístico, resultando ser, a pesar de su genio, un novelista de segunda línea.»

Y Maupassant concede la supremacía a Balzac: « Pero uno apenas se atreve a criticar a Balzac. ¿Un creyente se atrevería a reprochar a su dios todas las imperfecciones del universo?»

No nos sorprendemos. Stendhal ha desconocido la fuerza todopoderosa del estilo[1] que es la forma inseparable de la idea. Ahora bien, Maupassant es el alumno favorito de Flaubert y, según el mismo artículo del que hablo, el maestro está «dotado de un temperamento lírico, alimentado de clásicos prendados del arte literario, del estilo y del ritmo de las frases[2]... Ese a Gustave Flaubert a quién se debe el acoplamiento del estilo y de la observación moderna».

Pero acabemos el análisis del artículo. Es sobre todo después de la publicación de *Madame Bovary* cuando nuestros escritores tienen la pasión por la búsqueda de lo que se denomina el documento humano. Los más personales de los novelistas contemporáneos «que han aportado, en la caza y en el empleo del documento, el arte más sutil y el más poderoso, son seguramente los hermanos Goncourt». Luego, procediendo más o menos del mismo modo, el Sr. Émile Zola, «con una naturaleza más fuerte, más amplia, más apasionada y menos refinada», el Sr. Alphonse Daudet «con una naturaleza más recta, más ingeniosa, deliciosamente fina, y menos sincera quizás», y algunos hombres más jóvenes como el Sr. Paul Bourget. Al lado de estos escritores, están los que «no miran más que hacia ellos mismos, que observan únicamente su alma, su corazón, sus defectos y proclaman que la novela definitiva no debe ser más que una autobiografía».

---

[1] Notas de mi amigo PAUL ARBELET (1904):

«Sin embargo, si se reprocha a Stendhal su estilo, – y hay razón para ello, – ¿cómo aceptar el de Balzac? Stendhal, ignorando el arte de las palabras, no intenta más que escribir bien; no tiene un mal estilo, simplemente no lo tiene. Balzac tiene la pretensión de ser un artista de la forma; se cree que escribe bien; se esfuerza en ello. Y el resultado es penoso. Más vale, como Stendhal, no intentarlo».

[2] He escuchado decir al Sr. Gabriel Monod, miembro del Instituto, que Flaubert pasaba horas caminando a grandes zancadas a lo largo y ancho de su gabinete de trabajo, declamando en voz alta las páginas de su prosa para juzgar su efecto. D'Annunzio hace algo parecido.

Maupassant no parece que les guste mucho estos últimos[1]: « ¿Su tendencia no es acaso una prueba de la impotencia para observar, para observar la vida dispersándose alrededor de si, como haría un pulpo con sus innumerables tentáculos ?»

Y el autor concluye recordando una definición de Émile Zola: *Una novela es la naturaleza vista a través de un temperamento*[2]

Ahora bien, Stendhal, en su Henry Brulard (p. 166) escribió: *Una novela es como un arco y la caja del violón «que devuelve los sonidos», es el alma del lector*[3]. El autor de *la Cartuja* no ha desaprobado la definción de Zola. Además, ¿no fue Maupassant quién dijo que Henry Boyle es un precursor?[4].

Cuentos de la Becada. Edición original. París, Rouveyte y Blond, 1883, 298 p. in-18. Nueva edición revisada (París, Sociedad de ediciones literarias y artísticas, Librería Paul Ollendorff, 1900). 1 vol. in-18. 299 p. (tipogarfía Chamerot y Renouard).

1. *La Becada*. Este primer capítulo nos indica que el Barón de Ravots, impotente, invita a su mesa a varios de sus amigos, y les hace contar historias, que han sido reunidas a continuación en este volumen, cuyo primer capítulo, *La Becada*, sirve de introducción. Se trata de una ficción literaria análoga a la del *Decamerón* de Bocaccio. No hay dedicatoria en *La Becada*, al no ser éste un cuento.
2. *Ese cerdo de Morin* (Dedicada a Maurice Oudinot).
3. *La Loca* (A Robert de Bonnières).

---

[1] Nota del Sr. PAUL ARBELET:

«Sin embargo él ha escrito sobre si mismo unas páginas profundas y exquisitas».

[2] Nota del Sr. PAUL ARBELET:

«Esta fórmula de Zola no es más que una trasposición, a la moda naturalista, de una máxima muy antigua y muy banal: “el arte es el hombre añadido a la naturaleza”, había dicho Bacon.

«La frase de Stendhal, además mucho más bonita, me parece tener un sentido completo: no se trata más del autor, cuya visión propia tarnsforma la naturaleza, sino del lector, cuya sensibilidad vibra con la música de una novela».

[3] El Sr. Casimir Stryenksi ha llamado la atención sobre esta magnífica definición al final de su prefacio a la novela inédita de Stendhal *Lamiel* editada por él.

[4] Ver RAPHAEL MAIROT, p. 552 del *Mercure de France*, agosto de 1891.

4. *Pierrot* (A Henry Roujon).
5. *Minuet* (A Paul Bourget).
6. *El Miedo* (A J. K. Huysmans).
7. *Broma Normanda* (A Albert de Joinville).
8. *Los Zuecos* (a Léon Fontaine).
9. *La Enrejilladora* (a Léon Hennique).
10. *En la mar* (A Henry Céard)
11. *Un normando* (A Paul Alexis)
12. *El Testamento* (A Paul Hervieu).
13. *En los campos* (A Octave Mirbeau).
14. *Un gallo cantó* (A René Billotte).
15. *Un hijo* (A René Maizeroy).
16. *San Antonio* (A X. Charmes).
17. *La Aventura de Walter Schnaffs* (A Robert Pinchon)[1].

[1] El Sr. Pinchon, amigo y compatriota de Maupassant, es bibliotecario de la Ciudad de Ruán y autor de un volumen de *Teatro* (Ruán, Schneider, 1894) dedicado precisamente a la memoria de su infortunado compañero de remo.

H. TAINE Y MAUPASSANT

«Taine ha ejercido durante veinte años aproximadamente en nosotros el influjo que Spencer ha tenido en los países de lengua inglesa».

FAGUET. Historia de la lengua etc., 397.

Entre todos los retratos –a pluma– que se han hecho de Taine, los tres más impresionantes son el de *los Desarraigados* por Maurice Barrés, el del atículo titulado *Sr. Taine y Sr. Pasteur* por Gabriel Hanotaux[1] y el siguiente pasaje del *Prefacio* de Guy de Maupassant a las *Cartas de Flaubert a George Sand* (p. LXXIX.):

«...Irían llegando otros personajes [a casa de Flaubert]: el Sr. Taine, la mirada oculta tras su gafas, de porte tímido, traía consigo documentos históricos, hechos desconocidos, todo un olor y sabor de archivos removidos, toda una visión de vida antigua percibida desde su penetrante ojo de filósofo...».

El Sr. Taine, por su parte, disfrutaba mucho con el vigoroso talento de Maupassant, al que llamaba familiarmente *toro triste*. (Debemos esta información al Sr. Victor Giraud, el autor del admirable *Ensayo sobre Taine*).

***

Es Hippolyte Taine, el ilustre filósofo al que Maupassant llama *Taine* abreviadamente, en su carta del 27 de junio de 1891 a su madre[2].

Taine vivía durante el verano a orillas del lago Annecy. Guy de Maupassant había ido varios veranos a Aix en Saboya; desde allí iba a verlo; las presentaciones probablemente fueron hechas por el doctor Cazalis (el poeta Jean Lahor) que residía los veranos en Aix-les-Bains.

Fue en 1888 cuando esta relación se fortaleció. La amistad que unió a Taine con Guy de Maupassant fue muy intensa.

He aquí una frase auténtica que ha quedado en la memoria de la madre de Guy y en la del buen Doctor Balestre: cuando Guy termina ante Taine la lectura de su relato *El Olivar*, Taine exclama:

– ¡*Eso, eso es de Esquilo*!

He preguntado a la Sra. de Taine, de soltera Denuelle, viuda del ilustre escritor, algunos detalles sobre la amistad de Taine con Maupassant. Ella me ha escrito desde Túnez, el 5 de marzo de 1902:

---

[1] *Le Journal*, París, 1 de agosto de 1904.
[2] Publicada en fascímil en este mismo volumen.

«Mi marido no estaba muy relacionado con Guy de Maupassant, mucho más joven que él; sin embargo habían coincidido con frecuencia en casa de Gustave Flaubert, en esas tardes de domingo en las que Tourguéneff, Zola, Bouilhet [¿*muerto*?], y otros, se reunían a menudo.

«Después de la muerte de Flaubert, el Señor de Maupassant no vino más que dos veces a casa: una visita en París, con José María de Heredia y para almorzar en nuestra casa de campo del lago Annecy, con el doctor Cazalys (Jean Lahor), poco tiempo antes de que la enfermedad lo confinase para siempre.

«El Sr. Taine tenía, no tengo necesidad de decírselo, la más grande admiración por el talento de su joven colega; pero vivía muy encerrado en su gabinete de trabajo, lo que explica lo infrecuente de sus relaciones».

Aquí está la única nota de Maupassant que la Señora de H. Taine ha encontrado en la correspondencia de su marido.

Está escrita a lápiz y sin fecha, pero el año es el de la inauguración del monumento de Flaubert (1891), y la Sra. de Taine piensa que la excursión a Annecy es del mes de junio:

COMPAÑÍA DE BARCOS A VAPOR
SOBRE EL LAGO ANNECY

[Sin fecha]

Mi querido Maestro,

He pasado ante su casa de la que he mirado, desde el barco, el gran techo puntiagudo, y he pedido al capitán que le hiciera llegar estas palabras que le llevarán el saludo de su muy fiel admirador.

El 10 de julio inauguramos en Ruán el monumento a Flaubert. Si usted no se encuentra lejos, le rogaría que asistiera a esta ceremonia sencilla, donde únicamente los verdaderos amigos serán notificados.

Crea, mi querido Maestro, en mis sentimientos de profunda devoción.

GUY DE MAUPASSANT

***

En lo que concierne, no solamente a las relaciones efectivas, sino a las relaciones *intelectuales* de Taine y del gran novelista, hay que leer el erudito y completo libro del Sr. Victor Giraud sobre Taine[1].

No podría negarse que la concepción general del hombre y del mundo que sugiere la obra de Maupassant (determinismo absoluto, universal fenomenismo) es sensiblemente la misma que aquella que se desprende de los libros de Taine, y que a este rencuentro la influencia de Taine no ha sido probablemente ajena.

Tal vez también se podría observar que hacia el fin, Guy de Maupassant – al igual que Hippolyte Taine – se conmovía singularmente; pero en este último hecho, se podría ver más bien la acción de las mismas causas exteriores (la enfermedad social, la experiencia creciente de la vida) como una influencia recíproca.

El Sr. Henry Roujon encuentra que, en cuanto a las novelas de Maupassant, tan dignas de respeto como puedan serlo, son obras de aplicación, de una vena menos sincera que sus cuentos, *casi una desviación de su naturaleza*. «Al final, además», añade el Sr. Roujon, «él cambiaba de alma, por desgracia, se sabe por qué. Partiendo de la parodia a ultranza, se deslizaba en la piedad. Se ablandaba; sus últimos libros tiene casi algo de atenuado y enternecido. El tono no es ya el mismo; en *Nuestro Corazón* y en *Fuerte como la muerte*, la voz vacila y tiembla por momentos. El malabarista había sido enviado a las casas de alta alcurnia; ahora brillaba en los *cuartos de las damas*. Tomaba gustoso a las bellas personas de las que contaba los sufrientes amores; su mano, para mostrar sus heridas, se hacía ligera».

El año anterior a la locura, en 1891, Hugues Le Roux escribía de Maupassant:

«Él penetra con precisión en medio de la vida; pero con los primeros cabellos grises, el salvaje egoísmo del que ha estado tan orgulloso se atenúa y entristece. Parece que hubiese triunfado hasta aquí con una especie de embriaguez de la estupidez del hombre y de la brutalidad de sus instintos. ¿Es este el comienzo de una evolución moral? No se sabría decir; pero es seguro que en *Fuerte como la muerte* esta alegría ha acabado. La indiferencia del novelista ha mermado. La piedad por los hombres ha

[1] Páginas 106, 189 de las 2ª y 3ª edición. París, Hachette, in-16.

entrado en él por alguna fina herida rápidamente vuelta a curar. ¿Este rosario de lágrimas se resecará? ¿O va a inflarse, a brotar?...»

***

La influencia de Taine aparecía clara y distinta sobre esos realistas de finales de otoño – la expresión es del Sr. Giraud – que han debutado en las letras entre 1800 y 1870 y se han llamado «naturalistas». El Sr. Anatole France ha escrito en *Le Temps* del 12 de marzo de 1893:

«La influencia de Taine, hacia esa época [1868], fue muy fuerte sobre la literatura y sobre el arte». El dominio ejercido por el pensamiento de Taine sobre el espíritu ágil y sagaz del Sr. France, sobre los «inteligentes» Goncourt[1] (que, juzgando el singular modo en el que han hablado de Taine en su *Diario*, no debieron leerlo) y sobre el denso y famoso cerebro de Émile Zola, no debe hacernos olvidar que, felizmente para él y para su gloria, había entre los naturalistas algunos escritores de los que Taine podía reivindicar su paternidad literaria sin enrojecer. Sobre este punto, el Sr. Giraud ha escrito una página magistral:

«Hay ciertamente algo de él en Maupassant, en Émile Pouvillon, en Ferdinand Fabre, cuyos principios, a decir verdad – el de los dos primeros al menos– son posteriores a 1870, pero que, por su concepción del arte y de la vida, se vinculan más bien a la generación anterior... A todos esos escritores, algunos de los cuales han debutado mediante versos y que, tal vez, habrían podido continuar por ese camino, él los ha persuadido de que la forma de la novela les proporcionaba el mejor y el más moderno empleo de su talento; él los ha invitado a trabajar, a cada uno en su vía, siguiendo los recursos de su experiencia personal, en esta "gran investigación sobre el hombre" que él mismo persiguió tan activamente[2]; él les ha enseñado el valor de la observación directa, atenta de los individuos y de los "medios"; él les ha enseñado a mirar entorno a ellos e incluso por encima de ellos, a no desdeñar nada de lo que uno de ellos – [Guy de Maupassant subtitula así su novela *Una vida*], ha llamado "La humilde verdad"; para decirlo todo, les ha

[1] Es el Sr. Giraud quén los llama así, p. 188 del volumen citado.

[2] «En definitiva, desde cuarenta años atrás, yo no he hecho más que psicología aplicada o pura», escribía Taine al Sr. Georges Lyon el 9 de diciembre de 1891.

penetrado de esa profunda convicción que, en el estudio sincero, concienzudo, de la proximidad, de la inmediata realidad, ellos encontrarían la materia, singularmente rica y siempre nueva, de obras de arte que no lograría hacer más que éstos fuesen brillante y fuertes. Estas lecciones han dado sus frutos y, como siempre, han sido superadas por los que las han seguido: demasiados “documentos” y demasiados “hechos”, demasiados “pequeños papeles”, demasiadas “notas” furtivamente tomadas y altivamente amontonadas en unos libros que se decían “vividos”; he aquí lo que se encuentra demasiado a menudo en los más grandes y en las obras más logradas».

LA INFANCIA Y LA JUVENTUD DE MAUPASSANT

Detalles inéditos contados a la Señorita Ray y al Doctor Balestre por la Señora Laure de Maupassant

Es interesante encontrar el origen de la vocación de Maupassant. Se diría que las generaciones se han sucedido con el único fin de perfeccionar el alma de aquél que fue la flor de su raza.

La familia de Maupassant es muy antigua. Un Maupassant se distinguió en el asedio de Rodas. Ésta fue ennoblecida por el emperador Françoise, esposo de Marie-Thérese.

Los Maupassant vinieron a establecerse en Lorena después de Marie-Leczinçka; más tarde se vincularon a la casa de Condé, y Jean-Baptiste de Maupassant fue jefe del consejo de tutela de los príncipes de Condé y de Contà.

Una dama de Maupassant – ignoro el nombre de su marido – era la amante de Lauzun; ella lo acompañó durante la guerra de conquista de Córcega; un día que ella se exponía imprudentemente al fuego enemigo, respondió a Lauzun que le rogaba que se alejase:

– ¿Vos creéis entonces que nosotras las mujeres no sabemos arriesgar nuestra vida más que en los partos?

La frase es referida en las *Memorias* de Lauzun[1]-

Los Maupassant ostentaban el título de marqués, título oficial que los descendientes no conservaron, a pesar de que sus armas estuviesen bajo una corona. Se encontrará en la figura siguiente estas armas.

Hay actualmente en París unos *condes de Maupassant*. El conde de Maupassant, marido de la condesa, de soltera Hübner, se llama en realidad Señor Nau; es hijo de una de Maupassant; es conde del papa. Hacia 1860, el Consejo lo ha autorizado a tomar el apellido de Maupassant solicitando la conformidad de la verdadera familia que ha consentido.

Hugues Le Roux ha escrito en sus *Retratos de cera*, en 1891, viviendo todavía Guy de Maupassant:

«Nadie en absoluto ha observado más sinceramente que Maupassant ese precepto de la sabiduría: ¡Oculta tu vida!

«En el deseo que tenemos de explicar todas las cosas y de fijar, en el matiz universal, nuestras teorías, prestamos hoy mucha atención a la cuestión hereditaria; observo pues que los Maupassant salen de Lorena. La

[1] Carta del Doctor Balestre, Théoule, 7 de septiembre de 1901.

mayoría de sus papeles familiares llevan el sello de los emperadores de Austria. La rama en la que debía nacer el novelista vino a establecerse en Normandía hacia mediados del siglo dieciocho. Y es ciertamente el carácter normando el que ha predominado en Guy de Maupassant. Él debe a ese carácter el gusto por la aventura y el viaje.»

De azur con faja de plata, conteniendo una mano, de gules, tumbada, formando el puño, acompañada de dos estrellas del mismo color; dicha faja, acompañada, en cabeza, de siete anillas de plata, 3 y 4; sobre una ancla de plata.
Villanova Solaro 30 luglio 1904
ANTONIO MANNO

«Yo le he escuchado decir:

«Los normandos eran más curiosos que conquistadores. Descendían hacia el Midi para ver el país, para buscar calor. No tenían más remedio que luchar. Amaban más las justas de la lengua que de la lanza, más diplomáticos que caballerescos, dispuestos además a sacar valientemente partido a la espada cuando las negociaciones fracasaban. Siento que por mis venas corre la sangre de esos piratas marinos. No tengo otro goce por las mañanas de primavera, que entrar con mi barco en puertos desconocidos, caminar todo un día por un nuevo decorado, entre hombres que frecuento y que no volveré a ver, que abandonaré la noche siguiente para regresar al barco, para irme a dormir en alta mar, para dar el golpe de timón de mi fantasía, sin añorar las casas donde unas vidas nacen, duran, se enmarcan, se

apagan, sin ningún deseo de arrojar el ancla en ninguna parte, tan suave como sea el cielo, tan sonriente como sea la tierra.

«Esta mar que él tanto ama y donde seguramente sería feliz hundiéndose en una grandiosa noche de tormenta, Maupassant la percibe el mismo día de su nacimiento, a través de las ventanas de la casa paterna. Estaba muy cerca de Dieppe, uno de esos castillos golpeados por las brisas marinas, y que el viento de equinoccio transporta a lo lejos las tejas mezcladas en desorden con las hojas de las hayas. Y toda la infancia la ha pasado entre esos veraneos marinos y estancias en Ruán, en la gran ciudad normanda, que, en el eclipsamiento de las originalidades provincianas, ha conservado tan claro el carácter impuesto por sus conquistadores.

«Cerca de Ruán se encuentra Yvetot, con su seminario donde los hijos de los agricultores ricos iban a estudiar latín, unos por vocación precoz del estatus eclesiástico, otros para escapar al servicio militar, que es otra ciudadela del espíritu normando. Se dan allí actitudes y un acento especial que uno conserva de por vida. Nosotros, altos normandos, reconocemos todavía a la edad de la barba blanquecina a un antiguo alumno de Yvetot.

«Maupassant fue internado en esta casa como casi todos los niños católicos de la región; pero su brutal franqueza no podía acomodarse a las costumbres eclesiásticas. También, cuando el sacerdote no es completamente superior, su frecuentación cotidiana mata en el germen la fe del joven creyente. Las excelentes personas a las que había sido confiada la educación de Maupassant no comprendieron su naturaleza. Fue necesario separarse.

«Desde entonces, el niño estaría para siempre alejado de la fe religiosa.

«– Además, me ha dicho un día Maupassant, tan lejos como me acuerdo, no logro recordar haber sido nunca dócil en este aspecto. De muy pequeño, los ritos de la religión, la forma de las ceremonias mi fastidiaban. No veía en ellas más que ridículo.

«Estoy seguro de que Maupassant era sincero hablando de ese modo. Tiene, por naturaleza, el alma menos religiosa que haya en el mundo. La esperanza de un más allá mejor que el presente estado de la vida, esa esperanza que mantiene a tantas personas en la lucha y en el dolor cotidiano, no le resultaba ajena; le repugnaba.

«La consideraba como una debilidad indigna de un ser que posee su sana razón y que la usa».

Los antepasados maternos de Guy de Maupassant, los Le Poittevin, pertenecían a la alta burguesía normanda. Una abuela, contemporánea de la Sra. Desboulières, Sra. Berigny, nos ha dejado unos versos muy sensibles.

El padre de la Sra. Laure de Maupassant, Paul Le Poittevin, quedó huérfano muy joven, siendo educado por su tío, el abad des Perques, sacerdote no juramentado, de una gran erudición.

A pesar de esta educación cristiana, el joven fue toda su vida un libre pensador pero, respetuoso con la religión católica, solicita la presencia de un sacerdote en el lecho de muerte.

Una extraña aventura influyó en su vida. Cerca de la pequeña ciudad de Valognes se encuentra la pedanía de Gonneville, con un viejo castillo de la Edad Media que poseía una habitación embrujada. A los que dormían allí, dice la leyenda, se les aparecía un cordero negro. Tan intenso era el terror que inspiraba la habitación embrujada, que el último de los vagabundos prefería, más que acostarse allí, descansar sobre las piedras del camino. El Sr. Le Poittevin durmió en esa habitación, tanto por arrojo como por atracción hacia el misterio. Vio el cordero negro que le dijo: «Tanto tú, como tus descendientes conservaréis este dominio, la suerte persistirá entre vosotros».

El joven compró la propiedad de Gonneville desde que hubo ganado una cierta fortuna en la industria, en los alrededores de Ruán. Y esta sumisión a lo maravilloso, sorprendente en un ser de actividad y ciencia, fue heredada por Guy de Maupassant. Con el don que tiene el escritor de objetivar, evoca la vida oculta que está en torno a nosotros, enredada, y nos da ese estremecedor «Horla» que sorprende con la pintura de la vida brutal. Guy no se somete a las supersticiones de la infancia. El mundo sobrenatural fue para él una deducción del mundo material.

Alfred (hijo de Paul y padre del pintor Louis) Le Poittevin, fue el amigo de Flaubert, y murió habiendo dejado presentir el poeta genial que hubiese sido. Algunas de sus obras que duermen, ignoradas, bajo las cenizas del pasado, son de una bella intensidad emotiva.

Educada con ese hermano, de ocho años mayor que ella, la Sra. Laure Le Poittevin[1] se convirtió en su discípula. Cuando se casó con Gustave de Maupassant tenía una gran cultura intelectual.

La abuela de Gustave de Maupassant, señorita Murray, una criolla de la isla Bourbon, era de una extraordinaria belleza. Se casó con Louis de Maupassant. Guy debió a esta ascendencia sus refulgentes ojos de criollo.

El niño nació una mañana soleada, el 5 de agosto de 1850. Sus padres ocupaban el castillo de Miromesnil, en el municipio de Tourville-sur-Arques[2]. La Señora Le Poittevin, prevenida del acontecimiento llega por la alameda plantada de hayas formando la bóveda de una catedral al fondo de la cual se celebraba el misterio del día naciente. Ella piensa que el niño, venido con el alba, tendría un destino ascendente hacia la gloria, como el sol hacia las esplendidas alturas celestes.

He aquí ahora un detalle en el que la Sra. de Maupassant insistía mucho: *Fue ella y solamente ella quién alimentó a sus hijos*. También había quedado muy sorprendida de ver en el *Journal* del 13 y en *Les Débats* del 14 de septiembre de 1901 una reseña tomada del *Gaulois*[3] en la que un tal Sr. Lécuyer, guardián del parque Solferino de Ruán, donde se encuentra el busto de Guy, era presentado como su hermano de leche. La Señora de Maupassant no quería en absoluto abdicar de su gloriosa maternidad.

He aquí la verdad: Una semana o dos después del nacimiento de Guy, su madre fue afectada de *Choléra nostras* y, durante cuatro o cinco días, Guy se alimentó del seno de la Sra. Lécuyer que era granjera o jardinera en el castillo de Miromesnil o en las proximidades. Esto es a lo que se reduce el valor del título de hermano de leche del que se vanagloria el Sr. Lécuyer. La Sra. de Maupassant ha escrito al *Journal* para dejar los hechos en sus justos límites. Ella ha sido *completamente* la madre de su hijo.

---

[1] Laure Le Poittevin nació el 29 de septiembre de 1821; murió el 8 de diciembre de 1903 en Niza.

[2] En las proximidades de Dieppe (Sena Inferior)

[3] El *Journal des Débats* del sábado 14 de septiembre de 1901 anunciaba:

«El hermano de leche de Maupassant, Sr. Lécuyer, acaba de ser nombrado guardián del jardín Solferino, como consecuencia de una designación oficial del alcalde de Ruán.

«El busto del escritor se encuentra en dicho jardín. Uno de nuestros colegas informa de lo sorprendente que resulta el parecido del guardián y su hermano de leche. Los turistas que tengan la curiosidad de constatar este hecho podrán hacerlo».»

El Sr. y la Sra. de Maupassant vivían al año durante algunos meses en París, pero su principal residencia estaba en Étretat, la propiedad donde Guy da sus primeros pasos, balbucea sus primeras palabras, sueña sus primeros sueños de arte.

La «querida casa», como él siempre la llama, estaba a corta distancia del mar, bajo la carretera a Fécamp, en plena campiña normanda, rodeada de un jardín de tres mil metros que la Sra. de Maupassant había diseñado. Allí había abedules, tilos, sicomoros, espinosos rosales blancos y rojos, acebos soberbios. También flores, en macizos, en cestas, en matorrales, toda una vida perfumada.

La casa es amplia, un poco baja, pintada de blanco, de aspecto muy rústico, con nueve ventanas en la fachada abriéndose sobre un balcón que está sostenido por unos pilares completamente revestidos de hiedra, de jazmín, de madreselva. La planta baja, sin escalinata, comunica con el jardín por tres puertas con ventanas. El segundo piso es de paños cortados. Las habitaciones, muy amplias, se decoran con todos los bellos muebles heredados de los abuelos, con arcas descubiertas en la abadía de Fécamp, mesas de oficiar, y maravillosos cerámicas ruanesas.

La Señora de Maupassant había vuelto a dar a la propiedad su antiguo nombre de «Verguies» que en latín decadente quiere decir «pequeño vergel».

Veamos ahora una de las leyendas que los normandos evocan en las veladas.

En tiempos antiguos, la propietaria de un castillo llamada «Olive» vivía allí, noble y virtuosa dama de finos cabellos rubios y tez rosada, con la robusta esbeltez de una hermosa normanda. Ahora bien, el jefe de los piratas que asolaban la costa había visto a la joven dama. Decidido a secuestrarla, encontró la ocasión. La dama tenía por costumbre ir a ayudar a sus sirvientes a lavar la ropa; ella iba a una curiosa fuente de agua dulce que el mar no descubría más que ciertos días de gran marea.

La dama se dedicaba a la tarea cuando una barca atracó. Las lavanderas huían, espantadas. Olive, perseguida por los piratas, va a ser alcanzada cuando hace la promesa de construir una iglesia si logra escapar, y de súbito unas alas parecen empujarla por los talones.

De vuelta a su hogar, piensa en su promesa; se elige un emplazamiento. Pero el lugar estaba frecuentado por el diablo de Verguies.

Los primeros cimientos son plantados por unos obreros que regresan al día siguiente temprano. Las piedras han sido transportadas a la entrada del valle. Dos veces, tres veces, el incidente se repite. Puesto que Dios, más fuerte que el diablo, deja hacer, es que el segundo emplazamiento le conviene más. Y se construye la iglesia de estilo románico que todavía hoy existe.

***

Guy fue absolutamente feliz, vigilado por una inteligencia materna que alejaba de él todas las pequeñas tristezas.

Después de los primeros días soleados de todos los pequeños en los que el espíritu flota, plumón blanco que roza las cosas pero no se aferra a ellas, Guy daba sus primeros pasos. Hasta ese momento, habían sido unos esbozos de marcha para reír, tropezándose con los muebles, o bien unas carreras a gatas. Y luego, una clara mañana, el bebé se encuentra solo en el extremo de un cuarto, su madre, muy lejana, separada de él por todo el desierto de la habitación. Un rayo de sol entra, en el que bailan moscas; el niño las examina. Su mamá no echa la mano a esos pequeños animalillos, ellas no caen y sin embrago debe ser muy difícil mantenerse en el aire como sobre el suelo de madera. En este encantamiento, lo imposible se hace muy simple; el pequeño, de pie, vacilante, se apoya contra una silla, luego percibe un par de zapatos completamente nuevos que se han depositado sobre un taburete. Él toma uno, y llena completamente su mano riendo sólo. De ordinario desliza en los zapatos los pies rosas que repliegan sus dedos, el calzado no entra, eso resulta muy divertido. Agarra uno de los cordones, el zapato oscila como un anzuelo. Manteniendo el lazo con precaución, avanza, torpe y delicioso, llega cerca de su madre y se arroja sobre sus rodillas.

La Sra. de Maupassant comenzaba la educación de su hijo, le enseñaba que no hay que *mirar* sino *ver*. Y ni un rayo acariciaba la planicie en movimiento del mar, ni una sombra se acentuaba en el acantilado, ni un vuelo de gaviotas blancas como unos copos alados se bañaban en las olas, sin que ella se lo hiciese advertir al niño, despertando su inteligencia a la vida de las cosas. Y para esta enseñanza, la estancia en Étretat era preciosa. La mar con su exagerado colorido, sus cóleras negras, sus amaneceres rosas,

sus lutos eternos contra las grandes rocas, toda su vida atormentada, sorprende al observador, lo prepara en la comprensión de su entorno.

En la bruma de la infancia, un día se destaca en blanco luminoso, la primera comunión.

Comulga con fervor. Para los niños, cuya curiosidad se enfrenta sin cesar a lo inexplicable, los mitos del catolicismo no parecían más extraños que las maravillas de la vida. Y tal vez son ellos los sabios, esos pequeños, que no se obstinan en sondear lo que Maupassant llama «la Eterna Nada».

Guy consigue un triunfo de ciencia sagrada. Debía confirmarse un año después de su primera comunión. Aunque una olas habían roto ante los ojos del niño, aunque unos gaviotas habían atravesado con su pesado vuelo el horizonte de sus recuerdos, las frases del catecismo habían sido esparcidas al viento.

El obispo de Ruán preguntaba a algunos pequeños a fin de saber si estaban preparados para el sacramento, y señala al joven de Maupassant para que le siga a la sacristía.

La madre percibe el tartamudeo turbado de su hijo. ¡Ah! helo aquí que camina hacia ella a pasos agigantados, el aspecto satisfecho. Ella pregunta ansiosa.

– ¿Y bien?

– Yo he dicho a Monseñor: «El catecismo de Paris que yo sé, no es igual palabra por palabra que el de Ruán» Entonces Monseñor me interrogó sobre la religión. Monseñor me ha preguntado y yo he respondido bien.

Y, orgulloso de su presencia de espíritu, regresó con sus compañeros.

He aquí dos rasgos de la infancia de Guy.

El padre de Maupassant buscaba intensamente los éxitos mundanos y se mostraba muy solícito con hermosas mujeres; era un hombre de buena fortuna. Un día, Guy escribió a su madre una carta de la que extraigo el siguiente párrafo: «He sido el primero de la clase en composición; como recompensa, la Sra. de X... me ha llevado al circo con papá. Daba la impresión de que recompensaba también a papá, pero no sé de que».

Otro día, Guy y Hervé habían sido invitados a un espectáculo para niños en casa de la Sra. de Z... que recibía en ese momento los galanteos del Sr. de Maupassant. Hervé, enfermo, no podía ir; su madre se quedó con él. El Sr. de Maupassant aprovechó con prontitud la ocasión y se ofreció a llevar a Guy. Éste adivinó el sentimiento que guiaba a su padre y se dio el

gusto, en el momento de partir, de perder el tiempo, de remolonear vistiéndose, aunque su padre, impaciente, le amenazaba con no llevarlo. – ¡Ah! respondió Guy, yo estoy muy tranquilo, tú aún tienes más ganas que yo de ir.– Vamos; ata los cordones de tus zapatos, dijo el padre.– No, respondió Guy, ven a atármelos tú. – Estupefacción del padre. «Vamos, insiste, el crío, vas a venir a atármelos; más te vale decidirte enseguida». – Y su padre le ató los cordones.

Guy tenía entonces nueve o diez años, cuando escribió esta carta y cuando protagonizó esta escena. Fue en consideración a esta precocidad de observación y de juicio, que la Sra. de Maupassant se decidió a irse a vivir lejos de su marido.

Guy ha sido extremadamente precoz, pero su madre no lo ha empujado al trabajo; ella lo dejaba desarrollarse físicamente en la vida al aire libre.

Aprendió a leer más pronto que Hervé. Hacia los diez u once años, cuando se preparaba para la primera comunión, su madre le leía dos veces un capítulo del catecismo y el lo sabía de memoria, preguntas y respuestas.

Fue en 1863, en Yvetot, a la edad de trece años, cuando escribió estos *primeros* versos:

La vie est le sillon du vaisseau qui s'éloigne,
C'est l'éphemère fleur qui croit sur la montagne,
C'est l'ombre de l'oiseau qui traverse l'éther,
C'est le cri du marin engloti par la mer.
La vie est un brouillard qui se change en lumière;
C'est l'unique moment donné pour la prière.

La vida es el surco del navío que se aleja,
Es la efímera flor que crece en la montaña,
Es la sombra del pájaro que atraviesa el éter,
Es el grito del marino engullido por la mar.
La vida es una niebla que se transforma en luz;
Es el único momento propicio para la plegaria.

Su juego preferido consistía en salir al mar, ya de muy joven, con los pescadores en los que se podía depositar toda la confianza, o en el barco del piloto de Fécamp. Cuando era niño, no salía más que cuando el tiempo era bueno. Más tarde, afrontaría todas las tempestades.

Le gustaba jugar con los niños de su edad, pero también se interesaba por las conversaciones serias.

Su infancia fue absolutamente casta. Será a los dieciséis años cuando se le conozca su primera relación con la bella E...; al amor sucede una amistad tierna y mutua que durará mucho tiempo. Nunca buscará otra cosa que relaciones elevadas y, al igual que su hermano, siempre mantuvo un gran respeto por la casa materna.

Hasta los trece años, Guy recibió las lecciones de su madre, ayudada por el sacerdote de Étretat que enseñaba los rudimentos del latín. Las horas de trabajo se alternaban con juegos y caminatas al aire libre. Por la noche, el escolar subía al segundo piso donde tenía una habitación y un gabinete de trabajo. Los sirvientes subían a la hora en la que, para los niños, se hunde en las tinieblas esta palabra: «la noche»; pero, en absoluto cobarde, Guy se dormía sin temores.

La lectura de *Macbeth* le procura su primera emoción literaria. Había suplicado a su madre que le consiguiese una traducción de ese drama y en la silenciosa casa revivió la trágica historia, sometido con Macbeth a las sugestiones de la mujer, luego estremecido con los remordimientos del asesino, comprendiendo el espantoso simbolismo de estas palabras: «Todos los perfumes de Arabia no sabrían purificar esta pequeña mano».

Muchos resplandores pasaban por los ojos de Guy. Esa lectura le revelaba el don que algunos tienen evocando otros seres, de darles vida, una vida donde las generaciones sucesivas los encontrarán, pensamientos que se eternizan en la fragilidad de las existencias materiales.

A continuación, *El sueño de una noche de verano* encanta al niño que, viviendo en plena naturaleza, se hunde en la fantasmagoría de las cosas.

La Sra. de Maupassant había sido la confidente de Alfred Le Poittevin, de Flaubert, de Bouilhet. Ella pensaba que su hijo sería un escritor, tal vez por una misteriosa precognición, o más bien por deducción; Guy se revelaba ya como un buen observador. Él, tan juerguista, tan turbulento, amaba la lectura con pasión; su madre fue como un buen jardinero que, viendo nacer la endeble planta rara, le arranca las malas hierbas y la cuida con esmero. Ella se gira hacia el arte, al sol del talento, a los gérmenes de ideas puestos en el alma del pequeño, le ahorra las luchas contra la voluntad familiar que despilfarran tantas energías, permite que emplee cada minuto de su breve existencia a edificar la obra.

Guy entra en el instituto eclesiástico de Yvetot. Tenía pocas simpatías por sus compañeros, por instintiva repulsión hacia los mediocres de los que,

más tarde, trazaría las siluetas con tanta ironía. Durante las vacaciones, disfrutaba con los pescadores de Étretat cuyas rudas almas, no deformadas por las convenciones, conservaban su originalidad.

Amaba salir a pleno mar, en la choza flotante, a echar redes, luego regresar al final del día, deslizándose sobre un mar que reflejaba los oros y los rosas del sol poniente semejando pedrerías líquidas.

La Sra. de Maupassant nunca impidió a su hijo curtirse a pesar de la ansiedad que a veces le producían esas escapadas. El niño había partido una mañana. Una bruma se levantó, el mar y el cielo no era más que un gran muro de vapor gris. La Sra. de Maupassant descendió a la playa; llegó la noche, se disolvía en la atmósfera. Reinaba un silencio de agonía, súbitamente roto por unos lamentos, unos sollozos, pues la esposa del patrón de la barca acababa de llegar:

– ¡Seguro, Señora, que están en peligro! ¡Mi esposo, mi pobre pequeño muchacho!

Las lamentaciones de esa mujer aumentaban el dolor de la madre que piensa en su hijo envuelto en el pesado sudario helado cuya amenaza está allí.

De pronto se alzó una fantasmal barca con el velamen ahogado en las sombras. En un deslizamiento silencioso, la embarcación llegó y atracó. Y el horror de esa velada de espera fue olvidado en la gran alegría del regreso.

Guy era adorado por esos pescadores, les encantaba por su familiaridad y, si había necesidad, daba lecciones de tacto a unos burgueses menos afables que él.

Un día habían proyectado una excursión con el hijo de un pescador, Charles, y un jovencito de la sociedad en casa del cual se habían reunido. La madre de éste último acogió al Sr. de Maupassant con amabilidad, al otro compañero con arrogancia, y añadió:

– Charles llevará la cesta de provisiones.

Una llamarada subió a las mejillas del joven muchacho. ¡He aquí que se le trataba de criado! Sus ojos brillan, coléricos; en el fondo de su alma germinaba el odio contra «los ricos». Pero Guy ha comprendido la humillación que se quiere infligir al pescador, y responde:

– Desde luego, Señora, nosotros llevaremos la cesta *cada uno por turno*; ¡yo comienzo!

Y Charles se emocionó deliciosamente con esa delicadeza.

Guy se evadía de la austeridad del seminario componiendo versos. Alguna poesía, juzgada demasiado ligera, fue motivo de una expulsión que no era más que una medida de disciplina, pues el escolar permaneció siendo amigo de sus maestros.

Entonces se le matriculó en el Instituto de Ruán, y Louis Bouilhet quiso darle algunos consejos de prosodia.

Guy trabajaba con ardor, luego dedicaba sus vacaciones a hacer travesuras. En Étretat, un día de carnaval, se puso uno de los vestidos de la Sra. de Maupassant, y con unas amiguitas, decidió gastar una broma a una pudibunda anciana inglesa.

El jovencito se hizo presentar bajo el nombre de «Renée de Valmont». De pronto aparece una damisela de tez blanca, pues, para disimular le incipiente bigote, se había hecho poner en la cara un maquillaje de polvos de arroz. Entonces comienza una pequeña escena muy divertida. La Srta. de Valmont, con los ojos bajos, parecía *quite a lady*. Y la anciana comienza a interrogarlo:

– ¿Habéis viajado, Señorita?

– ¡Oh! ¡Mucho! He venido de Nouméa.

– ¡Aoh! ¡Nouméa!

– Sí, tengo amigos allí.

– ¡Aoh! ¿Tan largo viaje completamente sola?

– No, con mis dos damas de compañía.

– Incluso con dos damas de compañía, estar tan lejos, ¡una jovencita!

– ¡Oh! ¡no puedo tener miedo! Tengo a mi servicio un dragón y un coracero.

– ¡Aoh! ¡*Shocking*!

Las amigas comienzan a desternillarse de risa y la pobre dama comprende la broma, sintiéndose tan ofendida que hay que insistir en las disculpas.

En otras ocasiones Guy se divertía a expensas de los turistas. Los pescadores de Étretat, para aprovechar los barcos que hacían agua, los amarraban y los llevaban tirados por caballos a las cumbres del acantilado, luego se servían de ellos como cobertizos. Cierto día unos parisinos exclamaban estupefactos:

– ¿Cómo ha llegado una barca allá arriba?

Y Guy les respondió con mucha seriedad:

– Las olas son tan fuertes que sobrepasan el acantilado, luego el agua se retira dejando varada la barca.

La Sra. de Maupassant y su hijo iban a menudo de excursión, ambos aventureros, corriendo por sus venas sangre de piratas marinos. Una vez estaban paseando por la playa, sin advertir que la marea estaba subiendo, de modo que de pronto una ola les cerró la salida. Y la cuerda de nudos que servía para subir a lo alto del acantilado había sido retirada. Entonces optaron por escalar. Pero grandes fragmentos de roca se desprendían amenazando con arrastrar en su caída a la Sra. de Maupassant que, sobrexcitada por el peligro, seguía a su hijo en una ascensión desesperada, llegando finalmente con la falda desgarrada, los cabellos alborotados, se diría una evasión del abismo.

La «querida casa» era muy alegre en esa época. Un ir y venir de jóvenes muchachos y muchachas que organizaban diversiones y picnics.

Después de sus escapadas, Guy regresaba a Ruán y retomaba las lecciones de Louis Bouilhet.

Éste muere en 1868 y el discípulo se ve profundamente afectado.

***

Sus estudios habían terminado; Maupassant parte para París.

Su doble vida de artista y funcionario no dejaba muchos momentos de ocio al futuro novelista; también veía a poca gente. Relacionado con la familia del Sr. Danton, inspector de academia, frecuentaba ese salón donde se encontraba con el Sr. Gréard. En casa de Flaubert, se encontraba el domingo con Ivan Tourguénieff, Taine, Frédéric Baudry, Émile Zola, Aphonse Daudet, Charpentier, Edomond de Goncourt, Catulle Mendès, José-Maria de Heredia, Huysmans, Hennique, Céard, Léon Cladel, Gustave Toudouze.

En esta época, el joven se relaciona con Léon Dierx, del que admiraba su porte altanero.

Con su impresionabilidad de artista, Guy se adaptaba a los medios más variados. Las almas no son una unidad, sino una reunión de fragmentos extraños los unos a los otros. En Bezons, entre los remeros y sus amigas, Maupassant se revelaba en su material robustez y experimentaba una alegría inmensa cuando realizaba alguna aventura.

Un día, en el cabaret donde cenaban los remeros en ropa ligera, pantalón corto, camiseta dejando los brazos al descubierto, entró un luchador, sorprendiéndose de entrada al encontrarse en un mundo nuevo, luego, percibiendo a Guy con su torso hercúleo y sus músculos prominentes, dijo:

– Permitidme que salude a un colega.

El joven alquilaba una habitación en la posada de Bezons y confiaba al propietario dos magníficos perros de caza traídos desde Étretat. Uno de los animales, del que se sospechaba que había sido mordido por un perro rabioso, fue cruelmente sacrificado sin haber investigado la verdad. A Guy le invadió tal pena que no volvería nunca a Bezons.

Con una maravillosa obstinación, trabajaba bajo la autoridad de Flaubert. A veces la Sra. de Maupassant, preocupada, preguntaba al maestro:

– ¿No puede dejar el Ministerio para dedicarse a las letras?

– ¡Todavía no! No hagamos de él un fracasado.

Desconfiando de los éxitos fáciles, le prohibía a Guy publicar. Cuando hubo escrito la *Venus rústica*, fue cuando el maestro decidió comenzar a publicar. Presentó su alumno a la Señora Adam, lo introdujo en ese salón donde la dueña de la casa, de una belleza divinizada por una rara inteligencia, reunía a los espíritus más diversos.

Finalmente apareció *Bola de sebo*, y Flaubert, en un impulso de admiración, escribió a la Sra. de Maupassant:

«Tu hijo se convierte en uno de los grandes. *Bola de sebo* me parece una maravilla.».

Esa fue la última alegría del viejo escritor. Seis semanas después, era abatido por una tarea ímproba de treinta años. Maupassant, convertido en literato, dejó definitivamente el Ministerio.

***

A continuación veamos algunos recuerdos de Henry Roujon – el sucesor de Gustave Larroumet – sobre Guy de Maupassant:

«En febrero de 1876, llegando a la *République des Lettres*, para realizar allí las funciones, de las que tan orgulloso estaba, de secretario de redacción, bajo las órdenes de su propietario y amigo Catulle Méndes, vi al patrón tenderme un manuscrito con aire interesado.

«”Lea esto”, me dijo.

«Era un poema que se titulaba *A la orilla del río*. Se trataba de dos amantes, un remero y una lavandera, que se amaban hasta perecer; un idilio brutal y sensual, que comenzaba mediante diversos hechos y terminaba como una pesadilla. Yo era por aquel entonces un joven aprendiz, muy ignorante, y provisto de intransigentes convicciones, como conviene por otra parte a los principiantes. Insaciable lector de poesías, desconfiaba de los versos que no eran cincelados según las fórmulas al uso, y sobrevaloraba las teorías del Parnaso. De entrada todo me chocó de ese manuscrito; la vulgaridad del tema, el carácter fácil de las metáforas, el descuido del ritmo, la dispersión de las rimas, el estilo diabólico. Esos versos eran el prototipo de lo que yo debía reprobar. No obstante, por encima de ese gran ruido que formaba el narrador en torno a un acoplamiento tan banal, estallaba el supremo don de la vida. Volví a leer *A la orilla del río*. A la segunda lectura, si la obra me gustó quizás menos, me interesé sobre su autor. Tan ligero y tan tajante como yo era por aquel entonces, supe presentir algo. El manuscrito llevaba esta firma: Guy de Valmont.

«”¿Quién es éste?”

«– “Un protegido, un amigo de Flaubert”, me respondió Mèndes. “Es el propio Flaubert quién envía el manuscrito, presionándome para publicarlo”.

« Al día siguiente de la aparición de *la Tentacion de San Antonio*, Gustave Flaubert era un ídolo para nosotros. A nuestros ojos era el paradigma de hombre de letras, del escritor ejemplar, heroico y perfecto. Un desconocido que se presentaba en su nombre revestía por eso casi un carácter sagrado. Mi deber elemental era volver a leer una tercera vez los versos del Sr. Guy de Valmont. Siendo el autor un amigo de Flaubert, cedía a mi deseo de admirarlos.

«Sin embargo Catulle Mendès, equilibrado y apacible, dócil a esos principios de hospitalidad literaria que han dirigido su vida, enviaba sin demora a la imprenta esa copia de recluta, ilustrada por el patronazgo de un mariscal.

«”Guy de Valmont”, añadió, “es un pseudónimo. Flaubert me explicó que su joven amigo es empleado en el Ministerio de la Marina, bajo las órdenes de un hombre al que no le gusta la poesía. El verdadero apellido del

poeta es Maupassant. Además, va a venir a vernos. Desde hoy, es de la casa".

«*A la orilla del río* apareció en el número siguiente de la *République des Lettres*, entre nobles versos de Léon Dierx, unos *Marginalia* de Edgar Allan Poe, y un fragmento de una comedia, entonces inédita, de Flaubert. Sea dicho sin blasfemia, ese fragmento, *El Reino del Cocido*, aportaba mediocridad a la gloria del maestro. Se leyeron los versos del recién llegado; algunos parnasianos, que no se andaban con chiquitas en cuanto a las cuestiones de la factura, hicieron sus reservas. Pero se llegó al acuerdo general de que el autor era "un caballero".

«Sin embargo Guy de Maupassant se había convertido muy rápido en uno de los nuestros.

«Conservo el recuerdo muy nítido de mi primer encuentro con él, en una de esas encantadoras cenas que daba Catulle Mendès en la calle Bruselas. En torno a esa fraternal mesa, se sentaban habitualmente Léon Dierx, Jean Marras, Léon Cladel, Villiers de l'Isle-Adam, Stéphane Mallarmé. Flaubert había venido en persona a presidir en alguna ocasión ese cenáculo de apasionados discípulos. Allí no se hablaba de otra cosa que no fuese arte: Hugo y Wagner eran nuestros dioses.

«Maupassant vino a sentarse entre nosotros, sonriente y cortés, como un hombre que se encontrase en su medio natural.

«Su aspecto no tenía nada de romántico. Un rostro redondo congestionado de marino de agua dulce, de portes francos y maneras sencillas. «Tengo por apellido "mal-paseante"», repetía, con una bonhomía que desmentía la amenaza. Su conversación se limitaba a los recuerdos de las lecciones de teología literaria que le había inculcado Flaubert, a algunas admiraciones más intensas que profundas que constituían su religión artística, a una inagotable provisión de anécdotas pesadas y a salvajes invectivas contra el personal del Ministerio de Marina. Sobre este último punto, no se agotaba. A decir verdad, hablaba poco, no se prodigaba demasiado, no contaba nada de sus proyectos. Continuaba componiendo versos, ni mejores ni peores que los primeros, versos sensuales y elocuentes, versos de prosador de raza. Si se le proponía escribir otra cosa, el simplemente respondía: "No tengo prisa; aprendo mi oficio".

«Caía bien por la gracia de sus modales y por la invariabilidad de su humor. Sin embargo era notablemente diferente de la mayoría de nosotros.

Nosotros éramos incorregibles parisinos, prisioneros de los despachos de redacción y de los teatros. Lo más claro de nuestra existencia se iba en papel emborronado. Vivíamos, al menos en sueños, en esa residencia, tan bella e irónicamente descrita por Sainte-Beuve: “Al otro extremo de una lengua de tierra reputada como inhabitable y más allá de los confines del romanticismo conocido, una caseta bizarra, muy decorada, muy recargada, pero coqueta y misteriosa, dónde se lee a Edgar Allan Poe, dónde se recitan sonetos exquisitos, dónde se fuma haschis para razonar después, dónde se consume opio y mil drogas abominables en tazas de fina porcelana”.

Nos imaginábamos a pies juntillas que el insomnio, la dispepsia y algunos trastornos nerviosos formaban parte de la dignidad del escritor. Maupassant, el Maupassant de entonces, no tenía de ningún modo el rostro de un neurótico. Su tez y su piel parecían de un rústico curtido por las brisas, su vez conservaba un deje arrastrado del típico hablar campesino. No soñaba más que con caminatas al aire libre, deportes y domingos de remos. No quería vivir en otro lugar que no fuese a orillas del Sena. Cada día, se levantaba muy temprano, lavaba su yola y daba unas vueltas fumando su pipa, y saltaba, lo más tarde posible, en un tren, para in a penar y a echar pestes en su jaula administrativa. Bebía como una esponja, comía por cuatro y dormía de un tirón; lo demás al paso.

«Para disfrutar verdaderamente de él, era necesario pasar un domingo en su compañía, en Argenteuil, en Sartrouville o en Bezons. Cambiaba alegremente de residencia, sin dejar nunca los márgenes del río. Cubierto con los restos de un sombrero de pescador de caña, con el torso embutido en un jersey rayado, sus gruesos brazos de remero desnudos hasta los hombros, esperaba a sus amigos en la estación. Si se encontraba en la proximidad de personas renombradas por su candidez u ocupando en el Estado posiciones de consideración, jamás dejaba de pronunciar con voz rotunda palabras de bienvenida carentes de todo pudor. Del mismo modo que algunos de sus compañeros se creían, con respecto al arte, obligados a la neurastenia, él consideraba que un artista, so pena de abdicar, debía burlarse del burgués. Él ha sido el último Bixiou. Pero, llevados a cabo los ritos de ese sacerdocio, Maupassant se convertía en el más atento de los anfitriones. Enseguida desplegaba la vela y os paseaba dos horas, contando tanto historias de ahogados, como aventuras de magistrados o de altos dignatarios sorprendidos en situaciones indecentes. Se reía hasta hacer zozobrar el

barco. Si la brisa caía, remaba con firmeza o bien tiraba él mismo de la cuerda por el sendero que llevaba al embarcadero; llevaba a las damas o a los torpes a desembarcar, acomodaba los objetos rotos, arreglaba los arañazos, siempre con un cuchillo en el bolsillo, y una cuerda, a falta del tafetán y la cola, lleno de recetas y de remedios, higienista, curandero, carpintero, manitas, cocinero, – un buen muchacho.

«Una feliz tarde de 1878, ¿a quién vi entrar en mi despacho de la Dirección de enseñanza primaria? A Maupassant en persona, con el rostro radiante:

«”¡Usted!”

«”– Yo mismo. He dejado la Marina. Ahora soy su compañero. Bardoux me ha adscrito a su gabinete”.

«Y concluyó con esta fórmula que resumía para él la idea de alegría: “¡Resulta bastante gracioso, eh!”

«Comenzamos bailando un paso desordenado alrededor de un pupitre elevado a la dignidad de altar de la amistad. Después alabamos, como requería la ocasión, a Bardoux, ministro protector de las letras. Aunque me parece que Maupassant creyó que debía terminar mediante una andanada de insultos, dirigidos a modo de despedida, a sus antiguos jefes de la Marina.

«Flaubert y Bardoux tenían una buena relación desde hacía tiempo. Había bastado al gran escritor decir unas palabras al político para que Maupassant fuese liberado y provisto.

«Algunos pensaron que en el Ministerio de la Instrucción Pública, Maupassant iba a provocar algún escándalo. Fue un funcionario ejemplar. ¡Estaba muy bien considerado! Tanto peor si esto arruina una leyenda. Nada menos sorprendente además: muy refinado, tenía demasiado orgullo como para atraerse la humillación de las reprimendas. Su tarea le parecía fácil: trabajaba diligentemente y vivía tranquilo.

«Nos veíamos a diario, y como buenos compañeros nos hicimos amigos. Charlábamos de todo y de todos, comentando nuestros proyectos de futuro, entusiastas con nuestras esperanzas y teorías.

«Nunca fue mejor y tan auténtico, para alegría de algunos íntimos, que en esos años 1878 y 1879, donde, desconocido todavía, meditaba, se documentaba sobre la vida y se ibra abriendo camino. Se adivinaba en él una ambición paciente pero decidida, una tranquila confianza en sus fuerzas.

Su ideal era limitado y concreto: conseguir escribir bien. Escribir bien le parecía el objetivo supremo. Y además llevaba al estatus de dogma el desprecio del éxito por el éxito. Consideraba que el artista en primer lugar hace su obra para su propia satisfacción, luego para el juicio de una élite. Si la multitud le sigue o no le sigue, poco importa. Lo vulgar es grosero, incompetente, injurioso y estúpido. El escritor que se preocupa a priori de complacer está perdido para el arte. Él es, ni más ni menos, un excelente ejemplo, desde del punto de vista social, de como un auténtico literato logra fortuna. Maupassant alababa enormemente a Hugo por haber realizado fructíferas empresas como editor. Aún me parece oírle decir, esforzándose en dar a su franco rostro una expresión neroniana: "Me gustaría arruinar un día a algunos editores". Y reírse hasta llorar.

«Los sufrimientos de los escritores, sus desengaños, sus miserias, las torturas de los esfuerzos del trabajo lo indignaban y lo exasperaban. Abundaba en anécdotas lamentables y conocía la martiriología del pensamiento a través de todas las épocas. A veces era inexacto, pero siempre sincero y generoso. Se juraba escapar a esa ley de sufrimientos. Preparaba y preveía su carrera: voluntario, ordenado, independiente.

«Obedecer le resultaba imposible. Jamás habría podido servir. Enrolarse, disciplinarse le parecía un suplicio. De ahí desdén más absoluto, más infantil, más enorme, por los asuntos de la política. Juzgaba que tener una opinión política era una penosa invalidez que la buena educación manda ocultar. Yo sospecho que, a pesar de su nihilismo, ha sido un legitimista rural. En algunas frases que se le escapaban, en sus palabras sobre el pasado, se le adivinaban en el fondo vestigios de unos prejuicios nobiliarios. Muy desdeñoso hacia la democracia, se inclinaba hacia una oligarquía vaga, donde el gorila del que habla Taine, el gorila constructor de barricadas y dinamitero, era abatido por el gorila gendarme, a fin de que las personas de letras pudiesen trabajar en paz. A estos aristocráticos puntos de vista añadía la indignación más calurosa contra el perjurio, la opresión, la rutina, la injusticia. Profesaba horror hacia la guerra y enloquecía con Napoleón.

«Departiendo de este modo, teniendo aspecto de pasear y pasar sus ratos de ocio remando en el Sena, edificaba dulcemente su vida. Un día, nos anunció que acababa de escribir un largo relato, destinado a ser publicado próximamente. Nos habó de ese proyecto de un volumen en el que escritores

colegas debían publicar cada uno una historia sobre el año terrible. Y nos narró prácticamente *Bola de sebo*, de pie, ante la chimenea del despacho.

«*Las Veladas de Médan* aparecieron. La publicación de *Bola de sebo* fue un fulgurante éxito. Difícilmente se encontrará en las historia de las letras contemporáneas, semejante ejemplo de entrada súbita de un escritor en la gloria. Los profesionales se volvieron hacia él; el público fue conquistado al primer intento.

«De un día a otro surgió la fama, con todas las ventajas que ésta comporta, y la primera de ellas fue la libertad.

«Algunos meses después de *Bola de sebo*, Maupassant, liberado de toda preocupación gracias a un ventajoso contrato con un periódico, deja el Ministerio de la Instrucción Pública. Sin embargo el avispado normando había conservado en el fondo de sí mismo un rincón de desconfianza hacia el futuro. Pidió un permiso de un año, con la posibilidad de volver a ocupar su puesto si la necesidad lo obligaba. El más amable de los directores, mi colega y amigo, Xavier Charmes, se encargó, de acuerdo conmigo, de explicar el asunto Maupassant a nuestro ministro Jules Ferry. El Sr. Alfred Rambaud, entonces jefe del gabinete[1], muy comprensivo con las gentes de letras, lo apoyó cordialmente. Jules Ferry también era tan benevolente como intrépido; tenía toda la bondad de los fuertes. Firmó todo lo que él quiso. Entre todas las alegrías que he tenido al servicio de ese jefe incomparable, me gusta recordar como un papel firmado con su nombre ha proporcionado a las letras uno de los primeros escritores de nuestra época.

«Viéndose libre, Maupassant tuvo un momento de alegría desbordante. Contemplaba la feliz interrupción ministerial repitiendo: "¡Ya está!" Cerraba los ojos como un gourmet que saborea un manjar. Dejó el Ministerio por la puerta grande, sin dar un portazo, y efectuando las despedidas de rigor. Escuchó con la mayor de las deferencias a algunos viejos jefes de negociado, que creían su deber advertirlo contra los peligros de la vida literaria. Incluso llegó a tomar para sí algunas notas.

«Que estaba destinado a la gloria no lo dudamos. ¿Pero quién habría podido prever esa deslumbrante y trágica carrera de meteoro?

---

[1] Después senador, ministro de la Instrucción pública y miembro del Instituto. Acaba de publicar en la editorial Plon un muy entrañable volumen, precisamente, sobre *Jules Ferry* (París, 1903). [A. L.]

«Feliz, famoso, afortunado, Maupassant permaneció siendo el buen compañero de los años de aprendizaje. Su más grande alegría era invitar, durante un fin de semana a cenar, a algún testigo de sus principios. No olvidaré nunca la noche en la que me hizo partícipe de los últimos momentos, la muerte y funerales de Flaubert. ¡Qué sencillo y doloroso era su relato! Yo me maldije por no haber tomado algunas notas al día siguiente. Su devoción, esa vinculación a la vez intelectual y sentimental, le inspiraban palabras y actos de auténtica nobleza.

«Había lavado con sus manos el cuerpo de su maestro y presidido su último aseo, sin frases, sin poses, sin gritos, sin llantos, con el corazón inundado de respeto. Lo amaba filialmente, como un discípulo que admira, pero también como un pícaro sobrino querido al que el tío ha mimado y regañado. Lo he visto llorar casi de dolor y de cólera cuando Flaubert, cuyo final estuvo salpicado de problemas económicos, debió refugiarse en Croisset para envejecer pobremente. "¡Imagínese usted!, decía él, "que no ha emitido ni un lamento, ni una queja! Leía sin cesar este fin de carta que le envió la Sra. Sand: «¡Espero querido, que no vayas a lamentar la falta de dinero como un burgués!"

«Muerto Flaubert, Maupassant se ocupa piadosamente de la publicación de sus obras póstumas, sobre todo de ese *Bouvard y Pécuchet* que el maestro le había declamado todos los capítulos bajo las frondosidades de Croisset, ante el soleado decorado del Sena normando. Tuvo la amabilidad de convocarme, en su pequeño apartamento de la calle Clauzel, para mostrarme el voluminoso dossier que Flaubert, con paciencia de historiador, había reunido para escribir esta Biblia de la Estupidez. Pasamos gran parte de la noche paseando nuestra curiosidad a través de ese caos. Allí había de todo, antologías de anécdotas, bobadas, ingeniosidades, sandeces, tonterías, incluso pensamientos.

«En todo ese material tan disímil sorprendían las anotaciones de un genio poderoso y magnífico. Resultaba imponente y pueril. No hay ni que decir que Maupassant se prohibía a si mismo, piedad al margen, emitir crítica alguna. Se entusiasmaba a la vista de una mención tal como esta: "Burradas de hombres de Estado", – que acompañaba un compacto dossier. Reía a brazo partido ante una hoja de papel de carta en el que Flaubert, con su recta y fina escritura, había anotado esta observación: "Cosas que me han

irritado: plumas de hierro, los impermeables, Abd-el-Kader". Maupassant concedía un inestimable valor a estas notas.

«A medida que el éxito iba creciendo, Maupassant se convertía en un personaje de moda. Fue buscado, adulado. Los periódicos se disputaban su colaboración. Ofrecía suntuosas cenas en unos apartamentos muy lujosos. Siempre había tenido la manía del batiburrillo, improvisándose, al azar de sus veraneos, como tapicero o ebanista, con más celo que gusto. Acabó por comprar figuritas, de las que las más notables eran falsas, según la costumbre. Siempre según la costumbre lo que apreciaba en los demás era su autenticidad. "Mire usted – repetía él con complacencia – decididamente Zola no se conoce".

«Para poder compatibilizar su vida en sociedad con sus tareas como escritor de alto nivel, se libra a un exceso de trabajo. Unos cuentos sucedieron a otros cuentos, volúmenes a otros volúmenes. Se dobló bajo semejante fardo. Le sobrevinieron enfermedades, invencibles insomnios, incesantes dolores de cabeza. La melancolía lo invadió. Teniendo un miedo patológico a la enfermedad, nos hizo siniestras confidencias sobre su salud. Leyó libros de medicina, se infligió crueles regímenes y se atiborró de drogas; no hablaba más que de remedios y panaceas. Su rostro se alargó; sus ojos, antaño húmedos y sonrientes, se volvieron vítreos. Envejeció diez años en unos meses. Uno de nuestros últimos encuentros fue en una cena íntima, a bordo de su velero, en el viejo puerto de Niza. No comió nada y charló de microbios.

«Me acompañó durante unos instantes, en una velada de estrellas, por la ruta de Beaulieu. "No me queda mucho tiempo", me confió, "No me gustaría sufrir".

El resto ya se sabe. Los primeros desórdenes, presagiados por el cuento *El Horla*, de un ocultismo absurdo, tan extraño en el conjunto de su obra; luego las crisis, los accesos de ira, la rabia del suicidio, el internamiento, el hundimiento en la animalidad, la negra noche, finalmente la liberación, tan lenta en alcanzarle. Tenía cuarenta y dos años»[1].

***

[1] El Sr. Roujon dice *cuarenta*, pero Maupassant murió a los cuarenta y dos, casi a los 43, puesto que nació en 1850 y murió en 1893.

Los pequeños detalles que se acaban de leer no solamente tienen un simple interés documental, ayudan a la comprensión de Maupassant, quién, por pavor a desnudar su alma, jamás nos los ha contado él mismo.

La simple crónica inventa un ser de convención, pesimista acérrimo, descreído de todo, no amando a nadie, un cerebral sensual y positivo.

Conociéndolo mejor, penetrando en su vida interior tan celosamente protegida, se ven los rasgos distintivos de su carácter: amor filial exaltado, desdén hacia la mujer, culto al arte.

Adoraba a su madre. No era uno de esos afectos en lo que uno da y el otro recibe, sino un cariño recíproco. El escritor, que tuvo una reputación de egoísta, renunciaba a un viaje proyectado meses atrás con Huysmans para acompañar a la Sra. de Maupassant. Más tarde, se instalaba con ella en el Midi, en Antibes, luego en Cannes, abandonando París y los salones literarios. Se sabía comprendido por el cerebro de la que envejecía cerca de él.

Su madre era la confidente nunca cansada ni pasiva, no limitándose a admirar, sino que se involucraba en su obra. Sus sólidos estudios, el compañerismo de su hermano Alfred, de Louis Bouilhet, de Flaubert, habían fomentado en su espíritu una impronta científica. Más tarde, después de algunos años de vida en común con un marido demasiado seductor, y demasiado seducido, optó por recuperar su dignidad. Y en la soledad pensativa de Étretat, su alma se virilizaba.

Fue para Guy un precioso consejero. Le leía todas sus obras, y, a veces, las criticaba:

- El principio del relato es demasiado breve.

Y Guy, todavía poseído por la inspiración, se indignaba:

– ¡Insisto en esa forma concisa!

Luego, al día siguiente, volviendo a leer el trabajo con frialdad, decía:

– He seguido tus consejos, tenías razón.

Apasionadas discusiones se producían a menudo entre madre e hijo. Guy, en su primera versión de la *Venus rústica* comenzaba así:

Un jour de grand soleil, sur une grève inmense	Un día muy soleado, sobre un inmenso arenal
Un pêcheur qui suivait, la botte sur le dos,	Un pescador que seguía, la cesta sobre la espalda,
Cette ligne d'écume où l'Ocean commence,	

Entendit à ses pieds quelques frêles sanglots;

Une petite enfant gisait, abandonnée,
Toute nue, et jetée en proie au flot amer,
Au flot que monte et noie. A moins qu'elle ne fût née
De l'éternel baiser du sable et de la mer.

Il essuya ce corps et le mit en sa hotte,
Couchée en ses filets l'emporta triomphant
Et comme au bercement d'une barque qui flotte,
Le roulis de son dos fit s'endormir l'enfant.

Bientôt il ne fut plus qu'un point inaisissable
Et le vaste horizon se referma sur lui
Tandis que se déroule au bord de l'eau qui luit
Le chapolet san fin de ses pas sur le sable.

Esa línea de espuma donde comienza el Océano,
Oyó a sus pies algunos débiles sollozos;

Una niñita gemía, abandonada,
Completamente desnuda, y arrojada a la amarga ola,
A la ola que sube y ahoga. A menos que hubiese nacido
Del eterno beso de la arena y el mar.

Seca ese cuerpo y lo pone en su cesta,
Acostado en sus redes lo lleva triunfante
Y como al balanceo de una barca que flota,
El movimiento de su espalda hizo dormirse a la niña.

Pronto no fue más que un punto inalcanzable
Y el amplio horizonte se cerró sobre él
Mientras que a orillas del agua que brilla se desarrolla
El rosario sin fin de sus huellas sobre la arena.

El joven leyó estas estrofas a su madre, que se maravilló con la bella vena poética de su hijo. Pero Flaubert las encontró imprecisas. Guy, dividido entre su conciencia de artista y su deferencia de discípulo, conservó los versos que la Sra. de Mapassant encontraba interesantes y añadió dos estrofas para explicar el aspecto sobrenatural de la obra:

Les dieux sont éternels. Il en nait parmi nous
Autant qu'il en naissait dans l'antique Italie,
Mais on ne reste plus des siècles à genoux
Et sitôt qu'ils sont morts, le peuple les oublie.

Il en naitra toujours, et les derniers venus
Règneront malgré tout sur la foule

Los dioses son eternos. Nacen entre nosotros
Del mismo modo que nacían en la antigua Italia,
Pero ya no se queda más siglos arrodillado
Y tan pronto mueren, el pueblo los olvida.

Siempre nacerá, y los últimos recién llegados
Reinarán a pesar de todo sobre la

incrédule,
Tous les héros sont faits de la race d'Hercule,
La vieille terre enfante encore des Vénus.

muchedumbre incrédula,
Todos los héroes están hechos de la raza de Hércules,
La vieja tierra todavía alumbra Venus.

Después de haberse percatado de la mentira de de las amistades y los juramentos de amor, Guy se refugia en la autenticidad del afecto materno.

La nobleza de alma, heredada de su madre, le impedía cometer pequeñas indelicadezas y esas menudas infamias que la sociedad absuelve. Con frecuencia fue un seductor, nunca un corruptor. Desde luego, entre las amigas de los remeros, no se mostraba precisamente como un moralista; esas mujeres eran demasiado inferiores para poder ser degradadas; pero si, estando de aventuras, se le confiaba auténticas muchachas, él se mostraba hacia ellas como el más respetuoso de los hermanos.

Siendo joven, durante una estancia en Étretat, su jardinero lo hizo servir por su hija, una bonita aldeana de dieciocho años, y a una observación maliciosa de un vecino, el bravo hombre respondió:

– Conozco al Sr. Guy. Una joven es respetada en su casa tanto como en casa de su madre.

Y este instinto pueblerino era de fiar. Guy no entablaba el duelo del amor más que con adversarios conscientes y libres.

No fue un sentimental. Durante su adolescencia, tuvo algo más que amistad con una pequeña amiga inglesas, sin constituir todavía amor. Se dejó llevar por la atracción completamente material de una bella aldeana, pero, como Flaubert y Dumas hijo, profesaba un gran desdén por la mujer. De él es este chascarrillo:

– No dejaría una trucha salmonada por la bella Helena en persona.

Y reserva el amor para su vida sensual sin dejar invadir su vida moral, frecuenta en primer lugar el ganado a placer, luego las heroínas de *Bel-Ami*, gentiles animales perversos de finuras de moscas que quedan atrapadas en las redes que el hombre teje alrededor de ellas.

No buscaba la amante-amiga porque, siendo su madre una amiga incomparable, se conformaba con una simple amante. A veces le confesaba la requisitoria de «la Dama». Y cuando la Sra. de Maupassant, divertida, decía:

–¡ Y bien! Guy, ¿y yo?

Él respondía con seriedad:

– Tú no eres como las demás.

Ya famoso, sufrió las persecuciones de las que se hacían llamar sus almas gemelas, coleccionistas de hombres célebres, marisabidillas faltas de romances, todas evadidas del matrimonio. Estas chifladas se arrojan sobre la estela que deja tras de si el hombre ilustre, y se creen luminosas porque son iluminadas por su fulgor. Fue deseado por vanidad y por curiosidad y su subestima por la mujer aumentó.

Pues ese desdeñoso era quizás simplemente un idealista. Los místicos, obsesionados por las visiones del paraíso, renuncian a la existencia que les parece demasiado mediocre al lado de su sueño. En el fondo del desprecio de Guy de Maupassant se encontraba seguramente la añoranza del verdadero amor que él no podía encontrar. Un grito salió de su alma desesperada[1]:

«Nunca he amado.

«Yo también, a menudo me he preguntado a qué es esto debido y, verdaderamente, no lo sé muy bien. Aunque llegué a encontrar varias razones, se refieren a la metafísica, y no sé si las apreciará usted.

Analizo demasiado a las mujeres para dejarme dominar por sus encantos. Pido a usted mil perdones por esta confesión que explicaré. Hay en toda criatura dos naturalezas diferentes: una moral y otra física. Para amar tendría que descubrir, entre esas dos naturalezas, una armonía que no hallé jamás. Siempre una de las dos se halla a mayor altura que la otra; unas veces la naturaleza física, y otras la moral.

La inteligencia que tenemos el derecho de exigir a una mujer para amarla no tiene nada de común con la inteligencia viril. Es más y es menos. Es menester que una mujer tenga el entendimiento franco, delicado, sensible, fino, impresionable. No necesita dominio ni iniciativa en el pensamiento, pero es menester que tenga bondad, elegancia, ternura, coquetería y esa facultad de asimilación que en poco tiempo la hace semejante al hombre, cuya vida comparte. Su primerísima cualidad debe ser la sutileza, ese delicado sentido que es para el alma lo que el tacto es para el cuerpo. La revelan mil cosas insignificantes: los contornos, los ángulos y las formas en el orden intelectual.

---

[1] *El buhonero*, un volumen editado por Ollendorff, p. 116.

Las mujeres bonitas, en general, no tienen una inteligencia en consonancia con su persona. A mí, el menor defecto de concordia me hiere la vista al primer momento. Esto no tiene importancia en la amistad, que es un pacto en el cual se transige con los defectos y las cualidades. Se puede, al juzgar a un amigo o a una amiga, dándose cuenta de sus buenas condiciones, prescindir de las malas y apreciar con exactitud su valor, abandonándose a una simpatía íntima, profunda y encantadora.

Para amar, hay que ser ciego, entregarse completamente, no ver nada, no razonar, no comprender. Hay que hallarse dispuesto a adorar las debilidades tanto como las bellezas y, para esto, renunciar a todo juicio, a toda reflexión, a toda perspicacia. Soy incapaz de cegarme hasta ese punto y muy rebelde a la seducción no razonada. Pero no es esto todo. Tengo tan elevado concepto de la armonía, que nada realizará nunca mi ideal. ¡Va usted a tacharme de loco! Escúcheme. Una mujer, a mi juicio, puede tener un alma deliciosa y un cuerpo encantador, sin que su alma y su cuerpo estén perfectamente de acuerdo».

Después de haber manifestado sutilmente cuanto le costaba conformarse más o menos en amor, Guy cuenta que una vez creyó alcanzar la felicidad:

«Me incliné hacia mi compañera para decirle: “Mire usted”. Pero me callé de pronto enloquecido y solamente la vi a ella. También ella estaba bañada en la luz rosada, un rosa de carne mezclado con un poco del matiz del cielo. Sus cabellos eran de color de rosa, de color de rosa eran también sus ojos y sus dientes, su traje, sus encajes, su sonrisa. Todo era del color de rosa. Y tan enloquecido estaba que creí tener a la aurora ante mí.

«Se levantó dulcemente tendiéndome sus labios. Me incliné hacia ellos, estremecido, delirante; sintiendo muy bien que iba a besar el cielo, la dicha, un sueño convertido en mujer, un ideal descendido a la humanidad.

«Pero entonces ella me dijo: “¡Tiene usted una oruga en el pelo!” ¡Y por esto sonreía!

«Me pareció que había recibido un fuerte golpe en la cabeza. De pronto me sentí como si hubiera perdido toda la esperanza que tenía en el mundo.

«Esto es todo, señora. Es pueril, tonto, estúpido. Desde ese día creo que no amaré jamás... Pero... ¿quién sabe?».

La vida proporciona una significación más trágica a la conclusión de este estudio.

« El joven sobre cuyo cuerpo se halló esta carta fue sacado ayer del Río Sena, entre Bougival y Marly. Un marinero compasivo, que lo había registrado para saber su nombre, presentó el papel que acabamos de copiar.»

***

Durante los últimos años de su existencia, Maupassant frecuenta la alta sociedad en París y en Cannes, «la ciudad de los títulos». Y en su obra (*Fuerte como la muerte*, *Nuestro corazón*), penetra en la Mujer seductora y terrible, la mundana cerebral que se engalana de ideas del mismo modo que se pone pendientes en las orejas o que llevaría un anillo en la nariz si eso estuviese de moda. La mundana encanta por su simpatía, interesa por su apariencia de inteligencia, retiene por su coquetería, desespera por su frialdad. *Nuestro Corazón* relata una aventura vivida. Pero si el libro es solamente irónico, en la vida fue doloroso. El mismo día en el que su inteligencia se apagó, Maupassant mantuvo una entrevista con la protagonista de la novela[1]. Y mientras el alma genial agonizaba, la mujer huía en una infantil espantada que, habiendo cubierto de besos a su pájaro favorito, se oculta para no verlo expirar.

Quizás por remordimientos, la amiga renunció al mundo, y, viva, envejeció en el duelo de un recuerdo. Fue en ella, sin duda, en quién pensaba Maupassant cuando escribía en su última novela:

---

[1] El día en el que la razón de Guy comenzaba a desvanecerse, en Cannes, algunas horas antes de la tentativa de suicidio, Maupassant recibió la visita de la protagonista de *Nuestro Corazón*. Esto es absolutamente seguro, según las informaciones que me ha proporcionado el Dr. Balestre. Puede afirmarse que no se trataba de la Sra. Lecomte du Noüy que estaba en París en ese momento. Confundir a ambas personas sería un error. La protagonista de *Nuestro Corazón* es una dama de origen judío, cuyo nombre no ha sido pronunciado hasta el momento en este libro.

La tan trágica *última visita*, de la que hablaba antes, fue hecha a Guy por *dos* mujeres, una casada, la otra su hermana. La Sra. Lecomte du Noüy no tiene hermanas. – He aquí otra razón para no atribuirle ese papel. *Nuestro Corazón* relata una aventura vivida. Preciso: vivida en los años anteriores a la publicación de la novela. Ahora bien, las relaciones de Guy con la Sra. Lecomte du Noüy datan de lejos de esa época. ¿Habría podido él escribir el recuerdo, en un tiempo un poco lejano, de esta emoción tan estremecedora en su última intriga?

«*Lo quiero.– Lo quiero mucho. – ¿Acaso no lo quiero?* Bien conocía él esas expresiones que no dicen nada porque añaden algo. ¿Puede acaso haber medidas cuando se padece de amor? ¡Qué poco se quiere cuando se quiere mucho! Se quiere, nada más y nada menos. Es un verbo que no puede completarse con nada. Nada puede concebirse, nada puede añadirse una vez dicha esa palabra. Es corta, lo es todo. Se convierte en el cuerpo, en el alma, en la vida, en todo el ser. Se siente igual que la calidez de la sangre; se respira igual que el aire; se lleva en sí igual que el Pensamiento. Nada existe ya sino él. No es una palabra, es un estado indecible representado en unas pocas letras. Da igual lo que hagamos, porque ya nada hacemos, nada vemos, nada sentimos, de nada disfrutamos, de nada sufrimos como antes...»[1].

***

La protagonista de *Nuestro Corazón* no es la Señora Lecomte du Noüy. No es un secreto para nadie. El *Éclair* ha hablado de ello; Ugo Ojetti (el *conde Ottavio* de *la Illustrazione italiane*) lo ha repetido sin más misterios. Se trata de otra mujer, casada con un hombre al que no se debe dar motivos para levantar sospechas. Las citas tenían lugar en la pequeña casa de Auteuil (capítulo V de la II parte).

Pero si hay páginas de esa «historia de una relación» que no debemos ojear, pues la intimidad de los grades escritores les pertenece, hay otras de las que hay que escribir a fin de que la leyenda no reemplace a la historia, y con el objetivo de que los futuros críticos de la obra de Maupassant puedan disponer de todo el material que les es necesario.

En *Nuestro Corazón*, el *Sr. Gaston de Lamarthe*, «no es un retrato exacto de Maupassant. Pero es cierto que muchos rasgos de su carácter le pertenecen. Creando ese personaje, Guy de Maupassant se ha tomado por modelo, pero no quiso describirse por entero y, voluntariamente, omitió en varios puntos su auto observación ». Estas palabras han sido dictadas, para mi información, por la Señora de Maupassant al Doctor Balestre[2].

---

[1] *Nuestro Corazón*, por MAUPASSANT, p. 178-179 de la 84ª edic., Paris, Ollendorf, 1900.

[2] En septiembre de 1901.

En relación a la Señora Lecomte du Noüy y de Maupassant, voy a reproducir a continuación un pequeño relato que me hizo en 1902, en Roma, un ministro plenipotenciario francés, adjunto a la Embajada en la Santa Sede.

«Conozco muy bien al Señor Paul Bourget», me dijo, «Su *Fantasma*, aparecido en 1901 con la editorial Plon, ha dado mucho que hablar después de haber sido publicado en 1899 en la *Revue des Deux-Mondes*. Al mismo tiempo *la Revue de Paris* publicaba una novela de Maurice Paléologue. Muchas personas han encontrado que la novela del «joven» – Paléologue tiene cuarenta y cinco años más o menos – valía más que *el Fantasma* de Bourget[1].

A este respecto, he aquí el origen de *El Fantasma*. Hace muchos años, Bourget dijo a una dama de la alta sociedad intelectual de París, la Señora H. Lecomte du Noüy, de soltera Oudinot (a quién Sully-Prudhomme dedicó unos versos) que tenía un buen tema para escribir una novela: la historia – más o menos – de *El Fantasma.* Poco después, la Señora Lecomte du Noüy se alejaba de Bourget y se convertía en íntima de Maupassant. Ella le contó los entresijos de la novela tal como los había escuchado de boca de Bourget, y Maupassant escribió *Fuerte como la muerte*, uno de sus últimos libros, salido a la venta en 1889 »[2].

«Después de una docena de años, Bourget quiso retomar su tema, y escribió *El Fantasma*. Esas dos historias son en el fondo las mismas: se trata de un hombre que ama a la hija después de haber amado a la madre[3]. La diferencia está en los detalles.

«Sería injusto decir que Bourget rehace en 1900-1901 la novela que Maupassant publica en 1889; fue Maupassant quién tomó de Bourget su tema y con él escribió su novela.

---

[1] El Sr. LUCIO D'AMBRA (Renato Manganella) no es de esta opinión. En el espléndido volumen de ensayos críticos, *Le Opere e gli Uomini*, 1904, p. 104, escribe: «Con toda seguridad *el Fantasma* es una de las obras maestras de Paul Bourget. Duermo muy tranquilo diciéndolo y manteniéndolo contra todo ataque al autor y a su obra.»

[2] Publicado en primer lugar, ilustrado, en las entregas de *la Revue illustrée* de Paris.

[3] Es igualmente el tema de la comedia *El Otro Peligro* de MAURICE DONNAY (1903).

«Por lo demás, con respecto a Bourget y a Maupassant, se podrían hacer curiosas investigaciones con motivo de las dos novelas *Corazón de Mujer* de Bourget y *Nuestro Corazón* de Maupassant.

«*Corazón de Mujer* es la última novela antes del matrimonio de Bourget, y tal vez es en parte una novela autobiográfica; *Nuestro Corazón* apareció en la misma época (las ediciones originales, una con Lemerre, la otra con Ollendorff, datan de 1890) – y la misma persona, la Señora Lecomte du Noüy u otra, podría perfectamente ser la protagonista de ambos libros».

La Señora Lecomte du Noüy ha hablado mucho de Maupassant en sus dos volúmenes, *Amistad amorosa* y *Mirando pasar la vida*...

Esta dama es la mujer de un arquitecto residente en Rumanía y que, muy honorablemente, ha sido el favorito de la reina Elisabeth, "Carmen Sylva". El libro *Amistad amorosa*, que la Señora Lecomte du Noüy ha dedicado a la Señora Laure de Maupassant[1], ha supuesto un gran disgusto para la madre de Guy, y ella ha tenido a bien hacérmelo saber, en 1901, por medio del Doctor Balestre.

Ese libro[2] contiene varias cartas que la Señora Lecomte du Noüy declara que son de Guy. La Señora Lecomte du Noüy, que había estado en casa de la Sra. de Mauassant, que había pasado una temporada con ella en Niza, le ocultó esta circunstancia, así como el lugar que Guy ocupaba en el libro, puntos que no fueron conocidos más que después de la publicación con la dedicatoria a la Sra. de Maupassant.

Ésta, sintiéndose traicionada y ofendida por el modo hipócrita en el que se sirvieron de su nombre para acaparar de algún modo la memoria de su hijo, jamás perdonó a la Señora Lecomte du Noüy y rompió toda relación con ella. Por lo demás, la Señora de Maupassant no encuentra en ninguna de las cartas publicadas en *Amistad amorosa* los caracteres de estilo que permitirían atribuir las mismas a Guy.

La verdad es que la Señora Lecomte du Nouy ha tomado numerosos extractos de la correspondencia de Guy, e incluso de las cartas que le habían

---

[1] El libro es anónimo. La dedicatoria está firmada: H.L.N.

[2] Advertimos algunas inexactitudes en los detalles. La divisa: *Plus ne veult*, no es de los Maupassant; ellos no tienen divisa. – Guy no se hospedaba en el Gran Hotel de Cannes; permanecía en casa de su madre cuando ella vivía allí, o bien en un hotel de la calle Antibes; esas estancias en el hotel eran completamente provisionales.

sido dirigidas por diversas personas de su familia, intercalándolos en el contexto; las frases son de Maupassant pero las cartas no.

Los fragmentos incluso contienen episodios de la vida en familia de Maupassant.

Un día, la pequeña Simone, la hija de Hervé, con cuatro años de edad, viendo el cielo púrpura del anochecer y el vuelo de un pájaro destacarse intensamente sobre la luz, dijo textualmente:

– Ese cielo es tan bonito que los pájaros suben a acariciarlo.

Esa frase tan deliciosa, un poco desvirtuada, fue alterada en *Amistad amorosa*, en boca de un niño que tiene un pequeño protagonismo en el libro de la Señora Lecomte du Nouy.

En cuanto al volumen de la misma autora y del Sr. Amic: *Mirando pasar la vida*... he aquí la opinión de la Señora de Muappasant, interpelada por un amigo común en febrero de 1903:

«No se puede abordar la cuestión Amic-Lecomte du Nouy con la Señora de Maupassant, excepto con la mayor de las reservas. La Señora de Maupassant está profundamente molesta con la Señora Lecomte du Nouy y no se le puede hablar de ello sin provocar su ira. El volumen *Mirando pasar la vida*... contiene con certeza muchas verdades sobre Guy y también toma mucho prestado de su correspondencia privada con la Señora Lecomte du Noüy; pero estando dicha correspondencia en manos de esta dama, es difícil discernir lo que es de ella y lo que es de Guy, del mismo modo que no se puede distinguir lo que es cierto y ha ocurrido en su intimidad y lo que es producto de su imaginación. Ni la propia Señora de Maupassant podría establecer la distinción. Esta publicación la ha molestado mucho. Ella hubiera querido que las relaciones de Guy con la Señora du Noüy se mantuviesen ocultas y, por el contrario, a esa dama le gusta ponerlas en evidencia. Desde *Amistad Amorosa*, la ruptura es completa ».

***

Guy ama con fervor la «sacrosanta literatura», como decía Flaubert, medio en broma, medio en serio. Para él, el arte era una religión de la que no quería ser un mal sacerdote. Entró en el Ministerio a fin de asegurarse el sustento. Novelista de talento o funcionario, pero no un fracasado.

Algunas teorías de Maupassant, tratando la literatura de oficio, fueron consideradas como su profesión de fe. Era pudor de artista, discreción de amante, quién dijo de la Amada: «No la conozco». Vivía meses obsesionado por un tema y no comenzaba a escribir hasta que el libro estaba absolutamente construido en su espíritu. Concibió el plan de *Mont-Oriol*, en Châtel-Guyon y fue a escribirlo a Cannes, luego, desconfiando de la deformación que el recuerdo inflige a los objetos, regresó a verificar el paisaje antes de acabar la obra.

Su última novela, *El Ángelus*, fue contada por él a la Sra. de Maupassant que se acordó piadosamente de la obra que no conocerá jamás en su totalidad.

En Aix-les-Bains, Guy se paseaba una noche con su madre. Un silencio religioso reinaba en la olorosa sombra, y fue allí cuando encontró su desenlace.

Era una maldición de la heroína hacia el Dios salvaje que, aparte de los hombres, trajo al mundo un hijo crucificado y una madre dolorosa, apoteosis del sufrimiento.

Este apóstrofe pasó en el aire sombrío como una tempestad de genio que, durante un instante, magnificó el pasaje, y que nunca fue materializado.

Guy, para escribir este *Ángelus*, había interrumpido *El Alma extranjera*, de la que la *Revue de Paris* también ha publicado algunos fragmentos. Abandona la primera obra no por capricho – su espíritu estaba demasiado disciplinado para vacilar entre dos inspiraciones – sino porque la protagonista era rumana y él quería vivir en el mismo ambiente que ella. También había resuelto aceptar la invitación de Carmen Sylva y pasar algunas semanas en su corte.

***

Guy trabajaba metódicamente cada mañana, desde las siete hasta las doce; escribía una media de seis páginas. Y la frase debía estar bastante bien construida para que corrigiese muy poco.

El escritor, cuya obra fue tan pesimista, no era un desesperado. Las tristezas que uno exterioriza no corroen el alma. Sentía el sufrimiento artísticamente, como un escultor que modela una cara dolorosa.

MAUPASSANT EN PARÍS

Notas de Edouard Maynial.*[1]

* Pasaje inédito, suprimido por la Redacción de la *Revue Bleue*, y que estaba localizado entre el prmer y segundo artículo del Sr. Maynial, sobre *La Composición en las primeras novelas de G. de Maupassant* (Revue Bleue, 1903.)

Las dos primeras novelas de Maupassant son fiel reflejo de la vida del autor y reproducen los medios en los que ha vivido.

Se segunda novela (*Bel-Ami*) atestigua un método de composición análogo al de *Una Vida*. Y sin embargo el ambiente en el que se desarrolla *Bel-Ami* no sabría ser más diferente de aquél donde transcurre *Una Vida*. Cuando deja Normandía para ir a vivir a París, Maupassant conoce una nueva existencia, muy accidentada, en la cual se ha arrojado con toda su fogosidad juvenil. En las cartas que le dirige en esta época[1], Flaubert se permite afectuosos reproches hacia su amigo, en relación con la vida que lleva: demasiadas mujeres, demasiado remo, demasiado ejercicio, y no suficiente trabajo; demasiadas aventuras sentimentales de donde nace una tristeza insana. Una antología de relatos, *La Casa Tellier*, refleja con exactitud esas preocupaciones. Cinco historias de nueve, relatan los encuentros galantes en París, paseos de parejas por las afueras de París, escenas de baño y de remo en *La Grenouillère*. Cuatro años después, *Yvette* y *Bel-Ami* contendrán unos recuerdos idénticos. Al mismo tiempo, Maupassant ha obtenido un empleo en el Ministerio de la Instrucción Pública; su vida de oficinista le proporciona varios temas de relatos[2]- Desde esa época trabaja para hacerse un lugar en la literatura y comienza haciendo sus pinitos en el mundo del periodismo; debuta en *La Nation*, hace aparecer sucesivamente un estudio sobre su maestro Flaubert y un artículo sobre la poesía francesa; por fin, aprovecha sus amistades para publicar los versos que ha escrito y los relatos que está escribiendo. A falta de otros testimonios, las cartas de Flaubert a su discípulo bastarían para informarnos sobre estos inicios.

La estancia en Paris constituye en la vida de Maupassant un segundo periodo distinto del que *Bel-Ami* contiene los rasgos principales. Al igual que en *Una vida*, hay en esta novela una unidad de lugar casi absoluta: toda la acción se desarrolla en una sociedad muy heterogénea que se agita en torno a los periódicos, las salas de redacción, los despachos de los directores donde el principiante había llevado sus primeros artículos y sus relatos, el

[1] Ver sobre todo la carta del 15 de julio de 1878.
[2] *En familia, A caballo, El Padre, La Herencia, Paseo,* etc.

mundo oficial y financiero que toca tan de cerca al de la prensa, los salones medio políticos, medio literarios, donde el cronista se codea con el ministro y el financiero con el poeta: Tal es de este modo donde transcurre la vida de George Duroy. Al lado de este mundo, y como complemento al estudio que él hace del mismo, Maupassant nos describe todos los lugares de París donde la muchedumbre mata su ociosidad: music-hallas, pequeños teatros, círculos íntimos y restaurantes nocturnos, hasta las verbenas de barrio y los tugurios de las afueras donde el capricho de una mujer mundana arrastra, a pesar de él, a su amante.

No dudamos que en esos episodios podemos encontrar el recuerdo de los primeros años que Maupassant vivió en París; lo encontramos también en los relatos que aparecen en la misma época que *Bel-Ami*, y sobre todo en el más importante de esos relatos, en *Yvette*. Allí se encuentras los mismos personajes viviendo en un mundo idéntico. «Un mundo al lado del de las verdaderas mujeres perdidas, al lado de la bohemia, al lado de todo»[1].

Yvette tiene fantasías análogas a las de la Sra. de Marelle en *Bel-Ami*: se hace conducir por Servigny a la *Grenouillère* y le gusta vagabundear con él a través de las barracas de la feria de Marly. El autor ha encontrado la ocasión de utilizar sus impresiones de juventud, e incluso ha reproducido textualmente la descripción que había hecho de la *Grenouillère* en *la Mujer de Paul*[2].

Los hombres que mariposean alrededor de la marquesa Obardi y de su hija Yvette, simples siluetas dibujadas en algunos trazos inolvidables, hacen pensar en aquellos que dan prestancia a los salones de la Sra Walter o de Madeleine Forestier, en *Bel-Ami*, caballeros italianos, príncipes rusos o griegos; son exactamente los mismos nombres, la misma actitud envarada, el mismo porte severo.

El mismo Servigny tiene algunos rasgos en común con Georges Duroy, y su aventura parece un episodio extraído de *Bel-Ami*. Bastante inteligente para comprender al final el drama terrible que desgarra el corazón de Yvette, no es ni bastante bueno ni bastante valiente para salvarla. Después de la violenta crisis que ha estado a punto de costar la vida a la muchacha, él no encuentra para ella más que palabras de consuelo y de

---

[1] *Yvette*
[2] Antonlogia *La Casa Tellier*.

esperanza: «Mi querida pequeña, hay que tomar partido por las cosas más penosas. Comprendo bien vuestro dolor y yo os prometo...»; no acaba su promesa; únicamente tiene la conciencia clara de que la jovencita que él frecuenta, después de haber visto la muerte tan de cerca, no tendrá otro deseo que vivir a cualquier precio y se entregará a él a la primera ocasión. También, después del drama, retoma su carácter escéptico, altanero y satisfecho. «con el corazón alborotado y la carne ansiosa, fue hacia la ventana para respirar a plenos pulmones el aire le la noche, tarareando...»[1]. Igual que al final de la novela, *Bel-Ami* sueña sin escrúpulos, al lado de la joven que acaba de esposar, las voluptuosidades acostumbras de las que continuará disfrutando con sus antiguas amantes. Tanto para uno como para el otro ¿qué importa un poco más de dolor en un corazón femenino? ¿Y por qué preocuparse de las situaciones difíciles o sin salida, en el momento en que el alma está en paz y la carne satisfecha?

La publicación casi simultánea de la novela y el relato prueba que Maupassant tenía, en esa época, el espíritu ocupado en el mundo por el que acababa de pasar, y que se sirvió, para componer sus dos libros, de los mismos estudios y las mismas impresiones. El rol preponderante que desempeñan las mujeres en la intriga, esa inquietud perpetua, absorbente de la mujer, es un rasgo característico. La ausencia completa de toda preocupación moral es otra; los personajes que Maupassant nos presenta no tienen ningún valor humano; son estudios, investigaciones, sin duda de retratos de personas que el autor había conocido al principio de su carrera, periodistas, hombres de letras, políticos. Los sucesos que nos cuenta, sean cuales sean a veces su gravedad, no tienen ninguna importancia en la vida de un Servigny o de un George Duroy. Los mismos accidentes que harían zozobrar el alma de Jeanne en *Una vida* y que irremediablemente marcarían por sus consecuencias toda una existencia de mujer, pasan sobre ellos sin turbarlos, sin desviarlos de su ruta.

Maupassant, que se ha propuesto como tarea, siguiendo los consejos de Flaubert, mirar la vida a su alrededor y anotar sus diferentes aspectos, no ha descubierto ninguna nueva causa de alegría o de tristeza; lo que ha cambiado, es el medio, es la documentación del escritor que ha encontrado

[1] Yvette, p. 179-

en París, en otros mundo, un campo de observación que no tenía en las granjas ni en las casas solariegas de Normandía.

GUY DE MAUPASSANT

Y “BOLA DE SEBO”

Sea cual sea el origen de cada uno de sus cuentos, se sabe que hubiese sido posible a Maupassant inscribir al margen el nombre exacto de la mayoría de sus personajes con el de su aldea, burgo, o teatro de acción.

Sus modelos han vivido; algunos todavía existen hoy. A éstos últimos sería prematuro levantarles las máscaras, pero con el tiempo cumplido, podemos hablar de aquella que fue *Bola de Sebo*[1].

Bola de Sebo era el apodo que unos adoradores decepcionados habían dado a una mujer de costumbres galantes llamada Adrienne Legay[2].

Nacida en 1848, en Életot, un municipio de 850 habitantes del cantón de Valmont, a 8 kilómetros de Fécamp, había ido a Ruán buscando fortuna. A los veinte años se la encuentra siendo amante de un oficial de caballería que pronto dejará por un negociante, hoy desaparecido, a consecuencia de malos negocios, pero que, en aquella época, gracias al crédito de un predecesor que le había dejado sus fondos, tenía un cierto estatus en el mundo de la mercería y de las confecciones de algodón a granel.

El amante se mostraba generoso, Adrienne no estaba desprovista de inteligencia, la pareja se amaba. Cuando fue declarada la guerra franco-alemana, el negociante llamado entre los movilizados tuvo que ir destinado al Havre. Adrienne quedó en Ruán. Sin embargo no se habían dicho adiós, y, puesto que estaba prohibido al soldado regresar de permiso, Adrienne iba a verlo frecuentemente. Esto le proporcionaba incluso la ocasión de servir a los compañeros del movilizado, encargándose de informar de viva voz a sus familias de las novedades que éstos le confiaban.

Fue en el transcurso de uno de estos viajes cuando ocurrió el episodio integrado en *las Veladas de Médan*. Todos lo hemos leído: el jefe de un

---

[1] Cuando *Bola de Sebo*, versionada por O. Méténier fue representada en Berlín en el Buntes Theater, el 23 de diciembre de 1902, la censura alemana suprimió a los prusianos que se habían convertido en *die Feinde*; se hizo del oficial prusiano un oficial austriaco, y el drama fue trasladado de 1870 a 1814. ¿Por qué no, entonces, a 1806, y en Alemania en lugar de en Francia? [A. L.]

[2] *Bola de Sebo* apareció por primera vez en las *Veladas de Médan* de ZOLA, CÉARD, ALEXIS, etc.

También se encuentra en los *Cuentos y Relatos* de Maupassant. Ese pequeño volumen, compuesto de relatos ya aparecidos en otras antologías, fue editado por Charpentier en 1885 con dos dibujos de Jeanniot, grabados al aguafuerte por Massé, para permitir a Maupassant hacer figurar en sus obras *Bola de Sebo*, tomada de las *Veladas de Médan*. [A. L.]

destacamento, apostado por el invasor en un albergue, se opone a la partida de una diligencia, a menos que una mujer que él ha observado cuando controlaba los pasaportes, no consienta en entregarse a él. Los viajeros, en una idéntica iniciativa de egoísmo, presionan a la pobre muchacha para que se avenga. Ella se niega, ellos insisten. Cansada de luchar, cede, pagando el tributo de la caravana que, una vez liberada, le volverá la espalda abandonándola a su vergüenza.

Ese es el tema que Maupassant ha desarrollado. ¿Debemos aceptarlo sin restricciones? La protagonista, Adrienne Legay, no cesó de protestar contra el desenlace: «¡Eso es falso!, decía. Es una venganza del Sr. Guy porque me he negado a escucharlo. El no me gustaba, y además.... ¿cómo podría yo saber que se volvería un hombre célebre?».

¿Cuál es la verdad?

El autor, al no tener la intención de realizar una obra histórica, no tenía que preocuparse más que de la forma; una mujer sacrificándose por la tranquilad de sus compañeros de viaje que a continuación reniegan de ella, era de un efecto de había contraste que el escritor podía imaginarse en caso de necesidad.

En cuanto a los testigos citados, la mayoría, como el conde Hubert de Bréville, el mercader de vinos Loiseau, el hilandero Carré-Lamadou, no existen. Se tendría el recurso de interrogar al bravo Cornudet, siempre fiel a sus principios humanitarios, y que es fácil de reconocer bajo su transparente pseudónimo; pero dudamos mucho que se preste a tal entrevista, estando, a este respecto, precisamente, peleado con Guy de Maupassant, siendo ambos parientes. ¿Por lo demás, era un viaje?. Pues no hay que olvidar que el autor era un excelente observador, describiendo los tipos, a derecha y a izquierda y situándoles según que éstos pudiesen interpretar tal o cual escena de la que él había tomado el motivo en otra parte.

Queda pues la palabra de Adrienne. Conociendo el sentimiento público al día siguiente de la invasión, él fue imprudente al confesar unas relaciones con un prusiano. Sin embargo nada autoriza a concluirse contra ella, si se cree su conducta durante la ocupación en Ruán.

Al anunciarse que el príncipe heredero Federico-Guillermo, se proponía hacer una entrada solemne en la ciudad, numerosos habitantes habían adornado con banderas negras y lazos de duelo sus ventanas. Esta

manifestación fue el pretexto de la publicación de un cartel que lo alemanes pegaron en todas las paredes:

COMUNICADO

«El comandante en jefe ruega a la comandatura real que dé parte a la alcaldía de que, por el hecho de engalanarse con banderas negras, se desprende claramente cuantas casas en Ruán están aun libres para el alojamiento militar, y que aproximadamente 10000 hombres podrían encontrar allí plaza.

«Para ahorrar caminatas a las tropas de los alrededores de Ruán, está previsto que varios batallones entren en la ciudad mañana.

«Esas tropas se alojarán en su mayor parte donde están desplegadas las banderas negras. No harán falta pues billetes de alojamiento.

«Ruán, 10 de marzo de 1871.

«Por el comandante en jefe, el lugarteniento-coronel jefe del estado mayor «Firmado: VON BURG».

El resultado de esta amenaza fue arrastrar a aquellos que vacilaban, Adrienne Legay como los demás. Ella poseía un viejo chal negro, e hizo de él un emblema. La respuesta no tardó. El mismo día recibía doce soldados en su vivienda. Pero tomó una decisión inmediata... Puso la llave bajo la puerta y cambió de domicilio.

Si el relato de Maupassant es discutible en algunos puntos, una cosa sin embargo es incuestionable, la generosidad de *Bola de Sebo*. Tenía un buen corazón. La siguiente historia bastará para probarlo.

Una de sus compañeras festivas había tenido un hijo que educaba ella misma. Un día, abatida por la tuberculosis, tuvo que guardar cama. Adrienne se instaló a su cabecera y la cuidó como una hermana de la caridad. Fue en vano, ya que los remedios fueron ineficaces,. No había esperanza: « ¿Y mi hijo?» dijo la madre. «Yo lo tomaré conmigo», respondió Adrienne. La pobre mujer murió, la amiga llevó el niño a su casa y lo crió.

Cuando fue creciendo, ella le compró buenas ropas y lo matriculó en la escuela de formación profesional de la ciudad. Los días de vacaciones, ella lo llevaba a pasear, a los conciertos, al teatro, dónde asistía al

espectáculo en su palco, de tal modo que muchos los tomaban por madre e hijo.

El niño creció, terminó sus estudios. Adrienne le consiguió un empleo en las oficinas de unos industriales que explotaban el tejido mecánico de las afueras de Ruán, los hermanos D.... Los sueldos al principio eran escasos y el empleado a menudo recurría al portamonedas de su protectora, que se lo permitía sin rechistar.

Sin embargo él alcanza la veintena de años. Se reclaman los papeles en regla para inscribirlo en los listas del reemplazo. El joven que, hasta ese momento, no se había preocupado demasiado de su situación legal, exige explicaciones. Ha decidido rápidamente: Adrienne podría comprometer su porvenir y él rompe con ella. Él regresa sin decirle a donde va ni el regimiento al que está adscrito. Una vez cumplido el servicio militar se casa y ella no será informada de la boda más que por bocas ajenas. Ella le escribe, él rompe las cartas. Ella no lo volverá a ver, él no se acordará más de ella cuando, más tarde, sola se hundirá en la más negra miseria.

Adrienne tenía un buen corazón. Debía aun perder a su mejor... amigo, el doctor B..., que ella había recomendado a una enferma de sus conocidas. Ésta poseía unos cuarenta mil francos; el médico abandonó a la amante y se caso con la otra. Adrienne entonces compra un pequeño café en la calle National, famosa por ser donde Flaubert fija las citas de *Madame Bovary* con el estudiante de derecho, Léon. La comerciante inexperta no tiene mucho éxito. Al cabo de algunos meses, los muebles, las ropas, las joyas, todo fue embargado y vendido; era el comienzo de la debacle.

Adrienne comienza a errar de garito en garito, echando las cartas, «haciendo la calle» para no morir de hambre. En cuanto a procurarse morfina, por la que tenía pasión hasta el punto de inyectarse hasta en su palco del teatro, tuvo que renunciar a ella; y para engañar su adicción, se había limitado a llenar de agua fresca su jeringuilla de Pravaz. Finalmente resolvió retirarse cerca de su hermano, en H..., una ciudad marítima del departamento de Calvados; antiguos amigos le procuran con que pagar su billete de tren y el pasaje a bordo del barco haciendo la travesía del estuario del Sena.

Su ausencia fue de corta duración; la nostalgia por el adoquín la hizo regresar a Ruán, pero la miseria habia dado cuenta de su belleza, y no se parecía ya al bonito retrato que Maupassant había hecho de ella.

La cartomancia no estaba de moda, los clientes se hacían escasos. Adrienne trató de pedir trabajos de costurera, pero no lo consiguió. Una mañana, el jueves 18 de agosto de 1893, escribió dos cartas, una al comisario de policía del distrito, el otro a su propietario, excusándose por no poder pagar una suma de siete francos, debida por el alquiler del cuchitril que ocupaba; luego, cerrando puertas y ventanas a cal y canto, encendió dos calefactores y se acostó en la cama.

Fue así como unos vecinos la encontraron, tumbada, encogida sobre si misma, presa de los esfuerzos de una asfixia muy lenta. Se la trasladó al Hospital Dieu; pero el abuso de la morfina había destruido el organismo. La infortunada moría el sábado siguiente, sin haber recuperado el conocimiento.

Su inhumación no tuvo lugar hasta tres días después, el 23 de agosto, el cadáver, que nadie había reclamado, probablemente estuvo conservado en el anfiteatro del hospital, para servir a demostraciones anatómicas.

***

A estas informaciones proporcionadas por el Sr. Edmond Perée sobre el origen de los cuentos de Maupassant, la amistad del Sr. Robert Pinchon me permite añadir algunas otras.

Anteriormente he dicho que, según el *Diario de los Goncourt*, la idea de *la Casa Tellier* fue dada a Maupassant por *Hector Malot*.

«Eso es un error», me escribe el Sr. Pinchon: «la idea fue dada a Guy por *Charles Lapierre*, director del *Nouvelliste de Ruán*, cuñado de la Señora Brainne a la que Maupassant dedicó *Una Vida*...

«Maupassant ha tenido sus razones para localizar la Casa en Fécamp, pero realmente el hecho sucede en Ruán y la ceremonia de la primera comunión en Bois Guillaume, un pueblo de los alrededores.

«Como le decía, la historia le fue contada por Charles Lapierre, que le proporcionó también el tema de *Ese Cerdo de Morín* del que él había sido, según parece, el protagonista, no en el personaje de Morin, sino en el del joven que arregla el asunto. Lapierre era íntimo amigo de Flaubert. Era cuñado de la Señora Brainne, cuyo marido, Charles Brainne, era también un periodista y un escritor. Yo tengo en mi biblioteca una pequeña encuadernación de él: *Bañistas y Bebedores de agua*, *Las Estaciones de Bade*. Ese volumen, aparecido en París en la Librería Nouvelle en 1860, ha sido impreso en Ruán en la editorial H. Rivoire. Charles Lapierre y Charles

Brainne se habían casado con las dos hijas de ese impresor, Señoritas Rivoire.

«Usted ha comentado en alguna ocasión la belleza de la Señora Brainne a la que Guy dedicó *Una Vida*. Su herma nada tenía que envidiarle en ese aspecto, como testimonia esta carta que Maupassant me escribió sin fecha como siempre:

Amigo,

A la recepción de esta carta, puedes acercarte a la casa de la hermosa Señora Lapierre y anunciarle que ese mismo día yo apareceré en su casa hacia la una, saliendo de Étretat a las 8 de la mañana.

Le habría escrito directamente si hubiese recordado su dirección, que tengo en París en mi agenda, pero no en mi cabeza....

«Fue al hijo de la Señora Brainne, Henry Brainne, a quién dedicó *El Pan maldito* de la antología de relatos *Las hermanas Rondoli*».

***

Siempre es el Sr. Robert Pinchon quién nos informa del origen de otros tres cuentos:

El crimen del tío Boniface,

Boitelle (dedicado al Sr. Robert Pinchon)

El Conejo.

Estas tres historias ocurrieron en Longueville, cerca de Dieppe.

«Guy de Maupassant las obtuvo de uno de mis buenos amigos, el Sr. Joseph Aubourg, propietario cultivador, que yo le había presentado y que, a menudo, cenando juntos, le contaba las historias más divertidas de la región»[1].

[1] *Boitelle* figura en mitad de la antología de *La Mano Izquierda* y es la única, en ese volumen, dedicado a alguien. Por lo demás las dedicatorias de Maupassant no son numerosas y el Sr. Robert Pinchon es el único al que ha dedicado dos de sus obras, *Boitelle* en *La Mano Izquierda* y *la Aventura de Walter Schnaffs* en los *Cuentos de la Becada*, que es el libro preferidos de ETTORE DALLA PORTA, el espiritual redactor de la *Scena Illustrata*. Fue él quién ha aconsejado su lectura a Tina di Lorenzo, la famosa actriz italiana.

GUY DE MAUPASSANT

Y AURÉLIEN SCHOLL

Hablando de los volúmenes publicados por Aurélien Scholl, el *Gil Blas* del 17 de abril de 1902 menciona *Denise*. Antes de ser una novela, *Denise* fue un pequeño poema de etilo bastante picante pero que se puede publicar en este volumen, y que reproducimos a continuación. Vergüenza para quién piense mal.

.....

J'avais pris, d'autre part, un logement en ville
Qui fut bientôt garni d'objets d'un heureux chois.
On y voyait un ours, et les os d'un fossile
Antédiluvien, un parasol chinois,

Des armes moyen-âge, un arc, un casse-tête,
Deux monstres indiens venus de Bassora,
Un hamac indolent, un groupe déshonnête,
Des magots du japon, un casque, – et coetera.

En jouant au milieu de ce fatras, Denise
Dont la pudeur était lente à s'effaroucher,
Quand elle avait en l'air fait sauter sa chemise,
Sur un peau de tigre aimait à se coucher.

Soutenant de la main sa tête peresseuse,
Elle prenait des airs penchés et négligents,
Et me disait: «Monsieur, je suis vraiment honteuse...
«Vous êtes bien osé de surprendre les gens».

Et c'étaient des baisers, des refus, des menaces,
Dont le coeur le plus froid se serait allumé.
Par bonheur pour la fin de toutes ces grimances,
Notre porte était close et le volet fermé.

Yo había tomado, además, una vivienda en la ciudad
Que pronto estuvo decorado con objetos de feliz elección.
Podían verse allí un oso, y los huesos de un fósil
Antidiluviano, una sombrilla china,

Armas de la edad media, un arco, una maza,
Dos monstruos indios traídos de Bassora,
Una hamaca indolente, un grupo deshonesto,
Unos monos japoneses, un casco, – etcétera.

Y jugando en medio de ese caos, Denise
Cuyo pudor era lento en disiparse,
Cuando había lanzado al aire su camisa,
Le gustaba acostarse sobre una piel de tigre.

Sosteniendo con su mano la perezosa cabeza,
Tomaba aires tímidos y negligentes,
Y me decía: «Señor, estoy verdaderamente avergonzada...
«Es usted muy atrevido sorprendiendo a las personas».

Y se sucedían besos, rechazos, amenazas,
Con los que el más frío corazón se habría encendido.
Por fortuna, al finas de todas esas carantoñas,
Nuestra puerta estaba cerrada y los postigos echados.

Elle faisait d'ailleurs la part de la sagesse,
Et son zéle fervent ne fut pas attiédi.
Le dimanche matin elle allait à la messe,
Et n'aurait pas mangé de viande un vendredi.

Il est bon de garder une juste mesure,
De payer à chacun tour à tour son tribut;
Satisfiare à la fois le Ciel et la Nature,
Assouvir son amour, et faire son salut!

Ah! si l'on penetrait au fond de vos alcôves,
Bégueules qui trouvez mes vers audacieux,
Avec vos amants blonds, avec vos maris chauves,
Je voudrais bien savoir si vous baissez les yeux.

Complices du serpent et mangueses de pommes,
Si fières d'exciter notre plus vile ardeur,
Amas de boue autour d'une côte de l'homme,
Parlez-nous de jupons, mais jamais de pudeur!

C'est qu'après tout Denise est une femme honnête
A qui l'on n'a connu qu'un amant à la fois.
Sa faute seulemente fut d'aimer un poète
Qui s'en alla chanter ses amours sur les toits.

Ella aportaba además el lado sensato,
Y su ferviente celo no se enfrió.
El domingo por la mañana iba a misa,
Y no habría comido carne un viernes.

Es bueno conservar una justa medida,
Pagar a cada uno a su vez su tributo;
Satisfacer a la vez al Cielo y a la Naturaleza
¡Saciar su amor, y buscar su salvación!

¡Ah!, si se pudiese entrar al fondo de vuestras alcobas,
Mojigatas que encontráis mis versos atrevidos,
Con vuestros amantes rubios, con vuestros maridos calvos,
Me gustaría saber si bajáis la mirada.

Cómplices de la serpiente y comedoras de manzanas,
Tan orgullosas de excitar nuestro más vil ardor,
Montón de barro en torno a una costilla del hombre,
¡Habladnos de faldas, pero nunca de pudor!

Después de todo Denise es una mujer honesta
A quién no se le ha conocido más que un amante a la vez.
Su única culpa fue amar a un poeta
Que se dedica a cantar sus amores sobre los tejados.

Seguro que esto no es moral, y habría que hacer algunas reservas e incluso reproches si estuviésemos encargados de impartir un curso doméstico y familiar de buenos modales.

Todos aquellos que están al corriente de las costumbres literarias de nuestra época saben que Aurelien Scholl era muy solícito con los principiantes, cualidad más rara de los que se cree.

Un día, la fiscalía de Étampes, en un alarde de rigurosidad, hizo secuestrar un periódico que había reproducido un relato de Maupassant, entonces muy joven, relato que había aparecido en el *Gil Blas.*

Aurélien Scholl, que poseía en Étampes una bella propiedad, se enteró de este incidente; se dirigió a la fiscalía y demostró al fiscal lo ridículo que era ese proceso; los magistrados, influenciados además, no dieron pábulo al proyecto y Maupasssant no tuvo nada que temer.

Algún tiempo después, el escritor recibía la carta siguiente que se encontrará en sus autógrafos:

«Señor,

«Cuando yo estaba perseguido por la fiscalía de Étampes, usted me manifestó espontáneamente una gran benevolencia y me aportó un gran estímulo.

«Espero que mi volumen de versos que publico hoy, no le decepcione, ya que el único poema que usted conoce le ha parecido bueno.

«Si es así, ¿podría atreverme a solicitarle todavía un poco de apoyo para este libro de un principiante que pretende menguar algo la indiferencia del público por la poesía? Su nombre es tan conocido y su autoridad tan indiscutible, que una palabra suya me aseguraría lectores.

«Añada, se lo ruego, Señor, con la seguridad de mi sincera gratitud, la expresión de mis más devotos sentimientos.

«GUY DE MAUPASSANT».

Con respecto a la intervención de Scholl, recordamos la admirable carta de Flaubert a Maupassant. Ha sido publicada como cabecera de la segunda edición del volumen *Unos Versos*. Nosotros volveremos a hablar a pronto de la relación entre Flaubert y Maupassant.

MAUPASSANT Y EL SR. ÉD. ROD

Según una carta que el Señor Édouard Rod[1] me ha concedido el honor de escribir desde Gingins (Vaud) el 29 de agosto de 1901, él no recuerda anécdotas sobre Maupassant. Pero, como ya lo había hecho Joseph Primoli, me ha aconsejado que me dirigiera al Sr. A. Dorchain: El Sr. Rod se acordaba, en efecto, que ese poeta había compartido una estancia con Maupassant en el balneario de Champel, muy poco tiempo antes de la última enfermedad de Guy.

El Sr. Rod me ha confirmado un detalle que yo no ignoraba: que el pobre Maupassant pasa por haber sido el protagonista de la novela titulada *Amistad amorosa*[2] y publicada por la editorial Calmann Lévy.

El Sr. Rod lo había conocido bastante de cerca sobre el año 1880. Pero desde 1885[3], no lo había vuelto a ver más que muy de vez en cuando. Cuando el Sr. Rod habla de Maupassant, tiende siempre a rendir homenaje a su gran talento y a expresar la admiración que por él siente.

En cuanto a Maupassant, había publicado en el *Gil Blas*, en 1882, un artículo dedicado a uno de los primeros libros del Sr. Rod al mismo tiempo que a uno de los primeros libros del Sr. Paul Hervieu.

Guy de Maupassant, antes de publicar *Una Vida*, había leído algunos pasajes a Édouard Rod, que habla de esta comunicación en su artículo sobre *Guy de Maupassant* aparecido en la *Gazzetta Letteraria* del 3 de febrero de 1883[4]. Incluso publica, traducido al italiano, el comienzo de la famosa descripción de una visita al campo, allí donde Maupassant pone en escena al barón y la baronesa Jacques Le Pertuis de Vaulx, parientes de Jeanne, que acaba de casarse con el vizconde Julien de la Mare. Todos esos personajes son nobles provincianos arruinados.

Después de haber entregado ese capítulo, el Sr. Rod escribe:

« Me detengo de mala gana. La envergadura de semejante fragmento, cuyas líneas precedentes no son más que la introducción, constituye un buen

---

[1] Antiguo profesor de la Universidad de Ginebra, laureado por la Academia francesa, autor de *La Carrera a la Muerte*, del *Sentido de la Vida*, de *Michel Tessier*, de *En lo alto*, de varias otras novelas, de dos volúmenes de relatos, de un *Ensayo sobre Goethe* y de tres volúmenes de crítica, colaborador de la *Revue des Deux Mondes*.

[2] Firmada H.L.N.; es en efecto de la Sra. H. Lecomte du Noüy, de soltera Oudinot.

[3] *Una Vida* de Maupassant, y *La Carrera a la Muerte* de Rod, son más o menos de esa época.

[4] Turín, 1883, VIIº año, n. 5.

presagio de la obra, que sin duda será uno de los acontecimientos literarios más importantes de esta añada tan fecunda.».

Édouard Rod escribía en 1883 (cito siempre el texto de su artículo italiano):

«Entre los jóvenes escritores que en estos últimos años han conquistado un lugar al sol, hay que incluir entre los primeros a Guy de Maupassant, un ingenio personal que se afirma cada día más, y que, sin duda, recibirá su consagración definitiva con su próxima novela por publicarse en el *Gil-Blas* después *L'Au Bonheur des Dames*.En nuestra época anémica y enfermiza, en medio del montón de escritores sensacionalistas que se aplican sobre todo en estudiar, en inventar finezas, y en estereotipar neurosis, Maupassant es un carácter sano, el único quizás, de su generación literaria. Sólido como una roca, sanguíneo como un hombre de otros tiempos (los tiempos de las leyendas, claro está), apasionado del remo y de los ejercicios corporales, luchador, practicante de esgrima, boxeador, goza de una fama de Don Juan justificadísima. Cuentan de él anécdotas sorprendentes, y, con seguridad, es el protagonista de más de uno de sus cuentos, donde corre siempre sangre poderosa, donde la pasión es siempre fuerte y gallarda. Los vicios no lo repelen: él los reduce con maestría a las modestas proporciones de simples irregularidades. Él no cultiva una admiración exagerada por la virtud: la considera más bien un fruto, como otro, de las facultades humanas. En resumidas cuentas, posee una filosofía personal que se puede discutir pero que da a sus cuentos de forma incuestionable, un sentido, un sello, un porte, en todo especiales. Desde el final de su primer volumen, una colección de poesías modestamente titulada *Unos Versos*, y que llamó enseguida la atención de los literatos, se manifestó campeón del amor positivo contra la neurosis general.

Todas sus rimas sonaban como besos; comunicaba a sus lectores, incluso a los más fríos, los estremecimientos del deseo, y como una admiración inconsciente, por el lozano desarrollo de su rica naturaleza. El volumen dio lugar a un ridículo proceso judicial; una pequeña revista literaria, que se imprimía en Étampes (ciudad francesa), reprodujo una de las poesías más picantes, y fue acusado por el fiscal del lugar. Naturalmente el proceso no tuvo continuación porque la poesía había sido ya publicada en

París; pero la severidad y los escrúpulos del fiscal de Étampes divirtieron por algún tiempo al mundo literario, y no impidieron a Maupassant empezar de nuevo. Un pequeño volumen publicado en la colección Kistenmaeckers, *Señorita Fifi*, se agotó en pocos días. En estos breves cuentos- los más largos no superan mucho la cuarentena de páginas- Maupassant se revela como un novelista de primer orden: desarrolla su tema con simplicidad, con parsimonia, sin ningún procedimiento visible, sin florituras, con un arte exquisito, profundo; deja una impresión extraordinariamente precisa de todo lo que describe, mientras, sus personajes, quizás un poco de una pieza, transmiten un relieve maravilloso sobre los fondos de los paisajes parisino o normando. Ellos viven casi todos, por lo demás, por otra parte, en el mismo mundo, un mundo preferido de Maupassant, en las casas que Dante llamaba con su nombre, pero que la hipocresía moderna designa con perífrasis. Cuando, por suerte, tienen un domicilio legal un poco más respetable, ellos se dan prisa por correr las aventuras galantes y por abandonarse a los impulsos de la "benéficas leyes naturales". Son a veces ridículos o mediocres, a veces poseen un lado secreto de heroísmo, un valor innato que seduce, una virtud que permanece a pesar de todo, pero, que interesa a nuestra suerte o que nos hace sonreír a nuestras espaldas. Maupassant no cultiva nunca en contra ellos ninguna acritud. Ajeno, en el fondo, por el pesimismo, o cuando menos por el pesimismo como se entiende comúnmente, él juzga al prójimo con una bondad de hombre sano, con una indulgencia benévola de espíritu superior.....»[1]

He querido reproducir este muy interesante juicio de un escritor y un crítico como el Sr. Rod, pues la fecha del artículo es de una elocuencia que no podrá escapar a los lectores: *¡1883!*

---

[1] (Traducción del italiano de Nieves Soto) ÉDOUARD ROD, *Guy de Maupassant*, *Gazzetta Letteraria*, Turín, 3. II, 1883, n. 5. He preguntado en 1901 al Sr. Rod dónde había aparecido el texto en francés de este artículo: me ha respondido que en cuanto al artículo del que le hablaba, no tenía ningún recuerdo. Suponía que debía haber aparecido en *la Gazzetta Letteraria* y que había sido traducido sobre el texto original. Se trata pues de un artículo aparecido en original en la *Gazetta*, traducido del francés del Sr. Rod, y no de la traducción de un artículo aparecido en otra parte. Es esa época el Sr. Rod colaboraba en efecto regularmente con la *Gazzetta Letteraria*.

Maupassant no tenía más que treinta y tres años; estaba comenzando; *Bel-Ami* todavía no había aparecido; Guy estaba en las vísperas de la gloria.

Veinte años después, el Sr. Rod escribía la siguiente carta:

«Señor barón A. Lumbroso.

« París, calle Erlanger, 17. 6 de octubre de 1901.

«Señor,

«He conocido a Maupassant desde sus comienzos. Coincidíamos en casa de Zola, en esos "jueves" donde se reunían entonces Daudet, Goncourt, Duranty, Cézanne, Th. Duret, el editor G. Charpentier, y los jóvenes autores de las "Veladas de Médan". Esos "jueves" eran muy interesantes; pero Maupassant no participaba apenas en las conversaciones. Decía que no le gustaba hablar de literatura. Sin embargo, cuando salía de su reserva se hacía escuchar perfectamente, y jamás ninguna de sus palabras era banal.

«Yo era más joven que él; enseguida mostró conmigo una consideración por la que siempre le he guardado un profundo reconocimiento. Llegó incluso a publicar en el "Gil-Blas", en 1882, un artículo dedicado en parte a una de mis primeras novelas, artículo en el cual saludaba el primer libro de Paul Hervieu, "Diógenes el Perro". Un poco más tarde, habiendo sabido que yo era un vagneriano apasionado, tuvo la amistosa idea de hacerme enviar como corresponsal de su periódico para dar cuenta de una representación del ciclo de los Nibelungos en el teatro de Munich.

«Cuando iba a fijar mi residencia en Ginebra, lo perdí de vista: estaba a menudo de viaje, y yo no permanecía en París más que en breves ocasiones poco prolongadas. No lo volví a ver más que muy de vez en cuando, entre otros sitios en casa de mi excelente amigo Sr. de Porto-Riche. Mis relaciones personales con él no pueden entonces tener interés para el libro que usted escribe, pero si tiene la intención de reunir allí las opiniones sobre su persona de aquellos que lo han conocido, yo le diría que he conservado de él un recuerdo de lo más afectuoso, al mismo tiempo que he sentido aumentar mi admiración por su obra. Me parece en efecto que Maupassant ocupa un lugar único en la novela contemporánea. Existe por si

mismo, si puede decirse, y advierto que el interés de sus libros no depende ni de una escuela literaria, ni de tesis morales o sociales, que siempre son transitorias.

«Es el contador por excelencia. Nadie, creo, ha llevado más lejos el arte y la perfección del relato, como nadie jamás ha tenido una visión más simple y más directa de la vida. Tal vez no sea de aquellos que sugieren reflexiones numerosas y plantean cuestiones complejas: es de los que se vuelve a leer por el placer de volverlo a leer, para admirarlo, y por el prodigioso río de vida y de realidad que fluye de su pluma.

«Agradeciéndole, Señor, haberme proporcionado la ocasión de rendir homenaje a ese gran maestro, cuya simpatía me ha sido antaño tan querida, os ruego añadir la expresión de mis mas distinguidos sentimientos.

«ÉDOUARD ROD».

GUY DE MAUPASSANT

Y LA “REVUE DES DEUX-MONDES”

Durante mucho tiempo se ha atribuido a Maupassant una célebre cita: *Tres cosas desprestigian a un escritor: la "Revue des Deux-Mondes", la condecoración de la Legión de Honor y la Academia francesa*[1]

Del mismo modo otra frase ha sido achacada a Maupassant a propósito de un crítico habitual de la *Revue des Deux-Mondes*: «Este figurón sería peligroso si no fuese idiota».

Guy de Maupassant se habría contradicho de modo singular aceptando más adelante escribir en la *Revue*, pues es al propio Sr. Brunetière a quién se debe la colaboración del autor de *Nuestro Corazón* en la *Revue*.

Esta colaboración fue decidida como consecuencia de correspondencias y entrevistas, en las qué fueron concedidas a Maupassant importantes ventajas materiales.

Se desprende en efecto, de una carta que el Director de la *Revue biblio-iconographique* de París ha tenido en 1897 bajo sus ojos[2], como el gran novelista se comprometía a conceder a partir de ese momento la primicia de sus obras a la *Revue des Deux-Mondes* que, en contrapartida, le garantizaba publicarle un mínimo de quince hojas de impresión al año, sobre la base de mil quinientos francos por hoja, o sea al menos veintidós mil quinientos francos.

Un buen dinero que explica bien dos cosas, pero no bastaría, teniendo en cuenta el carácter orgulloso e independiente de Guy de Maupassant, para motivar ese brusco cambio de opinión por su parte, si las dos frases que se le atribuyen, sin razón según *l'Intermédiaire* y la *Revue biblio-iconographique*, habían sido proferidas realmente. Pero una información inédita nos explica las razones de las quejas de Maupassant, y hace probables las expresiones.

Habiendo preguntado a la Señora Laure de Maupassant por la historia de las relaciones de su hijo con la *Revue* del Sr. Brunetière, ella me ha respondido textualmente, el día 8 de enero de 1902:

«Hacia 1880, Guy de Maupassant entregó a la *Revue des Deux-Mondes* un poema: *la Última Escapada*, que agradaba mucho a Gustave

---

[1]« ¿Ha sido pronunciada alguna vez esta frase de Maupassant? ¿A quién? ¿En qué circunstancias? », preguntaba el Señor A. C. en *l'Intermediaire des Chercheurs*, XXXVI, 382, nº del 30 de septiembre de 1897.

[2] Ver el número de enero de 1898, p. 59.

Flaubert y que Guy recitó un gran número de veces en sus reuniones mundanas.

«La *Revue des Deux-Mondes* RECHAZÓ LA PIEZA reconociendo que tenía un gran merito, pero que se alejaba demasiado de las formas clásicas familiares a la *Revue*.

«Más tarde, se establecieron unas relaciones amistosas con Buloz [sic]; la *Revue* publica *Nuestro Corazón*.

«Finalmente, cuando Guy cae enfermo, preparaba para la *Revue* un estudio sobre Tourguéneff.

«Eso es todo lo que sé, y no creo que usted pueda obtener más información en otro lugar».

El rechazo infligido a Maupassant explica sus exabruptos; la fecha del contrato tan ventajoso aceptado por el novelista – que es el del año de la enfermedad – explica su cambio de opinión. El carácter del autor de *Fuerte como la muerte*, el carácter del hombre ya afectado por los delirios de grandeza, no tenía ya casi nada del orgullo y de la independencia del íntegro escritor de *Bola de Sebo*.

El Señor F. L... escribió a un amigo, el 20 de diciembre de 1897, esta carta:

«He conocido en profundidad al ilustre contador-novelista. Desconozco si la frase en cuestión ha sido dicha. Todo lo que sé, es que si una de sus novelas, *Nuestro Corazón*, apareció en la *Revue des Deux-Mondes*, él lamentaría a continuación su debilidad. Él execraba la adulación, y hacer zalamerías para entrar en la casa le repugnaba. Fue Maupassant quién decía de un critico de renombre que colaboraba entonces mensualmente en la *Revue* y que no nombraré: *Este figurón sería peligroso si no fuese idiota*. La frase llegó a oídos de todo el mundo literario de entonces.

«Murió sin ser condecorado[1], ni académico. Como le decía un día:

[1] En el reciente estudio del Sr. Roujon sobre Maupassant (*Grande Revue* de 1904) se dice en efecto que « los únicos sacrificios más evidentes que él haya basado, en el transcurso de su carrera, en sus principios fueron rechazar la cruz que el buen Spuller le presionaba precisamente a aceptar». El Sr. Roujon explica que Maupassant, durante años, había insistido tanto en que un escritor que se respete no debe ser condecorado, que al final tuvo miedo de perjurar.

Se encuentra en la obra del Sr. PAUL STAPFER, decano honorario de la facultad de letras de Burdeos, *Unas reputaciones literarias*, y en las memorias del Sr. ALBERT CIM, *La Cena de los hombres de letras*, curiosos detalles sobre esta cuestión de la Legión de Honor y sus relaciones con los escritores franceses.

El Sr. Paul Stapfer nos dice que él fue condecorado con ocasión del centenario de la Escuela Normal, y completamente de chiripa. Se había decidido en primer lugar, dar la cruz «a uno de nuestros jóvenes y brillantes colegas que se quería muy justamente distinguir, no por su función, sino por su mérito, escribe el Sr. Stapfer. Alguien hizo entonces la observación de que el venerable decano de la Facultad a la cual pertenecía ese joven no tenía la cruz, y se consideró que sería conveniente arreglar al mismo tiempo el asunto de ese anciano. He aquí por lo que soy caballero ».

El Sr. Albert Cim cuenta que el Sr. Hector Malot, el célebre novelista – que no fue condecorado – siempre manifestó poca simpatía por las cruces y las cintas. «La meta y el ideal del escritor es ser *alguien*, declaraba, cuando él era miembro del Comité de la Sociedad de los escritores, y no hay que ocuparse de convertirse en *algo*, oficial de Academia o del Elefante blanco, caballero de la Legión de honor o del Merito de los Sirvientes, de los buenos sirvientes según el nombre de una de las ordenes más de moda en el ducado de Saxe-Attenbourg. Tanto o más que ese *algo*, esas cintas violetas, rojas, verdes, multicolores, no dependen de nosotros, sino únicamente de personas que hay que ir a adular y cortejar, ante las que hay que rebajarse. Pues bien, ¡no! ¡Jamás en la vida! »

Guy de Maupassant – que la Legión de honor también ha olvidado – hacía un día esta cruda confesión: «Jamás seré condecorado, porque para serlo hace falta besar demasiados pies de diputados».

Léon Cladel – igualmente sin condecoración – manifestaba que «las condecoraciones no prueban en general más que altas relaciones, y más de gestiones e instancias que de dignidad y escrúpulos ».

Barbey d'Aurevilly – otro no condecorado – decía que « la cinta de la Legión de honor hace cometer numerosos actos deshonrosas ».

Algunos meses antes de su muerte, Paul de Kock respondía a un amigo influyente que le animaba a solicitar la cruz y se hacía pesado al respecto: «En materia de cruces, no necesito más que una, querido, es una cruz de mármol, y ya se encargarán mis hijos de ella ».

Émile Zola – siempre según el libro del Sr. Albert Cim – iba un día a encontrarse con el ministro de la Instrucción Pública para recomendarle la candidatura de Paul Alexis a la Legión de honor: «¡Cómo! ¿Alexis no ha sido condecorado? exclamó sorprendido Su Excelencia. – No, señor ministro; incluso es, de todos sus antiguos hermanos de armas, los

¡Bah! si usted ha entrado bien en la Revue, entrará también en la Academia, y todos nosotros estaremos profundamente felices, el me respondió: *¡Yo, en la Academia! Mire usted lo que se le ha hecho a Fabre, ¿verdad? Cuando se presentó obtuvo dos votos. ¿Por qué? Porque fue modesto, noble, independiente, un silencioso que oculta su vida. Pues bien, yo, si tuviese seis votos estaría en la cima del mundo. Se preferirá a X... ¡Ah! como comprendo a Daudet! pero si Daudet se presentase mañana, ¡se preferirá a Y... o a Z... ¡ Cada vez más, las elecciones académicas se hacen al margen de la literatura.*

«Recuerdo que en 1890, después de la batalla de los once candidatos al sillón de Augier, me dijo riendo: *Cuatro hombres son designados por el talento para ocupar un sillón: Zola, Fabre, Loti, Theuriet. Se espera que la lucha entre ellos sea reñida. ¿Quién de los cuatro ganará? ¡Ah! usted no conoce la Academia: cada uno de esos valiosos hombres tendrá uno o dos votos y la lucha será entre Herny Houssaye, Lavisse y Thereau-Dangin.*

Tenía horror a los críticos. Pretendía que su mal humor se debía a que se sentían incapaces de crear y se celaban de los creadores, incluso de los más insignificantes. *Mire usted,* me decía, *los críticos de hoy que escriben novela o teatro, son más amables que aquellos que hacen crítica pura.*

---

sobrevivientes de *las Veladas de Médan*, el único que no lo ha sido. – Puede creer, mi querido maestro, que voy a esforzarme en reparar este olvido. Estaré encantado, positivamente radiante... ¡Ah! ¡Pero vaya! rectificó de pronto el ministro. ¡No en esta ocasión! Vamos a entrar en campaña electoral, y ¡esa sería una cruz perdida! ¡Que Alexis espere todavía un poco! Dígaselo! Yo le prometo...». Paul Alexis murió estando siempre bajo el olmo.

La misma respuesta fue dada por el mismo ministro a propósito de Jules Levallois, el antiguo secretario de Sainte-Beuve. Republicano de solera, Jules Levallois había rechazado dejarse condecorar por el Imperio: «¡Razón de más para que nosotros le condecoremos! protestaba el susodicho ministro. Es la República quién pagará esta deuda... ¡Pero no ahora! En este momento necesito todas mis cruces a causa de las elecciones, y no puedo dilapidarlas con literatos».

En su *Diario* (tomo VII, p. 157 y tomo VIII, p. 102-103) EDMOND DE GONCOURT declara que si tuviese que pedir un favor a su amigo el ministro Berthelot, sería «ser tachado de los cuadros de la Legión de honor»; y añade, a propósito de un tal Sr. Durand, fabricante de frutos confitados, condecorado por la gran calidad de sus productos: «Veámoslo razonablemente, ¿es qué acaso la confección de frutos confitados y la de los libros deberían tener la misma recompensa?»

France y Leamître están siempre de buen humor. Brunetière y Faguet están siempre irritados.

«Refiero estas citas auténticas a sus futuros biógrafos ».

En cuanto a M. H..., no duda de la autenticidad de la famosa frase[1].

«No sé a quién fueron dirigidas esas palabras, pero las dijo ciertamente. Aunque no he conocido personalmente al escritor, he conocido amigos suyos, y lo que sé de él es de tal relieve, que me induce a creer en la autenticidad de la frase. Por supuesto, Maupassant no quería decir que el título de académico, de condecorado y de redactor de la *Revue des Deux-Mondes* fuese un deshonor; no hablaba más que de lo que hay que hacer para obtener esos títulos y lo que, según él, desacredita verdaderamente un noble carácter, es decir los halagos y los bajezas necesarias para obtenerlos. Pero, desgraciadamente, los «nobles caracteres» son cada día más raros y algunas bajezas además no son para disuadir a las personas que no hacen arte más que por oficio o por profesión y que sustituyen la sinceridad por el truco y la chapuza. Maupassant, que era un noble y auténtico artista, no encuentra ni un ministro para condecorarlo, ni académicos para elegirlo, y si la *Revue* en cuestión acogió su última y peor novela, fue porque los periódicos se alegraban de la hostilidad de la *Revue* con relación al maestro y que por añadidura, con el número de abonados disminuyendo, se necesitaba una novela con chispa para conservar aquellos que permanecían fieles.

«Que no se diga que Maupassant murió demasiado joven para ser condecorado: muchos lo han sido antes de su edad, y en cuanto a la Academia, cuando tiene que nombrar a un profesor o a un hombre de mundo, sabe hacerle señales a tiempo. *L'intermediaire des Chercheurs et Curieux* ha relacionado los académicos elegidos más jóvenes; considero inútil repetir aquí los nombres y me remito a esas listas, en las que añadiría únicamente al vizconde E.-M. de Vogüé que fue elegido, hace diez años, con apenas cuarenta años y no teniendo en su activo más que dos o tres volúmenes en los que había reunido artículos de revistas y periódicos »[2].

---

[1] Carta igualmente del 20 de diciembre de 1897.

[2] El Señor BRUNETIÈRE, que ha leído las pruebas de este capítulo, me escribió enigmáticamente desde París, el 10 de octubre de 1894: «Señor, Puesto que ha querido consultarme sobre el capítulo de su libro que ha dedicado a las relaciones de Maupassant con la *Revue des Deux-Mondes*, me apresuro a advertirle que contiene muchas

inexactitudes. Además yo sería un poco ingenuo, convendrá usted en ello, ayudándole a rectificarlas. Reservándome en su momento decir lo que pienso del modo en el que los Sres. F. L... y H... creer servir a la memoria del “ilustre escritor”, le ruego que agregue, con todos mis agradecimientos por su comunicación, la expresión de mi consideración mas distinguida. F. BRUNETIÈRE ».

¿A mi vez yo sería ingenuo diciendo que no comprendo porque el Sr. Brunetière *sería ingenuo al ayudarme a rectificar unas inexactitudes* que le atañen? Sus réplicas (puesto que así lo quiere), no figurarán en mi libro. Él habrá privado al público de tener bajo sus ojos, al mismo tiempo, todas las piezas del dossier. ¿Qué ganará con ello?

DOCUMENTOS INÉDITOS

SOBRE GUY DE MAUPASSANT

(1881 – 1894)

VICTOR HAVARD À MAUPASSANT[1]

[1] Publico aquí, textualmente, un conjunto de cartas de Maupassant o que le conciernen: cartas de su madre, de su padre, de su cuñada, de su editor, de algunos amigos del escritor. Todas las cartas del editor Havard a Maupassant y las de la familia de Maupassant al hombre que llevaba sus negocios, Sr. Jacob, proceden de una venta de originales de la famosa Casa J. Charavay y Étienne Charavay, dirigida en París por el Sr. Noël Charavay, experto en originales, las demás son debidas a amables comunicaciones de los Sres. Balestre, Robert Pinchon, Meuriot, etc.

He aquí la historia de mi *Dossier Maupassant*. El Señor Noël Charavay que me había proporcionado varios originales de Maupassant, impresos o en facsímil en este volumen, y que sabía, pues, que me ocupaba del escritor francés, me informó el 26 de octubre de 1903 que un «Dossier Maupassant» iba a ser puesto a la venta y contaba hacerlo en el mes de diciembre, y que no dejaría de enviarme el catálogo. Yo le propuse, a vuelta de correo, y para evitar las pujas que me vendiese directamente esos papeles. Me respondió el 30 de octubre: «Esta documentación no es de mi propiedad y su dueño desea que sea vendido en subasta. Se compone de 18 piezas; algunas no tienen más que una página, pero otras tienen cuatro páginas. Es una documentación literaria concerniente a Bel-Ami y las demás obras de Maupassant. Sería posible que una oferta elevada decida venderla directamente al propietario, pero habría que tentarlo con el precio».

La tentación se hizo más fuerte algunos días después, el 3 de noviembre, cuando leí estas palabras del Sr. Charavay: «La documentación tiene 38 páginas in-folio o in-8º. Una de esas piezas tiene cuatro grandes páginas en in-4º y contiene, de puño y letra de Maupassant, la correspondencia intercambiada con Charpentier con motivo de la inserción de su retrato en la edición ilustrada de las *Veladas de Médan*. Dos cartas están escritas cuando Maupassant, afectado por la locura, se creía próximo a morir. Esas piezas son de gran valor y estimo que por 500 francos el dossier no es caro. Ese es el precio mínimo fijado por el propietario. Estoy persuadido de que si se los ofrece inmediatamente se evitaría la puesta en venta y la dispersión ». El 18 de noviembre, el famoso dossier me llegaba a Frascati.

Cuatro meses después, nueva tentación, proveniente siempre del Sr. Charavay. «Señor», me escribía el 9 de marzo de 1904, tengo en este momento un pequeño e interesante dossier sobre Maupassant. Se compone de dos partes. La primera comprende cartas de la familia de Maupassant (padre, madre, cuñada, etc.), relativas a la sucesión del escritor. La segunda está compuesta de cartas de su editor Havard; están repletas de hechos curiosos para la historia de las obras de Maupassant. ¿Está usted dispuesto a la adquisición de esta documentación? ». Naturalmente respondí que sí.

Debo de este modo a la inteligente actividad del Sr. Charavay haber podido añadir a mi volumen de Notas sobre Maupassant estos Documentos tan interesantes. Los publico íntegramente. Mi pobre Larroumet dijo: *Aunque Maupassant haya ocultado su vida con un*

París, 8 de marzo de 1881

Mi querido autor. He lamentado mucho tener que estar ausente con motivo de su visita, pero finalmente he leído con placer los relatos que usted me ha dejado.

Como me lo había hecho presentir, *la Casa Tellier* es brillante y muy atrevida; es un terreno ardiente que suscitará, creo yo, cóleras y falsas indignaciones[1]; pero en definitiva se salva por la forma y el talento; todo esta allí y yo estaría muy equivocado si no tuviese un gran éxito (ya no hablo de éxito literario que está conseguido por adelantado, sino del éxito de ventas). En cuanto al *Papá de Simon*, es simplemente una pequeña obra maestra.

Como usted me ha manifestado el vivo deseo de ver publicado ese volumen enseguida, he remitido los tres relatos a la imprenta una vez leídos, y le rogaría que tuviese a bien concederme una cita, a fin de que podamos fijar juntos la fecha de la publicación dentro de algunos días.

Espero que su indisposición no haya tenido consecuencias desagradables, y que se encuentre ya completamente restablecido; además yo no permitiría que estuviese enfermo ahora, pues no es precisamente el momento adecuado.

Hasta pronto, espero, querido Señor, y lleve consigo toda mi devoción.

---

cuidadoso celo y profesado que él no debía nada al público que no fuesen sus obras, la crítica literaria es cada vez más inseparable de la biografía y, cuando se pertenece a la posteridad, ella se arroga el derecho de penetrar vuestros secretos. (Conferencia del 12 de marzo de 1899).

[1] En su artículo sobre Maupassant (*Revue Bleue* del 29 de junio de 1889) el Sr. JULES LEMAÎTRE escribe que conoció a Maupassant en 1880 en Croisset, en casa de Flaubert. «Un año después, yo estaba en Argel. Maupassant vino a verme acompañado de Harry Alis (el autor de *Pequeña ciudad* y de esos finos y originales estudios: *Algunos locos*). Maupassant continuaba teniendo muy buen aspecto. Las *Veladas de Médan* acababan de aparecer, pero yo no las había leído... Alguien me había dicho que *Bola de Sebo* era divertida: eso me había bastado. Sin embargo interrogé educadamente a Maupassant sobre sus trabajos. Me dijo que estaba escribiendo un largo relato, cuya primera parte transcurría en un lugar de mala reputación y la segunda en una iglesia. Me dijo esto con mucha sencillez, pero yo, yo pensaba: «He aquí un muchacho evidentemente muy satisfecho de haber imaginado esta antítesis: mitad *La Ramera Elisa* y mitad *La Culpa del abad Mouret*. Esperaré a leerte cuando haga menos calor». ¡Miserable de mí! ¡Ese relato era *La Casa Tellier*!».

VICTOR HAVARD A MAUPASSANT.

París, 5 de agosto de 1884

Mi querido autor,

Le dirijo, aquí adjunto, la situación de su cuenta a 1 de julio. El último volumen ha ido bastante bien, pero los antiguos volúmenes no han marchado como yo esperaba, sobre todo después de mi ronda de anuncios y la publicidad que se ha hecho en torno a su apellido.

Es cierto que atravesamos una crisis comercial que ha afectado sensiblemente a las ventas; esta crisis no ha hecho más que acentuarse de un modo despiadado desde la invasión de la epidemia en el Midi. Los negocios son casi inexistentes, y si esta situación debe prolongarse todavía algún tiempo, no habrá un buen trimestre a cobrar.

Mi apreciación sobre la solvencia de sus editores, R... y B..., no estaba demasiado fundada; pues los dos cheques, de 500 francos cada uno, que usted me ha entregado acaban de serme devueltos, es decir con todas las hierbas de San Juan. He debido naturalmente reembolsarlos, pero a costa de este pequeño incidente, he experimentado un desagradable enojo al hacerme cargo de unos efectos que me han sido endosados. En fin, sea como sea, el cargo – capital y gastos – se eleva a 1022 francos.

Yo le estaría agradecido de que me dijera lo que va usted a hacer ante esta situación, pues voy a disponerme, yo también, a abandonar París durante algún tiempo.

Hay varias maneras de perseguir la recaudación. La más natural sería que los denunciara usted mismo, pero yo puedo igualmente denunciarlos directamente. Sin embargo, debo decirle – entre nosotros– que están muy *enfermos*, y que habría que reflexionar un poco antes de lanzarse a arriesgar aproximadamente 150 francos de gastos de procesos.

No sería malo, después de todo, tratar de ser un poco hábil en este asunto; y si usted me permite un consejo, pienso que haría bien intentando negociar amistosamente antes de que ellos se encuentren completamente

bajo tierra, y que la propiedad de explotación de su volumen vaya a caer en las manos de los acreedores.

Teniendo esta espada de Damocles pendiendo sobre la cabeza, es decir la amenaza de un proceso inmediato en el Tribunal de comercio, tal vez consentirían en concederle el *stock* de los ejemplares de los *Cuentos de la Becada* y en anular el contrato. En fin, mi querido amigo, estudie esto de cerca, y dígame lo que piensa de ello.

Le remito también una carta del Sr. John Eggers concerniente a una solicitud de traducción de *Una vida*. El 25 de julio he respondido a una primera carta de este caballero, comentándole que si consentía en pagar en Paris la suma de 500 francos, yo lo pondría en relaciones con usted para obtener su autorización. Usted verá por esta última carta que él no está muy alejado de aceptar estas condiciones. A usted le toca ahora, querido, continuar con el negocio. No he querido molestarlo antes de saber si estábamos ante un cliente serio. Mi respuesta está reproducida, y yo le insto a desconfiar de estos echados para adelante. No afloje nada sin previo pago.

Y la *Pequeña Zette*, ¿puede usted concederme el favor de hacerle algo?

Un saludo muy cordial, mi querido amigo.

V. HAVARD

PS. Vaya con el espléndido relato que ha escrito usted para el *Gaulois*: «Los Martin». En el nombre de Dios, no me sale de la cabeza. – Usted no ha hecho nunca nada tan fuerte – y no sabe cuanto ha impresionado al público. [*El verdadero título del relato citado bajo el apellido de uno de los principales personajes por el Sr. Havard es "El Regreso". Este relato apareció en el "Gaulois", el 28 de julio de 1884.* (R. Pinchon)].

Por cierto, me olvidaba de lo esencial. Usted ha visto evidentemente el notable artículo que ha dedicado a Sarcey, hace algunos días, y ha visto la terrible metedura de pata de su editor. No le disimularé que he experimentado una autentica pena, pues ese volumen me ha dado muchos quebraderos de cabeza y no lo he olvidado. El Sr. Eggers pregunta si usted no ha concedido ya la autorización para *Una Vida* y yo no he podido informarle.

VICTOR HAVARD A MAUPASSANT

París, 15 de octubre de 1884

Mi querido autor,

Yvette y los cinco cuentos van a componer un volumen de 246 a 250 páginas; es un poco corto para un volumen de relatos. Y sin embargo no era posible «blanquear» más, pues es el mismo texto que Miss Harriet. Se podría, con rigor, dejarlo tal cual, poniendo papel bastante fuerte, pero el público encontrará eso corto. Lo que sería admisible para una pequeña novela en el género de *la Viuda* de Feuillet, no lo es cuando se trata de un volumen de relatos. Le aconsejo pues no bajar de las 300 páginas y de darme todavía cuatro cuentos de la importancia de los demás; llegaremos con ello a las 300 y pico páginas, como su anterior volumen.

Comprobará usted que hemos sido diligentes en cuanto a la composición y a las pruebas, como reconozco que usted lo había sido también con la corrección de las galeradas. Voy a enviarle unas pruebas en páginas que usted podrá darme pronto, y podríamos tratar de publicar hacia el 25 del corriente – si usted no tiene inconveniente.

Si se decide usted a darme un suplemento del manuscrito, eso no retrasará el volumen, pues se compondría rápidamente mientras usted corrige las pruebas en página.

Hablaremos, cuando regrese a Paris, de la información que me ha dado relativa a su volumen con Ollendorff.

Yo creía haber encontrado una plaza a su amigo, pero cuando el Sr. Renaudet ha ido para proponerlo, acababa de ser ocupada. Continúo ocupándome entre mis conocidos, pero los negocios son tan duros que no resulta nada fácil: en fin, no desespero de encontrarle algo.

Me despido, mi querido amigo, muy cordialmente y de todo corazón.

V. HAVARD

PS. Presente, se lo ruego, mis más respetuosos homenajes a la Sra. Brun-Chabas

VICTOR HAVARD A MAUPASSANT

14 de enero de 1885.

Mi querido autor,

Me tiraniza usted, en lo relativo a sus cuentas, con una crueldad increible. Usted sabía lo que había, céntimo arriba, céntimo abajo, y, durante nuestro último encuentro yo le había advertido que el dinero estaba a su disposición. No puede por tanto, en conciencia, alzarse contra este pobre editor que le abre su caja.

Nuestras cuentas deben en efecto ser saldadas al final de cada trimestre, pero si tuviésemos que saldar todas al cabo de la semana, eso sería materialmente imposible, y, a finales de año hacemos un inventario general que nos lleva más tiempo todavía.

Además, tengo en este momento unos problemas que no me permiten ni un minuto de descanso ni de calma. Este maldito negocio absorbe todo mi tiempo y para mayor desgracia tengo dos empleados menos estos días; uno que he despedido y el otro que se encuentra enfermo. En cualquier caso, he pasado una parte de la noche trabajando para dejar establecida su cuenta que le adjunto a la presente.

En cuanto al volumen *Unos Versos*, no he estudiado las cifras antes de haber hablado con usted. No he hecho, hasta el momento, un brillante negocio comercial; es evidente que mi edición se ha visto frenada por otra paralela. He gastado cerca de cinco mil francos en la edición y 2000 francos de publicidad, y todavía estoy lejos de sufragar mis gastos. Pienso que usted haría bien en ser comprensivo al respeto y ayudarme un poco a soportar este pequeño traspiés.

Como generalmente se da el diez por ciento sobre las ediciones de lujo, por derechos de autor, le propondría pagarle 0,75 por volumen vendido; creo que eso sería razonable.

Hablaremos de ello cuando usted quiera, y le daré todas las piezas de fabricación.

Llevo ocupado gran parte de la jornada por este maldito asunto. ¿Podría concederme una cita en la Librería o en otro sitio de 4 a 6?

Conteste al portador, por favor. Le estrecho cordialmente la mano.

V. HAVARD

MAUPASSANT A HENRI AMIC.

Chatel-Guyon, 17 de agosto [1885]

Gracias, querido amigo[1], por su amable invitación y perdóneme si no la acepto en este momento. Mi primer mes de caza está siempre determinado por seis sucesivas vedas levantadas en Normandía; y me es imposible cambiar el orden establecido de esas cazas obligatorias. Pero espero sin problema ir a verle a los Bouleaux[2] cuando regrese a París.

Acabo de hacer *extraordinarias* excursiones en Auvergne, es verdaderamente un país enorme y produce una impresión muy particular, que voy a tratar de plasmar en la novela que estoy comenzando. Usted sabe que el Vizconde de Serionne se casa - gracias a nosotros. Se casa con su prima, con la que nosotros lo dejamos en Catania. No me esperaba mucho este desenlace de nuestro viaje a Sicilia[3].

¿Quiere fundar una agencia matrimonial?

Hasta pronto, mi querido amigo, le estrecho cordialmente las manos. De recuerdos, se lo ruego, a todos los suyos.

GUY DE MAUPASSANT.

Hay que relacionar esta carta con el diálogo mantenido entre la Sra. Lecomte du Noüy y el Sr. Amic (p. 36 y siguientes de su libro *Mirando pasar la vida*...):

---

[1] El Señor HENRI AMIC, uno de los autores de *Mirando pasar la vida*...

[2] La villa de los Bouleaux, cerca de Gouvieux (Oise).

[3] El Señor AMIC me escribió desde los Bouleaux el 22 de julio de 1904: « Señor, fue en el mes de mayo de 1885 cuando hice el viaje a Sicilia en compañía de Guy de Maupassant. Fue en esa misma época cuando apareció *Bel-Ami*. Me parecía por aquel entonces que Maupassant gozaba de una estupenda salud y de un perfecto equilibrio físico y psíquico. Nada podía hacer presagiar su triste final ».

«AMIC.– Conocí a Maupassant en casa de la Sra. Eugène Yung, la esposa del antiguo director de la *Revue Bleue*... Volví a coincidir con él en casa de la Sra. Adam, luego transcurrieron unos meses... Yo viajaba por Rusia, Finlandia y Suecia, cuando supe que mi madre se encontraba en Cannes en el mismo hotel que la Sra. de Maupassant y sus hijos, Guy y Hervé. En una de mis cartas, fechadas en Moscú, escribí que después de haber soportado durante meses la nieve y la helada, sería extraño encontrarme súbitamente transportado bajo el sol de Italia o Sicilia.

«Cuando volví a Francia, recibí un despacho en los Bouleaux, y una carta-telegrama en París, firmados por Guy: me pedía partir con él para Sicilia. La idea de tener semejante compañero me entusiasmó. Por desgracia ese año yo debía cumplir mis trece días; antes de pensar en ese viaje, me hacía falta obtener un permiso de la autoridad militar. Corrí a casa de Guy. Le expliqué mi zozobra. No podía decidir nada antes de haber recibido la respuesta del Estado Mayor. Pero todo se arregló. Maupassant partió para Italia con Henri Gervex y Georges L..., y fue acordado que yo me uniera a ellos en Nápoles. Habiendo tenido éxito en mis gestiones, me reuní con Guy en el Hotel Vesubio, tres semanas después. Llegué bastante temprano; Gervex y Georges L... estaban todavía en la cama. ¡Ah! ¡las divertidas presentaciones!

«Ese mismo día hicimos la ascensión al Vesubio. Tomamos un coche que nos condujo desde Nápoles al funicular. Atravesando los pueblos de Torre del Greco, Herculano, Torre dell'Annunziata, y sus calles adornadas de hilos de los que penden tubos de macarrones de longitud y grosor desiguales, Gervex nos contaba historias de taller. Yo observaba que, de vez en cuando, Maupassant llamaba a Georges L.... «General». Sorprendido, presintiendo alguna broma, no preguntaba la razón. A medida que el coche subía, la vista se volvía soberbia. Percibimos el panorama de Nápoles, luego, encima, San Martino; más lejos, el convento de los Camaldules; en el horizonte se adivinaba el cabo Misène. Entonces, con un tono sentencioso, Georges L.... dijo de pronto: «Solo cuando uno se eleva a semejantes alturas es cuando está permitido a la vista abrazar tales horizontes». Escuchando esta declaración, Guy exclamó: « ¡De pronto, querido, parece usted un mariscal!»

«El Vesubio tenía ese años grietas por las que salían ríos de lava. Eran como arroyos de hierro colado en fusión. Fluían rápido. Jugamos a saltar por encima. Regresamos al hotel para cenar. Por la noche se decidió que se iría a pasear por la ciudad. No habíamos dado diez pasos fuera cuando fuimos abordados por unos hombres que nos ofrecieron procurarnos todo tipo de placeres sensuales. Contaban sus mercancías con un énfasis extraordinario, tratando de despertar en nosotros las curiosidades malsanas que ellos juzgaban propicias para tentarnos. Esos buenos

mercaderes napolitanos perdieron su tiempo; pero al día siguiente este reencuentro inspiró a Maupassant: él escribió sobre Nápoles un artículo pintoresco que no ha sido impreso. Allí nos describía, acodados sobre los blancos parapetos de piedra, admirando el extraño espectáculo que formaban durante la noche el mar y el volcán, luego sacados de nuestra ensoñación por el abordaje de sospechosos personajes tratando de excitar nuestros deseos, y él escribía para terminar: «Por poco que usted tuviese ganas, esas personas le ofrecerían el Vesubio »[1].

«Nuestros compañeros regresaron a París, llamados por el trabajo. Maupassant y yo nos fuimos a Sorrente, Capri, Amalfi, Salerno y Poestum; antes de embarcarnos para Palermo y Sicilia, visitamos la isla de Ischia. Un temblor de tierra acababa de destruir Casamicciola. ¡Triste aspecto el de esta ciudad en ruinas! Era una Pompeya moderna. Todavía yacían los muertos bajo las casas derruidas. Guy escribió también un artículo sobre Ischia; ¿qué fue de ese artículo? Pero me detengo, no quiero contaros nada hoy ni de ese tiempo pasado en Italia en la época de las luciérnagas, ni de nuestro viaje a Sicilia; volveremos a ellos más tarde.

SRA. LECOMTE.– ¡Qué control tienen los hombres sobre si mismos! Yo no sabría detener así el flujo de mis recuerdos. Cuando ellos crepitan en mi cabeza, cuado desbordan de mi corazón, mi boca los canta a plena voz, sin reservas. ¡Hábleme todavía de Maupassant; ¿vino a los Bouleaux?

AMIC.– Nunca, aunque se lo haya pedido a con frecuencia. A mi última invitación me contestó: « Perdón, amigo mío, si no acepto en este momento; no es mi culpa, usted lo comprenderá. Mi primer mes de caza está siempre tomada por seis vedas sucesivas en Normandía, y me es imposible cambiar el orden de esas obligatorias cazas. Pero espero ir a verlo en los Bouleaux cuando regrese a París». [*Esta conversión atribuida a Maupassant no es más que la reproducción de un pasaje de la carta que acabo de publicar aquí*]. Cuando regresó de Normandía le pregunté como había pasado el mes de agosto:

«– He hecho unas excursiones admirables en Auvergne, es ciertamente un país soberbio, me contestó, y de una impresión muy particular que voy a tratar de plasmar en la novela que estoy comenzando.

«Esa novela debía ser *Mont-Oriol*. El mismo día Guy me informó del viaje del vizconde de Sérionne:

[1] El texto exacto es: «El arca de Noé contenía menos animales que ellos proposiciones. Su imaginación se inflama por la dificultad de la victoria; y esos Tartarines del vicio, no conocían obstáculos, os ofrecerían el mismísimo volcán por poco que les pareciera que lo deseabais ». [A. L.]

«¿Sabe usted, Amic, que fue gracias a nosotros que él se ha casado? Se ha casado con su prima, con la que nosotros lo habíamos dejado en Catania. ¿A qué no esperaba usted ese resultado de nuestro viaje a Sicilia?».

«Y divertido añadió:

«– ¿Quiere usted fundar una agencia matrimonial? [*Todo este diálogo está tomado de la misma carta de Maupassant*].

«Ahora, amiga mía, si quiere usted saber la historia de la boda del vizconde de Sérionne, hela aquí. Con motivo de nuestra partida para Catania, el joven príncipe Scalèa nos había invitado, a Maupassant y a mí, a detenernos en casa de su abuelo que poseía un importante vivero de atunes encima de Solunto. Esperábamos asistir a unos combates de atunes y peces espada. Nos habían contado que esas batallas fantásticas enrojecían el mar de sangre. Nuestra curiosidad estaba excitada pero no fue satisfecha. No vimos un atún ni un pez espada. El joven príncipe Scaléa y el vizconde de Sérionne asistían al almuerzo que nos fue ofrecido. Ambos debían regresar a Palermo diez minutos después de habernos visto partir y nos envidiaban: aunque vivían en Sicilia no conocían Catania.

«– Aprovechen entonces la ocasión, les dijo Maupassant, ¡vengan con nosotros!

«– No tendríamos problema si lo hubiésemos pensado antes, pero ahora es imposible. No tenemos nada, ni camisas de noche, ni objetos de aseo...

«– Nosotros se los prestaremos.

«– ¿Y si nos decidimos? exclamó el Sr. de Sérionne. Aprovecharía para ir a ver una de mis primas a la que no conozco.

«– Ustedes no tienen derecho a dudar, insistió Guy, aquí está el tren, espabílense, tomen rápido los billetes.

«Alegremente los dos primos obedecieron, y cuando el tren hubo partido prorrumpimos en carcajadas los cuatro con la idea de las cómicas complicaciones que iba a suscitar un tan rápido embarque.

«Ese corto viaje fue encantador y tuvo consecuencias matrimoniales. ¡Puedo asegurarle que el vizconde de Sérionne se ha casado sin premeditación!

«En cuanto a Maupassant no vino nunca a los Bouleaux».

El vizconde de Sérionne es hijo del conde, agente superior en el Cairo de la *Compañía del Canal de Suez*, y de la condesa, de soltera La Bégassière.

VICTOR HAVARD A MAUPASSANT

Sábado, 12 de septiembre de 1885

Mi querido autor,

Al llegar acabo de encontrarme con su carta, y me apresuro a darle noticias de ese gran golfo de *Bel-Ami*: En este momento vamos por la 37ª edición.

Todo el comienzo del famoso programa que yo le había explicado ha resultado muy exitoso – así que usted ha debido verlo – solamente el *Figaro* no lo ha publicado; pero cuento con intentar un nuevo asalto en el mes de octubre y espero tener más fortuna. Hablaremos de ello cuando esté usted de regreso en París.

Varios periódicos ya han hablado de su obra teatral con Busnach, y creo que se la va a esperar con auténtica curiosidad.

Crea, mi querido amigo, en mis más abnegados sentimientos.

V. HAVARD

PS. El famoso Nilsson había venido a la Librería en relación con su petición de traducción, pero no lo he vuelto a ver. Por el contrario, he aquí dos autores suecos que me escriben simultáneamente para pedir la autorización. Uno, Sr. Sundbecq, ofrece 100 francos, y el otro Sr. Carle Suneson, ofrece 200 francos. ¿Quiere usted decirme, a vuelta de correo, si no habrá dado por casualidad su autorización desde nuestra última conversación, y si puedo hacer un contrato por los 200 francos? Verá usted esta correspondencia a su regreso.

VICTOR HAVARD A MAUPASSANT

9 de octubre de 1885.

Querido autor y amigo,

Me he retrasado un poco en contestarle, pues mi esposa acaba de estar gravemente enferma, y estas tribulaciones familiares me han hecho olvidar mi correspondencia. Felizmente está mucho mejor ahora, y espero entrar en una etapa de tranquilidad.

Nos ocupamos de su cuenta que podré enviarle de aquí a dos o tres días; pero desde ahora puedo decirle que puede contar con aproximadamente *nueve mil francos*.

Todas mis cuentas están saldadas – como sabe usted – por trimestre; pero el mes que sigue a esos trimestres me es necesario para establecer y arreglar todas esas cuentas respectivas. Intento hacerlo lo antes posible y usted sabe por experiencia cuanto pongo en ello de complacencia. Pero este trimestre por ejemplo, donde en los trenes se han vendido más de dos tiradas de los *Bel-Ami* salidos de la Librería, estoy obligado a esperar a finales de octubre para la liquidación que deben hacerme y que me permitirá saldar cuentas con usted.

En resumen, mi querido amigo, podré enviarle 2000 francos, el 17 de los corrientes y 2000 francos el 26; para el resto, usted se verá obligado a esperar a finales de octubre. De todos modos, si tiene una necesidad apremiante por una suma superior a la que le acabo de indicar, podrá hacer una letra bancaria a mi cargo a finales de octubre como ya lo ha hecho otras veces.

He recibido 200 francos del Sr. Suneson de Estocolmo por la traducción de *Bel-Ami* que ya he transferido a su crédito.

Los Señores Singer y Wolfner de Budapest, me piden igualmente la autorización para traducir *Bel-Ami* al húngaro, para ser publicado en 2 volúmenes a 1 franco, completamente en cartoné como la *Grande marnière*, de la que me han enviado un ejemplar. ¿Qué debo hacer? ¿Debo pedirle 200 francos igualmente?

El diario *Le Moniteur du Puy-de-Dôme* me solicita también los derechos para reproducir *Yvette* en su periódico bajo tarifa de la Sociedad de Escritores con la cual tienen un convenio. ¿Que debo responderles?

Una palabra, se lo ruego, con respecto a estos dos asuntos.

Un saludo muy cordial, mi querido amigo.

V. HAVARD.

VICTOR HAVARD A MAUPASSANT

30 de noviembre de 1885

Mi querido amigo,

Hoy, fin de mes, estoy ocupado hasta el punto de no poder acercarme a su casa. Le envío mil francos en un talón bancario aquí incluido, a cargar sobre su cuenta, y le llevaré el resto el lunes, día 7 de los corrientes.

Le estrecho cordialmente la mano.

V. HAVARD.

VICTOR HAVARD A MAUPASSANT

París, 23 de octubre de 1886.

Mi querido amigo,

Nuestra mudanza[1] nos ha puesto todo de patas arriba de tal modo que los servicios se han desorganizado un poco; eso es lo que explica ese ligero retraso en enviarle su cuenta.

Había dado la orden al contable de que le enviase 1000 francos por telégrafo, pero ha encontrado los gastos de envío demasiado onerosos y, como yo estaba ausente, no se ha atrevido a tomar la iniciativa de enviárselos, por lo que no han sido remitidos hasta esta mañana por correo.

Encontrará, aquí incluido, la situación de su cuenta. Es uno de nuestros más flojos trimestres al igual que el primero de este año.

Los negocios, en general, han ido muy mal; la librería se encuentra a su vez, seriamente dañada.

He aquí el balance de su cuenta que asciende a.....fr.		2172,00
Ha recibido usted especies por valor de fr.	500,00	
Id. id.	1000,00	
Su contrato a finales de los corrientes.....	260,00	
		1760,00
Queda a débito fr.		412,00

que le enviaré el 26 de los corrientes por sueldo.

[1] Del número 175 al número 168 del bulevar Saint-Germain.

En cuanto al asunto a negociar con mi banquero, no ha sido tan fácil arreglarlo como usted pensaba, pues el Sr. Bougeois, mi antiguo banquero, ha cedido su casa que se ha convertido en la Banca del comercio. En todos los casos, usted tiene la obligación de enviarme a vuelta de correo una letra a mi cargo de 1000 francos a finales de enero próximo (valor en cuenta y fechado desde Antibes), yo la haré descontar y le enviaré los fondos con el saldo de su cuenta.

Con respecto a su cuenta debo hacerle observar que ya le he aportado la entrada de la 16ª edición de la *Pequeña Roque*, aunque no la había recibido hasta la antevíspera de finales del trimestre.

Espero que el clima de Antibes le resulte saludable y le permita terminar la nueva obra maestra rápidamente.

Le estrecho cordialmente la mano.

V. HAVARD

VICTOR HAVARD A MAUPASSANT

París, 10 de diciembre de 1886

Mi querido amigo,

Desde hace seis semanas he estado absorbido por mi mudanza y mi instalación hasta tal punto que he olvidado completamente escribirle. De hecho no tenía nada interesante que decirle y el final de su novela, tanto como la lúcida forma de sus crónicas, me habían tranquilizado de un modo absoluto en lo relativo a su salud.

En esta ocasión he puesto un celo y una voluntad increíbles para no tocar *Mont-Oriol* antes de su completa realización. He querido sentir la impresión de un solo impacto, sin desflorarla mediante lecturas entrecortadas y fragmentarias. La he leído la pasada noche de un tirón, en una sola etapa, y todavía estoy atónito, como aturdido, de tal modo me ha afectado y sacudido el alma. Todo mi pobre ser está todavía conmocionado. Jamás un autor, sea entre los clásicos, los grandes muertos o los vivos, me ha penetrado como usted; ni incluso Víctor Hugo que sin embargo tiene unos impulsos sublimes, pero no da la sensación de la realidad como usted. Son sobre todo sus sondeos en «el más allá» que me dejan estupefacto.

Debo confesárselo, querido ilustre escéptico a flor de piel, pues bien, he llorado al acabar el volumen, y todas las personas que estaban a mi alrededor hacían otro tanto; y nosotros, engendros de pequeños burgueses, a pesar de sus crueles ironias y sus perpetuas burlas, no nos avergonzamos.

Para terminar y sin ocuparme de los juicios de la posteridad, declaro que este libro es una obra maestra sublime e imperecedera. Es del Maupassant en toda la expansión y plenitud de su genio y la plena madurez de su maravilloso talento.

Usted ha dado, con un poder increíble, una nueva nota que yo había adivinado en usted desde hace mucho tiempo.

Yo había presentido esos acentos de ternura y de emoción suprema en *En Primavera*, *Miss Harriet*, *Yvette* y otros.

Encuentro esta obra magistral, admirablemente orquestada, con una medida, una seguridad de efecto extraordinarias. ¡Qué graduación en la pasión de esta pobre Christiane y qué dignidad en el dolor! – Y el padre Clovis, he aquí un tipo imperecedero que está cincelado!

Ayer por la mañana he hablado a Wolff con tal entusiasmo que ha querido que le envié todo enseguida para escribir un artículo sobre usted; y por supuesto me he tomado la libertad de enviárselo bajo mi responsabilidad sin pedirle a usted consejo. – Lamento mucho, por ejemplo, que la reseña del *Gil Blas* de esta mañana no se haya retrasado algunos días.

En resumen, con este libro deberemos tener de veinte a veinticinco mil nuevos lectores, pues es accesible a las almas más timoratas de la burguesía que sus primeras producciones persistían en espantar.

Reciba pues, mi querido ilustre autor y amigo, la expresión de mi admiración más profunda y absolutamente ilimitada.

V. HAVARD

VICTOR HAVARD A MAUPASSANT[1]

París, 12 de febrero de 1887

Mi querido autor,

[1] Las palabras entre corchetes son notas autógrafas de Maupassant a la carta de Havard.

Hace algunos días he recibido una carta desde Viena (Austria) que seguramente le era destinada y que ha sido reenviada al correo en Étretat con un sobre a mi dirección (me parece incluso que la dirección es de su puño y letra); pero como la he recibido sin ninguna instrucción, se la remito aquí incluida, rogándole que me diga lo que hay que hacer.

No se olvide también de indicarme todas las traducciones que ha autorizado para el extranjero, de modo que yo pueda maniobrar sin exponerme a conceder doble permiso; especialmente para Alemania, Italia, Inglaterra, Escandinavia y España [1887.- Brouillon 1884].– Me he citado con el Sr. Oblieght para el lunes por la mañana; lo mantendré al corriente de este negocio. [Leer la otra carta].

Nilsson de Paris no me ha respondido en relación con la traducción de *Mont-Oriol* al sueco, y, por otro lado, acabo de saber que el periódico *Politiken* de Copenhague la publica. ¿Lo ha autorizado usted? [No].

Acabo de tomar un ejemplar de *Cuentos de la Becada* con la editorial Decaux, y los clichés de esta última tirada me parecen deteriorados, como si hubiesen tirado treinta mil. En este punto me resulta imposible volver a usarlos y no valen absolutamente más que el peso del plomo. Estoy decidido a recomponerlos, no queda otro remedio.

¿No teme usted que el titulo de *Ese Cerdo de Morin* sea un poco chillón sobre la portada? Soy yo quién se lo propongo porque es muy bueno para la venta; pero no quisiera cargar con la responsabilidad de las lamentaciones que usted podría tener tal vez más adelante, hacia la edad madura. El asunto vale la pena ser pensado, y, dígame, se lo ruego, lo que usted opina. Considero además que los *Cuentos de la Becada* en un mal título para la venta; da la impresión de un segundo regreso de los pequeños narradores del siglo XVIII con un ligero aire anticuado.

Mont-Oriol no marcha todo lo bien que era de esperar (apenas cien por día); sin embargo, hemos vuelto a ver dos librerías esta mañana que habían pedido grandes cantidades, volviendo a pedir cada una un centenar, eso ha sido para mi un bálsamo en mi corazón de editor. – Persisto en esperar que la obra tomará un impulso de aquí a diez días si los rumores de guerra se desvanecen.

Crea, querido autor y amigo, en mi cordial y simpática abnegación.

V. HAVARD.

VICTOR HAVARD A MAUPASSANT

París, 4 de abril de 1887

Mi querido autor,

Tenía muchas esperanzas en los últimos artículos para revitalizar la venta de *Mont-Oriol* y, en lugar de eso, experimento una auténtica decepción; pues la venta ha bajado considerablemente desde mi última carta.

Hemos vendido solamente las ediciones 25 y 39, y hemos comenzado, estos días, la 26ª edición para provincias y la 38ª para Paris. Además, quedan a día de hoy 9 ediciones completas en el taller del encuadernador Testard.

Esta estación no es propicia para la venta en los ferrocarriles; no han pedido más que 3200 ejemplares.

Había pedido un buen artículo a Claveau – todo estaba arreglado con Meyer – y en el último momento, con el artículo ya preparado, Meyer se ha opuesto a su publicación. Este contratiempo nos ha hecho un daño bastante considerable, en mi opinión, pues yo contaba con este artículo para resumir y «coronar» de algún modo mi última pequeña campaña de prensa. Claveau y Meyer están completamente reñidos. – Le contaré todo esto con detalle en su próximo regreso a París.

Los otros volúmenes comienzan a marchar un poco; estamos en la 51ª edición de *Bel-Ami*.

He hecho una tirada de 2000 *Cuentos de la Becada* (ediciones 11 a 14). No tenía ganas de hacer una edición nueva, porque eso no se suele hacer habitualmente cuando se toma una obra de otra editorial, pero en definitiva eso será mejor para la venta.

No le he enviado el *Triboulet* porque no contenía más que una reseña bibliográfica.

Últimamente he tenido dos peticiones de traducción, una para Inglaterra (he pedido 500 francos) y otra para España (he pedido 300 francos); espero las respuestas.

Recibirá usted sus tres mil francos aquí, en el día fijado.[*Nota manuscrita de Maupassant*: Asunto español. Él (Havard) no me ha pagado

más que ocho veces esta suma cobrada en una. – He recibido además 2500 francos por cinco volúmenes de relatos comprados por el mismo librero español por su propia voluntad, no comprometiéndose en nada de cara al futuro. Este contrato no ha sido firmado más que en 1887, pues se ofertaban en 1884, entonces 300 francos solamente, y yo quería 1000, aceptados en 1887].

Esperando el placer de volver a estrecharle la mano, le ruego, mi querido amigo, crea en mis sentimientos más abnegados.

V. HAVARD

MAUPASSANT AL DIRECTOR DEL «FIGARO»

Mi querido Director,

Se ha publicado ayer en el suplemento literario del *Figaro* un estudio mío sobre la Novela contemporanea, donde pongo en boca de Flaubert una tontería atribuyendo a Chateaubriand unas palabras de Buffon. Tengo que manifestar que la tontería es mía, que he cometido, no sé como, semejante despiste, después de haber oído tan a menudo a Flaubert la cita que yo reseño.

Si me dirijo a usted para esta rectificación, y no al periódico que ha publicado mi estudio, es porque le he hecho una denuncia por los numerosos cortes practicados sin mi consentimiento en ese trabajo cuyo sentido se ha alterado completamente de ese modo.[1]

No es el proceder grosero e inexplicable del *Figaro* con respecto a mí lo que me ha decidido a esta acción contra el periódico, sino la preocupación de hacer proclamar una vez más el derecho absoluto de todo escritor de defender sus ideas, valgan lo que valgan, contra todas las manipulaciones posibles.

Me había asegurado, tres meses antes, que el *Figaro* aceptaba este ensayo al que yo otorgaba, con razón o sin ella, una gran importancia, pues

[1] VARIANTE TACHADA: *Convertida por ese hecho en casi ininteligible. Yo mantengo, en interés de todos los escritores tanto como en el mío, en hacer proclamar una vez más nuestro derecho absoluto a im pedir ue nuestro pensamiento sea mutilado.*

en él se expresa la que pienso sobre la novela[1], y responde a las críticas que me han sido dirigidas con frecuencia.

En caso de haber sido rechazado por su parte, habría tenido tiempo[2] de elegir una revista a mi gusto.

He entregado[3] mi manuscrito tres semanas antes de su publicación.

El Director del Suplemento me ha hecho retrasar ocho días la aparición de *Pierre y Jean* a la qué esa disertación sirve de prólogo, a fin de dejar el número del 1 de enero a la revista de Caran d'Ache.

Todavía en la víspera, el susodicho Director me ha hecho una comunicación sobre otro tema, sin relación con este trabajo que debía aparecer al día siguiente.

Tengo entonces, no solamente el derecho, sino también todas las circunstancias favorables, y por consiguiente el deber de obtener un juicio decisivo contra unas tijeras autoritarias, aunque fuesen incluso manejados por manos más competentes.[4]

Reciba, mi querido Director, la seguridad de mis más afectuosos sentimientos.

GUY DE MAUPASSANT

SR. LÉOPOLD LACOUR À MAUPASSANT

7 de enero de 1888

Querido Señor de Maupassant,

Acabo de leer en el *Figaro* lo que se ha publicado de su estudio sobre la Novela. Allí he encontrado con placer, formulada de una manera muy precisa y al mismo tiempo muy expresiva, lo que más de una vez usted ha llegado a decirme en Étretat. Usted sabe que yo pensaba lo mismo que usted

---

[1] VARIANTE TACHADA: Pues contiene todo lo que pienso en materia de novela.

[2] *Elegirla*, tachado.

[3] *He dado*, tachado.

[4] VARIANTE TACHADA: ... *Un juicio decisivo contra las tijeras y las plumas autoritarias, menejadas además en esta ocasión por manos demasiado incompetentes. Cortes o modificaciones de ningun modo que se permiten...*

sobre la cuestion de los *giros* y de las *expresiones*, originalidad real de nuestra prosa. No, no son los términos, no es su abundacia, su rareza, lo que hace el estilo; es la diversidad de las construcciones, la varidad de los golpes y los ritmos. Igualmente como usted, considero como una forma de arte superior a otro la novela «objetiva», en la creencia que el puro análisis puede darnos obras tan bellas como «los demás métodos de trabajo». Su estudio es bueno y será util. Pero le atraerá en ciertos ámbitos una *pequeña andanada de piedras*, que, por otra parte no lo perjudicarán. Ahora, permítame recordarle que usted pone en boca de Chateaubriand una frase de Buffon. Fue Buffon quién dijo: *El genio es una larga paciencia*.

Toda la parte sobre la *Ilusión* es excelente. He tenido la ocasión, en un estudio que usted no conoce (abre un libro que no le he podido ofrecer, sabiendo que usted lee poco), he tenido la ocasión, decía, de desarrollar algo análogo a propósito de las teorias de Zola sobre el teatro. Pero su demostración es más completa; la creo decisiva.

Vamos ahora con la crítica. Estoy de acuerdo que el crítico debe admitir toda escuela, no debiendo él pertenecer a ninguna. Pero,siendo imparcial, ¿puede ser impasible? ¿No tener preferencias por tales o cuales búsquedas del arte, por tal o cual familia de artistas? Su deber es entender de todo; pero ¿qué sería un crítico que no sintiera? Y sus modos de sentir, he aqui lo que, fatalmente (y felizmente) hacen de él un *combatiente*.

Algo vaga desde mi punto de vista es esta frase: «El crítico no debe apreciar el resultado más que siguiendo la naturaleza del esfuerzo; *y no tiene el derecho de preocuparse de las tendencias* ». ¿Por qué? y en qué sentido emplea usted aquí la palabra tendencia, usted que dice en voz alta: «¿Es necesario... que él explique todas las tendencias más opuestas?»

¡No discuta las tendencias! Los románticos ya nos decían eso. Pero algunas veces, lo que hay de más interesante en un libro o en una serie de libros, es precisamente la *tendencia*. Algunas escuelas han desaparecido sin dejar una obra; sin embargo su recuerdo dura; en otras palabras, la memoria es hasta cierto punto la huella viva de sus tendencias literarias, morales y filosóficas.

He aquí mis objeciones. Son de detalles y me llevan sobre el cuerpo mismo de su prefacio. El manifiesto (perdóneme esta palabra) permanece, para mi, inatacable. Y me parece que era necesario.

¿Me ha escrito? – Temo que su carta se haya extraviado. Puede usted estar seguro de que no quiero aburrirle. *No haga ningun trámite*. Todo mi invierno estaré ocupado con mis trabajos de revistas y por la ejecucion de la pieza a extraer de *Mentiras*.

Dudo mucho que se pueda intentar nada por parte del *Gil Blas*; no hablemos más de ello.

Su abnegado,

calle Treilhard, 12 LÉOPOLD LACOUR [1]

---

[1] Este eminente hombre de letras tuvo a bien remitirme, en 1904, algunos detalles preciosos sobre sus relaciones con Maupassant. He aquí la carta que me ha hecho el honor de dirigir:

«París, sábado 10 de septiembre de 1904.

«Señor,

«Yo estaba ausente cuando su carta llegó. Me la han entregado ayer por la mañana. Me apresuro a responderle...

«He aquí ahora algunas notas que usted desea sobre mis amistosas relaciones con Maupassant.

«Fue en Étretat cuando le fui presentado en agosto de 1887. Yo era entonces crítico dramático en la *Nouvelle Revue*. Gracias a unos amigos comunes, en casa de los cuales lo había encontrado (la Señora Lecomte du Noüy, mujer encantadora y letrada, y su hermano, Sr Camille Oudinot), yo entraba pronto, con mi esposa, en el pequeño circulo de los privilegiados que cenaban con él, en la Guillette, una o dos veces por semana. Las conversaciones en esas cenas eran raramente *literarias*; a Maupassant no le gustaba hablar de su trabajo, de sus obras, y no hablaba, mucho más, de otros escritores. Pero se "cotilleaba" en todo lo alto. Maupassant, sin ser un buscador de defectos, veía sobre todo las taras en las personas que conocía, y tenía un placer casi malsano en denunciarlas. Creo incluso que las inventaba a menudo para satisfacción de una sensibilidad pesimista. Si emitió ante mi alguna idea sobre la novela y el estilo, fue en las horas en las que yo me encontraba a solas con él; me permitió, en efecto, irlo a ver de vez en cuando, por la tarde, y yo aprovechaba esos cara a cara para interrogarle sobre su arte. Él pensaba en el estudio que publicó en *Le Figaro* a comienzos de enero de 1888. El éxito de las primeras novelas de Bourget, es decir de la novela psicológica y analítica, lo había hecho reflexionar mucho. No es, desde luego, que experimentase los más mínimos celos, pero no consideraba a Bourget un novelista nato, y no rendía más que una tranquila justicia al talento del psicólogo; pero mantenía en demostrar, al menos en proclamar, en una especie de pequeño manifiesto, la excelencia de su metodo, de su arte, el arte del original discípulo de Flaubert.

«Yo dejaba Étretat hacia el 15 de octubre y, una vez en París, no volví a ver a Maupassant más que en una ocasión (en 1888).

MAUPASSANT AL SR. GEORGES LACHAUD (?)

París, 9 de enero de 1888.

Señor,

Usted ha tenido a bien encargarse de mis intereses en las acciones que he emprendido contra el *Figaro*. Ahora bien, la primera de mis prioridades, en esta causa tan de actualidad, donde la cuestión artística es desde luego más importante que el estricto derecho, es darse prisa.

El debate general suscitado por este prefacio no puede durar mucho tiempo; sería pues para mí de una importancia capital que el proceso sea resuelto en el plazo más corto posible. No se trata en este caso de un asunto

---

«En 1892, cuando supe que se había vuelto loco, yo escribía para el *Figaro* un amplio artículo titulado: *Un clásico enfermo*. Desarrollaba allí la idea que no había sido suficientemente golpeado por «la parte de la enfermedad» contenida en su obra, «si bien sostenida mediante la forma». Esta parte de enfermedad la señalaba en las últimas obras, tan diferentes de las primeras, en *Sobre el Agua* y en *Nuestro Corazón*, principalmente.

«Ha habido, decía yo, dos Maupassant: el de las *Veladas de Médan*, de *la Casa Tellier*, de *Una vida* incluso y de *Bel-Ami*; creo que éste fue feliz; pero, como se hizo célebre muy rápido, y fue ese Maupassant que ha permanecido para el públco y la crítica corriente, sin que el cambio profundo de su ser moral y el refinamiento creciente de su aparato sensitivo hayan modificado el juicio que se tenía de él. El *Horla*, donde se debió haber sentido afectado de una mórbida curiosidad, tocado del soplo temible de las ciencias ocultas, pasa generalmente por ser una fantasía, un juego de letras; y no se advirtió bastante en sus novleas, llamadas mundanas, una sensiblidad cada vez más sufriente, una ansiedad nueva e inquietante en amar mediante la cabeza y mediante el corazón, con unos recursos de alegría y dolores en extremo civilizados, de los cuales el Maupassant de la *Venus rústica* y de *Ese Cerdo de Morin* parecía que jamás fuese capaz....»

«El año en el que conocí a Maupassant fue aquel donde el « temible soplo de las ciencias ocultas » le tocó, pues el *Horla* es de 1887; pero aparte de este relato, era todavía en esa época, el Maupassant de la *Venus rústica* y de *Bel Ami*. No fue hasta 1888 cuando evolucionó claramente. *Sobre el Agua* es de 1888.

«Esto es, Señor, lo que puedo enviarle,

« con la seguridad de mis más distinguidos sentimientos.

LÉOPOLD LACOUR.

«París, calle de Montenotte, 9».

ordinario donde el tiempo importa poco, sino de un asunto muy especial donde la cuestión temporal lo es todo.

Le estaría muy agradecido, querido Señor, si pudiese hacer las gestiones necesarias para obtener una pronta solución.

Reciba, se lo ruego, la expresión de mis sentimientos más abnegados.

GUY DE MAUPASSANT

GEORGES LACHAUD AL SR. JACOB

Mi querido amigo,

D'Ariste me comenta que en el asunto Maupassant contra el *Figaro* ne viendrá probablementek pas mercredi avec la certitude d'être plaidée. Comme il serait extrêmement fatigant pour moi, dans mon état de santé actuel, de passer toute la journée à l'audience sans résultat, voulez-vous ne plaider que de mercredi en huit, jour oú cela viendrá certainement en ordre utile?

Hubiera deseado arreglar este asunto que ahora me parece sin objeto, sobre todo teniendo en cuenta las relaciones actuales del Sr. Maupassant con el periódico, y si es usted de mi opinión, fíjeme una cita esta semana.

Vuestro muy abnegado,

calle de L'Université, 8 GEORGES LACHAUD.

EMILE STRAUS, ABOGADO DEL TRIBUNAL AL SR. JACOB

Mi querido Jacob,

Le envío sus documentos y le someto mi proyecto.

He hecho algunas modificaciones; pero solicito su conformidad y me explico:

Encuentro inexacto decir que el Sr. de Maupassant «ha hecho aparecer». No es él quién ha hecho aparecer. Creo inútil decirle que nuestro cliente concede una gran importancia a su prefacio – ¡que le había sido solicitado por tantas revistas! (temo críticas sobre la publicación y la asignación)...que la publicación, tal como ha sido hecha, atenta contra su consideración literaria... en fin yo le he dicho que creía que más valía no hablar de un convenio especial para la publicación *in extenso*, entrañando esta obligación la propia remisión del manuscrito.

Quedo, mi querido Jacob, a su disposición, y si desea venir a verme con el Sr. Ollendorff, volveremos a hablar de todo esto. Estaré en mi casa a las 4 y podremos, si usted quiere, escribir a Maupassant desde allí.

Por último preferiría que nuestro cliente no pidiese 5000 francos por daños, y me gustaría discutir este punto con usted.

Un saludo cordial,

EMILE STRAUS.

EMILE STRAUS AL SR. JACOB.

Mi querido Jacob,

Creo que el asunto Maupassant está arreglado. El *Figaro* ha aceptado publicar en los «Ecos» una nota que hemos redactado y que ha sido aceptada por los adversarios.

Lachaud me pide que me ocupe de la retirada de la demanda y de transmitirla al Tribunal el próximo miércoles. He consentido a condición de que la nota haya sido publicada previamente.

Puede usted pedir a su colega que firme esa documentación y firmarla usted a su vez, enviándomela para pasársela al periódico el miércoles, de acuerdo con Lachaud, si la nota ha aparecido.

Un saludo cordial,

Viernes

ÉMILE STRAUS

ÉMILE STRAUS AL SR. JACOB.

Olvidaba, en efecto, mi querido Jacob, hablarle de la cuestión de los gastos. Cada una de las partes debe pagar los suyos.

Su colega debe ser advertido al respecto. Hágaselo saber en unas palabras.

Un saludo cordial,

Viernes noche

ÉMILE STRAUS.

NOTA DEL "FIGARO"

« El Sr. Guy de Maupassant, tras las explicaciones que le han sido proporcionadas respecto de los cortes hechos sin su autorización en un estudio aparecido aquí mismo, cortes que habían dado lugar a acciones judiciales contra el *Figaro*, acaba de renunciar a esas demandas. Estamos felices con esta amistosa solución que nos permite retomar nuestras anteriores relaciones con nuestro colega ».

ÉMILE STRAUS AL SR. JACOB

Mi querido Jacob,

Le envío la documentación del proceso Maupassant.

He visto al Sr. Bataille. Ha quedado bien claro: cada uno sus gastos. Haga pasar la retirada de la demanda.

Un saludo cordial,

Viernes

ÉMILE STRAUS.

VICTOR HAVARD A MAUPASSANT

París, 5 de abril de 1888

Mi querido autor,

Le remito, adjunto a la presente, la situación de su cuenta a 1 de septiembre, ascendiendo a 2000 francos con 25 céntimos, que tengo a su disposición.

La venta de sus volúmenes ha ido bastante bien, excepto *Mont-Oriol* del que esperaba unos mejores resultados, sobre todo después de la publicidad que he hecho. Es cierto que la cifra de ventas se encuentra un poco reducida por las devoluciones que nos han sido hechas.

He cobrado los derechos de traducción de *Mont-Oriol* en lengua española, es decir 200 fr. que me han sido enviados por Fernando Fé desde Madrid.

A pesar de este triste final de invierno, los castaños del bulevar comienzan a brotar firmes, y espero que esta manifestación de la primavera pronto me procurará el placer de volver a verlo en París. No tengo necesidad de añadir que seré el más feliz de los editores si me trae un pequeño volumen en su maleta.

Pienso, querido autor y amigo, que se encuentra usted un poco más tranquilo, y menos atormentado por la salud de los suyos; lo deseo además de todo corazón.

Cordial y simpático apretón de manos,

V. HAVARD.

PS. Si la Señora Brun está todavía ahí, ¿tendría usted la amabilidad de saludarla de mi parte y presentarle mis respetuosos homenajes?

VICTOR HAVARD A MAUPASSANT

París, 10 de julio de 1889

Querido autor y amigo,

Le remito, adjunto a la presente, la situación de su cuenta de derechos de autor correspondientes al segundo trimestre, elevándose a 954 francos, y le ruego que tenga a bien decirme que día desea usted que le lleve el montante, o bien que se lo envíe si no se encuentra usted en París.

La venta de los libros que no era ya muy brillante desde hace tiempo, no creo que se reactive demasiado con la Exposición Universal.

He recibido la visita de su recomendado, Sr. ***, pero me ha parecido que tiene más bien a la vista un negocio financiero que de librería; en efecto, se trata de adelantarle una fuerte suma reembolsable sobre la producción de su novela-folletín en el *Gil Blas*. Ahora bien, es una garantía un poco ilusoria, teniendo en cuenta que podrían producirse oposiciones al periódico que anularían la garantía, puesto que no hay privilegios para los primeros opositores. No quedaría pues más que la explotación de su, o de sus novelas en librería; pero en los tiempos que corren,– où vous n'êtes plus guère que sept ou huit qui vous vendez — el producto de esta explotación me parece demasiado problemática, sobre todo ante una suma relativamente importante.

Hubiese sin embargo querido serle agradable – no por él al que no conozco – sino por usted que se había tomado la molestia de recomendármelo.

Crea, querido autor y amigo, en mi más cordial abnegación.

V. HAVARD

– ¿Está usted trabajando un poco para mí, como me lo ha prometido? Sabe que espero eso como al Mesías para engalanar un poco el blasón de mi librería.

VICTOR HAVARD A MAUPASSANT

París, 15 de enero de 1890.

Querido autor y amigo,

He tomado buena nota de su contrato de 885 fr. a finales de enero, y tengo el saldo de su cuenta a su disposición.

¿Tendría usted la amabilidad de encontrar un buen título para su volumen y decírmelo?, pues me propongo ocuparme en firme de su

lanzamiento y, si tuviese el título, enviaría enseguida unas notificaciones al extranjero – lo que no debe despreciarse.

Crea, querido autor y amigo, en mis abnegados sentimientos.

V. HAVARD

VICTOR HAVARD A MAUPASSANT

París, 23 de enero de 1890.

Querido autor y amigo,

Su título *El Campo de Olivos*, es muy malo para la venta; esa es mi impresión absoluta, y lo he consultado con más de diez personas, siendo todas ellas de mi opinión.

El primero, *El Cura Villebois*, no era en absoluto mejor, pero tenía sobre aquél la inmensa ventaja de ser eufónico y sonoro, y entrar bien por la vista; yo apostaría por él a cien contra uno.

Usted sabe el papel que juegan los títulos para la venta, y que las obras de los más grandes maestros no se sustraen a esta influencia. No me ponga pues en una situación de inferioridad comercial en comparación con sus otras obras similares. Reflexione en ello, se lo ruego, mientras todavía hay tiempo, y avíseme de su determinación por medio de una nota. No hay que decir que me mantendría ante sus olivos si usted los mantiene, pero como se suele decir: la muerte en el alma.

Crea, querido autor y amigo, en mis más afectuosos y abnegados sentimientos.

V. HAVARD

Si fuese posible, ¿tendría usted la amabilidad de fijar en ocho días el tiempo que tardará en enviarme el manuscrito?

Si usted pudiese, esperando su relato del *Figaro*, enviarme los demás relatos destinados a entrar en este volumen, adelantaría mucho.

V. H.

VICTOR HAVARD A MAUPASSANT

París, 1 de febrero de 1890.

Querido autor,

Le agradezco que me haya enviado ese nuevo título[1], que resulta, en efecto, excelente bajo su firma.

En lugar de hacerlo copiar, lo he hecho componer inmediatamente; eso ha sido más rápido, y he hecho remitir el manuscrito a Magnard anteayer. Le envío por este mismo correo las pruebas por duplicado.

Crea, querido autor y amigo, en mis más abnegados sentimientos.

V. HAVARD

VICTOR HAVARD A MAUPASSANT

París, 7 de marzo de 1890

Mi querido amigo,

He visto al Sr. Clairville, uno de los autores de la nueva pieza de los «Placeres menudos», y he quedado plenamente satisfecho. La pieza se llamará *El Fetiche*; he aquí pues un negocio rematado.

Todo el volumen está compuesto – salvo los dos últimos breves relatos – y las pruebas le han sido enviadas. Usted recibirá, el lunes, el montaje en páginas del *Campo de Olivos* y la nueva prueba en planchas de *La Belleza Inútil*. Es usted ahora quién tiene entre las manos la fecha de la puesta a la venta, pues desde el día en el que me haya remitido las correcciones a publicar, no le pediré más que ocho días para aparecer.

No tengo que decirle con qué avidez he leído sus dos largos relatos – pues ya conocía los demás – y es *El campo de olivos* del que quiero hablarle. Ese *Campo de Olivos* es una pura obra maestra. En mi opinión, usted no ha hecho nunca nada tan bueno; es del Maupassant en toda la plenitud de su prodigioso talento.

[1] El nuevo título propuesto por Maupassant estaba destinado a ser célebre: *La Belleza Inútil.* Pero el más hermoso relato de la antología es sin duda *El Campo de olivos* que tanto le gustaba a Taine. [A. L.]

Cuando ha sido dado a degustar a un editor semejante fragmento, si éste tiene una inclinación instintiva por el bello y gran arte, no puede evitar una profunda emoción – por muy mercader de papel que sea; – pero eso también le hace el ejercicio de su cargo algunas veces muy penoso, pues no se puede leer nada después.

¡Qué gran efecto produciría en el teatro! ¿Acertaría si digo que usted ya ha pensado en ello?

Crea, querido autor y amigo, en mi sincera y afectuosa devoción.

V. HAVARD

VICTOR HAVARD A MAUPASSANT

París, 10 de abril de 1890

Querido autor y amigo,

Nuestra segunda tirada de 2000 ejemplares está terminada y será puesta a la venta el lunes por la mañana (11ª a 14ª edición).

Tengo la intención de ir a verlo el lunes a las 2; tenga la amabilidad de avisarme en caso de que este usted ausente.

Haré todo lo posible para llevarle el ejemplar en papel chino; pero temo que todavía no esté suficientemente seco.

Su abnegado,

V. HAVARD

VICTOR HAVARD A MAUPASSANT

París, 30 de mayo de 1890, mediodía.

Querido autor y amigo,

Todavía no me he puesto con mi asunto; pero como hemos hecho algunos ingresos esta mañana, le envío por el portador, dos mil francos a cuenta.

Le enviaré el resto el martes a las una y media; quizás antes – sino ya le fijaré allí el plazo máximo.

Su muy abnegado editor,

VICTOR HAVARD.

MAUPASSANT AL SR. JACOB.

Cannes, Villa Marie-Louise[1]

Querido Señor,

Le agradezco mucho la noticia que me ha dado. Me resulta muy agradable. Debo advertirle que he recibido ayer una carta de mi sirviente que está preocupado con las comprobaciones a hacer. Sabe, por un compañero, confidente indiscreto del conserje, que una vigilancia incesante se está ejerciendo sobre mi domicilio. Se sabe que un perito debe venir y el panadero, aliado con el propietario, estará prevenido en el momento en que una persona desconocida haya entrado en mi casa, de día o de noche. ¿Puede usted advertir también al señor Lalanne de estas precauciones? Si ese arquitecto es el señor Albert Lalanne, es uno de mis viejos amigos. El azar me habrá sonreído.

En lo concerniente al consejo familiar de mi sobrina, ¿quiere usted escribir unas palabras al señor Aynaud al que iré a ver? Esperaba que usted podría representar a mi padre y, al mismo tiempo, ser nombrado albacea tutor. El señor Aynaud me proporcionará dos funcionarios, uno representará a mi padre, el otro a mi primo, y yo le propondré como albacea tutor, en nombre de mi padre. Gracias mil veces, querido Señor; crea en mi gratitud y en mis más cordiales y devotos sentimientos.

GUY DE MAUPASSANT

MAUPASSANT AL SR. JACOB.

Avenida Víctor Hugo, 14[2]

[1] Papel de duelo.
[2] Papel de duelo.

Querido Señor y amigo,

Me gustaría verlo. El perito Señor Lalanne no es del todo tranquilizador.

En cuanto a mí, tras tres noches de insomnio, acabo de alquilar un apartamento amueblado. Me es imposible dormir e incluso trabajar en el tumulto de esta casa. Me gustaría acabar a cualquier precio. Tanta mudanza ya me está costando demasiado caro, y nunca me habituaré a ese ruido. El Señor Lalanne dice que no hay nada que hacer.

Le estrecho cordialmente la mano.

MAUPASSANT.

MAUPASSANT A SU PROPIETARIO, SR. NORMANT

Avenida Víctor Hugo, 14[1]

Señor,

Creo que me será totalmente imposible continuar viviendo en el apartamento que usted me ha alquilado.

En todo caso debo dejarlo inmediatamente por prescripción médica que he hecho legalizar, e ir a curarme al Midi de los graves trastornos nerviosos causados por quince noches de insomnio debidas al trabajo nocturno del panadero establecido en el bajo. Yo le había advertido que teniendo los nervios delicados y el sueño difícil renunciaría a ser su inquilino si en mis habitaciones se podía oír el ruido de esta industria durante la noche.

Usted me respondió que no tenía nada que temer, que era imposible oírla, ya que los hornos se encuentran en el segundo subsuelo.

Ahora bien, se oyen todos los ruidos y movimientos del trabajo en mis dos habitaciones situadas encima, como si éstas contuviesen el mismísimo horno. Esto, voy a hacerlo constatar por testigos.

[1] Papel de duelo, con el monograma «G.M.» y la antigua dirección: *Calle de Montchanin, 10*, tachada.

Por tanto he sido engañado.

Usted me afirmó en otra ocasión que nadie se había quejado nunca.

Ahora bien, acabo de saber que un proceso judicial ha tenido ya lugar respecto de esta panadería entre un inquilino del tercer piso y el propietario.

Regresando del Midi haré un segundo intento para acostumbrarme a esos movimientos nocturnos y no perder los seis mil francos de colgaduras, cortinas e instalaciones que acabo de gastar.

Si no lo consigo le pediré la rescisión de mi contrato, basándome además en una carta suya que tengo en las manos.

Si el propietario la rechaza me dirigiré a los tribunales reclamando daños y perjuicios, más intereses por gastos de instalación, pérdida de trabajo y viaje de reposo como consecuencia de su errónea información, pues usted me debe, en el domicilio que he alquilado, el silencio nocturno que me ha prometido.

MAUPASSANT AL SR. JACOB.[1]

Querido Señor, he recibido una convocatoria para reunirme el martes con Lalanne y mi sirviente me dice que se trata de un asunto de reparaciones comunitarias. Pero esta cuestión ha sido tratada en su primera entrevista con Lalanne, pues usted me lo dijo formulando las condiciones que me habían sido propuestas. Cito su carta: « 1º El contrato de arrendamiento será rescindido a partir del 1 de octubre próximo. 2º Usted tendrá el derecho, desde la firma de la transacción del subarriendo, a sus riesgos y peligros por el periodo que transcurrirá hasta octubre. 3º Usted no pagará ningunas reparaciones comunitarias. 4º Usted no pagará ningunos gastos judiciales, pero usted no recibirá ninguna indemnización. » Estas son las condiciones que he aceptado; ¿qué ocurre entonces? Escríbame unas letras, pues recibo graves noticias de mi madre y puedo verme obligado a partir para Cannes de un momento a otro.

Le estrecho la mano cordialmente.

MAUPASSANT.

[1] Carta-telegrama de 50 céntimos, para París. Dirección: *Señor Jacob, Abogado, Barrio Montmartre, 4*. Sello postal: *París XVI, Plaza Víctor Hugo, 3 de mayo de 1990*

MAUPASSANT AL SR. JACOB.

París, 30 de mayo de 1890.

Querido Señor,

Usted está ya al corriente de la cuestión relativa a mi retrato publicado en *las Veladas de Médan* sin que me haya sido notificado. He aquí algunos detalles complementarios.

El último martes he encontrado, en la calle de Lille, a mi colega Huysmans que me pregunta si había visto nuestras caricaturas expuestas en el Salón. Sorprendido por mi asombro, me revela que un pintor, Señor Dumoulin, había hecho en aguafuerte, los retratos de los Señores Zola, Huysmans, Céard, Alexis, Hennique, y el mío. ¿Sobre qué documentos? Huysmans lo ignoraba al igual que yo. Suponía que se había prestado a este artista una fotografía suya. Yo estaba en el mismo caso. Habiendo prohibido la venta de mis fotografías, como de cualquier retrato mío, el Señor Dumoulin no ha podido procurarse una prueba, más que tomándola prestada del álbum de algún amigo.

Me dirigí inmediatamente a casa del Sr. Charpentier, editor, calle de Grenelle, 11. Me he enterado por su representante, Sr. Gaullet, que esos aguafuertes destinados a ser publicados en una nueva edición de *las Veladas de Médan*, aparecían, ese día mismo, en ese volumen. Yo protesté con violencia, y declaré que me dirigiría a la justicia si mi imagen no era suprimida del volumen que estaba a punto de ser expedido.

El Sr. Gaullet, en ausencia del Sr. Charpentier, me declaró que este editor me escribiría o vendría a verme.

Hoy, viernes, sé por los periódicos que *las Veladas de Médan* han sido puestas a la venta con los retratos de los seis autores.

Esto es lo que acabo de escribir al Sr. Charpentier:

«Mi querido Charpentier,

«He pasado por su casa el martes último, una vez enterado de que un pintor al que no conozco, se había permitido, sin que yo hubiese sido consultado ni advertido, hacer mi retrato a aguafuerte y exponerlo en el

Salón, retrato publicado por usted en las *Veladas de Médan*. Usted no ignora que, desde hace mucho tiempo, rechazo absolutamente dejar ejecutar, exponer o vender ningún retrato o fotografía mía.

«He rechazado esta autorización a los Sres. Nadar, Havard, Paul Marsan, enviado por *le Monde Illustré*. Se lo he negado a más de diez periódicos, a la *Illustration*, etc.

« Ahora bien, me resulta imposible admitir que el primer pintor que aparece, sin incluso conocer a su modelo o habiéndolo apenas visto en alguna ocasión, tenga el derecho de pedir a un amigo una fotografía regalada (pues la mía no está en venta) y ejecutar con ella no importa que cabeza, luego enviarla a la Exposición, sin que la persona retratada de ese modo haya sido en absoluto advertida.

« Todavía es más inadmisible en derecho (no hablo de los procedimientos amistosos o simplemente corteses) que un editor publique en un volumen y venda la imagen, realizada en esas condiciones, de un autor al que conoce mucho, sin haberle incluso consultado.

« Esta manera de actuar es inaceptable a todos los efectos.

« He advertido al Sr. Gaullet de mis intenciones, el martes último. Luego he esperado su respuesta. Pero no he recibido, desde entonces, ninguna comunicación de usted, lo que es un nuevo método de urbanidad a añadir al primero.

« Intento sin embargo esta última gestión amistosa; y le ruego que me responda por el portador, pues tengo cita hoy con mi abogado.

« Esto es lo que reclamo:

« Usted me proporcionará la cifra exacta de la nueva tirada de *las Veladas de Médan* a fin de que yo pueda comparar el número de los retratos existentes con el de los destruidos.

« Esos aguafuertes serán retirados de todos los ejemplares almacenados en su editorial. Después de esta operación esos ejemplares serán cambiados por aquellos depositados por usted en las librerías. Usted tratará a continuación esos últimos volúmenes del mismo modo.

« Todos los aguafuertes retirados como he dicho, me serán entregados bien a mí, bien a mi abogado Sr. Jacob, arrabal de Montmartre, 4, al objeto de controlar que sea hecho.

« Si usted no acepta esta propuesta, me dirijo hoy mismo a la justicia.

« Reciba la seguridad de mi muy distinguida consideración.

« GUY DE MAUPASSANT »

Por otra parte, he escrito ayer al Sr. Dumoulin la siguiente carta:

«Señor, acabo de saber con estupefacción que sin consultarme o advertirme, usted ha hecho mi retrato al aguafuerte y lo ha expuesto en el Salón del Champ de Mars.

«Encuentro este proceder inexplicable e incalificable.

«Le advierto que le reclamo en primer lugar la retirada de este aguafuerte del Champ de Mars, seguido de su destrucción.

«Rechazo absolutamente, desde hace mucho tiempo ya, dejar hacer o vender ningún retrato y ninguna fotografía mía.

«Si usted no me da la satisfacción que le pido, emplearé inmediatamente los medios legales.

«Reciba, etc.»

Acabo de recibir la respuesta del Sr. Charpentier y le doy a usted libertad absoluta para que juzgue y actúe en pro de mis intereses, querido Señor y amigo. No he tenido ningún conocimiento de los folletos de los que él habla. Me he enterado de esta reedición el martes por Huysmans. No leo folletos, y estoy siempre de viaje. El último año, el Sr. Charpentier me dijo, en una conversación, que esperaba, un día u otro, hacer una reedición ilustrada de *las Veladas de Médan*. Eso es todo. Yo no pongo objeción, pues no se trata en absoluto de la edición ilustrada de *las Veladas de Médan* contra la que yo protesto, sino de mi retrato, aparecido en su interior. ¿Se tiene el derecho de hacer, de exponer y de vender el retrato de un hombre, hecho a sus espaldas y a pesar suyo? Esa es toda la cuestión en este caso.

Añada, querido Señor y amigo, la seguridad de mis más afectuosos sentimientos.

GUY DE MAUPASSANT.

ÉMILE STRAUS AL SR. JACOB

27 de junio,

Bulevar Haussmann, 13

Mi querido Sr. Jacob,

Usted me ha prometido hacerme llegar la carta de Charpentier en respuesta a la que le había dirigido Maupassant. Sepa usted que falta en mi dossier. Le estaría muy agradecido si me la enviase lo antes posible.

Un saludo,

ÉMILE STRAUS.

He podido encontrar el procedimiento y el fallo del asunto romano. ¿El proceso al final tuvo lugar? Si ese proceso ha sido llevado a cabo, ¿sería usted tan amable de enviarme la trascripción del juicio o el fallo?, pues Maupassant me dice que usted era el abogado de una de las partes.

VICTOR HAVARD A MAUPASSANT.

Jueves, 5 de junio de 1890, 2h.

Mi querido autor. Le envío por el portador la suma de 750 francos que forman parte del montante (es decir 3750 francos) de sus derechos de la traducción española, y le enviaré mil francos el sábado a la una y media.

Puede comprobar como las cosas se van arreglando. Por haberme esmerado, es decir para no hacerle esperar demasiado tiempo el cobro de esta traducción, le he prometido y usted se ha disgustado; mientras que, si me hubiese limitado a hacerle ese abono a su vencimiento, habría podido pagarle tranquilamente sus derechos de autor, y habría sido lo mejor para todos.

Mientras tanto, cuente con sus mil francos para el sábado, y yo le fijaré el día para el último abono, pues quiero evitar darle un pagaré.

Vuestro abnegado editor,

V. HAVARD

VICTOR HAVARD A MAUPASSANT.

París, 13 de junio de 1890.

Querido autor. Le envío un anticipo de *ocho cientos francos*. Le enviaré otro anticipo mañana por la tarde, y el resto de lo que le debo, el lunes por la tarde.

Su muy devoto,

V. HAVARD

VICTOR HAVARD A MAUPASSANT.

París, 15 de julio de 1890-
Señor Guy de Maupassant
calle Boccador, 24. París

Señor,

Tenemos el placer de enviarle, adjunto a la presente, la situación de su cuenta a 30 de junio de 1890, ascendiendo a la suma de 1211,75 francos.

Quisiera agregar, Señor, nuestros más sinceros respetos.

P. p^{on} de VICTOR HAVARD
A. [*ilegible*]LLET.

VICTOR HAVARD A MAUPASSANT.

París, 17 de noviembre de 1890.

Mi querido autor,

Le entrego, por el portador, los volúmenes que usted ha solicitado.

En cuanto al montante de su cuenta del cuarto trimestre, no me es posible fijar la cifra exacta hoy. De todos modos podrá usted contar siempre con una suma entre 800 y 1000 francos. Si la cuenta se eleva por encima de lo que usted vaya a necesitar, se le pagará la diferencia, y, si queda por debajo, se deducirá de su cuenta.

Su muy devoto,

V. HAVARD

VICTOR HAVARD A MAUPASSANT.

París, 21 de enero de 1891

Mi querido autor,

Le envío, adjunto a la presente, la situación de su cuenta del cuarto trimestre, con un retraso de algunos días, a causa de nuestro inventario de fin de año que genera un añadido de trabajo a la contabilidad.

Las ciudades con balnearios no han vendido casi nada este año, y hemos recibido varias devoluciones en el mes de noviembre. Su usted ha hecho un contrato superior a esta cuenta, se lo pagaré, y llevaré la diferencia a cargar sobre su cuenta del primer trimestre de 1891.

Crea, mi querido autor, en mis sentimientos muy devotos.

V. HAVARD.

VICTOR HAVARD AL SR. JACOB

París, 14 de octubre de 1891.

Señor,

En respuesta a su carta del 12 de los corrientes, le remito, adjunto a la presente, la situación de la cuenta de derechos de autor del Sr. de Maupassant, correspondiente al tercer trimestre de 1891, ascendiendo a 1078 fr. con 25, como él lo desea mediante carta de la misma fecha que usted me ha comunicado, y tomo buena nota de la fecha de 31 de octubre que él fija como cobro de esta suma y de aquella del anterior trimestre.

Sin embargo, le estaría agradecido que hiciera observar al Sr. de Maupassant que no soy en absoluto responsable de que esa suma del segundo trimestre no haya sido cobrada, puesto que por mi carta del 9 de julio le advertía que la tenía a su disposición.

Quiero agregar, Señor, la seguridad de mi perfecta consideración.

Sr. Ernest Jacob

Abogado, Barrio Montmartre, 4 VICTOR HAVARD.

MAUPASSANT A VICTOR HAVARD.

París, 31 de octubre de 1891.
calle Boccador, 24

Recibí del Sr. Victor Havard, editor en París, la suma de dos mil trescientos cuarenta y siete francos con cincuenta céntimos, montante de los estados de situación proporcionados por el susodicho Havard el 30 de junio de 1891 y el 30 de septiembre de 1891.

GUY DE MAUPASSANT

NOTA (SIN FECHA) DE MAUPASSANT

Havard me debía:

La Belleza Inútil, 9500 ejemplares, sea	3000 a 40 c.	1.200
	6500 a 1 fr.	6.500
		7.700

Me debe aún .....1.700 fr.

MAUPASSANT AL SR. JACOB

Querido Sr.,

Usted tiene otro asunto, *La Casa Tellier*. Lea mi nota que usted querrá llevar mañana a Straus con ese dossier.

NOTA:

Existe en el despacho del Sr. Jacob otro dossier, el de *la Casa Tellier*, de un valor esencial en este nuevo asunto.

Advertido por un librero inglés que los ejemplares de *la Casa Tellier* estaban agotados con Havard, desde hacía 3 meses, hice comprobar

mediante un alguacil ese hecho que fue reconocido. Luego el Sr. Jacob, en mi nombre, hizo un requerimiento al editor para que tuviese en almacén, dentro de las veinticuatro horas siguientes, una edición de 500 ejemplares.

Una tirada apresurada fue obtenida la misma noche, pero él solicitó sin embargo un respiro de 12 horas.

Este hecho prueba entonces absolutamente que, bajo mi amenaza de apropiarme de la obra, Havard, sin vacilar, reconoció, por su inmediata obediencia, que no tenía el derecho de dejar su almacén un solo día desprovisto de uno solo de mis volúmenes, puesto que se trata de un libro de Cuentos incluido en el mismo contrato que *Unos Versos* y que él reconoce y firma sobre tal documento.

GUY DE MAUPASSANT.

MAUPASSANT AL SR. JACOB

25 de octubre de 1891.
calle Boccador, 24[1]

Mi querido Sr. Jacob,

¿Quiere usted remitir al Sr. Le Poittevin, calle de Montchanin, 10, 440 fr. adjuntos, precio del plazo vencido el 15 del corriente por el apartamento de la planta baja?

Cordialmente,

MAUPASSANT[2]

MAUPASSANT AL SR. JACOB

5 de noviembre de 1891.
calle Boccador, 24.

[1] La dirección y las iniciales G. M. están impresas en el papel para cartas.

[2] Al dorso, a lápiz: « *Sr. Le Poittevin ausente no ha dejado ningún recibo, ninguna orden. Volver a fin de mes.* »

Mi querido Sr. Jacob,

Les acuso al mismo tiempo de robo y falsificación- y tal vez de dos falsificaciones, con lo cual tendría que aumentar la multa y pedir prisión.

Ellos pretenden que existe un contrato del que dan la fecha en su periódico.

Es falso. Que se me envíe la fotografía del texto y de mi firma. Los desafío.

Ahora bien, si se han servido de uno de mis temas de dos páginas para hacer un relato de doscientas, lo que desconozco absolutamente, es todavía más grave. No se tenía ningún derecho de firmar con mi apellido.

Ya tuve un asunto parecido con el *Figaro* que me había cortado y modificado un texto y que fue obligado a huir ante mí, por la intercesión del Sr. presidente Aubepin, reconociendo en los «Ecos» del periódico mi derecho absoluto en primera página.

En todo caso mi apellido fue impreso en la portada de un relato del que no he escrito una línea, de la que yo no soy el autor y cuyo título no es mío; que se me muestre una línea de mi mano. Es un timo puro - un robo y falsificación. He escrito más de 300 cuentos y relatos, no ese.

Mi apellido está bastante cotizado en los periódicos de París, pues el menor artículo está pagado a 500 francos, por lo que tengo que hacerlo respetar por esos bribones de América. Todo esto es de un latrocinio complicado.

Le estrecho cordialmente la mano.

GUY DE MAUPASSANT

(Relea su primer artículo y vea como es claro en su falsedad).

MAUPASSANT AL SR. JACOB

[Cannes, 5 de diciembre]

Querido Sr. Jacob,

He aquí la carta que escribo a Théodore Child, representando en París a los Sres. H... y B... de New York, con los que mantengo excelentes relaciones.

Le estrecho la mano.

MAJUPASSANT.

MAUPASSANT AL SR. JACOB

Estoy tan enfermo que tengo miedo de morir dentro de algunos días como consecuencia de un tratamiento que se me ha hecho seguir.

Véalo enseguida, hágalo llevar cuando usted sepa de que va. Tome copia de esta carta para el dossier.

Chalet de l'Isère, ruta de Grasse,
Cannes

Sr [Théodore Child],

Tengo un proceso en América por un robo literario cometido contra mis intereses por la *Étoile* de New York. Ahora bien, es necesario que deposite o que haga depositar la fianza del juicio por importe de 250 dólares y que alguien de New York tome mi puesto en mi nombre.

Le garantizaré esta fianza haciendo depositar con usted una suma igual por mi agente de cambio, si los Sres H... y B... de New York, muy al corriente de estas cuestiones y de asuntos literarios de su país, quisieran seguir en mi nombre el proceso comenzado, los indemnizaría muy gustosamente y mi dinero quedaría en depósito en su casa hasta el final del proceso.

Ellos me harían un gran servicio.

¿Quiere, por favor, acercase de mi parte a casa de mi abogado, Sr. Jacob, que sigue este asunto desde París?

Mil saludos de mi parte.

GUY DE MAUPASSANT.

El tribunal pretende que no me conoce y que debo ser un escritor sin valor, poco conocido, mal pagado. Ahora bien, los Sres. H... y B... están incluso para informarles.

Es gracias a mí que se ha vuelto a llevar en Francia el gusto desatado por el cuento y el relato. Mis volúmenes están traducidos en el mundo entero, se venden un número considerable de ejemplares y son pagados a los precios más altos que jamás hayan sido esperados, en los periódicos franceses donde se me paga 1 franco la línea de las novelas, 500 francos un solo cuento firmado por mí. Usted los sabe muy bien.

El número de mis ediciones es uno de los más grandes, incluso el más grande después del de Zola. Le enviaré dentro de algunos días una lista casi completa y unos artículos sobre mí.

Escriba, por favor, aprisa a esos caballeros y vea ante todo a mi abogado que vive en arrabal Montmartre, 4.

NOTA DE MAUPASSANT PARA EL SR. JACOB
(ESCRITA POR MAUPASSANT)

El Sr. Guy de Maupassant es el primer escritor francés que ha hecho renacer el gusto nacional del país por el cuento y el relato.

Ha publicado primero en los periódicos, a continuación en volúmenes, todos sus relatos, formando una colección de 21 volúmenes vendidos sobre una media de trece mil ejemplares cada uno, de lo que dan fe las cuentas trimestrales de los editores.

Estos relatos le han sido pagados en los periódicos y por los editores a los precios más elevados esperados en Francia.

Sus seis[1] novelas: *Una Vida, Bel-Ami, Mont-Oriol, Pierre y Jean, Fuerte como la muerte, Nuestro Corazón.*

Volúmenes de relatos: *Las Hermanas Rondoli, el Señor Parent, El Horla, La Mano izquierda, La Casa Tellier, Señorita Fifi, Miss harriet, La Pequeña Roque, Cuentos de la Becada, Yvette, La Belleza Inútil, El Doncel de la Señora Husson, Claro de Luna.*

Volúmenes de viajes: *La Vida errante, Al Sol, Sobre el Agua.*

Teatro: *Musotte*.

Volumen de poesía: *Unos Versos.*

[1] Al principio había escrito *cinco*.

169 mil volúmenes de relatos
180 mil volúmenes de novelas
24 mil volúmenes de viajes
373 mil volúmenes.

MAUPASSANT AL SR. JACOB.

5 de diciembre

Mi querido Sr. Jacob,

¿Cómo no me ha advertido? Ese editor americano no es quién me prestará esa enorme suma, y yo no la tengo.

¿Cree usted el proceso ganado? En cualquier caso, tras todas las desgracias que he tenido con mi familia, me resulta imposible encontrar esa cantidad.

Según las primeras cartas de su correspondencia, él se encargaría de todos los gastos quedándose con el 20%. Era formal.

¿Puede ahora retirar la denuncia? No me espero en absoluto, del modo en que son entablados los debates, en esta inconcebible reclamación.

He aquí el fondo de esta historia. He incluido en los Cuentos de la Becada un pequeño cuento, El Testamento. Se han servido de él para editar una larga novela estúpida y escrita en inglés. Es por tanto es de entrada un plagio, y se ha firmado con mi apellido un libro en el que se me ha robado el tema. Se han tomado los nombres de mis personajes, con una torpeza que no puedo aceptar.

Le ruego que me responda a vuelta de correo, pues la situación es muy delicada.

Le estrecho cordialmente la mano.

Estoy en efecto muy enfermo.

GUY DE MAUPASSANT.

MAUPASSANT AL SR. JACOB.[1]

26 de diciembre de 1891.
Chalet del Isère, carretera de Grasse,
Cannes.

Mi querido Sr. Jacob,

Le ruego que reclame al Sr. Havard, para el 8 de enero, la cuenta trimestral de las ventas del cuarto trimestre de 1891.

Es la fecha fijada para este envío.

Le estrecho cordialmente [sic][2]

GUY DE MAUPASSANT

MAUPASSANT AL SR. JACOB

Mi querido Sr. Jacob,

He aquí el codicilo a mi testamento.

El Sr. Colle ha venido a verme esta mañana y me ha parecido muy molesto de que usted me haya pedido llevar mi testamento.

Hemos decidido juntos, en efecto, que él sería el depositario, pues tiene en sus manos todos los asuntos de mi familia concernientes a la sucesión, y el testamento de mi madre.

---

[1] El eminente ENRICO MORSELLI ha querido leer con atención estos documentos desde 1891 a 1894, y anotar sobre los márgenes de las pruebas sus impresiones. Me escibe desde Nervi el 24 de septiembre de 1901:

«¡Gracias! He leído con mucho interés y he subrayado los puntos que me han parecido dignos de atención. ¿Lo demás, es la defensa de la familia de Maupassant por ciertas acusaciones que le fueron hechas, de haber rechazado la publicación de los fragmentos inéditos del gran escritor? Aquí no se habla más que de intereses con un «burguesismo» (perdone el término) por añadidura fastidioso... De cualquier modo, las cartas prueban una cosa: que la locura de un desgraciado suscita en torno a él una cascada de deseos, de preocupaciones... no siempre sentimentales. ¡*Los Cuervos* del Becque!

Le saludo atentamente manifestándome devotísimo.

[2] *Amnesia característica de la parálisis progresiva (demencia incipiente).* [E. MORSELLI].

Esta carta es del 26 de diciembre. Cinco días más tarde, la noche del 31 de diciembre, regresando de Niza donde había ido a cenar con su madre, Maupassant intentaba suicidarse.

Voy de mal en peor[1], no pudiendo comer nada, la cabeza presa del pánico[2]. Advierta a Grancher de que me es imposible permanecer aquí.

Le estrecho las manos cordialmente.

MAUPASSANT

MAUPASSANT AL SR. JACOB

Mi querido Sr. Jacob,

Me estoy muriendo. Creo que estaré muerto dentro de dos días. Ocúpese de mis asuntos y póngase en contacto con el Sr. Colle, mi notario en Cannes. Esta es una despedida.[3]

MAUPASSANT.

EL DOCTOR CAZALIS AL SR. JACOB

El martes, querido Señor, he retrasado mi marcha, para estar con usted y con nuestro pobre amigo, por desgracia bastante mal en este momento. [*enero de 1892*]

Gracias, y saludos.

J. CAZALIS

SR. F. DE CLAUSONNE[4] AL SR. JACOB

Querido Letrado,

Usted no conoce demasiado bien los tristes sucesos que afligen a la familia de Maupassant. La madre de Guy, que guarda cama y está muy

---

[1] Pesimismo del delirio hipocondríaco (por parálisis progresiva o bien por neurastenia preparalítca). [E. MORSELLI]

[2] Confusión, desorientación de la parálisis en sus inicios (el enfermo puede tener conciencia de su propia degradación mental)

[3] Delirio triste paradójico del "paralítico". Nótese el contraste: "Estoy muerto, dentro de dos días estaré muerto, ocuparos de mis asuntos". Así que en maupassant el delirio de la parálisis fue, en esta primera fase, al menos dos años antes de su muerte, de índole "hipocondríaco": Forma bastante común, pero no la más frecuente, siendo ésta con delirio fastuoso (megalomanía característica). La enfermedad es aún más larga. [E. MORELLI]

[4] Tío de la Señora Marie-Thérèse de Maupassant, cuñada de Guy.

enferma ella también, ignora los detalles que han precedido al internamiento de su hijo en una residencia de salud; pero ella conoce ese internamiento, y se preocupa de todos los intereses exteriores por los que el propio enfermo no puede velar. Ella teme intervenciones intempestivas y malintencionadas.

Me ha pedido entonces que le escriba para recomendarle de que se haga cargo y tome cuidado de los intereses materiales de su hijo. Creo que él está aun en estado de administrar sus asuntos; pero si sobreviene una eventualidad que necesitase medidas protectoras, la Señora de Maupassant me pide que le diga que ella cuenta con la amistad que usted tiene con su hijo. Yo le rogaría, llegado el caso, que se dirigiese a mi mismo, a fin de que pueda, de acuerdo con su hermana, decir a la Señora de Maupassant únicamente aquello que ella estuviese en condiciones de entender. Tiene una enorme necesidad de ser tratada con consideración ya que su estado no es bueno.

Añada, mi querido Letrado, la expresión de mis abnegados sentimientos.

A. FUNEL DE CALUSONNE.

SR. F. DE CLAUSONNE AL SR. JACOB

Querido Letrado,

Acabo de ver al Doctor Cazalis que me ha explicado la salida poco razonable del Sr. d'H[1] ante el consejo de familia. No puedo comprender el móvil que ha podido inspirar al Sr. d'H. Nosotros tendríamos aquí un interés muy vivo en que fuese usted mismo el administrador designado del Sr. Guy de Maupassant. Usted es su amigo, el tenía en usted la más absoluta confianza, usted está al corriente de sus asuntos y desde su enfermedad usted ha dado las pruebas más sensibles del interés que tiene para usted su persona y sus asuntos. La Sra. de Maupassant madre sabe todo esto. Ella tiene una necesidad imperiosa de que el administrador de Guy sea una persona íntima, conociendo bien todos los precedentes de las relaciones de familia; su hijo, usted lo sabe, le pasa una pequeña pensión, y un

[1] Sr. d'Harnois, cuñado de la madre de Guy de Maupassant.

administrador extraño será tal vez difícil sobre este punto. También, se lo ruego, no tenga susceptibilidades a propósito de un hecho que nos es ajeno y que deploramos. Trate, por cualquier medio, de hacerse designar como administrador; y sobre todo acepte sus funciones.

No espero demasiado una curación de nuestro enfermo, pero si esto se produjese, ¡que contrariedad podría ser para él encontrar que un extraño ha podido inmiscuirse en sus asuntos! El Sr. d'H no ha reflexionado cuando ha hablado.

Le ruego, querido Letrado, que tome todo esto en consideración por el interés de Guy y los nuestros.
Su abnegado.

A FUNEL DE CLAUSONNE.

3 de febrero de 1892.

EL PADRE DE MAUPASSANT[1] AL SR. JACOB.

Villa Simone[2]
Sainte-Maxime-S/M (Var)

21 de febrero de 1892

Señor,

Acabo de saber con gran asombro que usted todavía no está nombrado administrados de las rentas de mi pobre hijo. Desde el primer día, por la afirmación que me ha sido dada, que usted consentiría en hacerle ese

---

[1] El Sr. Gustave de Maupassant murió el 24 de enero de 1899. No asistió a los funerales de Guy, muerto el 6 de julio de 1893.

Vivía separado de su esposa sin que hubiese mediado ningún proceso judicial; la separación se había efectuado de común acuerdo y las obligadas relaciones que siguieron siempre fueron perfectamente corteses; además tenía en alta estima el valor moral e intelectual de su esposa.

En el momento de la muerte de Guy, surgió un desacuerdo bastante grave, pero esa nube se disipó al cabo de algunos meses.

El Sr. Balestre, el médico de la familia, me escribió el 21 de septiembre de 1901: «No ha habido nunca locos ni en la familia de Maupassant ni en la familia Le Poittevin. La Señora de Maupassant está dispuesta a demostrar la falsedad de toda alegación en contra ».

[2] *Simone* es el nombre de la nieta de Gustave, hija del hermano pequeño de Guy (Hervé). La dirección está impresa, bajo una corona igual a la que encima las armas de los Maupassant reproducidas en este volumen.

servicio a Guy, no he cesado de decir y de repetir que había que respetar las voluntades de mi niño, de que usted era su consejero, que él tenía una absoluta confianza en usted y que naturalmente un único hombre, Señor Jacob, podía cumplir con esas funciones delicadas.

¡Se me ha escrito que todavía no hay nada hecho! Si no es mostrarme demasiado indiscreto, permítame preguntarle ¿a que se deben estos retrasos en la nominación de un administrador? Estas demoras son muy perjudiciales para Guy... Yo recibo al instante la carta adjunta[1] - creo mi deber enviársela, esperando siempre que será usted a quién designará el tribunal y que usted tendrá la amabilidad de aceptar.

Agregue, Señor, la seguridad de mi perfecta consideración.

GUSTAVE DE MAUPASSANT

No teniendo su dirección, dirijo esta carta a François.- Se me dice que cuando Guy habla de sus asuntos está muy lúcido ¿Es eso exacto?[2] ¿Reconoce a sus amigos?

DR. MEURIOT AL SR. JACOB

París, Passy, calle Berton, 17[3]

Querido Señor,

Tengo el honor de dirigirle la factura de los gastos del Señor de M.[4]

Su querido enfermo, contrariamente a lo que dicen los periódicos, se porta bien físicamente y come incluso desde hace varios días[5]. Su estado

---

[1] De Bernard, capitán del velero *Bel-Ami*, donde pedía instrucciones.

[2] En la demencia paralítica permanece alguna vez una cierta lucidez parcial, pero por poco tiempo. Por lo demás, en la "enfermedad del siglo", que es la parálisis general progresiva, las ideas dominantes son aquellos correspondientes a los "intereses" o de la "salud".

[3] La Residencia del Dr. Blanche, donde Maupassant estaba internado desde hacía un mes. El Dr. Meuriot la dirigía en 1892. Luego se convertiría en el propietario.

[4] Guy de Maupassant.

[5] Pasada la primera fase, la enfermedad entra en un periodo sin síntomas: el paralítico, aún engorda, come bien, aunque la vida vegetativa puede ser buena, mientras que día a día la intelegencia va decayendo! [E. MORSELLI]

mental es siempre el mismo. El Dr. Nucehard (?) y el Sr. Cahen[1] han venido a verlo hoy.

Agregue, querido Señor, la expresión de mis sentimientos más distinguidos y abnegados.

DR. MEURIOT

22 de febrero de 1892.

DEL PADRE DE MAUPASSANT AL SR. JACOB

Villa Simone.
Saint-Maxime-S/M (Var)

27 de febrero de 1892.

Señor,

Me apresuro a agradecerle el haber querido escribirme para tenerme al corriente de lo que ha sido hecho respecto a los asuntos de mi desgraciado hijo; pero insisto en no comprender la razón de que el tribunal haya esperado tanto tiempo para designar un administrador y ¿por qué no lo ha designado cuando el jefe de familia, el padre, lo había pedido tan insistentemente al presidente? La razón que usted me da para justificar la decisión del tribunal es justamente aquella por la que yo quería lo contrario - ya que mi hijo le profesaba una gran confianza y usted se encargaba del depósito de sus últimas voluntades, nosotros no teníamos más que ceder y ratificar lo que él había hecho.- ¡Desgraciadamente mi pobre Guy no tenía el *control* de la familia! - Aparte de su madre que tenía una influencia extrema sobre él, la familia *significaba poca cosa*...Yo estoy separado amistosamente de la Sra. de Maupassant por acto simple del juzgado de paz, y eso fue hecho para impedir a Guy verme... También Guy venía apenas una vez por año a mi casa de París; yo iba a estrecharle la mano de vez en cuando - tales eran nuestras relaciones. Entro en estos detalles para mostrarle cuanto debo mantenerme circunspecto en mis actos cara a cara con él y para rogarle de poner mi conciencia al resguardo de él el día en el que tenga bien su lucidez, y que he hecho todo para que se respetase su voluntad y que se le nombrase a usted administrador.

[1] El músico Albert Cahen d'Anvers.

He escrito a todos los miembros del consejo y al presidente Aubépin - no se han tenido en cuenta mis deseos y yo no tengo ningún reproche que exponer de su parte con respecto a la decisión del tribunal. Espero que ese pobre muchacho sane y quiero que sepa bien todo lo que he hecho para hacer respetar su voluntad. Se me ha escrito para preguntarme si conocía su posición. No sé que fue lo que me dijo en julio pasado a propósito de una información que me pedía sobre ciertos valores.

En esta época, él me declaró que tenía entre setenta y ochenta mil francos de valores con mi agente de cambio y amigo Stolz, calle de Uzés, 10. Incluso me remitió una nota que debo tener, pero que por el momento la he extraviado durante la mudanza de París aquí. Por otra parte, me ha declarado que sus derechos de autor le reportaban veintiocho mil francos al año. François, su sirviente, me lo ha confirmado hace dos meses. ¿Es esto exacto? Yo no lo sé[1]. Ahora el tiene su casa de Étretat y tal vez la granja de St.- Léonard. Lo digo porque tal vez él me envió, hace aproximadamente un año, a firmar un documento para autorizar a su madre, quién tenía necesidad de dinero, a venderle su granja de St-Léonard. ¿Ha sido efectuada esa venta? Lo ignoro. Mi cuñada me dijo que no, que es siempre su suegra quién cobra las rentas. François ha debido remitirle a usted una carta mía. No teniendo su dirección, yo he debido hacerla pasar por él, en dicha carta yo había adjuntado otra de Bernard, capitán del velero de mi hijo, pidiendo instrucciones. ¿Supongo que usted la ha leído? Todos esos gastos de tripulación son totalmente inútiles por el momento. En fin, el administrador está nombrado, él va a decidir.

Me queda agradecerle, Señor, la abnegación que usted quiere testimoniar hacia mi pobre hijo y la promesa que usted me hace de supervisar todo aquello que no se aparte de sus voluntades respecto de su madre. Guy adoraba a su madre; la ayudaba mucho. Era él (al menos eso me ha dicho) quién pagaba el alquiler de la villa de Niza, y, además, pasaba una pequeña pensión de mil doscientos francos a mi nieta. Pienso que la administración respetará esas voluntades.

---

[1] El paralítico de ordinario, deja sus asuntos muy embrollados. Frecuentemente valores egregios se pierden porque él, confuso, desmemoriado, no puede dar informaciones exactas o no se preocupa más de la realidad, dominado como está por sus ideas de grandeza paradójicas o por sus hipocondrías extravagante y absurdas.

Hace veinticinco años que mi pobre padre ha visto su fortuna dilapidada, y mi dote ha sido arrastrada en ese desastre. He debido entrar en la casa Stolz, agente de cambio, y, a base de privaciones, he llegado, al cabo de 25 años, a tener una pequeña renta de cuatro mil. Es bien poco, dada mi edad y mi triste salud; pero, a pesar de esto, si el administrador no admite lo que Guy hacía con mi nieta, estoy totalmente dispuesto a tomarla en mi casa con su madre, *tendríamos suficiente*... He venido a establecerme en el Midi a causa de mi delicada salud. Estoy a dos horas de Niza y veo muy rara vez a mi niña gracias a la tiranía celosa de la Sra. de Maupassant. Fue gracias a Guy que obtuve hace ocho meses que ella viniese a pasar un mes conmigo. Guy enfermo, su madre [*la madre de Guy*] no quiere dejar marchar a su nuera[1] y ¡yo estoy privado de nuevo de ver a mi nieta![2]...Me gustaría que si la pensión continúa se presionase a la Sra. de Maupassant para que todos los meses su nuera me lleve a la niña *algunos días*. Esta no era una razón por la que Guy daba una pensión de mil doscientos francos para tener a la madre esclava, al punto de ser casi una servidora y prohibirle la menor ausencia, tanto es así que soy yo quién retribuye a mi nuera de los gastos de esos pequeños viajes.

Si entro en este tipo de detalles es para evitarme el tener que recurrir al tribunal para ver con más regularidad a mi nieta. Cuando la Sra. de Maupassant está enferma, yo entiendo que mi nuera no la deje; pero desde el momento en que está a pie, pido que ella la deje venir a pasar cuatro o cinco días conmigo. Esto había sido muy bien convenido con Guy este verano; desde que él está enfermo no ha habido medio de obtener a mi nieta. Por otro lado yo estoy enfermo y no puedo ir a verles a Niza, el ferrocarril me está prohibido.

Quisiera añadir, Señor, la seguridad de mi perfecta consideración

GUSTAVE DE MAUPASSANT

---

[1] La viuda de Hervé, Marie-Thérése de Maupassant.
[2] Simone de Maupassant.

Algunos días antes de su salida de Cannes, Guy vendió con Stolz por seis mil francos de valores. François[1] podrá confirmarle esta venta. Estoy sufriendo, disculpe este garabateado.

SR. F. CLAUSONNE AL SR. JACOB

Querido Letrado,

Estoy bastante retrasado para agradecerle su comunicación relativa a la nominación del Señor Lavareille como administrador del Señor Guy de Maupassant.

Nos habría gustado más saber que usted había sido encargado de esas funciones; pero finalmente las seguridades que usted nos da de las relaciones de amistad que le unen con el Sr. Lavareille constituyen un poco de consuelo para nosotros.

He recibido una carta del Sr. John Taylor y Riddett, agentes en Cannes, que proponen un alquiler o una compra del *Bel-Ami* por uno de sus clientes.

Yo les he dado la dirección del Sr. Lavareille.

Vender el barco sería excelente si el enfermo no vuelve a sanar, - comprometido si se cura.

El alquiler podría hacerse, pero con grandes precauciones, a causa del mantenimiento del velero. No hablo ya de las garantías a tomar para asegurarse contra la desaparición de un objeto tan móvil.

El Sr. Lavareille verá.

Usted sabe que en la villa subarrendada hay objetos mobiliarios que son propiedad de nuestro amigo. Tienen un cierto valor.

Llame la atención sobre este punto al Señor Lavareille.

Atentamente, querido Letrado.

4 de marzo de 1892

A FUNEL DE CLAUSONNE.

EL PADRE DE MAUPASSANT AL SR. JACOB

[1] El fiel sirviente de Maupassant, empleado actualmente en el *Hotel Terminus* de Paris.

Villa Simone,
Sainte-Maxime-S/M (Var)

29 de marzo del 92

Señor,

Separado de la Señora de Maupassant desde hace cerca de 30 años por un simple acto del juzgado de paz, y mi pobre Guy habiendo estado siempre bajo la influencia de su madre y habiéndose prodigado poco en educar a su hijo a respetarme, he tenido una extrema reserva en lo concerniente a sus asuntos. Vea usted cuanto se me distancia de todo lo que se hace.

Absolutamente arruinado por mi padre, hace ya 25 años, me he encontrado sin una perra cuando acababa de separarme, y cuando Hervé se hubo casado me fue imposible hacer cualquier cosa por él. Habría renunciado enteramente a tocar un céntimo de las rentas de la Señora de Maupassant. Con el matrimonio de Hervé protesté; sabiendo por mi experiencia cuanto es necesario penar para ganarse la vida, sabiendo que mi futura nuera no tenía nada, quise oponerme a ese matrimonio, no es que tuvieses nada que decir contra ella, pero se quería hacer de Hervé un horticultor. Yo sabía sus dotes implacables como comerciante y predije y anuncié todas las catástrofes que siguieron... Guy ha insistido en querer establecer a su hermano en el comercio y yo me rendí. Incluso yo mismo vendí algunos valores sobre mi tan modesta renta para prestarle tres mil francos sobre la garantía de la Señora de Maupassant. ¡Naturalmente he perdido esa suma!... Hervé se hundió; fue necesario internarlo en una residencia de salud, y en este momento, y durante algún tiempo, ¡mi nuera y mi nieta han podido morir de hambre! Finalmente Guy les ha pasado una pequeña pensión y las ha puesto en casa de su madre.

En esa época, Guy ganaba de 80 a 90 mil francos, y esto le molestaba un poco, pero desde que ese pobre muchacho está en la casa del doctor [*Blanche*], lo que mi nuera aguanta es increíble, y es absolutamente necesario que yo salga de mi reserva para advertirle lo que sucede. A mi parecer hace falta tomar medidas para salvar a la niña. La Señora de Maupassant ha llegado a tal paroxismo de ira que al más mínimo detalle le sobrevienen unos ataques terribles que son imposibles de ocultar a la niña y que le producen un daño enorme.

Desde hacía ocho días la Señora de Maupassant estaba sin noticias de Guy - su cabeza alterada y ella eran inabordables - trataba a mi nuera como a la última de las mujeres - arrastraba en el lodo a la familia de aquella y, resumiendo, el sábado, durante un ataque, ¡echó a Marie-Thérèse de su habitación ordenándole que volviese con su familia!...

Mi nuera salió de la habitación para hacer sus maletas. Cuando acabó, ella descendió para despedirse. Durante ese intervalo la Señora de Maupassant había ingerido dos frascos de laúdano. ¡¡Estaba inconsciente!![1] Se corrió a buscar al médico que la hizo vomitar, y el exceso de veneno la salvó. Cuando volvió en sí, su ira no conoció límites. ¡¡Se levantó, empujó a mi nuera y corrió a la calle!! Se precipitaron tras ella. La volvieron a entrar en casa y la acostaron. Mi nuera fue a ocuparse entonces de la niña que *a su vez había tenido una crisis abominable*. La llevó a su habitación y la confió a unas amigas mientras ella volvía con su suegra. ¡¡La Señora de Maupassant había aprovechado esos minutos para estrangularse con sus cabellos !! Fue necesario cortárselos para salvarla. Entonces tuvo unos ahogos y unas convulsiones terribles... Esta carta es naturalmente confidencial, pues es necesario ante todo pensar el el porvenir de la pobrecita niña. Esos sucesos son abominables para ella... Permítame someterle a esta cuestión: ¿No hay alguna solución para esta niña? Me parece urgente alejarla. Sería necesario conseguir una enfermera para la Señora de Maupassant, o hacerla internar en una residencia de salud *como ella solicita...*

He creído mi deber informarle de lo que pasa en interés de mi nieta. Pienso que el Señor de Funel le escribirá y usted decidirá con el Señor

---

[1] Aquí tenemos una tentativa de suicidio en un pariente de Guy (la madre)... ¿Hecho de herencia psicopática en una familia de alienados, o bien se trata de una coincidencia? No tengo argumentos para decidir: la parálisis no tiene por que ser hereditaria, pero sí una causa adquirida (locura cerebral, sífilis, etc.). [E. MORSELLI]

Con respecto a esto, el Sr. Robert Pinchon, amigo de Maupassant, habiendo leído la nota en la que a propósito de Guy yo cito la pieza de Brieux *Los Estropeados*, me escribe algo completamente contrario a la hipótesis del Sr. Morselli: «¿A qué viene aquí citar la pieza del Sr. Brieux, y hacer germinar una sospecha inútil? Es posible que un médico, entre las dudas del principio de la enfermedad, le haya atribuido tal origen (la sífilis); pero nunca se ha tomado esta opinión en serio. Su nota deja a sus lectores bajo una penosa impresión que no es acorde con la simpatía de autor que usted testimonia durante toda la obra. Esa nota añade al muy buen juicio de Zola un muy triste comentario».

administrador sobre las medidas a tomar para resguardar a mi nieta de semejantes hechos que pueden tener una influencia muy grave sobre su estado psíquico.

Se lo repito, no quiero inmiscuirme en las determinaciones del administrador judicial, y he aquí por lo que no le he escrito directamente; pero, como padre de familia, puedo según creo, rogarle a usted, el amigo de Guy, ver si no hay peligro de dejar a la niña en semejante ambiente.

Perdóneme, Señor, esta larga carta. He creído mi deber ponerle al corriente de lo que pasa. Los médicos han debido reunirse para decidir, pues puede haber gran peligro al no dejar a alguien cerca de la Señora de Maupassant (si por otro lado ella lo tolera) para velar para que no se mate.

Añada, Señor, la seguridad de mi perfecta consideración.

GUSTAVE DE MAUPASSANT

Tras mi separación con la Señora de Maupassant, la he autorizado tanto como ella quiso, y sobre la opinión de Guy, a enajenar parte de sus bienes. Guy debe tener aún entre sus manos una autorización para venderle la granja de Saint-Léonard. He encontrado estos días la carta de éste acusando recepción de este acto. La Señora de Maupassant no está en estado de administrar sus bienes. No quiero comprometerme. Aunque separado amistosamente, tengo todavía cierta responsabilidad, y en el interés de mi nieta quiero oponerme a cualquier venta hecha sobre una vieja autorización dada por mí. ¿Qué debo hacer? Cuando tenga ocasión, ¿sería usted tan amable de darme la dirección del Sr. Lavareille ?- yo no la tengo.

EL PADRE DE MAUPASSANT AL SR. JACOB

13 de mayo [de 1902]

Señor,

Hace treinta años y algunos meses, no siendo posible la vida en común con la Señora de Maupassant, nos separamos amistosamente. Se hizo un simple acto sobre papel timbrado. La Señora de Maupassant tomaba sus bienes y, en otro, sobre la pensión de cuatro mil francos que me daba mi

padre, yo le pasaba una pensión de mil seiscientos francos para los niños. Unos diez años después, mi padre perdió toda su fortuna. Mi dote fue suprimida a partir de ese día, y como no tenía un céntimo, entré como segundo cajero con Eward Jules, agente de cambio.

He vivido durante veinte años con mil francos al año, a fin de economizar algunos céntimos para tener pan en mis últimos días. La Señora de Maupassant, que nunca ha podido vivir con los cinco mil francos de su dote, no ha cesado de mermar sus bienes. Para vender, yo debía dar mi consentimiento, que he siempre dado sobre la palabra de Guy, quién me garantizaba que no me preocupase nunca, que él respondía de todo. Guy había hecho una especie de arreglo con su madre para que ella no tuviese que atormentarse por su existencia. No sé exactamente en que términos estaban las cláusulas, pero sé que él aportaba mucho de su bolsillo. Hoy es cierto que la Señora de Maupassant no puede vivir si no consigue nada de su hijo. Se me ha avisado que ella ¡pensaba en vender la gran casa de Étretat!... Estando Guy totalmente desprovisto de responsabilidad, no quiero autorizar nada más... Permítame preguntarle lo que debo hacer si esta petición de venta me es hecha oficialmente. Una catástrofe es inminente; la Señora de Maupassant, que ya no rige su cabeza, perderá la razón el día en el que se vea sin un céntimo y se matará. En esto no hay ni la mínima sombra de duda. Yo no tengo, se lo repito, más que una renta ínfima y he resistido hasta este día, a causa de mi querida nieta, en poner mis pocos bienes en fondos perdidos y quiero persistir hasta el límite; pero desde hace treinta años no tengo nada en común con la Señora de Maupassant, y no quiero ser responsable de lo que ella ha vendido hasta ese día con mi autorización, es así, pero con la palabra de Guy yo no tenía nada que temer. La única cosa que puedo hacer con rigor, y aún viviendo con todas las privaciones, es reducir las cargas de la Señora de Maupassant si tomo en mi casa, la tercera parte o la mitad del año, a mi nuera y mi nieta. Espero, Señor, que tenga la bondad de darme un consejo.

Quiero agregar, Señor, la seguridad de mi perfecta consideración.

GUSTAVE DE MAUPASSANT

Usted ha debido encontrar en casa de mi hijo, haciendo inventario, mi contrato de matrimonio que él me había conseguida hace un año. Sea tan amable de enviármelo.

Había encargado a mi sobrino de informarle de estos tristes asuntos; no me dirigía a usted habiendo perdido su dirección. La he encontrado y le envío directamente esta carta.

Villa Simone
en Sainte-Maxime S/M (Var).

LA CUÑADA DE MAUPASSANT AL SR. JACOB

Niza, martes

Señor,

Le estoy muy agradecida por la carta que usted ha tenido a bien escribirme y que he vuelto a leer ayer noche.

Mi suegro ha actuado tal vez un poco altivamente escribiéndole; por otra parte nosotros tenemos una gran responsabilidad en presencia de semejantes actos.

Esté seguro, Señor, que si yo hubiese persistido en mi proyecto de ir a Sainte-Maxime, estaría enseguida rendida a sus razones y habría renunciado. Mi suegra es mayor, desgraciada, está sola y enferma, en ningún caso la habría abandonado.

Por tanto toda persona seria no llamará abandono a una ausencia de 48 horas. No puedo enviar a mi hijita a que vea a su abuelo, sobre todo con mi madre, las situaciones están tirantes por todos lados y tengo necesidad de apelar a toda mi energía para sobrellevar mi temor y recurrir a toda la diplomacia de la que puedo ser capaz para suavizar todos los ángulos que me hieren. Mi pequeña Simone es muy gentil y afectuosa conmigo, es mi única alegría y mi esperanza. Hago por ella todos los sacrificios, por muy duros que me parezcan; tenga bien en cuenta que por mi parte no tendrá molestias.

Por mi tío, el Señor Funel de Clausonne, tengo en ocasiones noticias de mi cuñado [*Guy*], aquellas que usted envía, las únicas verdaderas, creo;

se oculta la verdad a la pobre madre, tal vez sea un error. ¿Está perdida toda esperanza?[1] Si alguna cosa más grave sobreviniera, considéreme como una hermana totalmente devota de Guy y avíseme pronto; le estaría muy agradecida.

Gracias aún, querido Señor, por el interés que usted me testimonia y crea en mis sentimientos de estima y simpatía.

M.-T. DE MAUPASSANT.

EL PADRE DE MAUPASSANT AL SR. JACOB.

Señor,[2]

He encargado a mi cuñada que me compre varias cosas de Guy que están a la venta; si ella no puede, ¿sería una indiscreción pedirle a usted este favor? Entre otros, pido los gemelos de la Marina, ¡pero no los veo en el inventario! ¿Dónde están? ¿Estarán en Cannes o en Niza con todo el mobiliario que posee Guy?

No veo figurar en el inventario el piano de cola y el mapamundi.

Quisiera pedirle que comprase esto para mi nieta - a ella le sería muy útil.

En cuanto a su ropa, se da toda a la Señora de Maupassant.

Los dos retratos de familia, habiéndome pertenecido, serán retenidos para Simone.

En cuanto a la ropa de la casa, ¿quisiera darme la cuarta parte que me corresponde?, pues supongo que no se pondrá a la venta.

He enviado a la Sra. de Maupassant el poder que usted espera. Hace más de tres meses que estaba entre sus manos cuando ella se ha decidido a pedirme, hace ocho días, un aumento de poderes, a lo que he accedido enseguida tras la opinión de mi notario y mi abogado.

Quisiera agregar, Señor, la seguridad de mi consideración distinguida.

GUSTAVE DE MAUPASSANT.

---

[1] La familia de los alienados se dan cuenta bien dificilmente del veradero estado de las cosas; o son demasiado optimistas (cosa común) o son pesimistas. [E.MORSELLI]

[2] Papel de carta llevando el duelo por el hijo.

Villa Simone.
Sainte-Maxime - S/M (Var)

EL PADRE DE MAUPASSANT AL SR. JACOB

Martes

Señor,

Es mi amigo y representante quién os remitirá esta carta. Cuando usted tenga alguna cosa urgente que comunicarme, puede recurrir a él. Le leerá unos pasajes de la carta que le escribo; puede ponerse de acuerdo con él, esto adelantará las cosas. ¿Sacará a la venta los libros en febrero? ¿Por qué no hacer una única venta? Guy tenía, según creo, una biblioteca bastante ordinaria. Tras la muerte de Guy, el Sr. Lavareille[1] no es nada más que el representante de la Sra. de Maupassant, y usted, Sr. Jacob, con todos los derechos... Es entonces a usted a quién se debe uno dirigir para llevar a cabo esta liquidación. Como estamos los tres de acuerdo, deseo acabar y tomar lo más pronto posible, la posesión de mi parte, salvo varias cosas que si son necesarias, dejarlas indivisibles. Si *por algún lado* encuentra algún obstáculo, yo iré a los tribunales, que se los levanta y que se repartan al menos los valores... Póngase de acuerdo con mi representante. Se lo repito, esto marchará más rápido. El Sr. Dr. Andon [?] se ha encargado por mí de enseñarle todas las contradicciones que han tenido lugar en las cartas escritas en relación con la publicación del *Ángelus* y de *Después*. En cuanto a la cama que usted me propone, la rechazo porque tiene valor. Había pensado en comprarla *en la venta* para la niña, pero mis medios no me lo permiten, y además, lo que es más disuasorio, es que en mi casa no tengo lugar para meterla. Acepto la proposición de la Sra. de Maupassant en cuanto a los retratos; los guardaré en mi casa para la niña o que la Sra. de Maupassant los tome, lo dejo a su elección.

Mi parte debe estar intacta; la niña debe imputar todos los gastos del legado a la Sra. de Maupassant. Si entonces ella elige por un millar de

[1] Se trata del Señor F. Lavareille, que figura en el *Tout-Paris* de 1904 con el título de *administrador judicial*.

francos unos objetos, no diré nada, pero si esto se va a seis o diez mil, no tendré el medio de poder correr con semejante generosidad. Es necesario, repito, que pueda levantar a mi familia; ¿de este modo usted me dice que la Sra. de Maupassant tiene la intención de tomar como recuerdo objetos sin valor, unos objetos que ella había regalado a su hijo? Pues bien, en esos objetos hay justamente un juego de figuras de chimenea de Sévres, de buena pasta; los vasos son inferiores pero el reloj de péndulo es muy bello y llegará a unos precios muy elevados: 5 a 6 mil francos; al igual que un reloj de péndulo Louis XVI, etc. En ese caso me veré obligado a solicitar un contra-peritaje.

Usted mismo, como albacea tutor de la niña, me parece que en el interés de ésta, usted debe proceder de acuerdo conmigo. Yo, en la venta, no quiero recomprar más que cosas insignificantes: los gemelos de la Marina - el barómetro - el fusil - un pequeño mueble que estaba en su despacho, llamado sinfonier, donde él guardaba sus notas. Más dos de sus colgaduras que él tenía por costumbre arrojar sobre sus canapés. Si esto no sube más allá del valor y que yo tenga a alguien en la venta, la Sra. d'Harnois por ejemplo, u otra, le rogaré que me las haga comprar. Quisiera agregar, Señor, la seguridad de mi consideración muy distinguida.

GUSTAVE DE MAUPASSANT

Villa Simone
Sainte-Maxime-S/M (Var).

LA MADRE DE MAUPASSANT AL SR. JACOB.

Villa de Ravenelles
calle de France, 140. Niza

7 de noviembre de 1892.

Señor,

Usted ha puesto tanta simpatía proponiéndome su apoyo, en todo lo que concierne a mi querida nieta, que no quiero hacerle esperar ni mi respuesta ni mis agradecimientos.

En el presente no hay nada que hacer, y espero que no se pida ninguna concesión a mi nuera, de la que conozco su mala voluntad. Prefiero también no volver a ver a la niña ahora; he sufrido demasiado, la impresión sería superior a mis fuerzas. Tengo una enfermedad coronaria, y me veo bajo la amenaza continua de un accidente mortal. ¿Cómo aún no he sucumbido? Es casi un milagro. En estas circunstancias, no podría incluso dar a mi pequeña Simone todos los cuidados de los que tiene necesidad, y estaría obligada a confiarla a una criada, lo que no quiero a ningún precio. Dejemos entonces las cosas como están, con toda su tristeza.

Vuestra pupila es fina y bonita, totalmente llena de picardía y alegría. Es una encantadora criatura que sería necesario comprender y educar con esmero; pero se encontrará en un triste ambiente, y no puedo pensar en el futuro de esta niña tan querida sin sentirme invadida por múltiples aprensiones.

He escrito al Sr. Lavareille, y he insistido vehementemente sobre la necesidad de retirar las obras de Guy de las manos del editor Havard. Participo absolutamente en su manera de considerar las cosas, y además el Sr. Lavareille me había hecho partícipe, hace algunas semanas, de su intención de actuar en este sentido. Si la pieza del pobre autor es representada en el Teatro Francés, como todo parece apuntar, será la ocasión de aprovechar la curiosidad despertada para presentar al público unas nuevas ediciones de sus libros más queridos.

He hecho todo lo que se me ha pedido, a propósito de esta pequeña comedia. He escrito cartas, he dado mi total y completo consentimiento... ¡Pero cuantos aspectos dolorosos en esta cuestión! Vamos a librar a los periódicos, a los amigos como a los enemigos, el nombre del desgraciado muchacho, antaño tan aclamado... ¿Qué va a salir de todo esto? ¿Qué penosos capítulos no se removerán?

En fin, era necesario, y no he dudado ni un instante; habría firmado enseguida con las dos manos. Espero impacientemente la próxima carta del Sr. Ollendorff, que da muestra, en este delicado asunto, tanto de abnegación como de inteligencia.

En mi profunda tristeza, experimento aún una especie de alegría viendo cuantos amigos fieles se agrupan alrededor de mi pobre y querido Guy. Usted está en primera fila, Señor, y no lo olvidaré nunca.

Añada, se lo ruego, la viva expresión de mis sentimientos, los mejores y más distinguidos.

LAURE DE MAUPASSANT.

LA TÍA MATERNA DE MAUPASSANT AL SR. JACOB

Jueves, 23 de noviembre de 1893.

Señor,

He releído ayer una carta de mi hermana, la Sra. de Maupassant, quién consiente de buena gana en que la cama, los retratos y todos los demás objetos de los que usted me ha hablado, sean entregados al Sr. de Maupassant.

Ella le autoriza a usted a informarle cuando usted lo juzgue conveniente.

Mi hermana me envía al mismo tiempo una lista detallada de lo que desea conservar, bien para ella misma, bien para su nieta. Son recuerdos de familia, de poco valor, pero que yo estaría en condiciones de poder encontrarlas en el depósito hecho en Bedel. Esta pequeña lista completa aquella que usted remitió el otro día en la que se encuentra la plata.

Le estaría muy agradecida de indicarme la fecha exacta de la venta tan pronto como usted la haya determinado. Es necesario que los objetos salgan del guarda muebles para que yo reconozca aquellos que mi hermana desea conservar.

La excelente idea que usted ha tenido de hacer esta venta en la época en que las figuritas podrían ser compradas como regalos navideños, le obligará, por otra parte, a apresurar las cosas.

No regresaré a Niza más que después de la venta, puesto que mi presencia aquí es útil a mi hermana.

Reciba Señor, la seguridad de mis mejores sentimientos.

Viuda D'HARNOIS DE BLANCHES

Rond-Point de la puerta Maillor, 16
Neuilly-sur-Siene. Casa Sr. Jay.

LA CUÑADA DE MAUPASSANT AL SR. JACOB

Villa Simone, 3 de diciembre de 1893.

Querido Señor,

He leído con gran atención su respuesta y a pesar de todo no puedo persuadirme de que el tribunal no tomará en consideración las diversas cláusulas contradictorias del testamento de mi cuñado. Aquél, en efecto, tenía la intención formal de dejar su fortuna a Simone a la que amaba mucho y que era su nieta y su ahijada. Su deseo está claro, él estaba persuadido de que dejaba una fortuna muy superior a la que existe y añade, tras el párrafo donde le encarga a usted que proporcione una pensión para educar a la niña: «El excedente de esos ingresos será capitalizado y incluido en la cuenta que mi albacea testamentario dará a mi sobrina», etc. ¿Verdaderamente cree usted que el tribunal puede dejar enajenar el bien de una menor porque una frase de un testamento está en contradicción con todo lo demás? Además cuando Guy hizo su testamento, yo vivía con su madre, nosotras estábamos a su cargo... no completamente, él daba 1200 francos al año para que nosotros estuviésemos allí.

Quiso con la pensión de 10.000 francos continuar lo que él hacía en vida y asegurar la nuestra junto a su madre así como la facilidad para aquella de hacer educar a su nieta. La situación ha cambiado, nosotros no estamos a su cargo y el tribunal no tiene que ocuparse de si el abuelo hace alguna cosa por su nieta; no tiene más que ver que la madre está sin fortuna, que la niña no tiene nada y que no es justo que la abuela se haga con sus bienes cuando a ella [Simone], puede faltarle de todo.

No entro más en estos detalles, no tengo tiempo. He escrito al Sr. Pollet, que me pide mi parecer; le he rogado que vaya a verle. A usted le

hago el mismo ruego, pues es mi deber de tutora hacer todo para impedir la enajenación de los bienes de mi hija. El consejo de familia se ha levantado contra esta venta insensata que arruinará a la niña; se le reunirá todavía si fuese necesario. La obra literaria con la que usted cuenta, puede que no proporcione nada en un año y entonces yo me vería obligada a sufrir, lo que no habría podido impedir con todos los medios en mi poder. Estoy segura, querido Señor, que usted hace todo lo que puede por este asunto, pero temo que usted vacila en pedir al tribunal una cosa más que justa y que se equivoca sobre lo que pueden rendir los libros. Si yo le escribo de nuevo, es por que lo considero mi deber. Después de haberse puesto de acuerdo con el Sr. Pollet, yo no tendría más que aceptar lo que usted haya decidido. ¡Ah! si pudiésemos charlar una hora, yo lo habría convencido.

¿Supone que mi cuñado deseaba vivir solo y que no hiciese nada más por nosotros? ¿Ve usted a Simone faltándole de todo mientras su abuela devoraría tranquilamente la fortuna de esta niña? Todo puede ser, sobre todo ver a una pobre inocente arruinada por una mujer sin corazón.

Crea, Señor, en mis mejores sentimientos.

M-T. DE MAUPASSANT

LA CUÑADA DE MAUPASSANT AL SR. JACOB

Villa Simone, 15 de febrero[1].

Señor,

Espero la carta del Sr. Juez de Paz de Antibes para darle todas las informaciones necesarias a la reunión de este consejo familiar; le agradezco toda su amabilidad y recurriré ciertamente a usted si surgiese alguna dificultad.

He comunicado su carta al Sr. de Maupassant, él les ha leído también algunas líneas que el pobre Guy le había escrito a usted a finales de diciembre [1891]. Mi suegro ha creído, por razones absolutamente justas, deber hacer la asignación en los términos que usted ya conoce; él no quiere en absoluto hablar de todo esto. Yo no tengo ni la aprobación ni la desaprobación, por lo que creo que no hay nada que pueda ofenderle. Si

[1] Sin duda, 15 de febrero de 1894.

tengo el placer de volverlo a ver, hay muchas cosas que podría decir pero que no se escriben. He leído la correspondencia de Guy con su padre; son cartas de un hijo muy afectuoso y que tiene por su padre los sentimientos de estima que aquél merece. He tenido varias veces con mi cuñado unas conversaciones al respecto de las desavenencias de su padre y su madre; he encontrado siempre en Guy un enérgico defensor con la conducta de su padre. Según esto, confieso que su testamento me ha sorprendido.

Yo tan sólo era una extraña para él, hasta puede que le resultara antipática. En nada le guardo rencor por la brutalidad con la que me ha tratado; siempre había sido tierna y buena con él y los suyos, me consideraba su hermana. Le repito que *si no estuviera segura* de que nada tiene que ver con esto, estaría muy resentida.

Ahora, mi querido Sr., permítame estrecharle la mano y no hablemos nunca más de todo esto. Quiero guardar intacto el recuerdo del padrino de mi hija, del hermano de mi marido. Cuanto usted venga al Midi, espero que vendrá a almorzar con nosotros y charlaremos muy amistosamente de este pobre Guy del que usted era amigo. Estaré orgullosa de enseñarle a su hermosa pupila. Crea en los buenos sentimientos del Sr. [*Gustave*] de Maupassant y reciba la seguridad de mi distinguida consideración.

M-T. DE MAUPASSANT.

Adjunto ambas cartas. Usted podrá enviarme su poder. Gracias una vez más por toda su bondad

MAUPASSANT Y FLAUBERT

El volumen *Unos Versos*, cuya tercera edición está datada en 1880 (París, G. Charpentier, in-18) está dedicada por Guy de Maupassant: A GUSTAVE FLAUBERT, AL ILUSTRE Y PATERNAL AMIGO AL QUE QUIERO CON TODA MI TERNURA, AL IRREPROCHABLE MAESTRO AL QUE ADMIRO ANTE TODOS.

Esta edición está precedida de un corto prefacio que reproducimos aquí:

«Desde que este libro ha aparecido (hace apenas un mes), el maravilloso escritor al qué estaba dedicado, Gustave Flaubert, ha muerto.

«No quiero aquí, ahora, hablar de este hombre genial al que yo quería tan ardientemente, al que admiro con pasión, y del que más adelante contaré su vida cotidiana[1], su pensamiento familiar, su corazón exquisito, y su admirable grandeza.

«Pero en cabecera de la nueva edición de este volumen cuya dedicatoria lo hizo llorar, me escribía él, pues el me quería también, quiero reproducir la soberbia carta que me dirigió para defender uno de mis poemas: "A la orilla del río" contra la fiscalía de Étampes que me atacaba.

«Hago esto como un supremo homenaje a ese Muerto que seguramente se ha llevado con él la más intensa ternura que yo tendré por un hombre, la más grande admiración que confesaré a un escritor, la veneración más absoluta que jamás me ha de inspirar un ser, sea quién sea.

«Y por eso, sitúo una vez más mi libro bajo su protección que ya me ha cubierto, cuando vivía, como un escudo mágico contra el que no se han atrevido a golpear los fallos de los magistrados.

«París, 1 de junio de 1880.

«GUY DE MAUPASSANT».

He aquí ahora el famoso poema cuyo autor fue acusado de «ultraje a las costumbres y a la moral publica».

A LA ORILLA DEL RIO

[1] Ver MAUPASSANT, Gustave Flaubert en su vida íntima (*Nouvelle Revue*, 8, 1881)

I

Un sol de asfixia, vertical, caía
como un incendio sobre el lavadero;
el aire, hecho una llama parecía
que iba a prender en el boscaje entero.

De lavadero hacía un viejo barco.
Yo descansaba cerca de su popa;
las mujeres lavaban en él ropa;
los patos dormitaban junto a un charco.

Burbujas de jabón y agua grasienta
en el río marcaban larga estela.
En esto vi venir una mozuela
por la senda abrasada y polvorienta.

Ancha de grupa y fina de cintura,
un hato en la cabeza sostenía
con los brazos; su cuerpo parecía
de Afrodita marmórea escultura.

Caminaba con paso cadencioso,
firme y erguida; un leve contoneo
daba a su cuerpo joven ritmo airoso.
Yo la seguí, empujado del deseo.

Cruzó la pasarela, y yo tras ella.
Entró en el barco, y me pegué a su huella.

*

Eligió sitio; con seguro envite
tiró su fardo en un remojadero,
y quedó en atavío tan ligero
que ya más el decoro no permite.

Trabajaba afanosa y con gran prisa;

sus movimientos ágiles, serenos,
marcaban curvas y turgentes senos
bajo la fina enagua y la camisa.

De vez en vez erguía la cintura,
levantaba los brazos, daba suelta
a su flexible gracia y donosura
y se mostraba juvenil y esbelta.

Con el calor crujían las maderas;
aire, el barco, asfixiándose pedía.
Jadeaban de sudor las lavanderas,
y sus cuellos la sangre enrojecía.

La descarada moza encuentra estrechos
los vuelos de la ropa; desabrocha
su camisa de pronto, y abre trocha
a la doble turgencia de sus pechos.

Surgen entonces, tensos y redondos
en su amplia base; tiesos, puntiagudos,
en su cúspide rosa, que con hondos
temblores vibra, por los golpes rudos

que ella a la ropa da, y que yo recibo
en pleno corazón; una vaharada
de fragua ardiente a mi me abrasa, cada
vez que jadea y su temblor percibo.

Mirábame burlona y maliciosa;
me fui acercando, sin quitar la vista
de su níveo busto que me acosa
con llamadas de beso y de conquista.

Al ver mi timidez, fue compasiva;
rompió el silencio e inició la charla;
Yo no la oía, todo era mirarla;
mi alma entera por mis ojos se iba.

Se iba a profundidades aun mejores,
que la camisa, fina y entreabierta,
dejaba adivinar tras de su puerta
encendiendo mis ímpetus y ardores.

Al marchar, y con tono reservado,
me dio cita, de noche, en la pradera.
Tras de su huella fue cuanto yo era.
Se cegó el manantial de mi pasado.

Pero estaba contento, aunque impaciente;
era mi juventud canción sonora;
No apartaba los ojos del poniente
y aquel ocaso parecía aurora.

II

Para cuando llegué, ya ella esperaba;
me arrodillé a sus pies; ceñí su talle
y la atraje hacia mí; pero ella, brava,
se desasió. Corrimos por el valle

bajo el claror de luna, cual dos fieras,
hasta que tropezó y se vino al suelo,
y la alcancé, y allí empezó mi cielo.
Cerré mis brazos bajo sus caderas.

la alcé en vilo, llevéla junto al río,
la acosté sobre el césped; su impudencia,
su descaro anterior, su resistencia,
eran ahora cobarde escalofrío.

Al ver su timidez, mi fuerza crece;
me acomete ardorosa borrachera,
¿Por qué en la hora del amor se altera
el hombre, y en la entraña se estremece?

Vestía con claror de mediodía,
los campos, la brillante luna clara.

Por los cañaverales, la algazara
ruidosa de las ranas de extendía.

Grita la codorniz sus desazones,
y, cual preludio de una serenata,
los pájaros inician sus canciones.
Las alas de la brisa traen grata

resonancia de amores muy lejanos,
carga de besos, estremecimientos
de bocas que han fundido sus alientos.
Pasan por las colinas y los llanos

como chispas de incendio. El aire llega
empapado en husmillos de acre celo.
Yo pienso: «Bajo el ámbito del cielo
y en esta suave noche veraniega,

¿cuántos seremos por los cuatro puntos
cardinales, los seres que la espera
abrasa y el instinto une? ¡Quisiera
yo amar con todos sus amores juntos!»

*

Temblé, cuando cogí y besé sus dedos;
transcendían a espliego y a tomillo
de que estaba impregnado su sencillo
atavío interior. Vencí sus miedos.

¡Qué sabor en mi boca el de sus pechos!
Dejaban gusto a almendras, y su aroma
era el de las adelfas, los helechos,
y la leche olorosa que se toma

de la ubre de la vaca en la montaña.
Aunque su boca hurtó con terquedad,
yo la busqué con avidez, con saña,
y mi beso duró una eternidad.

Cae de espaldas; mis caricias crecen
y le arrancan nerviosos estertores;
jadea, entre sollozos y temblores;
sus senos, ardorosos, se endurecen.

Su rostro es una brasa; sus pupilas
al fin entorna, y nuestros dos alientos,
suspiros, arrebatos, sentimientos
se funden y, de pronto, en las tranquilas

horas nocturnas en que el campo calla,
rompiendo el hondo, general silencio,
un alarido de pasión estalla
tan terrible, violento y tumultuoso

que, asustadas, las aves levantaron,
entre las sombras, impensado vuelo.
La codorniz, las ranas, se callaron,
tendió el silencio su imponente velo.

Como lúgubre augurio, el triple aullido
de un can lejano resonó en mi oído.

*

Ella escapó cuando asomaba el día.
Yo vagué por los campos, al azar.
El olor de su piel me perseguía.
Sus ojos eran anclas que en el mar

de mi pasión estaban bien clavados.
Éramos presos, con igual condena,
que a un mismo hierro encuéntranse amarrados.
La afinidad sexual nos encadena.

III

Durante cinco meses, todas las noches iba

a mi cita amorosa en la orilla del río.
Allí, sobre los céspedes, siempre con igual brío,
amé a la moza espléndida, ignorante y lasciva.

Después, cuando los pájaros piaban a la aurora,
lánguida todavía nuestra carne de besos,
y con la mordedura del recuero en los huesos,
hasta el ocaso, un siglo se nos hacía la hora.

Más de una vez, el sol nos sorprendió abrazados,
y, al regresar por sendas que aquel iluminaba,
iba yo tan absorto que jamás me acordaba
del astro rey que tiene sus caminos marcados.

Sus manos en las mías, sus ojos en mis ojos,
al sentir en mi frente caricia de arreboles
y ponerse los árboles como una herida rojos,
pensaba que lucían en su cara dos soles.

Seguíala yo, lleno de ilusión y alborozo,
cuando iba al lavadero con las demás mujeres.
Resumía en mirarla mi ilusión y placeres.
Me encerraba en mi amor como en un calabozo.

En pie, embebido siempre, sin cambiar de postura,
todos mis horizontes cerraba su silueta;
mi círculo de sueños era el de su cintura.
Siempre que las mujeres con su alegría inquieta.

centraban su atención en otra compañera,
uníamos las bocas con beso fugitivo.
Algunas veces ella deslizábase afuera
y, al salir, me llamaba con un gesto furtivo.

Esperábame entonces entre las verdes galas
de una viña, u ocultos por arbustos erectos
veíamos amarse los frágiles insectos:
las dobles mariposas de superpuestas alas,

dos bichos, hechos uno, que paseaban amándose.
Recogíalos ella, les decía finezas,
los besaba; otras veces, sobre nuestras cabezas,
sin recato, dos pájaros veíamos besándose.

Ningún temor sentían los amantes aquellos,
al ver que nos amábamos nosotros como ellos.
Ya de noche, veíala llegar por la alameda,
brillante de deseo su pupila moruna,

barriendo con su falda los rayos de la luna
que cruzaban la senda con sus hilos de seda,
y pensaba yo entonces en bíblicas doncellas
tan ardientes e impúdicas, tan bellas e incitantes.

que la pupila crédula de unos tiempos distantes
vio a unos ángeles locos corriendo detrás de ellas.

IV

Cierto día que su amo sesteaba a la puerta,
vino ella al lavadero solitario y sin gente.
Humeaban las tierras en la orilla desierta
como buey que jadea sudoroso y paciente.

Pero el calor del cielo quemaba mucho menos
que el fuego de mi sangre; callado estaba todo;
tan sólo algunos cantos y risas de beodo
llegaban de muy lejos, a retazos, obscenos;

dentro del lavadero tictacs de una gotera,
– como si el viejo barco chorrease sudor–.
Ese día sus labios eran brasas en flor;
chisporrotearon besos lo mismo que una hoguera

hasta que nuestros cuerpos cayeron como rotos,
Ya sólo se escuchaba el cri-cri veraniego
de las chicharras, que era crepitación de fuego
en medio del agosto de pardos y de cotos.

Nos quedamos mirándonos, inmóviles de espanto.
La palidez profunda, las ojeras hundidas,
la mirada febril, eran claras heridas
mortales, del amor que lleva al campo santo.

Nuestra vida escapaba por los cinco sentidos.
Muy quedo al separarnos, y sin ningún reproche,
nos dijimos que al río no iríamos de noche.
Pero, a la hora de siempre, deseos encendidos

me llevaron a rastras hasta el mismo lugar.
quise, al pie del mismo árbol, pensar en las delicias
de aquel cuerpo querido, y en un dulce ensoñar
recorrer una a una todas nuestras caricias;

reposar en el césped y en recuerdos de glorias.
Iba yo enajenado con la embriaguez pasada,
y cuando me acercaba, absorto en mis memorias,
ya estaba allí mirándome. ¡Ya estaba allí mi amada!

*

Nuestro amor, desde entonces, se hace como un cauterio;
aunque estamos seguros de que nos roe y mata,
más y más impacientes nos amamos; su imperio
nos empuja al espasmo cual roja catarata.

Sin miedo, ni prudencia, ni tasa en los ardores,
mutuamente nos damos la muerte, en un acceso
de pasión; nuestros pechos, enfermos de estertores,
cada día futuro lo cambian por un beso.

Nunca hablamos; un solo lenguaje ella comprende,
el grito del amor, y el bramido del celo,
Vibra siempre en mi piel, de su piel el anhelo.
Un deseo apremiante de continuo me enciende.

Si acaso siento sed, mi sed es de su boca;

y en aquel apareo, que es combate mortal,
mis ardores se exaltan y mi fuerza se apoca
Nuestro vaivén constante dejó allí su señal;

el perfil de los cuerpos ha calado en la grama,
nuestro lecho de césped se abrasó en nuestra llama.
Muertos, y aun abrazados, del río en la ribera,
una mañana fría nos habrán de encontrar;

nos pondrán en la cala de una barca cualquiera,
y al ritmo de los remos, nos hemos de abrazar.
Por fin, nos darán tierra en un hoyo ignorado
como se da a los muertos que mueren en pecado.

*

Y, si es cierto que vuelven al mundo los difuntos,
volverán nuestras sombras por la gran avenida,
y la gente piadosa del pueblo, que no olvida,
al ver que desfilamos muy amantes, muy juntos.

se dirán, santiguándose, rezando con fervor:
«Ahí van la lavandera y el que murió de amor.»

Traducción de Luís Ruíz Contreras [N. del T.]

Pongamos ahora bajo los ojos de los lectores la carta de Gustave Flaubert a Guy de Maupassant, *la soberbia carta* de la que el poeta se muestra tan orgulloso en el prefacio de sus *Versos*:

«Croisset, 19 de febrero de 1880»

« Mi querido muchacho,

«¿Así que es cierto? ¡Al principio había creído que se trataba de una broma! Pero no, me rindo.

«Pues bien, ¡son deliciosos en Étampes! ¿ Nos vamos a levantar contra todos los tribunales del territorio francés, las colonias incluidas? ¿Y cómo es posible que una poesía, insertada hace tiempo en París en un periódico que

ya no existe, sea criminalizada en el momento en que es reproducida por un periódico de provincias? ¿A qué estamos obligados ahora? ¿Qué debemos escribir? ¡En qué Beocia vivimos!

«”Acusado por ultrajes a las costumbres y a la moral pública” dos sinónimos, formando dos cargos de la acusación. Yo fui acusado de un tercer cargo, un tercer ultraje “*y* a la moral religiosa”, cuando comparecí en la sala 8ª con mi *Bovary*: proceso que me proporcionó una publicidad gigantesca, al que le atribuyo los dos tercios de mi éxito.

«En definitiva, no comprendo ni gota! ¿Eres el cabeza de turco de alguna venganza? ¿Hay algo turbio debajo de todo esto? ¿Quieren demonizar la República? ¡Sí, tal vez!.

«Que a uno lo persigan por un artículo político, sea; aunque yo desafío a todos los tribunales que me demuestren que eso haya servido de algo! Pero por la literatura, por unos versos...¡no! ¡Es demasiado!

«Van a argumentarte que tu poesía tiene “tendencias” obscenas. Con la teoría de las tendencias se puede llegar muy lejos, y sería necesario entenderse sobre esta cuestión: “La moralidad en el arte”. Lo que es bello y moral; he aquí todo desde mi punto de vista. La poesía, como el sol, pone oro en el estiércol. Tanto peor para los que no lo ven.

«Tú has tratado una situación común perfectamente; por tanto mereces elogios, lejos de merecer multa o prisión. “Todo el espíritu de un autor”, dijo Labruyère, “consiste en definir bien y en describir bien”. Tu has definido bien y bien has descrito. ¿Qué más se puede pedir?

«¿Pero “el tema”?, objetará Prudhomme, ¿el tema, Señor? ¡Dos amantes, una lavandera, a orillas del río! Debería tratar eso más delicadamente, más finamente, estigmatizar con una punta de elegancia al pasar y hacer intervenir al final a un *venerable eclesiástico* o a un *buen doctor*, pronunciando un discurso sobre los peligros del amor. En una palabra, su historia incita a “*la conjunción de los sexos*”.

«”¡En primer lugar no incita! Y si así fuese, ¿dónde está el crimen de predicar el culto a la mujer? Pero yo no predico nada. ¡Mis pobres amantes ni siquiera cometen adulterio! Ambos son libres, sin compromisos hacia nadie”.– ¡Ah! harás bien en defenderte, *el gran defensor del orden* encontrará argumentos. ¡Resígnate!

«Denúncialos (a fin de que se los suprima) a todos los clásicos griegos y romanos sin excepción, desde Aristófanes hasta el buen Horacio y

el tierno Virgilio; a continuación entre los extranjeros: Shakespeare, Goethe, Byron, Cervantes; entre nosotros a Rabelais “de dónde discurren las letras francesas”, siguiendo por Chateubriand cuya obra maestra trata de un incesto, y luego Molière (ver la ira de Bossuet contra él), y el gran Corneille, su *Théodore* tiene por motivo la prostitución, y el padre Lafontaine, y Voltaire y Jean Jacques Rousseau! Y los cuentos de Hadas de Perrault. ¿De qué se trata *Piel de Asno*? ¿Dónde transcurre la cuarta parte del *Rey se divierte*, etc? Después de lo que habrá que suprimir los libros de historia que *mancillan la imaginación*.

«¡Ah! triples ..... ¡Me sofoco!

«Y ese excelente *Voltaire* (no el hombre ilustre, sino el periódico), que el otro día bromeaba conmigo acerca del empecinamiento que tengo de creer en el odio hacia la Literatura. Es el *Voltaire* quién se equivoca, y más que nunca creo en la execración inconsciente del *estilo*. Cuando se escribe bien, se tienen en contra a dos enemigos: primero el público, porque el estilo lo obliga a pensar, lo obliga a un trabajo añadido; y segundo el gobierno, porque siente en nosotros una fuerza, y al Poder no le gusta otro Poder.

«Los gobiernos han de cambiar, Monarquía, Imperio, República, ¡poco importa! ¡La *estética oficial* no cambia! Mediante la virtud de su plaza, los administradores y los magistrados tienen el monopolio del gusto (ejemplo: las considerandos de mi absolución). Saben como se *debe* escribir, su retórica es infalible, y poseen los medios de convenceros de ello.

«Se sube hacia el Olimpo, el rostro inundado de rayos, el corazón lleno de esperanza, aspirando a lo bello, a lo divino, a medias en el cielo ya; ¡una manaza de carcelero os arroja la alcantarilla! Si conversas con la musa; se te toma por un corruptor de menores. Perfumado por las olas del río Permeso, serás confundido con los caballeros que frecuentan por lujuria las letrinas.

«Y te sentarás, hijo mío, en el banco de los ladrones; y escucharás una particular lectura de tus versos (no sin falta de prosodia) y vueltos a leer, apoyándose sobre algunas palabras a las que se les dará un sentido pérfido; se repetirán algunos varias veces, tal como el ciudadano Pinard, “la pantorrilla, Caballeros, la pantorrilla”. Y, mientras tanto tu abogado te hará señas de que te contengas (pudiendo perderte una palabra), sentirás detrás de ti, vagamente, toda la policía, todo el ejército, toda la fuerza pública, pesando en tu cerebro con un peso incalculable. Entonces te subirá al

corazón un odio que no sospechas, con proyectos de venganza, de pronto detenidos por orgullo.

«Pero, una vez más, ¡eso no es posible! tú no serás perseguido! ¡no serás condenado! ¿hay un malentendido, un error, no sé qué? La guardia de los sellos va a intervenir. ¡Ya no estamos en los bellos días de la Restauración!

«Sin embargo, ¿quién sabe? ¡La tierra tiene límites, pero la estupidez humana es infinita!

«Te abrazo.

«Tu viejo GUSTAVE FLAUBERT»

LA TUMBA DE MAUPASSANT

En 1903, mi amigo Diego Angeli, gran admirador de la obra de Maupassant, me ha contado que vio, hace unos diez años, en el palacio Primoli, un cuaderno de notas redactadas por los médicos que atendieron al escritor durante su locura, y de los que extrajo algunos datos para su artículo, firmado *Didacus* y titulado *Il Cimitero di Maupassant*, publicado por Morello (*Rastignac*) en el número del 30 de julio de 1895 de su *Giornale*.

Yo he hablado de ese curioso documento al doctor Balestre, el fiel amigo de la Sra. Laure de Maupassant, y me ha respondido desde Niza el 8 de noviembre de 1903:

«Hoy, querido barón y amgio, no tengo buenas noticias que transmitirle. A pesar de las precauciones que he tomado, la Sra. de Maupassant ha quedado conmocionada con la idea de que el cuaderno de los Doctores Meuriot y Grout (los alienistas que trataron al escritor en la Residencia Blanche) hubiese salido de las manos de sus autores y, por nada del mundo, ella no quisiera que se publicase de ello ni una sílaba. La sola idea de que los detalles sobre los últimos días de la vida de su hijo sean divulgados, la pone en un estado de agotación tal que me hace temer un accidente mortal.

«Ella protesta contra la indiscreción de los médicos y, entre nosotros, podemos decir bien alto que han faltado gravemente al primer deber profesional si es cierto que el cuaderno ha salido por voluntad propia de sus manos[1]. Ella dice que la gran notoriedad no hace perder el derecho común y que antes de divulgar semejantes tristezas, se debería pensar en los dolores que se van a avivar y en los intereses que se van a lesionar. No piensa más que en eso y me resulta dificil calmarla, por mucha costumbre que tenga de hablarle e intentarlo... No quiere oir hablar de nada y me suplica que la deje morir tranquila[2], al igual que suplica que se deje a su hijo dormir tranquilamente su último sueño... Cuando se habla de Guy, su pobre madre experimenta siempre un violento trastorno... Teme ver publicados detalles sobre la enfermedad y la muerte de su hijo. Este temor la tortura. Este verano, un médico había tomado como tema de su tesis doctoral la

[1] Ha sido por su propia iniciativa, ya que se lo regalaron al conde Joseph Primoli, que conserva piadosamente ese recuerdo de su pobre amigo.

[2] Ha muerto, en efecto, justo un mes después, el 8 de diciembre.

enfermedad de Guy; ella se opuso a su publicación... Me veo obligado a ser muy discreto y tener mucho cuidado en mis conservaciones con esta pobre y digna madre...».

Habiéndome apresurado a prometer a la Sra. de Maupassant, por la intermediación del buen doctor, que no añadiría nada nuevo a lo que mi amigo Angeli había publicado en 1895 del cuaderno de los médicos de Guy, el Sr. Balestre me ha escrito, el 10 de diciembre, dos días después de la muerte de la Sra. de Maupassant:

«Nuestra pobre amiga ha sido llevada por una neumonía. Su robusta constitución ha resistido once días, pero los ocho últimos días han sido una larga agonía; en consecuencia no he podido darle las garantías que contenía su última carta; aunque su pensamiento permanecía claro, la conversación era imposible y habría temido provocarle una emoción dque habría acortado sus últimos días. En ese supremo momento, además, su pensamiento estaba lejos de esa preocupación. Nuestra pobre amiga ha dejado arreglado en todos sus detalles, lo que se debía hacer en el momento de su muerte, ha redactado la nota a enviar a algunos periódicos. Éstos no han respetado su texto[1], que aquí le adjunto:

---

[1] He aquí, en efecto, el artículo del *Petit Niçois* del 9 de diciembre de 1903 (miércoles): «Muerte de la Sra. de Maupassant en Niza:

«La Sra. Laure de Maupassant, de soltera Le Poittevin, madre de Guy de Maupassant, ha muerto ayer en el barrio Saint-Maurice, en la villa Monge, que ocupaba desde hacía años, y dónde vivía sola con el recuerdo su su querido hijo desaparecido.

De una inteligencia muy notable, supervisó ella misma la educación del joven Guy, ruega a Louis Bouilhet y a Gustave Flaubert que sean los severos críticos de sus primeros inicios, y cuando ella vio que esos debuts respondían a sus espereanzas, se volcó completamente con una devoción sin límites y una ternura infinita hacia ese hijo cuyo afecto borraba en ella el recuerdo de los deberes de los primeros años de su matrimonio.

«Muerto su hijo, se retiró a Niza con todos los recuerdos del hijo desaparecido. No se interesaba más que en la obra del muerto, coleccionando las ediciones nuevas, haciendose dirigir todas las críticas que se publicaba de ellas y de los papeles de su hijo lanzaba las dos últimas publicaciones: *El Buhonero y el Padre Milon*, donde se encuentra todo el talento del inmortal autor de Una Vida.

«Vivía un poco en reclusión, apenas recibía a unos poco íntimos, todos admiradores de laobra de su hijo, y, en sus conversaciones, dispensaba sin darse cuenta las inmensas riquezas de su espíritu. Era tal el gran placer que para ella constituía hablar sin cesar del querido difunto, que se preveían sus intenciones; pero, aun halagando esta legítima manía, uno no podía menos que admirar la nobleza de su caracter.

«*Hemos conocido la muerte de la Sra. Laure de Maupassant, de soltera Le Poittevin. Era la madre de Guy de Maupassant y del botánico Hervé de Maupassant*.

«Siguiendo su deseo, ha sido inhumada en plena tierra en un cementerio de campo, bien soleado y con vistas al mar; el cementerio de Saint-Barthélemy.

«Ha prescrito rodear con una reja la tierra donde reposa y colocar en la cabecera, pero de pie par que no pese sobre su ataúd, una lápida donde se grabará una cruz y, debajo, esta simple inscripción:

LAURE LE POITTEVIN – DE MAUPASSANT
NACIDA EN RUÁN EL 28 DE SEPTIEMBRE DE 1821
FALLECIDA EN [NIZA] EL [8 DE DICIEMBRE DE 1902]»

Y el buen doctor añadía: «Hacía dieciséis años que iba a verla todos los días; habrá usted adivinado que su muerte constituye para mí un duelo personal. Mil veces gracias por las amistosas palabras que usted me dirige y en las que siento una absoluta sinceridad. Su muerte no nos separará.

«Continuaremos nuestra amistad de lejos, esperando el deseado día en el que pueda estrechar su mano. De todo corazón... ».

Que me sea permitido dar las gracias aquí a este excelente colaborador, a este sincero amigo, que me ha proporcionado, realmente, la mejor y más segura parte de los datos que necesitaba para este libro, que es un homenaje dedicado respetuosamente a la gran memoria de Maupassant.

***

Después de haber hablado de la muerte y de la tumba de la madre, hablemos de los últimos instantes y de la tumba del hijo.

«La Sra. de Maupassant se ha apagado a los ochenta y tres años. Su nuera, la Sra. de Hervé de Maupassant, y la Srta. Simone de Maupassant, su nieta, se encontraban a su cabecera. Por expresa voluntad de la fallecida, no serán enviadas esquelas.

«Posteriormente indicaremos el día y la hora de las exequias. [*Por una desgraciada conjunción de circunstancias, la hora de los funerales no pudo ser fijada hasta muy tarde, y solamente los amigos más íntimos pudieron seguir el féretro*].

«Uniendo nuestro pésame a aquellos numerosos admiradores de Maupassant, rogamos a la Sra. de Hervé de Maupassant y a su hija Simone, que cuenten con el homenaje de nuestra dolorosa simpatía ».

En 1895, dos años después de la muerte de Maupassant, un grupo de amigos, entre los cuales se encontraba su editor, Paul Ollendorff, tuvieron de pronto la idea de erigirle un monumento en uno de los lugares más frecuentados del famoso cementerio del Pére-Lachaise, frente a la tumba de Michelet, al que Maupassant tanto admiraba.

«Ollendorff había tomado la iniciativa de hacer transportar el cuerpo de Guy de Maupassant al Père-Lachaise; la Ciudad de París habría donado un terreno en las proximidades del de Alfred de Musset y de otros escritores que forman un barrio aparte en la ciudad fúnebre.

«La Señora Laure de Maupassant se puso a ello; no quiso que se turbase el sueño de su querido difunto; y además a Guy le horrorizaba el cementerio monumental.

«Tras una serie de indecisiones ella creyó ser la intérprete de los sentimientos de su hijo prefiriendo dejarlo en el banal cementerio [de Montparnasse] dónde él descansa y dónde la piedad de sus admiradores hace destacar la gloria de nuestro pobre amigo»[1]-

Para muchos ambiciosos, la decisión de la Señora de Maupassant constituyó una desilusión. El editor vio escapar una maravillosa y económica publicidad, y algunos hombres de letras desconocidos debieron renunciar a verse nombrados por los periódicos parisinos y a ver reproducir algunos párrafos de los discursos que sin duda habían preparado[2].

***

Cuando Ludovic Halévy propuso a Maupassant la candidatura a la Academia Francesa, dónde, decía él, los Inmortales no podían dejar de acogerlo triunfalmente, Guy respondió mediante una negativa:

– No, ¡eso no es para mí! ¡Más tarde, quién sabe! Pero de momento quiero ser libre.

La frase de Halévy sobre Maupassant, citada por Diego Angeli en su artículo de 1895, ha sido dicha a Angeli por el propio Halévy, en Roma, un día en el que iban juntos a ver la Galería Spada en el palacio Potenziani. No estaban solos: Marcel Prévost, un hijo de Ludovic Halévy, el Sr. Bernard

[1] Pasaje de una carta que me escribía el Dr. Balestre el 30 de octubre de 1903.
[2] Diego Angeli me contó todo esto en noviembre de 1903.

(que era novio de la hija de Dumas hijo, convertida después en Sra. de Hauterive), y finalmente Jospeh-Napoleon Primoli estaban con ellos. La dueña de la casa, la princesa Potenziani, hacía los honores del palacio.

Halévy y Diego Angeli hablaron mucho de Zola y de Maupassant. Halévy cuenta que él había sido de los que (¡tan pocos!) habían votado por Zola para la Academia francesa. Añade¨

«Ese caballero es un poco comprometedor, haciendo creer en el extranjero, con sus libros, que en Francia la burguesía no hace más que sobar a las criadas en las escaleras ».

Es con respecto a *Pot-Bouille* que Halévy decía lo anterior. Añadía que de todos modos no había dudado en votar valientemente por Émile Zola.

***

He aquí lo que escribió Didacus a propósito del cuaderno de notas de los psiquiatras que trataron al pobre loco:

«Cuando la locura de repente oscureció aquel intelecto tan potente y tan fecundo, la imagen del misterio de la tierra ocupó su espíritu continuamente. Pasaba horas enteras en el jardín del sanatorio, mirando las flores y las plantas, durante largas horas.

Todos los fenómenos de la vegetación lo atraían de un modo especial; veía una vida oscura en aquellas flores y plantas, y expresaba esta visión con unas frases infantiles de una tristeza infinita.

El médico que lo cuidaba ha recogido muchas de estas frases en una pequeña libreta que he tenido la suerte de ver en casa del conde Giusseppe Primoli. Muchas veces estaba preocupado por las profundidades de la tierra y por los daños que a la tierra causaban los ingenieros. Tal idea se repite frecuentemente como un estribillo, en aquellas breves notas: *aquí están los ingenieros, los ingenieros que excavan la tierra, que la horadan...*

Se diría casi que sufría con el pensamiento de esos profundos desgarros hechos en el seno de la buena madre común; y de las oscuras cosas que estaban puestas a la luz, y de los descansos interrumpidos repentinamente. Las últimas palabras son como una confesión y como un voto: *¡las tinieblas, oh las tinieblas!*. Pronunció estas palabras poco antes de morir.

¡Las tinieblas!. Él las ha encontrado en el tranquilo rincón del cementerio de Montparnasse, dentro de aquella tierra que su imaginación enferma veía sin descanso. Que los ingenieros no interrumpan aquel largo reposo, y no abran aquella fosa donde ha crecido la hierba donde han nacido las flores.

Alguna cruz de la Legión de Honor de menos, alguna pequeña vanidad insatisfecha, algún razonamiento desvanecido, pero que el último deseo del muerto sea respetado. Y sobre todo se recuerden sus palabras a Ludovico Halévy: *de momento, quiero ser libre. ¡La más grande libertad es aquella de la tumba*! »[1]

***

He respetado mi promesa a la pobre difunta, a la infortunada madre de Guy: no he añadido nada a los detalles tan lamentables publicados por Diego Angeli en su artículo, ¡tan emotivo y tan entusiasta, de 1895!... ¡Y sin embargo ese cuaderno sería un conmovedor e importante documento de un sufrimiento inconsciente y de un fin trágicamente doloroso!

[1] Párrafo en italiano en el volumen de Lumbroso. Traducción del italiano de Nieves Soto. [N. del T.]

MAUPASSANT

Y LOS PLAGIOS DE G. D'ANNUNZIO[1]

[1] Según una serie de cartas intercambiadas entre el Sr. Maynial y yo, del 15 al 25 de octubre de 1903. Insisto en mantener esa fecha, pues una de las referencias al respecto ha sido hecha, igualmente, por el Sr. BENEDETTO CROCE en sus *Notas sobre literatura italiana de la segunda mitad del siglo XIX: Gabriele d'Annunzio*, publicadas en Nápoles en los números de enero-mayo de 1904 de *La Critica*. Mi libro ya estaba listo. Hace un año, en efecto, que la imprenta del Sénat ha comenzado a imprimir este volumen.

Cuando se acaba la lectura de un libro reciente de G. d'Annunzio, *La Novelle della Pescara*[1], uno no puede negar haber encontrado allí cosas muy agradables, algunas delicadamente imaginadas y finamente escritas, y siempre esa mezcla de épica desenfrenada y de lirismo a ultranza, que no es una de las menores características de nuestro poeta.

Pero hete aquí que leyendo uno de los más originales de esos relatos, *La Veglia fúnebre* (El velorio), nos vemos de pronto acosados por la idea de una reminiscencia que no se puede impedir ir a constatar. No nos equivocamos: dos páginas de *La Veglia funebre*, el encantador relato del paseo campestre que da Emidio con Rosa, están tomados, en muchos fragmentos, palabra por palabra, detalle por detalle, de un cuento de Maupassant, *Regret* (Añoranza), que se encuentra en la célebre antología *Miss Harriet*[2].

Recordemos el argumento: un hombre piensa melancólicamente, una noche de invierno, en la única hora de amor de la que pudo haber disfrutado en su juventud, y que torpemente dejó escapar. La mujer de un amigo se le había ofrecido, con muy poco disimulo, durante un paseo por el campo, y la timidez le impidió comprender y aceptar esa ofrenda de amor. Pasados los años, vuelve a ver todos los incidentes de ese paseo para dos en una cálida tarde.

En *La Veglia funebre*, Emidio Mila, «el clérigo», piensa paralelamente en la hermosa jornada de septiembre en la que Rosa se entregaba a él, incitándolo con provocadoras coqueterías de las que él no sabe aprovecharse.

He aquí, enfrentadas, la una y la otra, ambas páginas de d'Annunzio y de Maupassant:

MAUPASSANT, *Regret*	D'ANNUNZIO, *La Veglia funebre*
Saval, mirándola fijamente, sentía estremecimientos y palpitaciones; palidecía, temiendo que sus ojos no se mostraran con exceso atrevidos, que un temblor de su mano revelara su secreto.	El muchacho la miraba sintiéndose estremecer hasta la médula, empalideciendo y temeroso de traicionarse.

[1] Publicado en España bajo el título "Cuentos del río Pescara". Alianza Editorial. Colección Alianza 3, nº 28. Madrid, 1977. [N. del T.]

[2]

Ella se había hecho una corona con flexibles tallos y con lirios de agua, y le preguntó: —¿Le gusto a usted así?	Ella separó con las uñas una larga espiral de hiedra de un tronco, se la ató a la trenza con un retorcimiento rápido y sofocó la rebelión en la nuca con los dientes de la peineta. Las hojas, unas verdes, otras rojizas, mal sujetas, se desbordaban, desordenadas. Preguntó: – ¿Te gusto así?
Como él no contestó nada—no se le ocurría nada que contestar, y más fácil hubiérale sido caer a sus píes de rodillas—, ella soltó la risa, una risa casi burlona y despechada, gritándole: —¡Tonto, más que tonto! Hable usted al menos. El estuvo a punto de llorar, sin que acudiese ni una sola palabra en su ayuda. Y todo esto lo recordaba como el primer día. ¿Por qué le había dicho ella: «Tonto, más que tonto! Hable usted al menos?»	Pero Emidio no despegó los labios; no supo que responder. – ¡Ah, no te gusto! ¿Eres mudo acaso? El tenía ganas de caer de rodillas. Y, como Rosa reía con una risa forzada, él sentía como el llanto le subía a los ojos por la angustia de no poder pronunciar ni una sola palabra.
Recordaba de qué modo, con cuanta dulzura le oprimía, apoyándose en él. Y al inclinarse para pasar por debajo de un árbol de ramas caídas, la oreja de la señora Sandres había rozado la mejilla del señor Saval, ¡su mejilla!, y él había retirado la cabeza con un movimiento brusco para que no creyera ella voluntario aquel contacto.	Siguieron caminando hasta que llegaron a un punto en que un árbol caído impedía el paso. Emidio levantó el tronco con ambas manos y Rosa pasó bajo las ramas verdeantes, que, por un instante, la coronaron...
Cuando él dijo: «¿Le parece si es hora de que volvamos?», ella le arrojó una mirada singular. Cierto; le miró entonces de un modo extraño. De pronto no lo tomó en cuenta y al cabo de los años lo recordaba minuciosamente. Ella le había dicho: —Como usted quiera; sí está usted cansado ya, volveremos.	De repente [Rosa] se levantó y miró a Emidio con una mirada singular: – Bueno, ¿nos vamos? Se pusieron en camino y regresaron al lugar de la reunión, siempre en silencio.

El tema y el desenlace del relato son completamente diferentes, en Maupassant y en d'Annunzio. Pero leyendo este pasaje, me parece difícil sostener que no haya en Annunzio más que un simple recuerdo, siendo *la*

Veglia funebre (del que desconozco la fecha exacta, pero que ha aparecido en el volumen *San Pantaleone* en 1886, bajo el título *L'idillio della vedova* [El idilio de la viuda]) ciertamente posterior al relato contenido en la antología *Miss Harriet* publicada en 1884.

Sin duda sería exagerado denunciar el plagio: aunque las frases están algunas veces, pura y simplemente, traducidas de Maupassant, aunque todos los detalles esenciales, característicos se encuentren, todo es poetizado y desarrollado en el relato del escritor italiano: mantengo como particularmente curioso el modo en el que d'Annunzio ha sabido sacar partido del detalle de la corona, «la espiral de hiedra... las hojas verdes, otras rojizas...» y el del árbol atravesado cuyas ramas verdeantes coronan el paso de la bella Rosa.

Pero el derecho de inspiración por imitación, que posee todo escritor, ¿acaso no es llevado aquí un poco lejos, si se piensa que d'Annunzio ha copiado, por así decirlo, no un fragmento conocido de su modelo, sino un pasaje de un relato bastante desconocido, teniendo algún derecho a pensar que jamás se encontraría el prototipo de su relato?

Los préstamos tomados a Maupassant por d'Annunzio no son raros, y los hay célebres: mis lectores conocen seguramente ese voluptuoso episodio del *Piacere*, cuando André Sperelli bebe un sorbo de té, labio con labio, en esa fuente de carne viva que le ofrece la mujer.– Toda la novela *Il Trionfo della Morte* no está alli...

Pero no quiero llevar más allá la serie de divulgaciones. Se trata de piadosos disimulos a los que hay que saber resignarse.

Pero sí continuaré mis modestas divulgaciones sobre los préstamos tomados por d'Annunzio a Maupassant para el volumen de las *Novelle*. He aquí otra muestra muy importante, tan incuestionable como la anterior.

Para el *Triunfo de la Muerte* mis puntos suspensivos son menos una medida de prudencia que una semiconfesión de ignorancia. No se puede afirmar que una obra esté inspirada o imitada de otra, más que después de un severo control, pues es una muy grave acusación la que se formula. Ahora bien, en relación a esa novela, yo no tengo más que presunciones; me llevará bastante tiempo verificarlas. Cuando esté efectuada dicha verificación, no dejaré de publicar el resultado de esas investigaciones. En todo momento he de suponer que el importante episodio del peregrinaje de Casalbordino, que ocupa una buena parte de la novela, está construido sobre

el modelo de una de las más famosas escenas de *Lourdes* de Zola, la escena de la Gruta. Creo que es posible establecer la imitación directa en un gran número de detalles. Uno no ignora sin duda, que cuando apareció el *Triunfo de la Muerte* en la *Revue des Deux-Mondes*, se suprimieron los capítulos del peregrinaje que sin embargo son, sino los más originales, al menos se encuentran entre los más bellos de la obra. Si se hizo, ¿se debió únicamente a un escrúpulo de principios fácil de explicar? ¿No se temió también que se estableciese una comparación, falsa bajo todos los conceptos, entre el autor de *Lourdes* y el del *Triunfo*?

Por otra parte, un número bastante grande de fragmentos, en la novela de d'Annunzio, aquellos donde el escritor analiza psicológicamente los tan curiosos estados del alma de su personaje, siempre han despertado en el Sr. Maynial el recuerdo de pasajes análogos de *Nuestro Corazón*, de Guy de Maupassant.

***

Pero dejemos eso, puesto que no son más que hipótesis. He aquí una información mejor, puesto que es *precisa* y está *verificada*.

Tomo una vez más mi ejemplo, en los *Cuentos del río Pescara* (y, al respecto, remito a los lectores a las informaciones bibliográficas que el Sr. Croce acaba de darnos aunque su bibliografía nos haga saber que los *Cuentos* no son más que una reimpresión de un volumen de 1886, lo que no impide que la antología de d'Annunzio no sea posterior a las de Maupassant donde yo busco los prototipos del autor italiano). Manifiesto y demuestro que d'Annunzio es tributario de Maupassant en el relato titulado *El barquero* («Il Traghettatore»)[1].

---

[1] En la edición de 1886, Il Traghettatore se titulaba *La siesta*. He publicado esta relación en el Giornale di Venezia en septiembre de 1904, y el Sr. Guido Mazzoni, después de haber leído mi artículo, me escribió esta nota que constituye un auténtico documento literario:

«Querido Sr. barón,

Gracias por el *Giornale di Venezia* con el espléndido y útil artículo. No me ha sorprendido veros descubrir otra fuente de d'Annunzio; su arte está siempre artificiosamente compuesto de fragmentos de otros párrafos, aunque alcanza efectos originales. Al que pudiendo le ocurre, porque tiene en ciertos argumentos y en ciertos momentos además la habitual virtuosidad, una admirable expresión...

Suyo, devotísimo

GUIDO MAZZONI.

Sabida es la inclinación que siempre tuvo Maupassant en describir el instinto en toda su vehemencia y en sus consecuencias cómicas y desgraciadas. En este sentido, hay un tema que lo ha obsesionado y que ha retomado varias veces bajo formas diferentes: una madre o un padre, busca y encuentra, después de muchos años, un hijo natural del que se vieron obligados a desembarazarse debido a las conveniencias sociales; que se ha convertido, después de veinte años, después de treinta años, en ese ser desgraciado a quién el secreto de su nacimiento producto de un adulterio, lo ha avocado a una situación excepcional, lejos de su familia natural, en otro mundo, en otro rango del orden social. Es un desgarrador problema: Maupassant lo ha planteado al menos tres veces:

1º *Un hijo* en los *Cuentos de la Becada* (1883);
2º *El Abandonado* en *Yvette* (1885);
3º *Duchoux* en *La Mano Izquierda* (1889).[1]

El segundo de esos relatos es el más interesante para la comparación que quiero establecer. La descripción del *Abandonado* es desde todos los puntos de vista conforme a la del *Barquero*, y una multitud de detalles son, incuestionablemente, tomados prestados, por el autor italiano, del escritor francés.

La Sra. de Cadour ha convencido a su marido para pasar sus vacaciones en Fécamp, capricho inexplicable. Pero la mujer tiene sus razones, y el marido cede. Doña Laura arrastra del mismo modo a su marido a Penti: el barón Albónico no comprende la razón, pero cede. Doña Laura tiene su secreto, que es el mismo que el de la Sra. de Cadour.

Ambas se han casado « por conveniencias familiares ». El marido está casi siempre ausente, uno, general del ejército de Napoleón, el otro, diplomático en misiones lejanas. Durante una de esas ausencias, la joven esposa se entrega a un hombre, casado como ella...

Luego se sintió embarazada. ¡Qué angustias!	Pero, un día, Doña Laura supo que estaba encinta, se desesperó, cayó en una terrible

[1] El autor se olvida del cuento *El parricida* en *Cuentos del día y de la noche* (1882) [N. del T.]

¡Oh! Aquel viaje al Midi, un viaje largo, doloroso; los temores incesantes, la vida misteriosa, oculta en la casita solitaria, *a orillas del Mediterráneo*, en el fondo de un jardín del que nunca se atrevió a salir.	angustia. Aconsejada por su amante partió para Francia*; se ocultó en una aldea de Provenza*, en una de esas tierras soleadas llenas de vegetales...

Observad ese detalle característico: la idéntica elección del país que servirá de retirada.

Vienen a continuación dos descripciones análogas: aquí, no hay traducción literal, como en el fragmento anterior, sino reminiscencias directas:

Cómo recordaba los días eternos que pasó *al pie de un naranjo*, con los ojos fijos en el fruto redondo y rojo, escondido casi entre verdes hojas! Deseaba salir, acercarse al mar, cuya brisa fecunda recibía por encima de la tapia, cuyo constante vaivén oía sin cesar, cuya superficie azul, brillante al sol, y salpicada por blancas velas blancas y una montaña en el horizonte.	Vivía en una casa de campo rodeada de un gran huerto. Los árboles florecían: era la primavera. Entre sus terrores y negras melancolías, tenía intervalos de infinita dulzura. *Pasaba largas horas sentada a la sombra*, en una especie de inconsciencia, mientras el vago sentimiento de la maternidad la hacía estremecer, a ratos, profundamente. Las flores a su alrededor emanaban un perfume agudo: ligeras nauseas subían a su garganta y propagaban por todos sus miembros una inmensa laxitud. ¡*Días inolvidables*!

Las dos mujeres dan a luz de noche:

¡Qué noche aquella! ¡Cuánto gimió, cuánto gritó! No se borraba de su memoria *el rostro pálido de su amante, besándole a cada minuto las manos*; la cabeza calva del médico, la cofia blanquísima de la enfermera.	Y cuando el solemne momento se acercaba, llegó, deseado, su amante. La pobre mujer sufrió. Él estaba junto a ella, *pálido*, hablando poco, *besándole las manos. Dio a luz de noche.*

Aquí, y en párrafo siguiente, se puede decir que la traducción es directa:

Y la sacudida violenta de su corazón al oír el débil gemido de la criatura, *ese maullido*, aquel primer esfuerzo de una voz de hombre.	Los primeros vagidos del infante sacudieron su alma hasta las raíces...y de la boca surgió un lamento débil, casi un *maullido* indistinguible.

... En los dos relatos pasan el mismo número de años, cuarenta: coincidencia irrelevante, pero curiosa. Las dos madres piensan en sus hijos, y no pueden imaginarse que hayan crecido.

¡No imaginaba que se habría desarrollado! Le suponía siempre como aquella larva humana que sólo un día cogió en brazos, apretándole contra su dolorido cuerpo.	Ya habían pasado casi cuarenta años desde el día de su nacimiento, y, sin embargo, en su pensamiento no veía más que un niño sonrosado con los ojos todavía cerrados.

El amante siempre ha negado a la madre el ver a su hijo; incluso le oculta hasta el lugar donde éste se encuentra; teme una imprudencia. Y, en los dos relatos, las razones que él da a su negativa son naturalmente las mismas: la mujer, la madre, no sabría contenerse, se traicionaría; y el hijo, habiendo adivinado, la explotaría. A partir de ese momento, el relato de d'Annunzio se aleja sensiblemente del de Maupassant: es más largo, menos simple, y el desenlace completamente diferente. Incluso está permitido considerarlo más bueno, aunque menos humano, menos cercano a la realidad. Sin embargo, aquí y allá, unos detalles que se encuentran en Maupassant, reaparecen en el texto italiano: la madre, para volver a ver a su hijo, se pone en camino, en una tarde sofocante de verano, y los dos relatos, sobre todo el de d'Annunzio, toma prestados de la luz tórrida, el calor asfixiante, muy bellos efectos; el hijo, un aldeano grosero y deforme por los trabajos pesados, tiene «el vicio del vino»...

Las relaciones que acabo de indicar permiten afirmar que d'Annunzio ha trabajado sobre el cuento de Maupassant, y ha desarrollado, en la primera parte del suyo, todos los detalles característicos.

No puedo afirmar que el relato *Un hijo*, que he indicado antes, haya servido igualmente de modelo a d'Annunzio; no hay más que uno o dos detalles idénticos: el temor a que el padre sea explotado si se diese a conocer a su hijo; la decadencia moral en la cual se ha sumido el hijo, y especialmente el vicio del alcohol al que éste ha cedido.

***

He aquí una nueva indicación. En esta ocasión se trata del relato titulado *La Fine di Candia* [El final de Candia], cuyo tema está tomado, y muchas de sus frases están traducidas, del relato de Guy de Maupassant titulado *La Ficelle* [El Cordelillo].

Le Fine di Candia se encuentra en los *Cuentos del río Pescara* (p. 319 de la edición Treves y con el mismo título en la edición de 1886 de *San Pantaleone*)[1]; *la Ficelle* pertenece a la antología de *Miss Harriet* (1884; p. 240 de la edición original Havard)[2]. Se recuerda que es también de la antología *Miss Harriet* de donde d'Annunzio había tomado una parte de su relato *La Veglia funebre*. Se da en ello una interesante coincidencia.

El granjero Hauchecorne se ve acusado de haber robado una cartera, encontrada sobre el camino. Es convocado ante el alcalde que mantiene la acusación formulada contra él. – La lavandera Candia es acusada de haber hurtado una cuchara de plata a doña Cristina. Es llamada ante el «sindaco», convencido él también de su culpabilidad.

Maese Hauchecorne y Candia salen de la alcaldía, después de ser interrogados:

Entre tanto, se había corrido la noticia. Cuando el anciano salió de la Alcaldía la gente le rodeó, sometiéndole a un interrogatorio, que en unos era serio y en otros, zumbón; pero sin que nadie se hiciese el indignado. Contó a todos la historia del cordelillo. Nadie se la creyó. La gente se reía.	Candia salió...Al salir a la calle y ver a toda aquella gente agolpada allí, comprendió que la opinión pública ya estaba contra ella, y que nadie había creído en su inocencia. No obstante se puso a proclamar a gritos su inocencia. La gente reía al escabullirse.

Así pues, el uno y la otra hacen esfuerzos desesperados para convencer a la opinión pública de su inocencia, pero en vano:

Iba de un lado a otro; todos lo detenían y él	Entonces, Candia fe a visitar a todas sus

[1] Página 193 de la edición española de Alianza editorial. Col. Alianza 3, nº 28. 1977. [N. del T.]

[2] Para la traducción de la presente obra, trabajo con la edición en español de las *Obras Completas* de Guy de Maupassant, traducidas por Luís Ruiz Contreras, edición Aguilar, Tomo II Cuentos. Madrid 1948. *Un cordelillo* se encuentra en la página 618. [N. del T.]

detenía a todos sus conocidos, y una vez y otra repetía su relato y sus protestas de inocencia, dando la vuelta a sus bolsillos para demostrar que no llevaba nada en ellos... Por la tarde, dio una vuelta por el pueblo, a fin de contar su aventura a todo el mundo. No se topó más que con incrédulos. clientes. A cada una le dio su propia versión y le dio sus razones y disculpas, añadiendo siempre un nuevo argumento, con mayores detalles, acalorándose y desesperándose ante la incredulidad y la desconfianza. Pero era inútil. Sentía que ya no le quedaba ninguna posibilidad de defensa.

Finalmente, la cartera es llevada a la alcaldía por un muchacho de una granja que la había recogido en el camino. La cuchara es encontrada en la casa de Doña Cristina por medio de una vidente. Pero la opinión pública ya está formada; maese Hauchecorne y Candia siguen siendo considerados como los verdaderos ladrones, unos hábiles ladrones que han hecho restituir por un cómplice el objeto robado.

La noticia se extendió pronto por aquellos alrededores. Maese Hauchecorne... Salió en seguida a dar una vuelta por el pueblo, y volvió a contar su historia, completándola con el desenlace. Estaba radiante.... Ahora se sentía tranquilo; pero, sin embargo, le quedaba un resquemor, sin que supiese exactamente en qué consistía. No lo tomaban en serio. No parecían convencidos. Algo hablaban a espaldas suyas...
El campesino se quedó boquiabierto. Al fin, lo comprendía todo. Le acusaban de haber hecho devolver la cartera por un compinche, por mediación de un cómplice... Abochornado, lleno de indignación, ahogado de cólera y de vergüenza, regresó a su casa; *lo que aumentaba su terror era el sentirse muy capaz, dada su socarronería de normando, de haber hecho aquello de que lo acusaban*, y aún de jactarse después, como una buena jugarreta. Como todo el mundo lo tenía por un taimado, llegó a la confusa convicción de que le seria imposible probar su inocencia.

Rápidamente, la nueva se extendió por toda Pescara. Entonces, triunfante, Candia Marcanda se echó a recorrer las calles. Parecía más alta, llevaba la cabeza erguida y sonreía a todos en los ojos, como diciendo: – ¿Habéis visto? ¿Habéis visto? La gente en las tiendas, al verla pasar murmuraba algo y luego estallaba en una carcajada significativa....
Candia se quedó por un momento estupefacta... Luego, de repente, comprendió. No creían en su inocencia. La acusaban de haber devuelto en secreto la cuchara de acuerdo con la bruja para no tener problemas... La nueva acusación le dolía más que la primera, *tanto más cuanto se había imaginado capaz de haber imaginado aquel subterfugio.* ¿Cómo disculparse ahora? ¿Cómo aclarar la verdad?

Golpeados en el corazón por la injusticia de la sospecha, maese Hauchecorne y Candia se transforman en una especie de maníacos, con todo su espíritu ocupado por su historia y su justificación, que ambos cuentan a todo el mundo, con cualquier motivo.

Y de nuevo empezó a contar la historia, alargando cada día su relato, y cada vez le agregaba nuevas razones; protestas de inocencia más y más enérgicas, los juramentos más solemnes que él ideaba, que él preparaba en sus horas de soledad, porque en su cabeza ya no había lugar sino para la historia del cordelillo. Y cuanto más complicada era su defensa y más sutil su argumento, menos le creían. *Los bromistas le hacía contar la historia del «trozo de cuerda» para divertirse*, lo mismo que se hace contar sus aventuras al soldado que estuvo en la guerra.	Entonces Candia se puso a buscar diferentes argumentos persuasivos, aguzó su ingenio, imaginó tres, cuatro, cinco casos distintos... artificios y triquiñuelas de todo tipo, lo matizó todo con ingenio singular. Luego se puso a dar vueltas por las tiendas, por las casas tratando por todos los medios de vencer la incredulidad de las gentes. La gente escuchaba sus razones capciosas regodeándose. Al final le decían: «¡Está bien! ¡está bien!»... *Los jovenzuelos la llamaban y por unas perras se hacían contar tres, cuatro veces la narración.*

Y el desenlace es idéntico:

A fines del mes de diciembre, tuvo que guardar cama. Murió en los primeros días de enero, y en los delirios de la agonía hacía protestas de inocencia, repitiendo a menudo: —Un cordelillo... Era un cordelillo... Aquí está, señor alcalde.	En el invierno de 1874 le dieron unas fiebres malignas. En la agonía... Candia balbuceaba: – No fui yo, señora... mire usted... porque... la cuchara...

La copia me parece, en esta ocasión, incuestionable. Es el tercer relato, en el volumen de los Cuentos del río Pescara, en el que Annunzio es tributario de Maupassant. Es mucho para una sola antología, y eso no es todo: yo entrego gustoso a mis lectores estas «imitaciones», cuya frecuencia sin duda comienza a divertirlos.

En *los Cuentos del río Pescara*, el relato *La Fattura*[1] [El encantamiento] puede ser comparada con *L'Ane* [El Asno] de la antología *Miss Harriet*.

[1] Publicado bajo el mismo título en la edición de 1886.

1º. Maillochon y Chicot han matado un viejo asno en el bosque de Saint-Germain. Lo dejan en el lugar y lo venden, como ciervo o gamo, por veinte francos a un tabernero.

2º «Ciavolà» y «el Rastibilito» han robado un cerdo a «Maese Pepe»; consiguen, mediante un pretendido artificio mágico, a convencer al propio propietario de ese robo.

Los dos tipos «Ciavolà» y «el Rastibilito» recuerdan a Mailloche y Chicot en *El Asno*. En lo físico, presentan el mismo contraste, uno grande, delgado y calvo, el otro colorado.

La piel de la cabeza parecía cubierta de una pelusilla vaporosa de un asomo de cabello, como el de un pollo desplumado cuando se lo va a chamuscar.	Su cráneo estaba cubierto por una especie de pelusilla semejante al cuerpo desplumado de una oca gorda aun por socarrar.
Parecía no haber tenido nunca más pelos en la cara que los de un bigote corto, como cepillo, y una mosquita de pelos tiesos debajo del labio inferior. Estaba calvo en las sienes.	Con bigotes duros y cortados a cepillo.
De mirada aguda, como de persona a la que hostigan fundadas inquietudes o como de animal que se ha visto perseguido muchas veces.	Sus ojos redondos, vivos y móviles, inquietos como los de las alimañas corredoras...

En lo moral, con la misma falta de escrúpulos, viven de la caza furtiva, de robos, siempre al acecho de una confianza o una tontería que explotar. Cuando han iniciado o dado un buen golpe, lo celebran ruidosamente:

Se perdió en la oscuridad de la noche. Maillochón, que iba tras él, le daba *fuertes puñetazos* en la espalda para expresarle su regocijo.	Los dos compadres se encaminaron hacia Pescara a buen paso por el sendero arbolado, uno delante y el otro detrás. Y Ciavolá daba *grandes puñadas* en la espalda de Ristabilito para demostrarle su gran contento.

***

Comparemos ahora *Turlendana ritorna* [Turlendana regresa] de los *Cuentos del río Pescara*[1] con *Le retour*[2] [El regreso] (*Yvette*).

1º. Turlendana regresa a Pescara, después de lejanos viajes por países exóticos de donde trae un camello y un mono. Hace treinta años que se le cree perdido en el mar. La esposa, la Turlendana «la cegata», se ha vuelto a casar tres veces. A su regreso a Pescara, Turlendana se dirige a la posada regentada por su esposa, y se encuentra en presencia de su cuarto marido.

2º Martín, marinero normando, ha desaparecido después de un naufragio donde se le cree perdido con toda la tripulación de la que formaba parte. Regresa a casa después de treinta años de ausencia, y encuentra a su esposa casada de nuevo.

Descripción del retornado:

Su rostro estaba *envejecido, arrugado*, con señales de hondo sufrimiento.	La piel oscura, seca, llena de asperezas, curtida por la intemperie, quemada por el sol, y *marcada por las penalidades*, parecía no conservar ninguna viveza humana.

Encuentro de los dos hombres:

Levesque, tomando una silla, le preguntó: —¿Viene usted de muy lejos? —Vengo de Séte. —¿A pie? —Sí, a pie... —Y ¿adónde va usted? —Aquí. —¿Conoce usted a alguien del pueblo? —Es posible.	Al final [Verdura] preguntó: – ¿De qué país viene? ... – Vengo de lejos. – ¿Y adónde va? – Estoy aquí.
... Comía lentamente, a pesar del hambre, y bebía de cuando en cuando un sorbo de sidra, después de cada bocado de pan...	Turlendana comía los pescados uno a uno...A cada dos o tres pescados bebía un sorbo de vino.
—¿Cómo se llama? El pobre contestó, sin levantar la cabeza: —Me llamo Martín. ...—¿Es usted de aquí?	...– ¿Su nombre, señor forastero? El interrogado levantó la cabeza del plato, y respondió sencillamente: – Me llamo Turlendana.

[1] Relato publicado bajo el mismo título en la edición de *San Pantaleon*.

[2] El regreso ha sido llevado a la escena en 1901, en París. El Sr. FAGUET ha hablado de esta adaptación en su sección de los *Débats*.

El pobre respondió: —Soy de aquí.	– ¿Qué? – Turlendana. – ¡Ah! ...– ¡Turlendana! ¿el de aquí? – El de aquí.

El último marido experimenta la necesidad de mostrar al recién llegado en la región; lo lleva al cabaret y lo exhibe como una curiosidad a los bebedores:

—¡Eh! ¡Chicot! Dos copitas de aguardiente de la buena. Mira, Martin ha vuelto, ¿sabes? *Martin el de mi mujer*, ya sabes, Martín el de la barca *Dos Hermanas* que se había perdido.	Arrastraba al recién llegado por un brazo a través del salón de los bebedores, agitándose y gritando: – ¡Este es Turlendana! ¡Turlendana el marinero! ¡El marido de mi mujer, Turlendana el que se había muerto! ¡Aquí está Turlendana! ¡Aquí está Turlendana!

***

He aquí *En mer* [En la mar] de los *Cuentos de la Becada*, comparado con *Il Cerusico di mare* [El cirujano del mar] de los *Cuentos del río Pescara*[1].

Primera coincidencia: la tripulación de los dos barcos se compone de seis hombres y de un grumete.

Segunda coincidencia: la única forma de poder salvar al herido no es aceptada porque compromete el éxito de la navegación y la pesca.

Un pasaje traducido:

-Estarías mejor abajo -le dijo su hermano. Bajó, pero al cabo de una hora volvió, no se sentía bien solo. Y, además prefería el aire fresco...	–¡Vete abajo!– le gritó Ferrante a Gialuca... Gialuca bajó a la sentina... Al cabo de media hora Gialuca reapareció en el puente... Prefería estar al aire libre.

***

[1] En la antología de 1886, este relato de d'Annunzio tiene por título *Il martirio di Gialluca*.

Hay también un recuerdo del mismo relato de Maupassant (*En la mar*) en *l'Eroe* [El héroe][1]: «Ummálido» que, ayudando a transportar una pesada estatua de santo, aplasta la mano bajo el enorme peso:

Se lanzaron sobre el cabo, intentando librar el brazo que estaba triturando. Fue en vano... Javel el menor se había dejado caer en sus rodillas, los dientes apretados, los ojos angustiados. No dijo nada.... Los amarres cedieron finalmente y liberaron el brazo inerte, bajo la manga de lana ensangrentada.	Y los hombres, al unísono, hicieron fuerza para levantar el peso... ... Ummálido había caído de rodillas...Así, de hinojos, miraba fijamente la mano que no podía liberar, con dos ojos grandes llenos de terror y de dolor; pero su boca contraída ya no gritaba. Finalmente la estatua se alzó, y Ummálido retiró la mano aplastada y sanguinolenta, sin forma.

Ummálido, como el héroe de Maupassant, se corta él mismo el brazo que siente perdido, y lo ofrece a San Gonzalo.

Decididamente, lo que me decía estos días el profesor I. Della Giovanna, en relación con los plagios de d'Annunzio, es cierto: si hubiese que tener en cuenta todas las deudas literarias de los escritores, se harían palidecer las cifras del Gran Libro de la Deuda pública.

Eso no es muy consolador; pero el poder creador del cerebro humano es menor de lo que se cree. Crear es casi siempre rehacer, y rehacer es a menudo empeorar cuando se trata de literatura y de arte.

Según el Sr. Maynial[2], las profundas semejanzas de temperamento que existen entre Maupassant y d'Annunzio son más que suficientes para explicar las analogías de su inspiración *sin tener que acusar de plagio a d'Annunzio*, así como ya lo han hecho a menudo espíritus poco caritativos. Si, añade el Sr. Maynial, los dos escritores se han encontrado más de una vez, «es porque les interesaban las mismas cosas en la vida, es porque los mismos temas les eran sugeridos por la naturaleza del país en el que vivieron sus primeras impresiones ».

Las citas paralelas que acabamos de poner de relieve en este capítulo, hacen bastante inaceptables las conclusiones del Sr. Maynial. Estas conclusiones testimonian cuando menos una gran bondad de espíritu...

---

[1] Publicado bajo el mismo título en la edición de 1886.

[2] *Mercure de France*, noviembre de 1904.

EL VIAJE DE MAUPASSANT A ITALIA[1]

(1885)

[1] Enviándome las notas para este capítulo, el Sr. Pinchon ha tenido la amabiliad de escribirme, el 16 de octubre de 1904:

«He buscado en mi colección y le envío estos documentos, más o menos imposibles de encontrar hoy, porque he pensado que en una obra publicada por un autor italiano, todo lo que en la vida de Guy se relaciona con su país, tendría para usted un interes especialmente particular. Vea en ello una nueva prueba de simparía para la histira sincera de mi viejo amigo ».

Maupassant ha dedicado varios artículos en los periódicos a contar sus impresiones de sus viajes por Italia. El primero, titulado Venecia, apareció en el Gil Blas el 5 de mayo de 1885. Está datado en Venecia el 29 de abril.

He aquí el principio: «¡ Venecia ! ¿ Hay una ciudad que haya sido más admirada, más celebrada, más cantada por los poetas, más deseada por los enamorados, más visitada y más ilustre ?

«¡ Venecia ! ¿Hay una palabra en las lenguas del hombre que haya hecho soñar más que esta? Es bella, sonora y dulce: evoca de un golpe en el espíritu, un brillante desfile de magníficos recuerdos y todo un horizonte de encantadores pensamientos.

«¡ Venecia ! Esa única palabra parece hacer brotar del alma una exaltación, excitando todo lo que hay de poético en nosotros, provocando todas nuestras facultades de admiración. Y cuando llegamos a esta singular ciudad, la contemplamos infaliblemente con ojos prevenidos y radiantes, la miramos con nuestros sueños.

«Pues es casi imposible, al hombre que va por el mundo, no mezclar su imaginación con la visión de las realidades. Se acusa a los viajeros de mentir y de confundir a aquellos que los leen. No, no mienten, pero ven con su pensamiento más que con su mirada.

«Ningún rincón de la Tierra ha dado lugar, más que Venecia, a esta conspiración del entusiasmo ».

El segundo artículo lleva por título *Ischia.* Aparecido en el Gil Blas el 12 de mayo de 1885, está fechado en Nápoles el 5 de mayo. Contiene la descripción de Nápoles y el relato de una excursión a Ischia, y comienza así:

« Nápoles se despierta bajo un deslumbrante sol. Se despierta tarde, como una hermosa muchacha del Midi dormida bajo un cálido cielo. Por sus calles, dónde nunca se ve un barrendero, dónde todas las porquerías, procedentes de todos los despojos, de todos los restos de alimentos comidos durante el día, esparcen en el aire todos los olores, comienza a hormiguear la inquieta población que, gesticulante, escandalosa, siempre excitada, siempre febril, hace única esta ciudad tan alegre ».

Después de haber ido a visitar las ruinas de Ischia, después de un terremoto reciente, Guy regresa a Nápoles cayendo la noche.

« Las estrellas aparecen poco a poco en el espacio oscurecido. Pero allá abajo, un faro colosal se ilumina, en medio del cielo, un extraño faro que arroja periódicamente unos resplandores sangrantes; grandes haces de

roja claridad se emiten al aire y resplandecen como una espuma de fuego. Es el Vesubio ».

Fue en el *Figaro* del 13 de mayo de 1885, cuando fue publicado el tercer artículo: *Sicilia, Palermo*, del que aquí reproducimos algunos fragmentos:

«Se sabe cuán fértil es esta tierra llamada el granero de Italia, que todos los pueblos invadieron y poseyeron unos después de otros...

«Es, tanto como España, el país de las naranjas; el aire de su florido suelo es, en primavera, un constante perfume, y ella enciende todas las noches, encima de los mares, el monstruoso fanal del Etna, el volcán más grande de toda Europa...

« Pero lo que hace de ella, sobre todo, una tierra indispensable de ver y única en el mundo, es la circunstancia de ser, de un extremo a otro, un museo de arquitectura ».

Luego, a propósito de la Capilla Palatina, « la más sorprendente alhaja religiosa soñada por el pensamiento humano y ejecutada por manos de artista, está encerrada en la pesada construcción del Palacio Real, antigua fortaleza construida por los normandos », escribe:

«Lo que hace tan violenta la impresión producida por estos monumentos sicilianos, es que el arte del decorado es más aprensible a primera vista que el arte de la arquitectura. La armonía de las líneas y de las proporciones no es más que un marco de la armonía de los matices. Se experimenta al entrar en nuestras catedrales góticas una sensación severa, casi triste. Su grandeza es imponente, su majestad asombra pero no seduce. Aquí, se siente uno conquistado, conmovido, por ese algo casi sensual que añade el color a la belleza de las formas.

« Los hombres que concibieron y ejecutaron estas iglesias luminosas y sombrías a un tiempo, tenían ciertamente una idea muy distinta del sentimiento religioso que los arquitectos de las catedrales alemanas o francesas; y su genio especial se preocupó, ante todo, de hacer entrar el día en esas naves tan maravillosamente adornadas, de modo que no se le sintiera, que no se le viera que se desligase allí, que rozase solamente las paredes, que produjese efectos misteriosos y encantadores, y que la luz pareciera venir de las paredes mismas, de los inmensos techos de oro poblados de apóstoles ».

Más tarde, Maupassant, sacando a relucir sus recuerdos, publica, en el *Gil Blas* del 6 de septiembre de 1885, un artículo titulado: *Templos griegos*, del que he aquí el comienzo:

«Tantos poetas han cantado a Grecia, que todos nosotros conservamos su imagen, todos creemos conocerla un poco, y cada cual la ve en sueños como la desea. Para mí, Sicilia ha realizado este ensueño; ella me ha mostrado Grecia, y cuando pienso en esta tierra tan artista, se me antoja que veo montañas de líneas dulces, de líneas clásicas, y sobre las cumbres, templos, esos templos severos, algo pesados, quizá, pero admirablemente majestuosos, que aparecen por todas partes en esta isla ».

El *Gil Blas* del 29 de septiembre de 1885 publica *El azufre*, que comienza así:

« Si como se creía en otro tiempo, habita el diablo en un vasto país subterráneo, lleno de azufre fundido, donde hace hervir a los condenados, no hay duda de que es en Sicilia donde ha establecido su misterioso domicilio ».

Sigue una descripción del país, de la explotación del azufre, cuya conclusión es:

« Desde la barca, al regresar, descubrí una isla oculta detrás de Lipari. El barquero la denominó Salina. Sobre ella se recolecta el vino de malvasía. Quise beber en su mismo manantial una botella de ese famoso vino. Se dijera que es jarabe de azufre. Es el vino de los volcanes, espeso, azucarado, y dorado y tan azufrado, que os queda el gusto en el paladar hasta la noche; ¡el vino del Diablo! ».

Finalmente, el 12 de enero de 1886 apareció en el *Gil Blas* un artículo titulado: *Sobre una Venus*. Se trata de la Venus de Siracusa, descubierta en 1804 y conservada en el museo de esa ciudad, sobre la que Maupassant comenta sus impresiones:

« Mucha gente atraviesa continentes para ir en peregrinación a alguna estatua milagrosa; yo he tributado mi devoción a la Venus de Siracusa. En el álbum de un viajero había visto yo la fotografía de esa sublime hembra de mármol, y me enamoré de ella como se enamora uno de una mujer. La quise ver, y allí fui, a la pequeña y encantadora ciudad, construida sobre un islote y separada de tierra por tres murallas entre las cuales pasan tres brazos de mar....

« Al entrar en el museo, la distingo en el fondo de una sala, y tan hermosa como me la había imaginado.

« No tiene cabeza, le falta un brazo, pero jamás se me ha ofrecido la forma femenina más admirable y tentadora.

« No es la mujer poetizada, la mujer idealizada, la mujer divina o majestuosa como la Venus de Milo, sino la mujer tal como es, tal como se la ama, como se la desea, como se la quiere estrechar.

« Es gruesa, con el pecho prominente, redondeadas las caderas y algo pesadas las piernas, es una Venus carnal que se imagina uno acostado viéndola en pie. Su brazo caído oculta el seno; con la mano que le queda levanta una tela y descubre, haciendo un ademán adorable, los encantos más misteriosos. Todo el cuerpo está hecho, concebido pensado para ese movimiento; todas las líneas se concentran en él, toda la idea converge allí. Este ademán sencillo y natural, lleno de pudor y de impudicia, que oculta y enseña, vela y revela, muestra y recata, parece definir toda la actividad de la mujer sobre la tierra.

«Y el mármol está vivo, se le desea palpar con la certeza de que ha de ceder como si fuera carne.

« Los riñones, sobre todo, están maravillosamente animados y son bellísimos. Se desarrolla con todo su encanto esa línea ondulante y gruesa de las espaldas femeninas que va desde la nuca hasta los talones, y que muestra, en el contorno de los hombros, en la redondez decreciente de los muslos y en la ligera curvatura de las pantorrillas adelgazadas hasta los tobillos, todas las modulaciones de la gracia humana.

« Una obra de arte no es superior si no es al propio tiempo símbolo y expresión exacta de la realidad.

« La Venus de Siracusa es una mujer, y el símbolo de la carne...

« ¡No tiene cabeza! ¿Qué importa? El símbolo se ha hecho así más completo. Es un cuerpo de mujer que expresa toda la poesía real de la caricia.

« Schopenhauer ha dicho que la naturaleza, queriendo perpetuar la especie, ha hecho un ardid de la reproducción. Esta forma de mármol, vista

en Siracusa, es el ardid humano adivinado por el artista antiguo, la mujer que oculta y muestra a la vez el enloquecedor misterio de la vida.»[1]

He aquí, en resumen, los principales pasajes de los artículos que inspira a Maupassant su excursión por Italia. El modo en el que lo cuenta, tanto artístico como poético, hace palidecer las pequeñas anécdotas que se le atribuyen en relación con ese viaje y de su estancia en hoteles donde no hacía más que posar de cara a la galería. Tenía otra cosa en la cabeza y en el corazón.

[1] Con respecto a la Venus, hay que poner al lector en guardia contra una confusión que podrían causarle los diccionarios que señalan en el Museo de Siracusa a la *Vénus Callipyge*. Ahora bien, la Venus conocida bajo ese nombre, conservada en el Museo de Nápoles, con más cualidades de las que desvela su nombre griego, tiene desgraciadamente una cabeza moderna, mientras que la que describe Maupassant no. Se encuentra una reproducción de la Venus de Siracusa en la Historia de los Griegos de DURUY, nueva edición, 1889, tomo III, p. 589.

NOTAS SOBRE MAUPASSANT

Algunas fechas.

El 19 de febrero de 1879 (Maupassant tiene 29 años) primera representación de *Historia de los viejos tiempos* en el teatro Ballande (representada a menudo, después, en los salones, y pasada al repertorio de la Comedia francesa; apareció separadamente en la editorial Tressse en 1879, en un opúsculo rarísimo de 16 páginas, in-8º, y a continuación fue impresa al final del volumen *Unos Versos*).

En 1880, *Bola de Sebo* (en las *Veladas de Médan*) y la antología de poesías *Unos Versos.*

En 1881, *La Casa Tellier.*

En 1882, *La Señorita Fifi*[1]

En 1883, *Los Cuentos de la Becada, Una Vida, Émile Zola*.

En 1884, *Claro de luna, Las hermanas Rondoli, Miss Harriet, Al sol.*

En 1885, *Yvette, Cuentos del día y de la noche, Bel-ami, Cuentos y Relatos.*

En 1886, *La pequeña Roque, El Señor Parent.*

En 1887, *Toine, El Horla, Mont-Oriol*

En 1888, *El doncel de la Sra. Husson, Sobre el agua, Pierre y Jean.*

En 1889, *La Mano Izquierda, Fuerte como la muerte.*

En 1890, *La Belleza Inútil, La Vida errante, Nuestro Corazón*.

El 4 de marzo de 1891, primera representación de *Musotte* en el Gymnase (comedia en tres actos en prosa, en colaboración con el Sr. Jacques Normand).

El 6 de marzo de 1893 (cuatro meses, exactamente antes de la muerte de Guy y catorce meses después de su internamiento en la Residencia del Dr. Blanche) primera representación de *La paz de la pareja*, comedia en dos actos.

Novelas inacabadas: *El Ángelus* y *El Alma extranjera* (fragmentos publicados por la *Revue de Paris*).

Periódicos y revistas donde sus cuentos, relatos, novelas e impresiones de viajes han sido publicados: *Le Figaro, Le Gaulois, Le Gil Blas, L'Écho de Paris, La Revue des Deux-Mondes, La Nouvelle Revue, La Revue de Paris, La Revue Bleue* (han aparecido en esta última revista: *Al Sol, Zola,*

[1] 1882, edición Kistemaecker, 1883 edición Havard.

Flaubert, Historia de una moza de granja, Las mujeres ingeniosas en Francia).

Un cierto número de estudios, de críticas y de relatos de viajes no han sido reunidos por Maupassant en volúmenes.

***

Han escrito sobre Maupassant: Hugues Le Roux, Fernand Gregh, Charles Lapierre, Robert Pinchon, René Doumic, Gustave larroumet, G. Pellissier, Brissot, Jules Leamitre, Georges Brandès, Emile Faguet, Chantavoise, Simond, Zola, Tolstoi, Lombroso, Morselli, Nordau, A.G. Blanchi, etc. etc.[1]

***

He aquí los nombres de los artistas que han ilustrado la edición Ollendorff de las *Obras completas* [2].

F. Bac: *Bel-Ami, Mont-Oriol.*

A. Leroux: *Una Vida.*

André Brouillet: *Fuerte Como la Muerte*.

René Lelong: *Nuestro Corazón, La Casa Tellier, Las Hermanas Rondoli.*

Geo-Dupuis: *Pierre y Jean, Los domingos de un burgués de París*.

Lucien Barbut: *Cuentos de la Becada*.

Ch. Morel: *Miss Harriet.*

Jeanniot: *Bola de Sebo*

Lucien Métivet*: Claro de Luna.*

Julian-Damazy: *El Horla, Señor Parent.*

Lobel-Riche: *La Mano izquierda*.

Cortazzo: *Yvette.*

L. Vallet: *Señorita Fifi*

Grandjouan: *La Pequeña Roque.*

M. de Lambert*: La Belleza Inútil*

V. Rottembourg: *Toine, El Doncel de la Señora Husson*.

---

[1] Existen además varios escritos biográficos o críticos citados *sub voce* «Maupassant» en el excelente manual del Sr. GEORGES VICAIRE (París, 1903).

[2] El grabado siempre es de G. Lemoine.

V. Bocchino: *Cuentos del Dia y de la Noche.*
Ch. Huard: *El Padre Milon.*
Lanos: *La Vida Errante, Sobre el Agua.*
A. Suréda: *Al Sol.*
H. Goussé: Musotte, *La Paz de la Pareja, Historia de los viejos tiempos.*
G. Fraipont: *Unos Versos.*

***

El Doctor Balestre me escribía, el 21 de septiembre de 1901:

«¿Conoce usted un admirable fragmento de Guy titulado: El molino? Esos versos no han sido publicados más que por el Gaulois en el momento de la inauguración del busto de Guy en el parque Monceau de París.

«A pesar de su gran belleza, son bastante desconocidos. Por si acaso, se los escribo de memoria:

EL MOLINO (fragmento).

... tandis que devant moi	... mientras que ante mí
Dans la clarté douteuse où s'ébauchait sa forme,	En la dudosa claridad en la que se esbozaba su forma,
Debout sur le coteau, comme un monstre vivant	De pie sobre el cerro, como un monstruo vivo,
Dont la lune, sur l'herbe, étalait l'ombre énorme,	Cuya sombra la luna esparcía enorme sobre la hierba,
Un immense moulin tournait ses bras au vent.	Un inmenso molino giraba sus aspas al viento.
D'où vient qu'alors je vis, comme on voit dans un songe	De ahí que entonces vi, como se ve en un sueño
Quelque corps effrayant qui se dresse et s'allonge	Algún cuerpo espantoso que se eleva y se aleja
Josqu'a toucher du front le lointain firmament,	Hasta tocar de lleno el lejano firmamento,
Le vieux moulin grandir si démesurément	Al viejo molino crecer tan desmesuradamente
Que ses bras, tournoyant avec un bruit de voiles,	Como sus aspas, giraban con un ruido de velas,
Tout à coup se perdaient au milieu des étoiles	Perdiéndose de golpe en medio de las estrellas
Pour retomber, brillant d'une poussière d'or	Para volver a caer, brillando con polvo dorado
Qu'ils avaient dérobée aux robes des cométes,	Que habían hurtado a los vestidos de las

Puis, comme pour revoir leurs sublimes conquétes, A peine descendus, ils remontaient encor.	cometas, Luego, como para volver a ver sus sublimes conquistas, Apenas descendidas, volvían a remontar de nuevo.

***

El *Figaro*, sábado, 2 de noviembre de 1901:

«La Sra. Blanche Toutain[1] ha mantenido su palabra y Maupassant, en esa jornada de ayer dedicada a los piadosos recordatorios, ha recibido las flores prometidas.

«A la una, cuando el parque Monceau está casi vacío de paseantes, la pequeña estrella de Vaudeville descendía de un coche en la gran alameda, y, atravesando el césped, se dirigía rápidamente hacia el monumento donde el autor de *Yvette* recibe el eterno homenaje de la simbólica admiradora sentada en la parte inferior de la estela.

«En los brazos de esta estatua de mármol, Blache Toutain ha depositado el gran ramo de violetas que llevaba en la mano, levantando tímidamente los ojos hacia los rasgos fijos del escritor, del que ella ha interpretado tan bellamente una de sus más delicadas concepciones.

«Y mientras los pocos testigos de la escena se aproximaban con curiosidad, la pequeña Yvette desaparecía en los verdores del fondo y volvía rauda a su coche cerrado, a fin de que no se viesen sus ojos llenos de lágrimas...

«Y sobre todo eso luciendo el más bonito sol marchito de otoño».

***

El *Figaro*, 2 de noviembre de 1901:

«El éxito de *Yvette* en el Vaudeville ha puesto de actualidad a Maupassant. Uno de los amigos que lo conocieron en los días de alegría y salud, cuenta en el *Français*[2] algunas de esas bromas que tanto le gustaban al pobre gran escritor, algunas de las cuales fueron célebres hace veinte años:

---

[1] La artista dramática tan conocida, creador del papel de *Yvette* de Maupassant en 1901.

[2] Nunca he podido encontrar este artículo del *François* de 1901. Tal vez la cita del *Figaro* no sea exacta.

“Recuerdo un regreso picaresco en un tren repleto de rentistas y burgueses acomodados, de veraneo en Saint-Germain y en Chatou.

“Los periódicos, en ese momento, no estaban más que llenos de negros complots y atentados de los nihilistas. Veo, como si fuese ayer, el compartimiento absolutamente completo, y, en un rincón, a mi lado, a Maupassant, tocado con un sombrero de tela, calzado con grandes zapatos de caza, frunciendo el cejo, manipulando sin cesar una pequeña caja de madera blanca que tenía entre las rodillas y que simplemente contenía un reloj de péndulo de viaje absolutamente estropeado.

“De vez en cuando me daba un brusco golpe con su codo, me cuchicheaba en voz alta, a fin de que, a nuestro alrededor, no se perdiese ni una palabra de lo que decía, las teorías más subversivas, las instrucciones más tremendas, hablaba de bombas, de dinamita, de máquina infernal, del precioso juguetito que tenía allí para hacer bailar a la sociedad su suprema danza. Todo aderezado con un incomparable acento ruso.

“Os dejo adivinar la cara que tenían nuestros vecinos, y como vigilaban nuestros menores movimientos, como con las crispaciones interiores de un cólico. Eso resultó tan bien que llegamos a ser detenidos al bajar del tren, registrados e interrogados por el comisario a quién se nos había denunciado apresuradamente.

“Creo que Maupassant nunca rió tanto como aquel día”».

***

Yo sabía por nuestro común amigo Primoli, sobrino de la Princesa Mathilde, y por el *Diario* de los Goncourt, que Maupassant había sido invitado a menudo a Saint-Gratien.

Su Alteza Imperial, la Princesa Mathilde ha querido escribirme, dos años antes de su muerte, esta carta, que es un elogio sencillo y sincero de Guy de Maupassant:

«Saint-Gratien (Sena-et-Oise), 9 de septiembre de 1901.»

«Caballero,

«He conocido mucho al Sr. Guy de Maupassant; lo veía con frecuencia aquí. Lo quería mucho y su pérdida me ha resultado no poco dolorosa; pero

no tengo nada de particular que deciros sobre él. Lo echo mucho de menos: era sencillo y firme.

«Reciba, Señor, la expresión de mis mejores sentimientos.

«MATHILDE».

Fue el conde Joseph Primoli quién presentó a Maupassant a Alexandre Dumas hijo. Éste último había dicho a Primoli que él estaría encantado de conocer a Guy de Maupassant. Entonces Primoli invitó a almorzar, en el restaurante Durand, a Alexandre Dumas hijo, Paul Bourget, Guy de Maupassant y Louis Ganderax. Después, Alexandre Dumas hijo «era casi paternal con Guy», me escribe el amigo de Maupassant, el doctor Balestre.

Ese día Dumas, según parece, dijo unas palabras encantadoras; muchas cosas espirituales y observaciones filosóficas que surgieron en ese almuerzo, y que fueron empleadas por Paul Bourget en sus novelas.

Bourget y Maupassant se veían a menudo. Bourget, en sus libros, habla con frecuencia del autor de *Bel-Ami*. Fue Maupassant, por ejemplo, que le dijo un día:

– «Cuando busques un rincón tranquilo donde trabajar, ve a Rapallo, sobre la orilla de Gênes. Verás lo exquisito que es, ¡y lo bien que se está allí para escribir!...»

Y Bourget[1], que ha datado el 8 de octubre de 1890 su *Psicología del amor moderno* desde Rapallo, partiendo desde Niza y por Vintimille, Savone y Gênes llegó a Rapallo. Describe la vía férrea que «rodea todo el golfo a través de una de los más pintorescos paisajes de mar y de montañas que se puedan soñar. Zona de ríos. Casi zona de arroyos. Este Apenino que cae a pico en el Mediterráneo no permite demasiado que se formen cursos de agua... Este río de Gênes baja a toda prisa, tan salvaje, tan rudo como el otro, el de nuestra Provenza, es voluptuoso y flexible; esta naturaleza salvaje y esta rudeza tienen su atractivo... Al salir del largo túnel que orada el macizo del Cabo de Portofino, observé hacia las cuatro de la tarde Rapallo, agazapado a orillas de su bahía, entre el promontorio y la montaña, entre los limoneros de sus jardines; experimenté una impresión de íntima alegría que provocaba descanso nervioso y esperanza. Mentalmente se lo agradecía a

[1] Lo cuenta en el relato *Dualidad* (*Un hombre de negocios*, Plon, 1900)

Maupassant y pensaba: Sí, estaré bien para escribir si únicamente el hotel tiene sus ventanas hacia ese admirable cabo...».

Paul Bourget cuenta en 1893 su visita a la tumba de Mérimée, en Cannes:

«Seguí, para ganar el cementerio, un camino en el que me esperaba un triste recuerdo, pues este mismo camino lo había hecho algunos años antes, para dar una sorpresa a Guy de Maupassant, entonces en toda la fuerza de su genio, y habíamos pasado una de las bellas tardes de ese invierno allí, sobre su barco, el *Bel-Ami*, que ha esperado tanto tiempo inmóvil con sus velas plegadas alrededor de su mástil, en el silencioso puerto de Antibes, cuando su propietario se volvió loco ».[1]

Cuando en sus libros, Paul Bourget escribe el nombre de Maupassant, siempre encuentra expresiones emotivas y conmovedoras.

En las *Notas sobre América*, por ejemplo[2], describiendo el paquebote americano que lo transporta al Nuevo Mundo, Bourget escribe:

«Por acostumbrado que se esté a lo que el trágico e inquieto Maupassant llamaba «la vida errante»[3], hay en este cambio súbito fuera de todo hogar una vaga sensación de melancolía, o más bien, pues la palabra sería bastante torpe para un efecto de simple estremecimiento nervioso, es una especie de pequeña crisis de involuntario regreso sobre sí mismo...»

En otra parte[4], describiendo una rada americana en la que los veleros que allí están alineados constituyen «una pequeña flota», el Sr. Bourget dice que «los unos son casi tan grandes como los paquebotes de una compañía trasatlántica » y que los otros, pequeños, «joyas de navíos... son yolas a vela, cuchillas puntiagudas que me recuerdan al *Bel-Ami*, el gabinete de trabajo flotante de Maupassant...».

¡*El trágico e inquieto Maupassant*! ¡No se sabría definirlo mejor!

***

---

[1] *Ensayos de Filosofía contemporánea*: Henry Boyle. Edición in-8º, 1899, p. 268 (París, Plon editor).

[2] *Otra mar*, tomo I, Lemerre ed. , París, 1895, p. 3.

[3] *La Vida errante* es, en efecto el título de uno de los libros de viajes de Maupassant.

[4] Página 87, *ib*.

He aquí una anécdota que Joseph Primoli ha contado a Diego Angeli, que éste me ha repetido amablemente[1]. De todos modos no es fácil reproducir en un libro. Pero es completamente característica y voy a hacer todos los esfuerzos posibles para insertarla en este volumen tratando de no ofender a nadie.

Así pues, Guy de Maupassant y Paul Bourget estaban juntos de paso en Roma. Por supuesto antes del matrimonio del Sr. Bourget. Joseph Primoli les servía de cicerone. Una noche esos tres caballeros deciden visitar los antros y los ambientes sórdidos de la Ciudad Eterna. Primoli condujo a sus dos amigos a una... ¿cómo decirlo?... a una *Casa Tellier* de ínfimo orden: una casa para soldados, muy cerca del palacio Primoli, en la calle Tor di Nona, frente al Puente de San Ángel.

Las señoritas hacen carantoñas tratando de encantar a sus huéspedes. Maupassant, seducido por los generosos pechos de una de las mujeres, abandona con ella el salón. Regresando, después de algunos instantes, encuentra a Bourget sentado completamente avergonzado, en un rincón: en el mismo rincón y en la misma posición en la que Maupassant lo había dejado unos minutos antes.

Entonces, es escritor normando le dijo alegremente: – ¡*Ahora, querido, comprendo tu psicología*!

***

Todos los libros de la Señora Lecomte du Noüy están repletos de recuerdos personales sobre Maupassant, de fragmentos de cartas y de pensamientos del autor de *Una Vida*. Maupassant es el protagonista de *Amistad amorosa*. Pero es sobre todo en el volumen titulado *Mirando pasar la vida*... donde se encuentran unos interesantes documentos sobre él.

Ese libro es encantador. No son ni memorias, ni un diario, ni artículos documentados, ni nada que conozcamos; se trata simplemente de la

[1] Fue GIULIO DE FRENZI (LUIGI FEDERZONI) quién me ha puesto sobre la pista de esta anécdota. – Él se ha interesado mucho en Maupassant. Para él, *Bola de Sebo* y *Bel-Ami* son obras maestras, y su autor es «el más grande escritor francés de la segunda mitad del siglo ». Al lado de esta opinión del crítico de Bolonia, colocamos el juicio de su y mi amigo Luciano Zùccoli, el novelista y polemista tan conocido. Según él, los cuentos de Maupassant son todos bellos, algunos admirables. *Una Vida* le gusta, *Bel-Ami* no le gusta demasiado, *Fuerte como la muerte* no le gusta en absoluto.

conversación amable y un poco melancólica de una mujer de talento y de un hombre de ingenio que departen un día sobre las personas y las cosas de antaño que ambos han conocido, odiadas o amadas. Hablan de un modo sencillo, con una ternura un poco velada por la amarga añoranza de no poder ya sentirlos, y sin embargo con el consuelo de revivir por un instante los minutos de antaño; y una adorable embriaguez de pasado lejano baña y embebe esos recuerdos del ayer.

¡Qué finamente descritas están esas siluetas de artistas, de literatos, de pintores o de actores, y como, en esa mezcolanza viva y abigarrada, se siente la vida, y la verdadera vida, la humilde verdad de cada una de esas existencias! Es un modelo de estilo y de probidad literaria, y si un reproche debía serle formulado, sería precisamente sobre esa misma perfección. En esta conversación sin orden ni concierto entre dos seres que han visto mucho y retenido mucho de la vida, nos hubiese gustado más franqueza despreocupada, más dejarse ir, menos afectación literaria, menos replicas destinadas a preparar la perorata o la anécdota.

Una vez hechas estas reservas, me alegra constatar aquí todo el placer – placer raro y sabroso– que provocan ciertas páginas de amable y fina discusión a propósito de las abejas, de Maupassant, De George Sand, de la idea de Dios y de la teoría de la herencia. Ciertamente resulta todo muy parisino. Y pueden reconocerse en este popurrí, fragmentos de la conversación de un salón de moda, el amable ingenio de los dos protagonistas que conversan bajo nuestros ojos para su placer y el nuestro[1].

Pero no hay ningún volumen de la Señora Lecomte du Noüy donde Maupassant no aparezca de algún modo.

Ella escribe por ejemplo, en su última novela: «He escuchado decir hace tiempo a Guy de Maupassant: *Los dramas que nuestras imaginaciones crean están por debajo de la realidad; no podemos escribir la verdad; la simple verdad es demasiado novelesca y demasiado terrorífica...*»[2]

---

[1] J. BERTAUT (*Revue hebdomadaire*, 21 de febrero de 1903).

[2] *La Alegría de amar*... por la Sra. Lecomte du Noüy, París, Calmann-Lévy, 1904, p. 180. El libro está datado: *Les Bouleaux, Gouvieux, 1904. – La Bicoque, Étretat 1904. Les Bouleaux* es la villa del Sr. Amic, el eminente autor de un bello estudio sobre *George Sand*, el colaborador de la Sra. Lecomte du Noüy, el compañero de viaje de Maupassant en Sicilia.— *La Bicoque* es la villa que la Sra. Lecomte du Noüy habitaba ya cuando Maupassant hizo construir La Guillette, después de haber vivido durante mucho tiempo en

***

El Sr. Robert Pinchon, el amigo de Maupassant, me envía en agosto de 1904 el programa de un espectáculo del *Teatro Normando* donde recientemente se ha representado *Un Ensayo*, la pieza inédita de Maupassant que el Sr. Pinchon ha citado en el *Prefacio* de su *Teatro* y en su carta publicada en este volumen.

La portada de ese *Programa*, dibujada por el Sr. Robert Pinchon hijo, un joven pintor que revela en sus principios ya un verdadero talento, representa el castillo de Miromesnil tomado del lado de la torre donde nació Guy, y *La Guillette*, su villa de Étretat.

He aquí un extracto de ese *Programa*:

«El Teatro Normando[1] ha inscrito en su primer programa *Un Ensayo*, comedia inédita de Guy de Maupassant, llevando adelante de este modo su empresa bajo el padrinazgo del célebre escritor normando.

«Guy de Maupassant nació cerca de Dieppe, en el castillo de Miromesnil donde sus padres vivieron algunos años; más tarde la Sra. de Maupassant fijó su residencia en Étretat, donde su hijo fue educado, en ese país de Caux, del que tan bien supo describir la naturaleza y costumbres en sus libros.

---

casa de su madre, en la villa de los Verguies. la Guillette ha sido vendida después de la muerte de Guy a un propietario que ha dado al Sr. Pinchon permiso para hacer, hace algunos años, las fotografías que están reproducidas en este volumen.

[1]

Sala del Teatro Francés	TEATRO NORMANDO	Del 6 Al 20 de mayo de 1904

MARCEL NEUILLET, Director artístico.

CREDITOS DE LA COMPAÑÍA

Administración: Sr. marcel Neuillet, Director artisitco: Sres. L. Stréliski, regidor general, Menunier, Controlador general, Derobert, Jefe maquinista: Sra. Nantya.

Personal artístico: Sres. Fréd. Lombard, 1º papel en todos los géneros (Bruselas), Paul Escoffier, joven fuerte 1º papel (Lyon-Burdeos), Marcel Neuillet, 1º actor (Ruán-Marsella), V. Bourbon, joven, 1º papel (Lyon), Ometz, gran 1º actor (Arts, Burdeos), L. Stréliski, joven 1º actor (Nantes) de Préfonds, joven 1º enamorado (Nancy), H. Daragon, papel de gnenero, Saint-Paul, enamorado; Sras. Germaine Verly, joven 1º papel (Ateneo, París), Cande Sureau, 1º papel en todos los géneros (Variedades, Marsella), Francine Vasse, joven 1º ingenuidad (Ruán), Derval-Stréliski, 1º ingenuidad (Toulouse), Alice Aubreay, 1º doncella (Capuchinos, Paris), mary Lillois, gran coqueta (Francés de Toulouse), Jeanne Halley, enamorada, 2º doncella (Ruán), Ange, Utilista.

Fue en Étretat, cuando la fortuna le hubo sonreído, donde hizo construir su villa *La Guillette*, donde hizo largas permanencias hasta que su salud le exigió el clima más suave de la Provenza; normando de nacimiento, siempre permaneció vinculado a Normandía; su nombre pues debía estar en primera línea de los autores del *Teatro Normando*. »

« Si bien Maupassant es célebre como cuentista y novelista, como autor dramático es menos conocido.

« La Comedia Francesa ha incluido recientemente en su repertorio su exquisita Historia de los viejos tiempos, representada en 1879 en el Teatro de Ballande,y ha dado a conocer La paz de la pareja, pieza escrita también hace años.

« Es para el teatro para lo que Guy de Maupassant comienza a trabajar. Los directores, desdeñando sus primeros trabajos, lo obligaron a cambiar de camino; se ha convertido por ello en el gran escritor al que se conoce y admira. Pero tal quizás haya que lamentar su descarte para el arte dramático, cuya vocación sentía.

« En 1876 me escribía: “No me ocupo del teatro en este momento. Decididamente no vale la pena trabajar para los directores. Es verdad que encuentran nuestras piezas encantadoras, pero no las representan, y a mí, me gustaría más que las encontrasen malas y que las hiciesen representar. Es demasiado decir que Raymond Deslandés juzga mi *Ensayo* demasiado fino para el Vaudevil”.

« Más inspirada, la dirección de *Teatro Normando*, apreciando la finura de la obra, ha tenido el buen juicio de hacerlo representar. Conviene felicitarla por haber hecho brillar finalmente en las candilejas esta bonita comedia que ha esperado una treintena de años los bravos del público ».

La nota que acabo de reproducir es del Señor Robert Pinchon.

Fue el Sr. Ometz, del *Teatro de las Artes* de Ruán, el creador del papel de *Destournelles* en *Un Ensayo*. He aquí la distribución de la primera representación, del 6 de mayo de 1904:

UN ENSAYO

Comedia en un acto, en verso, de GUY DE MAUPASSANT

Destournelles	SRES- OMETZ
René Lapierre	STRUELISKI
Sra. Destournelles	SRA. FRANCINE VASSE

***

Los amigos de Maupassant no fueron numerosos. En primer lugar y ante cualquier otro, Flaubert.

Luego: Émile Zola, Paul Bourget, Pol Arnault, Albert Cahen, Robert Pinchon, Joseph Primoli, Henri Roujon, Oudinot, Robert de Bonnières, J. K. Huysmans, A. de Joinville, Léon Fontaine, Léon Hennique, Henri Céard, Paul Alexis, Paul Hervieu, Octave Mirbeau, René Billotte, René Maizeroy (el barón Toussaint), X. Charmes, Lavedan, Alexandre Dumas hijo, Auguste Dorchain, el doctor Landolt, Cazalis, la Sra. Lecomte du Noüy[1], la Sra. Brainne[2]. A esta lista, la Sra. Laure de Maupassant añadía, en una carta que me escribió en septiembre de 1901, al poeta Léon Dierx, – el autor de Enamorada: George de Porto-Riche – y el príncipe de Essling, Masséna, entonces duque de Rivoli.

Guy de Maupassant estaba muy relacionado con la Sra. Juliette Adam.

Iba a menudo al domicilio de Su Alteza Imperial La Princesa Mathilde, hija del rey Jérôme de Wesfalia.

Frecuentaba a los Goncourt, pero no podría incluírseles en una lista de *amigos*.

***

He aquí la opinión de Lombroso y de Morselli sobre Maupassant:

Cesare Lombroso, director del *Archivo de psiquiatría, ciencias penales y antropología criminal*, me escribía desde Turín el 28 de agosto de 1901:

---

[1] Esposa del arquitecto y cuñada del pintor del mismo apellido. Se separó de su marido. Siempre estuvo rodeada de los jóvenes escritores contemporáneos más en boga: Paul Bourget, Marcel Prévost, Paul Hervieu, etc. Sin ser de una gran belleza, fue muy seductora. Fue además una persona dotada de una bella inteligencia. Ugo Ojetti ha hecho de ella un entusiasta elogio, en un artículo sobre Maupassant.

[2] Es a ella a quién dedicó *Una Vida*. Su nuera, la Sra. ALICE BRAINNE, me escribió desde París, el 3 de agosto de 1904: «Mi suegra. la Sra. Brainne, a quién Maupassant dedicó *Una Vida*, murió en 1883. No la he conocido. Sé que Maupassant fue uno de los íntimos de su hogar, y, también, el amigo de mi difunto marido. Desgraciadamente, él murió poco tiempo después de mi matrimonio. Si lo vi poco, he oído hablar mucho de él y muy familiarmente...».

«No tengo presente la cuestión Bianchi[1], ni creo haberosla participado. – Mi juicio sobre esta pregunta (sobre la persona no huvo campo de estudio) se remite al *Hombre de Genio*, 6ª edición, Bocca.

Suyo devotísimo, LOMBROSO.

Enrico Morselli me escría desde Nervi el 25 de agosto de 1901:

«Egregio barón. El libro de A. G. Bianchi, *Patologia del Genio*, fue publicado por el editor MAX Kantorowicz, de Milan. Creo que el editor ha quebrado pero el libro es fácil de encontrar[2].

«Allí está mi opinión aún (un poco distinta de la de hoy) sobre el genio: - En cuanto a Maupassant no he cambiado de parecer: para mí él es el escritor francés más grande después de Flaubert, incluso más que Balzac: - un verdadero genio de *claridad*, de *precisión*, de *concisión*.

«Acabó paralítico, pero su parálisis general progresiva fue probablemente adquirida por el tipo de vida que llevaba[3]: nueve veces de diez, aparece la sífilis de por medio... Me gustaría extenderme porque el argumento me resulta sumamente agradable, pero estamos de vacaciones y ahora trabajo en el *espiritismo*.

Le deseo un buen verano.»

«E. MORSELLI»

***

Con Tolstoi – Tres días en Iasnaïa-Poliana (julio de 1901). Recuerdos publicados por PAUL BOYER en *Le Temps* del 28 de agosto de 1901.

El té de la tarde.– «Hablemos un poco, me dijo Tolstoi, de su literatura actual. No siempre la comprendo, no siempre la reconozco. Con demasiada frecuencia me parece que le faltan cualidades que son las más típicamente francesas, el calor de convicción, el ardor del razonamiento, la caridad.

«Vuestros grandes maestros del siglo dieciocho, Voltaire, Diderot, Rousseau, han escrito tan poderosas y hermosas páginas, ¡*útiles para cada*

---

[1] *La patología del Genio y Guy de Maupassant*, de A.G. Bianchi, Milan, 1892, MAX Kantorowicz editor, 88 p. in-8.

[2] Se encuentra en la Biblioteca Nacional V.E. de Roma.

[3] El doctor GLATZ, que ha atendido a Maupassant en Champel en 1891, me decía en Niza en 1904: «Maupassant tiraba la casa por la ventana.... Por su tren de vida, era *un candidato a la parálisis general* .»

uno, morales! ¿Qué son junto a ellos vuestros “filósofos” de ahora? Sí, lo sé, “los magos de la juventud”; desde luego están llenos de buenos intenciones, y todo lo que dicen es incluso verdadero, pero verdadero de un verismo demasiado banal: trivialidades que ya se han leído varias veces ya, moral y sociología al uso de los burgueses; sin contar que ellos no tienen el menor talento. Realmente encuentro más interés en leer los escritos de los socialistas, de los anarquistas sobre todo: se puede ser o no de su opinión; pero al menos lo que dicen tiene el mérito de no haber sido dicho antes que ellos.

« Y vuestros novelistas no me satisfacen mucho más. ¿Qué son todas esas menudas historias de una dama que se aburre, de un caballero que ni él mismo sabe si ama o no ama? ¡Escriben ustedes demasiadas novelas! ¡Y es tan fácil escribir una novela! habría que dejar ese jueguecito a los antiguos ministros... Recientemente se me hablaba de un muy gentil muchacho que, según parece, tocaba notablemente el violonchelo; pues resulta que se dedicó a escribir una novela, una gran novela en una de nuestras “jóvenes” revistas. ¡Y su novela es de pena! Otro había debutado, hace de esto quince años, con dos buenos volúmenes de crítica; y ¡también quiso escribir novelas! Pero no se había encontrado con nadie que le dijera que eso no era asunto suyo»

Tener o no tener talento, esas palabras acuden a menudo a la boca de Tolstoi. ¿Recuerdan ustedes el prólogo que escribió para la traducción al ruso de las obras de Maupassant, del Maupassant que él amó hasta el punto de haber pensado, cuando supo de su enfermedad, en venir a consolarlo en su inconsolable desamparo, lo que no ha impedido a un ilustre crítico hablar en un periódico serio (no es *Le Temps*) del «gran novelista tan antipático a Tolstoi»? En este prólogo, anterior en varios años a ¿*Qué es el arte*?, Tolstoi definió las condiciones de la obra de arte en literatura, y señala tres, sin más, que sean esenciales: tener algo que decir, que ese algo sea de interés general y moral, y finalmente *tener talento*, sencillamente.

« También me gustaría hablar de vuestros poetas. ¿Pero que podría decir? No lo comprendo mucho más. ¡Haber tenido un Victor Hugo, un Musset, un Lamartine, y entusiasmarse por los de ahora! ¡No, no lo comprendo, no comprendo nada!»

Y Tolstoi regresa a los grandes novelistas franceses del siglo diecinueve, a Stendhal, a Balzac, a Flaubert.

«Sí, éstos han sido realmente los verdaderos maestros. También admiro a Zola, el Zola de las primeras novelas, el Zola de antes del *Doctor Pascal*. Tourguénief lo tenía en alta estima; tenía razón. Me gusta menos Daudet. ¿Los Goncourt? Conozco bastante poco sus novelas; pero he leído su *Diario*: nunca se les juzgará demasiado bien. Mire usted, el año pasado, en la *Revue Blanche*, leí una novela muy buena: las *Memorias de una camarera*, de Octave Mirbeau. ¿Me dice usted que el autor es conocido? No lo sabía. Sí, su novela es muy buena y de un interés realmente humano. Recuerdo la primera caída de esa pobre muchacha, en Bretaña; la escena es de una belleza sobrecogedora.

«Pero que no se me hable de la evolución de la novela, que no se me diga que Stendhal explica a Balzac, y que a su vez Balzac explica a Flaubert. Todo eso son invenciones de los críticos. Me gustan mucho vuestros críticos franceses, y son los únicos que leo; no es que los más notorios de entre ellos no tengan un retraso de unos cuarenta años en todo lo referente a las cuestiones religiosas o sociales; pero sus "ensayos" están bellamente escritos y los leo con placer. Eso no impide que no comparta sus ideas sobre la sucesión Stendhal-Balzac-Flaubert. Los genios no proceden los unos de los otros: los genios siempre nacen independientes.»

Luego, con esta admirable sinceridad que da tanto encanto a su entrevista:

«¡Oh! en cuanto a lo que es mío, sé lo que debo a los demás; lo sé y lo digo; a los demás, sobre todo a dos: Rousseau y Stendhal.

« No se ha hecho justicia a Rousseau; se ha ignorado la generosidad de su pensamiento; se lo ha calumniado de todas las formas posibles. He leído toda la obra de Rousseau, sí, los veinte volúmenes, incluido el *Diccionario de música.*

« Hacía más que admirarlo; le rendía un verdadero culto: a los quince años llevaba su retrato colgado al cuello en un medallón como si se tratase de una imagen santa... De tal modo sus páginas me llegan al corazón; creo que yo las habría escrito.

«¿Stendahl? No quiero ver en él más que al autor de *la Cartuja de Parma* y de *Rojo y Negro*; ahí están las dos incomparables obras de arte. Y más que a ningún otro le estoy agradecido: le debo haber comprendido la guerra. Volved a leer en *la Cartuja de Parma* el relato de la batalla de Waterloo. ¿Quién antes que él describió la guerra de ese modo, es decir

como es en realidad? ¿Recordáis a Fabrice atravesando la batalla sin comprender “nada de nada” y como ágilmente los húsares le hacen pasar por encima la grupa de su caballo, de su bonito “caballo de general”? Más tarde, en el Caucaso, mi hermano, oficial antes que yo, me confirmó la verdad de esas descripciones de Stendhal; él adoraba la guerra, pero no era de esos ingenuos que creen en el puente de Arcola. “Todo eso, me decía, ¡es una bravuconada! Y no hay bravuconadas en la guerra”. Muy poco tiempo después, en Crimea, no tuve más que mirar con mis propios ojos. Pero, lo repito, en lo relativo a todo lo que sé de la guerra, mi primer maestro fue Stendhal ».

Y es así como habla el hombre que ha escrito *Guerra y Paz*.

***

29 de agosto de 1901. Sena Inferior.
Étretat – ruta del Havre, 2

Señor,

No tengo más que algunas cartas insignificantes de mi pobre amigo y que carecen de interés para el público. Mis recuerdos personales son de una índole completamente íntima y no deberían ser publicados. En cuanto a los amigos de Guy, los Sres. Zola, de Goncourt, la Princesa Mathilde eran numerosos. La Sra. Brainne ha muerto hace tiempo. A casi todos ellos les ha dedicado algún relato y usted encontrará sus nombres en su obra. En lo que a mí concierne, he vuelto a ver en la residencia del Dr. Blanche, a nuestro pobre amigo por última vez el 13 de enero del año de su muerte. Tenía la camisa de fuerza y no me reconoció. Es, Señor, todo lo que puede decirle sobre el infortunado Maupassant. Lamento mucho no poder ofrecerle una mayor información.

Recibe, Señor, la expresión de mis sentimientos distinguidos.

POL ARNAULT.

***

París, 29 de octubre de 1903.
calle Volney, 4

Señor,

A decir verdad, no he olvidado mi promesa de buscar, entre las cartas de mi pobre amigo Maupassant, algunas que podrían interesar a sus lectores. He buscado; pero no las he encontrado.

Comprenderá usted fácilmente la razón. Viviendo ambos en París y encontrándonos con frecuencia, no teníamos necesidad de una continua correspondencia epistolar. Me escribía más a menudo cuando su mal se agravaba, cuando a sus sufrimientos físicos, se añadían inquietudes de todo tipo que comenzaban a torturarlo. Pero todas esas cartas contienen detalles íntimos que, tanto el secreto profesional como la discreción amistosa, me prohíben divulgar.

En cuanto a mis relaciones con Guy de Maupassant, le diría que cuando se dirigió a mí, con motivo de algunos trastornos visuales, ya lo conocía desde hacía tiempo por sus obras. Ese mal, en apariencia insignificante (dilatación de una pupila), me hizo prever sin embargo, a causa de los trastornos funcionales que llevaba aparejados, el lamentable final que esperaría diez años más tarde al joven y antaño tan vigoroso y gallardo escritor.

La profunda lástima que sentía por él, quizás se debiese a la simpatía que le manifestaba y a la que él respondió de tal modo que una franca amistad no tardó en establecerse entre nosotros.

Durante los primeros años era fácil de remediar el defecto visual que padecía mediante unos cristales apropiados. Pero más tarde el mal aumentó y a eso se añadieron unos trastornos más graves del sistema nervioso. El carácter alegre del autor se ensombreció; lo acosaban terribles visiones, primero a intervalos solamente. sus obras, con observaciones precisas, razonamientos lógicos, expresados en un lenguaje sobrio, y admirable de claridad, se vieron súbitamente interrumpidas por cuentos completamente incoherentes, llevando la triste impronta de su mal.

Pero abandono esos recuerdos tanto o más penosos por lo querido que me era Maupassant, para recordarlo en la época en plena salud, al menos relativa.

Es imposible imaginar un comensal más animado, un compañero de paseos más alegre. Nadie como él sabía organizar una cena, elegir los

invitados, dirigir la cocina, decorar la mesa y mantener la conversación más interesante y más ingeniosa.

Pero, en lo que a mí más me gustaba, era *único*, bien en uno de sus interiores que él amueblaba con tanto gusto, bien en una de sus villas a orillas del mar, que tan bien sabía elegir. Era entonces como se revelaba la más profunda nobleza de su carácter, su estilo, su exquisito gusto, cualidades que aquellos que no leen más que algunos de sus cuentos, o no conocen más que algunas anécdotas, más o menos verídicas, de su vida juvenil, no pueden sospechar.

No niego que encuentre algunas páginas suyas con descripciones inútiles, antiestéticas, lamentables, pero también estaba encantado, cuando Maupassant me anunciaba, con visible satisfacción, que una sociedad de bibliófilos tenían la intención de hacer una edición de lujo de algunos de sus cuentos.

Por desgracia esta excelente idea no llegó a realizarse, y las ediciones de las obras de Maupassant dejan cada vez más que desear.

Me pregunto si los admiradores de ese poderoso escritor no podrían provocar una edición digna de él con una juiciosa elección de sus obras.

Por favor, agregue, se lo ruego, Señor, la expresión de mis sentimientos más distinguidos.

DR. E. LANDOLT.

***

2 de septiembre de 1901.

Señor,

Invocando el nombre de Maupassant y presentándose bajo los auspicios de Joseph Primoli, usted no puede dejar de encontrar en mí la acogida más cordial. Estaría encantado de serle útil, pero, a decir verdad, no creo poder aumentar mucho el tesoro de documentos que usted trata de recopilar. Es perfectamente cierto que yo fui, poco más o menos, el único

amigo que se haya aproximado al enfermo durante sus meses de reclusión en la casa de salud del Dr. Blanche. Allí ocupaba, en uno de los pabellones del jardín, una habitación bastante espaciosa y bien aireada, con vistas al patio de arena y al parque.

¿Qué podría decirle de esa lenta agonía? ¿Acaso el espectáculo de una bella inteligencia que se apaga no es el más penoso que existe? ¿Acaso es útil evocar ese lamentable recuerdo? Materialmente, Maupassant estaba mejor cuidado y más inteligentemente vigilado con el Dr. Blanche de lo que hubiese estado en su casa, y no por ello ha sufrido más, pues seguramente las semanas más dolorosas de sus últimos años fueron las que precedieron en Cannes a su tentativa de sucidio; época terrible donde, en cartas desgarradoras, describía el desdoblamiento de su personalidad, una mitad de su ser constatando con una trágica lucidez el hundimiento de la otra.

La enfermedad estaba ya muy avanzada cuando ingresó en la casa de salud de Passy, y la noción de lo real pronto acabaría desvaneciéndose en ese cerebro antaño tan luminoso. Me reconocía sin embargo, y no me dejaba marcharme nunca, incluso con motivo de la última visita que precedió a su fin algunos días solamente, sin decirme: «Mis recuerdos en su casa, querido amigo»[1].

No conocí al Maupassant de los años de locas alegrías y primera juventud; nuestra intimidad no databa más que de ocho a diez años atrás, pero fue desde el principio muy estrecha, atraído como yo estaba por las raras cualidades de un corazón que la simple lectura de sus obras literarias no dejaba entrever más que en modo imperfecto; en sus relaciones de camaradería, tanto como en sus relaciones femeninas, Maupassant fue el más seguro, el más discreto y el más delicado de los amigos. Daba sin contar, a pesar de las ingratitudes acumuladas, y se las ingeniaba en agradar, lo que es la rara marca de las almas auténticamente generosas.

¿Usted me pregunta, Señor, si Maupassant amaba la música? No; este arte le era totalmente ajeno; todo a lo más era sensible – él mismo lo confesaba sin ambages – al ritmo del tambor y de la corneta ejecutando una marcha de un regimiento pasando bajo sus ventanas.

Sin embargo estuvimos a punto de colaborar en un drama lírico y yo podría mostrarle una carta curiosa que me escribió al respecto; pero por

[1] A la Señora Cahen, de soltera Warschawsky.

desgracia me veo obligado a frustrar sus esperanzas. He escuchado en tantas ocasiones a mi amigo manifestar una reprobación absoluta contra las publicaciones póstumas en general, y en particular contra la publicación de las correspondencias privadas; ha lamentado tanto no poder oponerse a la de las cartas de Flaubert; me ha declarado manifiestamente su absoluta prohibición a dejar publicar cualquier obra después de su muerte, que, lamentando mucho una decisión que priva al público de páginas exquisitas, considero que es mi deber estricto respetar esa voluntad. Actuar de otro modo sería, por mi parte, casi una traición.

Estoy seguro, Señor, que usted comprenderá, y le ruego agregar la seguridad de mis solícitos sentimientos.

ALBERT CAHEN[1]

***

Aix-les-Bains, 27 de septiembre de 1904

Señor,

He sido durante mucho tiempo el médico de Maupassant y quién tuvo la triste tarea de conducirlo a la residencia del doctor Meuriot, para que me sea permitido enviarle mis recuerdos con él, aunque poco interesantes para el público.

En cuanto a sus cartas, me había expresado siemkpre el deseo de que jamás fuesen publicadas; quellas que he recibido de él, las he destruido en parte para respetar su voluntad. No contenían nada que no fuese completamente adecuado a su honor; y si expresaban sus sufrimientos físicos y por instantes sus profunda melancolía, también testimoniaban la generosidad y delicadeza de su corazón, y de una sensibilidad moral que a él no le gustaba dejar ver, ni incluso sospechar. To netía la más alta estima por

[1] *La Fronde* del 1 de marzo de 1903 daba la siguiente noticia:

«Acabamos de conocer la muerte del Sr. Albert Cahen d'Anvers, fallecido en Cannes a la edad de cuarenta y cinco años. Era el hermano del Sr. Raphaël Cahen d'Anvers que fue víctima de un accidente de automóvil.

«El Sr. Albert Cahen d'Anvers era un músico de talento. Compuso varias obras; una de ellas, el *Veneciano*, fue creada en Ruán, en el teatro de las Artes, la otra *La Mujer de Claude*, basada en una novela de Alexandre Dumas, fue representada en la Opera Cómica de la plaza de Châtelet.»

su caracter como la mayor admiración por su inteligcencia. Diciéndole esto, Señor, seguramente no le aporte nada que todos sus amigos no le hayan ya dicho. Espero con impaciente curiosidad el retrato que usted prepara de él y en el que usted aporta tanta atención y esmero.

Agregue, señor, la seguridad de mis más distinguidos sentimientos.

H. CAZALIS

Sr. Baron Lumbroso

***

Tours, 13 de octubre de 1904

Mi querido amigo,

Me pide usted mi opinión sobre Maupassant; me cuidaré mucho de dársela, explicársela y exponérsela. Pues parecería que es original y personal. Ahora bien, me parece que Maupassant, en esta como en otras cosas, es el escritor sobre el que las opiniones menos se contradicen. Puede no gustar, pero no veo que no se le admire, y especialmente por las mismas razones. Es un genio demasiado claro y demasiado grande para que los sentimientos que provoca sean dudosos, confusos, o contradictorios. Creo pues que los míos están más o menos próximos a los de muchos otros. Y no quisiera redactar algo que usted puede muy bien encontrar y mejor expresado en otro lado, si tuviese necesidad de otra apreciación diferente de la suya.

Pero le diré con mucho gusto que entre todos libros que aprecio, hay uno que admiro por encima de los demás; no es que lo juzgue superior y mejor. No es mi labor distribuir premios.

Pero en ninguna parte se ve vivir, con su alma tan ligera, tan rica y tan diversa, el amplio sentimiento de la verdadera vida, piadosa y contradictoria; el fino analisis de las sensaciones raras, y el gusto por las ideas claras y las teorias simples, en ninguno otro de sus libros se capta de ese modo al Maupassant al completo. ¿Ha usted adivinado que estoy hablando de *Sobre el agua*?

No es ni una novela, ni un diario, ni un viaje y allí se habla de amor, de sentimientos íntimos y de paisajes, con una varidad de tono y una libertad de formas que trasciende los libros artificiales y a la propia

literatura. Y puede advertirse que ese hacedor de tantos cuentos amargos y alegres era sobre todo un alma tierna y sutil, y sin embargo triste y sencilla.

Pero me detengo, pues en verdad temería decirle lo que usted ha podido sentir como yo; uno no tiene el derecho de descubrir ya a Maupassant, como hizo el Sr. Jules Leamitre, hace algunos años, con mucho ingenio por cierto.

Más vale, como usted ha hecho, iluminar, mediante nuevas investigaciones, los puntos oscuros de su vida y de su caracter. Lamento no tener nada inédito sobre él de lo que darle cuenta.

Muy cordialmente.

PAUL ARBELET.

***

M...., 14 de octubre de 1904.

Mi querido amigo,

¿Sabe usted que me pide algo difícil? Mi opinión en algunas líneas sobre Maupassant y lo que más me gusta de él. Le responderé como ese caballero a quién una dama preguntaba: –¿Qué piensa usted de Voltaire? –¿Va a publicar la respuesta? -Sí, ¿es para una publicación por lo que usted me pregunta mi opinión sobre ese pobre gran escritor? En tal caso, como no soy crítico profesional, ni cronista, le responderé como un modesto profesor de historia, un «infatigable editor», un «encumbrado copista», (entre estos dos términos varía la opinión contemporánea que se tiene de mí; mis amigos emplean la primera; mis...buenos amigos, la segunda), que un pobre provinciano no tiene derecho a tener opiniones ostensibles y públicas sobre Maupassant. Maupassant no está en una vitrina; y si yo me decidiese a hablar de él, y a meter mano en una vitrina que no es mía, oh, ¡qué concierto de ironías! No hay nadie más que G. Deschamps que pueda hablar impunemente de todo. Así pues, querido amigo, para el público, no tengo ninguna opinión sobre Maupassant.

Ahora bien, si la respuesta es para usted únicamente, entonces le diré que considero a Maupassant como uno de nuestros más grandes escritores, que iguala a veces a Molière y se aproxima en otras ocasiones a Rabelais. Menos abundante que Balzac, es más preciso; menos profundo que Flaubert,

es más espontáneo; menos poderoso que Zola, el más humano. Ha pintado admirablemente tres especies de tipos humanos: el campesino normando, el pequeño burgués parisino, el juerguista (macho y hembra). Hay unos bocetos inolvidables, de una vida extraordinaria, de un asombroso relieve: la señora Tellier, Prédolé, Norbert de Varennes, la condesa Obardi, «ese cerdo de Morin», el banquero de «Mont-Oriol», el padre Oriol, Bel-Ami, Lesable y Maze y tantos otros. Tiene una potencia descriptiva asombrosa y una fuerza de humanidad que conmueve cuando pone en escena la enfermedad, la muerte, el amor, todas las cosas trágicas y sexuales de la naturaleza: la muerte de Forestier es una obra maestra, la muerte del pintor Olivier en *Fuerte como la muerte*, las cartas que queman (*ibidem*). Algunas anécdotas de lugares sórdidos hacen estremecer. Pone de relieve la gran sensualidad; en la bestia humana ve no el lado ridículo, como Armand Silvestre, ni el lado corrupto, como Mendès, sino el detalle (¡augusto de sembrador!) el gesto animal en toda su belleza. Tiene unas instantáneas descriptivas, unos esquemas maravillosos. Vea como es más directo que Bourget, como lo ha vencido en todas las ocasiones que tratan los mismos temas: *Pierre y Jean, André Cornélis; Nuestro Corazón, Un Corazón de Mujer*. ¡Ah, sí! era un auténtico maestro. Y qué contraste entre este hombre poderoso, fornido y atleta, deportista, tan bien puesto en la vida, y su obsesión por la locura (*¡Loco! El Horla*, etc.), que ha acabado por destrozarlo y matarlo.

Me vería en un aprieto si tuviera que decirle lo que prefiero: quizás *Bel-Ami, Yvette, La Casa Tellier*; y *Una Vida, Nuestro Corazón* y *Fuerte como la Muerte* comenzaban una evolución, de la que habría que ver el final. No se podía todavía decir que eso fuese un progreso. Pero todo esto se lo escribo tal y como surge de mi pluma, citando desordenadamente mis recuerdos...

Su abnegado amigo
L. G. P.

***[1]

[1] Siguen dos cartas, una de DOMENICO OLIVA y la otra de LUCIO D'AMBRA opinando sobre Maupassant, que al estar escritas en italiano, serán omitidas en la presente traducción.

Fragmento de un artículo sobre Maupassant, por Blanche Roosevelt, publicado en *Woman's World* en 1888-1889[1]:

«El Sr. de Maupassant ha viajado mucho, pero nunca había visitado Inglaterra antes del verano de 1886. Fue especialmente invitado como huésped del barón Ferdinand de Rothschild y fue en el magnífico castillo de Wadesden donde conoció el encanto de la vida inglesa en la campiña. Su anfitrión había convocado a distinguidos personajes para encontrarse con él, y según el autor francés, esa visita fue "uno de los más interesantes acontecimientos de su vida". Después de haber permanecido en Hampshire regresó a la ciudad, y para sorpresa general dijo que no iría a Londres, pero que deseaba ir al día siguiente a Oxford. "Mi amigo Paul Bourget, dijo, me escribió: Debe usted ver Oxford, la única ciudad de la edad media del Norte. Le resultará encantadora; no deje de verla". Al día siguiente tomamos un tren temprano, y, aunque era agosto, había humedad en el aire, el viento era fuerte y el tiempo horroroso. Antes de llegar, un accidente retrasó el tren, una terrible tempestad se levantó y llegamos a la ciudad medieval en un estado que no era precisamente de humor alegre. El Sr. de Maupassant tiritaba de frío y, citando sus propias palabras, "muerto de hambre". "Me gustan las antigüedades, decía, pero primero almorzar –¡el almuerzo!" La comida fue admirable y prolongada. Durante ese tiempo, la lluvia cayó con furia torrencial y la ciudad entera parecía una gran ruina de la naturaleza. A pesar de ese aspecto desalentador, nuestro autor exclamó: "Ahora, vamos a

---

[1] Ruán, 19 de diciembre de 1904

Querido amigo,

Recibo de mi hija, que está en Inglaterra, la traducción de un artículo sobre Maupassant que ha encontrado por casualidad en la Revista inglesa *Woman's World* de 1888-1889. Se trata de un estudio literario, firmado por Blanche Roosevelt. El comienzo no contiene nada original sobre Guy, sus primeras obras, su residencia en la calle Montchanin; pero el final está dedicado al relato de un viaje que hizo a Inglaterra, del que no me acordaba en absoluto y que me ha producido gran placer leer.

Como usted refiere en su libro sus excursiones a África e Italia, tal vez le resulte interesante poder señalar su visita a Oxford. Le envío pues una copia de la traducción de mi hija. No le garantizo exactitud absoluta, pero sabrá darle una idea de la anécdota. La autora, Blanche Roosevelt, según una biografía, es una escritora americana, nacida hacia 1860. Ha publicado una novela con Ollendorff en 1887 titulada *La Reina del cobre*, y una obra sobre Gustave Doré, traducida del inglés por el Sr. Du Seigneux.

Mis saludos más cordiales.

R. PINCHON

visitarla; se lo he prometido a Bourget". Un guía nos informó que, aunque los colegios estuviesen cerrados, ni el viento ni el tiempo podía alterar la belleza de la ciudad de la edad media. Nuestra elección de un coche fue una idea poco afortunada; el cochero estaba borracho y el vehículo era una tartana. Avanzamos penosamente. Maupassant de espaldas hacia los caballos, tiritaba y añoraba África, cuando el coche se detuvo bruscamente y el cochero empapado abrió la portezuela con un golpe terrorífico. Dijo con una voz entrecortada por la embriaguez: "Esto es el Sheldoman". El Sr. de Maupassant no comprendía el inglés; pero el acento le irritó los nervios y yo pensé que el resto de nuestra jornada acabaría en convulsiones. El clásico Jéhu, aunque no explicándose la causa de nuestra hilaridad, sonrió a manera de respuesta, se apartó ceremoniosamente y comenzó la historia estereotipada del instituto. En otros lugares, otras historias eran repetidas de la misma manera. Finalmente, medio riendo, medio sofocado, el Sr. de Maupassant entró en tal estado, que temí nos detuvieran por locos y le propuse regresar.

«Ya en la estación, un gracioso telegrama fue enviado a Paul Bourget, y nos precipitamos al tren cuando el revisor ya cerraba las portezuelas. Una vez en Londres, nos informamos de que el Sr. de Maupassant fue conducido al Museo de Madame Tussaud. Después de haber pasado la tarde el la "Cámara de los Horrores" la jornada finalizó con una cena y una visita al Teatro «Saboy». Aunque era conocida la antipatía de Maupassant por el drama cantado, pensamos que, para rendir homenaje a Inglaterra, él debía escuchar una opereta inglesa. Al final confesó encontrarse encantado. Al día siguiente recibí la siguiente nota: "Tengo demasiado frío, esta ciudad es demasiado fría. La dejo por París; hasta pronto; mil gracias". Y fue de esa manera como un autor francés vio Inglaterra. En cierta ocasión yo daba a un poeta célebre la descripción del modo en que Maupassant había visto Oxford y añadía: "¿No era cómico?" – "¿Cómico?" exclamó él; "¡creo que era trágico!»[1].

***

[1] Esta Revista ha dejado de aparecer. El artículo está acompañado de tres dibujos: 1º Una vista del gabinete de trabajo de Guy, firmado por G. Fraipont. Probablemente el dibujo aparecido en la *Revue Illustrée*, París, 1 de abril de 1888; 2º Un retrato extraído de una fotografía de Mélandri; 3º Una vista de la *Guillette*, firmada por R. Jones.

Ya he dicho, en este mismo volumen, que la familia del conde de Maupassant, viviendo en París, no es de la misma familia que Guy, y que se trata de un hijo del Sr. Nau, hecho conde por el Papa y autorizado por la familia de maupassant a tomar el apellido de soltera de su madre.

Actualmente existe una condesa viuda de Maupassant, de soltera de Hübner, y un conde de Maupassant, condecorado al Mérito Agrícola[1]. Los periódicos lo han mencionado recientemente a raíz de la suma de doscientos mil francos que el conde de Maupassant acaba de ofrecer a la provincia del Loira Inferior para contribuir a la construcción de un puente trasbordador sobre el Loira, a la altura del municipio de Clermont[2].

El noviazgo de la señorita Mélanie de Hübner con el conde de Maupassant no fue alegre. El compromiso tuvo lugar el sábado 30 de abril de 1859; el miércoles 4 de abril, el conde de Hübner, padre de la novia y embajador de Austria en París bajo el segundo Imperio, abandonaba París, el emperador Napoleón III había declarado la guerra a Austria. A las ocho de la mañana, el conde de Hübner salía de París, saludado, en la estación «respetuosamente y con una expresión de tristeza. Unas mujeres lloraban... Es que todavía no habían olvidado las lágrimas y la sangre que la guerra de Crimea había hecho derramar y se preguntaban, sin comprender nada, por qué razón Francia había buscado enfrentamientos con Austria ».

Fue un austriaco, y un buen austriaco, quién lo dijo. Los italianos, por su parte, no olvidan la nobleza del discurso de Napoleón III, comenzando mediante estas palabras la proclamación del 3 de mayo de 1859:

«Austria, haciendo entrar su ejército en el territorio del rey de Cerdeña, nuestra aliada, nos declara la guerra... Es Austria, que ha llevado la situación a estos extremos, quién provoca que domine hasta los Alpes o que Italia sea libre hasta el Adriático...».

El Sr. de Hübner escribía, esos días, en su diario, publicado por los Sres Plon y Nourrit en 1904 bajo el título: *Nueve años de recuerdos de un Embajador de Austria en París (1851-1859)*:

«*Martes, 26 de abril de 1859*: Banneville declara a Buol que el paso del Tessin por los austriacos será considerado como una declaración de

---

1 Viven en París, en el octavo distrito, calle de Monceau, 69.

2 Noticia que el Sr. Pinchon me comunica y que obtuvo en el *Populaire*, periódico de Nantes, del 4 de octubre de 1904.

guerra contra Francia... Con guerra a la vista, el proyecto del matrimonio de mi hija Mélanie, con el Sr. Léon de Maupassant, queda definitivamente abandonado...

«*Viernes, 29*: ... En la velada, el Sr. de Maupassant se presenta de nuevo para pedir la mano de mi hija Mélanie...

«*Sábado 30*: ... Hoy, mi hija Mélanie, se ha prometido con el Sr. de Maupassant. Estoy al mismo tiempo encantado y triste.

«*Lunes 2 de mayo*: He hecho y recibido muchas visitas de despedida. ¡Felicitaciones por la boda de mi hija Mélanie!

«*Martes 3*: Mi último día en París... Por la noche firmaré el contrato de la boda de Mélanie.

«*Miércoles 4*: A las ocho de la mañana, salgo de París...».

RECUERDOS ÍNTIMOS DEL SR. CH. LAPIERRE

Después de haberlo hecho los Sres. Jules Lemaître, Paul Bourget, Émile Faguet y otros, no hablaríamos con tanto entusiasmo de Maupassant y de su obra, si los recuerdos personales, producto de un amplio contacto con él en diversas circunstancias[1], no nos aportasen la esperanza de añadir

[1] He aquí algunos detalles sobre el autor de estos *Recuerdos*, gracias al Sr. Pinchon:

Ruán, 25 de octubre de 1904

Querido Señor y amigo,

Me pide usted algunos apuntes sobre Ch. Lapierre, que fue el amigo de Gustave Flaubert y por el que conoció más tarde a Guy de Maupassant. Me apresuro a transmitirle lo que sé y algunas nuevas informaciones nuevas que he podido recoger.

Charles Lapierre, nacío en Gisors, en la provincia del Eure, el 21 de mayo de 1828, era hijo de un impresor de esa ciudad.

Realizó sus estudios en el Instituto de Ruán, y comenzó en seguida su carrera en el periodismo en el *Moniteur du Loiret*, en Orléans. Allí mantuvo una estrecha relación de amistad con un joven profesor, Charles Brainne, recientemente graduado en la Escuela Normal, y que, como sus compañeros Edm. About y Fr. Sarcey, se hizo un importante lugar en la prensa.

Ch. Lapierre y Ch. Barinne, nacido éste último también en Gisora en 1827, se convertirían más adelante en cuñados, casándose con dos hermanas, las señoritas Rivoire.

Después de una corta permanencia en el *Courrier de l'Eure*, Charles Lapierre entró en 1856 en el *Nouvelliste de Ruán*, dirigido por el Sr. Rivoire, y habiéndose casado con su hija, se convirtió en redactor jefe del periódico, partidario del régimen imperial; después de la muerte del Sr. Rivoire en 1871, él tomó la dirección hasta 1892.

Ignoro cuál fue el origen de sus relaciones amistosas con Gustave Flaubert que era cinco o seis años mayor que él, pero puedo darle esta información: Algunos meses después de su entrada en el *Nouvelliste*, Lapierre publicó en folletín, a partir del 9 de noviembre de 1856, *Madame Bovary*, la novela de Flaubert, cuya publicación había comenzado un mes antes en el número uno de la *Revue de París*.

Esa es la fecha, verificada en la propia revista, de la aparición de *Madame Bovary*, que los bibliógrafos se obstinan en indicar que fue en 1857.

En ese mismo número del *Nouvelliste* del 9 de noviembre de 1856, se encuentra bajo la firma de Ch. Lapierre una entusiasta reseña de *Madame de Montarcy*, el drama de Louis Bouilhet, el íntimo amigo de Gustave Flaubert. Se había entregado al Odeón el 7 de noviembre, a cuya primera representación Lapierre había asistido sin duda por razón de simpatía, puesto que él no era el encargado de la crítica dramática en su periódico.

Fue en esta época cuando seguramente pueda datarse el comienzo de su relación; pues Ch. Lapierre, en el momento de la muerte de Flaubert, en Croisset, cerca de Ruán, escribía en el *Nouvelliste* del 9 de mayo de 1880 lo siguiente: «No sabríamos decir con que dolor de corazón vimos tumbado sobre un diván, en esa amplia biblioteca donde él pasaba la mayor parte de su laboriosa vida, y dormido a consecuencia de la fatiga de espíritu, al pobre gran

algunos rasgos a la entrañable figura de uno de nuestros primeros escritores modernos.

Tan lejos como estos recuerdos se remontan, aquél que murió en 1893 por segunda vez, después de una larga agonía en una residencia de salud, se me aparece tal como lo describió el Sr. Zola, más bien bajo, bien ajustado de cintura, vigoroso, bigote poblado y rizado, el cabello abundante, la mirada fija a la vez de observador y pérdida, la frente cuadrada, los rasgos de un pequeño toro bretón, decía Flaubert. Daba la impresión de un buen muchacho. Nada de particular en sus orígenes. Era de una buena familia de Lorena. Su abuelo, propietario en la Neuville-Champ-d'Oisel, creca de Ruán, donde había ido a dirigir bastante hábilmente una explotación agrícola, se había destacado por su oposición al Imperio. Su padre, al que se

---

amigo, con el que con profundo afecto compartimos alegrías y penas desde hace más de veinte años».

Volviendo al tema que nos ocupa, fue por mediación de Flaubert como Maupassant fue puesto en contacto con Ch. Lapierre y su familia, donde él encuentra la acogida más cordial.

Charles Lapierre, gran hombre, escritor de talento, era sobre todo un encantador conversador.

Le gustaba mucho charlar con Guy, quién en esas conversaciones con tanta familiaridad, obtenía la semilla de varios bellos cuentos como *Ese Cerdo de Morín, la Casa Tellier* y *El doncel de la Señora Husson.*

Este último personaje, según Ch. Lapierre, «existió en Gisors tal como la ha descrito el humor del autor que había dado al principio por título de este relato la burlona conclusión: Un acto benéfico nunca es en balde ».

Tras haber dejado en 1892, por razón de salud, la dirección del *Nouvelliste* de Ruán, Ch. Lapierre escribió en el *Journal des Débats*, unos interesantes artículos literarios, uno sobre Gustave Flaubert, el 4 de julio de 1893, y otro sobre Guy de Maupassant el 10 de agosto siguiente.

Algunos días después de la publicación de este artículo, Ch. Lapierre expiraba, el 19 de agosto de 1893, cruelmente golpeado por la muerte de un hijo único, y su adversario político, *el Journal de Rouen*, hacía así su panegírico:

«Ch. Lapierre no deja enemigos. Sin embargo, en el transcurso de los treinta y seis años que pasó en el Nouvelliste de Rouen, tuvo muy buenas ocasiones de creárselos, ofendiendo amores propios y contrariando intereses. Ahora bien, incluso con sus colegas, las polémicas, en las que destacaba, no alteraban nunca la cordialidad de las relaciones ».

En esta noticia un poco amplia, he sobrepasado tal vez la medida de las informaciones que usted esperaba. En cualquier caso use de ella como guste.

Cordialmente suyo,

ROBERT PINCHON

parecía físicamente, estaba interesado en un cargo de agente cambio en París. Había un cierto desahogo económico en la familia. Guy tenía un hermano menor, Hervé, quien se alistó para luego dejar el servicio militar tras haber obtenido los galones de sargento de caballería, estableciéndose más tarde como horticultor en Antibes[1].

Muy pronto se produjo una separación entre sus padres, separación amistosa, pues el Sr. de Maupassant padre iba a pasar algunas vacaciones con su esposa, en Étretat, pero solamente como invitado, condición que había sido claramente establecida y aceptada. Desde esa época Guy iba a visitar en Croisset a Flaubert, no como puede leerse en el Larousse, en calidad de sobrino o ahijado, sino porque era sobrino de su amigo íntimo Le Poittevin e hijo de la Sra. Laure de Maupassant con la que Flaubert había sido educado y a quién lo unía una fraternal amistad.

Al principio Guy no manifestaba grandes veleidades literarias. Pasaba sus días entre los despachos del Ministerio de la Marina, y con la pluma que debía escribir obras maestras, escribía despreocupadamente copias de instrucciones para los Arsenales, soñando en travesías por el Sena. Un poco más adelante, fue trasladado al Ministerio de la Instrucción Pública gracias al Sr. Bardoux. El amigo de Flaubert le hizo la maliciosa jugarreta de nombrarlo oficial de academia, eso de lo que Guy no se vanagloriaba. Era la época en la que estaba sumido en esa especie de furor por el deporte náutico que no debía abandonarlo hasta los primeros reveses de su salud. Formaba parte de una alegre tripulación que daba mucho que hablar entre Angenteuil y Bezons. Se esperaba el domingo con una impaciencia febril. Ese fue, puede decirse sin temor a equivocarse, la época más feliz de su juventud, y se encuentra el reflejo de la misma en este bonito relato titulado *Mosca*, donde reproduce con gran encanto de estilo, un episodio picante de la

---

[1] Entre Niza y Cannes. Es una ciudad de 11.000 habitantes, situada al NE de la casi isla de la Garoupe o Cabo de Antibes, que separa el famoso Golfo Juan del golfo de Niza, entre dos cortes de la costa: uno esta dominado al sur por el montículo de Notre-Dame de la Garoupe; el otro, la ensenada de Saint-Roch, forma una bahía circular de 600 metros. Desde la demolición de sus murallas, Antibes se ha convertido en una estación invernal donde se está construyendo muy activamente.

Sobre la ruta de la Playa, está la villa y el jardín Thuret, maravilloso jardín botánico de siete hectáreas. Muy cerca, el castilllo Thénard, “Villa Magnifica”; cuyo horticultor es muy conocido. No lejos, la *Villa Eilen-Roc*, cuyos jardines de plantas exóticas son maravillosos. Hervé de Maupassant había elegido sabiamente allí su residencia. [A.L.]

navegación de esos piratas de agua dulce. Todavía quedan sobrevivientes de la tripulación. El timonel «La Toque» es subbibliotecario en Ruán[1]. «No tiene más que un ojo» es hoy comisario en París, otro, M. de J...[2], es inspector en la Compañía de ferrocarriles del Este. «Mouche» murió siendo madre de familia, su anhelo.

Una única cosa podía distraer a Maupassant del remo, era el teatro. Tenía por cómplice de su pasión a Robert P[inchon], con el cual compuso, en 1873, para su debut, una comedia-libertina en una acto, algo así como una *Lisistrata* en miniatura. El tema era escabroso si bien la forma era pulida[3]. Bastará con decir que la acción transcurría en un harén parisino. Los actores eran Robert Pinchon, Guy de Maupassant, que desempeñaba un papel de mujer, los Sres. Maurice Leloir, D... y F... etc. La pieza fue representada dos veces en una casa particular, en Étretat[4], ante un público poco numeroso, pero selecto: Tourguéneff, Flaubert, Claudius Popelin, Meilhac, etc.[5]

Flaubert, aún divirtiéndose mucho con esas fantasías de juventud, no dejaba de regañar al autor, instándole al amor al trabajo y el culto por las letras con el sacrosanto pavor al adjetivo parásito y redundante. Fue entonces cuando aquél hizo aparecer, después de haberla sometido a su control, una antología de poesías titulada *Unos Versos*, en la que se

---

[1] El Sr. Robert Pinchon, después bibliotecario adjunto.

[2] El Sr. Lapierre comete un error: Es Petit-Bleu quién es comisario, y es el Sr. Albert de Joinville a quién Maupassant designa bajo el apodo de *No tiene más que un ojo*. [R. PINCHON]

[3] Esta obra libre me hace pensar en los poemas eróticos de Maupassant, *Mi Fuente*, *La Mujer barbuda*, etc., publicados en el *Nouveau Parnase satyrique du XIX siècle* (Bruselas, 1881). No son citados en la lista de las *Obras* de Guy [A. L.]

[4] Otro error: esta pieza no pudo ser representada en Étretat, ¡en casa de *la Sra. de Maupassan*t! Fue representada en los talleres de Maurice Leloir y de Georges Becker, en París. [R. PINCHON]

[5] La *comedia libertina* citada por el Sr. Lapierre es la misma de la que habla el Sr. Céard en el artículo reproducido anteriormente en este mismo volumen. Fue representada por primera vez, como ha dicho el Sr. Robert Pinchon en el prefacio de su *Teatro*, en casa de Maurice Leloir en 1875, y representada una vez más en casa de Georges Becker dos años después, en 1877, fecha dada por Céard, que no asistió a la primera representación. Esta última fecha no es pues en suma inexacta; pero la de Lapierrre es falsa (1873) y debe ser rectificada. En cuanto a la indicación de Étretat, es otro error del Sr. Lapierre, cuya rectificación debo al Sr. Pinchon. [A. L.]

revelaba, bajo exquisita forma, una savia de imaginación ligeramente sensual. El libro fue perseguido por orden de la fiscalía de Étampes, medida tomada a instancias de Raoul Duval, Cordier, senador, etc. En sus inicios Guy obtenía de ese modo, y sin buscarla, la buena fortuna de una publicidad y recibía a guisa de prefacio una carta del «patrón » Flaubert, felicitando a su discípulo por haber entrado en la carrera con el mismo estruendo judicial que el autor de *Madame Bovary*[1].

Pero la obra que pronto debería hacer de Guy de Maupassant un escritor sin par, fue *Bola de Sebo*, que apareció publicada en las *Veladas de Médan*...

Aunque la forma sea lo principal en una obra literaria, sobre todo la de Maupassant, no carece de interés para el público recopilar pequeños detalles en lo que concierne a un autor favorito, saber que parte de verdad se encuentra en unas producciones presentadas como cuadros de la vida real. Podemos decir que si Maupassant modificaba, agrupaba, amplificaba, no inventaba. Se apoderaba de un hecho e inmediatamente le extraía una moralidad siempre irónica, y con la ayuda de su impecable estilo, le proporcionaba un singular relieve. La mayoría de sus relatos, *El Doncel de la Señora Husson*, *Ese Cerdo de Morin*, *El Pan maldito*, *Mosca*, etc.; novelas como *La Casa Tellier*, *Una vida*, *Mont-Oriol*, etc. son narraciones exactas en muchos aspectos. *El Doncel de la Señora Husson* ha existido en Glisors en el Eure, tal como lo ha descrito el humor del autor que al principio le había dado por título a este relato la conclusión burlona: *Un*

---

[1] En relación a Flaubert y *Madame Bovary*, nuestro amigo LUCIO D'AMBRA (RENATO MANGANELLA) acaba de contar en el *Italie* del 6 de diciembre de 1904 esta divertida pifia:

«Ser un distinguido profesor, un avezado crítico literario, un eminente académico, y dejar pasar en la primera página de un libro, el más grande, el más inesperado, el más majestuoso de los errores, es tener mala pata y también ostentar el record de la pifia.

«Gustave Flaubert nació en Ruán el 12 de diciembre de 1821.

«Su padre, hijo de un veterinario de Nogent-sur-Seine, después de haber realizado sus estudios de medicina en París, es estableció en Ruán, convirtiéndose allí en el muy considerado, e incluso célebre, doctor *Bovary*, cirujano en jefe del Hospital Dieu de Ruán y viviendo allí.

«¡Flaubert hijo de Bovary! Tal es el sensacional descubrimiento aparecido en su *Gustave Flaubert* de los "Grandes Escritores Franceses" de la Editorial Hachette, por el erudito, el perspicaz, el inmortal... ¡Buscad!...¡Émile Faguet!»

acto benéfico nunca es en balde. Del mismo modo *Ese Cerdo de Morín*, cuya aventura tuvo lugar entre Étretat y los Andelys hace una veintena de años. *La Casa Tellier*, que Maupassant ubicó en Fécamp, existe en Ruán (calle de los Cordeliers) y la ceremonia que constituye la principal escena de esta leyenda, sobre la que pasaremos por encima, ha ocurrido en Quincampoix en tres lugares de la ciudad. El fondo de los relatos *El Puerto, Boitelle, La Negraza*[1], *El Crimen del tío Bonifacio, Water Schnapp*, etc, han sido proporcionados por Robert Pinchon. Pero las principales fuentes de alimentación para Maupassant fueron el salón de la Sra. B[rainne], que gracias a su cuñado Sr. L[apierre] y algunos amigos, él escritor obtuvo la más amplia provisión de temas, hasta las dos últimas novelas: *Fuerte como la muerte* y *Nuestro Corazón*, que proceden de otras inspiraciones o confidencias.

Hemos leído en un artículo conmovedor que el Sr. Paul Bourget le ha dedicado «que él jamás tomaba apuntes». Sin embargo Guy de Maupassant nos ha dicho a menudo personalmente, que él no se acostaba nunca sin haber anotado todo lo que había llamado su atención durante el día. Quizás haya ahí una contradicción aparente en el sentido en que él no alteraba el plan de sus obras, sino que simplemente fijaba sobre el papel un punto de referencia por algo que había atraído su atención. Su cerebro operaba de inmediato como un reflector para reproducir todos los detalles con una asombrosa precisión. En su libro *Sobre el agua*, confesión melancólica que hay que consultar si se quiere conocer bien al hombre y al escritor, se define de este modo:

«Llevo en mi esta segunda vista que constituye al mismo tiempo toda la fuerza y toda la miseria de los escritores. Escribo porque comprendo, y sufro por todo lo que hay porque lo conozco demasiado – y sobre todo porque sin poderlo disfrutar lo miro en mi propio ser en el espejo de mi pensamiento».

Esta facultad difícilmente podía percibirse detrás de su aire indiferente y como ausente, pese a lo cual él no perdía nada de aquello que le interesaba entender. De un tiempo a otro, raramente un estallido en carcajadas que sonaba extrañamente parecía una concesión hecha al saber vivir. Hablaba

---

[1] *Boitelle* y *La Negraza* constituyen un único relato: además hemos indicado la fuente exacta. [A. L.]

poco y como aburrido salvo en los últimos tiempos donde, sufriente y amargado, se expresaba con humor sobre algunos hombres y algunas cosas. Fue por un efecto de desconfianza, del que había tenido un precedente con la publicación irrespetuosa para su memoria de las bromas más burdas de Flaubert, por lo que Maupassant estaba en guardia en su correspondencia contra las efusiones, y nos sorprendería que se puedan encontrar en sus cartas materia que incite la curiosidad del público. No se permitía caer en ese género de escritos de naturaleza intima, en disertaciones literarias y en los juegos de ingenio que habrían podido sugerir el deseo de gustar a una mujer, incluso cuando coqueteaba con ella. Prefería disparar con una breve fórmula, como en la historia de las seis muñecas que le había enviado la condesa P... a Cannes. Eso era más prudente.

Y, aprovechando que estamos en el capítulo de la galantería, y sin arriesgarnos demasiado en el terreno de la vida privada, podemos tratar de acercar la leyenda a la realidad por lo que sabemos de su vida. Maupassant se nos aparece primero como un «devorador de la vida» tal y como se denominaba a sí mismo cuando tenía veintitrés años. «En algunos días», escribe, «experimento el horror de lo que es incluso desear la muerte; en otros, por el contrario, gozo de todo como un animal». Pasa en primer lugar por la fase de todos los deportes, del remo, de las alegres travesías en las que Mosca desempeña su papel, pero que se ha exagerado, hablando de tripulaciones nocturnas, de proezas hercúleas donde habría mermado su salud. El éxito de sus *Relatos* lo expone a todas las tentaciones de la prensa, pero no cae en la tentación en tanto que su olfato normando no se lo permite. Si pasa por los medios de los periódicos galantes, es para captar allí ese tipo parisino de una manida civilización: Bel-Ami, para el cual su hermano Hervé, el antiguo suboficial de largos bigotes rubios, que no fue ni periodista, ni paseante de bulevar, ni yerno obligado de un banquero judío, le servirá de modelo, nada como un buen físico, claro. Se dará el cruel placer de mezclar en la acción a dos mujeres que más o menos han flirteado en torno a su naciente reputación. Para su novela *Una vida* le basta agrupar, en torno a una historia auténtica hasta la cabaña rodante del pastor, menos el desenlace trágico, todos los incidentes de una existencia rota en sus afectos y que por una serie de aproximaciones se relaciona en su espíritu con la idea primitiva de *Corazón Sencillo* de Flaubert.

Luego, el talento de Maupassant se hace más fino. La sensibilidad llega con el sufrimiento. Los primeros síntomas de la enfermedad datan de lejos; rara neurosis que afecta sucesivamente todos los órganos y que parece tener una componente hereditaria por su familia materna[1]. Su madre, de una inteligencia superior, sufrió toda su vida, y sin embargo, a pesar de las crisis que a menudo la pusieron en peligro de muerte, ella llegó a una edad que la hizo sobrevivir a sus dos hijos[2]. Hubiese sido necesario a Maupassant, para combatir los efectos de la herencia, otra cosa completamente distinta a la existencia nerviosa y sobrecargada que llevaba, así como los esfuerzos intelectuales necesarios para producir veintisiete volúmenes en quince años. A medida que el mal lo invadía, luchaba para escapar, cambiando bruscamente de residencia, abandonando Étretat y Paris por el Midi, Cannes, Antibes, los países del sol de los que nos ha dejado maravillosas descripciones, agotando la variedad de médicos especialistas y regímenes y, lo que es peor, aplicándose a si mismo sin descanso el don de observación que poseía, y espiando con esfuerzo creciente sobre su organismo los progresos del mal, con el fantasma incesante de la locura ante sus ojos[3].

Poco a poco, la ironía, que en sus primeras obras se producía con una alegría rabelaisiana, se desviaba hacia la hipocondría, y el escritor se lloraba a si mismo en ese pasaje de *Quien sabe*, un extraño relato que termina la antología titulada: *La Belleza Inútil*.

«Siempre he sido un solitario, un soñador, una especie de filósofo aislado, bondadoso, que se conformaba con poco, sin acritud contra los hombres y sin rencor contra el cielo. He vivido solo, siempre, a consecuencia de una especie de molestia que me inspira la presencia de los demás. ¿Cómo explicar esto? No podría hacerlo. No me niego a ver gente, a conversar, a cenar con amigos, pero cuando los siento cerca de mí desde

---

[1] Compárese este pasaje del Sr. LAPIERRE con la nota de MORSELLI en mis *Doumentos*, allí donde se plantea la cuestión de una tentativa de suicidio de la Sra. Laure de Maupassant. [A. L.]

[2] La Señora de Maupassant murió en 1903, diez años después del fallecimiento de Guy y después de que el Señor Lapierre hubiese publicado el artículo de los *Débats* sobre su amigo Maupassant.

[3] Acabo de someter el final de estos recuerdos del Sr. Lapierre al profesor Morselli; me envía unas notas que publico textualmente, agradeciéndole su preciosa y amable colaboración. [A. L]

hace un buen rato, incluso a los más íntimos, me hartan, me cansan, me ponen nervioso, y experimento unos deseos crecientes, obsesivos, de verlos marcharse o de irme yo, de estar solo.

«Me gusta tanto estar solo que ni siquiera puedo soportar la cercanía de otros durmiendo bajo mi techo»[1]

Puede verse hasta que grado de misantropía llegó y lo que hay que pensar de los cronistas que se proclamaron sus amigos, en virtud de la familiaridad banal de las relaciones en el mundo de la prensa. Maupassant tuvo compañeros; no me atrevería a afirmar, yo que lo he conocido íntimamente, que haya tenido un solo amigo[2], como lo era por ejemplo Bouilhet de Flaubert. Aquellos que han tratado de establecer, tanto por el talento como por el carácter, una aproximación entre el maestro y el discípulo se tropiezan con otra diferencia sustancial. Flaubert, cuando sale del retiro en el que se ha confinado para la gestación intelectual, se abre al aire libre. Para él, la literatura es un sacerdocio, es un creyente; no debe sacar de ella partido. El día en el que Dalloz, con motivo de la publicación de sus tres cuentos en el *Moniteur*, le envía un cheque de mil francos, él vino a mostrármelo con un ingenuo asombro. «¿Esto es lo que aporta la literatura? Esto es un embalaje». Maupassant es un «avispado». En él, el escritor es la prolongación del normando. Sabe luchar muy bien por sus intereses, preparar el camino a las ediciones múltiples. Nunca hará ascos a un poco de publicidad, la protesta contra el monopolio de la editorial Hachette en las estaciones del ferrocarril, la amenaza de un proceso judicial al *Figaro*[3].

Se le ha reprochado haber dicho que no escribía más que para ganar dinero. En efecto él parecía demostrarlo con los hechos. Actuaba así por un sentimiento de desconfianza engendrado por la hipocondría, pero que nunca mermó su genio de familia. No fue únicamente un excelente hijo lleno de

---

[1] No se sabe si esta misantropía – característica del carácter tímido y de los orgullosos – fuese en Guy de Maupassant congénita o adquirida tardíamente. En cualquier caso parece un síntoma premonitorio de la futura *locura*» [Nota de E. MORSELLI, 1904]

[2] Parece por lo tanto que fuese de naturaleza misantrópica. Lo piensan en general todos los más originales pensadores. ¡Amiel exageró el tipo del filósofo misántropo!

[3] Es a esta amenaza, no cumplida finalmente, de un proceso judicial al *Figaro* a la que se refieren las cartas de Maupassant y de Straus a Jacob, publicadas en este mismo volumen (*Documentos sobre Maupassant*). [A. L]

detalles y solicitudes para su madre, pero hemos conocido en todos los aspectos la generosa abnegación de la que hizo gala hacia su hermano. Lo puso a la cabeza de una explotación hortícola de la que corrió con todos los gastos[1], y cuando Hervé fue afectado de una parálisis general[2], cuyo detonante fue una insolación, le condujo a una residencia de salud, donde él pagaba su internamiento. Más tarde[3] continuaron los sacrificios en favor de su cuñada y de y sus sobrinas[4]. En la disposición de espíritu en la que se encontraba Maupassant, se adivina la impresión que la muerte de su hermano, acaecida poco después, generó en su espíritu ya de por sí «inquieto, atormentado e hipertrofiado por el trabajo.» Quiere ser rico para darse todas las satisfacciones, pues tiene la impresión de que sus días están contados[5].

«¡Ah!», escribe en *Sobre el Agua*, «he codiciado todo sin gozar de nada. Hubiera necesitado la vitalidad de toda una raza, la múltiple inteligencia repartida por todos los seres, todas las facultades, todas las fuerzas, y mil existencias en reserva, pues llevo en mí todos los apetitos y todas las curiosidades y estoy reducido a mirar todo sin poder tomar nada».

¡No hay nada más triste que verlo de ese modo siguiendo poco a poco la pendiente de la enfermedad, acariciar la quimera de la fortuna y de la grandeza! Esta última se manifiesta en la tercera fase de su existencia, la de sus relaciones con un mundo que despierta en él el recuerdo de orígenes de los que se preocupaba poco hasta entonces. Es el favorito de algunos salones selectos donde se disputan su amistad, donde se rodea al enfermo de cuidados y atenciones. La princesa X... en Cannes lo pasea en coche; la condesa Z... le envía remedios que ella misma ha hecho preparar. En ese

---

[1] En Antibes, cerca de Cannes. [A. L.]

[2] «La existencia de una parálisis general en el hermano es indicio de la predisposición hereditaria, pero la causa verdadera de la enfermedad fue sin duda alguna la sífilis. Esta tendría que buscarse en la historia de Guy de Maupassant » [E. MORSELLI]

[3] Hervé murió el 13 de noviembre de 1889, un poco menos de cuatro años antes que Guy. [A. L.]

[4] Hay que leer *su sobrina*, pues Hervé no tuvo más que una hija, la Señorita Simone de Maupassant. Yo escribo *Simone* a la inglesa, aunque Simonne sea el verdadero nombre, pues todos, en la familia de Guy, escriben *Simone*. [A. L.].

[5] «El deseo de “hacerse rico” es el germen del delirio en la parálisis, que es “la enfermedad del siglo XIX”, o sea del siglo del predominio de la burguesía adinerada o ávida de dinero». [E. MORSELLI]

medio y debido a un trastorno cerebral, Maupassant se inclina hacia un esnobismo que se traduce por algunos detalles y de los que sus familiares no se atreven a tomar a broma, tales como sus armas de familia grabadas en el forro de su sombrero, y su criado François, ese impagable Frontin, que cree halagar las ideas de su amo cuando nos dice majestuosamente: «El Señor Marqués acaba de regresar»

Estos signos escapan al lector común, y ¿cómo podría ser de otro modo cuando *Nuestro Corazón* ha venido a afirmar de nuevo la integridad de esta maravillosa inteligencia? ¿Cómo admitir que la admirable pintura de este mundano parisino cuya brusquedad y presunción son puestas con tanto arte en oposición al amor sencillo e inocente de una criada, son la obra de un cerebro sobre el que la parálisis ha puesto ya su zarpa?. Nosotros lo hemos visto feliz con ese éxito que encumbraba su reputación. Todavía le quedaba un resquicio de alegría pensando en las investigaciones de los que querían ver allí una novela a juego. Ocurría poco tiempo antes de la inauguración del monumento de Flaubert, en su domicilio de la calle Boccador. Aunque él no le gustaba hablar de sus obras, me decía como tres personas le habían servido de modelo para su tipo de escultor, como cuatro mujeres habían posado ante él para la mundana, como algún marido de una de éstas le perseguía preguntándole: «Confiéseme que es mi esposa a la que usted ha querido representar ». Cuestión muy indiscreta si recordamos el episodio del albergue del Monte Saint-Michel.

Los buscadores de explicaciones, los investigadores de enigmas a descifrar han querido encontrar en esta novela la huella de un amor misterioso y frustrado que habría cubierto de amargura los últimos días de Maupssant. Se trata de una leyenda que hay que descartar[1]. El instinto de observación desconfiada y enfermiza que él aportaba a todas las cosas le servía de algún modo de armadura contra cualquier tipo de afecto dominante. Además planteaba el amor desde la independencia hasta lo salvaje, y ninguna mujer debe jactarse de haber despertado en él una pasión que le robase su libertad de espíritu, difiriendo aún en esto de Flaubert que amó, sufrió y difícilmente olvidó. A Maupassant se le conocieron dos relaciones de las que se liberó del mismo modo: huyendo. En la segunda, la

[1] Los Sres. Balestre y Robert Pinchon, que conocen bien la historia íntima de Maupassant, no son del todo de esa opinión, como se ha visto. [A. L]

persona que le sirvió algún tiempo de secretaria cuando él tenía la vista dañada, pudo creerse indispensable y haberlo atado por dos fuertes lazos: la costumbre y una especie de agradecimiento. Ella fue dolorosamente desengañada cuando supo un buen día que Maupassant había partido en su velero. No regresó hasta mucho tiempo después. Era su modo de evitar *el encolado*, como él decía.

Como mucho podría hacerse una excepción a este respecto a favor de una de las que él bautizaba como mujeres «complejas» en cuyo salón era querido por las más delicada y atenta de las hospitalidades y por las que él sin embargo se vanagloriaba de no experimentar más que una amistad platónica o más bien una curiosidad afectuosa.

Sin ser un iniciado en los detalles de su vida, era imposible después de varios años seguirle asiduamente en sus producciones sin verse acosado por los más siniestros presentimientos. Se diría que *el Horla* está escrito por un interno de la residencia del doctor Blanche. Hay páginas de *Sobre el Agua* que son estremecedoras tanto como se parecen a crisis de desamparo. Se cuenta, se acusa, se queja, maldice el talento que tiene de traducir sus impresiones con una fidelidad despiadada. Busca además un refugio y es a este respecto como se manifiestan en él los trastornos religiosos de los que habla el Sr. Bourget. Nos da entonces a conocer su libro de cabecera de *la Imitación de Jesucrito*, pero la desesperanza lo arrastra, y para sustraerse a esa pesadilla que lo oprime, recurre al suicidio; no puede escapar a él más que poniéndose la camisa de fuerza.

Lejos de esas lamentaciones de *Sobre el Agua*, esta otra “Confesión de un hijo del siglo”, manifiesta esta robusta confianza que mostraba Maupassant, cuando en 1886 o 1887, en Niza, me decía en pleno éxito: «No escribiré en *la Revue des Deux-Mondes*. No perteneceré a la Academia. No seré condecorado. No me casaré».

Sobre un punto él no habría cumplido su programa; escribió en la *Revue des Deux-Mondes*. No fue condecorado, pero se le concedió la cinta violeta, que no llevó más que una vez en una gala ministerial. En cuanto a la Academia, el Sr. Alexandre Dumas hijo representaba al respecto el papel del demonio tentador, y nos parece que hubiese vencido sus resistencias. Hubiese sido el caso de reeditar los versos: *Nada faltó a su gloria; faltaba a la nuestra.*

¡Pobre Maupassant! ¡Tanto talento y resplandor para desembocar en tan triste final!

EL

INTENTO DE SUICIDIO DE MAUPASSANT

SEGÚN LOS PERIÓDICOS DE 1892

Fue en el Chalet de l'Isere, sobre la ruta que conduce a Grasse, a las puertas y sobre la colina de Cannes, donde Guy de Maupassant intentó suicidarse la noche del 1 al 2 de enero de 1892. Reproduzco en este volumen una fotografía de esa vivienda, tomada por mí en 1904. Es un recuerdo (muy precioso y repleto de melancolía) de un amigo desaparecido, ofrecido a los amigos del infortunado y gran escritor. He tenido la idea de poner en esa pequeña postal la simpática figura de una mujer, que visita piadosamente la última morada de Guy de Maupassant, pues allí fue donde se apagó su inteligencia. Del igual modo el escultor del monumento del Parque Monceau en París asocia al escritor la imagen de una de aquellas de las que Guy supo comprender tan bien y analizar su alma.

INTENTO DE SUCIDIO DEL SR. GUY DE MAUPASSANT[1]

Desde hacía algún tiempo, se habían venido produciendo erróneas noticias acerca de la salud del Sr. Guy de Maupassant. Se decía que el eminente escritor, que vive en Cannes, sufriera varias crisis que habían puesto sus días en peligro. Esta noticia fue comunicada a los periódicos parisinos, pero fue desmentida casi de inmediato.

En efecto, en el mismo momento en que se anunciaba – hace de esto aproximadamente tres semanas – que el Sr. de Maupassant estaba gravemente enfermo y que había perdido la razón, supimos que el novelista se encontraba en Niza con su madre.

Pero por desgracia había demasiada verdad en todas las noticias que circulaban y que no constituían ninguna sorpresa para los íntimos del Sr. Guy de Maupassant. Nosotros sabíamos que, hace apenas algunos días, el infortunado escritor había sido presa de terribles accesos que habían mermado completamente su razón. Sabíamos también que en una de estas crisis, el Sr. Guy de Maupassant había intentado suicidarse abriéndose la garganta con una navaja. Se había podido ocultar este penoso acontecimiento a su madre y ese era el motivo de nuestro silencio. Pero habiendo sido divulgada la noticia hoy, ya no tenemos los mismos motivos para mantenerla silenciada.

[1] El *Petit Niçois*, Niza, martes 5 de enero de 1892

Fue en la madrugada del 31 de diciembre [*sic*] cuando el autor de tantas obras encantadoras ha tratado de ejecutar su siniestro proyecto.

Encontrándose en su habitación, solo en ese momento, tomó una navaja y se cortó la garganta. Pero gracias a una rigurosas vigilancia que se estaba ejerciendo a su alrededor, un sirviente no tardó en penetrar en los aposentos de su amo.

Llamado un médico inmediatamente, se le prodigaron los primeros auxilios al herido, que por fortuna presentaba una herida poco grave.

Hoy, el estado del Sr. Guy de Maupassant es relativamente satisfactorio; la herida está cicatrizada, pero la sobreexcitación del novelista continúa siendo elevada, y en el momento que pueda soportar un viaje, el infortunado será internado en una residencia de salud.

Es inexacto, como se ha pretendido, que el Sr. Guy de Maupassant haya intentado suicidarse con un revólver, antes de servirse de una navaja. Se había tenido la precaución de no dejar ninguna arma al alcance de su mano desde que su razón se había trastornado.

Nos telegrafían desde Cannes:

Cannes, 8 h. de la tarde

La herida que se ha hecho el Sr. Guy de Maupassant no es grave. Fue necesario emplear la camisa de fuerza con el Sr. de Maupassant, que está loco y furioso y que va a ser conducido a una residencia de salud.

Cannes, 10 h. de la noche

Un gran número de visitantes se han presentado durante la jornada en la casa del Sr. Guy de Maupassant, cuyo estado continúa siendo el mismo. He sabido por un amigo que el Sr. de Maupassant pensaba desde hace algún tiempo en el suicidio. En efecto, hizo venir recientemente a su abogado desde París y tomó disposiciones testamentarias. Desde hace algunos días, estaba en un estado de gran excitación, pero, gracias a las precauciones tomadas, se había podido impedir toda tentativa.

GUY DE MAUPASSANT[1]

Se ha leído con todos sus detalles el sobrecogedor relato de la enfermedad mental que acaba de sacudir y de quebrar, en temibles crisis, a Guy de Maupassant, uno de los primeros escritores de la época. Viendo ensombrecerse tantas bellas facultadas en el abismo de la locura, se experimenta un sentimiento de profunda piedad, se piensa en esos condenados del Infierno de Dante «que han perdido el bien de la inteligencia»,

Che han perduto il ben dell'intelletto.

y uno se pregunta a su pesar qué fatalidad pesa sobre éstos, qué crimen han cometido para sufrir semejante castigo.

En el momento que estamos escribiendo esto, no hay muchas esperanzas de restablecimiento. La razón se ha eclipsado, ya no vibrará más en ese cerebro paralizado, ya no brillará más en esos ojos apagados. Unos accesos furiosos de locura suceden a periodos de abatimiento y de postración. El desequilibrio es completo. La crisis final está próxima. La muerte moral parece haber llegado ya; y el nombre inscrito en el titular de este artículo aparece ya como el epitafio de una tumba. Muchas reflexiones emergen en presencia del desenlace fatal que se prevé, ante esta brusca interrupción de una obra comenzada; y uno se sorprende de que tantas ricas promesas hayan podido sumirse tan pronto en la nada, como si un terreno que se mostrase tan fecundo, se hubiese convertido de repente en árido y estéril.

No deja de sorprender que un escritor tan distinguido, uno de los maestros del arte, de tan poderosa imaginación, con una paleta tan colorida, haya contraído, joven aún, una profunda repulsión por la vida. Rico, famoso, dotado de maravillosas aptitudes para amar y para vivir, haya sucumbido a la añoranza y a la misantropía. ¿Algún germen mórbido roía secretamente ese bello fruto? ¿Cuál era?

Cuando se ve perecer en plena juventud a grandes poetas como Musset o a grandes músicos como Mozart y Donizette, comprendemos que han

[1] El *Petit Niçois*, miércoles 6 de enero de 1892.

agotado demasiado pronto la vida; pero esta vida se puede encontrar en sus obras inmortales; esas obras rezuman amor, esperanza y fe. Ellos tenían un ideal en el arte como en la vida; y si este ideal ha podido matar al hombre, por lo menos ha hecho vivir, ha inmortalizado al artista.

Guy de Maupassant pertenecía a una escuela que había repudiado todo ideal y que por ello agotaba toda fuente de vida. Era discípulo de Flaubert, el maestro mas peligroso que pueda proponerse a la juventud; de una perfección desesperante en la forma, pero de una espantosa sequedad en el fondo. No hay en su obra ni piedad, ni misericordia; nada más que la esterilidad de un constante escarnio oculto bajo el esplendor de las imágines. Comenzando por *Madame Bovary*, cuyo desenlace tiene algo de despiadado, acaba con *Bouvard y Pécuchet*, cruel parodia de las aspiraciones humanas, auténtica blasfemia contra el espíritu.

Flaubert escribía, se dice, odiando a los imbéciles, pero engrandecía hasta el infinito el círculo de los imbéciles; logrando de este modo que ese odio se trasladase muy fácilmente hacia el género humano, el odio a la vida.

No queda admiración ni amor más que para un pequeño número de elegidos. Es lo que se ha llamado el *mandarinato* literario, donde el talento, algunas veces considerable, se alía demasiado a menudo con el orgullo y su inmediato corolario, el desprecio.

Nada más estéril que esos sentimientos. Sin amor, sin una actividad caritativa, sin la posibilidad de enternecerse por el prójimo, no hay arte verdadero. La impasibilidad voluntaria del artista seca todo, aflige y desola eso a lo que se dirige y lo envilece en lugar de elevarlo, de fortificarlo, de engrandecerlo.

En el fondo de la obra de Maupassant, a veces de un estremecedor realismo, hay una cruel desesperanza, y casi todas sus novelas dejan en el lector un regusto de amargura. Él mismo, a base de escarnio y desprecio, había alcanzado la duda más completa; no amaba nada, no creía en nada. La naturaleza se decoloraba a sus ojos y ya no había más encanto para él. Solo lo atraía la nada hasta el punto de afrontar el suicidio en el más cruel acceso de desesperación.

Nos parece ver en todo esto una terrible lección. Es una enfermedad moral y no un trastorno físico lo que se lleva a este infortunado artista. Él tiene conciencia de haber arruinado su vida, y consecuentemente haber perdido el objetivo de su arte. Tal vez haya comprendido demasiado tarde

que la duda es infecunda y que solo la fe engendra grandes cosas, tanto las grandes obras como las grandes acciones.

VICTOR GARIES.

***

Según el *Figaro*, el Sr. Guy de Maupassant será internado en la residencia del Dr. Blanche tan pronto como sea posible hacerlo regresar a Paris[1]

***

EL SR. GUY DE MAUPASSANT EN PARÍS[2]

El Sr. Guy de Maupassant ha llegado ayer por la mañana a París en un estado de absoluta postración: ha sido recibido en la estación por el Dr. Cazalis y por el editor Ollendorff, que lo han conducido de inmediato a la residencia del Dr. Blanche. El enfermo ha sido examinado nada más llegar por los doctores Muriot (*sic*), Balche y Groult (*sic*) que han podido constatar que la llaga del cuello estaba curándose, pero el estado mental del Sr. de Maupassant era muy grave.

El Dr. Blanche vendó la herida del cuello; durante la operación, el nefermo se durmió profundamente.

***

El Dr. Meuriot, médico adjunto del Dr. Blanche, estima que la locura del Sr. de Maupassant data al menos de dos años atrás; el mal germinaba lentamente y ahora se muestra en su horrorosa realidad. El Dr. Meuriot está convencido de que la curación, si es que se produce, llevará mucho tiempo[3]

***

[1] El *Petit Niçois*, jueves 7 de enero de 1892.
[2] *Ibid*., viernes 8 de enero de 1892 (por despacho).
[3] El *Petit Niçois*, sábado 9 de enero de 1892. (por despacho).

Mejores noticias... La herida está casi completamente curada y el enfermo consiente en tomar alimentos en cantidad suficiente[1]

[1] El *Petit Niçois*, miércoles 13 de enero de 1892.

ALGUNAS PÁGINAS DE MAUPASSANT[1]

1883-1890

[1] Publicamos aquí algunos artículos no reimpresos en las *Obras de Guy de Maupassant*, y algunas páginas de sus libros, reproducidas después por diversos periódicos o revistas (*La Revue Bleue, Le Gaulois du Dimance, Le Petit Journal, etc., etc*.,), para no dspertar las justas susceptibilidades de los editores. Del mismo modo, y tal como es, esta pequeña selección bastará para dar una idea de los diferentes géneros y estilos del escritor.

NOVELISTAS CONTEMPORÁNEOS: ÉMILE ZOLA[1]

I

Hay nombres que parecen predestinados á la celebridad, que resuenan y se graban en la memoria. ¿Púede olvidar á Balzac, Musset, Hugo, quien una vez oyó estas voces breves y sonoras? Pero de todos los apellidos literarios, quizá no hay uno que salte á la vista más bruscamente y se incruste con más fuerza en la retentiva que el de Zola. Rompe como dos notas de clarín, violento, estrepitoso; penetra en el oído, lo llena con su rápida y vibrante alegría. ¡Zola! ¡Qué toque de llamada al público! ¡Qué toque de diana! ¡Y qué fortuna para un hombre de talento nacer con tal apellido, y no llamarse *Durand* ni *Dupont.*

Jamás apellido ninguno vino más de molde á nadie. Parece un arrogante reto, una amenaza de ataque, un cántico de victoria. Y verdaderamente, entre los escritores dé hoy, ¿quién combatió con más brío por sus ideas? ¿Quién atacó más brutalmente lo que por injusto y falso tenía?[2] ¿Quién ha triunfado con mayor estruendo, de la indiferencia al principio, de la resistencia vacilante del público después?

Larga fue, sin embargo, la lucha antes de lograr fama; y cual muchos de sus mayores, el joven escritor hubo de pasar por durísimos trances.

Nacido en Paris el 2 de Abril de 1840, corrió la niñez de Emilio Zola en Aix, y no volvió á Paris hasta Febrero de 1858. Aquí terminó los estudios, fracasó en el bachillerato y comenzó entonces la terrible lucha por la vida. Encarnizada fue la pelea, y durante dos años el futuro autor de *los Rougon Macquart* vivió al día, comiendo donde saltaba, corriendo en busca de la fugitiva moneda de cinco francos, frecuentando más á menudo el

---

[1] Este estudio forma parte de la colección de las Celebridades Contemporáneas editada por la casa Quantin (encuadernación in-16, con retrato y facsimil, portada coloreada). [A. L.]

[2] Que el lector recuerde el dato de este estudio: *1883*. Ella precede quince años más o menos a ¡La Verdad está en camino, nada la detendrá! y la campaña tan valiente de Zola en el Figaro. [A-L.]

Monte de Piedad que las fondas suntuosas, y, á pesar de todo, rimando versos incoloros, sin forma ni inspiración dignas de nota, algunos de los cuales han sido publicados por iniciativa de su amigo Pablo Alexis.

Refiere él mismo que un invierno se mantuvo bastante tiempo con pan untado de aceite, aceite enviado de Aix por unos parientes suyos, y declaraba entonces con rimada filosofía: “Mientras tenga aceite, un escritor no se muere de hambre.”

Otras veces cazaba en los tejados, con garlitos, gorriones, y los asaba, sirviéndole de asador una varilla de cortina. Muchas, por tener *en peñaranda* sus últimas ropas, permanecía una semana entera en casa, sin más vestidura que una colcha, á lo cual estoicamente llamaba “hacer el árabe”.

En uno de sus primeros libros, *La Confesión de Claudio,* se encuentran numerosos detalles que parecen personalísimos, y pueden dar idea exacta de lo que fue la vida de Zola por aquel entonces.

Al fin entró a desempeñar un empleo modesto en la casa editorial de Hachette. A partir de ese día quedó asegurada su subsistencia, y cesó de hacer versos para dedicarse á la prosa.

Aquella poesía abundante, fácil (harto fácil, según queda dicho), miraba más á la ciencia que al amor o al arte. En general, las composiciones de Zola eran vastos poemas filosóficos, de esas síntesis grandiosas que se ponen en verso por no ser bastante claras para expresadas en prosa. En tales ensayos no suelen encontrarse esas ideas amplias, un poco abstractas y vagas, pero conmovedoras, porque producen una sensación de verdad entrevista, de profundidad un instante descubierta, de inenarrable visión de lo infinito, de las cuales gusta M. Sully Prudhomme, el verdadero poeta filósofo; ni esos discreteos de amor, tan tenues, tan sutiles, tan agudos, tan deliciosos y tan afiligranados, en que sobresalía Teófilo Gautier. Es una poesía sin carácter determinado y acerca de la cual no se forja ilusiones Emilio Zola. Hasta confiesa paladinamente que en los tiempos de sus grandes vuelos líricos en alejandrinos, cuando *hacia el árabe* en aquel mirador, desde donde se ojeaba á París entero, á veces le asaltaban dudas acerca del valor de sus cantos. Pero jamás llegó á desesperar; y en sus mayores vacilaciones, se consolaba con este pensamiento ingenuamente audaz: “Sino soy un gran poeta, seré por lo menos un gran prosista. Y es que tenía una fe robusta, debida á la íntima conciencia de un robusto talento, aún

embrionario y confuso, pero cuyos esfuerzos para salir á luz sentía Zola, como la madre siente bullir al hijo que lleva en sus entrañas.

Por fin publicó un tomo, los *Cuentos de Ninon,* de estilo limado, de buena cepa literaria, de verdadero hechizo; pero donde sólo se dibujaban vagamente las cualidades futuras, y sobre todo el sumo brío que había de desplegar en su serie de los *Rougon Macquart.*

Un año después dió á luz *La Confesión de Claudio,* que parece una especie de autobiografía, obra mal mascada, sin importancia ni interés mayor; luego *Teresa Raquin,* un buen libro, de donde salió un buen drama; después *Magdalena Fdrat,* novela de segundo orden, donde brillan, sin embargo, sorprendentes cualidades de observación.

Zola había salido ya de las oficinas de la casa Hachette y pasado por *El Figaro.* Sus artículos metieron ruido, su *Salón* amotinó la república de los pintores, y ya colaboraba en varios periódicos, donde su nombre iba dándose á conocer al público.

Así las cosas, emprendió la obra que había de meter tanta bulla, *Los Rougon-Macquart,* cuyo subtitulo es: *Historia natural y social de una familia en el segundo imperio.*

La especie de advertencia siguiente, impresa en la cubierta de los primeros tomos de esta serie, indican con claridad cuál era el pensamiento y propósito del autor.

"Fisiológicamente, los *Rougon-Macquart* son la lenta sucesión de los accidentes nerviosos que se declaran en una raza a consecuencia de una lesión orgánica inicial, y determinan, según el medio ambiente, en cada uno de los individuos de esa raza, sentimientos, deseos y pasiones; en suma, todas las manifestaciones humanas, naturales é instintivas, cuyos productos reciben el nombre convencional de vicios y de virtudes. Históricamente, parten del pueblo; irradian por toda la sociedad contemporánea; trepan á las cimas, guiados por ese impulso esencialmente moderno que reciben las clases bajas en marcha a través del cuerpo social; y narran así el segundo Imperio con ayuda de sus dramas individuales, desde la alevosía del golpe de Estado á la traición de Sedán.

Diré por qué orden vieron la luz las diversas novelas de esa serie que han aparecido:

La Fortuna de los Rougon, obra amplia que contiene el germen de todas las demás. *La Ralea,* primer cañonazo disparado por Zola, y al cual

había de responder más tarde la formidable explosión de *La Taberna. La Ralea* es una de las novelas más notables del maestro naturalista, brillante y rebuscada, conmovedora y verdadera, escrita con arrebato, con un lenguaje lleno de color y brío, un poco recargada de imágenes repetidas, pero de innegable energía y de indiscutible belleza. Es vigoroso cuadro de las costumbres y de los vicios del Imperio, desde lo más bajo hasta lo más alto de lo que se llama la escala social, desde los lacayos hasta las señoronas.

Viene después *El Vientre de Paris*, prodigioso bodegón donde se encuentra la célebre *Sinfonía de los quesos* (para emplear la denominación usual de tan curiosa página). *El Vientre de París* es la apoteosis de los mercados, de las hortalizas, de los pescados, de las carnes. Este libro huele a "frescos como las barcas pescadoras que vuelven al puerto; exhala las emanaciones azoadas de las verduras, con su sabor a tierra, con sus aromas densos y campestres. Y de los profundos sótanos del vasto almacén de víveres suben, entre las hojas del libro, las inmundas fetideces de las carnes pasadas, los repugnantes tufillos de las aves de corral acumuladas, las hediondeces de los quesos; y todas esas exhalaciones se mezclan como en la realidad, y en la lectura se vuelve á experimentar la sensación que os causaron al pasar ante ese inmenso edificio atestado de comestibles, *verdadero vientre de Paris.*

Luego viene *La Conquista de Plassans*, novela más sobria, estudio severo, exacto y perfecto de una población pequeña, de la cual se hace dueño poco a poco un ambicioso clérigo.

Sigue á ésta *El Pecado del cura Mouret*, especie de poema en tres partes, de las cuales la primera y la tercera, en opinión de muchos críticos, son los trozos más excelentes que ha escrito en toda su vida el novelista.

Le toca después la vez A *Su Excelencia Eugenio Rougon*, donde se encuentra una descripción magnífica del bautizo del príncipe imperial.

Aún tardaba en llegar el triunfo. Se conocía el nombre de Zola; los literatos pronosticaban su brillante porvenir; pero en los círculos sociales, cuando sonaba su nombre, exclamaba la gente: "¡Ah, si, *La Ralea!"*, más por haber oído hablar del libro que por haberlo leído ¡Cosa extraña! Su notoriedad era muy superior en el extranjero que en Francia. En Rusia, sobre todo, se le leía y discutía con apasionamiento; para Los rusos era ya (y sigue siendo) *el novelista francés* por antonomasia. Se comprende la simpatía que llegó a establecerse entre el escritor brutal, audaz y demoledor,

y el pueblo nihilista en el fondo del alma, en quien La ardiente necesidad de destruir se convierte en una enfermedad: enfermedad fatal, es cierto, dada la escasa libertad que disfruta, en comparación de las naciones vecinas.

Y cátate que *El Bien público* da a luz una nueva novela de Emilio Zola, *La Taberna.* Se produce un escándalo monumental. Como que el autor emplea lisa y llanamente las palabras más crudas del idioma, no retrocede ante ninguna audacia; y perteneciendo al pueblo sus personajes, escribe en el lenguaje popular, el calé o jerga de los barrios bajos parisienses.

Llueven las protestas, se borran suscritores; se inquieta el director del periódico, se interrumpe el folletín y le reanuda luego una pequeña revista semanal, *La República de las letras.,* que dirigía entonces el encantador poeta Catulo Mendes.

En cuanto apareció en tomo la novela, se produce inmensa curiosidad; desaparecen las ediciones, y Wolff, cuya influencia sobre los lectores del *Fígaro* es considerable, sale valiente a la palestra en pro del escritor y de su obra.

El triunfo fue enorme y estruendoso. *La Taberna* alcanzó en poquísimo tiempo la más alta cifra de venta que ha conseguido jamás un volumen durante igual periodo.

Después de ese libro estrepitoso, dio A luz una obra suavizada, *Una página de amor,* historia de una pasión en la clase media. Luego apareció *Nana,* otro libro de escándalo, cuya venta excedió á la de *La Taberna.*

II

Zola es en literatura un revolucionario, es decir, un enemigo feroz de lo pasado.

Todo el que tiene inteligencia viva, ardiente deseo de renovación; todo el que posee las cualidades activas del ingenio, es forzosamente un revolucionario por hastío de las cosas sobrado conocidas.

Educados en el romanticismo, empapados en las obras maestras de aquella escuela, conmovidos por arranques líricos, todos pasamos al principio por el período de entusiasmo, que es el de la iniciación. Pero por hermosa que una forma sea, se convierte fatalmente en monótona, sobre todo para los que sólo tratan y se ocupan desde la mañana a la noche de las

letras y de ellas viven. A la larga surge en nosotros una extraña necesidad de cambio; hasta las mayores maravillas, que admiramos apasionadamente, nos hastían, porque conocemos de memoria los procedimientos de trabajo; porque somos de la casa, como suele decirse. En fin, buscamos otra cosa, ó más bien volvemos a otra cosa; pero esa “otra cosa» la cogemos, la refundimos, la completamos, la hacemos nuestra; y, á veces de buena fe, nos imaginamos haberla inventado.

Así, las letras van de revolución en revolución, de etapa en etapa, de reminiscencia en reminiscencia; porque ya a estas alturas no puede haber cosa realmente nueva. Víctor Hugo y Emilio Zola no han descubierto nada.

Las revoluciones literarias no se hacen sin gran ruido; acostumbrado el público a lo que existe, no pensando en las bellas letras sino por pasatiempo, poco iniciado en los bastidores del arte, indolente en lo que no atañe a sus intereses inmediatos, no gusta de que le arranquen á sus admiraciones acostumbradas, y teme cuanto le obligue a un trabajo mental superior al de sus negocios.

Le apoya además en su universal resistencia un partido de literatos sedentarios, el ejército de los que siguen por instinto los surcos trazados, y cuyo talento carece de iniciativa. Esos no pueden imaginar nada que se diferencie de lo ya conocido, y cuando se les habla de nuevas tentativas, responden doctoralmente: “No es posible sobrepujar a los maestros clásicos.» La respuesta tiene fondo de verdad; pero admitiendo que no se haga nada mejor que lo hecho, fuerza es convenir en que se hará de otro modo. El manantial es el mismo desde luego, pero puede cambiar su curso; los horizontes del arte serán diferentes y sus primores revestirán formas juveniles.

Zola es un revolucionario, pero educado en la admiración de lo mismo que aspira a demoler, como un sacerdote que abandona el altar, como Renán, que al fin y al cabo sostenía la religión, aunque mucha gente le crea irreconciliable enemigo de ella.

Así, a la vez que Zola ataca violentamente a los románticos, el novelista bautizado con el nombre de naturalista emplea los mismos métodos ampliadores, pero aplicados de una manera diferente. Su teoría es como sigue:

No tenemos otro modelo sino la vida, puesto que no concebimos nada más allá de nuestros sentidos; por consiguiente, deformar la vida es producir una obra mala, puesto que es producir una obra errónea.

La imaginación fué definida así por Horacio:

> Humano capiti cervicem pictor equinam
> Jungere si velit, et varias inducere plumas
> Undique coilatis membris, ut turpiter atrum
> Desinit in piscem mulier formosa superne...

Es decir, que todo el esfuerzo de nuestra imaginación no puede lograr más que poner una cabeza de mujer hermosa sobre el cuerpo de un caballo, cubrir de plumas a este animal y rematarlo en cola de horrible pescado; ó sea, producir un monstruo.

Conclusión: todo lo que no sea exactamente verdadero está deformado, es monstruoso. De ahí a afirmar que la literatura de imaginación sólo produce monstruos, no va ni un ápice.

Verdad que los ojos y el entendimiento de los hombres se acostumbran a. los monstruos, los cuales entonces dejan de serlo, puesto que no son monstruos sino mediante el asombro que nos causan.

Así, pues, para Zola, sólo la verdad puede producir obras de arte. Por tanto, no hay que imaginar; es preciso observar y describir escrupulosamente lo observado y visto.

Añadiré que el temperamento particular del escritor dará a las cosas que describa un color especial, un aspecto propio, según la naturaleza de su espíritu. Zola define así su naturalismo: “La naturaleza vista al través de un temperamento.” Y esta definición es la más clara, la más perfecta que puede darse de la literatura en general. Este temperamento es la marca de fábrica; el mayor o menor talento del artista prestará mayor o menor originalidad a las visiones que nos revele.

Porque la verdad absoluta, la ruda verdad, no existe; nadie puede tener la pretensión de ser espejo perfectísimo. Todos poseemos tendencias morales y mentales que nos inducen á ver, ya de un modo, ya de otro; y lo que á éste le parece verdad, le parecerá error a aquél. Intentar ser verdadero en absoluto no es más sino una pretensión inasequible; a lo sumo puede aspirarse a reproducir con exactitud lo que se ha visto tal cual se ha visto, A manifestar las impresiones tal cual se han percibido, según las facultades de

ver y de sentir, según la dosis de impresionabilidad de que nos haya dotado la naturaleza.

Todas las disputas literarias son, ante todo, disputas de temperamento, y casi siempre se erigen en cuestiones de escuela y de doctrina las diversas tendencias de los ingenios.

Así, Zola, que batalla con encarnizamiento en pro de la verdad observada, vive retiradísimo, no sale nunca, ignora el mundo. Entonces, ¿qué hace? Con dos o tres notas, algunos informes que espiga aquí y acullá, reconstituye personajes y caracteres, arma sus novelas. En una palabra imagina, siguiendo lo más posible la línea que entiende ser la de la lógica, costeando todo lo que puede la verdad.

Pero hijo de los románticos y romántico él mismo en todos sus procedimientos, tiene tendencias al poema, necesidad de agrandar, de amplificar, de hacer símbolos con los seres y las cosas. Está convencido de esa inclinación de su ánimo; la combate sin cesar, y al fin se deja arrastrar siempre por ella. Sus enseñanzas y sus obras están en perpetuo desacuerdo.

Pero ¿qué importan las doctrinas, puesto que sólo permanecen las obras? Y este novelista ha producido libros admirables que, á pesar de todo, á despecho de su voluntad, conservan aspecto de cantos épicos. Son poemas sin poesía de pacotilla, sin los convencionalismos adoptados por sus predecesores, sin juicios preconcebidos, sin ninguna de las recetas poéticas; son poemas en que las cosas, sean cuales fueren, surgen iguales en su realidad y se reflejan ampliadas, pero nunca deformes, repugnantes ó seductoras, feas o hermosas indiferentemente, en ese cristal de aumento, pero siempre fiel y claro, que el escritor lleva dentro de sí.

¿No es *El vientre de Paris* el poema de los alimentos; *La taberna* el poema del vino, del alcohol y de la borrachera; *Nana* el poema del vicio?

¿Qué es esto sino poesía elevada, sino la magnífica amplificación de la ganforra?

“Estaba de pie en medio de las riquezas amontonadas en su palacio, con una multitud a sus pies. Como esos monstruos antiguos, cuyos temibles dominios se veían sembrados de osamentas, asentaba sus plantas sobre cráneos y la rodeaban catástrofes: la ruina furiosa de Vandeuvres, la melancolía de Foucarmont perdido en los mares de China, el desastre de Steiner reducido á vivir como hombre honrado, la imbecilidad satisfecha de La Faloise, el trágico hundimiento de los Muffat, y el blanco cadáver de

Jorge velado por Felipe, salido la víspera de la cárcel. Su obra de ruina y de muerte era un hecho; la mosca que alzó el vuelo desde la basura de los arrabales, llevando el fermento de las podredumbres sociales, había emponzoñado á esos hombres, sin más que posarse en ellos. Estaba bien, era justo; había vengado á su gente, los pordioseros y los abandonados. Y mientras que en un nimbo de gloria ascendía su sexo é irradiaba sobre esas víctimas tendidas cual un sol saliente que alumbra un campo de matanza, conservaba ella su inconsciencia de hermoso animal, ignorante de su tarea, siempre buena chica."

Por supuesto, lo que ha desencadenado contra Zola á los enemigos de todos los innovadores es el atrevimiento brutal de su estilo. Ha desgarrado y roto los convencionalismos de las conveniencias, literarias, pasando á través de ellas como un payaso musculoso por un aro de papel. Ha tenido la audacia de la palabra propia, de la frase cruda, restaurando así las tradiciones de la vigorosa literatura del siglo XVI; y lleno de altivo desprecio por las perífrasis cultas, parece hacer suyo el célebre verso de Boileau:

"Yo llamo al gato, gato, etc..."

Se diría que exagera hasta el reto ese amor a la verdad desnuda, complaciéndose en las descripciones que se sabe han de indignar al lector, y atiborrándole de palabras groseras para enseñarle a digerirlas, a que no vuelva a hacer ascos.

Su estilo amplio y muy figurado, no es sobrio y preciso como el de Flaubert, ni cincelado y refinado como el de Teofilo Gautier, ni sutilmente cortado, atildado, complicado, delicadamente seductor como el de Goncourt; es superabundante e impetuoso cual desbordado río que todo lo arrolla.

Habiendo nacido escritor, maravillosamente dotado por la naturaleza, no trabajó como otros en perfeccionar hasta el exceso el instrumento que emplea. Se sirve de él cual dominador, lo conduce y regula a su antojo, pero nunca le arranca esas pasmosas frases que en ciertos maestros se encuentran. No es un violinista del idioma, y aun a veces parece ignorar qué vibraciones prolongadas, qué sensaciones imperceptibles y exquisitas, qué espasmos de arte producen ciertas combinaciones de palabras, ciertos incomprensibles acordes de silabas, en el fondo de las almas de los

refinados fanáticos, de esos que viven para el verbo y no comprenden nada fuera de él.

Estos son contados, contadísimos, y nadie les comprende cuando hablan de su idolatría por la frase. Se les trata de locos, sonriéndose, encogiéndose de hombros, y se proclama que la "lengua debe ser clara y sencilla, nada más"

Tiempo malgastado hablar de música a personas que no tienen oído.

Emilio Zola se dirige al público, al público grande, a todo el público, y no á los refinados solamente. No tiene necesidad de tantas sutilezas; escribe claro, en hermoso estilo sonoro. Ya basta.

¡Qué de burlas no se le han dirigido, qué chacotas groseras y siempre iguales! En verdad que es fácil escribir de crítica literaria comparando eternamente a un escritor con un pocero en funciones del servicio, á sus amigos con los ayudantes del pocero, y sus libros con vertederos y alcantarillas. Este género de zumba no conmueve en manera alguna á un creyente que ha medido sus fuerzas.

¿De dónde proviene ese odio? De múltiples causas. En primer término, la ira de las gentes perturbadas en la tranquilidad de sus rutinarias admiraciones; después los celos de ciertos colegas y la animosidad de otros a quienes hirió en sus polémicas; por último, la exasperación de la hipocresía desenmascarada.

Porque Zola ha dicho en crudo lo que pensaba de los hombres, de sus arrumacos, y de sus vicios ocultos tras apariencias de virtud; pero tan arraigada está entre nosotros la hipocresía, que todo se permite menos eso. Sed lo que queráis, haced lo que se os antoje, pero arreglaos de manera que os podamos tomar por hombres honrados En el fondo os conocemos bien, pero nos basta con que aparentéis lo que no sois; y os saludaremos y os daremos la mano cordialmente.

Emilio Zola ha arrancado antifaces y se ha tomado sin vacilaciones la libertad de decirlo todo, la libertad de referir lo que hace cada cual. No le ha engañado la universal comedia, y no se ha querido mezclar en ella. Ha exclamado de este modo:

—"¿Por qué mentir así? No deslumbráis á nadie. Bajo todas las caretas, conócense todas las caras. Al cruzaros unos con otros, os dirigís finas sonrisas que significan: "Estoy en el secreto" Os cuchicheáis al oído los escándalos, las anécdotas escabrosas, las interioridades sinceras de la

vida; pero si algún atrevido se pone a hablar alto, a referir con tranquilidad, sin aspavientos ni eufemismos todos esos secretos a voces de la gente de mundo, alzase un clamoreo de indignaciones fingidas, pudores de Mesalina y susceptibilidades de Roberto Macario. Pues bien, os desafío: ese atrevido seré yo."

Y lo fue. En las letras, quizá nadie ha excitado más odios que Emilio Zola. Tiene por añadidura la gloria de poseer enemigos feroces, irreconciliables, que en toda ocasión caen sobre él como furiosos y emplean cualquier arma, al paso que él los recibe con buenos modos de jabalí. Son legendarios sus colmillazos.

Si alguna vez los achuchones recibidos le han magullado un poco, ¡cuántas cosas posee para consolarse. No hay escritor más conocido, más divulgado por todos los ámbitos del mundo. En las más chicas ciudades extranjeras se encuentran sus libros en todas las librerías, en todos los gabinetes de lectura. Sus más rabiosos adversarios no niegan su talento, y el dinero que tanto le faltó, entra ahora en su casa á carretadas.

Emilio Zola tiene la rara fortuna de poseer en vida lo que muy pocos logran conquistar: la celebridad y la riqueza. Contados son los artistas que obtuvieron esa felicidad; al paso que son innumerables los que no han llegado a pasar por ilustres sino después de muertos, y cuyas obras no se han pagado a peso de oro sino a sus herederos.

III

Zola nació el 2 de Abril de 1840. Su tipo físico corresponde á su talento. Es de estatura regular, algo grueso, de aspecto bondadoso, pero obstinado. Su cabeza, parecida a las que vemos en muchos cuadros italianos antiguos, sin ser hermosa, presenta gran carácter de energía y de inteligencia. Los cabellos cortos, se encrespan sobre la despejada frente, y la nariz recta termina, como cortada de pronto por un golpe de cincel sobrado brusco, encima del labio superior, sombreado por un bigote negro, bastante espeso. Toda la parte inferior de la cara, rechoncha pero enérgica, está cubierta de barba afeitada casi á flor de la piel. Los ojos negros, miopes, de mirar penetrante y escudriñador, se sonríen, ya picarescos, ya irónicos; al paso que un pliegue particularísimo arremanga el labio superior de una manera festiva y burlona.

Toda su persona, oronda y fuerte, produce el efecto de una bala de cañón; lleva resueltamente su apellido brutal, con dos sílabas que botan con el estampido de las dos vocales.[1]

Su vida es sencilla, muy sencilla. Enemigo del gentío, del barullo, de la agitación parisiense, vivió al principio retiradísimo, en domicilios lejanos de los barrios bulliciosos. Ahora vive refugiado en su quinta de Medan, que ya no abandona casi nunca.

Sin embargo, tiene casa puesta en París, donde pasa unos dos meses al año. Pero parece aburrirse en ella, y se aflige de antemano cuando le va á ser preciso dejar la aldea.

En París como en Medan, sus costumbres son las mismas. Sus facultades para el trabajo parecen extraordinarias. Se levanta temprano y no interrumpe su tarea hasta la una y media de la tarde, para almorzar. Vuelve á sentarse á trabajar desde las tres hasta las ocho, y a menudo hasta pone otra vez manos á la obra por la noche. De tal manera, sin dejar de producir dos novelas anuales, ha podido suministrar durante largos años un artículo diario al *Semáforo de Marsella,* una crónica semanal á un gran periódico parisiense y un extenso estudio mensual a una importante revista rusa.

Su casa no se abre sino para sus amigos íntimos, y permanece cerrada á cal y canto para los indiferentes. Durante sus residencias en París, recibe por lo general el jueves de noche. En su casa se encuentran su rival y amigo Alfonso Daudet, Turguenief, Montrosier, los pintores Guillemet, Manet, Coste, los jóvenes escritores que se le atribuyen como discípulos, Huysmans, Hennique, Céard, Rod y Pablo Alexis, con frecuencia el editor Charpentier. Duranty era un concurrente habitual. A veces se presenta Edmundo de Goncourt, que sale poco de noche porque vive muy lejos.

Para las gentes que buscan en la vida de los hombres y en los objetos de que se rodean las explicaciones de los misterios de su espíritu, Zola puede ser un caso interesante. Este fogoso enemigo de los románticos se ha creado en el campo y en Paris interiores románticos enteramente.

En París, su dormitorio está colgado con tapicerías antiguas; un lecho estilo Enrique II se adelanta al centro de la vasta estancia, iluminada por antiguas vidrieras de iglesia que difunden sus luces multicolores sobre mil

---

[1] (La palabra italiana *ZoLLa* (pronúnciase *dsola)* , significa Terrón.—(N. DEL T.)

objetos de capricho, inesperados en aquel antro de la intransigencia literaria. Por todas partes telas antiguas, bordados de seda envejecidos, seculares ornamentos de altar.

En Medan es idéntica la decoración. La casa, una torre cuadrada al pie de la cual se agacha una microscópica casita, cual un enano que viajase con un gigante, está situada a lo largo de la línea del Oeste; y de rato en rato los trenes que van y vienen parecen atravesar el jardín.

Zola trabaja en medio de una estancia demasiadamente grande y alta, iluminada en toda su anchura por una galería de cristales que da á la llanura. Y ese inmenso gabinete está colgado también con inmensos tapices, y lleno de muebles de todos tiempos y países. Armaduras de la Edad Media, auténticas ó no, están próximas A asombrosos muebles japoneses y graciosos objetos del siglo XVIII. La chimenea monumental, con dos cariátides de piedra a los lados, podría quemar en un día un monte de leña, la cornisa es dorada, y sobre cada mueble hay un montón de cachivaches artísticos.

Y sin embargo, Zola no es coleccionista. Parece comprar por comprar, en revoltillo, al azar de su capricho excitado, siguiendo los antojos de su vista, la seducción de las formas y del color, sin preocuparse, como Goncourt, de los orígenes auténticos y del valor innegable.

Por el contrario, Gustavo Flaubert tenía odio al *bibelot*, juzgando necia y pueril tal manía.

En su casa no se encontraba ninguno de esos juguetes que se llaman “curiosidades”, “antiguallas” ú “objetos de arte”. En París, su gabinete, colgado de persia, carecía del encanto propio de los lugares habitados con amor y adornados con pasión. En su quinta de Croisset, la vasta estancia donde se afanaba el tenaz trabajador, no tenía más adorno en las paredes sino libros. Sólo de trecho en trecho, algunos recuerdos de viaje o de amistad, y nada más.

¿No ofrece tal contraste un curioso tema de observación á los psicólogos quintaesenciados?

En frente de la casa de Zola, detrás de la pradera separada del jardín por la vía férrea, el novelista distingue desde sus ventanas la ancha cinta del Sena corriendo hacia Triel; después, una llanura inmensa y aldehuelas blancas en las laderas, de lejanos ribazos, y encima bosques que coronan las alturas. A veces, luego de almorzar, baja por una encantadora alameda que

conduce al río, cruza el primer brazo de éste en su barca *"Nana"* y llega a la isla grande, parte de la cual acaba de comprar. Ha hecho construir allí un elegante pabellón, donde cuenta recibir en verano a sus amigos.

Hoy, Zola parece que tiene abandonado el periodismo, pero su despedida de la batalla cotidiana no es definitiva, y el día menos pensado le veremos renovar en la prensa la lucha por sus ideas; porque es luchador de raza, y durante años ha combatido sin tregua y sin el más pequeño desfallecimiento. Existen coleccionados en tomos todos sus artículos doctrinales, y forman sus *Obras críticas.*

Sus clarísimas ideas están expuestas con raro vigor. Sus *Documentos literarios, Los novelistas naturalistas, Los autores dramáticos franceses* pueden clasificarse entre los documentos de crítica más interesantes y originales que existen. ¿Son concluyentes? A esto se puede contestar: "¿Hay alguna cosa concluyente, indiscutible? ¿Hay una sola verdad evidente y segura?»

Para completar la enumeración de sus libros de polémica, citemos *Mis odios, La Novela experimental, El Naturalismo en el teatro y Una campaña*

El teatro es una de sus preocupaciones. Zola comprende, como todo el mundo, que pasaron los enredos a la antigua, los dramas a la antigua, todo el antiguo sistema escénico. Pero no parece haber dado aún con la *nueva fórmula* (para emplear su expresión favorita), y sus ensayos, hasta la fecha, no han salido victoriosos, á pesar del movimiento que produjo su drama *Teresa Raquin.*

Este drama terrible causó en un principio un efecto de pasmo profundo; quizá el mismo exceso de la emoción perjudicase su triunfo definitivo. Se ha tratado muchas veces de volver a ponerlo en escena, sin obtener la decisiva victoria.

La seguida obra dramática de Zola, *Los herederos Rabourdín* se representó en el teatro Cluny, bajo la dirección de uno de los hombres más audaces é inteligentes que de mucho tiempo acá se han visto al frente de un teatro parisiense, M. Camilo Weinschenk. La obra, aplaudida, pero no bien interpretada, desapareció de los carteles.

Por último, *Capullo de Rosa,* en el Palacio Real, fue una verdadera caída, sin esperanzas de desquite.

Zola acaba de terminar un gran drama tomado de *La Ralea,* y se susurra que otra pieza más. Pudiera ser que el papel principal de la primera de estas obras estuviese a cargo de Sara Bernhardt.

Sea cual fuere el éxito futuro de esas tentativas dramáticas, es cosa probada ya que el insigne escritor posee altísimas dotes para la novela, y que sólo esta forma se presta del todo al completo desarrollo de su vigoroso talento.

LA HERRUMBRE[1]

En toda su vida, sólo sintió una pasión invencible: la caza. Cazaba todos los días, desde muy temprano hasta la noche. con un ardor furioso. Cazaba en invierno como en verano, en primavera como en otoño, en los pantanos, cuando la veda prohibía la caza en campos y bosques; cazaba a la espera, en batida, con perro de muestra, con galgos, con liga, con espejuelos, con hurón. Sólo hablaba de cacerías y no soñaba en otra cosa, repitiendo sin cesar: "¡Deben de ser muy desgraciados los que desconocen los goces de la caza."

Había cumplido cincuenta años y se conservaba muy bien, robusto y erguido, aunque bastante calvo; grueso, pero vigoroso; llevaba los bigotes recortados para dejar libre el labio superior con objeto de tocar fácilmente la trompa de caza.

En toda la comarca le llamaban el señor Gontrán, a secas, a pesar de su título nobiliario, pues era el barón Héctor Gontrán de Coutelier.

Habitaba una casita de campo rodeada de bosques, y aun cuando conocía mucho a todos los aristócratas de la provincia, encontrando a veces en éstas cacerías a varios de su misma afición, sólo trataba asiduamente a los Courvilles, sus amables vecinos; amistad rancia, de familia.

En casa de los Courvilles le cuidaban, le querían, le mimaban; y decía:

—Si yo no fuese cazador, pasaría mi vida entera con ustedes. El señor de Courville era su amigo y compañero desde la infancia. Consagrado a la

[1] Páginas 55-71 de la edición original Victor Havard; antología titulada *Señorita Fifi*, 1883.

agricultura, vivía tranquilo con su mujer, su hija y su yerno, Darnetot, que no trabajaba, con el pretexto de dedicarse a estudios históricos.

El barón de Coutelier iba con frecuencia a comer a casa de sus amigos, particularmente cuando tenía que referirles algún lance de caza. Contaba largas historias de perros y de hurones, de los cuales hablaba como de personas a quienes hubiera conocido mucho; descubría sus pensamientos, sus intenciones, y los analizaba, los explicaba:

—Cuando *Medor* ha notado que la chocha le hacía correr mucho, se ha dicho: "Ya verás, tunanta, cómo nos divertiremos al fin." Entonces, haciéndome una seña con la cabeza, me ha indicado que me colocara en la otra punta del campo de trébol, y ha empezado a rastrear diagonalmente, haciendo mucho ruido para correrla poco a poco hacia el rincón, de donde no podría escapar. Todo se ha verificado como lo había previsto *Medor;* la chocha, en un momento dado, ha salido al borde. Imposible avanzar sin descubrirse, y comprendiéndolo, se ha dicho, agazapándose: "Me ha comprometido el demonio del perro." *Medor* entonces, poniéndose de muestra, me mira; yo le hago una señal; avanza. Brrr.. La chocha vuela; y echándome la escopeta a la cara, ¡pum!... Cae como una bola, y *Medor* la recoge y la lleva, moviendo el rabo como si quisiera decirme: "Nos ha salido muy bien. ¿Es cierto, señor de Gontrán?"

Courville, Darnetot y las dos mujeres reían mucho con estas narraciones, en las cuales el barón ponía toda su alma; se animaba, levantaba los brazos, gesticulaba con todo su cuerpo; y llegando a referir la muerte de la pieza, reía también de un modo formidable, preguntando siempre a la conclusión:

—Es curioso, ¿verdad?

En cuanto la conversación tomaba otro rumbo, Gontrán se distraía y se arrinconaba canturreando algún toque de caza; de modo que, si un instante callaban todos, produciendo un brusco silencio de los que a veces cortan el rumor de las palabras, oíase de pronto la imitación de la trompa: "Ton, torontón, ton", que hacía Gontrán, inflando los carrillos como si realmente aplicase a sus labios el instrumento.

Había consagrado a la caza su vida, sin pensar en otra cosa, y envejecía sin comprender siquiera que pudo vivir de otro modo, con otras preocupaciones. Bruscamente, un ataque de reuma le retuvo dos meses en

cama, poniéndole a punto de morir de aburrimiento, y de tristeza. Como no tenía mujer alguna que le sirviese, pues le guisaba un viejo criado, éste no acertó a prepararle bien las cataplasmas ni a prevenir los mil cuidados que necesitan los enfermos. Su montero fue su enfermero, y como se aburría casi tanto como su amo, dormía de noche y de día en un sillón mientras Gontrán juraba y se desesperaba entre las sábanas.

Las señoras de Courville iban a verle con frecuencia, y aquellas visitas le proporcionaban las únicas horas de calma y bienestar que se le ofrecían. Ellas preparaban algunos cocimientos y le servían el almuerzo primorosamente. Mientras se despedían, Gontrán murmuraba:

—Caramba; deberían ustedes venirse a vivir aquí.

Y ellas reían de buena gana.

Cuando ya estaba casi restablecido y volvía de nuevo a cazar en los pantanos, una tarde fue a comer a casa de sus amigos; pero le faltaban su frescura y su alegría. Un pensamiento incesante le torturaba: el temor de que se le reprodujeran los dolores antes de levantarse la veda. Al despedirse, mientras las señoras le envolvían en una manta, y le abrigaban la garganta con un pañuelo, precauciones que por primera vez en su vida consentía entonces, murmuró tristemente:

—Si mi dolencia se repite, soy hombre acabado.

Cuando se hubo ido, la señora Darnetot dijo a su marido:

—Será preciso casar al barón.

Todos se llevaron las manos a la cabeza. ¿Cómo no se les había ocurrido aquel proyecto? Buscaron, durante la velada, cuál podía convenirle más, entre todas las viudas que conocían, y eligieron una, de cuarenta años, aún agradable y hermosa, bastante rica, de carácter alegre y muy bondadoso, que se llamaba Berta Vilers.

Los Courvilles la invitaron a pasar un mes en su casa. Y fue. La viuda era bulliciosa, y el barón le hizo gracia, le gustó, desde luego. Divertíase con él como un juguete vivo, y pasaba horas enteras preguntándole socarronamente acerca de las ideas de los conejos y de las maquinaciones de los zorros. Gontrán distinguía formalmente las maneras de ver de diferentes animales, y les atribuía planes y razonamientos sutiles como a los hombres.

Las atenciones que la viuda tuvo con él agradáronle; y una tarde, para manifestar su estimación, le rogó que fuera con él de caza, cosa que no había propuesto jamás a ninguna mujer. La invitación fue aceptada. Era una

diversión para todos equipar a Berta. Cada uno ponía de su parte algo y ofrecía cualquier cosa; la viuda se presentó vestida con bota de caña y pantalón bombacho; falda corta, chaquetilla de terciopelo y gorra de mozo de jauría.

El barón estaba emocionado, como si fuera a disparar por primera vez su escopeta. Explicóle minuciosamente la dirección del viento, las diferentes muestras de los perros, la manera de apuntar a tales o cuales piezas. Luego se lanzaron al campo, y él iba siguiéndola, paso a paso, con la solicitud de una nodriza que ve andar al niño por primera vez.

Medor, olfateando, halló un rastro, corrió, se detuvo, levantó la pata. El barón, detrás de su discípula, temblaba como una hoja en el árbol. Y balbucía:

—Cuidado; prevenida; son per. . ., son per. . ., son perdices.

No había terminado la frase, cuando un ruido monstruoso alzóse del suelo —Brrr, brrr, brrr— y una bandada se remontó en el aire batiendo las alas.

La señora Vilers, asustada, cerró los ojos, disparó los dos tiros y retrocedió al sentir el culatazo de la escopeta; luego, cuando recobró su serenidad, vio que Gontrán saltaba como un chiquillo y que *Medor* volvía con dos perdices en la boca.

Desde aquel momento, el barón mostróse enamorado de Berta.

Decía, levantando los ojos: “Qué mujer!”, y todas las tardes iba para verla y hablar de caza.

Un día, mientras el señor de Courville, acompañándole hasta la puerta, le oyó hacer alabanzas de su amiga, le preguntó bruscamente:

—¿Por qué no se casa usted con ella?

El barón quedó sorprendido:

—¿Yo? ¿Yo? ¿Casarme con ella? Pero.. ., después de todo.

Y calló. Luego, apretando mucho la mano a su compañero, murmuró:

—Hasta la vista —y desapareció precipitadamente en la oscuridad de la noche.

En tres días no compareció. Al presentarse de nuevo estaba pálido, agotado por sus cavilaciones, más graves que de costumbre. Apartándose de todos con el señor Courville, le dijo:

—Tuvo usted una idea feliz. Procuren convencer a Berta para que acepte. ¡Caramba! ¡Una mujer como ésa, ni que la hubieran hecho expresamente para mí! Cazaríamos juntos todo el año.

El señor de Courville, seguro de que la viuda no rehusaba la proposición, respondió:

—Haga usted en seguida sus ofrecimientos. ¿Quiere usted que yo me encargue de hablarle en su nombre?

Pero el barón se turbé de pronto, balbuciendo:

—No, no...; antes he de hacer un viaje..., un viaje..., a Paris. En cuanto vuelva lo arreglaremos todo.

No fue posible conseguir que diera más concretas explicaciones, y a la mañana siguiente emprendió su viaje.

Una semana, dos, tres semanas pasaron; el barón no volvía. Los señores de Courville, sorprendidos, inquietos, no sabían qué decirle a su amiga, que ya estaba advertida de las intenciones matrimoniales de Gontrán. Todos los días mandaban recado, inútilmente, porque no había noticias, y los criados nada sabían.

Pero una tarde, mientras la señora Vilers cantaba acompañándose al piano, una doncella entró a dar un recado misterioso al señor Courville de parte de un caballero que le aguardaba en la antesala y quería verle.

Era el barón, demudado, envejecido, en traje de viaje. Al ver a su antiguo camarada, estrechándole las manos, con fatigada voz le dijo:

—Acabo de llegar en este instante, y vengo a ver a usted.

No puedo más.

Luego calló, dudando, y visiblemente contrariado prosiguió al fin:

—Quería decir lo antes posible..., que del asunto que motivó mi viaje..., ¿recuerda usted? Pues ... nada..., un fracaso...; nada.

El señor de Courville le miró estupefacto:

—¿Cómo? ¿Un fracaso? ¿Por qué?

—¡Oh! No me lo pregunte, se lo ruego; sería difícil y doloroso para mí decirlo; pero tenga usted la seguridad completa de que me porto como un hombre honrado... Nada... Imposible... No debo casarme; no es justo engañar a nadie. Volveré cuando se haya ido esa señora. Me sería violento verla. Gracias. Adiós.

Y se fue corriendo.

Toda la familia deliberó, discutió, supuso mil cosas. Dedujeron, al fin, que la vida del barón encerraba un gran misterio, acaso hijos naturales, tal vez unos amores viejos. En fin, el asunto presentaba síntomas de gravedad, y para no entrar en complicaciones dificultosas advirtieron hábilmente a la señora Vilers, la cual regresó a su casa tan viuda como de su casa había salido.

Transcurrieron tres meses. Una tarde, habiendo comido muy bien, y titubeando un poco, el barón, mientras fumaba su pipa, dijo al señor de Courville:

—Si usted supiera cuánto me acuerdo a todas horas de Berta Vilers, tendría compasión de mí.

Courville, a quien la conducta del barón en aquel asunto había molestado un poco, aprovechó la oportunidad para manifestarle sus pensamientos, y dijo:

—Amigo mio, cuando se tienen complicaciones de cierta clase, no se va tan adelante como usted lo hizo en ciertos asuntos, porque, después de todo, pudo muy bien tener en cuenta mucho antes el motivo que le hacía retroceder...

El barón, confundido, dejó de fumar.

—Si y no. Nunca sospeché que sucediera una cosa tan desagradable.

El señor Courville, impaciente, insistió:

—Debe prevenirse todo.

Pero el barón, con los ojos clavados en la oscuridad para convencerse de que nadie andaba por allí que pudiera oírlo, prosiguió en voz baja:

—Ya comprendo que disgusté a ustedes, y voy a excusarme confesando la verdad. Hace veinte años que vivo solamente para la caza. No me agrada otra cosa, usted lo sabe, ni me ocupo en otra cosa. Por esto, cuando me decidí a contraer ciertos deberes, cuando me agradó Berta, un escrúpulo, un escrúpulo de conciencia vino a turbarme. Hacía mucho tiempo, mucho, que perdí la costumbre de..., de..., del amor; en fin, ignoraba si aún sería capaz de..., de... ¿Comprende? Pasaron dieciséis años desde que..., que... por última vez. En esta soledad no es fácil..., no es fácil... ¡eso! Faltan ocasiones. Además, tampoco las buscaba; me parecía más divertido perseguir a las perdices que a las mujeres. Pero en el momento de comprometerme a casarme, tuve mis dudas, desconfié de mí. ¡Caramba! Si

en el instante oportuno... cuando ya es imposible retroceder no..., no... ¡no saliera el tiro! Un hombre honrado no debe faltar nunca a sus compromisos; y el que se casa queda obligado a..., a..., a ciertas cosas. Para cerciorarme de lo que alcanzarían mis fuerzas, decidíme a pasar ocho días en París. En los ocho días, ¡nada! ¡ Pero absolutamente nada! Y no por falta de pruebas. He acudido a cuanto había mejor en todos los géneros. Aseguro que por ellas tampoco ha quedado... Sí... Verdaderamente..., acudían a todos los recursos... Pero ¿qué quiere usted? Hubieron de retirarse todas lo mismo..., sin haber conseguido nada. Me decidí a probar otros ocho días..., y otros ocho, esperando siempre. Comí en los restaurantes una porción de salsas picantes, que me han estropeado el estómago... ¡Todo inútil! Siempre lo mismo... ¡Nada! Comprenderá usted que ante la prueba evidente y en tales circunstancias, yo no podía..., no debía... Y me retiré, bien a disgusto, por no haber otro camino decoroso.

El señor de Courville se retorcía para no soltar la carcajada. Y estrechando gravemente la mano del barón, le dijo:

—Compadezco a usted —y le acompañó hasta mitad de camino aquel día.

Luego, al encontrarse a solas con su mujer, se lo refirió todo, extremando la nota burlesca. Pero la señora Courville no reía: escuchaba poniendo atención, y cuando su marido hubo terminado, le dijo con mucha gravedad:

—El barón es un simple. Tuvo miedo. No hay más. Voy a escribir a Berta que la esperamos inmediatamente.

Y como el señor de Courville recordase las inútiles y largas pruebas de su amigo, la señora replicó:

—¡Bah! Tonterías. Cuando un hombre quiere de veras a su mujer, ¿lo entiendes?, hace... lo que necesita... Eso... no le falta nunca.

Y el señor de Courville quedó silencioso y algo confuso.

¿LOCO?[1]

¿Estoy loco? ¿O sólo celoso? No lo sé, pero sufro de un modo horrible. He cometido un acto de locura, de locura furiosa, cierto; pero los celos anhelantes, el amor exaltado, traicionado y condenado, el dolor abominable que soporto, ¿no basta todo eso para hacernos cometer crímenes y locuras sin ser realmente criminales de corazón o de cerebro?

¡Cuánto he sufrido, sufrido y sufrido de forma continuada, aguda y espantosa! Quise a esa mujer con un arrebato frenético... Y, sin embargo, ¿es cierto? ¿La quise? No, no, no. Ella me poseyó en alma y cuerpo, me invadió, me encadenó. Fui y sigo siendo su cosa, su juguete. Pertenezco a su sonrisa, a su boca, a su mirada, a las líneas de su cuerpo, a la forma de su rostro: jadeo dominado por su apariencia externa; pero a Ella, a la mujer de todo esto, al ser de ese cuerpo, la odio, la desprecio, la execro, siempre la he odiado, despreciado y execrado; porque es pérfida, bestial, inmunda, impura: es *la mujer de perdición*, el animal sensual y falso que carece de alma, en quien el pensamiento jamás circula como un aire libre y vivificador; es la bestia humana; menos que eso, no es más que un flanco, una maravilla de carne suave y redonda que habita la Infamia.

Los comienzos de nuestra relación fueron extraños y deliciosos. Entre sus brazos siempre abiertos, yo me agotaba en una furia de insaciable deseo. Como si me diesen sed, sus ojos me hacían abrir la boca. Eran grises al mediodía, se teñían de verde a la caída de la luz, y eran azules con el sol levante. No estoy loco: juro que tenían esos tres colores.

En los momentos del amor eran azules, como acardenalados, con pupilas enormes y nerviosas. Sus labios, agitados por un temblor, dejaban brotar a veces la punta rosa y mojada de su lengua, que palpitaba como la de un reptil; y sus párpados cargados se alzaban lentamente, descubriendo aquella mirada ardiente y aniquilada que me enloquecía.

Al estrecharla entre mis brazos, miraba sus ojos y me estremecía, sacudido tanto por la necesidad de matar aquella bestia como por la

---

[1] Páginas 145-155 de la edición original de Victor Havard; antología titulada *Señorita Fiffi*, 1883.

necesidad de poseerla continuamente.

Cuando ella caminaba por mi cuarto, el rumor de cada uno de sus pasos provocaba un vuelco en mi corazón; y cuando empezaba a desnudarse y dejaba caer su vestido, al salir, infame y radiante, de las prendas interiores que se amontonaban a su alrededor, sentía a lo largo de mis miembros, a lo largo de los brazos, a lo largo de las piernas y en mi pecho jadeante, un desmayo infinito y cobarde.

Cierto día me di cuenta de que estaba harta de mí. Lo vi en su mirada al despertar. Inclinado sobre ella, esperaba todas las mañanas esa primera mirada. La esperaba lleno de rabia, de odio, de desprecio hacia aquella bestia dormida cuyo esclavo era. Pero cuando el azul pálido de su pupila, aquel azul líquido como el agua quedaba al descubierto, todavía lánguido, todavía fatigado, todavía enfermo por las caricias recientes, era como una llama rápida que me quemase, exasperando mis ardores. Cuando ese día su párpado se abrió, vi una mirada indiferente y sombría que ya no deseaba nada.

Lo vi, lo supe, lo sentí, lo comprendí inmediatamente. Todo estaba acabado, acabado para siempre. Y tuve la prueba a cada hora, a cada segundo.

Cuando la llamaba con mis brazos y mis labios, ella se volvía hacia otra parte, hastiada y murmurando: «¡Déjame!», o bien: «¡Qué odioso eres!», o bien: «¡Por qué nunca podré estar tranquila!»

Entonces fui celoso, pero celoso como un perro, y taimado, desconfiado, simulador. Sabía que ella no tardaría en volver a empezar, que llegaría otro para reavivar sus sentidos.

Fui celoso con frenesí; pero no estoy loco; no, desde luego que no.

Esperé. Sí, la espiaba; ella no me habría engañado, pero continuaba fría, adormecida. A veces decía: «¡Me asquean los hombres!» Y era cierto.

Entonces tuve celos de ella misma; celos de su indiferencia, celos de la soledad de sus noches, celos de sus gestos, de su pensamiento, que yo siempre sentía infame; celos de todo lo que yo adivinaba. Y cuando algunas veces, al despertar, tenía aquella mirada blanda que seguía en tiempos pasados a nuestras noches ardientes, como si alguna lascivia acosase su

alma y removiese sus deseos, yo sentía sofocos de cólera, temblores de indignación, la comezón de estrangularla, de poner mi rodilla sobre su cuerpo y hacerla confesar, mientras le apretaba la garganta, todos los secretos vergonzosos de su corazón.

¿Estoy loco? —No.

Pero una noche la sentí feliz. Sentí que en ella vibraba una pasión nueva. Estaba seguro, seguro sin duda posible. Palpitaba igual que después de mis abrazos: sus ojos llameaban, sus manos estaban calientes, toda su persona vibrante desprendía aquel vapor de amor que había hecho nacer mi locura.

Simulé no darme cuenta de nada, pero mi vigilancia la envolvía como una red.

Sin embargo, nada descubrí.

Esperé una semana, un mes, una estación. Ella se esponjaba en medio de la eclosión de un ardor incomprensible; se aplacaba en la dicha de una caricia imperceptible.

Y, de golpe, lo adiviné. No estoy loco. Juro que no estoy loco.

¿Cómo decirlo? ¿Cómo darlo a entender? ¿Cómo expresar esa cosa abominable e incomprensible?

Me enteré de la manera siguiente:

Una tarde, ya lo he dicho, una tarde, cuando volvía de un largo paseo a caballo, se derrumbó frente a mí con los pómulos encendidos, el pecho palpitante, las piernas flojas y los ojos amoratados, en una silla baja. ¡Yo ya la había visto así! ¡Amaba a alguien! No podía equivocarme.

Entonces, perdiendo la cabeza, para no seguir mirándola me volví hacia la ventana, y vi a un lacayo que llevaba de la brida hacia la cuadra su gran caballo que se encabriaba.

También ella seguía con la vista el animal enardecido que daba saltos. Luego, cuando desapareció de nuestra vista, ella se durmió de forma repentina.

Estuve pensando toda la noche; y me pareció que descifraba misterios que nunca había sospechado.

¿Quién sondeará nunca las perversiones de la sensualidad de las

mujeres? ¿Quién comprenderá sus inverosímiles caprichos y la satisfacción extraña de las más extrañas fantasías?

Todas las mañanas, nada más apuntar la aurora, ella salía al galope por las llanuras y los bosques; y siempre volvía con las fuerzas agotadas, como tras los frenesíes del amor.

¡Yo había comprendido! Ahora estaba celoso del caballo nervioso y galopador; celoso del viento que acariciaba su rostro cuando ella daba una carrera enloquecida; celoso de las hojas que, al pasar, besaban sus orejas; de las gotas de sol que caían sobre su frente a través de las ramas; celoso de la silla que la llevaba y que ella apretaba entre sus muslos.

Era todo aquello lo que la hacía feliz, lo que la exaltaba, lo que la saciaba, la agotaba y me la devolvía luego insensible y casi desfallecida.

Decidí vengarme. Fui cariñoso y atento con ella. Le ofrecía mi mano cuando iba a desmontar tras sus desenfrenadas carreras. El animal furioso se lanzaba contra mí; ella le acariciaba su cuello curvo, lo besaba en las ventanas nasales temblorosas sin limpiarse luego los labios; y el perfume de su cuerpo sudoroso, como después de la tibieza del lecho, se mezclaba a mi olfato con el aroma acre y salvaje del animal.

Aguardé mi día y mi hora. Ella pasaba todas las mañanas por el mismo sendero, por un bosquecillo de abedules que se adentraba hacia la selva.

Salí antes de amanecer, con una cuerda en la mano y mis pistolas escondidas sobre el pecho, como si fuera a batirme en duelo.

Corrí hacia el camino que tanto le gustaba; tendí la cuerda entre dos árboles; luego me escondí entre las altas hierbas.

Había puesto la oreja pegada contra el suelo; oí su galope lejano; luego lo percibí más cerca, bajo las hojas, como al final de una bóveda, llegando al galope. ¡Ay, no me había equivocado, era aquello! Parecía transportada de alegría, con las mejillas encendidas y locura en la mirada; y el movimiento precipitado de la carrera hacía vibrar sus nervios con un goce solitario y furioso.

El animal tropezó con las dos patas delanteras en mi trampa, y rodó por el suelo con los huesos rotos. A ella la recogí en mis brazos. Soy tan fuerte que puedo cargar con un buey. Luego, cuando la deposité en tierra,

me acerqué a Él, que nos miraba; entonces, cuando todavía trataba de morderme, le puse una pistola en la oreja... y lo maté... como a un hombre.

Pero también yo caí, con el rostro cruzado por dos golpes de fusta; y cuando ella volvía a lanzarse sobre mí, disparé mi otra bala contra su vientre.

Díganme: ¿estoy loco?

UNA ESCENA DEL VIAJE DE JEANNE Y DE JULIEN A CÓRCEGA, EN «UNA VIDA»[1]

... Pero el camino tenía trazas de ser pésimo y Julien propuso: « ¿Si subiésemos a pie? »A Jean le pareció de perlas, estaba deseando caminar, estar a solas con su marido después de la emoción de hacía un rato.

El guía tomó la delantera con la mula y los caballos y ellos lo siguieron con pasitos cortos.[2]

La montaña, hendida de arriba abajo, se entreabre en una brecha por la que se interna el sendero, recorriendo el fondo entre dos murallas portentosas. Y un caudaloso torrente corre por esta quiebra. El aire está helado, el granito parece negro, y lo que del cielo se divisa, a gran altura, asombra y aturde.

Un repentino ruido sobresaltó a Jeanne. Alzó la vista, un ave enorme salía volando de una oquedad: era un águila. Con las alas abiertas parecía buscar las dos paredes del pozo, y se remontó hasta el azul del cielo por el que se perdió.

Algo más allá, la grieta del monte se bifurca; el sendero trepa, haciendo cerradas eses, entre los dos barrancos. Jeanne, ágil y muy animada, iba delante, haciendo rodar guijarros al pisar, intrépida, inclinándose hacia el abismo. Julien la seguía, algo jadeante, mirando al suelo por temor al vértigo.

---

[1] Páginas 97-100 de la edición original.

[2] Jeanne estaba radiante de estar sola con Julien. El gúia se adelantó... D'ANNUNZIO sin duda pensó en esta escena cuando cuenta que, cuando María Ferres y Andrea Sperelli, el día de la «Fiesta de la Virgen del Rosario», van a Vicomile, dejan a Francesca y atraviesan solos el bosque. *Una Vida* es de 1883. *El Placer* es de 1889. Ver las páginas 265-266 de la edición Treves. [A. L.]

De súbito, se hallaron apleno sol; les pareció que salían del infierno. Tenían sed, un rastro húmero los fue guiando por entre un caos de piedras hasta un manantial minimo que, para uso de los cabreros, manaba por la canalización de un palo hueco. El suelo que lo rodeaba estaba alfombrado de musgo. Jeanne se arrodilló para beber; y Julien la imitó.

Y, mientras ella paladeaba el frescor del agua, él la cogió por la cintura e intentó quitarle el sitio, apartándola del conducto de madera. Jeanne se resitió, los labios de ambos luchaban, se encontraban, se rechazaban. Al azar de la pugna, se hacían por turnos con el delgado extremo del tubo y lo mordían para no soltarlo. Y el hilillo de agua fría, tomado y dejado sin cesar, se quebraba y reanudaba su flujo, les salpicaba el rostro, el cuello, la ropa, las manos. Les brillaban en el pelo gotitas como perlas. Y los besos iban corriente abajo.

De pronto, Jeanne, presa de amorosa inspiración, se llenó la boca con el transparente líquido y, con las mejillas hechidas como odres, dio a entender a Julien que quería calmarle la sed labio con labio.

Él tendió el cuello, sonriente, echando la cabeza hacia atrás, con los brazos abiertos; y bebió de un solo trago de aquel manantial de carne viva que derramó por sus entrañas un inflamado deseo.

Jeanne se recostaba en él con inusitada ternura, le latía el corazón, se le arqueaba la cintura, tenía la mirada más lánguida, húmeda. Susurró muy bajo: «¡Julien...te quiero! », y, tomando esta vez la iniciativa de aproximar el cuerpo del hombre al suyo, se tendió de espaldas y ocultó en las manos el rostro encarnado de vergüenza.

Julien se desplomó sobre ella, con un abrazo fogoso. Jeanne jadeaba de nerviosa espera, y, de súbito, gritó, mientras la esperada sensacion la golpeaba como el rayo.

Tardaron mucho en alcanzar la cima de la montaña, pues Jeanne seguía vibrante y con las articulaciones doloridas. Hasta la noche, no llegaron a Evisa, a casa de un pariente del guía: Paoli Palabretti.

Era un hombre de elevada estatura, un poco cargado de espaldas, con la expresión taciturna de un tísico. Los llevo a su cuarto, un cuarto triste de piedra desnuda, aunque excepcional para esa tierra en la que nada saben de lujos; y les estaba diciendo en su lengua, un dialecto corso, un refrito de francés y de italiano, cuanto se alegraba de recibirlos en su casa cuando una voz clara lo interrumpió y una mujercita morena, de grandes ojos negros,

piel de soleada calidez, cintura delgada y dientes que una continua risa dejaba siempre al aire, se abalanzó a besar a Jeanne y estrechar vigorosamente la mano de Julien, al tiempo que repetía: «Hola, señora; hola caballero. ¿Qué tal? ».

Se llevó los sombreros, los chales, lo guardó todo con un solo brazo, pues llevaba el otro en cabestrillo, y luego puso a todo el mundo en la calle, diciéndole a su marido: «Llévatelos a dar una vuelta hasta la hora de la cena »

Al señor Palabretti le faltó tiempo para obedecer; caminando entre los dos jóvenes les enseñó el pueblo. Arrastraba los pies y las palabras, tosía con frecuencia, y repetía tras cada ataque de tos: « Es por el aire del Val, que es muy fresco y se me ha puesto en el pecho ».

Los guió por un sendero perdido, bajo unos castaños prodigiosamente grandes. De pronto, se detuvo y dijo, con su monótono tono de voz: «Aquí fue donde mató Mathieu Lori a mi primo Jean Rinaldi. Fijense, yo esba quí, muy cerca de Jean, cuando a diez pasos de nosotros, apareció Mathieu. "Jean–voceó–, no vayas a Albertacce; no vayas, Jean, o te mato, ya te lo aviso."

« Yo cogía a Jean del brazo. "No vayas, Jean, que seguro que te mata".

« Era por una chica detrás de la que andaban los dos. Paulina Sinacoupi.

« Pero Jean empezó a decir a gritos: "Voy a ir, Mathieu, y no serás tú quién me lo impida".

« Entonces, Mathieu se echó a la cara la escopeta y, antes de que yo puediera apuntarlo con la mía, disparó.

«Jean pegó un brinco tremendo con los pies juntos, como cuando un niño salta a la comba, asi mismo fue, caballero; y se me cayó encima; y a mí se me fue la escopeta de las manos y salió rodando hasta ese castaño grande de allí.

«Jean tenía la boca abierta de par en par, pero no dijo nada más, estaba muerto.»

Los jóvenes miraban, atónitos, la tranquilidad del testigo de aquel crimen. Jeanne preguntó: «¿Y el asesino?»

Paoli Palabretti estuvo un buen rato tosiendo y luego añadió: « Se echó al monte...»[1]

---

[1] He aquí la opinión de un hombre, de un historiador, que leyó muy pocas novelas, sobre *Una Vida:*

UN PROFETA[1]

Leyendo *El Sacerdote de Nemi*, drama religioso y filosófico, curiosa historia de una especie de profeta que predica, bajo la pluma del Sr. Renan, la sensatez y la justicia, setecientos años antes de la era cristiana, viendo sobre todo los encantadores paisajes en los que el gran escritor francés ha desarrollado su extraño tema, me ha venido a la memoria un libro leído en Roma[2] en la primavera pasada y que contiene también la sobrecogedora historia de un profeta.

El profesor Barzellotti cuenta en su interesante estudio la vida singular de un iluminado, del fundador de una religión, nacido en 1835 en Arcidosso, provincia de Grosseto (Toscana), y muerto mártir, hace algunos años apenas. Se recordará sin duda el hecho de esta muerte de la que hemos ignorado hasta el momento los detalles.

Si este inspirado hubiese llegado en una época de fe, es probable que hubiese arrastrado a pueblos y convertido, a su doctrina, a una sucesión de generaciones, pues se encuentran en él las características principales de los grandes sembradores de creencias, y esa singular mezcla de sinceridad y charlatanería que hace falta para seducir a los hombres.

Nacido en 1835, en los confines de los Estados pontificios, David Lazzaretti muestra desde su infancia una sensibilidad y una imaginación tan notables, que los habitantes del país lo apodan «Mille idées».

¿No es esto un signo que se encuentra en todos los fundadores de religiones?

«Como siempre, soberbiamente escrita, llevada a la perfección. Pero ¡qué tristeza! Todo es decepción, todo es pefidia, todo es fango en torno a Jeanne: ¡su marido, su criada, su amiga, su madre su hijo!

«Es cierto que está Jeanne y su padre; es cierto que la novela concluye con estas palabras: “La vida nunca es tan mala ni tan buena como uno cree”; pero esperando lo *malo de la vida* se ha colmado la de Jeanne, parar llenar a continuación los ojos y el corazón de los que leen la historia ».

[1] El *Figaro* del 1 de enero de 1886. Es al profesor GIACOMO BARZELLOTTI a quién debo el conocimiento y la comunicación de este artíuclo completamente desconocido de Guy de Maupassant [A. L.]

[2] Maupassant no leía el italiano. [A. L.]

Pronto dio pruebas de una tendencia a la exaltación religiosa de la que se señalan, parece ser, rasgos hereditarios en su familia; a los trece años tuvo una aparición.

Ocurrió durante los acontecimientos de 1848, cuando un misterioso personaje lo encontró y le predijo todos los acontecimientos futuros de su existencia.

Pero su penosa y activa vida debió detener el desarrollo de su vocación de iluminado. Fue en su juventud una especie de bardo famoso, ya por sus poemas rústicos, por sus cantos, por su belleza y por su fuerza física.

Como transportaba carbón y tierra de Siena sobre el lomo de sus tres mulas, los habitantes del país que atravesaba se reunían a su alrededor durante sus paradas para escucharlo declamar los cantos de Tasse o de Arioste, y a veces también sus propios versos.

Tenía los ojos azules, los cabellos y la barba negra, era alto, y su vigor tan grande que se deshizo, un día de feria, de tres colosos que lo atacaron, lanzándoles un tonel lleno de vino que levantó como una cesta vacía.

Su destreza en el manejo del bastón y su vida aventurera lo hicieron popular. Comenzaron a circular unas leyendas sobre él, como se forman siempre sobre aquellos que tienen o que deben tener ascendencia sobre las multitudes; y él ejercía una singular influencia personal sobre todos aquellos que lo rodeaban o que se le aproximaban.

En esta época, sin embargo, su vocación de profeta parece sufrir una detención, pues se dedica a blasfemar; pero sus blasfemias, lejos de perjudicarle, acrecientan todavía más su reputación, aumentan su autoridad. La blasfemia, además, ¿ no es una variante de la fe ? Negar violentamente, ¿ no es atestiguar que se puede creer con pasión ? Insultar a un dios es casi rendirle un homenaje; es demostrar que se le teme, puesto que se le desafía, es mostrar que se cree en su poder puesto que se le ataca. Entre blasfemar y creer hay justamente la misma diferencia que entre amar y odiar. Solo aquellos que pueden amar ardientemente son capaces de un furioso odio; y si se pasa del odio al amor, el amor entonces resulta excesivo.

A los veintidós años, David Lazzaretti se casa y se convierte en padre.

En 1860, se enrola como voluntario. Toma parte en el combate de Catelfidardo y compone unos himnos patrióticos que sus amigos repetían a coro.

En el mes de abril de 1868, David tiene una nueva aparición que determina la dirección de su vida, y se retira, en solitario, a una montaña desierta y salvaje de la Sabine, no lejos de Roma. Vive allí como un eremita errante, cambiando sin cesar de retiro, contentándose con los mínimos alimentos.

En el transcurso de esta vida vagabunda, encuentra a un prusiano, Ignace Micas, que vive desde hace quince años en la ermita de Sainte-Barbe y que parece ser un hombre especial y superior.

Es de destacar como esta tierra italiana es una tierra religiosa que llama a los ermitaños y les hace eclosionar como un fruto natural de ese suelo milagroso.

Micas tiene una profunda y tal vez decisiva influencia sobre las ideas de Lazzaretti. Es él quién parece haber puesto en su espíritu esa semilla extraña del misticismo que invade el alma como la locura. Hasta ahí, en efecto, David no era más que un exaltado; a partir de su encuentro con Ignace Micas, se vuelve un místico. Ignace se une a su nuevo amigo, abandona por él su retiro, lo acompaña más tarde en su país natal, donde muere en medio de los discípulos de David. Es asistido en sus últimos momentos por un médico que declaró al profesor Barzellottie que ese prusiano era un hombre verdaderamente notable y muy misterioso.

La estancia de Lazzaretti en la montaña de Sabina estuvo repleta de visiones. Recibe primero la visita de un guerrero que le indica, en la misma gruta habitada por David, el lugar donde están enterrados sus huesos. Lazzaretti llama en su ayuda al arcipreste local, y ambos, poniéndose a cavar, descubren en efecto unas osamentas humanas que entierran en lugar santo.

El guerrero, satisfecho, aparece una segunda vez al solitario pero no está solo, lo acompañan la Santa Virgen y San Pedro. Como agradecimiento al servicio prestado, éste cuenta a David su curiosa historia, que se encontrará en el estudio del profesor Barzellotti.

Es aquí dónde, por primera vez, vamos a constatar con el profeta italiano una de esas supercherías comunes de los supuestos realizadores de milagros. San Pedro, antes de subir al cielo, le imprimió sobre la frente el extraño signo:)+(. A partir de ese momento, se hará muy difícil averiguar exactamente lo que pasa por la mente de este iluminado, ver que parte hay de buena fe, de misticismo exaltado y sincero, y, al mismo tiempo, que parte

de astucia ingenua y natural, de astucia de campesino toscano inocentemente crédulo, tan sencillo como pragmático. Ha pasado, sin duda, por una serie de evoluciones y de transformaciones, por una sucesión de etapas en las que tanto se creía enviado del cielo como se las ingeniaba para hacerse tomar por un apóstol, sin estar incluso absolutamente seguro de su misión.

Poco a poco, se dedica a desempeñar su papel, empleando todos los medios que le sugieren su astucia y su inteligencia, convencido a veces de que ese rol le había sido impuesto por Dios, y comprendiendo en ocasiones también que él lo imponía a sus conciudadanos. Luego entra lentamente en la piel del personaje, como se dice en el argot teatral; es tomado por un Mesías; la conciencia de la comedia representada es ahogada con la aclamación de la multitud, en la creciente popularidad, con la admiración general, para no dejar sitio más que al orgullo de su triunfo y la certidumbre de su misión. Se desarrolla en él la exaltación como una borrachera que crece transportándolo seguramente a una locura mística aguda.

El recuerdo de las apariciones del guerrero, de la Santa Virgen y de San Pedro ha sido plasmada en un cuadro titulado «la Madone de la Conférence », nombre que Lazzaretti había dado a su entrevista con esos personajes celestiales; y ese cuadro fue expuesto en una capilla erigida *ad hoc* en las proximidades de la gruta por el arcipreste de Montorio.

Las reproducciones de ese cuadro están piadosamente conservadas en los domicilios de los discípulos de David.

Precedido por el relato de esas visiones milagrosas, el profeta regresa a su país natal donde se convierte en objeto de la veneración de todos. Se le llama el hombre del misterio; y desde muy lejos acuden fervientes seguidores para verle y escucharle.

Su fama se extiende día a día, favorecida incluso por el clero. El arcipreste de Arcidosso lo pasea por el país mostrándolo como el hombre de Dios.

Entonces David establece su domicilio sobre una de las montañas más elevadas alrededor del Monte Amiata[1], el Monte Labro, al que los lazzaretistas llaman hoy Monte Labaro. Sobre esta cumbre desierta e inculta, el populacho quiere erigir, bajo su dirección, una torre, una ermita y

[1] Maupassant dice «Amiato».

una pequeña iglesia cuyas ruinas todavía existen. Se ven a más de 300 hombres trabajar a las ordenes del santo. Este ermitaño pronto se convierte en el centro de reunión de adeptos que funda entre ellos varias sociedades.

En toda fundación religiosa, hay un legislador y a menudo un socialista. Fue en ese momento de la vida de David Lazzaretti que se desarrollaron esas dos tendencias en su espíritu.

Hace pues leyes y reglamentos, establece una asociación de seguros mutuos y otra asociación completamente comunista de la que forman parte más de 80 familias. Esas familias de paisanos y de pequeños propietarios ponen en común todos sus bienes. Se creyó incluso en ese momento en Italia que el movimiento lazzaretista era un movimiento agrario, mientras que en realidad no era más que una evolución religiosa en la que tomaban parte modestos propietarios más que proletarios.

Sin embargo el profeta, comprendiendo que todo prestigio acaba por debilitarse, que toda influencia acaba por desgastarse, quiso reforzar su autoridad, e intenta otras aventuras, con ese instinto de puesta en escena que nunca le abandona.

El 5 de enero de 1870, tras haber cenado con sus discípulos, vestidos como él, con extrañas ropas, y haber profetizado incluso que uno de ellos lo había traicionado, desaparece súbitamente yéndose a vivir en solitario a la isla de Monte-Cristo.

A su regreso, tras cuarenta días de ausencia, recibe una clamorosa ovación.

Pero su nueva estancia en Monte-Labro dura poco. Parte entonces para Francia, donde vive ocho años, en la Cartuja de Grenoble al principio, y luego en los alrededores de Lyon, donde encuentra a uno de sus fervientes discípulos, el Sr. Léon Duvachat, anciano magistrado que lo había conocido en Italia y le había dado 14000 francos para la torre del Monte-Labro.

El Sr. Duvachat lo acoge con su familia y lo aloja, encargándole la educación de sus hijos Turpino y Bianca, y hace traducir e imprimir, a su costa, las obras del profeta: *Las flores celestes, Mi lucha con Dios* y el *Manifiesto de los príncipes cristianos* (Lyon, librería Pitrat).

En el *Manifiesto de los príncipes cristianos*, David profetizaba en Europa las sucesivas apariciones de siete cabezas del Anticristo de las que cada una de ellas significaría un enemigo del partido legitimista francés y

del poder temporal de los Papas - Allí estaban el cardenal Hohenlohe, el padre Hyacinthe, Bismarck, etc.

Resultó, además, del proceso emprendido en Siena contra los lazzaretistas en 1879, y que finaliza con la absolución, que existía un acuerdo entre los discípulos franceses e italianos de David, para favorecer una aventura política combinada entre los partidos clericales de ambos países.

Una cosa curiosa a destacar en los escritos de David, y que relaciona, según el Sr. Barzellotti, las utopías de este profeta con la tradición mistica de la Edad Media, es la profecía del próximo reino del Espíritu Santo. Esta predicción forma parte, en efecto, de la doctrina de Joachim de More, citado por Dante y estudiado por Renan.

La historia de David se habría parecido a la de muchos iluminados si una muerte trágica no hubiese venido a consagrar su memoria y transformar al profeta en mártir.

Después de haber sido alentado por el clero de su país, ve sus obras condenadas por las autoridades eclesiásticas. Después se invita a si mismo a someterse, así como los dos sacerdotes que dirigen la pequeña comunidad de Monte-Labro.

Exasperado por esta oposición y no esperando ya poder llevar a cabo la reforma política y religiosa que había soñado con el apoyo de la Iglesia, se vuelve un revolucionario y pronto idea un nuevo plan de reforma que tiende a una República universal llamada el Reino de Dios, trasladando el sillón papal de Roma a Lyon.

Su exaltación roza entonces la locura. Tras haber abandonado Francia para someterse a Roma donde él se consideraba llamado por el Santo Oficio, declara que es el mismo Cristo, jefe y juez que ha vuelto al mundo, y predica la próxima modificación del universo entero.

En Roma, parece someterse, pero apenas regresa a su montaña, se dedica a predicar violentamente su reforma, reclamando parte de las tierras.

Transforma los ritos de su pequeña iglesia y ve aumentar cada día el número de sus discípulos.

La oposición del clero y de la parte rica de la población se vuelve entonces apasionada. Por otro lado, sus partidarios comienzan a exigir la realización de sus profecías; y David resuelve en dar un gran golpe sobre los espíritus.

Habiendo reunido a todos sus discípulos sobre su montaña, los mantiene orando durante cuatro días y cuatro noches, luego, cuando los tiene exaltados con todo tipo de ejercicios piadosos y penitencias, se coloca a su cabeza y desciende hacia la llanura.

Son varios centenares de hombres y mujeres, vestidos con ropas simbólicas y cantando salmos al son de las fanfarrias.

Los lugareños acuden a su paso y se unen a ellos, esperando milagros, cosas sorprendentes y sobrehumanas. Y el gran cortejo marcha sin cesar, atravesando los pueblos y dejando clamores de salvaje piedad.

Entonces, se expande por el país el rumor de que esta horda de personas exaltadas se dedica al pillaje de los domicilios. Muchos hombres toman las armas; otros huyen.

Ocurrió al día siguiente del atentado de Passanante contra el rey Humberto; los espíritus estaban inquietos y aturdidos; por cualquier cosa se tenía miedo.

El jefe de policía de la región, sorprendido por el descenso de esta procesión de fanáticos, no sabiendo demasiado que tipo de personas tenía ante sí, fue a su encuentro con algunos carabineros de los que en ese momento podía disponer.

A la vista de los soldados, los lazzaretistas, desarmados, comenzaron a vociferar y arrojaron algunas piedras, como ocurre siempre que el pueblo se levanta y se encuentra de frente a la tropa.

Los carabineros, aterrados a su vez y creyéndose amenazados, hicieron fuego; y el profeta, alcanzado por una bala, cayó muerto en medio de sus discípulos, algunos de los cuales habían sido heridos.

Este trágico fin puso la aureola de mártir sobre la frente del iluminado, consagró su doctrina y fortaleció la fe de sus adeptos.

Sus discípulos, aún bastante numerosos hoy en día, esperan todavía la realización de sus promesas.

Con el estudio de estos últimos creyentes, termina la obra del profesor Barzellotti, donde muestra verdaderamente de un modo sobrecogedor la figura de este aldeano. Profeta anacrónico en nuestro siglo, curiosa figura de la Edad Media que parece extrañamente en medio de los hábitos, de las costumbres y de los comportamientos modernos en un paisaje casi bíblico, uno de esos paisajes latinos donde los grandes pintores del Renacimiento italiano nos han acostumbrado a ver milagros.

LAS MUJERES Y EL INGENIO EN FRANCIA[1]

Almorcé en un extremo de una gran mesa general del hotel del Basilio de Suffren, y seguí leyendo mis cartas y periódicos; pero me distrajo la conversación ruidosa de media docena de señores que comían al otro extremo de la mesa.

Eran viajantes. Hablaron de todo, con convicción, sentenciosamente, en broma, con desdén, dándome una sensación clara del alma francesa, es decir, del término medio de la inteligencia, del razonamiento, de la lógica y del ingenio de las gentes de Francia. Uno de ellos, grandullón y de melena rojiza, ostentaba la medalla militar y una medalla de salvamento... un valiente. Otro, pequeño gordinflón, hacía constantemente juegos de palabras de los que él mismo se reía a carcajadas, sin dar tiempo a los demás para que cayesen en ellos. El otro, que llevaba el cabello cortado al rape, reorganizaba el ejército y la magistratura, reformaba las leyes y la Constitución, dibujaba una República ideal para sus gustos de corredor de vinos. Otros dos comensales se divertían mucho contándose mutuamente sus conquistas amorosas, todas de trastienda o de servicio doméstico.

Yo veía en ellos a toda la Francia, la Francia legendaria, ingeniosa, inquieta, valerosa y galanteadora.

Eran aquellos hombres tipos de la raza, y a poco que yo los poetizase, hallaría en ellos al francés, tal como la Historia, comadre fantástica y embustera, nos lo presenta.

Es la nuestra, a decir verdad, una raza divertida, y eso lo debe a ciertas cualidades muy particulares que no se encuentran en ninguna otra.

Lo que caracteriza con rasgos tan alegres nuestras costumbres y nuestras instituciones es nuestra volubilidad. Gracias a ella, el pasado de nuestro país se parece a una novela de aventuras con un *se continuará mañana*, que está lleno de sorpresas, de drama y de comedia, de cosas terribles y de cosas grotescas. Unos se molestan por ello y otros se indignan, según su manera de pensar; pero es indudable que no hay en el mundo historia más divertida y más animada que la nuestra.

---

[1] Escrito en 1887. Publicado en enero de 1888.

Desde el punto de vista del arte puro, no tiene rival. «¿Y por qué no ha de admitirse en política, lo mismo que se admite en literatura, este punto de vista especial y desinteresado?» ¿Hay algo más divertido y sorprendente que los acontecimientos que se vienen sucediendo desde hace un siglo?

¿Qué nos queda por ver mañana? ¿No es, en el fondo, encantador esto de vivir a la espera de lo imprevisto? Entre nosotros es posible todo, hasta las extravagancias más inverosímiles y más trágicas.

¿Qué podría asombrarnos a nosotros? El país que ha producido a Juana de Arco y a Napoleón puede ser considerado como una tierra de milagros.

Amamos, además, a las mujeres; las amamos mucho, con fogosidad y con inconstancia, con ingenio y con respeto.

No hay en ningún país nada que pueda compararse con nuestra galantería.

El que conserva en su corazón la llama galante de los últimos siglos sabe rodear a la mujer de una ternura íntima, suave, emocionada, pero alegre al mismo tiempo. Ama todo lo que pertenece a la mujer, todo lo que de ella viene, todo lo que ella es y todo lo que ella hace. Ama sus atavíos, sus chucherías, sus aderezos, sus astucias, sus ingenuidades, sus perfidias, sus embustes y amabilidades. Ama a todas las amabilidades. Ama a todas las mujeres: ricas y pobres, a las jóvenes y aun a las ancianas, a las morenas, a las rubias, a las gruesas y a las flacas. Está a sus anchas cuando está cerca de ellas, en medio de ellas. Y entre ellas se quedaría indefinidamente, sin fatiga, sin molestias, feliz con solo tenerlas delante.

Sabe, desde las primeras palabras, demostrarles con una mirada, con una sonrisa, que las ama, despertando su atención, aguijoneando la inclinación que ellas tienen a agradar, haciendo que desplieguen para él todas sus seducciones. Se establece instantáneamente ente ellas y él una viva simpatía, una camaradería instintiva, algo así como un parentesco de carácter y de naturaleza.

Se inicia entre ellas y él una especie de torneo entre la coquetería y la galantería, se anuda una amistad misteriosa y contradictoria, se estrecha una oscura afinidad de corazón y de espíritu.

Él sabe decirles las cosas que les agradan, les hace comprender lo que piensa y, sin jamás herirlas, sin lastimar jamás su frágil y veleidoso pudor, les muestra un deseo discreto y vivaz, siempre encendido en sus ojos,

siempre trémulo en sus labios, siempre ardiendo en sus venas. Es el amigo y el esclavo de ellas, el servidor de sus caprichos y el admirador de su persona. Está siempre preparado para responder a sus llamadas para acudir en su ayuda, para defenderlas como si estuviesen secretamente aliados. Le agradaría sacrificarse por ellas, por las que trata apenas, por las que no tienen con él ninguna relación y por aquellas a las que jamás ha visto siquiera.

Y sólo les pide a cambio un poco de amable cariño, un poco de confianza o de interés, un poco de donaire condescendiente y hasta de pérfida malicia.

Ama en la calle a las mujeres que pasan rozándole con la mirada. Ama a la jovencita que va a pelo, con un lazo azul en la cabeza, con mirada tímida o atrevida, con paso lento o ligero, por entre la multitud que camina por las aceras. Ama a las desconocidas con quienes se cruza, a la dueña de una pequeña tienda que ensueña en su puerta, a la hermosa que pasa en coche descubierto, indolentemente arrellanada.

En cuanto se encuentra cara a cara con una mujer, se despereza su espíritu y palpita su corazón. Piensa en ella, para ella habla, procura agradarla, haciéndole comprender que ella le agrada. Asoman a sus labios las frases tiernas, pone caricias en la mirada, le entra comezón de besarle el vestido. Son para él las mujeres la gala del mundo y las que hacen seductora la vida.

Gusta de sentarse a sus pies sólo por el placer de estar allí; gusta de que su mirada se cruce con la de ellas, para perseguir su velado y confuso pensamiento; gusta de oír su voz sólo porque es voz de mujer.

Por ellas y para ellas el francés aprendió a conversar y a hacerlo siempre con ingenio.

¿Qué es conversar? ¡Misterio! Es el arte de no parecer nunca fastidioso, de acertar a decirlo todo de modo interesante, de agradar con la cosa más sencilla, de seducir con una nadería.

No hay manera de explicar ese vivaz e imperceptible desfloramiento de la cosa por la frase, ese tiroteo de palabras ágiles, esa leve sonrisa de las ideas que constituye la charla.

Sólo el francés, entre todos los hombres del mundo, tiene ingenio; sólo él lo saborea y lo comprende.

Tiene el ingenio pasajero y el ingenio que perdura, el ingenio de la calle y el ingenio de los libros.

Lo que perdura es el ingenio, en el más amplio sentido de la palabra; esa maravillosa inspiración irónica o regocijada, que desde que piensa y habla posee nuestro pueblo; es el numen terrible de Motaigne y de Rabelais, la ironía de Voltaire, de Beaumarchais, de Saint-Simon, y la risa prodigiosa de Molière.

La ocurrencia, la frase, no es más que la moneda fraccionaria de este ingenio. Aun y con eso, constituye un aspecto, un rasgo especialísimo de nuestra inteligencia nacional. Uno de sus más vivos encantos. De él nace el buen humor escéptico de nuestra vida parisiense, la despreocupación simpática de nuestras costumbres. Constituye una parte de nuestra amenidad. Hubo un tiempo que para hacer estos divertidos juegos se recurría al verso; hoy se hacen en prosa. Se les ha llamado, según la época, epigramas, agudezas, chistes, juegos de palabras. Corren por la ciudad y por los salones elegantes, brotan en todas partes, lo mismo en el bulevar que en Montmartre. Muchas veces son éstos dignos de aquéllos. Los recogen los periódicos y arrancan la risa de una punta a otra de Francia. Porque en Francia sabemos reír.

¿Cómo se explica que esta frase más bien que aquella otra, una yuxtaposición extravagante, imprevista, de dos palabras, de dos ideas y hasta de dos sonidos, un dicharacho cualquiera, una patochada que despista, sean capaces de abrir la válvula de nuestro regocijo, hagan estallar de pronto a todo París y a todas las provincias, igual que si se produjese una explosión en una mina?

¿Por qué, al escucharla, romperán a reír todos los franceses, siendo así que los ingleses y los alemanes se quedarán sin comprender nuestro regocijo? ¿Por qué? Únicamente porque nosotros somos franceses, tenemos una inteligencia francesa y estamos dotados de la simpática facultad de la risa.

Además, en nuestro país, le basta al gobernante con un poco de ingenio para gobernar. El ingenio suple al genio, una frase consagra a un hombre y éste pasa por ella a la posteridad como grande. Todo lo demás se pasará por alto. Nuestro pueblo ama a los que le divierten y perdona a los que le hacen reír.

Basta con echar una ojeada al pasado de nuestra patria para darse cuenta de que la fama de nuestros grandes hombres ha sido siempre obra de frases afortunadas. Los reyes mas detestables han llegado a hacerse populares, gracias a alguna salida ingeniosa que ha quedado de ellos y que se ha venido repitiendo siglo tras siglo.

El trono se ha sostenido en Francia gracias a frases dignas de copias de ciego.

Frases, frases y sólo frases, irónicas o heroicas, graciosas o desvergonzadas; por la superficie de nuestra historia sobrenadan las frases, convirtiéndola en algo así como un centón de chistes.

El rey cristiano Clovis oye leer la Pasión y exclama:

« ¡Si yo hubiese estado allí con mis francos!»

El príncipe que tal dijo asesinó en masa a sus aliados y parientes, cometió todos los crímenes imaginables para reinar solo. A pesar de esto se le califica de monarca civilizador y piadoso.

« ¡Si yo hubiese estado allí con mis francos!»

Del buen rey Dagoberto no sabríamos absolutamente nada sin el romance que nos cuenta algunos detalles de su vida, falsos con toda seguridad.

Pepino, queriendo arrebatar el trono al rey Childerico, planteó al Papa Zacarías la siguiente insidiosa pregunta: « ¿Cuál de los dos es más digno de reinar, el hombre que cumple dignamente todas las funciones reales, sin llevar el título de rey, o el que, teniendo este título, no sabe gobernar?»

¿Qué sabemos de Luís VI? Nada. Pido perdón a ustedes. Sabemos que al ponerle la mano encima un inglés, en el combate de Brenneville, gritando: «¡He cogido al rey!» aquel príncipe, muy francés, le replicó: «al rey no se le coge ni en el juego de ajedrez.»

Luís IX fue un santo, pero no nos ha dejado ni una sola frase digna de ser recordada. De ahí el que su reinado nos resulte espantosamente aburrido, todo rezos y penitencias.

El bobalicón de Felipe VI, derrotado y herido en la batalla de Crecy, fue a llamar a las puertas del castillo de Argrote, gritando: «¡Abrid, va en ello la suerte de Francia!» Le agradecemos, a pesar de todo, esta frase melodramática.

Juan II, prisionero del príncipe de Gales, le habla así, con buen talante caballeresco y con una galantería de trovador francés: « Yo había calculado

poder ofreceros hoy una cena, pero la suerte ha dispuesto las cosas de otro modo y quiere que yo sea vuestro invitado.»

No es posible ser más galante en la adversidad.

«No corresponde al rey de Francia el vengar las peleas del duque de Orleáns», declaró generosamente Luís XII.

Es ésta una frase magnífica, y que merece ser recordada por todos los reyes.

El simplón de Francisco I, mujeriego y mal general, consagró su memoria y rodeó su nombre de una aureola imperecedera en aquellas palabras magnífica que escribió a su madre después de la derrota de Pavía: «Todo se ha perdido, señora, menos el honor.»

Enrique IV. ¡Descubríos; no hay otro como él! ladino, escéptico, taimado, cazurro como nadie dentro de su falsa campechanería, tramposo sobre toda ponderación, juerguista, borracho y sin fe religiosa alguna, supo, gracias a algunas frases crearse en la Historia una reputación de rey caballeresco, generoso, honrado, leal y probo.

¡Como sabe jugar el muy taimado con la estupidez humana!

«¡Ahórcate, valeroso Crillón, porque hemos triunfado sin tí!»

¿Qué general no se deja ahorcar o matar por su señor después de una frase como ésta?

En el momento de dar la famosa batalla de Yvry:

«Hijos míos, si no oís las cornetas, acudid a donde esté mi penacho blanco; siempre lo encontraréis en el camino del honor y de la victoria.»

¿Cómo no iba a triunfar quién de esa manera sabía hablar a sus capitanes y a sus soldados?

Quiere ser dueño de París ese rey escéptico; lo quiere, pero se encuentra en la alternativa de elegir entre su fe religiosa y la hermosa ciudad: «¡Sea – murmura –. París bien vale una misa!» Y cambió de religión lo mismo que quien cambia de ropa. Pero ¿no es verdad que la frase hace disculpar el hecho? «París bien vale una misa», hizo reír a las personas de ingenio, y la gente no se indignó demasiado. Un buen día se convirtió en el santo patrono de los padres de familia, con aquella pregunta que hizo al embajador de España, que lo encontró jugando al «¡Arre, caballo!», con el Delfín:

– Señor embajador: ¿es usted padre?

El español contestó:

– Sí, sire.

– En ese caso – dijo el rey– continúe.

Pero el corazón francés, el de los burgueses y el del pueblo, se lo ganó con la frase más hermosa que haya pronunciado jamás un rey, una frase genial, que rebosa profundidad y campechanería, picardía y buen sentido:

«Si Dios me otorga vida, quiero que no haya en mi reino un campesino tan pobre que no pueda echar todos los domingos una gallina a su puchero.»

Con frases así se gana, se gobierna y se domina a las muchedumbres entusiastas y simples. Enrique IV dibujó con cuatro palabras su fisonomía para la posteridad. Con sólo pronunciar su nombre nos parece ver un penacho blanco, y se nos viene a la boca el sabor del caldo de gallina.

Luís XIII no hizo frases. Fue un reinado triste el de este triste rey.

Luís XIV dio la fórmula del poder personal absoluto: «El Estado soy yo.»

Dio también la medida del orgullo real en su pleno desarrollo: «Estuve a punto de esperar.»

Proporcionó también la pauta de las retumbantes frasse políticas que consagran las alianzas entre dos pueblos: «Ya no hay Pirineos.»

En estas pocas frases, puede resumirse todo su reinado.

Luís XV, el rey depravado, elegante e ingenioso, nos legó la nota simpática de soberana despreocupación: «Después de mí, el diluvio.»

Si Luís XVI hubiese tenido el ingenio suficiente para hacer una frase, habría tal vez salvado a la monarquía. Y es posible que con agudeza se hubiese librado de la guillotina.

Napoleón sembró a manos llenas las frases que llegan al corazón de los soldados.

Napoleón III ahogó con una frase breve las iras futuras de la nación cuando le prometió: «El imperio es la paz.» ¡El imperio es la paz! ¡Afirmación magnífica, mentira admirable! Después de ella, quedaba en libertad para declarar la guerra a toda Europa sin que tuviese que temer nada de su pueblo. Había quedado con una fórmula sencilla, clara, impresionante, que arrebataba a los espíritus y contra la que no podían prevalecer los hechos.

Entró en guerra con la China, con Méjico, Rusia, Austria y el mundo entero. ¡No le hace! Todavía hay personas que hablan con mucha

convicción de los dieciocho años de tranquilidad que nos proporcionó. «El imperio es la paz.»

Pero también el señor de Rochefort, derribó al imperio con frases, con frases más mortíferas que balas, poniendo con sus dardos al descubierto su podredumbre, haciéndolo tiras, desmenuzándolo.

El mismo mariscal Mac-Mahón nos dejó un recuero de su paso por el poder: «¡Estoy aquí, y aquí me quedo!» Y fue, a su vez, derribado por una frase de Gambetta: «O someterse o dimitir.»

El tribuno derribó al soldado, hizo tabla rasa de su gloria, aniquiló su fuerza y su prestigio, con solo dos verbos más pujantes que una revolución, más formidables que las barricadas, más invencibles que un ejército, más temibles que todos los votos.

Nuestros gobernantes de hoy caerán, porque carecen de ingenio; caerán porque en el día del peligro, en el día del motín, cuando oscile la báscula, como tiene que oscilar, no sabrán hacer reír a Francia para desarmarla.

Con seguridad que no hay una docena entre todas esas frases históricas que sea auténtica. Eso no tiene importancia mientras se crea que las personas a quienes se les atribuyen las pronunciaron leal y verdaderamente:

> En el país de jorobados,
> hay que serlo
> o parecerlo,

dice la canción popular.

CONVERSACIÓN FILOSÓFICA EXTRAÍDA DE «LA BELLEZA INÚTIL»[1]

Fue en el teatro de la Opera durante un entreacto de *Roberto el Diablo.* Los caballeros estaban en pie en el patio de butacas, con el sombrero en la cabeza, vistiendo chaleco de ancha boca, que dejaba ver la camisa blanca, en la que brillaban el oro y las piedras preciosas de las abotonaduras; miraban a los palcos, cuajados de mujeres escotadas, llenas de diamantes y de perlas, como flores de un invernadero en el que la belleza de los rostros y el esplendor de los hombros desnudos abriesen sus cálices a todas las miradas, con un acompañamiento de música y de conversaciones.

Dos amigos, vueltos de espaldas a la orquesta, charlaban, mirando al mismo tiempo aquella colección de elegancias, aquella exposición de encantos, verdaderos o falsos, de joyas, de lujo, de jactancia, que se explayaban en círculo alrededor del gran teatro.

Roger de Salins, que era uno de los dos, dijo a su compañero, Bernardo Grandín:

—Fíjate qué hermosa sigue siempre la condesa Mascaret.

Entonces el otro miró con fijeza a un palco de enfrente, en el que había una señora alta muy joven, y que atraía todas las miradas de la sala con su deslumbrante belleza. Su tez pálida, con reflejos de marfil, le daba un aire de estatua; y sus cabellos, negros como la noche, ostentaban una estrecha diadema de diamantes, que brillaba como una vía láctea.

Bernardo Grandin, después de mirarla un buen rato, contestó con acento juguetón, en el que se transparentaba un sincero convencimiento:

—¡Vaya que si es hermosa! ¿Qué edad puede tener?

—Espera. Te lo voy a decir con exactitud. La conozco desde su niñez. Estuve presente cuando debutó en sociedad, de jovencita. Tiene..., tiene... treinta..., treinta..., treinta y seis años.

—No es posible.

—Estoy completamente seguro.

—Aparente veinticinco.

—Ha tenido siete hijos.

—Es increíble.

---

[1] Capítulo III, pág. 30-47 de la edición Victor Havard, 1899

—Viven los siete, y es una buena madre. Visito de cuando en cuando su casa, que resulta agradable, muy tranquila y de un ambiente sano. Esta mujer ha realizado el fenómeno de vivir en familia sin dejar la vida social.

—¿Te parece extraordinaria? ¿Y nunca ha dado motivo a que se hable de ella?

—Nunca.

—Y ¿qué me dices de su marido? Es un tipo extraño, ¿verdad?

—Sí y no. Tal vez hay entre ellos un pequeño drama, uno de esos pequeños dramas del matrimonio cuya existencia se sospecha, que no llegan a clarearse bien, pero que se adivinan con bastante aproximación.

—Y ¿cuál es?

—Yo no sé nada. Mascaret, que era antes un marido perfecto, es hoy un gran juerguista. Cuando era buen marido, tenía un carácter infernal, siempre suspicaz y áspero. Desde que se dedica a divertirse, se ha hecho muy tratable; pero se diría que oculta una preocupación, un pesar, un gusano que lo roe. Y envejece mucho, al revés de su mujer.

Los dos amigos dedicaron entonces unos minutos a filosofar acerca de las penas secretas, misteriosas, que pueden surgir en una familia como consecuencia de la diversidad de caracteres o de antipatías físicas inadvertidas al principio.

Roger de Salins, que seguía con la atención fija en la señora de Mascaret, agregó:

—¿Quién va a creer que esa mujer ha tenido siete hijos?

—Pues los ha tenido, sí, señor, en once años. Cuando llegó a los treinta, cerró su período de producción, para entrar en el de exhibición, cuyo final no se adivina todavía.

— ¡Pobres mujeres!

—¿Por qué las compadeces?

—¿Por qué? Ponte a pensar un poco, amigo mío. ¡Once años de preñez para una mujer como ésa! ¡Qué infierno! Es la juventud entera, es toda la belleza, son las esperanzas de triunfo, todo el ideal poético de una vida brillante lo que se sacrifica a esa ley odiosa de la reproducción, que convierte a una mujer normal en una simple máquina de hacer hijos.

—Y ¿qué le vas a hacer? Es la Naturaleza.

—Sí; pero yo sostengo que la Naturaleza es nuestra enemiga, que debemos luchar siempre contra ella, porque tiende siempre a reducirnos a la

vida animal. Lo que hay en la tierra de limpio, de bonito, de elegante y de ideal no es obra de Dios, sino del hombre, del cerebro humano. Somos nosotros los que nos hemos apoderado de la creación, cantándola, interpretándola, admirándola como poetas, idealizándola como artistas, explicándolo como sabios, que se equivocan, es cierto, pero que encuentran rezones ingeniosas y un poco de gracia, de belleza, de encanto oculto y de misterio a los fenómenos. Dios no hizo sino unos seres groseros, llenos de gérmenes de enfermedades, y que, después de unos pocos años de florecimiento animal, envejecen con todas las dolencias, fealdades y decrepitudes humanas. Parece que no los hubiera hecho sino para reproducirse asquerosamente y morir a continuación, como los efímeros insectos de las noches otoñales. He dicho "para reproducirse asquerosamente" y lo sostengo, e insisto. ¿Hay, en efecto, algo más innoble y repugnante que el acto indecente y ridículo de la reproducción de los seres, acto contra el cual se rebelan y se rebelarán eternamente todas las almas delicadas? Este Creador económico y malévolo que a todos los órganos ideados por Él dio dos finalidades distintas, ¿por qué no confió esta misión sagrada, la más noble y la más sagrada de las actividades humanas, a otros órganos menos desaseados y sucios? La boca, que nutre al cuerpo con los alimentos materiales, derrama también la palabra y el pensamiento. Sana la carne, al mismo tiempo que comunica la idea. El olfato, que proporciona el aire vital a los pulmones, lleva al cerebro todos los perfumes del mundo: el de las flores, el de los bosques, el de los árboles, el de la mar. La oreja, con la que recibimos la comunicación de nuestros semejantes, nos ha permitido asimismo inventar la música, y con ella el ensueño, la dicha, el infinito, además del placer físico del sonido. Pero cualquiera diría que el Creador, astuto y cínico, quiso privar para siempre al hombre de la posibilidad de ennoblecer, revestir de belleza, idealizar su unión con la mujer. Sin embargo, el hombre ha descubierto el amor, lo cual ya es algo, como réplica al Dios marrullero, y ha sabido ataviarlo tan bien de poesía literaria, que consigue que la mujer olvide a veces los contactos a que se ve sometida. Y aquellos de nosotros que sienten su impotencia para engañarse exaltándose, han inventado el vicio y refinado el libertinaje, lo cual constituye igualmente una manera de chasquear a Dios y de rendir homenaje a la belleza, aunque sea un homenaje impúdico. Pero el ser normal hace hijos a estilo de bestia apareada por la ley. ¡Fíjate en esa mujer! ¿No da grima

pensar que semejante alhaja, que una perla como ésa, nacida para ser hermosa, admirada, festejada y adorada, haya tenido que pasar once años de su vida dando herederos al conde de Mascaret?

Bernardo Grandín contestó, riéndose:

—Hay mucho de verdad en lo que has dicho; pero hay muy pocas personas capaces de comprenderte.

Salins se fue animando.

—¿Sabes cómo concibo yo a Dios? —dijo—. Como a un monstruoso órgano creador, desconocido de nosotros, que siembra por el espacio millones de mundos, de la misma manera que un pez sembraría sus huevos en la mar si estuviese solo. Crea, porque crear es la función de Dios; pero no sabe lo que hace, es estúpidamente prolífico y no tiene conciencia de toda la serie de combinaciones a que da lugar con la difusión de sus gérmenes. Uno de los pequeños accidentes imprevistos de sus fecundidades ha sido el pensamiento humano; accidente local, pasajero, imprevisto, condenado a desaparecer con la tierra, para resurgir aquí o en otra parte, igual o distinto, en alguna de las combinaciones nuevas del eterno recomenzar de las cosas. Este pequeño accidente de la inteligencia tiene la culpa de que nos sintamos tan incómodos en lo que no había sido hecho ex profeso para nosotros, en lo que no estaba preparado para recibir, alojar, alimentar y dar satisfacción a seres dotados de pensamiento; y él también nos obliga a luchar constantemente, una vez que hemos llegado a ser verdaderamente refinados y civilizados, contra eso que se sigue llamando los designios de la Providencia.

Grandin, que le escuchaba con atención, porque conocía de tiempo atrás las deslumbradoras paradojas de su fantasía, le preguntó:

—Según eso, ¿el pensamiento humano es un producto espontáneo de la ciega fecundidad divina?

—¡Desde luego! Una función fortuita de los centros nerviosos de nuestro cerebro, por el estilo de las reacciones químicas imprevistas producidas por nuevas mezclas por el estilo también de una producción de electricidad creada por frotamientos o yuxtaposiciones inesperadas, parecidas, en fin, a todos los fenómenos engendrados por las fermentaciones infinitas y fecundas de la materia viva. “Amigo mío, basta mirar a nuestro alrededor para que se nos entre la prueba por los ojos. Si un creador consciente hubiese previsto que el pensamiento humano había de llegar a ser

lo que es hoy, una cosa tan distinta del pensamiento y de la resignación de los animales, exigente, investigadora, agitada, inquieta, ¿hubiera creado para recibir al hombre de hoy este incómodo recinto de animaluchos, este campo de hortalizas, esta huerta de legumbres silvestres, rocosa y esférica, que nuestra imprevisora Providencia nos preparó para que viviésemos en él desnudos, dentro de grutas o en los árboles, alimentándonos con la carne de los animales, hermanos nuestros, qué matásemos, o con hierbas crudas que crecen a la intemperie del sol o de la lluvia?

"Basta un segundo de reflexión para comprender que este mundo no ha sido hecho para criaturas como nosotros. El pensamiento, que brotó y se desarrolló por un milagro nervioso de las células de nuestro cerebro, hace de todos nosotros, los intelectuales, unos lamentables y perpetuos desterrados en la tierra, porque es y será siempre impotente, ignorante y lleno de confusiones.

"Contémplala, a esta tierra nuestra, tal y como Dios la ha entregado a los que en ella habitan. ¿No es evidente que está dispuesta, con sus plantas y bosques, únicamente para que vivan en ella animales? ¿Qué se encuentra en ella para nosotros? Nada. Ellos, en cambio, lo tienen todo: las cavernas, los árboles, el follaje, los manantiales, el cobijo, el alimento y la bebida. Por eso las personas exigentes como yo se encuentran siempre en ella a disgusto. Tan sólo aquellos que se parecen mucho al bruto están aquí contentos y satisfechos. Los demás, los poetas, los exquisitos, los soñadores, los investigadores, los inquietos. . ¡Ah, qué pobres diablos!

"Comemos repollos y zanahorias, sí, señor, y cebollas, nabos y rábanos, porque no hemos tenido más remedio que acostumbrarnos a comer todas esas cosas y hasta a aficionarnos a ellas, porque es lo único que aquí se cría; pero lo cierto es que se trata de una comida de conejos y de cabras, lo mismo que la hierba y el trébol son alimentos de caballos y de vacas. Cuando contemplo las espigas de un campo de trigo maduro, no pongo ni por un momento en duda que aquello ha brotado del suelo para que se lo coma el pico de los gorriones o de las alondras, pero no mi boca. Por consiguiente, cuando mastico el pan, no hago otra cosa que robar lo suyo a los pájaros, lo mismo que les robo a la comadreja y a la zorra cuando como gallinas. La codorniz, la paloma y la perdiz, ¿no son la presa natural del gavilán? El carnero, el corzo y el buey, ¿no lo son de los grandes animales carniceros? ¿O es que creemos que están destinados al engorde, para que

nos sirvan a nosotros su carne asada, con trufas que los cerdos desentierran ex profeso para nosotros?

“Los animales no tienen aquí abajo otra preocupación que la de vivir. Están en su propia casa, alojados y alimentados, y no tienen que ocuparse más que de pacer, cazar o comerse entre ellos, de acuerdo con sus instintos, porque Dios no previó jamás la benignidad y las costumbres pacíficas; lo único que Él ha previsto es la muerte de los seres, que se destruyen unos a otros y se devoran con encarnizamiento.

“En cuanto a nosotros, ¡qué de trabajo, esfuerzos, paciencia, inventiva, imaginación; qué de habilidad, talento y genio han sido necesarios para hacer casi habitable este suelo pedregoso y salvaje!

“Piensa por un momento en todo lo que hemos tenido que llevar a cabo, a pesar de la Naturaleza o contra la Naturaleza, para instalarnos de una manera menos que mediana, con muy poca comodidad y elegancia, en condiciones indignas de nosotros.

“Cuanto más civilizados, inteligentes y refinados seamos, más obligados estamos a vencer y domar el instinto animal, que es la representación dentro de nosotros de la voluntad de Dios.

“Piensa en que hemos tenido necesidad de inventar la civilización, conjunto que tantas cosas abarca, tantas, tantísimas, desde los calcetines hasta el teléfono. Piensa en todo lo que tienes delante de los ojos todos los días, en todas las cosas de que nos servimos de una manera u otra.

“Para hacer más llevadero nuestro destino de brutos, hemos descubierto y fabricado toda clase de objetos, empezando por las casas y siguiendo por los alimentos más exquisitos, bombones, pastelería, bebidas, licores, telas, vestidos, adornos, camas, colchones, carruajes, ferrocarriles y toda suerte de máquinas; hemos descubierto, además, las ciencias y las artes, La escritura y los versos. Sí; hemos creado las artes, la poesía, la música, la pintura. De nosotros, los hombres, arranca todo el ideal, y también toda la coquetería de la vida, el atavío de las mujeres y el talento de los hombres, cosas todas que han acabado por adornar, por hacer menos árida, monótona y dura esta existencia de simples reproductores, única para la que nos infundió aliento la divina Providencia.

“Fíjate en este teatro. ¿Qué ves aquí dentro sino un mundo no previsto por los destinos inmortales, ignorado por ellos, que sólo nuestras inteligencias son capaces de comprender; una distracción agradable, sensual

e inteligente, inventada ex profeso para nosotros, bestezuelas descontentadizas e inquietas?

“Observa a esa mujer, la señora de Mascaret. Dios la hizo para vivir en una caverna, desnuda o arrebujada en pieles de animales. ¿No está mucho mejor tal como la vemos? Y, a propósito: ¿se sabe cómo y por qué su marido, teniendo a su lado una compañera como ella, la abandonó de pronto y se dio a correr detrás de cualquier perdida, sobre todo después de haber sido lo bastante patán para hacerla siete veces madre?

Grandín le contestó:

—¡Alto ahí, querido! Esa es probablemente la única razón, su cazurrería. Acabó descubriendo que el dormir en casa le salía demasiado caro. Llegó, por cálculos de economía doméstica, a las mismas conclusiones a que tú llegas con la filosofía.

Sonaron los tres golpes que indicaban que iba a empezar el tercer acto. Los dos amigos se volvieron de cara al escenario, se descubrieron y tomaron asiento.

Este libro se acabó de traducir en Pontevedra (España). Diciembre de 2007